

DAD A  
CIÓN C

PA4378

v6

1847

v.2

c.1



1080097424



**LAS VIDAS PARALELAS**

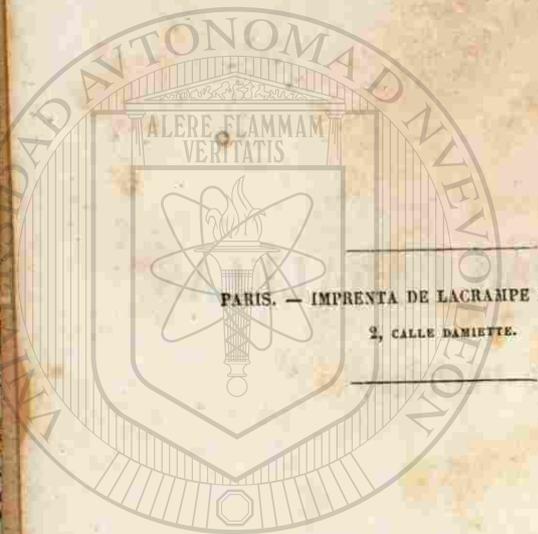
**DE PLUTARCO.**

**UANL**

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®

LAS VIDAS  
PARALELAS  
DE PLUTARCO

TRADUCIDAS DE SU ORIGINAL GRIEGO

POR D. ANTONIO RANZ ROMANILLOS

CONSEJERO DE ESTADO  
Individuo de número de las Academias Española  
y de la Historia, etc.

TOMO II

PELOPIDAS Y MARCELO. — ARISTIDES Y MARCO CATON  
FILOPEMEN Y TITO FLAMINIO  
PIRRO Y MARIO. — LISANDRO Y SILA. — CIMON Y LUCULO  
NICIAS Y MARCO CRASO



PARIS  
LIBRERIA DE A. MÉZIN

5, CALLE DES POITEVINS

1847



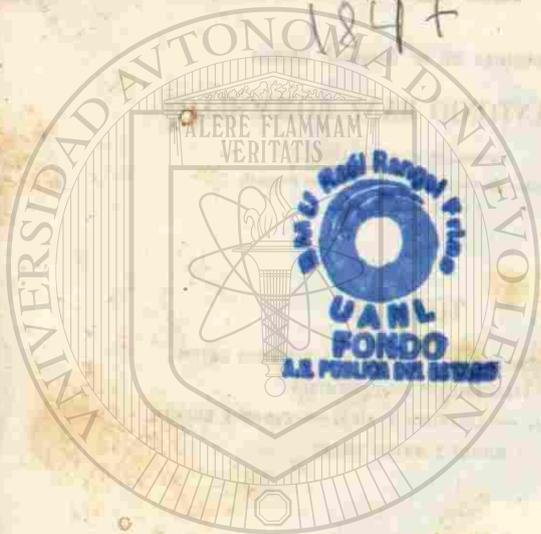
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

PA 4378

v 6

1847



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## HOMBRES ILUSTRES.

### PELOPIDAS.

Caton el Mayor como algunos celebrasen desmedidamente á un hombre de arrojado y atrevido en las cosas de la guerra, les advirtió que habia gran diferencia entre tener en mucho la virtud, y tener en poco el vivir : perfectisimamente á mi entender. Militaba con Antigono un varon muy resuelto, pero endeble y flaco de cuerpo : preguntóle pues el Rey la causa de estar descolorido, y le confesó que padecia una enfermedad oculta. El Rey manifestándole su aprecio dió orden á los médicos para que no omitiesen nada en su asistencia y remedio; pero curado por esta diligencia aquel valiente, ya no era arrojado ni pronto en los combates, tanto que Antigono se lo echó en cara, admirándose de semejante mudanza; y él no le negó la causa, diciéndole : «Tú, ó Rey, eres quien me has hecho menos determinado librándome de aquellos males por los que menospreciaba la vida. » A este mismo propósito dijo un Sibarita hablando de los Esparciatas, que no hacian mucho en morir en la guerra para salir de tanto trabajo y de tan mal trato como se daban. Mas si

entre los Sibaritas, enmollecidos con el regalo y el deleite, de los que por zelo y amor de la virtud no temian la muerte, podía decirse con razon que aborrecian la vida; para los Lacedemonios era acto de virtud el vivir y el morir con ánimo alegre, segun aquel epicedio:

Porque, segun se dice, mueren estos  
No reputando un bien la vida ó muerte;  
Sino el que la virtud presida á entrambas:

pues ni el evitar la muerte es reprehensible, cuando no se quiere vivir afrentosamente, ni el exponerse á ella es laudable, si se hace por tener en poco el vivir. Así Homero á los varones osados y belicosos los hace siempre salir bien armados y defendidos á los combates; y los legisladores de los Griegos castigan al que pierde el escudo, y no al que arroja la espada y la lanza: enseñando con esto que primero es no recibir daño, que causarlo á los enemigos; y que esto es lo que cada uno debe tener presente; pero en especial el que manda en una ciudad ó en un ejército.

Porque si como discurria Ificrates las tropas ligeras dicen semejanza con las manos, la caballeria con los pies, el grueso del ejército con el pecho y el torso todo, y el general con la cabeza, arriesgándose este temerariamente, no pareceria que se olvidaba de sí mismo solamente, sino de todos, que tienen en él librada su salud; y al contrario. Así Calieratides, aunque hombre grande en todo lo demas, no tuvo razon en respuesta que dió al agorero; porque rogándole este que se guardara de la muerte que le denunciaban las víctimas, le contestó que no pendia Esparta de uno solo: pues peleando, navegando y siendo mandado, Calieratides no era mas que uno; pero de general, tomando sobre sí la suerte de todos, ya no era uno solo aquel con quien tan grandes intereses iban á perderse. Mejor lo hizo Antígono el Mayor cuando al trabarse el combate naval cerca de Andros, diciéndole uno que eran muchas mas las naves de los enemigos, ¿Pues qué, le replicó, no te haces cargo que yo valgo por muchas? Grande ornamento del mando quien con destreza y virtud hace lo que se ha propuesto, y cuya atencion primera es salvar al

que ha de salvarlo todo! Por tanto juiciosamente Timoteo, como Cares mostrase un dia á los Atenieses algunas cicatrices en su cuerpo y el escudo pasado de una lanzada: Pues yo, les dijo, estoy muy avergonzado de que cuando tenia sitiada á Samos me hubiese caido muy cerca un dardo, porque me conduje mas juvenilmente de lo que correspondia á un general que tenia á su mando tantas tropas. Porque cuando va un grande interes en que se arriesgue el general, entonces está muy bien que trabaje y lo ponga todo en el establero sin ningun miramiento, enviando noramala á los que le vengan con el refran de que el buen general debe morir de vejez, ó á lo menos morir viejo; pero cuando es de poca importancia lo que se ha de sacar del vencimiento, y todo se pierde si el general cae, entonces nadie debe pedir de este una hazaña peligrosa, que seria mas bien de un soldado raso. Me ha parecido oportuno empezar por estas advertencias cuando voy á escribir las vidas de Pelópidas y Marcelo, varones eminentes, pero que perecieron por consideracion: pues con ser ambos muy denodados en el pelear, ornamento uno y otro de su patria por sus brillantes mandos, y opuestos á los mas terribles contendores; siendo este, segun se dice, el primero que quebrantó á Anibal; y habiendo aquel vencido en batalla campal á los Lacedemonios que dominaban en tierra y en mar; por no haber tenido de sí mismos la debida cuenta expusieron su vida con temerario arrojo precisamente en el momento en que mas necesidad habia de su conservacion y de su mando; que es por lo que, llevados de esta semejanza, hemos puesto en cotejo las vidas de ambos.

La familia de Pelópidas el de Hipoclo era, como la de Epaminondas, de las mas ilustres de Tebas. Crióse con las mayores conveniencias; y entrando todavia jóven en la administracion de una casa opulenta, se dedicó desde luego á dar socorros á los necesitados que contemplaba dignos, para ser verdaderamente dueño y no esclavo de las riquezas; pues la mayor parte de los hombres, como dice Aristóteles, ó no usan de las riquezas por avaricia, ó abusan por desarreglo; y así como estos se ve que son esclavos del regalo y los de-

leites; aquellos lo son de la vigilancia y el cuidado. Los socorridos pues se valieron con reconocimiento de la liberalidad y humanidad que en Pelópidas encontraban; solo de Epaminondas no pudo recabar que disfrutase de su riqueza; sino que á la inversa él participó de la escasez de este en lo pobre del vestido, en la frugalidad de la mesa, y en la tolerancia de los trabajos, complaciéndose en su propia sencillez al frente del ejército, á la manera del Capaneo de Eurípides, que con tener muchos bienes no hacia alarde de su opulencia; sino que se hubiera avergonzado de dar indicios de que para su persona hacia mas gasto que el menos favorecido de la fortuna entre los Tebanos. Pues con serle ya á Epaminondas familiar y hereditaria la pobreza, hizola todavía mas tolerable y ligera, entregándose á la filosofía, y eligiendo desde luego el estado de célibe; y Pelópidas, aunque habia hecho una boda brillante y tenia hijos, no por eso dejó de distraerse del cuidado de su hacienda; con lo que, y con ocupar todo el tiempo en la causa pública, disminuyó su patrimonio; y como los amigos se lo reprendiesen, diciéndole que hacia mal en mirar con abandono una cosa tan precisa como el tener caudal; si á fe mía, le respondió, para aquel infeliz de Nicodemo, mostrándoles á uno que era cojo y ciego.

Eran formados de un mismo modo para toda especie de virtud, sino que Pelópidas era mas dado á los ejércitos de la palestra, y Epaminondas á los de la doctrina: así en los ratos de ocio aquel se empleaba en la lucha y en la caza; y este en oír á los sabios, y formarse para serlo. Mas entre tantos títulos para la gloria como concurrieron en ambos, ninguno reputan los hombres de juicio por tan admirable como el que en medio de tantos combates, de tantas expediciones y de tantos negocios de república, su amistad desde el principio hasta el fin se hubiese conservado siempre sin desazon y sin quiebra. Porque si se fija la vista en el gobierno de Aristides y Temistocles, de Cimón y Pericles, de Nicias y Alcibiades, que siempre adolecía de enemistades, discordias y zelos de unos con otros; y se atiende despues al amor y respeto con que miró Pelópidas á Epaminondas, con

razon y justicia se tendra á estos por verdaderos colegas en el gobierno y en la milicia, en comparacion de aquellos que toda la vida contendieron mas entre sí que con los enemigos; y la causa cierta de esta union fue la virtud, por la cual no buscaban con sus hechos aplausos ó riqueza, cosas á las que por naturaleza es inherente una porfiada y rencillosa envidia; sino que amándose recíprocamente desde el principio con un amor sagrado, dirigian de comun acuerdo sus conatos y sus triunfos al placer de ver á su patria elevada por ambos á la mayor grandeza y esplendor. Aunque algunos opinan que esta amistad tan íntima tuvo principio en la expedicion de Mantinea, en la que militaron con los Lacedemonios que todavía les eran amigos y aliados, con motivo de haber la ciudad de Tebas enviádoles socorros. Porque colocados juntos entre la infanteria, y peleando contra los Arcades, cuando dió el ala derecha de los Lacedemonios que les estaba opuesta, y se desbandó la mayor parte, formando ellos galápago, hicieron frente á cuantos los embistieron. Al cabo de poco Pelópidas, que habia recibido cara á cara siete heridas, vino á caer entre multitud de cadáveres de amigos y enemigos; y entonces Epaminondas, no obstante tenerle por muerto, para proteger su persona y sus armas siguió la pelea y el riesgo, solo contra muchos, teniendo por mejor morir en la demanda que abandonar á Pelópidas caido: hasta que, hallándose ya él mismo en el peor estado, herido de una lanzada en el pecho, y de una estocada en un brazo, vino en su auxilio de la otra ala Agesipolis, rey de los Esparciatas, y contra toda esperanza los recobró á entrambos.

De allí á algun tiempo aunque los Esparciatas todavía afectaban ser amigos y aliados de los Tebanos, en la realidad miraban ya con ceño su altivez y su poder; y sobre todo no estaban bien con el partido de Ismenias y Andróclides, al que pertenecía Pelópidas, por parecerles demasiado liberal y democrático. En esta situacion Arquias, Leontidas y Filipo, oligarquistas y ricos, que aspiraban á mandar, persuadieron al Esparciata Febidas que cayendo repentinamente con su ejército se apoderara del alcázar Cadmea, y arrojando de la ciudad á los que se opusieran, arre-

glara un gobierno de pocos, al modo del de los Lacedemonios, y dependiente de él. Entró aquel en el plan, y sorprendiendo á los Tebanos, bien agenos de tal intento, mientras celebraban las Tesmoforias (1), se hizo dueño de la ciudadela. En cuanto á Ismenias, hiciéronle preso, y llevado á Esparta, á poco tiempo le quitaron la vida: Pelópidas, Ferénico y Andróclides huyeron y fueron proscritos; mas Epaminondas permaneció tranquilo y olvidado en el pais, teniéndole por poco inquieto á causa de su filosofía, y por de ningún poder á causa de su pobreza.

Los Lacedemonios bien privaron á Febidas del mando, y le multaron en cien mil dracmas; pero no por eso dejaron de conservar en su poder la ciudadela: determinacion de cuya inconsecuencia se admiraron todos los Griegos, pues que castigaban al autor y confirmaban lo mal hecho. En tanto á los Tebanos, que habian perdido su propio gobierno, quedando esclavizados á Arquias y Leontidas, ni siquiera les era dado esperar algun término de una tiranía que habia sido introducida por la fuerza militar de los Esparciatas, y no podia desatarse si no habia quien arrancase á estos su superioridad é imperio por mar y por tierra; y sin embargo, sabedor Leontidas de que los desterrados se hallaban en Atenas amados de la muchedumbre, y honrados de los hombres virtuosos y rectos, trató de amarles escondidas asechanzas, para lo cual se valió de unos hombres desconocidos, que con engaños dieron muerte á Andróclides, librándose de sus manos los demas. Enviáronse tambien cartas por los Lacedemonios á los Atenienses, en que les ordenaban que no recibiesen ni auxiliasen en sus intentos á los desterrados, sino que los hiciesen salir como pregonados por enemigos públicos de toda la federacion. Mas los Atenienses, en quienes parece ingenito el ser humanos, correspondiendo á los de Tebas, que fueron la principal causa de que volviesen á su patria, y que dieron un decreto para que si algun Ateniense llevase armas contra los tiranos por la Beocia, ningún natural de ella hiciese demostracion de que lo veia ó lo

(1) Fiestas de Atenas en honor de Ceres su legisladora, adoptadas por otros pueblos.

entendia; ni en lo mas mínimo ofendieron á los Tebanos.

Pelópidas, aunque todavía muy jóven, fue de uno en uno alentando á los desterrados; y aun en comun les manifestó en un discurso, que no era justo ni puesto en razon dejar á la patria en esclavitud y con guarnicion extranjera, y no pensar ellos en otra cosa que en vivir y conservarse pendientes de los decretos de los Atenienses, y haciendo obsequios á los que eran diestros en el decir, y manejaban á la muchedumbre segun su arbitrio; sino que debian arriscarse á las mayores empresas, proponiéndose por ejemplo la virtud y resolucion de Trasibulo: para que así comó este, partiendo de Tebas, destruyó en Atenas á los tiranos, de la misma manera ellos, volviendo desde Atenas restituyesen á Tebas la libertad. Persuadióles con estas razones, é inmediatamente enviaron á Tebas con la conveniente reserva quien manifestara á los amigos que allí habian quedado, lo que tenian resuelto. Convinieron estos en ello; y Caron, sin embargo de ser muy principal, se prestó á ofrecer su casa, y Filidas vió modo de hacerse secretario de Arquias y Filipo que eran polemarcos. Epaminondas ya muy de antemano tenia inflamados á los jóvenes, porque en los gimnasios les hacia que asiesen de los Lacedemonios y luchasen con ellos; y luego viéndolos muy ufanos de que los vencian y quedaban encima, les hacia cargo de que era una vergüenza que por cobardía estuvieran sujetos á aquellos á quienes tanto aventajaban en esfuerzo.

Señalóse dia para la empresa, y convinieron los desterrados en que Ferénico, tomando bajo sus órdenes á la mayor parte, aguardaria en la aldea de Triasio, y unos cuantos de los mas jóvenes tomarian sobre sí el peligro de adelantarse á la ciudad, bajo el concierto de que si estos diesen en manos de los enemigos, los restantes se encargarían de que ni sus hijos ni sus padres careciesen de lo necesario. Suscribióse el primero para este hecho Pelópidas, y en pos de él Melon, Damóclides y Teopompo, todos de las principales casas, y para lo demas unidos en fiel amistad entre sí; pero en cuanto á gloria y valor acérrimos competidores. Eran entre todos unos doce, y saludando á los que se quedaban, lo pri-

mero que hicieron fue enviar un mensajero á Caron, siguiendo despues ellos con ropaje corto, y llevando perros y baston de caza, para que aun cuando alguno los encontrase en el camino no cayera en sospecha, y antes se creyera que ocupados en bien diferente cosa, discurrían por el campo cazando. Cuando el mensajero enviado á Caron se avistó con él le dijo que ya estaban en camino; este sin embargo de ver tan cerca el trance, en nada mudó de propósito, sino que como hombre de probidad ofreció del mismo modo su casa. Uno llamado Hipostenidas, que no era de mal proceder, y antes bica amaba á la patria, y estaba en buena correspondencia con los desterrados; mas á quien faltaba aquella resolucion que la oportunidad y la proyectada hazaña requerian, como que desmayo al ver el tamaño de la contienda en que se habian metido, sin que cupiese en su imaginacion cómo podian agitar en sus ánimos el pensamiento de trastornar en cierta manera el imperio de los Lacedemonios, y destruir el poder que allí tenían, fiados únicamente en esperanzas inciertas y propias de hombre desterrados. Por tanto, retirándose á su casa sin decir palabra, envió uno de sus amigos á Melon y Pelópidas, advirtiéndoles que lo dilataran por entonces, esperando mejor ocasion, y que otra vez se volvieron á Atenas. Llamábase Clidon este de quien se valió, el cual se dirigió con toda diligencia á su casa, y sacando el caballo andaba buscando el frero. No sabia que hacerse la mujer, porque no le tenia en casa; mas al fin dijo, que lo habia dado á uno de sus conocidos; por lo que primero empezaron á altercar, y despues pasaron á las malas palabras; tanto que la mujer llegó á echarle maldiciones sobre el viaje á él y á los que le enviaban: viniendo á parar en que Clidon perdió gran parte del dia con esta riña, y agorando mal además con motivo de lo sucedido, dejó enteramente el viaje, y se puso á hacer otra cosa. En tan poco estuvo el que las mas grandes y excelentes hazañas se hubiesen desgraciado en su principio, malográndose la oportunidad!

Pelópidas y los que con él venian se disfrazaron luego con ropas de labradores, y separados unos de otros, entraron unos por una parte y otros por otra en la ciudad, siendo aun

de dia. Nevaba además con ventisca, habiendo empezado á empeorarse el tiempo, con lo que fue mas oculta su venida, habiéndose retirado casi todos á su casa por el frio. Los que estaban encargados de atender á lo que se tenia tratado cuidaron de buscar á los recién llegados, y conducirlos á casa de Caron. Con los desterrados eran estos al todo cuarenta y ocho. Vamos ahora á lo que pasaba con los tiranos. Filidas el secretario concurría, como hemos dicho, á la ejecucion de todo, estando de acuerdo con los desterrados; y para aquel dia habia dispuesto de antemano para Arquias y los suyos una reunion con merienda y concurso de mujeres, preparándolos así á que relajados con los placeres y bien bebidos fueran mas fácil presa de los que contra ellos venian. Cuando ya no les faltaba mucho para estar beodos, les vino una denuncia contra los desterrados, no falsa en verdad, pero dudosa y sin gran certeza de que estaban ocultos en la ciudad. Procuró Filidas desvanecer el aviso; mas con todo envió Arquias á uno de los ministros á casa de Caron con orden de que compareciera allí al punto. Era entrada la noche, y Pelópidas y demas confederados estaban adentro disponiéndose puestas ya las armaduras y tomadas las espadas. Llamóse de repente á la puerta; y corriendo uno de los de casa le enteró el ministro de que Caron era llamado de parte de los polemárcos, lo que anunció á los de adentro con sobresalto. Todos concibieron que el negocio estaba descubierta, y que iban á perecer sin haber hecho nada digno de los hombres virtuosos. Con todo tuvieron por conveniente que Caron obedeciese, y quitara toda sospecha á los magistrados; y él, aunque era de suyo varonil y firme en los riesgos, entonces se quedó confuso y apesadumbrado, no se levantase contra él alguna sospecha de traicion, pereciendo á un tiempo tantos y tan ilustres ciudadanos. Mas teniendo al fin que partir, tomó en la habitacion de las mujeres á su hijo, que todavía era muy jovencito, y en la belleza y robustez sobresalia entre los de su edad, y le entregó á Pelópidas, para que si llegasen á entender de él algun engaño ó traicion, le trataran como á enemigo sin conmiseracion alguna. A muchos de ellos se les cayeron las lágrimas con semejante

escena y semejante resolución, y todos se mostraron ofendidos de que se creyera que podía haber entre ellos alguno tan tímido ó tan perturbado con aquellos acontecimientos que concibiera la menor sospecha, ó produjese la mas leve queja, rogándole que no pusiera entre ellos al hijo, y antes lo reservase de lo que podía ocurrir para que en él creciera el vengador de la ciudad y de sus amigos, salvándose y sus trayéndose al rigor de los tiranos. Mas Caron no condescendió en que su hijo se libertase, diciendo que no podía haber para él vida ó salud mas gloriosa que morir libre de afrenta con su padre y con tales amigos. Haciendo pues plegarias á los Dioses, y abrazando y confortando á todos, marchó con el cuidado de componer el semblante y el tono de la voz, de manera que no apareciese indicio de lo que pensaba ejecutar.

Llegado que hubo á la puerta, le salieron al encuentro Arquias y Filipo, diciéndole aquel: He oido, ó Caron, que han venido algunos que estan ocultos en la ciudad, y que son auxiliados por algunos de los ciudadanos. Turbóse Caron al principio; mas preguntando quiénes eran los que habian venido, y quiénes los que los tenian ocultos? Como viese que Arquias no respondia cosa cierta, comprendiendo que la denuncia no habia sido hecha por ninguno de los que estaban en el secreto: Mirad, les dijo, no sea que algun rumor vano os cause sobresalto: con todo yo inquiriré, porque en esta materia nada debe despreciarse. Filidas, que tambien se hallaba presente, le decia que tenia razon; y con esto se llevó á Arquias, y procuró que se desmandara mas en la bebida, haciéndosela mas regocijada con las esperanzas que le daba de que vendrian las mujeres. Luego que Caron volvió á casa, y que los halló prevenidos, no como hombres que esperasen una victoria ó su propia salud, sino como resueltos á morir gloriosamente y con gran mortandad de sus enemigos, lo que habia de cierto en el negocio no lo descubrió sino á Pelópidas; á los demas les ocultó la verdad, diciendo que Arquias le habia hablado de otros asuntos. Mas apenas se habia disipado esta tempestad, la fortuna substituyó inmediatamente otra; porque vino uno de Atenas de parte

de Arquias el hierofanta á Arquias su tocayo, que era tambien su huésped y su amigo, trayéndole una carta en la que ya no se daba noticia vana ó fraguada, sino que se referian exactamente todas las cosas concertadas, segun despues se supo. Llegóse pues á Arquias, que ya estaba beodo, el portador de la carta, y al entregársela le dijo: El que me la dió me encargó mucho que se leyera al punto, porque trata de un negocio sumamente urgente; á lo que sonriéndose contestó Arquias: Pues los negocios urgentes para mañana: y tomando la carta la puso debajo de la almohada, y continuó con Filidas la conversacion que se traian. La respuesta aquella, puesta en forma de proverbio, dura todavia como tal entre los Griegos.

Pareciéndoles pues que se estaba en la ocasion oportuna de la empresa, se decidieron á ella, repartiéndose de este modo: Pelópidas y Damóclidas, contra Leontidas é Hipates, que vivian cerca uno de otro; y Caron y Melon contra Arquias y Filipo, ajustándose por disfraz ropas femeniles sobre las corazas, y poniéndose coronas de abeto y pino que les oscurecian el rostro. Paráronse á la puerta del banquete, é hicieron ruido y bulla; con lo que se pudo creer serian las mujerzuelas que rato habia se aguardaban. Mas como luego hubiesen recorrido con la vista cuidadosamente todo el banquete, haciéndose cargo con atencion de cada uno de los convidados, y hubiesen echado mano á las espadas, arrojándose por entre las mesas á Arquias y Filipo, se vió entonces á las claras quiénes eran. A algunos de los concurrentes pudo contenerlos Filidas, diciéndoles que se estuviesen quedos: los demas se levantaron para defender á los polemarcos; pero en el estado de embriaguez en que se hallaban fue fácil acabar con ellos. Mas árduo fue el desempeño para Pelópidas, y los que le siguieron; porque tambien las hubieron de haber con Leontidas hombre cuerdo y muy denodado. Hallaron ademas cerrada la puerta, porque ya se habia recogido; y habiendo llamado largo rato, nadie les respondia. Sintiólos ya tarde un esclavo, que salió de adentro, y descubrió el cerrojo, y en el momento mismo de moverse y ceder las puertas, se arrojaron de tropel, y pasando por enci-

ma del esclavo corrieron al dormitorio. Leontidas por el ruido y el modo de correr conjeturó lo que era, y levantándose tomó la espada; mas no lo ocurrió apagar las luces, con lo que en las tinieblas se habrían batido unos con otros: así estando todo iluminado fue de ellos visto. Adelántase hácia la puerta del dormitorio, y á Quefisodoro, que fué á entrar el primero, lo deja en el sitio. Caido este traba pelea con el segundo, que era Pelópidas: siendo esta embarazosa por la angostura de la puerta y por el cadáver de Quefisodoro, que también estorbaba, vence al fin Pelópidas; y habiendo dado cuenta de Leontidas, marcha corriendo con los suyos en busca de Hipates. Trataron de introducirse del mismo modo en su casa; pero lo sintió, y dió al punto á correr hácia las casas vecinas: siguiéronle sin detención, y alcanzándole, también le dieron muerte.

Hechas estas cosas, y reunidos con Melon y sus asociados, enviaron al Atica á llamar aquellos desterrados que allí quedaron; y en la ciudad excitaban á la libertad á los habitantes, armando á los que encontraban, para lo que quitaban de los pórticos las armas traídas en triunfo, y se metían por los obradores de los lanceros y espaderos que por allí había. Vinieron asimismo con armas en su auxilio Epaminondas y Gorquidas, que habían ya reunido no pocos jóvenes, y de los ancianos los de mayor reputación. Ya toda la ciudad estaba conmovida, y era grande el alboroto; se veían luces en todas las casas, y se corría de unas á otras; sin embargo todavía la muchedumbre no hacia pie, sino que estaban aturdidos con los sucesos, y no sabiendo nada de positivo, aguardaban el día. De aquí nació el hacerse cargo á los Lacedemonios que tenían allí el mando, de no haberse adelantado á combatirlos, siendo así que la guarnición era de mil y quinientos, y que muchos se les pasaban; pero contenidos con el miedo que causaban el ruido, las luces y la muchedumbre que rodaba por todas partes, se estuvieron quedos, contentándose con guardar el alcázar. Al rayar el día sobrevinieron los desterrados en estado también de pelea, y el pueblo concurrió en inmenso número á la junta pública. Introdujeron en esta Epaminondas, y Gorquidas á Pelópidas y los

suyos, rodeados de los sacerdotes, que les presentaban coronas, y exhortaban á los ciudadanos á venir en auxilio de la patria y de los Dioses. La junta toda á este espectáculo se puso al punto en pie con algazara y regocijo, recibiendo como á sus tutelares y libertadores.

Fue desde luego Pelópidas elegido beotarca juntamente con Melon y Caron, y lo primero que hizo fue circunvalar la ciudadela, y empezar á combatirla por todas partes, dándose prisa á arrojar de ella á los Lacedemonios y dejarla libre, antes que de Esparta pudieran venir tropas. En lo que se adelantó tan á punto, dejándolos salir en virtud de capitulación, que al llegar á Megara los alcanzó y á Cleombroto, que venia sobre Tebas con grandes fuerzas. Los Esparciatas, de tres que eran los prefectos que había en Tebas, á Heripidas y á Orsipo les hicieron causa, y los condenaron á muerte; y al tercero, que era Dusanoridas, como lo multasen en una erecida suma, él mismo se desterró del Peloponeso. Tan brillante empresa, que en el valor de los que la ejecutaron, y en el buen suceso con que la coronó la fortuna, se dió la mano con la de Trasíbulo, fue de hermana de esta calificada entre los Griegos, pues no es fácil designar otros que juzgando con sola la osadía y arrojo los pocos á los muchos, y los desvalidos á los poderosos, hubiesen sido causa para su respectiva patria de mayores bienes: aunque á esta le concilió mayor gloria el extraordinario cambio que produjo en los negocios de la Grecia: por cuanto la guerra que acabó con la grandeza de Esparta, y á los Lacedemonios les privó de su superioridad y dominio por mar y por tierra, puede decirse que tuvo principio en aquella noche, en que Pelópidas, no con tomar una fortaleza, una plaza ó una ciudadela, sino solo con ser uno de los doce que volvieron, desató y cortó, si nos es permitido usar de una metáfora, los lazos de la dominación lacedemonia, tenidos por insolubles é indestructibles.

Vinieron con esta ocasión los Lacedemonios con grandes fuerzas contra la Beocia, é intimidados los Atenieses desauiliaron de todo auxilio á los Tebanos; y á los que *beotizaban*, (esto es, se mostraban sus partidarios), delatándolos al tri-

bunal, á unos los condenaron á muerte, á otros los desterraron, y á otros les impusieron crecidas multas, pareciendo que las cosas de los Tebanos iban malamente, no habiendo nadie que les diese socorro. Pues como esto así pasase, Pelópidas y Gorquidas, que con él era á la sazón beotarca, armaron una zelada, y para indisponer de nuevo á los Atenieses con los Lacedemonios recurrieron á este artificio. El Esparciata Esfodrias, hombre apreciable y de reputacion en las cosas de la guerra, pero casquivano y henchido de ambicion y de necias esperanzas, habia quedado con algunas fuerzas en Tespias para recibir y proteger á los que se habian rebelado á los Tebanos. Hizo pues Pelópidas que con reserva se dirigiese á él un mercader amigo suyo, al que proveyó de dineros y consejos, aunque con estos fue con los que principalmente lo persuadió, para que le hiciese entender que debia emprender cosas grandes, y tomar el Pireo, cayendo de improviso sobre los Atenieses que estaban descuidados en su guarda: pues nada podia ser mas grato á los Lacedemonios que ocupar á Atenas; y mas que los Tebanos que estaban mal con ellos, y los tenian por traidores, de ningun modo los auxiliarian. Por fin Esfodrias se dejó vencer; y tomando sus tropas, se metió de noche por el Atica, llegando hasta Eleusis. Allí los soldados empezaron á rezelar, y hubo de descubrirse; con lo que, y con llegar á prever que suscítaba á los Esparciatas una guerra peligrosa y difícil, se retiró otra vez á Tespias.

Con este motivo los Atenieses volvieron con nuevo ardor á su alianza con los Tebanos, saliendo al mar, y recorriendo los pueblos de la Grecia con el fin de amparar á los que daban muestra de defeccion. Con esto los Tebanos habiéndolas á solas con los Lacedemonios, y riñendo combates, no grandes en sí, pero que eran causa de gran atencion y ejercicio, iban elevando sus ánimos y endureciendo sus cuerpos, adquiriendo juntamente experiencia y aliento con la continuacion de aquellas lides. Por esto es fama que el Esparciata Antalcidas dijo á Agesilao en ocasion de retirarse herido, ¡Mira qué premio te dan los Tebanos por haberlos enseñado á lidiar y pelear contra su voluntad! Y su maestro en ver-

dad no era Agesilao, sino los que oportunamente y con mucha cuenta lanzaban á los Tebanos como unos cachorros contra los enemigos, para acostumarlos y hacerles gustar y tener placer con victorias no muy arriesgadas; de lo que Pelópidas se llevó la principal gloria: pues desde la vez primera que lo eligieron general todos los años le conferian el mando supremo, y ó bien como caudillo de la cohorte sagrada, ó bien como beotarca, presidió siempre á los negocios hasta su muerte. Así en Platea y en Tespias sufrieron por él los Lacedemonios sus derrotas y sus retiradas, en una de las que falleció Febidas, aquel se apoderó de la ciudadela Cadmea; y en Tanagra, habiendo hecho huir á muchos, dió muerte al prefecto Pantoides: combates que si bien á los vencedores les inspiraban aliento y osadía, todavía no alcanzaban á deprimir el ánimo de los vencidos. Porque no hubo una batalla campal ni un combate ordenado y de cierto aparato, sino que con hacer correrías, retiradas y alcances á tiempo, en esta casta de lides fue en las que salieron vencedores.

Mas el combate de Tegira fue ya como ensayo de la batalla de Leuctras, y contribuyó mucho para la gloria de Pelópidas, no dejando en cuanto á la victoria duda entre él y los demas jefes, ni pretexto alguno á los enemigos en cuanto al vencimiento. Hacia tiempo que estaba en observacion de la ciudad de los Orcomenios, que habia abrazado el partido de los Esparciatas, y habia admitido dos batallones de estos por seguridad; y no aguardaba mas que la ocasion. Habiendo pues oido que aquella guarnicion hacia una expedicion á la Locrida, con la esperanza de tomar á Orcomeno desmantelada, marchó allá, llevando consigo la cohorte sagrada y algunos caballos. Cuando ya estaba para llegar á la ciudad, se halló con que habia llegado de Esparta el relevo de la guarnicion, y hubo de retroceder con su tropa nuevamente por Tegira, que era por donde únicamente habia camino, rodeando la falda del monte: pues todo el demas terreno que mediaba lo hacia intransitable el rio Melas, que inmediatamente y en su mismo origen se reparte en balsas y lagos navegables. Poco mas abajo de estos lagos hay un templo de Apolo Tegiteo, y un oráculo de poco acá abando-

nado, pero que estuvo en gran crédito hasta la guerra de los Medos, siendo Equecrates el que daba las respuestas. La fábula dice que allí fue donde el Dios nació, y lo que es el monte que está allí cerca, se llama Delos, y junto á él terminan las divisiones del rio Melas. A la espalda del templo nacen dos fuentes de aguas admirables por su abundancia, su dulzura y su frialdad, de las cuales á la una la llaman *Palma*, y á la otra *Olivo* hasta el dia de hoy: deduciéndose que la Diosa tuvo su parto, no entre dos árboles, sino entre dos arroyos. Tambien está cerca el Ptoon, donde dicen que se asustó por haberse aparecido de repente el macho de cabrío; y por lo que hace á la serpiente Piton y á Ticio, tambien los lugares concurren á atestiguar el nacimiento del Dios; sino que dejamos ya á parte todos los demas indicios, por cuanto las relaciones del pais, no colocan á este Dios entre los héroes, que de mortales por mudanza hubiesen pasado á ser inmortales, como Hércules y Baco, que con esta especie de cambio perdieron por su virtud lo mortal y pasivo; sino que es uno de los sempiternos y no nacidos: si por lo que han referido los mas sensatos y mas antiguos, hemos de formar algun juicio sobre estas cosas.

Al llegar pues los Tebanos á Tegira volviendo de la Orcomenia, al mismo tiempo sobrevinieron los Lacedemonios por la parte opuesta, por haber partido de la Loerida. Apenas les dieron vista los que empezaban á pasar las gargantas, cuando corriendo uno hácia Pelópidas le dijo: Hemos dado en los enemigos; y replicando él: ¿Pues por qué no estos en nosotros? mandó á la caballería que pasara de la retaguardia como para adelantarse á embestir; y formó muy apiñados á los infantes, que eran pocos, con la esperanza de cortar mejor por donde acometiesen á los enemigos, que le excedian en número. Eran los Lacedemonios dos de sus *moras* ó batallones; y Eforó dice que cada mora era de quinientos hombres, Calistenes de setecientos, y otros de novecientos, entre ellos Polibio. Los comandantes de los Esparciatas Gorgoleon y Teopompo marcharon con gran confianza contra los Tebanos; y trabada principalmente la refriega entre los caudillos, con gran cólera y violencia de una y otra

parte, muy luego murieron los comandantes de los Lacedemonios, batiéndose con Pelópidas; y heridos y muertos despues los que estaban junto á ellos, cayó gran miedo sobre toda la tropa; y Pelópidas la partió en dos trozos, como si quisiese que los Tebanos fuesen adelante y pasasen por allí; mas cuando estuvieron en medio los incitó contra los enemigos, que se estaban parados, y los acosó con gran mortandad; de manera que luego dieron todos á huir en desorden. No se les persiguió con todo por largo tiempo, á causa de que los Tebanos temian á los Orecomenios, que estaban cerca, y tambien al relevo de los Lacedemonios. Mas, lo cierto fue que vencieron de poder á poder; y que por fuerza se abrieron paso por en medio de toda la tropa vencida. Erigieron pues un trofeo, y despojando á los muertos, se retiraron á casa muy ufanos: pues á lo que parece en tantas guerras sostenidas entre Griegos y con los bárbaros nunca antes los Lacedemonios, siendo mas en número, fueron vencidos por los que eran menos, ni aun cuando en batalla se habian batido con iguales fuerzas. Así hasta entonces fue intolerable su altanería, y con su gloria acobardaban á sus contrarios, de modo que ellos mismos no se creian capaces de competir con los Esparciatas con iguales fuerzas, y rehusaban venir con ellos á las manos. Pero esta batalla fue la primera que enseñó á los demas Griegos que no era el Eurotas, ni el sitio entre *Babuca* y *Cnacion* (1), el que producía hombres valientes y guerreros; sino que si los jóvenes se avergüenzan de lo indecoroso, tienen resolucion para lo bueno, y huyen mas de la reprension que de los riesgos, estos donde quiera se hacen temibles á sus enemigos.

La cohorte sagrada se dice haber sido Gorquidas el primero que la formó de trescientos hombres escogidos, á los que la ciudad les daba cuartel y racion en la ciudadela, por lo que se llamaba asimismo la cohorte cívica; pues á lo que parece los de aquel tiempo daban tambien el nombre de ciudades á los alcázares. Algunos son de opinion que este cuerpo se compuso de amadores y de amados, conservándose en

(1) *Babuca* era el puente sobre el Eurotas, y *Cnacion* un riachuelo al poniente de la ciudad de Esparta. Vida de Licurgo.

memoria cierto chiste de Pamenes : porque decia que el Nestor de Homero no se habia acreditado de táctico cuando ordenó que los Griegos formasen por tribus y por curias

A su curia se agregue cada curia,  
Y con su tribu se una cada tribu,

pues lo que se debia mandar era que el amante tomase formacion junto al amado : porque en los riesgos los de la misma curia ó tribu no hacen mucha cuenta unos de otros ; cuando la union establecida por las relaciones de amor es indisoluble é indivisible, pues temiendo la afrenta los amantes por los amados, y estos por aquellos, así perseveran en los peligros los unos por los otros. No debe tenerse esto por extraño, cuando se teme mas la afrenta que puede venir de los amantes no presentes, que la de cualesquiera otros testigos, como se vió en aquel que estando caido, y para recibir el último golpe de su contrario, le rogó que le pasara la espada por el pecho, para que si su amado le veia muerto, no tuviera motivo de avergonzarse, creyéndole herido por la espalda. Refiérese asimismo que siendo Yolao amado de Hércules participó tambien de sus trabajos, y le asistió en ellos ; y Aristóteles dice que en su tiempo todavia hacian sobre el sepulcro de Yolao sus mutuas promesas los amados y los amadores. Era razon pues que la cohorte se llamara sagrada, cuando Platon llama á amante amigo divino. Dícese ademas que esta cohorte permaneció invicta hasta la batalla de Queronea ; despues de la cual, reconociendo Filipo los cadáveres, se paró en el sitio donde habian caido los trescientos que frente á frente se habian opuesto en paraje estrecho á las armas enemigas ; y hallólos amontonados entre sí, lo que le causó extrañeza, y cuando supo que aquella era la cohorte de los amadores y los amados, se echó á llorar, y exclamó : Vayan noramala los que hayan podido pensar que entre semejantes hombres haya podido haber nada reprehensible.

Por fin á esta intimidad de los amantes no dió origen entre los Tebanos, como lo dicen los poetas, el desgraciado

suceso de Layo, sino los legisladores ; los cuales, queriendo mitigar y suavizar desde la juventud lo que habia en su carácter de altivo é indócil, en toda ocupacion y juego quisieron que interviniese la flauta, conciliando á la música honor y consideracion ; y en las palestras procuraron mantener este amor tan provechoso, para templar con él las costumbres de los jóvenes. Por lo mismo como que concedieron con razon el derecho de ciudad á aquella Diosa, que se finge nacida de Marte y Venus, para que lo pendenciero y belicoso se uniese con lo que participa mas especialmente de la persuasion y de las gracias, y resultase un gobierno que fuese el mas solícito y mas arreglado, arreglándolo todo la armonia. Esta cohorte sagrada Gorquidas la repartió en la primera fila, y la distribuyó por toda la falange entre la infanteria, con lo que oscureció la virtud de aquellos varones, y no empleó su fuerza para que obrase en comun, pues que estaba como disuelta, y confundida con los que eran inferiores ; mas Pelópidas, luego que resplandeció la virtud de aquellos en Tegira, habiéndolos visto combatir denodadamente á su lado, ya no la dividió ó diseminó, sino que empleando el cuerpo reunido, lo puso delante en los mas arriesgados combates. Pues así como los caballos corren con mayor velocidad en los carruages que solos ; no porque en mayor número rompan mas fácilmente el aire, sino porque enardece su aliento la reunion y la competencia de unos con otros : creia que de la misma manera los hombres valerosos, tomando entre sí emulacion para las acciones brillantes, se hacian mas útiles y mas ardientes para lo que tenian que hacer en comun.

Ajustaron paces los Lacedemonios despues de estos sucesos con todos los Griegos, y activaron la guerra contra solos los Tebanos, invadiendo el Rey Cleombroto la Beocia con diez mil infantes y mil caballos. Ya el riesgo de estos era mucho mayor que antes : oíanse ya las amenazas de los contrarios, y las noticias de estar decretada la trasplatacion ; y el miedo era cual nunca le habia tenido la Beocia : de modo que al salir Pelópidas de su casa y despedirle la mujer, le rogó esta con encarecimiento y con lágrimas que procurara

salvarse; á lo que contestó: Eso, mujer mia, está muy bien encargarlo á los particulares; á los que mandan debe encargárseles que salven á los demas. Marchó pues al ejército, en el que como hubiese diversidad de opiniones entre los beotarcas, fue el primero en adherirse al dictámen de Epaminondas, que habia votado se marchara á dar batalla á los enemigos; y sin embargo de que no se hallaba nombrado beotarca, aunque si comandante de la cohorte sagrada, los atrajo á su parecer: consideracion debida á un hombre que tantas prendas habia dado para la libertad. Despues de resuelto el dar batalla, y que en las inmediaciones de Leuctras se pusieron los reales en oposicion á los de los Lacedemonios, tuvo Pelópidas entre sueños una vision, que le puso en grande sobresalto. Es de tenerse presente que en el territorio de Leuctras existe el sepulcro de las hijas de Esquedaso, á las que llaman las Leuctridas, por razon del sitio; por quanto habiendo sido violentadas por unos forasteros esparciatas, se les dió allí sepultura. De resulta de esta terrible é injusta accion, el padre, como no hubiese alcanzado en Lacedemonia condigno castigo, hizo contra los Esparciatas las mas horribles imprecaciones, y luego se dió á sí mismo la muerte sobre el sepulcro de las doncellas. Tuvieron los Esparciatas frecuentemente oráculos y respuestas sobre que se precavieran y guardaran del castigo Leuctrico; sino que muchos no lo entendian, y se quedaban confusos acerca del sitio, por quanto hay tambien una aldea de la Laconia á la parte del mar llamada Leutron; y en las cercanías de Megalópolis de Arcadia hay tambien otro sitio del mismo nombre: bien que el suceso de arriba era mas antiguo que estas Leuctras.

Durmiendo pues Pelópidas en el campamento le pareció estar viendo á aquellas jóvenes llorar sobre sus sepulcros, y hacer imprecaciones contra los Esparciatas; y que Esquedaso le prevenia que sacrificase allí en honor de sus hijas una virgen rubia, si queria alcanzar victoria de sus enemigos. Por mas que el mandato le pareció duro é injusto, se levantó y fué á proponerlo á los agoreros y á los caudillos. Unos decian que no era cosa de despreciarlo ó de no creerlo,

produciendo los ejemplares de Meneceo el de Creon; de Macaria la de Hércules; mas adelante el de Ferecides el sabio, á quien los Lacedemonios dieron muerte, y cuya piel, segun cierto vaticinio, estaba confiada á la custodia de sus reyes; el de Leonidas, que cumpliendo con el oráculo se ofreció en cierta manera en sacrificio por la salud de la Grecia; y tambien el de los que fueron inmolados por Temistocles á Baco *Omesta* ó el Terrible, antes de darse el combate naval de Salamina; de todos los cuales dan testimonio las mismas victimas. Por el otro extremo, habiendo pedido la Diosa á Agesilao, al modo que á Agamenon cuando hacia la guerra en los mismos lugares que este y contra los mismos enemigos, que le ofreciese en victima su hija, vision que tuvo en Aulide entre sueños; como por ternura no hubiese hecho semejante ofrenda, tuvo que disolver el ejército, retirándose sin gloria ni utilidad. Otros al contrario sostenian que á la naturaleza excelente y superior á nosotros no podia serle agradable tan bárbaro é injusto sacrificio; pues que no estamos sujetos al imperio de aquellos Titanes ó aquellos gigantes, sino al del padre de todos los Dioses y los hombres; y el creer que hay genios maléficos que se complacen en la carnicería y la sangre de los hombres, debe probablemente tenerse por absurdo; mas cuando los haya, debemos no hacer caso de ellos, como que nada pueden: pues que la impotencia y la perversidad de ánimo van naturalmente unidas á los irracionales y malignos deseos.

Estando los principales en esta conferencia, y Pelópidas sumamente dudoso, de pronto una yegua nuevecita se escapó de la manada corriendo por entre las armas, y llegando donde aquellos estaban se paró. A todos dió que observar el color de la clin resplandeciente como el fuego, su ufanía y la suavidad y apacibilidad de su relincho; pero el agorero Teócrito, habiendo reflexionado un poco, dirigió la voz á Pelópidas, y exclamó: La victima, ó bienhadado, te se ha venido á la mano: no esperemos ya otra virgen, valte de aquella que Dios te ha presentado. Echaron entonces mano á la yegua, la llevaron á la sepultura de las doncellas, donde haciendo plegarias y poniéndole coronas, la degollaron ale-

gres, haciendo correr por el ejército la voz del ensueño de Pelópidas, y del sacrificio.

En la batalla Epaminondas marchó oblicuamente con la infantería y fue dilatando su ala izquierda, para llevar lo mas lejos posible de los demas Griegos la derecha de los Esparciatas, y para rechazar con ímpetu y á viva fuerza á Cleombroto que la mandaba. Los enemigos advirtieron lo que pasaba, y empezaron á hacer mudanza en su formacion, extendiendo y encorvando la derecha, como para envolver y encerrar á Epaminondas con su muchedumbre. En esto Pelópidas acelerando el paso, y haciendo una conversion con sus trescientos, se adelanta corriendo antes que Cleombroto despliegue su ala, ó que la vuelva á su estado cerrando la formacion, y cae sobre los Lacedemonios euando no estaban á pie firme, sino en cierta confusion y desórden. Es el caso que siendo los Esparciatas los mas aventajados artifices y maestros en las cosas de la guerra, en nada ponian mas cuidado ni se ejercitaban mas que en no separarse ni confundir ó desordenar la formacion, y antes hacer todos de tribunos y cabos, para poder donde los cogiese la pelea y el riesgo cargar y combatir con mayor union; pero entonces la direccion de Epaminondas con la falange contra aquellos solos, pasando de largo por los demas, y el haber sobrevenido Pelópidas con increíble rapidez y ardimento, de tal manera desconcertó sus planes y toda su ciencia, que hubo de parte de los Esparciatas, una faga y una matanza cuales nunca se habian visto. Así sucedió que igual parte de gloria que á Epaminondas beotarca y general de todas las tropas, cupo por victoria y triunfo tan señalados al que no era beotarca, ni mandaba sino á muy pocos.

Invadieron ambos beotarcas el Peloponeso, y atrajeron á su partido la mayor parte de los pueblos, separándolos del de los Lacedemonios: á Elis, Argos, toda la Arcadia y aun la mayor parte de la Laconia. Sucedió esto en el mismo trópico del invierno al acabarse ya el último mes, del que faltaban muy pocos dias, y era preciso que otros magistrados tomaran el mando al entrar el primer mes, ó sufrir pena de muerte los que no lo depusiesen. Los otros beotarcas por te-

mor de esta ley, y por guardarse de la mala estacion, solian apresurarse á volver en ella el ejército á casa; mas entonces Pelópidas fue el primero que adhiriéndose al voto de Epaminondas, y acalorando á los ciudadanos, guió para Esparta; y pasando el Eurotas, les tomó muchas ciudades, y taló el pais hasta el mar, acaudillando setenta mil soldados griegos, de los que no eran los Tebanos ni una duodécima parte; sino que la gloria de tales varones, aun prescindiendo de la opinion y resolucion comun, hacia que siguiesen tranquilamente los aliados cuando estos los mandaban; porque la primera y mas poderosa ley de todas da el mando sobre el que tiene necesidad de salud, al que puede salvarlo: á la manera que los navegantes mientras hay serenidad, ó caminan por la costa, tratan con desden y aun con altanería á los pilotos; pero luego que aparece la tormenta y el peligro, á estos vuelven los ojos y en ellos ponen toda su confianza. Así es, que los Argivos, los Eleatas y los Arcades que en los congresos contendian y altercaban con los Tebanos por el mando, en los combates y en los apuros espontáneamente se sometian, sujetándose al mando de sus generales. En aquella expedicion redujeron á un solo imperio toda la Arcadia; y ocupando la provincia de Mesenia, de la que estaban en posesion los Esparciatas, llamaron y restituyeron á ella á los antiguos Mesenios, volviendo á poblar á Itomes. Al retirarse á casa por Cencrea, vencieron á los Atenienses, que trataron de oponérseles en las gargantas, é impedirles el paso.

Con tales hechos todos estaban tan complacidos de su virtud como admirados de su buena suerte; pero la envidia, inseparable de las ciudades capitales, y que crece en proporcion de la gloria de los hombres grandes, no les tenia dispuesto el mejor ni el mas correspondiente recibimiento; pues ambos á su vuelta tuvieron que defenderse en causa capital, porque previniendo la ley que en el primer mes, al que dan el nombre de Bucacion, entregasen á otros la beotarquia, la habian retenido por otros cuatro meses integros, que fue en los que no dejaron de la mano las empresas de Mesena, de la Arcadia y la Laconia. El primero llamado á

juicio fue Pelópidas; y por lo mismo fue tambien el que estuvo mas expuesto; aunque al cabo ambos fueron absueltos. En la injusta prueba de esta acusacion Epaminondas mostró mucha serenidad, sabiendo que en las cosas políticas la paciencia es una gran parte de la fortaleza y de la magnanimidad; mas Pelópidas que de suyo era menos sufrido, y ademas se veia incitado de los amigos á que por aquella persecucion se vengase de sus contrarios, no omitió aprovechar la siguiente ocasion. Meneclidas el orador habia sido uno de los que con Pelópidas y Melon se habian reunido en casa de Caron; mas porque no habian hecho los Tebanos tanto caso de él, á causa de que si bien no podia negársele su habilidad en el decir, era por otra parte desarreglado y de mala conducta; empleaba su talento en suscitar toda especie de acusaciones y calumnias á los mas distinguidos, no dándose por vencido aun despues de la mencionada causa. Y á Epaminondas logró excluirlo de la beotarquia, y por largo tiempo lo tuvo fuera de los negocios; á Pelópidas no pudo desconceptuarlo con el pueblo; mas á falta de esto procuró indisponerle con Caron: y es que como todos los envidiosos hallan consuelo, ya que ellos no pueden ganarse mas aprecio, en hacer que se rebaje el de los otros, ponía gran conato en ensalzar ante el pueblo las hazañas de Caron, y en celebrar sus expediciones y sus victorias. Con esta mira traté de que de la expedicion de Platea, en la que los Tebanos antes de la jornada de Leuctras alcanzaron alguna ventaja yendo Caron de caudillo, se fijara un público monumento por este término. Androcides de Cicico habia recibido de la ciudad el encargo de pintar en un cuadro otra distinta batalla, y estaba en Tebas mismo trabajando en él; mas como luego hubiese ocurrido aquella rebelion, y sobrevenido la guerra cuando ya estaba muy cerca de concluirse, los Tebanos se quedaron con el cuadro. Pues este era el que Meneclidas trataba de que se consagrara á la memoria de Caron, haciendo poner en él su nombre para marchitar la gloria de Pelópidas y Epaminondas. Era empeño muy necio con batallas y triunfos tan señalados querer poner en contienda un oscuro encuentro y dar valor á una victoria, en

la que fuera de la muerte de un Geradas, de poco nombre entre los Esparciatas, y las de otros cuarenta, no hay memoria de que se hubiese hecho cosa que mereciese atencion. Pelópidas salió al encuentro de este proyecto de decreto, y lo notó de injusto, apoyándose en que entre los Tebanos no estaba recibido que el honor se atribuyera privadamente á un hombre solo, sino que el nombre y el honor de la victoria quedase íntegro para la patria. Y lo que es á Caron le elogié constante y profusamente en su discurso; pero haciendo ver el desarreglo y la malignidad de Meneclidas, se le multase en una suma muy crecida; y como no pudiese pagarla, últimamente intentó alterar ó trastornar el gobierno. Esto tambien pertenece al exámen de estas vidas que escribimos.

Hacia á la sazón la guerra Alejandro, tirano de Feres, á las claras á muchos de los Tesalios; pero en la intencion y con asechanzas á todos; por lo que las ciudades enviaron mensajeros á Tebas, pidiendo un general y tropas; y como Pelópidas viese á Epaminondas ocupado en proseguir las empresas del Pelopeneso, se escogió á sí mismo, y como que se repartió, para el auxilio de los Tesalios; no sufriendo por una parte tener ociosos sus conocimientos y sus fuerzas; y no creyendo por otra que donde estaba Epaminondas hiciese falta otro general. Apenas se encaminó á la Tesalia con algunas fuerzas, tomó inmediatamente á Larisa; y como Alejandro viniese á él con ruegos, trató de trasformarle, y de tirano convertirle en un monarca benigno y justo para los Tesalios. Mas él era insufrible y feroz, y ademas se le atribuya mucha crueldad, mucha insolencia y avaricia; por lo que, como Pelópidas se irritase é incomodase con él, se retiró á toda priesa con los de su guardia. Pelópidas, habiendo proporcionado á los Tesalios gran seguridad de parte del tirano, y gran union y concordia entre sí mismos, partió para la Macedonia, por quanto haciendo la guerra Tolomeo á Alejandro, que reinaba sobre los Macedonios, ambos le llamaban para que entre ellos fuese un árbitro y un juez, y un aliado y auxiliar del que pareciese habia sufrido injusticia. Llegado allá, compuso sus diferencias, y

restituyendo á los desterrados, recibió en rehenes á Filipo, y á otros treinta jóvenes de los mas principales, los que condujo á Tebas, haciendo ver á los Griegos á qué grado de consideracion habian subido las cosas de los Tebanos por la opinion de su poder, y por la confianza en su justicia. Este es el mismo Filipo que despues hizo la guerra á los Griegos contra su libertad; el cual todavia jóven entonces pasó en Tebas su vida en casa de Pamenes. Ya desde aquella época parece que se hizo imitador de Epaminondas, llegando quizá á alcanzar su actividad en las cosas de la guerra y en las campañas, que era la parte menos principal de las virtudes de este héroe; pero de su tolerancia, de su justicia, su magnanimidad y su mansedumbre, en las que era verdaderamente grande, no pudo Filipo participar nada, ni por naturaleza, ni por imitacion.

Como de allí á poco volviesen los Tesalios á quejarse de que Alejandro de Feres vejaba á las ciudades, fue Pelópidas enviado por mensajero juntamente con Ismenias, y se presentó sin llevar tropas de Tebas, y sin ir aperebido para la guerra, siéndole preciso valerse de los mismos Tesalios para lo que pudiera ofrecerse. Turbáronse tambien otra vez á este mismo tiempo las cosas de Macedonia, porque Tolomeo dió muerte al Rey, apoderándose de la autoridad, y los amigos de este, llamaron á Pelópidas, el cual queria intervenir en aquellos negocios; mas no teniendo tropas propias, tomó allí mismo algunos estipendiarios, y con estos marchó sin detenerse contra Tolomeo. Luego que estuvieron cerca uno de otro, Tolomeo corrompió con algunas sumas á estos estipendiarios, logrando que se le pasasen; pero al mismo tiempo temiendo la gloria y el nombre de Pelópidas, le salió al encuentro como á superior, le dió la diestra, y le hizo ruegos, conviniendo en que conservaria la autoridad real á los hermanos del muerto, y en que con los Tebanos tendria á unos mismos por amigos y por enemigos, entregando en rehenes para el cumplimiento á su hijo Filoxeno y cincuenta de sus amigos. Envio á estos Pelópidas á Tebas, y conservando el resentimiento por la traicion de los estipendiarios, como supiesese que la mayor parte de sus riquezas, sus hi-

jos y sus mujeres los tenian en Farsalo, de manera que con apoderarse de estos tomarian bastante satisfaccion de su ultraje; reunió algunos Tesalios, y marchó con ellos á Farsalo; mas á poco de haber llegado se presentó Alejandro el tirano con sus tropas. Pensó Pelópidas que venia á darle excusas: así no tuvo inconveniente en dirigirse á él, pues aunque era cruel y asesino, por respeto á Tebas y á su misma autoridad y gloria, no temia que nada malo pudiera sucederle. Mas este, viendo que iba solo y sin armas, al punto le echó mano, y se apoderó de Farsalo. Infundió esto sumo terror y susto á los que le obedecian, como que despues de semejante injusticia y arrojó, ya á nadie perdonaria, sino que segun las ocurrencias se portaria en los negocios y con los hombres como quien por desesperacion habia echado enteramente el pecho al agua.

Irritáronse los Tebanos con estas nuevas, y al punto decretaron la formacion de un ejército; pero por cierto enfado con Epaminondas nombraron otros generales. El tirano en tanto hizo conducir á Feres á Pelópidas, permitiendo al principio que le hablaran los que quisieran, creyendo que los trabajos le harian apacible y doblarian su ánimo; pero como Pelópidas exhortase á los Tesalios que lamentaban su suerte, á que no desconfiasen, pues entonces era mas cierto que el tirano tendria su merecido, y á este mismo le enviase á decir, era cosa muy extraña que continuamente estuviese dando tormentos y la muerte á miserables ciudadanos que en nada le ofendian, y que á él le dejase, cuando debia conocer que habia de ser el primero á castigarle, si tenia medio de huir; maravillado de semejante entereza é impavidez: « ¿ Por qué, exclamó, se empeña Pelópidas en apresurar su muerte? » y habiéndolo este entendido, respondió: « Para que tú perezcas mas pronto y mas en la ira de los Dioses. » Con este motivo prohibió que nadie de los de fuera de casa pudiera hablarle. Teba, hija de Jason y mujer de Alejandro, sabedora por los que custodiaban á Pelópidas de su firmeza y de la elevacion de sus sentimientos, deseó conocerle y tratar con él conversacion. Fué pues á verle; y como mujer, no advirtió al primer aspecto la entereza que conservaba en

medio de su triste estado; y antes considerando por el desaseo de su cabello y barba, por su gastada ropa, y por el modo con que se le trataba, que se le hacia pasar por lo que no correspondia á la autoridad de su persona, se echó á llorar. A Pelópidas, que no sabia quien fuese aquella mujer, le causó admiracion; mas luego que lo supo, la saludó por su nombre de familia, por ser amigo íntimo de Jason; y como aquella le dijese: « ¡ Cuánto compadezco á vuestra mujer! Yo tambien á vos, le respondió, porque estando sin prisiones, aguantais á Alejandro. » Por este término se insinuó en el ánimo de Teba, que no podia efectivamente sufrir la crueldad y las maldades del tirano; el cual habia llegado en ellas hasta el extremo de haber hecho sufrir la última afrenta al mas mocito de los hermanos de la misma Teba. Así es que frecuentemente visitaba á Pelópidas, y franqueándose con él sobre lo que padecía, su ánimo se llenó de ira, de encono y de despecho contra Alejandro.

Los generales tebanos, habiendo invadido la Tesalia, por impericia y algun casual descalabro se retiraron sin haber contribuido en nada al objeto de la expedicion; y la ciudad, despues de haber multado á cada uno de ellos en diez mil dracmas, confió á Epaminondas el mando del ejército. Al punto pues hubo grandes alteraciones entre los Tesalios, alentados con la fama del general; y las cosas del tirano se pusieron en estado de no ser necesario gran poder para echarlas por tierra: ¡ tal fue el miedo que sobrecogió á sus generales y sus amigos! ¡ tal el ansia que nació en sus súbditos de abandonarle! y ¡ tal el gozo por lo que esperaban! pareciéndoles estar ya en el momento de ver al tirano expiar sus crímenes. Pero Epaminondas, prefiriendo á su propia gloria el salvar á Pelópidas, y temiendo no fuera que si las cosas se revolvieran, Alejandro en un acceso de desesperacion se convirtiese, á la manera de las fieras, contra aquel, iba conllevando la guerra, y como tomando rodeos; así con las disposiciones y la vigilancia hizo tambien que el tirano se preparara y estuviese en inquietud; mas de manera que no se debilitara su confianza y engreimiento, ni se inflamara su cólera y aspereza. Porque sabia llegar á tanto su cruel-

dad y su desprecio de lo honesto y de lo justo, que á unos hombres los hacia enterrar vivos, y á otros los cubria con pieles de jabalies y de osos, y azuzaba contra ellos perros de caza para que los despedazasen; ó les lanzaba dardos, entreteniéndose con esta diversion. En las ciudades de Melibeia y Escotusa, amigas y protegidas por tratados, cercándolas en el acto de celebrar sus juntas públicas, dió muerte á todos los habitantes; y la lanza con que traspasó á su tío Polifron la consagró y coronó y le hizo sacrificios como á un Dios llamándole *Ticon* (1). Habiendo visto en cierta ocasion á un cómico representar las Troyanas de Eurípides, se salió á toda priesa del teatro, y envió á decir al representante que estuviese con tranquilidad y nada malo sospechase de aquel hecho: pues no se habia retirado por hacerle desprecio, sino por no sufrir ante los ciudadanos la vergüenza de que no habiendo mostrado compasion por ninguno de tantos como habia hecho matar, le vieran llorar por los infortunios de Hecuba y Andrómaca. Mas con todo sobrecogido con la gloria y el nombre de Epaminondas y con todo el aparato de su expedicion,

Dobló este gallo como esclavo el ala,

y envió bien pronto quien con aquel le pusiese en buen lugar. Epaminondas no condescendió con que por parte de los Tebanos se hiciese paz y amistad con un hombre semejante: solamente pactó treguas de treinta dias, y recobrando á Pelópidas é Ismenias, hizo su retirada.

Noticiosos los Tebanos de que los Lacedemonios y los Atenienses habian enviado embajadores al gran Rey para negociar una alianza, mandaron tambien por su parte á Pelópidas, con muy buen consejo á causa de su gran nombradía. Ya desde el principio al pasar por las provincias del Rey, fue muy considerado é hizo gran ruido: porque no cundió tibiamente, ó como rumor vago por el Asia la fama de los encuentros sostenidos contra los Lacedemonios, sino que apenas se divulgó la voz de la batalla de Leuctras, aumentada é

(1) Es voz que viene de τύχη, que significa fortuna, y por esta causa le vino á hacer el Dios Ticon.

impelida cada dia con algun nuevo triunfo, se extendió hasta los países mas remotos. Así cuando llegó al palacio, apenas le vieron los sátrapas, los de la guardia y los generales, comenzaron con admiracion á decirse: Este es el que derribó el imperio de la tierra y del mar, de que estaban apoderados los Lacedemonios, y el que contuvo entre el Taigeto y el Eurotas aquella Esparta, que poco antes habia hecho la guerra al gran Rey y á los Persas, llevándola hasta Suza y Echabana por medio de Agesilao. A Artajerges le habian sido de gran placer estos sucesos: así mostró admirar á Pelópidas aun mas allá de su fama; y quizo hacer ostentacion de que le honraba y obsequiaba sobre cuantos habian merecido su estimacion. Túvole todavía en mas luego que vió su figura, y que oyó sus razonamientos, mas enérgicos que los de los Atenienses, y mas sencillos que los de los Lacedemonios; y como sucede ordinariamente á los Reyes, no disimuló su aprecio hácia tan singular varon, ni se ocultó á los otros embajadores que le trataba con mayor distincion. Entré todos los Griegos parece haber sido el Lacedemonio Antalcidas quien de él habia recibido mas señalado honor, qual fue el de haberle enviado bañada en esencias la corona que mientras bebia ornaba su cabeza. A Pelópidas no le hizo un regalo igual; pero le envió presentes ricos y del mayor valor, y condescendió con sus proposiciones: « que fuesen independientes todos los Griegos, y se repoblase Mesena; y que los Tebanos fuesen tenidos por amigos hereditarios del Rey. » Recibida esta respuesta, y de los dones solos los que pudieran ser una muestra de aprecio y benevolencia, se restituyó á su patria; con lo que todavía quedaron mas desacreditados los otros embajadores. Así los Atenienses, puesto en juicio Timágoras, le condenaron á muerte: si fue por el exceso de los dones, justísimamente; pues no solo admitió oro y plata, sino un lecho de grandísimo precio, y esclavos que lo preparasen, como si los Griegos no supiesen este ministerio; y ademas de esto ochenta vacas con sus vaqueros, porque necesitaba tomar la leche para cierta enfermedad. Finalmente fue conducido en silla de manos hasta el mar, siendo el Rey quien pagó á los mozos el jornal. Mas no parece haber sido este soborno lo

que principalmente irritó á los Atenienses; pues que á Epícrates el Cosario, que no negaba haber recibido regalos del Rey, y que se atrevió á presentar un proyecto de decreto para que cada año en lugar de los nueve arcontes se nombrasen nueve embajadores cerea del Rey, tomados entre los plebeyos y pobres, á fin de que volvieran ricos, el pueblo se lo tomó á risa: por tanto su principal encono fue porque todo se hizo en consideracion á los Tebanos, sin reflexionar que la gloria de Pelópidas era de mas influjo que los discursos y las palabrerías para con un hombre que siempre se ponía de parte de los que en las armas eran superiores.

Concilió esta embajada no pequeña consideracion á Pelópidas en su vuelta, tanto por la repoblacion de Mesena, como por la independenciam de todas las ciudades griegas. En tanto Alejandro de Feres habia descubierto otra vez su carácter, destruyendo no pocas ciudades de las de Tesalia, y poniendo guarniciones en la Ptiotide, en la Acaya, y por toda la Magnesia; y noticiosas las demas ciudades del regreso de Pelópidas, enviaron al punto embajadores á Tebas, pidiendo tropas, y á este por caudillo. Decretóse así sin tardanza, y hechos prontamente todos los preparativos, cuando el general estaba para partir hubo un eclipse de sol, y en medio del dia quedó la ciudad en tinieblas. Pelópidas, viéndolos á todos consternados con este accidente, creyó que no convenia violentarlos en su terror y desaliento, ni tampoco aventurar en la empresa las vidas de siete mil ciudadanos: así ofreciéndose por sí solo á los Tesalios, y tomando únicamente consigo trescientos extranjeros de á caballo que voluntariamente le siguieron, partió contra la opinion de los agoreros y el deseo de los demas ciudadanos: por parecerles que aquella señal del cielo no se hacia sino por un varon ilustre. El por otra parte estaba muy acalorado contra Alejandro por las ofensas que le habia hecho, y esperaba tambien encontrar su misma casa indispueta, y enonada contra él por las conversaciones que habia tenido con Teba. Mas lo que sobre todo le atraía era lo brillante de la accion; pues cuando los Lacedemonios habian enviado á Dionisio, el tirano de Sicilia, generales y gobernadores, y cuando los Atenienses recibian

sueldo del mismo Alejandro, y le habian puesto una estatua de bronce como á bienhechor, entonces mismo se afanaba él, y aspiraba al honor de hacer ver á los Griegos que solos los de Tebas hacian guerra á los tiranos, y quebrantaban en la Grecia los poderios violentos é injustos.

Luego que llegó á Farsalo reunió sus tropas, y marchó sin dilacion contra Alejandro; el cual, viendo pocos Tebanos al lado de Pelópidas, y que él tenia mas que doble infantería de Tesalios, le salió al encuentro junto al templo de Tetis; y como alguno le dijese á Pelópidas que el tirano venia con mucha gente: Mejor, respondió, con eso serán mas los que venzamos. Extiéndense hácia el medio de las llamadas Cinocéfalas varios collados de bastante inclinacion y altura, y unos y otros se dirigieron á ocuparlos con la infantería; y al propio tiempo Pelópidas mandó á los suyos de á caballo, que eran muchos y excelentes, que se batiesen con la caballería enemiga. Vencieron estos, y bajaron á la llanura en persecucion de los fugitivos; mas se vió que Alejandro habia tomado las alturas, y que acometiendo á la infantería tesaliana, que se habia rezagado, y se encaminaba á los puntos mas fuertes y elevados, dió muerte á los primeros, y los demas, siendo ofendidos, nada hacian por su parte. Advertido pues esto por Pelópidas, llamó á los de á caballo, y les dió orden de que corriesen contra lo mas apiñado de los enemigos, y él mismo, embrazando el escudo, marchó de carrera á unirse con los que peleaban en los collados; y penetrando por la retaguardia hasta los primeros, infundió en todos tal valor y aliento, que aun á los mismos enemigos les pareció ser aquellos otros hombres en el cuerpo y en el espíritu; y si bien estos rechazaron dos ó tres choques, al ver que todavía volvian con ímpetu, y que la caballería dejaba el alcance, cedieron por fin, y se retiraron. Pelópidas desde la eminencia viendo toda la hueste de los enemigos, no puesta en fuga, pero si ya en gran confusion y desórden, se detuvo un poco á mirar, en busca del mismo Alejandro; y cuando observó que estaba en el ala derecha animando y ordenando á sus estipendiarios, no hizo uso de la razon para refrenar la ira, sino que inflamado con

su vista, y abandonando á la cólera su persona y el mando, se adelantó á todos los demas, clamando y llamando á gritos al tirano, el cual estuvo bien distante de sostener el ímpetu y de aguardar, sino que dando á correr hácia los estipendiarios, se escondió. Y los primeros de estos, que hicieron oposicion, fueron cortados por Pelópidas, y aun algunos heridos y muertos; pero los demas, hiriéndole de lejos con las lanzas, acabaron con él, mientras que los Tesalios venian á carrera desde los collados en su auxilio. Cuando ya habia muerto acudieron tambien los de á caballo, y pusieron en huida todo el ejército, persiguiéndole gran trecho, y llenaron aquella llanura de cadáveres, tanto que fueron mas de tres mil á los que dieron muerte.

Que los Tebanos, presentes á la muerte de Pelópidas, cayesen en el mayor desconsuelo, llamándole padre, salvador y maestro de los mayores y mas apreciables bienes, nada tiene de extraño; pero el que los Tesalios pasasen con sus decretos la raya de cuanto honor puede dispensarse á la humana virtud, esto fue lo que principalmente manifestó en sus demostraciones el aprecio y gratitud con que le miraban. Porque se dice que cuantos concurrieron á aquella batalla, ni se quitaron la coraza, ni desensillaron los caballos, ni se curaron las heridas luego que llegó á su noticia aquel infausto suceso, sino que corriendo como se hallaban adonde estaba el cadáver, como si hubiera de sentirlo, pusieron alrededor de su cuerpo en monton los despojos de los enemigos; cortaron las clines á los caballos, y se cortaron tambien el cabello, y que muchos yendo despues á las tiendas, ni encendieron fuego ni se sentaron á comer, sino que el silencio y la pesadumbre se difundió por todo el campamento, como sino hubieran alcanzado la mayor y mas completa victoria, si no que mas bien hubiesen sido vencidos y esclavizados por el tirano. De las ciudades, luego que corrió la nueva, vinieron las autoridades, y con ellas los mancebos, los muchachos y los sacerdotes, para recibir el cuerpo, trayendo para adornarle trofeos, coronas y armaduras de oro. Llegado el momento de haberse de conducir el cadáver, adelantándose los Tesalios de mas propecta

edad, pidieron á los Tebanos que les permitieran darle sepultura; y uno de ellos habló de esta manera: Os pedimos, ó aliados nuestros, una gracia que nos ha de servir de honor y de consuelo: pues no hacen la corte los Tesalios á Pelópidas, todavía vivo, ni en tiempo que pueda sentirlo le retribuyen los correspondientes honores, sino que con serenos permitido tocar su cadáver, hacerle las debidas exequias, y sepultar su cuerpo, parecerá que debe creérsenos si decimos que esta calamidad es mayor para nosotros que para los Tebanos: pues que vosotros solo habeis perdido un excelente general, cuando nosotros, ademas de esta pérdida, hemos sido privados de la libertad. ¿Y cómo ya nos atreveremos á pedirnos otro general, no restituyéndoos á Pelópidas? Condescendieron pues los Tebanos con sus ruegos.

Ciertamente que no habrá habido exequias mas magníficas que estas, á juicio de los que no colocando lo magnifico en el marfil, en el oro y en la púrpura, se distinguen de Filisto, que cantó y engrandeció el enterramiento de Dionisio, haciéndolo el desenlace teatral de su tiranía, como si fuera el de una gran tragedia. Tambien Alejandro el Grande, muerto Efestion, no solo esquiló las cines de los caballos y de las acémilas, sino que quitó las almenas de los muros, para dar á entender que las ciudades lloraban, habiendo tomado aquel aspecto lúgubre y humilde en lugar de su antigua belleza. Mas todos estos no son sino preceptos de tiranos, impuestos por necesidad, para envidia de aquellos en favor de quienes se expiden, y en mas odio de los que para ellos emplean la fuerza; y lejos de ser expresiones de gratitud y honor, no lo son sino de un fasto bárbaro y de ostentacion, y molicie de hombres que gastan su caudal en cosas vanas indignas de imitarse. Por el contrario, el que un hombre popular, muerto en tierra extraña, sin hallarse presentes su mujer, sus hijos ó sus deudos, sin que nadie lo exija y menos lo mande, sea honrado en sus exequias por tantas ciudades y pueblos reunidos, que llevan y coronan su féretro; esto debe con justa razon parecer el complemento de la felicidad: porque no es la mas triste, como Esopo dijo, la muerte del hombre dichoso, sino antes la mas bien-

venturada, por haber puesto ya en lugar seguro sus buenas acciones, y haberse quitado del alcance de las mudanzas de fortuna. Por tanto mejor lo entendió aquel Lacedemonio, que á Diágoras, triunfador en Olimpia, que alcanzó á ver á sus hijos coronados en los juegos, y nietos de hijos é hijas, le saludó diciéndole: Muérete, ó Diágoras, pues que no has de subir á otro Olimpo. Pues todas las victorias Olímpicas y Píticas juntas no creo que hubiese quien las comparase con uno de los combates de Pelópidas; el cual habiendo reñido muchas lides, vencedor en todas; y habiendo pasado la mayor parte de su vida en el honor y la gloria, últimamente en su décimatercia beotarquia, despues de haber alcanzado el prez del valor sobre muerte de un tirano, dió su vida por la libertad de la Tesalia.

Si su muerte causó sumo pesar á los aliados, todavía les fue de mayor provecho, porque los Tebanos luego que tuvieron noticia del fallecimiento de Pelópidas, no poniendo dilacion ninguna en el castigo, dispusieron inmediatamente una expedicion de siete mil infantes y ochocientos caballos, al mando de Malquites y Diogiton, los cuales llegando á tiempo en que Alejandro todavía estaba escaso y debilitado de fuerzas, le obligaron á que restituyese á los Tesalios las ciudades que les habia tomado; á que dejase en paz á los de Magnesia, de la Ptiotide y de la Acaya, retirando las guarniciones, y á que pactase con ellos en un tratado, que adonde quiera que los Tebanos se dieron por satisfechos. Ahora referiremos cuál fue la venganza que los Dioses tomaron de Alejandro, á causa de Pelópidas. Ya este habia antes enseñado á Teba, como arriba dijimos, á no mirar con miedo la brillantéz y aparato exterior de la tiranía, que interiormente se sostenia solo con algunas armas y algunos transfugas: ademas rezelosa siempre de su infidelidad, é indignada de su fiereza, trató y convino con sus hermanos, que eran tres, Tisifono, Pitolaó y Licofron, el deshacerse de él de esta manera. Todo el resto de la casa estaba al cuidado de aquellos guardias á quienes tocaba custodiarle por la noche; pero del dormitorio en que solia acostarse, que estaba en alto, era único centinela, puesto delante de él, un

perro atado, temible á todos, sino á ellos dos, y al que le daba de comer. Al tiempo concertado para el hecho, Teba desde antes de la noche tenia ocultos á los hermanos en una casa vecina: entró sola, como lo tenia de costumbre, al cuarto de Alejandro, que ya estaba dormido: salió de allí á poco, y mandó al esclavo que se llevara á fuera el perro, porque este queria reposar con el mayor sosiego: inmediatamente para precaver que la escalera hiciese ruido al subir los hermanos, tendió lana por toda ella: trajo luego á los hermanos armados, y dejándolos á la puerta, entró al dormitorio, y sacó la espada que Alejandro tenia colgada sobre el lecho, siendo esta la seña que se tenían dada para entender que este dormia, y que era el momento de sorprenderle. Como entonces se acobardasen aquellos jóvenes y se detuviesen, empezó á motejarlos, y á amenazarlos con que despertaria á Alejandro, y le descubriría el designio; y entonces entre avergonzados y medrosos los introdujo, y los colocó al rededor del lecho, llevando luz. Sujetóle el uno por los pies, el otro le tomó la cabeza por los cabellos, y el tercero le pasó con la espada; muriendo, atendida la celeridad del hecho, quizá mas pronto de lo que fuera razon; y solo en haber sido el primer tirano muerto por su mujer, y en la afrenta que sufrió su cadáver, siendo arrojado al suelo, y hollado por los de Feres, puede decirse que tuvo el fin debido á sus maldades.

---

### MARCELO.

Es opinion que Marco Claudio, el que fue en Roma cinco veces cónsul, era hijo de otro Marco; y que entre los de su casa empezaron á llamarle Marcelo, lo que se interpreta Marcial, segun nos dejó escrito Posidonio; porque realmente era guerrero en el ejercicio y los conocimientos; en su cuerpo, robusto, en las manos, ágil, y en su índole muy inclinado á la

guerra; y si bien en los combates se mostraba intrépido y fiero, en todo lo demas era prudente y humano y aficionado á la literatura y escritos de los Griegos, hasta apreciar y admirar á los que en aquella sobresalian; aunque por sus ocupaciones no le fue dado aprender y ejercitarse en ella segun sus deseos. Porque si Dios á algunos hombres, como dice Homero,

De juventud hasta la edad cansada  
Les concedió acabar sangrientas lides;

esto se verificó tambien con los principales Romanos de aquella edad; los cuales de jóvenes hicieron la guerra á los Cartagineses en Sicilia; en la edad varonil á los Galos por defender la Italia; y en la vejez otra vez á Anibal y los Cartagineses, no pudiendo tener, como otros, reposo en sus últimos años; sino siendo llamado continuamente á los ejércitos y á los mandos, segun su generosa índole y su virtud.

En todo género de lid era Marcelo diestro y ejercitado; pero en los duelos y desafios parece que aun se excedia á sí mismo: así no hubo desafio que no aceptase, y en ninguno dejó de dar muerte á sus contrarios. En Sicilia salvó á su hermano Otacilio que estaba para perecer, protegiéndole con su escudo, y dando muerte á los que le habian acosado: accion por la que, siendo todavía mozo, obtuvo de los generales coronas y premios. Como hubiese adelantado en la pública estimacion, el pueblo le nombró edil, una de las mas brillantes dignidades, y los sacerdotes agorero, que es una especie de sacerdocio, al que la ley concedió la investigacion y conservación de la adivinacion por las aves. Siendo edil se vió en la necesidad de seguir una causa muy repugnante; porque tenia un hijo de su mismo nombre, dotado de singular belleza, y al mismo tiempo muy estimado de los ciudadanos por su modestia e instruccion, y Capitolino, colega de Marcelo, hombre vicioso y disoluto; le requirió de amores. El joven al principio guardó dentro de su pecho aquel mal intento; mas como aquel hubiese repetido, y él lo hubiese revelado á su padre, indignado Marcelo, acusó á su colega ante el Senado. Puso el denunciado por obra toda especie

perro atado, temible á todos, sino á ellos dos, y al que le daba de comer. Al tiempo concertado para el hecho, Teba desde antes de la noche tenia ocultos á los hermanos en una casa vecina: entró sola, como lo tenia de costumbre, al cuarto de Alejandro, que ya estaba dormido: salió de allí á poco, y mandó al esclavo que se llevara á fuera el perro, porque este queria reposar con el mayor sosiego: inmediatamente para precaver que la escalera hiciese ruido al subir los hermanos, tendió lana por toda ella: trajo luego á los hermanos armados, y dejándolos á la puerta, entró al dormitorio, y sacó la espada que Alejandro tenia colgada sobre el lecho, siendo esta la seña que se tenían dada para entender que este dormia, y que era el momento de sorprenderle. Como entonces se acobardasen aquellos jóvenes y se detuviesen, empezó á motejarlos, y á amenazarlos con que despertaria á Alejandro, y le descubriría el designio; y entonces entre avergonzados y medrosos los introdujo, y los colocó al rededor del lecho, llevando luz. Sujetóle el uno por los pies, el otro le tomó la cabeza por los cabellos, y el tercero le pasó con la espada; muriendo, atendida la celeridad del hecho, quizá mas pronto de lo que fuera razon; y solo en haber sido el primer tirano muerto por su mujer, y en la afrenta que sufrió su cadáver, siendo arrojado al suelo, y hollado por los de Feres, puede decirse que tuvo el fin debido á sus maldades.

---

### MARCELO.

Es opinion que Marco Claudio, el que fue en Roma cinco veces cónsul, era hijo de otro Marco; y que entre los de su casa empezaron á llamarle Marcelo, lo que se interpreta Marcial, segun nos dejó escrito Posidonio; porque realmente era guerrero en el ejercicio y los conocimientos; en su cuerpo, robusto, en las manos, ágil, y en su índole muy inclinado á la

guerra; y si bien en los combates se mostraba intrépido y fiero, en todo lo demas era prudente y humano y aficionado á la literatura y escritos de los Griegos, hasta apreciar y admirar á los que en aquella sobresalian; aunque por sus ocupaciones no le fue dado aprender y ejercitarse en ella segun sus deseos. Porque si Dios á algunos hombres, como dice Homero,

De juventud hasta la edad cansada  
Les concedió acabar sangrientas lides;

esto se verificó tambien con los principales Romanos de aquella edad; los cuales de jóvenes hicieron la guerra á los Cartagineses en Sicilia; en la edad varonil á los Galos por defender la Italia; y en la vejez otra vez á Anibal y los Cartagineses, no pudiendo tener, como otros, reposo en sus últimos años; sino siendo llamado continuamente á los ejércitos y á los mandos, segun su generosa índole y su virtud.

En todo género de lid era Marcelo diestro y ejercitado; pero en los duelos y desafios parece que aun se excedia á sí mismo: así no hubo desafio que no aceptase, y en ninguno dejó de dar muerte á sus contrarios. En Sicilia salvó á su hermano Otacilio que estaba para perecer, protegiéndole con su escudo, y dando muerte á los que le habian acosado: accion por la que, siendo todavía mozo, obtuvo de los generales coronas y premios. Como hubiese adelantado en la pública estimacion, el pueblo le nombró edil, una de las mas brillantes dignidades, y los sacerdotes agorero, que es una especie de sacerdocio, al que la ley concedió la investigacion y conservación de la adivinacion por las aves. Siendo edil se vió en la necesidad de seguir una causa muy repugnante; porque tenia un hijo de su mismo nombre, dotado de singular belleza, y al mismo tiempo muy estimado de los ciudadanos por su modestia e instruccion, y Capitolino, colega de Marcelo, hombre vicioso y disoluto; le requirió de amores. El jóven al principio guardó dentro de su pecho aquel mal intento; mas como aquel hubiese repetido, y él lo hubiese revelado á su padre, indignado Marcelo, acusó á su colega ante el Senado. Puso el denunciado por obra toda especie

de subterfugios y enredos, pidiendo la intercesion de los tribunos; y como se excusasen de prestarla, se defendia con la negativa. No podia producirse testigo ninguno de la seducion, por lo que se resolvió hacer comparecer al jóven en el Senado: y traído que fue, con ver su rubor y sus lágrimas, y que en su aspecto con la vergüenza resplandecia una ardiente ira, no necesitaron de mas conjeturas para condenar á Capitolino y multarle en una crecida suma; con la que Marcelo hizo labrar un lebrillo de plata, que consagró á los Dioses.

Sucedió que fenecida la primera guerra púnica al año vigésimo segundo, amenazaron á Roma principios de nuevas disensiones con los Galos: porque los Insubres, habitantes de la parte de Italia que está al pie de los Alpes (pueblo tambien Galo), ya de gran poder por sí mismos, allegaban otras fuerzas, convocando á los que de los Galos sirven á soldada, los cuales se llaman Gesatas: habiendo sido cosa prodigiosa y de gran dicha para Roma que esta guerra céltica no hubiese concurrido con la africana; sino que los Galos, como si entraran de sustitutos, no se hubieran movido mientras duraba aquella contienda, y despues tratasen de acometer á los vencedores, y de provocarlos cuando ya estaban ociosos. No dejó con todo el pais mismo de ser gran parte para que viniese temor en los Romanos, conmovidos con la idea de una guerra de la misma region, ya por la vecindad, y ya tambien por el antiguo renombre de los Galos; los cuales se ve haber sido muy formidables á los Romanos, que por ellos fueron desposeidos de su ciudad; pues que de resulta de este suceso establecieron por ley, que los sacerdotes fuesen exentos de la milicia, á no que sobreviniera otra guerra con los Galos. Daban tambien indicios de este miedo los mismos preparativos (porque se pusieron sobre las armas tantos millares de hombres quantos nunca se vieron á la vez ni antes ni despues), y las novedades que se hicieron en orden á los sacrificios: pues siendo así que nada admitian de los bárbaros ni de los extranjeros, sino que siguiendo principalmente las opiniones de los Griegos eran pios y humanos en las cosas de la religion; entonces al estar ya próxima la

guerra se vieron en la necesidad de obedecer á unos oráculos de las Sibilas; y segun ellos, á enterrar vivos en la plaza que llaman de los bueyes á dos Griegos, varon y hembra, y del mismo modo á dos Galos: por los cuales Griegos y Galos hacen aun hoy en el mes de noviembre ciertas arcanas é invisibles ceremonias.

Los primeros combates alternaron entre victorias y descalabros, sin que condujesen á un término seguro; y mientras los cónsules Flaminio y Furio hacian la guerra con poderosos ejércitos á los Insubres, se vió que el rio que atraviesa la campiña Picena corria teñido en sangre, y se dijo asimismo que hácia Ariminio habian aparecido tres lunas. Ademas los sacerdotes, que tienen á su cargo observar las aves, anunciaron que los agüeros de estas al tiempo de los comicios consulares habian sido contrarios á los cónsules: por todo lo cual al punto se enviaron cartas al ejército, citando y llamando á estos para que restituidos á Roma abdicaran cuanto antes, y nada se apresuraran á hacer como cónsules contra los enemigos. Recibió las cartas Flaminio, y no quiso abrirlas sin haber antes entrado en acción con los bárbaros, á los que puso en fuga y les corrió la tierra. Regresó luego á Roma con muchos despojos; pero el pueblo no salió á recibirle; y por no haber cumplido así que fue llamado, ni haberse mostrado obediente á las cartas, estuvo en muy poco que no perdiese la votacion del triunfo; por tanto, no bien acabada la solemnidad de este, le redujo á la clase de particular, precisándole á renunciar el consulado juntamente con su colega; tanta era la piedad de los Romanos en referirlo todo á los Dioses! Así es que aun presentando en cambio los mas prósperos acontecimientos, no aprobaban el desden de los agüeros recibidos, creyendo que para la salud de la patria conducia mas el que los magistrados reverenciasen las cosas de la religion, que el que vencieran á los enemigos.

Por este término hallándose cónsul Tiberio Sempronio, varon que por su valor y probidad era de los Romanos tenido en el mayor aprecio, declaró por sus sucesores á Escipion Nasica, y Cayo Marcio; y cuando ya estaban estos en

sus respectivas provincias registrando los apuntes sobre milicia, halló por casualidad, que se le habia pasado una de las prevenciones trasmitidas por los mayores, que era esta: cuando el general para tomar los agüeros fuera de la poblacion ocupaba casa ó tenda arrendada, y despues por caso tenia que volver á la ciudad sin haber obtenido señales ciertas, era preciso que dejara aquella mansion arrendada, y tomara otra para empezar en ella la ceremonia desde el principio. Esto era justamente lo que Tiberio habia ignorado, y tomó dos veces los agüeros en un mismo punto para declarar cónsules á los que dejamos dicho. Advirtió por fin su error, y lo hizo presente al Senado; el cual no miró con desprecio esta falta, aunque pequeña; sino que escribió á los cónsules y estos dejando las provincias, se apresuraron á volver á Roma, é hicieron difision de su dignidad: sino que esto sucedió mas adelante. Mas por aquellos mismos tiempos á dos sacerdotes de lo mas distinguido se les privó del sacerdocio: á Cornelio Cetego, por no haber distribuido por el orden prescrito las entrañas de las victimas; y á Quinto Sulpicio, porque en el acto de estar sacrificando se le cayó de la cabeza el velo que llevan los llamados Flamines. Tambien estando el dictador Minucio nombrando por maestro de la caballeria á Cayo Flaminio, porque en el acto se oyó el rechinar de un raton, al que llaman *sorice*, retiraron sus votos á entrambos, y nombraron otros. Mas aunque tanta exactitud ponian en estas cosas que parecen pequeñas, no por eso tenia parte supersticion ninguna en no alterar ni omitir nada de las prácticas heredadas.

Hecha la abdicacion por Flaminio y su colega, fue designado cónsul Marcelo por los que llaman intereyes; y luego que se entregó de la autoridad, le dieron por colega á Neyo Cornelio. Dicese que como los Galos diesen muchos pasos hácia la reconciliacion, y tambien el Senado se inclinase á la paz, Marcelo irritó al pueblo para que apeteciese la guerra; y aun sin embargo de que llegó á hacerse la paz, los Galos mismos parece que obligaron á la guerra, pasando los Alpes y alborotando á los Insubres: porque siendo unos treinta mil, se unieron á estos, que les excedian mucho en

número; y llenos de altanería marcharon sin detencion contra Acerras, ciudad fundada á las orillas del Po; y de alli el Rey de los Gesatas Viridómaro salia con unos diez mil hombres, y talaba todo el pais por donde discurre este rio. Luego que esto llegó á los oidos de Marcelo, dejando á su colega por la parte de Acerra con toda la infanteria, toda la tropa de línea y el tercio de la de á caballo, y tomando consigo lo restante de la caballeria y de las tropas mas ligeras hasta unos seiscientos hombres, movió sus reales, y aceleró la marcha, sin aliojar ni de dia ni de noche, hasta que alcanzó á los diez mil Gesatas hácia el pueblo llamado Clastid. Caserio, otro tiempo de los Galos, y que hacia poco habia entrado en la obediencia de los Romanos. No le fue dado rehacerse y dar algun reposo á su tropa, porque luego tuvieron los bárbaros antecedentes de su venida, y la miraron con desprecio, por ser muy poca su infanteria, y no dar los Celtas á su caballeria importancia ninguna; pues sobre ser tenidos por diestrisimos y sobresalientes en este modo de combatir, con mucho excedian tambien en el número á Marcelo. Por tanto, como para llevarse de calles marcharon sin dilacion contra él con gran impetu y terribles amenazas, precediéndoles el Rey. Marcelo, para que no se le adelantaran y le envolvieran viéndole con tan pocos, llevó con prontitud á bastante distancia sus escuadrones de caballeria, y adelgazando su ala, la extendió mucho, hasta que se puso cerca de los enemigos. En el acto mismo de lanzarse contra estos, sucedió que su caballo, inquietado con los relinchos de la caballeria contraria, volvió grupa para llevar hácia atras á Marcelo. El entonces, temiendo que este accidente diese motivo á alguna supersticion á los Romanos, hizo uso del freno, y volvió repentinamente el caballo frente á los enemigos adorando al sol; como que no por acaso, sino de intento y con aquel mismo objeto habia hecho á su caballo dar vuelta, porque girando en torno es como los Romanos acostumbra adorar á los Dioses; y al tiempo de embestir á los enemigos se dice haber hecho voto á Júpiter Feretrio de consagrarle las mas hermosas armas de los enemigos.

En esto le echó de ver el Rey de los Gesatas, y conjetu-

rando por las insignias que aquel era el general, picó á su caballo, y se adelantó mucho á los demas, provocándole á grandes voces, y blandiendo su lanza : siendo superior á los demas Galos, y sobresaliendo entre ellos por su talla y por toda su armadura, en que brillaban el oro, la plata y la variedad de los colores, con lo que venia á ser como rayo de luz entre nubes. Llevaba Marcelo su vista por toda la hueste enemiga, y como al descubrir aquellas armas le pareciesen las mas hermosas de todas, y se le ofreciese que con ellas habia de cumplir su voto, arremetiendo contra su dueño, le atravesó con la lanza la coraza, y con el encuentro del caballo le hizo perder la silla y caer al suelo todavía con vida; pero repitiéndole segundo y tercer golpe acabó luego con él. Apeóse en seguida, y luego que tomó en la mano las armas del caido, alzando los ojos al cielo, exclamó : « ¡ O Júpiter Feretrio, tú que registras los designios y las grandes hazañas de los generales en las guerras y en las batallas, tú eres testigo de que con mi propia mano he traspasado y dado muerte á este enemigo, siendo general á otro general, y siendo cónsul á un Rey : conságrote pues estos primeros y excelentísimos despojos : tú concédeme para lo que resta una ventura igual á estos principios ! » En esto acometió la caballería, peleando no con la caballería separada, sino tambien con la infantería que allí se agolpó; y alcanzó un especial, glorioso é incomparable triunfo, pues no hay memoria de que tan pocos de á caballo hubiesen vencido jamas á tanta caballería é infantería juntas. Dióse muerte á un gran número; y cogiendo muchas armas y despojos, volvió á unirse con el colega, que combatia desventajosamente con los Celtas, junto á la ciudad mayor y mas populosa de los Galos. Llámase Milan, y los Celtas la reconocen por metrópoli; por lo cual, peleando con particular denuedo en su defensa, habian conseguido sitiár al sitiador Cornelio. Volviendo en esta sazón Marcelo, los Gesatas luego que entendieron la derrota y muerte de su Rey, se retiraron; Milan fue tomada, y los Celtas espontáneamente entregaron las demas ciudades, y se sometieron con todas sus cosas á los Romanos, que les concedieron la paz con equitativas condiciones.

Decretado por el Senado el triunfo solamente á Marcelo, apareció este en la pompa, si se atiende á la brillantez, riqueza y copia de los despojos, y al número de los cautivos, magnífico y admirable como los que mas; pero el espectáculo mas agradable y nuevo era ver que él mismo conducia al templo de Júpiter la armadura del bárbaro; para lo cual habia hecho cortar el tronco de una frondosa encina, y disponiéndolo como trofeo, puso ligadas y pendientes de él todas las piezas, acomodándolas con cierto orden y gracia; y al marchar el acompañamiento púsose al hombro el tronco, subió á la carroza, y como estatua de sí mismo, adornada con el mas vistoso de los trofeos, así atravesó la ciudad. Seguía el ejército con lucientes armas, entonando odas é himnos triunfales en loor del Dios y del general. De esta manera continuó la pompa, y llegada al templo de Júpiter Feretrio, subió á él, é hizo la consagracion, siendo el tercero y último hasta nuestra edad : porque el primero que trajo iguales despojos fue Rómulo de Acron, Rey de los Ceninetes; el segundo Cornelio Coso de Tolumnio, Etrusco; y despues de estos Marcelo de Viridómaro, Rey de los Galos, y despues de Marcelo nadie. Dase al Dios á quien se hizo la ofrenda el nombre de Júpiter Feretrio, segun unos por el hecho mismo de habérsele llevado el trofeo, como derivado de la lengua griega (1) muy mezclada entonces con la latina; segun otros esta es denominacion propia de Júpiter Fulminante, porque al *herir ó lisiar* los Latinos le llaman *ferire*. Otros finalmente dicen que se tomó el nombre del mismo golpe ó acto de herir en la guerra, porque en las batallas cuando persiguen á los enemigos, repitiendo la palabra *hiere se* excitan unos á otros. Al botín comunmente le llaman despojos; pero á los de esta clase les dicen con especial denominacion *ópimos*; y se refiere que en los comentarios de Numa Pompilio se hace mencion de ópimos primeros, segundos y terceros; mandando que los primeros que se tomaban se consagrasen á Júpiter Feretrio; los segundos á Marte, y los terceros á Quirino: y que por prez del valor recibian el primero trescien-

(1) Φερέω significa llevar, y probablemente se tomó de aquí el *ferre* de los Latinos.

tos ases; doscientos el segundó, ciento el tercero; acerca de las cuales cosas prevalece ademas la opinion de que entre aquellos solo son honoríficos los que se toman los primeros en batalla campal, dando muerte el un general al otro: mas baste ya de este punto. Los Romanos tuvieron en tanto esta victoria y el modo con que se terminó esta guerra, que de los rescates enviaron en ofrenda á Apolo Pitio una salvilla de oro; y de los despojos, ademas de partir largamente con las ciudades confederadas, regalaron asimismo considerable porcion á Hieron, tirano de Siracusa, que era tambien amigo y aliado.

Cuando Anibal invadió la Italia habia sido Marcelo enviado á Sicilia con una armada. Sucedió luego la calamidad de Canas, muriendo muchos millares de Romanos en aquella batalla, y retirándose á Canisio aquellos pocos que habian podido salvarse. Como se temiese que Anibal acudiria al punto á tomar á Roma con la facilidad con que habia deshecho lo mas robusto de sus tropas, Marcelo fue el primero que desde las naves envió á Roma para su guarnicion mil y setecientos hombres. Comunicósele luego una orden del Senado, y pasando en su virtud á Canisio, recogió los que allí se habian refugiado, y los sacó fuera de muros, para no dejar á discrecion el pais. De los Romanos los varones propios para el mando, y de opinion en las cosas de la guerra, los mas habian muerto en las acciones; y en Fabio Máximo, que era el que gozaba de mayor autoridad por su justificacion y su prudencia, culpaban el detenimiento en las determinaciones, para no arriesgarse á descabros, notándole de inactivo é irresoluto. Juzgando pues que si bien este era cual les convenia para consultar á su seguridad, todavia no era el general que tambien necesitaban para ofender á su vez, volvieron los ojos á Marcelo; y contraponiendo y como mezclando su osadía y arrojo con la moderacion y prevision de aquel, los fueron nombrando, ora cónsules á ambos, y ora cónsul al uno y procónsul al otro. Refiere Posidonio á este propósito que á Fabio le llamaban escudo, y á Marcelo espada; y el mismo Anibal solia decir que á Fabio, le temia como á ayo, y á Marcelo como á antagonista; porque de

aquel era contenido para que no hiciese daño, y de este lo recibia.

En primer lugar como en el ejército por las mismas victorias de Anibal se hubiese introducido mucha insubordinacion é indisciplina, á los soldados separados de los reales que corrian el pais los destrozaba, debilitando por este medio sus fuerzas. Despues yendo en auxilio de Nápoles y de Nola, á los Napolitanos los alentó y confirmó, porque de suyo eran amigos seguros de Roma; y entrando en Nola los encontró en sedicion, porque el Senado no podia reducir ni gobernar al pueblo que *anibalizaba* ó se mostraba del partido de *Anibal*; y es que habia en aquella ciudad un hombre de los principales en linaje, y muy ilustre por su valor, llamado Bandio, el cual en Canas habia peleado con extraordinario valor; y habiendo dado muerte á muchos Cartagineses, á la postre se le habia encontrado entre los cadáveres traspasado su cuerpo de muchos dardos; de lo que admirado Anibal, no solo le dejó ir libre sin rescate, sino que le dió dádivas, y le hizo su amigo y huésped. Correspondiendo pues Bandio agradecido á este favor, era uno de los que anibalizaban con mas ardor; y como tenia influjo, incitaba al pueblo á la desercion. No tenia Marcelo por justo deshacerse de un hombre á quien la fortuna habia distinguido tanto, y que habia tenido parte con los Romanos en sus mas memorables batallas; y como ademas fuese por su carácter dulce y humano en el trato, é inclinado á excitar en los hombres sentimientos de honor, habiéndole en una ocasion saludado Bandio, le preguntó quién era; no porque no le conociese mucho tiempo habia, sino para buscar algun principio y motivo de entrar en conversacion. Cuando le respondió soy Lucio Bandio, mostrando alegrarse y maravillarse: ¿Cómo, le respondió, tú eres aquel Bandio de quien tanto se ha hablado en Roma, con motivo de la batalla de Canas, diciéndose haber sido tú el único que no abandono al cónsul Paulo Emilio, sino que aun esperaste y recibiste en tu propio cuerpo los dardos que contra aquel se lanzaban? Contestándolo Bandio, y mostrando ademas algunas de sus heridas; pues teniendo, continuó Marcelo, tales señas de amistad hácia nosotros: ¿Por

qué no te has presentado al instante? ¿ó crees que no sabemos recompensar la virtud de unos amigos que vemos acatados de nuestros contrarios? Además de halagarle y atraerle de esta manera, le regaló un caballo hecho á la guerra, y quinientas dracmas.

Desde entonces Bandio fue para Marcelo el compañero y auxiliar de mayor confianza, y el mas temible denunciador y acusador de los que eran de contrario partido; que habia muchos, y tenian meditado, cuando los Romanos saliesen contra los enemigos, robarles el bagaje. Por tanto Marcelo, formando sus tropas dentro de la ciudad, colocó junto á las puertas todo el carruaje, é intimó á los Nolanos que no se aproximasen á las murallas: notábanse estas desiertas de defensores, y esto indujo á Anibal á marchar con poco órden, pareciéndole que los de la ciudad estaban tumultuados. Entonces Marcelo, dando órden de abrir la puerta que tenia próxima, hizo una salida, llevando á sus órdenes lo mas brillante de la caballería, y dió de frente sobre los enemigos: á poco salieron por otra puerta los de infantería con ímpetu y algazara; y despues de estos, mientras Anibal dividia sus fuerzas, se abrió la tercera puerta, y por ella salieron los restantes, y por todas partes hostigaron á unos hombres sobrecogidos con lo inesperado del caso, y que se defendian mal de los que ya tenian entre manos, por los que últimamente habian sobrevenido. Y esta fue la primera ocasion en que las tropas de Anibal cedieron á los Romanos, acosadas de estos con gran mortandad y muchas heridas hasta su campamento: pues se dice que perecieron sobre cinco mil, no habiendo muerto de los Romanos mas de quinientos. Livio no confirma el que hubiese sido tan grande la derrota ni tanta la mortandad de los enemigos; pero sí conviene en que de resultas de esta accion adquirió Marcelo gran renombre, y á los Romanos se les infundió mucho aliento, como que no peleaban contra un enemigo invicto ó irresistible, sino contra uno que ya, decian, estaba sujeto á descalabros.

Por esta causa, habiendo muerto uno de los cónsules, llamó el pueblo para que le sucediese á Marcelo que se hallaba ausente, dilatando la eleccion contra la voluntad de los de

mas magistrados hasta que regresó del ejército. Fue pues nombrado cónsul por todos los votos; pero al celebrarse los comicios hubo truenos, y los sacerdotes no tuvieron por faustos los agüeros, sino que no se atrevieron á disolver la junta por temor del pueblo; mas él mismo hizo dimision de su dignidad. Con todo no por esto rehusó el mando del ejército, sino que con el nombramiento de procónsul volvió otra vez al campamento de Nola, donde causó graves daños á los que habian tomado el partido del Cartagines. Sobre vino este repentinamente contra él, y como le provocase á batalla campal, no tuvo entonces por conveniente el empeñarla, con lo que aquel destinó á merodear la mayor parte de su ejército; y cuando menos pensaba en batalla, se la presentó Marcelo, que habia dado á su infantería lanzas largas, como las que usaban en los combates navales, y la habia enseñado á herir de lejos á los Cartagineses, que no eran tiradores, y solo usaban de dardos cortos con los que herian á la mano. Asi en aquella ocasion volvieron la espalda á los Romanos cuantos concurrieron, y se entregaron á una no disimulada fuga con pérdida de unos cinco mil hombres muertos, y cuatro elefantes muertos asimismo, y otros dos que se cogieron vivos. Pero lo mas singular de todo fue que al tercer día despues de la batalla se le pasaron de los Iberos y Numidas de á caballo mas de trescientos, cosa nunca antes sucedida á Anibal, que con tener un ejército compuesto de varias y diversas gentes, por mucho tiempo lo habia conservado en una misma voluntad; y estos despues permanecieron siempre fieles á Marcelo y á los generales que le sucedieron.

Nombrado Marcelo cónsul por tercera vez, se embarcó para la Sicilia, á causa de que los prósperos sucesos de Anibal habian vuelto á despertar en los Cartagineses el deseo de recobrar aquella isla, con la oportunidad tambien de andar alborotados los de Siracusa despues de la muerte de Gerónimo su tirano; y por los mismos motivos habian tambien los Romanos enviado antes algunas fuerzas al mando de Apio. Al entregarse de ellas Marcelo, se le presentaron muchos Romanos, que se hallaban en la afliccion siguiente: de los

que en Canas pelearon contra Anibal unos huyeron, y otros fueron cautivados, en tal número, que pareció no haber quedado á los Romanos quien pudiera defender las murallas; y con todo conservaron tal entereza y magnanimidad, que restituyéndoles Anibal los cautivos por muy corto rescate, no los quisieron recibir, sino que antes los desecharon, no haciendo caso de que á unos les dieran muerte, y á otros los vendieran fuera de la Italia; y á los que volvieron de su fuga, que fueron muchos, los hicieron marchar á la Sicilia, bajo la condicion de no volver á Italia mientras se pelease contra Anibal. Estos pues se presentaron en gran número á Marcelo, y echándose por tierra, le pedian con griteria y lágrimas que los admitiese en el ejército, prometiéndole que harian ver con obras haber sufrido aquella derrota, mas por desgracia que no por cobardia. Compadecido Marcelo escribió al Senado, pidiéndole el permiso para completar con ellos las bajas del ejército. Disputóse sobre ello en el Senado, y su dictámen fue que los Romanos para las cosas de la república ninguna necesidad tenían de hombres cobardes; con todo, que si Marcelo queria servirse de ellos, á ninguno se habian de dar las coronas y premios que los generales conceden al valor. Esta resolucion fue muy sensible á Marcelo; y cuando despues de la guerra de Sicilia volvió á Roma, se quejó al Senado de que en recompensa de sus grandes servicios no le hubiese permitido mejorar la mala suerte de tantos ciudadanos.

En Sicilia lo primero que entonces le ocurrió fue haber sido calumniado por Hipócrates, gobernador de los Siracusanos, que á fin de congraciarse con los Cartagineses, y tambien para negociar en su favor la tiranía de aquel pueblo, habia hecho perecer á muchos Romanos cerca de Leontio. Tomó pues Marcelo esta ciudad á viva fuerza; y lo que es á los Leontinos en nada los ofendió; pero á todos los pasados que pudo haber á la mano los hizo azotar y quitarles la vida. En consecuencia de esto la primera noticia que Hipócrates hizo llegar á Siracusa fue que Marcelo hacia degollar sin compasion á todos los Leontinos, y cuando por esta causa estaban en la mayor agitacion, vino sobre la ciudad y se

apoderó de ella. Marcelo con esta ocasion se puso en marcha con todo su ejército, con direccion á Siracusa; y sentando alli cerca sus reales, envió mensajeros que pusieran en claro lo ocurrido con los Leontinos; mas no habiendo adelantado nada, ni logrado desengañar á los Siracusanos, porque el partido de Hipócrates era el que dominaba, acometió á la ciudad por tierra y por mar á un tiempo, mandando Apio el ejército y mandando él mismo por sí sesenta galeras de cinco órdenes, llenas de toda especie de armas, manuales y arrojadizas. Habia formado un gran puente sobre ocho barcas ligadas unas con otras; y llevando sobre él una máquina, se dirigia contra los muros, muy confiado en la muchedumbre y excelencia de tales preparativos y en la gloria que tenia adquirida; de todo lo cual hacian muy poca cuenta Arquimedes y sus inventos. No se habia dedicado á ellos Arquimedes expreso, sino que le entretenian, y eran como juegos de la geometría, á que era dado. En el principio fue el tirano Hieron quien estimuló hácia ellos su ambicion, persuadiéndole que convirtiése alguna parte de aquella ciencia, de las cosas intelectuales, á las sensibles, y que aplicando sus conocimientos á los usos de la vida, hiciese que le entrasen por los ojos á la muchedumbre. Fueron, es cierto, Eudoxo y Arquitas los que empezaron á poner en movimiento el arte tan apreciado y tan aplaudido de la maquinaria, exornando con cierta elegancia la geometría, y confirmando por medio de ejemplos sensibles y mecánicos ciertos problemas que no admitian la demostracion lógica y conveniente: como por ejemplo, el problema no sujeto á demostracion de las dos líneas medias, principio y elemento necesario para gran número de figuras, que llevaron uno y otro á una material inspeccion por medio de líneas intermedias colocadas entre líneas curvas y segmentos. Mas despues que Platon se indispuso é indignó contra ellos, porque degradaban y echaban á perder lo mas excelente de la geometría con trasladarla de lo incorpóreo é intelectual á lo sensible, y emplearla en los cuerpos que son objeto de oficios toscos y ministeriales, decayó la mecánica separada de la geometría y desdeñada de los filósofos, viniendo á ser por lo tanto una de las artes mi-

litares. Arquimedes pues, pariente y amigo de Hieron, le escribió que con una potencia dada se puede mover un peso igualmente dado; y jugando, como suele decirse, con la fuerza de la demostracion, le aseguró que si le dieran otra tierra, movería esta, y la arrojaría sobre aquella. Maravillado Hieron, y pidiéndole que verificara con obras este problema, é hiciese ostensible cómo se movía alguna gran mole con una potencia pequeña, compró para ello un gran transporte del arsenal del Rey, que fue sacado á tierra con mucho trabajo y á fuerza de un gran número de brazos; cargóle de gente, y del peso que solía echársele, y sentado lejos de él sin esfuerzo alguno y con solo mover con la mano el cabo de un ingenio de gran fuerza atractiva, lo llevó así derecho y sin detencion, como si corriese por el mar. Pasmóse el Rey, y convencido del poder del arte, encargó á Arquimedes que le construyese toda especie de máquinas de sitio, bien fuese para defenderse ó bien para atacar; de las cuales él no hizo uso, habiendo pasado la mayor parte de su vida exento de guerra y en la mayor comodidad; pero entonces tuvieron los Siracusanos prontos para aquel menester las máquinas y al artífice.

Al acometer pues los Romanos por dos partes fue grande el sobresalto de los Siracusanos y su inmovilidad á causa del miedo, creyendo que nada habia que oponer á tal impetu y á tantas fuerzas; pero poniendo en juego Arquimedes sus máquinas, ocurrió á un mismo tiempo al ejército y la armada de aquellos. Al ejército con armas arrojadizas de todo género, y con piedras de una mole inmensa, despedidas con increíble violencia y celeridad; las cuales, no habiendo nada que resistiese á su peso, obligaban á muchos á la fuga, y rompian la formacion. En cuanto á las naves, á unas las asian por medio de grandes maderos con punta, que repentinamente aparecieron en el aire saliendo desde la muralla, y alzándolas en alto con unos contrapesos, las hacian luego sumirse en el mar, y á otros levantándolas rectas por la proa con garfios de hierro semejantes al pico de las grullas, las hacian caer en el agua por la popa; ó atrayéndolas y arrastrándolas con máquinas que calaban adentro, las estre-

llaban en las rocas y escollos que abundaban bajo la muralla, con gran ruina de la tripulacion. A veces hubo nave que suspendida en alto dentro del mismo mar, y arrojada en él, y vuelta á levantar, fue un espectáculo terrible, hasta que estrellados ó espelidos los marineros, vino á caer vacía sobre los muros, ó se deslizó por soltarse el garfio que la asia. Llamábase sambuca la máquina que Marcelo traía sobre el puente, por la semejanza de su forma con aquel instrumento músico; mas cuando todavía estaba bien lejos de la muralla se lanzó contra ella una piedra de peso de diez talentos (1), y luego segunda y tercera, de las cuales algunas, cayendo sobre la misma máquina con gran estruendo y conmocion, destruyeron el piso, rompieron su enlace, y la desquiciaron del puente; con lo que confundido y dudoso Marcelo se retiró á toda prisa con las naves, y dió orden para que tambien se retirasen las tropas. Tuvieron consejo, y les pareció probar si podrian aproximarse á los muros por la noche, porque siendo de gran fuerza las máquinas de que usaba Arquimedes, no podian menos de hacer largos sus tiros, y puestos ellos allí serian del todo vanos, por no tener la proyeccion bastante espacio. Mas á lo que parece, aquel se habia prevenido de antemano con instrumentos que tenian movimientos proporcionados á toda distancia, con dardos cortos, y no largas lanzas, teniendo ademas prontos escorpiones, que por muchas y espesas troneras pudiesen herir de cerca sin ser vistos de los enemigos.

Acercáronse pues pensando no ser vistos; pero al punto dieron otra vez con los dardos, y eran heridos con piedras que les caian sobre la cabeza perpendicularmente; y como del muro tambien tirasen por todas partes contra ellos, hubieron de retroceder; y aun cuando estaban á distancia llovian los dardos y los alcanzaban en la retirada, causándoles gran pérdida, y un continuo choque en las naves unas con otras, sin que en nada pudiesen ofender á los enemigos, porque Arquimedes habia puesto la mayor parte de sus máquinas al abrigo de la muralla. Parecia por tanto que los Romanos repetian la guerra á los Dioses, segun repen-

(1) Cada talento venia á pesar sesenta y dos libras y media castellanas.

tinamente habian venido sobre ellos millares de plagas.

Marcelo pudo retirarse, y motejando á los Siracusanos de menestrales y maquinistas : « No penseis, les decia, que hemos de abandonar el hacer la guerra á ese Briareo, que entre el vino y la burla ha arrojado al mar nuestras naves, y todavia se aventaja á los fabulosos centimanos, lanzando contra nosotros tal copia de dardos. » Y en realidad todos los Siracusanos venian á ser como el cuerpo de las máquinas de Arquimedes, y una sola alma la que todo lo agitaba y ponía en movimiento : no empleándose para nada las demas armas, y haciendo la ciudad uso de solos aquellos para ofender y defenderse. Finalmente, echando de ver Marcelo que los Romanos habian cobrado tal horror, que lo mismo era ponerse mano sobre la muralla en una cuerda ó en un madero empezaban á gritar que Arquimedes ponía en juego una máquina contra ellos, y volvian en fuga la espalda, tuvo que cesar en toda invasion y ataque, remitiendo á solo el tiempo el término feliz del asedio. En cuanto á Arquimedes fue tanto su juicio, tan grande su ingenio, y tal su riqueza en teoremas, que sobre aquellos objetos que le habian dado el nombre y gloria de una inteligencia sobrehumana, no permitió dejar nada escrito; y es que tenia por innoble y ministerial toda ocupacion en la mecánica, y todo arte aplicado á nuestros usos; poniendo únicamente su deseo de sobresalir en aquellas cosas que llevan consigo lo bello y excelente, sin mezcla de nada servil, diversas y separadas de las demas; pero que hacen que se entable contienda entre la demostracion y la materia; de parte de la una por lo grande y lo bello, y de parte de la otra por la exactitud y por el maravilloso poder; pues en toda la geometría no se encontrarán cuestiones mas difíciles y enredosas, explicadas con elementos mas sencillos ni mas comprensibles; lo cual unos creen que debe atribuirse á la sublimidad de su ingenio, y otros á un excesivo trabajo, siendo así que cada cosa parece despues de hecha que no debió costar trabajo ni dificultad. Porque sí se tratara de inventarlas, no seria dado á cualquiera acertar por sí solo con la demostracion; y en aprendiéndolas, al punto nace en cada uno la opinion de

que las habria hallado : ; tanto es lo que facilitan y abrevian el camino para la demostracion! Así no hay como no dar crédito á lo que se refiere, de que halagado y entretenido de continuo por una sirena doméstica y familiar se olvidaba del alimento, y no cuidaba de su persona; y que llevado por fuerza á unirse y bañarse, formaba figuras geométricas en el mismo hogar, y despues de ungido tiraba líneas con el dedo, estando verdaderamente fuera de sí, y como poseido de las musas, por el sumo placer que en estas ocupaciones hallaba. Habiendo pues sido autor de muchos y muy excelentes inventos, dícese haber encargado á sus amigos y parientes que despues de su muerte colocasen sobre su sepulcro un cilindro con una esfera circunscrita en él, poniendo por inscripeion la razon del exceso que hubiese entre el sólido continente y el contenido.

Siendo pues Arquimedes tal cual hemos manifestado, se conservó invencible á sí mismo, é hizo invencible á la ciudad en cuanto estuvo de su parte. Marcelo durante el sitio tomó á Megaras, una de las ciudades mas antiguas de los Sicilianos, y se apoderó cerca de Acribas del campamento de Hipócrates, con muerte de mas de ocho mil hombres, sorprendiéndolos en el acto de poner el valladar. Corrió ademas la mayor parte de la Sicilia, separando las ciudades del partido de los Cartagineses, y venció en batalla á todos cuantos se atrevieron á hacerle frente. Sucedió en el progreso del sitio haber hecho cautivo á un Esparciata llamado Damasipo, que salió por mar de Siracusa; y como los Siracusanos deseasen recobrarle por rescate, y con este motivo se hubiesen tenido diferentes conferencias, puso en una de estas ocasiones la vista en una torre que estaba mal conservada y defendida, en la que podria introducir soldados oculta-mente, siendo ademas el muro de fácil subida por aquella parte. Habíase hecho cargo con exactitud de la altura de este en sus frecuentes ideas y venidas á conferenciar por la parte de la torre, y tenia ya prevenidas las escalas; viendo pues que los Siracusanos como motivo de celebrar una fiesta de Diana estaban entregados al vino y á la diversion, no solamente tomó la torre sin ser sentido, sino que antes de ha-

cerse de día había coronado de gente armada toda la muralla, y quebrantando el hexapilo (1). Cuando los Siracusanos llegaron á entenderlo, todo fue confusión y desorden; y como Marcelo mandase hacer señal con todas las trompetas á un tiempo, dieron á huir sobrecogidos de miedo, creyendo que nada les quedaba por tomar á los enemigos. Faltaba sin embargo la parte mas bella, de mas resistencia y extension, que se llama la Acradina, porque su muralla separa la ciudad de afuera; de la cual á una parte dan el nombre de ciudad nueva, y á otra el de Tuca.

Tomadas tambien estas, al mismo amanecer marchó Marcelo por el hexapilo, dándole el parabien todos los caudillos que estaban á sus órdenes; mas de él mismo se dice que al ver y registrar desde lo alto la grandeza y hermosura de semejante ciudad, derramó muchas lágrimas, compadeciéndose de lo que iba á suceder: por ofrecerse á su imaginacion; qué cambio iba á tener de allí á poco en su forma y aspecto saqueada por el ejército! porque ninguno de los gefes se atrevia á oponerse á los soldados, que habían pedido se les concediese el saqueo, y aun muchos clamaban porque se le diese fuego y se la asolase. En nada de todo esto convino Marcelo, y solo por fuerza y con repugnancia descendió en que se aprovecharan de los bienes y de los esclavos, sin que ni siquiera focaran á las personas libres; y expresamente mandó que no se diese muerte, ni se hiciese violencia, ni se esclavizase á ninguno de los Siracusanos. Pues con todo de dar órdenes tan moderadas concibió lo que iba á padecer aquella ciudad; y en medio de tan grande satisfaccion, se echó de ver lo que padecía su alma, al considerar que dentro de breves momentos iba á desaparecer la brillante prosperidad de aquel pueblo: diciéndose que no se recogió menos riqueza en aquel saqueo que la que se allegó despues en el de Cartago; porque habiéndose tomado por traicion de allí á poco tiempo las demas partes de la ciudad (2), todo lo saquearon, á excepcion de la riqueza de los

(1) Sitio eminente y fortificado. Véase la Sinonimia geográfica de Abraham Ortelio.

(2) La toma de la Acradina y de la Isleta ofreció muchas dificultades, de las que Plutarco no hace mérito. Véase á Livio, lib. XXV.

palacios del tirano, la cual fue adjudicada al erario público. Mas lo que principalmente afligió á Marcelo fue lo que ocurrió con Arquimedes; porque casualmente se hallaba entregado al exámen de cierta figura matemática, y fijos en ella su ánimo y su vista, no sintió la invasion de los Romanos ni la toma de la ciudad. Presentósele repentinamente un soldado, dándole orden de que le siguiese á casa de Marcelo; pero él no quiso antes de perfeccionar el problema, y llevarlo hasta la demostracion; con lo que irritado el soldado desenvainó la espada, y le dió muerte. Otros dicen que ya el Romano se le presentó con la espada desnuda en actitud de matarle, y que al verle le rogó y suplicó se esperara un poco, para no dejar imperfecto y oscuro lo que estaba investigando; de lo que el soldado no hizo caso, y le pasó con la espada. Todavía hay acerca de esto otra relacion, diciéndose que Arquimedes llevaba á Marcelo algunos instrumentos matemáticos, como cuadrantes, esferas y ángulos, con los que manifestaba á la vista la magnitud del sol; y que dando con él los soldados, como creyesen que dentro llevaba oro, le mataron. Como quiera, lo que no puede dudarse es que Marcelo lo sintió mucho; que al soldado que le mató de su propia mano le mandó retirarse de su presencia como abominable; y que habiendo hecho buscar á sus deudos, los trató con el mayor aprecio y distincion.

Para los de afuera tenían si opinion los Romanos de ser terribles en la guerra, y cuando se venia á las puñadas; pero no habían dado nunca ejemplos de indulgencia, de humanidad y de las demas virtudes politicas; y entonces por la primera vez hizo Marcelo ver á los Griegos que eran mas justos los Romanos. Porque se portó de modo con los que tuvieron que entender con él, é hizo tanto bien á las ciudades, que si con los de Ena, los Megarenses ó los Siracusanos, intervino algun hecho de moderacion, mas deberá echarse la culpa á los que lo padecieron; que á los que se vieron en la precision de ejecutarlo. Haremos mención entre muchos de uno solo de sus actos de bondad. Hay en Sicilia una ciudad llamada Enguion, aunque pequeña, muy antigua y celebrada por la aparicion de las Diosas, á las que di-

cen las madres, habiendo tradicion de que el templo fue obra de los Cretenses; y en él enseñan ciertas lanzas y ciertos yelmos de bronce con inscripciones unos de Merion y otros de Ulises, consagrado todo en honor de las Diosas. Era esta ciudad de las mas decididas por los Cartagineses; y Nicias, uno de los ciudadanos mas principales, intentaba traerla al partido de los Romanos, hablándoles con la mayor claridad en las juntas, y tratando con aspereza á los que le contradecian; pero estos, que temian su opinion y su influjo, concibieron el designio de echarle mano y entregarle á los Cartagineses. Llegó á entender Nicias, y se resguardó andando con cautela; pero sin reserva hizo correr opiniones poco piadosas acerca de las madres, y ejecutó cosas que daban á entender que no creia y se burlaba de la aparicion; con lo que se pusieron muy contentos sus enemigos, pareciéndoles que esto era dar armas contra si mismo para lo que tenian meditado. Cuando iban á ponerlo por obra habia junta pública de los ciudadanos: en ella Nicias empezó á hablar y persuadir al pueblo, y en medio de esto repentinamente se tiró al suelo, estando un poco como desmayado; sucedió á esto, como era natural, un gran silencio y admiracion, y entonces levantando y moviendo la cabeza con voz trémula y profunda empezó á articular, aumentando por grados el eco. Cuando vió que todo el pueblo estaba poseido de un mudo terror, arrojando el manto y rasgando la túnica, dió á correr medio desnudo hácia la salida de la plaza, gritando que las madres lo arrebatában. Nadie osaba acercarsele, y menos detenerle por un temor supersticioso, sino que antes se apartaban, y así pudo encaminarse á todo correr hácia las puertas, sin omitir ninguno de los gritos y contorsiones que son propios de los endemoniados y poseidos. La mujer que estaba en el secreto, y entraba á la parte en esta maquinacion, tomando por la mano á sus hijos, empezó por postrarse delante del templo de las Diosas, y despues haciendo como que iba en busca de su marido perdido y desesperado, se marchó del pueblo sin que nadie se lo estorbaba y con toda seguridad; dirijiéndose ambos salvos por este medio á Siracusa á presentarse á Marcelo. Este, que

habia recibido muchas ofensas y agravios de los Enguyenses, marchó allá, é hizo encadenarlos á todos para tomar venganza; mas entonces Nicias acudió á él, y empleando los ruegos y las lágrimas, asiéndole de las manos y las rodillas, le pidió por sus conciudadanos empezando por sus enemigos; y apiadado Marcelo los dejó libres á todos, sin haber causado á la ciudad la menor vejacion, y á Nicias le hizo concesion de mucho terreno, y le dió grandes presentes. Este hecho es Posidonio el filósofo quien nos le dejó escrito.

Por llamamiento de los Romanos volvió Marcelo á la guerra prolongada y doméstica, trayendo la mayor y mas rica parte de las ofrendas votivas de los Siracusanos, para que sirviesen de recreo á su vista en el triunfo y á la ciudad de ornato; porque antes no habia ni se conocia en ella objeto exquisito y primoroso, ni se veia nada que pudiera decirse gracioso, pulido y delicado: estando llena de armas de los bárbaros y de despojos sangrientos, que no hacian una vista alegre y exenta de temor y miedo propia de espectadores criados con regalo; sino que, así como Epaminondas llamaba orquesta de Marte al territorio de la Beocia, y Jenofonte á Efeso maestranza de la guerra: de la misma manera parece que cualquiera daria á Roma, segun el lenguaje de Píndaro, la denominacion de campo consagrado al belicoso Marte. Por esta causa Marcelo, que adornó la ciudad con objetos vistosos y agradables, en que se descubria la gracia y elegancia griega, se ganó la benevolencia del pueblo; pero Fabio Máximo la de los ancianos: porque no recogió esta clase de objetos, ni los trasladó de Tarento cuando la tomó, sino que los otros bienes y las otras riquezas los extrajo; pero se dejó las estatuas, pronunciando aquella sentencia tan conocida: «Dejemos á los Tarentinos sus Dioses irritados.» Reprendian pues á Marcelo, lo primero porque habia concitado odio y envidia á la ciudad, llevando en triunfo no solo hombres, sino Dioses cautivos; y lo segundo porque al pueblo acostumbrado á pelear y labrar, distante del regalo y la holgazaneria, y que era á semejanza del Hércules de Eurípides,

Nada artero en el mal, para el bien recto,

le llenó de ocio y de parlanchinería sobre las artes y los artistas, haciéndose placero, y consumiendo en esto la mayor parte del día. Con todo él hacia gala aun entre los Griegos de haber enseñado á los Romanos á apreciar y tener en admiracion las preciosidades y primores de la Grecia que antes no conocian.

Oponianse los enemigos de Marcelo á que se le decretase el triunfo, porque todavia se habia quedado algo por hacer en Sicilia, y porque concitaba envidia el tercer triunfo; mas convinose con ellos en que el triunfo grande y perfecto le tendria fuera yendo la tropa al monte Albano; y en la ciudad tendria el menor, al que llaman aclamacion los Griegos y ovacion los Romanos. En este el que triunfa no va en carroza de cuatro caballos, ni se le corona de laurel ni se le tañen trompas, sino que marcha á pié con calzado llano, acompañado de flautistas en gran número y coronado de mirto, como para mostrarse pacífico y benigno, mas bien que formidable; lo que para mí es la señal mas cierta de que en lo antiguo, no tanto se distinguian entre sí ambos triunfos por la grandeza de las acciones como por su calidad; porque los que en batalla vencian de poder á poder á los enemigos gozaban á lo que parece de aquel triunfo marcial, y digámoslo así, imponedor de miedo, coronando profusamente con laurel las armas y los soldados, como se acostumbraba en las lustraciones de los ejércitos; y á los generales que sin necesidad de guerra con las conferencias y la persuasion terminaban felizmente las contiendas, les concedia la ley esta otra aclamacion y pompa pacífica y conciliadora. Porque la flauta es instrumento de paz, y el mirto es el árbol de Venus, la mas abominadora de la violencia y de la guerra entre todos los Dioses. La ovacion no se llama así como muchos opinan de la voz griega *εὐαίσιος*, que significa *feliz canto ó aclamacion*, pues que tambien el acompañamiento del otro triunfo da voces de aplauso, y entona canciones; sino que el nombre viene de haberlo aplicado los Griegos á sus usos, creyendo que en ello habia algun particular culto á Baco, al que llamamos tambien *Evio y Triambo*. Mas aun no es de aquí de donde en verdad se

deriva, sino de que en el triunfo grande los generales sacrificaban bueyes segun el rito patrio; y en este sacrificaban una res lanar á la que los Romanos llaman oveja, y de aquí á este triunfo se le dijo ovacion. Será bueno asimismo examinar como el legislador de los Lacedemonios ordenó los sacrificios á la inversa del legislador romano; porque en Esparta el general que con estratagemas y la persuacion logra su intento, sacrifica un buey; y el que ha tenido que venir á las manos, sacrifica un gallo; y es que con todo de ser los mayores guerreros, creen que al hombre le está mejor alcanzar lo que se propone por medio del juicio y la prudencia, que no por la fuerza y el valor; quédese pues esto todavia indeciso.

Habia sido Marcelo creado cuarta vez cónsul, y sus enemigos ganaron á los Siracusanos para que se presentaran á acusarle y desacreditarle ante el Senado, por haberlos tratado con dureza contra el tenor de los pactos. Hallábase casualmente Marcelo ocupado en la solemnidad de un sacrificio en el Capitolio; y acudiendo los Siracusanos, cuando todavia estaba congregado el Senado, á pedir que se les admitiera á alegar y entablar el juicio, el colega los hizo salir, indignándose con ellos por tal intento, no hallándose Marcelo presente. Mas este, habiéndolo entendido, vino al punto y lo primero que hizo, sentándose en la silla curul, fue despachar lo que como cónsul le correspondia; y despues que lo hubo terminado, bajó de su asiento, y en pie se puso como un particular en el sitio destinado á los que van á ser juzgados, dando lugar á que los Siracusanos entablaran su peticion. Sobrecogiéronse estos sobre manera con la autoridad y confianza de tan ilustre varon; y al que en las armas habian mirado como inexorable, todavia en la toga le tuvieron por mas terrible y mas grave. Pero en fin animados por los contrarios de Marcelo, dieron principio á la acusacion, pronunciando un discurso en que con la declamacion propia del acto, iban mezclados los lamentos. Reduciase en suma á que, no obstante ser amigos y aliados de los Romanos, habian sufrido agravios de que otros generales se abstienen aun contra los enemigos. A esto respondió Marcelo,

que á pesar de las muchas ofensas y daños que habian hecho á los Romanos, no habian padecido, con haber sido tomada la ciudad á viva fuerza, mas que aquello que es imposible evitar en tales casos; y que se habian visto en tal conflicto por culpa propia, no habiendo querido escuchar sus amonestaciones: porque no habian sido violentados á pelear en defensa de sus tiranos; sino que ellos eran los que habian acalorado á estos para el combate. Concluidos los discursos salieron los Siracusanos, como es de costumbre, de la curia, y con ellos salió Marcelo, teniéndose el Senado bajo la presidencia de su colega. Detúvose á la puerta del tribunal, sin alterar su natural porte, ni por miedo al juicio, ni por indignacion contra los Siracusanos, esperando con mansedumbre y con modestia á que se pronunciase la sentencia. Luego que dados los votos se anunció que habia vencido, los Siracusanos se arrojaron á sus pies, pidiéndole con lágrimas que aplacase su ira contra ellos, y se compadeciera de la ciudad, que tenia presentes y agradecia sus beneficios: templado pues Marcelo se reconcilió con aquellos mismos, y á los demas Siracusanos les hizo siempre todo el bien que pudo; confirmando el Senado la libertad, las leyes, y aquella parte de bienes que Marcelo les habia concedido; en recompensa de lo cual, recibió tambien de los Siracusanos honores muy singulares, y entre otros el de haber hecho una ley, para que si Marcelo ó alguno de sus descendientes aportase á Sicilia, los Siracusanos tomasen coronas y con ellas sacrificasen á los Dioses. De allí partió contra Anibal; y siendo así que despues de la batalla de Canas casi todos los cónsules y generales no tuvieron otro modo de contrarrestarle que el de huirle el cuerpo, no atreviéndose ninguno á esperarle y pelear en formacion; él tomó el medio enteramente opuesto; creyendo que si con el tiempo se quebrantaba á Anibal, mas pronto quedaba con él quebrantada la Italia; y juzgando que Fabio, con atenderse siempre á la seguridad, no curaba por el modo conveniente la dolencia de la patria, pareciéndose, en el esperar á que debilitando el contrario se apagase la guerra, á aquellos médicos irresolutos y tímidos en la curacion de las

enfermedades, que aguardan á ver si se debilita la fuerza del mal. Tomó en primer lugar las principales ciudades de los Samnites que se habian rebelado; y en consecuencia de ello gran cantidad de trigo que allí habia, mucha riqueza, y los soldados de Anibal que las guarnecian, que eran unos tres mil. A poco, como Anibal hubiese dado muerte en la Apulia al procónsul Neyo Fulvio con once tribunos mas y hubiese destrozado la mayor parte del ejército, envió Marcelo cartas á Roma, exhortando á los ciudadanos á que no desmayaran, porque se ponía en marcha para desvanecer el gozo de Anibal. Acerca de lo cual dice Livio, que leídas estas cartas, no se disipó la pesadumbre; sino que se acrecentó con el miedo: por ser tanto mayor que la pérdida ya sucedida el temor de lo que recelaban, cuanto Marcelo se aventajaba á Fulvio. Aquel al punto, como lo habia escrito, marchó á la Lucania en persecucion de Anibal, y alcanzándole en las cercanias de la ciudad de Numistio, donde habia tomado posieion en unos collados bastante fuertes, él puso su campo en la llanura. Al dia siguiente se anticipó á poner en órden su ejército, y bajando Anibal, se trabó una batalla que no tuvo éxito cierto ó que fuese de importancia: con todo de que habiendo empezado á las nueve de la mañana, con dificultad cesaron despues de haber oscurecido. Al amanecer estuvo otra vez pronto con su ejército, formando entre los cadáveres, desde donde provocaba á Anibal á la batalla; mas como este se retirase, despojando los cadáveres, de los contrarios, dando sepultura á los de los amigos, se puso de nuevo á perseguirle, y habiéndose librado de las muchas asechanzas que aquel le iba armando sin dar en ninguna, superior siempre en las escaramuzas de la retirada, se atrajo una grande admiracion. Llegábase el tiempo de los comicios consulares, y el Senado tuvo por mas conveniente hacer venir de Sicilia á otro cónsul, que mover de su puesto á Marcelo en lucha continua con Anibal. Luego que llegó, le dió órden para que publicase por dictador á Quinto Fulvio: porque el que ejerce esta dignidad no es elegido ni por el pueblo, ni por el Senado; sino que presentándose ante la muchedumbre uno de los cónsules ó de los

pretores, nombra dictador á aquel que le parece : y por este dicho ó nombramiento se llama dictador el designado, porque al hablar ó pronunciar le llaman los Romanos *dicere*: aunque á otros les parece, que el dictador se llama así, porque sin necesidad de votos ó de autorizacion de otros para nada, él por sí mismo dicta lo que cree conveniente : porque tambien los Romanos á las determinaciones de los arcontes que llaman los Griegos ordenanzas, les dan el nombre de *edictos*.

Quando vino de Sicilia el colega de Marcelo, queria que se proclamase á otro por dictador; como fuese muy ageno de su carácter el ser violentado en su opinion, se hizo de noche á la vela para Sicilia; y de este modo el pueblo nombró dictador á Quinto Fulvio : con todo el Senado escribió á Marcelo para que lo designase él mismo; y mostrándose obediente, lo ejecutó así, suscribiendo á los deseos del pueblo; y él fue otra vez designado para continuar en el mando con la dignidad de procónsul. Convino con Fabio Máximo en que este se dirigiria contra Tarento, y que él, viniendo á las manos y distrayendo á Anibal, le estorbaria que pudiera ir en socorro de los Tarentinos; en consecuencia de lo cual le acometió cerca de Canusio, y aunque este mudaba de posiciones y andaba retirándose, se le aparecia por todas partes. Finalmente, estando para fijar los reales, lo provocó con escaramuzas; y cuando iban á trabar la batalla, sobrevino la noche y los separó. Mas al dia siguiente se halló ya Anibal con que tenia ejército sobre las armas : de manera que llegó á incomodarse, y reuniendo á los Cartagineses, les rogó que en reñir aquella batalla excedieran á quanto habian hecho en las anteriores : « Porque ya veis, les dijo, que no nos es dado reposar despues de tantas victorias, ni tener holganza siendo los vencedores, si no espantamos á este hombre; » y con esto se comenzó la batalla. Parece que en ella queriendo Marcelo usar de una estratagemata que se vió ser intempestiva, cometió un yerro : porque, padeciendo el ala derecha, dió orden para que avanzara una de las legiones; y como este movimiento hubiese inducido turbacion en los que peleaban, puso con esto la victoria en manos de los enemigos;

habiendo muerto de los Romanos dos mil y setecientos hombres. Retiróse Marcelo á su campamento, y reuniendo el ejército, les dijo; que lo que era armas y cuerpos de Romanos, veia muchos; pero Romano no veia ninguno. Pidiéronle perdon, y les respondió que no podia darlo á los vencidos, y solo lo concederia si venciesen, pues al dia siguiente habian de volver á la batalla, para que sus ciudadanos oyesen antes su victoria que su fuga; y dicho esto, mandó que á las escuadras vencidas se les repartiese cebada en vez de trigo; con lo que, sin embargo de que muchos se hallaban grave y peligrosamente heridos, se dice que ninguno sintió tanto en aquella ocasion sus males, como estas palabras de Marcelo.

Al amanecer ya se vió puesta segun la costumbre la túnica de púrpura, que era el signo de que se iba á dar batalla, y pidiendo las escuadras vencidas formar las primeras, les fue concedido : sacaron luego los tribunos las demas tropas; y anunciado que le fue á Anibal : « Por Júpiter, exclamó, ¿ qué partido puede tomar nadie con un hombre que no sabe llevar ni la mala ni la buena suerte? Porque solo él no da reposo cuando vence, ni le toma cuando es vencido; sino que siempre, á lo que se ve, tendremos que estar en pelea con un general, que para ser denodado y resuelto, ora salga bien, ora salga mal, halla siempre motivo en tenerse por afrentado. » Trabáronse con esto las haces, y como de hombres á hombres se pelease de una y otra parte con igualdad, dió orden Anibal para que, colocando en la primera fila los elefantes, los opusieran á la infanteria romana. Produjo al punto esta medida gran turbacion y desórden en los que iban los primeros, y entonces tomando la insignia uno de los tribunos llamado Fabio, se puso delante, é hiriendo con el hierro de la lanza al primero de los elefantes le hizo retroceder. Pegó este con el que tenia á la espalda y le auyentó con todos los demas que le seguian. Apenas lo observó Marcelo dió orden á la caballeria para que con violencia cargara á los que estaban ya en desórden, y acabara de desconcertar y poner en huida á los enemigos. Acometieron aquellos con denuedo y siguieron acuchillando á los Cartagineses hasta su mismo campamento; y tambien los elefantes, tanto los

que morian, como los heridos, causaron gran daño, porque se dice que los muertos fueron mas de ocho mil. De los Romanos murieron unos tres mil; pero heridos lo fueron casi todos; y esto dió á Anibal la facilidad de levantar comodamente el campo y retirarse lejos de Marcelo: porque no estaba en estado de perseguirle por los muchos heridos; sino que con reposo se encaminó á la Campania, y paso el verano en Sinuesa, para que se reposieran los soldados.

Anibal luego que respiró de Marcelo, considerando su ejército como libre de toda atadura, corrió toda la Italia, poniéndola en combustión; de resultas de lo cual era en Roma desacreditado Marcelo. Sus enemigos pues acalararon, para que le acusase, á Publicio Bibulo, uno de los tribunos de la plebe, hombre violento y que poseia el arte de la palabra; el cual congregando muchas veces al pueblo, consiguió persuadirle que diera el mando á otro general, porque Marcelo dijo, habiéndose ejercitado un poco en la guerra, se ha retirado ya como de la palestra á los baños calientes, para cuidar de su persona. Llególo á entender Marcelo, y dejando encargado el ejército á los legados, marchó á Roma á vindicarse de aquellas calumnias; sobre las cuales encontró que se le habia formado causa. Señalóse dia, y reunido el pueblo en el Circo Flaminió, se levantó Bibulo á hacer su acusacion; y Marcelo se defendió, diciendo por sí mismo pocas y muy sencillas razones; pero de los primeros y mas señalados ciudadanos tomaron varios con intrepidez y energía su causa, advirtiendo á los demas que no se mostrasen menos rectos jueces que el mismo enemigo, condenando por cobardía á Marcelo, cuando era el único general de quien aquel huia: teniendo tan resuelto no pelear con este, como pelear con los demas. Oidos estos discursos quedó el acusador tan frustrado en sus esperanzas, que no solamente fue Marcelo absuelto de los cargos, sino que se le nombró por quinta vez cónsul.

Encargado del mando, lo primero que hizo fue apaciguar en la Etruria un gran movimiento que para la rebelion se habia suscitado, visitando por sí mismo las ciudades. Quiso despues dedicar un templo que con los despojos de la Sicilia habia construido á la Gloria y á la Virtud; y como en la em-

presa le detuviesen los sacerdotes á causa de no tener por conforme que un solo templo contuviera dos divinidades, comenzó de nuevo á edificar otro, no tanto por no llevar bien aquella oposicion, como por tenerla á mal agüero. Porque concurrieron á sobresaltarle diferentes prodigios, como haber sido tocados del rayo algunos templos, y haber roído los ratones el oro del templo de Júpiter. Dijose tambien que un buey habia articulado voz humana, que habia nacido un niño con cabeza de elefante; por lo que los agoreros, dificultando sobre las libaciones y los conjuros, le detuvieron en Roma, á pesar de su inquietud y ardimiento: pues no hubo jamas hombre inflamado de mas vehemente deseo, que el que tenia Marcelo de terminar la guerra con Anibal. En esto soñaba por la noche; de esto conversaba con sus amigos y colegas; y su única voz para con los Dioses era que le diesen cautivar á Anibal; y si hubiera sido posible que los dos ejércitos hubiesen estado encerrados dentro de un mismo muro ó de un mismo campamento, me parece que su mayor placer habria sido luchar con él: de manera que á no hallarle tan colmado de gloria y haber dado tantas pruebas de ser un general juicioso y prudente, podria acaso decirse que en este negocio habia sido arrebatado de un ardor mas juvenil que el que á su edad convenia: porque era ya de mas de sesenta años cuando obtuvo el quinto consulado.

Hechos que fueron todos los sacrificios y purificaciones que los agoreros denunciaron, partió con su colega á la guerra; y puesto entra las ciudades de Baucia y Venusia provocó por bastante tiempo á Anibal, el cual no bajó á presentar batalla; pero habiendo entendido que aquellos habian enviado tropas á los Locros Epicefirios (1), armádoles una celada al pie de la montaña de Petelia, les mató dos mil y quinientos hombres. Enardeció mas esto á Marcelo para la batalla, y así acercó todavía mucho mas sus fuerzas. En medio de los dos campos habia un collado, que ofrecia bastante defensa, aunque poblado de muchos arbustos; el cual ademas tenia cañadas y concavidades á una y otra falda, abundando tambien en fuentes que despedian raudales de agua. Maravi-

(1) Que habitaban junto al promontorio Cefirio.

lláronse pues los Romanos de Anibal que, habiendo sido el primero á tomar posicion, no habia ocupado aquel lugar, sino que lo habia dejado á los enemigos; y es que no obstante haberle parecido á propósito para acampar, le juzgó mas propio para poner celadas; y prefiriendo el destinarle á este objeto, sembró de tiradores y lanceros la espesura y las cañadas, persuadido de que la disposicion del terreno atraeria á los Romanos: esperanza que no le salió vana: porque al momento se movió en el ejército Romano la conversacion de que era preciso ocupar aquel puesto; y echándola de generales anunciaban que serian muy superiores á los enemigos fijando allí su campo, ó fortificando aquella altura. Túvose por conveniente que Marcelo se adelantase con algunos caballos á hacer un reconocimiento; mas antes, teniendo consigo un agorero, quiso sacrificar: y muerta la primera víctima, le mostró el agorero el hígado que carecia de asidero; sacrificada luego la segunda, apareció un asidero de extraordinaria magnitud, y todo se manifestó sumamente fausto, con lo que se creyó desvanecido el primer susto; con todo los agoreros insistian en que todavía aquello inducia mayor miedo y terror, porque la mezcla de lo próspero con lo adverso debia hacer sospechar mudanza. Mas como decian Pindaro,

Al hado estatuido no le atajan  
Ni fuego ardiente, ni acerado muro.

Marchó pues llevando consigo á su colega Crispino, y á su hijo, que era tribuno, con unos doscientos y veinte de á caballo, entre los cuales no habia ningun Romano, sino que los mas eran Etruscos, y como cuarenta Fregelianos, que siempre se habian mostrado obediente y fieles á Marcelo. Como el collado era, segun se ha dicho, poblado de espesura y sombrío, un hombre sentado en la eminencia estaba en observacion de los enemigos, registrando, sin ser visto, el ejército de los Romanos: y dando aviso de lo que pasaba á los lanceros, dejaron estos que Marcelo, que se adelantaba en su reconocimiento, llegase cerca, y levantándose de pronto, le cercaron á un tiempo por todas partes, y empezaron á tirar dardos, á herir y á perseguir á los fugitivos, trabando

pelea con los que hacian frente, que eran solos los cuarenta Fregelianos; pues los Etruscos fueron ahuyentados desde el principio, y estos, dando la cara se defendian protegiendo á los cónsules; hasta que Crispino herido con dos dardos, dió á huir con su caballo, y Marcelo fue traspasado por un costado con un hierro ancho, al que los Romanos llaman lanza. Entonces los pocos Fregelianos que estaban presentes, le abandonaron viéndolo ya en tierra, y arrebatando al hijo que tambien se hallaba herido, se retiraron al campamento. Los muertos fueron poco mas de cuarenta, quedando cautivos de los lictores cinco, y de los de á caballo diez y ocho. Murió tambien Crispino de sus heridas, habiendo sobrevivido muy pocos dias; y entonces por la primera vez sufrieron los Romanos un descalabro nunca antes visto, que fue morir los dos cónsules en un mismo combate.

De todos los demas hizo Anibal muy poca cuenta; pero al oír que Marcelo habia muerto, marchó inmediatamente al sitio, y parándose ante el cadáver, estuvo mucho tiempo considerando la robustez y belleza de su persona, sin proferir expresion ninguna de vanagloria, ni manifestar regocijo en su semblante, como otro quizá lo hubiera hecho, al ver muerto tan grave y poderoso enemigo; sino que admirado de lo extraño del caso, le quitó sí el anillo; pero adornando y componiendo el cuerpo con el conveniente decoro, lo hizo quemar, y recogiendo las cenizas en una urna de plata que ciño con corona de oro, las llevó al hijo. Algunos Numidas asaltaron á los que las conducian, y se arrojaron á quitarles la urna, y como los otros trataran de recobrarla, en la lucha y contienda arrojaron por el suelo las cenizas. Súpolo Anibal y prorumpio ante los que con él estaban, en la expresion de que es imposible hacer nada contra la voluntad divina; y aunque castigó á los Numidas, ya no volvió á pensar en recoger y enviar los huesos, como dando por supuesto que por alguna particular disposicion de Dios habia sucedido por un modo extraño la muerte de Marcelo, y el que quedase insepulto. Así es como lo refieren Cornelio Nepote y Valerio Máximo; pero Livio y César Augusto afirma que la urna fue llevada á poder del hijo, y que se le dió honrosa sepultura. Sin

contar las dedicaciones de Roma, consagró Marcelo un gimnasio en Catana de Sicilia, y estatuas y cuadros de los de Siracusa que colocó en Samotracia en el templo de los Dioses que llaman Cabirios, y en el templo de Minerva junto á Lindo. En este, segun dice Posidonio, se habia puesto á su estatua esta inscripcion :

El astro claro de la patria Roma,  
 Descendiente de ilustres genitores  
 Marcelo Claudio es, huésped, el que miras.  
 La dignidad de cónsul siete veces  
 Regentó en la ciudad del fiero Marte,  
 Siendo de sus contrarios grande estrago.

Por lo que se echa de ver que el que hizo la inscripcion añadió á los cinco consulados los dos proconsulados que obtuvo tambien Marcelo. Su linaje permaneció siempre ilustre hasta Marcelo el sobrino de César, que era hijo de Octavia hermana de este, tenido de Cayo Marcelo. Ejerciendo la dignidad de edil de los Romanos murió recien casado, habiendo gozado muy poco tiempo de la compañía de la hija de César. En su honor y memoria su madre Octavia le dedicó una biblioteca, y César un teatro que se llamó de Marcelo.

#### COMPARACION DE PELOPIDAS Y MARCELO.

Lo que se deja dicho es cuanto nos ha parecido digno de referirse acerca de Marcelo y de Pelópidas; mas entre las cosas que les fueron comunes por naturaleza y por hábito, siendo por ellas justamente contrapuestos, pues ambos fueron valientes, sufridos, fogosos y de grandes alientos; parece que solo se encuentra diferencia en que Marcelo hizo derramar sangre en muchas de las ciudades que subyugó; cuando Epaminondas y Pelópidas á nadie dieron muerte despues de vencedores, ni esclavizaron las ciudades; y aun de los Tebanos se dice que no habrian tratado así á los Orcomenios, si estos hubieran estado presentes. Entre las hazañas de Marcelo las mas admirables y señaladas tuvieron lugar contra

los Galos, y fueron haber ahuyentado tan inmensa muchedumbre de infanteria y caballeria con los pocos caballos que mandaba; lo que no se dirá fácilmente de ninguno otro general, y haber dado muerte por su mano al caudillo de los enemigos; y en igual caso Pelópidas no salió con su intento, sino que fue cautivado por el tirano, recibiendo daño en lugar de causarle. Con todo á aquellas proezas pueden muy bien oponerse las batallas de Leuctras y Tegira, sumamente ilustres y celebradas. Por lo que hace á victoria conseguida por medios ocultos é insidiosos, no tenemos de Marcelo ninguna que sea comparable con la alcanzada por Pelópidas, cuando despues de su vuelta del destierro dió en Tebas muerte á los tiranos: hazaña que sobresalió mucho entre cuantas se han ejecutado en tinieblas y con asechanzas. Anibal, enemigo terrible, fatigaba á los Romanos, al modo que á los Tebanos los Lacedemonios; y es cosa bien cierta que Pelópidas los venció y puso en fuga en Tegira y en Leuctras; pero Marcelo ni una sola vez venció á Anibal, segun dice Polibio; sino que este parece haberse conservado invencible hasta Escipión. Sin embargo nosotros damos mas crédito á Livio, César y Nepote, y de los Griegos al Rey Juba, que refieren haber Marcelo derrotado y puesto en fuga algunas veces á las tropas de Anibal; bien que estos descalabros no tuvieron nunca gran consecuencia; pareciendo que era una falsa caída la que experimentó el Africano en estos encuentros. Fue ciertamente admirable, mas lo que alcanza á imaginarse, aquel que despues de tantas derrotas de ejércitos, de tantas muertes de generales, y de haber estado titubeando todo el poder de Roma, infundió ánimo en los soldados para hacer frente. Y este, que al antiguo miedo y terror sustituyó en el ejército el valor y la emulacion, hasta no ceder fácilmente sin la victoria, y antes disputarla y sostenerse con aliento y con brio, no fue otro que Marcelo: porque acostumbrados antes á fuerza de desgracias á darse por bien librados, si con la fuga escapaban de Anibal; los enseñó á tenerse por afrontados, si sobrevivian al vencimiento, á avergonzarse si un punto se movian de su puesto; y á apesadumbrarse si no salian vencedores.

contar las dedicaciones de Roma, consagró Marcelo un gimnasio en Catana de Sicilia, y estatuas y cuadros de los de Siracusa que colocó en Samotracia en el templo de los Dioses que llaman Cabirios, y en el templo de Minerva junto á Lindo. En este, segun dice Posidonio, se habia puesto á su estatua esta inscripcion :

El astro claro de la patria Roma,  
 Descendiente de ilustres genitores  
 Marcelo Claudio es, huésped, el que miras.  
 La dignidad de cónsul siete veces  
 Regentó en la ciudad del fiero Marte,  
 Siendo de sus contrarios grande estrago.

Por lo que se echa de ver que el que hizo la inscripcion añadió á los cinco consulados los dos proconsulados que obtuvo tambien Marcelo. Su linaje permaneció siempre ilustre hasta Marcelo el sobrino de César, que era hijo de Octavia hermana de este, tenido de Cayo Marcelo. Ejerciendo la dignidad de edil de los Romanos murió recien casado, habiendo gozado muy poco tiempo de la compañía de la hija de César. En su honor y memoria su madre Octavia le dedicó una biblioteca, y César un teatro que se llamó de Marcelo.

#### COMPARACION DE PELOPIDAS Y MARCELO.

Lo que se deja dicho es cuanto nos ha parecido digno de referirse acerca de Marcelo y de Pelópidas; mas entre las cosas que les fueron comunes por naturaleza y por hábito, siendo por ellas justamente contrapuestos, pues ambos fueron valientes, sufridos, fogosos y de grandes alientos; parece que solo se encuentra diferencia en que Marcelo hizo derramar sangre en muchas de las ciudades que subyugó; cuando Epaminondas y Pelópidas á nadie dieron muerte despues de vencedores, ni esclavizaron las ciudades; y aun de los Tebanos se dice que no habrian tratado así á los Orcomenios, si estos hubieran estado presentes. Entre las hazañas de Marcelo las mas admirables y señaladas tuvieron lugar contra

los Galos, y fueron haber ahuyentado tan inmensa muchedumbre de infanteria y caballeria con los pocos caballos que mandaba; lo que no se dirá fácilmente de ninguno otro general, y haber dado muerte por su mano al caudillo de los enemigos; y en igual caso Pelópidas no salió con su intento, sino que fue cautivado por el tirano, recibiendo daño en lugar de causarle. Con todo á aquellas proezas pueden muy bien oponerse las batallas de Leuctras y Tegira, sumamente ilustres y celebradas. Por lo que hace á victoria conseguida por medios ocultos é insidiosos, no tenemos de Marcelo ninguna que sea comparable con la alcanzada por Pelópidas, cuando despues de su vuelta del destierro dió en Tebas muerte á los tiranos: hazaña que sobresalió mucho entre cuantas se han ejecutado en tinieblas y con asechanzas. Anibal, enemigo terrible, fatigaba á los Romanos, al modo que á los Tebanos los Lacedemonios; y es cosa bien cierta que Pelópidas los venció y puso en fuga en Tegira y en Leuctras; pero Marcelo ni una sola vez venció á Anibal, segun dice Polibio; sino que este parece haberse conservado invencible hasta Escipión. Sin embargo nosotros damos mas crédito á Livio, César y Nepote, y de los Griegos al Rey Juba, que refieren haber Marcelo derrotado y puesto en fuga algunas veces á las tropas de Anibal; bien que estos descalabros no tuvieron nunca gran consecuencia; pareciendo que era una falsa caída la que experimentó el Africano en estos encuentros. Fue ciertamente admirable, mas lo que alcanza á imaginarse, aquel que despues de tantas derrotas de ejércitos, de tantas muertes de generales, y de haber estado titubeando todo el poder de Roma, infundió ánimo en los soldados para hacer frente. Y este, que al antiguo miedo y terror sustituyó en el ejército el valor y la emulacion, hasta no ceder fácilmente sin la victoria, y antes disputarla y sostenerse con aliento y con brio, no fue otro que Marcelo: porque acostumbrados antes á fuerza de desgracias á darse por bien librados, si con la fuga escapaban de Anibal; los enseñó á tenerse por afrontados, si sobrevivian al vencimiento, á avergonzarse si un punto se movian de su puesto; y á apesadumbrarse si no salian vencedores.

Pelópidas no fue vencido en ninguna batalla en que tuvo el mando, y Marcelo venció muchas, mandando á los Romanos; por tanto parece que con lo invieto del uno, podrán ponerse á la par lo difícil de ser vencido del otro, y el gran número de sus triunfos. Marcelo tomó á Siracusa, y Pelópidas no pudo apoderarse de la capital de los Lacedemonios; pero con todo tengo por de mas mérito que el tomar á Sicilia el haberse acercado á Esparta, y haber sido el primer hombre que en guerra pasó el Eurotas : á no que oponga alguno que esto se debe mas atribuir á Epaminondas que á Pelópidas, igualmente que la jornada de Leuctras; cuando Marcelo en sus grandes hechos no tuvo que partir su gloria con nadie. Porque él solo tomó á Siracusa, y sin concurrencia de otro alguno derrotó á los Galos; y contra Anibal, cuando nadie se sostenia, y antes todos se retiraban, él solo hizo frente, y mudando el aspecto de la guerra, fue el primero que estableció el valor.

Ni de uno ni de otro de estos ilustres varones puedo alabar la muerte; antes me affijo y disgusto con lo extraño de su fallecimiento : causándome sorpresa el que Anibal en tantas batallas, que apenas pueden contarse, ni una vez fuese herido; así como admiro á Crisante, que, segun se dice en la Ciropedia, teniendo ya levantada la espada, y estando para descargar el golpe sobre el enemigo, como oyese en aquel momento que la trompeta tocaba á retirada, dejándole ileso, se retiró con el mayor reposo y mansedumbre. Con todo á Pelópidas le disculpa el que en el acto mismo de la batalla y con el calor de ella le arrebató la ira á que convenientemente se vengase : porque lo mas laudable es que el general quede salvo despues de la victoria; y si no pudiese evitar la muerte, que con virtud salga de la vida, segun expresion de Eurípides : pues entonces el morir, que ordinariamente consiste en padecer, se convierte en una acción gloriosa. Además de la ira concurría tambien el fin de la victoria, que era á los ojos de Pelópidas la muerte del tirano, para no graduar enteramente de temerario su arrojó : pues es difícil encontrar para aquel acto de valor otro designio, ni mas brillante ni mas decoroso. Mas Marcelo, sin que pudiera pro-

ANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DE BIBLIOTECAS

ponerse una gran ventaja, y sin que el ardor de la pelea le arrebatase y sacase de tino, imprudentemente se arrojó al peligro, corriendo á una muerte no propia de un general, sino de un batidor ó de un centinela, y poniendo á los pies de los Iberos y Numidas, que hacian la vanguardia de los Cartagineses, sus cinco consulados, sus tres triunfos, y los despojos y trofeos que de Reyes habia alcanzado. Así es que ellos mismos miraron con pena tal suceso, y el que un varon tan señalado en virtud entre los Romanos, tan grande en poder, y en gloria tan esclarecido, se malograra de aquel modo entre los descubridores Fregelianos. No quisiera que estas cosas se tomaran por acusacion de tan excelentes varones; sino mas bien por un enfado y desahogo con ellos mismos, y con su valor, al que sacrificaron sus otras virtudes, no teniendo la debida cuenta con sus vidas y sus personas, como si solo murieran para sí, y no mas bien para su patria, sus amigos y sus aliados. Despues de muertos, del entierro de Pelópidas cuidaron aquellos por quienes murió, y del de Marcelo los enemigos que le dieron muerte; y aunque lo primero es apetecible y glorioso, excede todavia á la gratitud que paga beneficios, la enemistad que rinde homenaje á la misma virtud que la ofende: porque en esto no sobresale mas que el honor; y en aquello lo que se descubre es el provecho y utilidad, que se reportó de la virtud.



ARISTIDES

## ARISTIDES.

Aristides el de Lisimaco era de la tribu Antioquide y de la Curia Alopecense. Acerca de su patrimonio corren diferentes opiniones, diciendo algunos que pasó su vida en continua pobreza, y que á su muerte dejó dos hijas, que estuvieron mucho tiempo sin casar, por la estrechez de su fortuna. Mas contra esta opinion sostenida por muchos, tomó partido Demetrio Falero en su Sócrates, refiriendo que en

Falera conoció cierto territorio, que se decia de Aristides, en el que habio sido sepultado. Hay ademas algunos indicios de que su casa era acomodada, de los cuales es uno el haber obtenido por suerte la dignidad de eponimo (1), que no se sorteaba, sino entre los que eran de las familias que poseian el mayor censo, á los que llamaban quinienteños. Otro indicio es el ostracismo, porque no le sufría ninguno de los pobres, sino los que eran de casas grandes, sujetos á la envidia por la vanidad del linaje. Tercero y último, haber dejado en el templo de Baco por ofrenda de la victoria obtenida con un coro, unos tripodas, que todavia se muestran hoy, conservando esta inscripcion: «La tribu Antioquide venció; conducía el coro Aristides; y Arquestrato fue el que ensayó el coro.» Pero este, que parece el mas fuerte, es sumamente débil: porque tambien Epaminondas, que nadie ignora haberse criado y haber vivido en suma pobreza, y Platon el filósofo, dieron unos coros que merecieron aprecio, el uno de flautistas, y el otro de jóvenes llamados ciclios, suministrando á este para el gasto Dion de Siracusa, y á Epaminondas Pelópidas: no estando los hombres de bien reñidos en implacable ó irreconciliable guerra con las dádivas de los amigos; sino que teniendo por indecorosas y bajas las que se reciben por avaricia, no desechan aquellas que no se toman por luero, sino para cosas de honor y lucimiento; y parecia manifiesta que en cuanto al tripode se dejó engañar Demetrio de la semejanza de los nombres. Porque desde la guerra pèrsica hasta el fin de la del Peloponeso solo se halla haber vencido con coro dos Aristides, de los cuales ninguno era este hijo de Lisimaco, sino que el padre del uno fue Genófilo, y el otro fue mucho mas moderno: como lo convenen el modo de la escritura que es de tiempo posterior á Euclides; y el hablarse de Arquestrato, de quien en el tiempo de la guerra pèrsica ninguno dice que fuese maestro de coros, cuando en el tiempo de la del Peloponeso son muchos los que lo atestiguan; mas esto de Panecio necesita de mayor exámen. Por lo que hace al ostracismo incurria en él

(1) Eponimo se llamaba aquel arconte de quien tomaba denominacion el año, como en los fastos romanos la tomaba de los cónsules.

todo el que parecia sobresalir entre los demas por su fama, por su linaje ó por su facundia en el decir: así es que Damon, maestro de Pericles, sufrió el ostracismo por parecer que era aventajado en prudencia; é Idomeneo dice que Aristides fue arconte, no por suerte, sino por eleccion de los Atenienses; y si fue llamado al mando despues de la batalla de Platea, como el mismo Demetrio dice, es muy probable que en tanta gloria, y despues de tales hazañas, se le contemplase por su virtud digno de aquella autoridad, que otros alcanzaban por sus riquezas. De otra parte es bien sabido que Demetrio no solo en cuanto á Aristides, sino tambien en cuanto á Sócrates, tomó el empeño de eximirle de la pobreza como de un gran mal; porque dice que este no solo tenia una casa, sino setenta minas puestas á logro en casa de Criton.

Aristides trabó amistad con Clistenes, el que restableció el gobierno despues de la expulsion de los tiranos; y mirando especialmente con emulacion y asombro entre todos los dados á la politica á Licurgo, legislador de los Lacedemonios, se inclinó al gobierno aristocrático; pero tuvo por rival para con el pueblo á Temistocles el de Neocles. Algunos refieren que siendo ambos muchachos, y educados juntos desde el principio, siempre desintieron el uno del otro, tanto en las cosas de algun cuidado, como en las de recreo y diversion; y que al punto se manifestaron sus caracteres por esta especie de contrariedad: siendo el del uno blando, manejable y versatil, prestándose á todo con facilidad y prontitud; y el del otro firme en un propósito, inflexible en cuanto á lo justo, y enemigo de la mentira, de las chanzas y del engaño, aun en las cosas de juego. Ariston de Quio dice que la enemistad de ambos dimanó de ciertos amores, hasta llegar al último punto: porque enamorados de Estesileo, natural de Quio, sumamente gracioso en la forma y figura de su cuerpo, llevaron tan mal la competencia, que aun despues de marchitada la hermosura de aquel jóven no cesaron en su oposicion; sino que como si se hubieran ensayado en aquel objeto, con el mismo afecto pasaron al gobierno, acalorados y encontrados el uno con el otro. Y Temistocles,

dándose á cultivar amistades, alcanzó un influjo y poder de ningun modo despreciable ; así es que á uno que le propuso que el modo de gobernar bien á los Atenienses seria el que se mostrase igual é imparcial á todos : No querria, le respondió, sentarme en una silla, en la que no alcanzaran mas de mí los amigos que los extraños ; mas Aristides, manteniéndose solo, siguió en el gobierno otro camino particular : lo primero porque ni queria tener condescendencias injustas con sus amigos, ni tampoco disgustarlos, no haciéndoles favores ; y lo segundo porque veia que el poder de los amigos alentaba á muchos para ser injustos ; y él entendia que el buen ciudadano no debia poner su confianza sino en hacer y decir cosas justas y honestas.

Promovía Temistocles muchas cosas arriesgadas, y en todo lo relativo á gobierno le contradecía y estorbaba ; por lo que se vió Aristides precisado á oponerse á muchos de los intentos de aquel ; unas veces para defenderse, y otras para contener su poder, acrecentado con el favor del pueblo : teniendo por menos malo privar á la ciudad de alguna cosa beneficosa, que no el que aquel se envalentonase saliéndose con todo. De modo que en una ocasion, habiendo Temistocles propuesto una cosa conveniente, la resistió sin embargo, y repugó, aunque no pudo estorbarla ; y al retirarse de la junta pública prorumpió en la expresion, de que no podria salvarse la república de Atenas, si á Temistocles y á él no los arrojaban en una sima. En otra ocasion propuso al pueblo un proyecto de decreto, y aunque fue muy contradicho y disputado, conoció que iba á prevalecer ; y cuando ya se estaba para recojer los votos de orden del arconte, desengañado por la conferencia de lo que convenia, retiró su proposicion. Muchas veces hizo sus propuestas por medio de otros, á fin de evitar que su contraposicion con Temistocles sirviese de impedimento para lo que era de bien público. Mas lo que sobre todo pareció maravilloso fue su igualdad en las mudanzas á que expone el mando ; no engriéndose con los honores ; y manteniéndose siempre tranquilo y sosegado en las adversidades, por estar en la inteligencia de que exigia el bien de la patria que en servirla se mostrase desintere-

sado, no solo con respecto á la riqueza, sino con respecto tambien á la gloria. De aquí provino sin duda que representándose en el teatro estos yambos de Esquilo, relativos á Anfiarao,

Quiere no parecer, sino ser justo :  
En su alma el saber achadas tiene  
Hondas raices, y copioso fruto  
De excelentes y útiles consejos,

todos se volvieron á mirar á Aristides, como que de él era propia aquella virtud.

No solo contra la benevolencia y el agrado, sino tambien contra la ira y enemistad era bastante poderoso á resistir por sostener lo justo. Dicese pues que persiguiendo una ocasion á un enemigo en el tribunal, como no quisiesen los jueces, despues de la acusacion, oír al tratado como reo, sino que pidiesen el pasar á votar contra él, se puso Aristides á su lado á pedir tambien que se le diese audiencia, y fuese tratado conforme á las leyes. Juzgaba otra vez á dos particulares, y diciendo el uno que su contrario habia hecho muchas cosas en ofensa de Aristides, le contestó : No amigo, tú dí si te ha hecho á tí alguna ofensa, porque no soy yo sino tú el que has de ser juzgado. Eligiéronle procurador de las rentas públicas, y no solo descubrió que habian sustraído caudales los arcontes de su tiempo, sino tambien los que le habian precedido, y mas especialmente Temistocles,

Que era largo de manos, aunque sabio.

Por esta causa suscitó este á muchos contra Aristides, y persiguiéndole al dar sus cuentas, hizo que se le formase causa y condenase por ocultacion, segun dice Idomeneo ; pero como por ello se hubiesen disgustado los primeros y mas autorizados de la ciudad, no solo salió libre de todo cargo y multa, sino que de nuevo volvieron á elegirle para la misma magistratura. Hizo como que estaba arrepentido de su primer método, manifestándose mas benigno ; con lo que tuvo gratos á los usurpadores de los caudales públicos, porque no se lo echaba en cara, ni llevaba las cosas con

rigor; de manera que engrosados con sus rapiñas colmaban de alabanzas á Aristides, é intercedían ansiosos con el pueblo para que todavía le eligieran otra vez; mas cuando ya iban á votarle, increpó á los Atenienses diciéndoles: Con que cuando me conduje bien y fielmente, me maltratasteis; y ¡cuando he dejado abandonados crecidos caudales en manos rapaces, me teneis por el mejor ciudadano! Pues mas me avergüenzo del honor que ahora me haceis, que de la injusticia pasada; y me indigno contra vosotros, para quienes parece mas glorioso el favorecer á los malos, que poner cobro en los intereses de la república. Dicho esto descubrió las malversaciones; con lo que hizo callar á sus panegiristas y encomiadores, y recibió de los hombres de bien una verdadera y justa alabanza.

Cuando Datis, enviado por Dario, en la apariencia á tomar venganza de los Atenienses por haber incendiado á Sardis, pero en realidad á subyugar á los Griegos, se apoderó de Maraton, y arrasó la comarca: entre los generales nombrados por los Atenienses para aquella guerra tenia el mayor crédito Milciades; pero en gloria é influjo era Aristides el segundo; y habiéndose adherido entonces en cuanto á la batalla al dictámen de Milciades, no fue quien menos le hizo prevalecer. Alternaban los generales en el mando por días, y cuando le llegó su turno, lo pasó á Milciades, enseñando así á sus colegas que el obedecer y sujetarse á los mas entendidos no solo no es un desdoro, sino mas bien laudable y provechoso. Calmando por este término la emulación, y haciendo entender á todos quanto convenia gobernarse por la inteligencia y disposiciones de un solo, dió mayor aliento á Milciades, asegurándole en sus proyectos con no tener que alternar en la autoridad: porque no haciendo ya cuenta con mandar cada uno en su dia, le quedó á aquel indivisa. En la batalla, habiendo sido el centro de los Atenienses el mas combatido, por haber cargado los bárbaros con el mayor encarnizamiento contra las tribus Leontide y Antioquide, pelearon valerosamente Temistocles y Aristides, que formaban muy cerca el uno del otro, por ser de la Leontide aquel, y de la Antioquide este. Como despues de

haber puesto en retirada á los bárbaros, y haberse embarcado estos, observasen los Atenienses que no hacían rumbo hácia las islas, sino que el viento y el mar los impelían hácia fuera con direcccion al Atica, temiendo no se hallase la ciudad falta de defensores, se encaminaron solícitos hácia ella con las nueve tribus; y en el mismo dia concluyeron su marcha. Quedó en Maraton Aristides con su tribu para custodia de los cautivos y de los despojos, y no frustró la opinion que de él se tenia, sino que habiendo copia de oro y plata, de ropas de todos géneros y de toda suerte de efectos en número increíble en las tiendas y en los buques apresados, ni él mismo tocó á nada, ni permitió que tocase ninguno otro, á no que algunos ocultamente tomasen alguna cosa; de cuyo número fue Calias el daduco ó asistente (1): porque á lo que parece á este fue á presentársele uno de los bárbaros, creyendo por la cabellera y por el turbante que era el Rey; y saludándole y tomándole la diestra le manifestó que habia mucho oro enterrado en cierto hoyo; y Calias, hombre el mas cruel y el mas injusto, fue y recogió el oro, y al bárbaro, para que no lo revelara á otros, le quitó la vida. De aquí dicen que viene el que los cómicos llamen á los de su parentela *ricos de hoyo*, con alusion al lugar en que Calias encontró aquel oro. Dióse inmediatamente despues á Aristides la dignidad de eponimo; aunque Demetrio Falereo es de opinion que la obtuvo poco antes de su muerte, despues de la batalla de Platea. Con todo en los fastos despues de Jantípides, en cuyo año fue vencido Mardonio en Platea, en muchos años no se encuentra ninguno denominado Aristides; y despues de Fanipo, en cuyo tiempo se alcanzó la victoria de Maraton, en seguida está escrito el nombre del arconte Aristides.

Entre todas sus virtudes la que mas se dió á conocer al pueblo fue la justicia, porque su utilidad es mas continua y comprende á todos: así un hombre pobre y plebeyo alcanzó el mas excelente y divino renombre, llamándole todos el

(1) El daduco era ministro de los sacrificios, inmediato en dignidad al Sacerdote máximo, al que precedía en las ceremonias, llevando una hacha encendida, de la que tomó la denominacion.

justo : renombre á que no aspiró nunca ninguno de los Reyes ni de los tiranos, queriendo mas algunos de ellos apellidarse sitiadores, fulminadores, vencedores, y aun algunos águilas y gavilanes : prefiriendo, á lo que parece, la gloria que dan la fuerza y el poder á la que proviene de la virtud. Y si lo admirable y divino, en cuya posesion y goce tanto manifiestan complacerse, se distingue principalmente por estas tres calidades, indestructibilidad, poder y virtud, de ellas esta la mas respetable y divina : porque lo indestructible conviene tambien al vacío y á los elementos; y poder le tienen grande los terremotos, los rayos, los remolinos de viento y las inundaciones de los torrentes; pero de lo justo y del derecho nada hay que participe sino siguiendo los dictámenes de la razon y de la prudencia. Por tanto, siendo asimismo tres los afectos, que en los mas de los hombres excita lo divino, á saber, deseo, miedo y respeto, aspiran, como que en ello consiste su felicidad, por lo indestructible y eterno; temen y se sobresaltan con la dominacion y el poder; pero aman, acatan y veneran á la justicia. Y con ser esto así, ansian por la inmortalidad que nuestra caduca naturaleza no admite, y por el poder que en la mayor parte depende de la fortuna; poniendo en el último lugar á la virtud, de todos estos bienes que reputamos divinos, el único que está en nuestro albedrío: en lo que van muy engañados, no reflexionando que á la vida pasada en el poder y la fortuna, la justicia la hace digna de los Dioses; y la injusticia propia de las fieras.

Aunque á Aristides al principio le fue muy lisonjero aquel sobrenombre, últimamente vino á conciliarle envidia, principalmente por el cuidado que puso Temístocles en sembrar el rumor entre la muchedumbre de que Aristides, haciendo inútiles los tribunales con meterse á juzgarlo y decidirlo todo, aspiraba sordamente á prepararse sin armas una monarquía. Además de esto, engreído el pueblo con la victoria, y creído de que de todo era por sí capaz, no podia aguantar á los que tenían un nombre y una fama que oscurecian á los demas. Concurriendo pues á la ciudad de todas partes, destierran á Aristides por medio del ostracismo, apellidando

miedo de la tiranía lo que era envidia de su gloria. Porque el ostracismo no era pena de alguna mala accion, sino que por cierta delicadeza se le llamaba humillacion y castigo del orgullo, y de un poder inaguantable; cuando en realidad no era mas que un suave consuelo de la envidia, que no usaba medios insufribles, sino que se libraba con una mudanza de país por diez años, de una incómoda molestia; y porque despues algunos empezaron á sujetar á esta especie de destierro á hombres bajos y conocidamente malos, de los cuales el último fue Hipérbolo, hubieron de abandonarla. Dicese que para sujetar á Hipérbolo al ostracismo sucedió lo siguiente : desacordaban entre sí Alcibiades y Nicias, que eran los de mayor influjo en la ciudad; y cuando el pueblo iba á echar la concha, sabiendo los unos de los otros á quien iban á escribir en ella, se confabularon por fin ambos partidos, y de comun convenio trataron de desterrar á Hipérbolo. Reflexionó luego el pueblo, y creyendo desacreditado y afrentado aquel medio político, lo dejó y abolió para siempre. Explicaremos en pocas palabras lo que era este medio : tomaba cada uno de los ciudadanos una concha, y escribiendo en ella el nombre del que queria saliese desterrado, la llevaba á cierto lugar de la plaza cerrado con berjas. Contaban luego los arcontes primero el número de todas las conchas que allí habia, porque si no llegaban á seis mil los votantes, no habia ostracismo. Despues iban separando los nombres, y aquel, cuyo nombre habia sido escrito en mas conchas, era publicado como desterrado por diez años, dejándosele disponer de sus cosas. Entendiase en esta operacion de escribir las conchas, y se dice que un hombre del campo que no sabia escribir, dando la concha á Aristides, á quien casualmente tenia á mano, le encargó que escribiese á Aristides; y como este se sorprendiese, y le preguntase si le habia hecho algun agravio? Ninguno, respondió, ni siquiera le conozco, sino que ya estoy fastidiado de oír continuamente que le llaman el Justo; y que Aristides, oído esto, nada le contestó, y escribiendo su nombre en la concha, se la volvió. Desterrado de la ciudad, levantando las manos al cielo, hizo una plegaria enteramente contraria á la de Aquí-

les, pidiendo á los Dioses que no llegara tiempo en que los Atenienses tuvieran que acordarse de Aristides.

Al cabo de tres años, cuando Jerges por la Tesalia y la Beocia se encaminaba contra el Atica, abolieron la ley, y permitieron á todos los desterrados la vuelta : por temor principalmente de que Aristides, uniéndose con los enemigos, sedujese y atrajese á muchos de los ciudadanos al partido del bárbaro ; en lo que manifestaron no conocer bien á este insigne varon, que antes de aquella providencia estaba ya trabajando en acalorar á los Griegos para defender su libertad ; y despues de ella, siendo Temistocles el que tenia el mando absoluto, nada dejó por hacer de obra ó de consejo para que con la salvacion de todos alcanzara su enemigo la mayor gloria. Porque teniendo Euribiades resuelto abandonar á Salamina, como las galeras de los bárbaros, dando por la noche la vela y navegando en circulo, hubiesen tomado el paso y las islas, sin que nadie tuviese conocimiento de este bloqueo, Aristides vino apresuradamente de Egina, pasando por entre las naves enemigas ; y presentándose asimismo por la noche en la cámara de Temistocles, le llamó á fuera á él solo, y le habló de esta manera : « Nosotros, ó Temistocles, si es que tenemos juicio, nos olvidaremos de nuestra vana y juvenil discordia, y entablaremos otra contienda mas saludable y digna de loor, disputando entre los dos sobre salvar á la Grecia ; tú como caudillo y general, y yo como soldado y consejero. puesto que sé que tú solo has tomado la mejor resolucion, ordenando que se trabé combate cuanto antes en este estrecho ; y cuando nuestros aliados te se oponian, parece que los enemigos se han puesto de tu parte. Porque el mar al frente, y todo alrededor está ya ocupado por naves enemigas, de manera que aun los que lo rehusaban se ven en la precision de mostrar valor y entrar en combate, por haberse cortado todo camino á la retirada. » Respondióle á esto Temistocles : « No permitiré, ó Aristides, que en esta ocasion me excedas en virtud, sino que, contendiendo con tu glorioso propósito, procuraré aventajarme en las obras, » y dicho esto, le descubrió el engaño y estratagemá de que se habia valido con el bárbaro ; exhor-

tándole á que persuadiera á Euribiades, y le hiciera ver que no habia arbitrio para salvarse sin combatir ; porque á él le creeria mejor. Así es que en la conferencia de los generales, diciendo Cleocrito de Corinto á Temistocles, que ni Aristides aprobaba su dictámen, pues que hallándose presente callaba ; replicó Aristides : No callaria yo de ninguna manera, si Temistocles no propusiese lo mejor ; mas ahora guardo silencio, no porque le tenga consideracion, sino porque soy de su parecer.

Esto fue lo que pasó entre los caudillos de la armada de los Griegos ; mas Aristides, sabedor de que Psitalia, que es una isla pequeña situada junto al estrecho de Salamina, habia sido ocupada por gran número de enemigos, tomando consigo en unas lanchas á los ciudadanos mas decididos y alentados, aportó á la isleta, y trabando combate con los bárbaros, les dió muerte á todos, á excepcion de unos cuantos de los mas distinguidos de entre ellos, que los tomó cautivos. Entre estos habia tres hijos de una hermana del Rey, llamada Sandauca, los cuales remitió al instante á Temistocles, y se dice que de mandato del agorero Eufrantides fueron sacrificados, segun cierto oráculo, á Baco Omesta. En seguida, distribuyendo Aristides soldados de infantería por toda la isla, los tuvo en celada contra los que aportasen á ella ; mas de modo que en nada ofendiesen á los amigos, ni dejasen ir salvos á los enemigos : pues parece que el principal concurso de las naves, y lo mas recio de la batalla vino á ser hácia aquel punto ; por lo que levantó trofeo en Psitalia. Despues de la batalla, queriendo Temistocles probar á Aristides, le dijo que si bien era muy grande la obra que habian hecho, todavia les faltaba lo mejor, que era tomar el Asia en la Europa, navegando velozmente al Helesponto, y cortando el puente ; mas como le replicase Aristides, que debia abandonarse aquel pensamiento, y ver cómo harian que el Medo saliese cuanto antes de la Grecia, no fuese que encerrado por falta de salida, la necesidad le obligase á defenderse con tan inmensas fuerzas ; con esto Temistocles despachó al eunuco Arnaces, que era uno de los cautivos, para que dijese al Rey en secreto que él habia disuadido á los

Griegos del intento de ir á cortar los puentes, con el objeto de que el Rey se pusiese en salvo.

Cobró Jerges miedo con esta noticia, y así á toda priesa se encaminó al Helesponto; pero quedó Mardonio, que tenia consigo lo mas aguerrido del ejército, en número unos trescientos mil hombres: fuerza con que se hacia temible, poniendo principalmente su esperanza en la infantería, y con la que amenazaba á los Griegos, á quienes escribió en estos términos: Vencisteis con marítimos leños á unos hombres de tierra adentro, poco diestros en manejar el remo; pero ahora la tierra de los Tesalios es llana, y los campos de los Beoios muy á propósito para combatir con caballería é infantería. A los Atenienses les escribió á parte á nombre del Rey, prometiéndoles que levantaria de nuevo su ciudad, los colmaria de bienes, y les daría el dominio sobre los demas Griegos, con tal que se apartasen de la guerra. Entendieronlo los Lacedemonios, y concibiendo temor, enviaron á Atenas mensajeros con la propuesta de que mandaran á Esparta sur mujeres y sus hijos, y que para sus ancianos tomasen de los mismos Lacedemonios el sustento necesario: porque era extrema la miseria de los Atenienses, habiendo perdido sus campiñas y su ciudad. Oidos los mensajeros les dieron, siendo Aristides quien propuso el decreto, una admirable respuesta; diciéndoles que á los enemigos les perdonaban el que creyesen que todo se compraba con el dinero y las riquezas, pues que no creyeseis cosas de mas precio; pero no podian llevar en paciencia que los Lacedemonios solo pusiesen la vista en la pobreza y miseria que afligia á los Atenienses, olvidándose de la virtud y del honor, para proponerles que por precio del alimento combatieran en defensa de la Grecia. Así lo escribió Aristides; y convocando á unos y á otros embajadores á la junta pública, á los de los Lacedemonios les encargó dijeseñ además que no había bastante oro, ni sobre la tierra, ni debajo de ella que igualara en valor para los Atenienses á la libertad de los Griegos; y vuelto á los de Mardonio, señalando al sol: Mientras este astro, les dijo, ande su carrera, harán los Atenienses la guerra á los Persas por sus campos assolados, y por sus tem-

plos profanados y entregados á las llamas. Propuso tambien que los sacerdotes hicieran imprecaciones contra el que mandara embajadas á los Medos, ó se apartara de la alianza de los Griegos. En esto invadió Mardonio segunda vez el Atica, por lo que ellos se retiraron como antes con sus naves á Salamina; pero pasando Aristides con legacion á Lacedemonia, les echó en cara su tardanza y su indiferencia, con la que de nuevo abandonaban á Atenas á la ira del bárbaro; mas les rogó que los auxiliasen en favor de lo que aun quedaba salvo en la Grecia. Oido que esto fue por los eforos, de dia afectaron entretenerse y divertirse, como es propio de las fiestas, porque celebraban la de Jacinto; pero por la noche juntaron un ejército de cinco mil Esparciatas, cada uno de los cuales llevaba consigo siete hilotes, y lo hicieron marchar, sin que de ello se apercibiesen los Atenienses. Volvió Aristides á reconvenirlos al dia siguiente; y como ellos con risa le contestasen que debía de estar lelo ó dormido, pues ya el ejército estaria en el templo de Orestes marchando contra los huéspedes, nombre que daban á los Persas: No es tiempo este de chanzas, les repuso Aristides, queriendo vosotros mas bien engañar á los amigos que á los enemigos. Así lo escribió Idomeneo; pero en el proyecto de decreto de Aristides no está escrito por embajador él mismo, sino Cimon, Jantipo y Mirónides.

Elegido general con mando independiente para aquella batalla, tomó á sus órdenes ocho mil infantes de Atenas, y marchó para Platea, donde se le reunió Pausanias, general de todas las tropas griegas, que tenia consigo á los Esparciatas, concurriendo muchedumbre de todos los demas Griegos. El ejército de los bárbaros, que estaba formado junto al rio Asopo, no tenia término; y en derredor del bagaje y provisiones se habia corrido un muro cuadrado, de cuyos lados tenia cada uno la longitud de diez estadios. A Pausanias pues y en común á todos los Griegos le profetizó y predijo la victoria Tisameno de Elea, si se estaban á la defensiva, y no eran los primeros en acometer. Mas Aristides envió á consultar á Delfos, y el Dios dió por respuesta que los Atenienses prevalecerian sobre los contrarios,

si hacian votos á Júpiter, á Juno Citeronia, á Pan y á las ninfas Esfragitides ; si sacrificaban á los héroes Andrócates, Leucon, Pisandro, Damócrates, Ipsion, Acteon y Pólides ; y si trababan la contienda en su propia tierra, y en la region de Ceres Eleusina, y de su hija. Venido que fue este oráculo dió mucho en que pensar á Aristides ; porque en primer lugar los héroes, á quienes mandaba sacrificar, eran los patriarcas de las familias de los Plateenses, y la cueva de las ninfas Esfragitides está en una de las cumbres del Citeron, vuelta al poniente de verano ; y en ella habia antes, segun dicen, un oráculo, del que eran poseidos muchos de aquellos naturales, á los que llamaban *Ninfoléptas* (1) ; y el concederse la victoria á los Atenieses, si peleaban en su propia tierra, parecia que era revocar y trasladar la guerra al Atica. En esto parecióle á Arimnesto, general de los Plateenses, que entre sueños era preguntado de Júpiter Servator, qué era lo que pensaban hacer los Griegos, y que él le respondió : mañana, señor, llevaremos el ejército á Eleusis, y combatiremos allí á los bárbaros, conforme á un oráculo de la Pitia ; á lo que el Dios le habia replicado que estaban engañados del todo, porque allí en la region Plataica se verificaba el oráculo, y que si lo investigasen, se convencerian. Representáronsele estas cosas vivamente á Arimnesto, y levantándose sin dilacion, hizo llamar á los ciudadanos de mas edad y de mayor experiencia, y conferenciando sus dudas con ellos, encontró que cerca de los Hisios al pie del Citeron hay un templo muy antiguo que se llama de Ceres Eleusina y de Proserpina. Llamando pues á Aristides le llevó á un sitio sumamente á propósito, para que formasen en él sus batallones los que no eran fuertes en caballeria, á causa de que las faldas del Citeron hacian inaccesibles para los caballos las cañadas contiguas al templo. Y allí estaba tambien el templete de Andrócrates cercado de una selva de espesos y copados árboles ; y para que nada le faltase al oráculo en cuanto á la esperanza de la victoria, pareció á los Plateenses, á propuesta de Arimnesto, retirar los términos de Platea hácia el Atica, y donar aquella region á los Ate-

(1) Significa lo mismo que acaba de decirse : poseidos de las ninfas.

nienses, para que, segun el oráculo, pelearan en su propia tierra en defensa de la Grecia. Llegó á tener tanta fama esta gloriosa decision de los Plateenses, que Alejandro dominando ya el Asia, muchos años despues levantó los muros de Platea, é hizo pregonar en los juegos Olímpicos que de este modo recompensaba el Rey á los Plateenses su fortaleza y su magnanimidad, por haber dado en la guerra médica á los Griegos aquel territorio, mostrándose sumamente alentados y valerosos.

Disputaban los Tegeatas con los Atenieses sobre el lugar que tendrian en el ejército, pretendiendo que pues los Lacedemonios tenian el ala derecha, se les diera el ala izquierda, haciendo para esto grandes elogios de sus antepasados. Ofendianse mucho de semejante contienda los Atenieses ; pero salióles al encuentro Aristides y dijo : No es propio de esta ocasion el que alterquemos con los Tegeatas sobre linaje y sobre proezas ; mas á vosotros, ó Lacedemonios, y á todos los demas Griegos os hacemos presente que el lugar no quita ni da valor : cualquiera que sea el que nos diereis procuraremos, conservándole y honrándole, no hacernos indignos de la gloria adquirida en las guerras anteriores : porque no hemos venido á indisponernos con los aliados, sino á pelear con los enemigos ; ni á ensalzar á nuestros padres, sino á acreditarlos con la Grecia de hombres esforzados : asi este combate hará ver en cuanto debe ser tenido de los Griegos cada uno, ciudad, general ó soldado. Oido esto por los del consejo y por los generales, aprobaron el discurso de los Atenieses, y les dieron á mandar la otra ala del ejército.

Como estuviese en gran conflicto la Grecia, y sobre todo se hallasen en malísimo estado las cosas de los Atenieses, algunos de las familias mas principales y mas ricas, que por causa de la guerra habian caído en pobreza, y juntamente con los bienes habian perdido todo su esplendor y su influjo, viéndose reducidos á este extremo de abatimiento mientras otros brillaban y mandaban, se reunieron clandestinamente en una casa de Platea, y se conjuraron para disolver la república ; ó sino salian con su intento, para estragar los

negocios de ella poniéndolos en manos de los bárbaros. Mientras esto se ejecutaba en el campamento, siendo ya muchos los pervertidos, llegó á entenderlo Aristides, y haciéndose cargo de lo arriesgado de la ocasion, determinó, ni abandonar del todo y dejar correr semejante acontecimiento, ni descubrirlo tampoco enteramente, ya por no conocer realmente cuántos serian los inculcados, y ya tambien porque creyó que en aquel caso valia mas hacer callar la justicia que la conveniencia pública. Arresta pues á solos ocho entre tantos; y de ellos dos, contra quienes habia formado la causa, y que eran los motores principales, Esquines Lampreide y Agesias Acarnaide, lograron fugarse del campamento: á los otros con esto los dejó libres, dando lugar á que respirasen y se arrepintiesen, en inteligencia de que no habian sido descubiertos, diciendo solamente, que la guerra seria el mejor tribunal, donde desvaneciesen las sospechas y cargos, esmerándose en mirar por la patria.

Despues de esto Mardonio ensayó el hacer cargar con fuerza considerable de caballeria, que era en lo que principalmente se aventajaba á los Griegos, á las tropas de estos acampadas al pie del Citeron en posiciones fuertes y pedregosas, á excepeion de las de Megara. Estas, que consistian en unos tres mil hombres, habian puesto sus reales en terreno mas llano: así es que padecieron mucho por la caballeria que caía sobre ellas, y las acometia por todas partes. Enviaron pues á toda priesa un aviso á Pausanias, pidiéndole auxilio, pues por sí no podian sostenerse contra la muchedumbre de los bárbaros. Pausanias, ademas de recibir este aviso, veía que el campo de los Megarenses se cubria de saetas y dardos, y que estos se habian recogido á un punto muy estrecho; mas como no tuviese arbitrio para defenderlos contra los caballos con la infanteria pesadamente armada de los Esparciatas, excitó entre los demas generales y caudillos de los Griegos que le rodeaban, una contienda y emulacion de virtud y gloria, proponiéndoles si habria algunos que voluntariamente se ofreciesen á auxiliar y socorrer á los de Megara. Excusáronse los demas; pero Aristides tomó este negocio á cargo de los Atenenses, y envió con este designio á

Olimpiodoro, el mas alentado de los tribunos, que llevó consigo trescientos hombres escogidos, y mezclados con ellos algunos tiradores. Previniéronse estos sin dilacion, y marcharon á carrera; mas como lo advirtiese Masistio, general de la caballeria de los bárbaros, varon muy denodado, y de maravillosa estatura y belleza, volviendo su caballo se dirigió contra ellos. Sostuviéronse y trabaron combate, el que se hizo muy porfiado, teniéndolo por prueba de lo que podria esperarse en adelante. En esto herido de un dardo el caballo, derribó á Masistio; el cual caido apenas podia moverse por el peso de las armas; pero al mismo tiempo habia gran dificultad para que fuese ofendido de los Atenenses, que lo tenian cercado, y procuraban herirlo, por quanto no solo llevaba defendidos el pecho y la cabeza, sino todo el resto del cuerpo con piezas de oro y plata. Con todo hirióle uno con la punta del dardo en la parte del casco por donde se descubria un ojo, quitándole la vida; y los demas Persas, abandonando el cadáver, dieron á huir. Echóse de ver la grandeza de esta victoria, no en la muchedumbre de los muertos, porque eran en corto número, sino en el llanto de los bárbaros; porque por la falta de Masistio se cortaron el cabello á sí mismos y á los caballos y acémilas, y llenaron todo el contorno de suspiros y sollozos, en señal de que habian perdido un hombre el primero en valor y poder despues de Mardonio.

Despues de este encuentro de la caballeria estuvieron unos y otros sin combatir largo tiempo, porque los agoreros por la inspeccion de las víctimas ofrecian la victoria á los que se defendiesen, tanto á los Persas como á los Griegos, y la derrota á los que acometieran. Mas como viese Mardonio que tenia provisiones para pocos dias, y que los Griegos continuamente se aumentaban, porque sin cesar se les incorporaban algunos, no pudo contenerse, y resolvió no aguantar mas, sino pasar al otro dia al amanecer el Asopo, y caer sobre los Griegos, cuando ellos menos pensaban, para lo que dió en aquella tarde las órdenes á los gefes; pero exactamente á la media noche llegó un hombre á caballo al campo de los Griegos, y al llegar á las guardias dijo que le llamaran

á Aristides el Ateniese. Presentóse inmediatamente este, á quien dijo: Soy Alejandro, Rey de los Macedonios, y por medio de grandes peligros vengo movido del amor que os tengo á prevenirnos, no sea que lo repentino del acometimiento os haga combatir con desventaja; porque Mardonio os presentará mañana batalla, no porque tenga ninguna esperanza, ni esté confiado, sino por el apuro en que se halla; pues antes los agoreros con sacrificios le apartan de combatir, y el ejército está poseído de asombro y desaliento; pero se ve en la precision, ó de tentar fortuna, ó de sufrir la mayor escasez si permaneciese tranquilo. Dicho esto, rogaba Alejandro á Aristides que si bien convenia que él lo supiese y lo tuviese presente, no lo comunicase con ninguno otro. Mas aquel expuso que no podia ser ocultarlo á Pausanias, que tenia el mando, y que lo callaria á los demas antes de la batalla; pero que si la Grecia venciese, nadie debería ignorar el zelo y la virtud de Alejandro. Tenida esta entrevista, el Rey de los Macedonios se volvió otra vez por su camino, y Aristides, pasando á la tienda de Pausanias, le dió cuenta de lo que habia pasado; con lo que fueron llamados los demas generales, y se les dió la orden de que tuvieran á punto el ejército, como para recibir batalla.

En esto, según refiere Heródoto, hizo Pausanias á Aristides la proposicion de que los Atenieses tomaran el ala derecha formando contra los Persas; porque era mejor que pelearan contra ellos los que ya estaban aguerridos, y habian adquirido osadía con anteriores triunfos; y que á él se le diera el ala izquierda contra la que habian de combatir aquellos Griegos que se habian hecho partidarios de los Medos. Tenian los demas caudillos de los Atenieses por inconsiderado é injusto á Pausanias, por cuanto no haciendo novedad en el resto del ejército, á solos ellos los traia arriba y abajo como hilotes, exponiéndolos á los mayores peligros; pero Aristides les hizo presente que iban errados del todo, pues que antes habian altercado con los Tegeatas por tener el ala izquierda, y estaban ufanos con haberlo conseguido; y ahora cuando los Lacedemonios se desistian voluntariamente del ala derecha, y en algun modo les entregaban el

mando, no tenian en precio esta gloria, ni se hacian cargo de lo que ganaban en no tener que pelear con sus compatriotas y deudos, sino con los bárbaros sus naturales enemigos. En consecuencia de esto hicieron ya los Atenieses de muy buena voluntad con los Esparciatas el cambio propuesto; siendo muchas las conversaciones que entre sí tenian, de que los enemigos ni traian mejores armas, ni ánimos mas esforzados que los de Maraton, sino los mismos arcos, los mismos vestidos ricos, y los mismos adornos de oro en cuerpos muelles y en almas cobardes; cuando nosotros tenemos tambien las mismas armas y los mismos cuerpos; pero mayor aliento con nuestras victorias; y de que la contienda no era solo por su pais y por su ciudad, como entonces sucedió, sino por los trofeos de Maraton y de Salamina, para que se viese que habian sido, no de Milciades y de la fortuna, sino de los Atenieses. Estaban pues ya muy solícitos en la mudanza de puestos; pero habiéndolo entendido los Tebanos por relacion de algunos tráfugas, lo participaron á Mardonio; y este al punto, bien fuese por temer á los Atenieses, ó bien porque desease contender con los Lacedemonios, trasladó los Persas á su ala derecha, dando orden de que los Griegos que estaban con él quedaran formados contra los Atenieses. Túvose noticia de esta mudanza, y Pausanias volvió otra vez á tomar el ala derecha, y Mardonio tomó inmediatamente la izquierda, quedando colocado contra los Lacedemonios. En esto el dia se pasó sin hacer nada, y formando los Griegos consejo, determinaron ir á acampar á bastante distancia, ocupando terreno provisto de agua, porque los arroyos que habia en las cercanías habian sido enturbiados y ensuciados por la numerosa caballería de los bárbaros.

Entrada la noche conducian los gefes sus respectivas tropas al sitio designado para acamparse; pero mostraban poca disposicion en seguir y en permanecer unidas, sino que en la forma en que habian levantado los primeros reales se dirigian hácia la ciudad de Platea desbandados ya, y en notable confusion y desorden: resultando haberse quedado solos los Lacedemonios contra su voluntad; y fue que Amonfa-

reto, hombre altivo y arrojado, que tiempo habia provocaba á la batalla y llevaba á mal tanta dilacion y solícitud, entonces apellidando de fuga y de desercion aquella mudanza, se obstinó en no querer dejar el puesto, diciendo que allí con los de su hueste habia de esperar y hacer frente á Mardonio. Fuese á él Pausanias, haciéndole presente que aquello se hacia por consejo y resolucion de los Griegos; y él entonces, levantando con ambas manos una gran piedra, la arrojó á los pies de Pausanias, diciéndole que el voto que él daba sobre la batalla era aquel, sin hacer ningun caso de las disposiciones y resoluciones tímidas de los demas. Quedó confuso Pausanias con semejante suceso, y envió á decir á los Atenieses, que ya estaban en camino, que le aguardasen para marchar juntos, llevando consigo la demas tropa hácia Platea, á ver si con eso movia á Amonfareto. Vino en esto el día, y Mardonio, á quien no se ocultaba que los Griegos habian abandonado el campo, teniendo á punto su ejército, se dirigió contra los Lacedemonios con gran rumor y algazara de los bárbaros, que sin que interviniese batalla contaban con destrozár á los Griegos, alcanzándolos en su fuga; y en verdad que estuvo en muy poco el que así no sucediese. Porque, observando Pausanias lo que pasaba, es cierto que hizo alto, y mandó que cada uno ocupara su puesto de batalla; pero ó por el enfado con Amonfareto, ó por la prontitud con que le sorprendieron los enemigos, se le olvidó dar la señal á los otros Griegos; por lo cual ni se reunieron pronto ni muchos á la vez, sino con tardanza y en partidas, cuando ya el riesgo estaba encima. Hizo sacrificio, y como no se anunciase fausto, mandó á los Lacedemonios que poniendo á los pies los escudos, se estuvieran quedos atendiendo á él, sin hacer oposicion á ninguno de los enemigos. Volvió á sacrificar, y cayó sobre ellos la caballería, de manera que ya los alcanzó algun dardo, y fue herido alguno de los Esparciatas. En esto sucedió que Calícrates, que se decia ser el hombre de mas hermosa y gallarda persona de cuantos Griegos habia en aquel ejército, fue asimismo herido de muerte; y al caer exclamó que no sentia el morir, pues que habia salido de su casa con la resolucion

de perecer, si era necesario, por la salud de la Grecia, sino el morir sin haberse valido de sus manos. Era pues terrible la situacion de aquellos hombres y admirable su paciencia, pues que no haciendo resistencia á los enemigos que les acometian, esperaban que los Dioses y el general les señalasen la hora, sufriendo en tanto el ser heridos y muertos en sus filas; y aun algunos aseguran que estando Pausanias sacrificando y haciendo plegarias á poca distancia de la formacion, llegaron de repente algunos Lidios con el objeto de arrebatár las ofrendas; y no teniendo armas Pausanias y los que le asistian, los habia rechazado con varas y con látigos; y que aun ahora en imitacion de aquella acometida se repiten cada año los golpes y azotes que se dan á los jóvenes sobre el ara, y la pompa y procesion de los Lidios.

Disgustado Pausanias de aquel estado, viendo que el agorero continuamente reprobaba las víctimas, volvióse hácia el templo de Juno, cayéndosele las lágrimas, y levantando las manos pedia á Juno Citeronia y á los demas Dioses que presidian á aquella comarca, que si no estaba destinado á los Griegos el que venciesen, se les diera á lo menos el sufrir haciendo algo, y mostrando con obras á los enemigos que contendian con hombres de valor y adiestrados en la guerra. Hecha esta invocacion por Pausanias, en el mismo momento se mostró fausto el sacrificio, y los agoreros anunciaron la victoria. Dióse á todos la señal de rechazar á los enemigos, y de repente todo el ejército tomó el aspecto de una fiera, que estremeciéndose se prepara á hacer uso de su fuerza. Convenciónonse tambien entonces los bárbaros de que las habian con unos hombres que pelearian hasta la muerte; por lo que abrazando las adargas empezaron á lanzar dardos contra los Lacedemonios; los cuales, manteniendo unidos sus escudos, acometieron tambien, y llegando cerca, retiraban las adargas, é hiriendo con las lanzas á los Persas en el rostro y en el pecho, dieron muerte á muchos de ellos que no se estuvieron quedos ó se mostraron cobardes: pues tambien ellos agarrando las lanzas con las manos desnudas, les rompieron muchas; y recurriendo á las armas cortas, no sin diligencia, hicieron uso de las hachetas y de los puñales; y uniendo y

entrelazando asimismo sus adargas, resistieron largo tiempo. Habianse estado hasta entonces inmóviles los Atenieses, aguardando á ver qué determinarían los Lacedemonios; mas advertido por el ruido de los que combatían, y llegándoles también aviso de parte de Pausanias, se apresuraron á ir en su socorro; y cuando llevados de la vocería avanzaban por la llanura, vinieron contra ellos los Griegos del partido enemigo. Aristides no bien los hubo visto, cuando adelantándose gran trecho, les empezó á gritar, invocando los Dioses de la Grecia, que se retiraran del combate, y no impidieran ni retardaran á los que peleaban por la defensa de su propia tierra; mas cuando vió que no le atendían, y que se disponían á la batalla, hubo de desistir del comenzado auxilio y entrar en lid con estos, que eran cincuenta mil en número; pero la mayor parte cedió luego, y se retiró, por haberse también retirado los bárbaros. Dícese que lo mas encarnizado del combate fue contra los Tebanos, que eran los primeros y de mayor poder de los que entonces hicieron causa comun con los Medos: aunque la muchedumbre no habia abrazado aquel partido por su voluntad, sino arrastrada por unos pocos.

Viniendo así á ser dos los combates, los Lacedemonios fueron los primeros que rechazaron á los Persas, habiendo un Esparciata llamado Diamnesto dado muerte á Mardonio, de una pedrada que le disparó á la cabeza, como se lo habia predicho un oráculo de Anfiarao. Porque habia enviado á este oráculo á un Lidio, y al oráculo de Trofonio á uno de Caria; y la respuesta que á este dió el profeta fue en lengua cárica; al Lidio, habiéndose dormido en el templo de Anfiarao, se le figuró que se le habia presentado un ministro del Dios, y le habia mandado que saliera; y como no quisiese, le habia tirado á la cabeza una gran piedra, pareciéndole que del golpe habia muerto: esto es lo que se dice haber pasado. Puestos ya en fuga los Persas, los persiguieron hasta hacerlos encerrar dentro de sus muros de madera. De allí á poco rechazaron igualmente los Atenieses á los Tebanos, dando muerte en la misma batalla á unos trescientos de los mas distinguidos y principales; y no bien se habia verificado esto, cuando

les vino orden de que fueran á sitiar el ejército de los bárbaros, encerrado dentro de sus muros. Por esta razon, dejando que los Griegos se fueran libres, marcharon á dar el socorro donde se les pedia; y poniéndose al lado de los Lacedemonios, ignorantes é inexpertos en el modo de conducir un sitio, tomaron el campamento con mucha mortandad de los enemigos: pues se dice que de los trescientos mil solo huyeron con Artabazo unos cuarenta mil. De los Griegos, que combatieron por la salud de esta region, murieron al todo unos mil trescientos y sesenta: de estos eran Atenieses unos cincuenta y dos, todos de la tribu Ayantide, segun escribe Cleidemo, por haber sido la que mas denodadamente peleó; y por esta causa los Ayantidas hicieron por esta victoria á las ninfas Esfragitides el sacrificio prescrito por la Pitia, costeándolo de los fondos públicos; Lacedemonios noventa y uno, y Tegeatas once. Es pues muy reparable que Herodoto diga haber sido estos solos los que vinieron á las manos con los enemigos, y ninguno otro de los demas Griegos: porque el número de muertos y los monumentos del tiempo atestiguan que la victoria fue de todos; y si solas tres ciudades hubieran combatido, sin tener parte las demas, no podria el ara llevar esta inscripcion:

Los Griegos por el triunfo que obtuvieron  
En el crudo ejercicio del Dios Marte  
Ahuyentando á los Persas, esta ara  
Por comun voto de la Grecia libre  
Al libertador Jove dedicaron.

Dióse esta batalla el catorce del mes Boedromion, segun la cuenta de los Atenieses; y segun la cuenta de los Beocios el veinticuatro del mes Ganemo, dia en que aun hoy se junta en Platea el concilio griego, y en que los Plateenses sacrifican por esta victoria á Jove Libertador: no siendo de extrañar que haya esta diferencia en la cuenta de los dias, cuando aun ahora, despues de tanto como se ha adelantado en la astronomía, no convienen los diferentes pueblos en los principios y fines de los meses.

Despues de estos sucesos no convenian los Atenieses en

conceder el prez del valor á los Lacedemonios, ni les permittian levantar trofeo, habiendo estado en muy poco el que de pronto se arruinase toda aquella dicha de los Griegos, estando como estaban sobre las armas; á no haber sido que Aristides exhortando y persuadiendo á sus colegas, y especialmente á Leócrates y Mirónides, alcanzó y obtuvo de ellos que se dejara la decision á los otros Griegos. Deliberando pues estos, propuso Teogiton de Megara que el prez habia de darse á otra ciudad, si no querian que se encendiese una guerra civil; y como á esta propuesta se hubiese puesto en pie Cleerito de Corinto, por lo pronto hizo creer que iba á pedir áquel premio para los Corintios, porque despues de Esparta y Atenas era Corinto una de las ciudades de mas fama; pero hizo á favor de los de Platea una admirable propuesta que agradó á todos, porque aconsejó que para quitar toda contienda se diera el prez á los Plateenses, por cuya preferencia nadie habia de incomodarse: así fue que al pronto otorgó Aristides por los Atenienses, y en seguida Pausanias por los Lacedemonios. Reconciliados de este modo, separaron del botin ochenta talentos para los de Platea, con los cuales reedificaron el templo de Minerva, labraron su estatua, y adornaron el templo con pinturas, que aun el dia de hoy se conservan frescas. Levantaron trofeos separadamente, de una parte los Lacedemonios, y de otra los Atenienses; pero en quanto á sacrificios, habiendo consultado á Apolo Pitio, les dió por respuesta que construyesen el ara de Júpiter Libertador, y que se abstuviesen de sacrificar hasta que apagado el fuego de todo el pais como contaminado por los bárbaros, le encendiesen puro en el altar comun de Delfos. Los magistrados pues de los Griegos enviaron de pueblo á que en todas las casas se apagase el fuego; y en Platea, habiendo ofrecido Euquidas que iria en toda diligencia á tomar y traerles el fuego del Dios, marchó para Delfos. Lavóse allí el cuerpo, hizose aspersiones, coronóse de laurel; y tomando del ara el fuego, se volvió corriendo á Platea, y llegó antes de ponerse el sol, habiendo andado aquel dia mil estadios. Saludó á sus conciudadanos, é inmediatamente cayó en el suelo, y espiró de allí á poco. Re-

cogieron los de Platea su cadáver, y lo sepultaron en el templo de Diana Euclia, poniéndole por inscripcion este tetrametro:

De sol á sol Euquidas corriendo,  
Fué y vino á Delfos en el mismo dia;

y el sobrenombre de Euclia se lo dan muchos á Diana; pero algunos dicen que Euclia fue hija de Hércules y Mirtis, hija de Menecio, y hermana de Patroclo; y que habiendo muerto doncella es tenida en veneracion por los Beocios y los Locros; porque su ara y su estatua se ven colocadas en todas las plazas, y le hacen sacrificios las novias y los novios.

Celebróse junta pública y comun de todos los Griegos, y escribió Aristides un proyecto de decreto, para que cada año concurrieran á Platea legados y prohombres de la Grecia; se celebraran juegos quinquenales en memoria de la libertad, y se hiciera entre los Griegos una contribucion para la guerra contra los bárbaros de diez mil hombres de infanteria, mil de caballeria y cien naves, quedando exentos los de Platea, consagrados al Dios para hacer sacrificios por la salud de la Grecia. Sancionado este decreto, tomaron á su cargo los Plateenses el hacer exequias cada año por los Griegos que murieron y descansan allí, lo que hasta el dia de hoy ejecutan de esta manera: en el dia diez y seis del mes Maimacterion, que para los Beocios es Alcomenio, forman una procesion, á la que desde el amanecer precede un trompeta, que toca un aire marcial, yendo en pos carros llenos de ramos de mirto y de coronas, y un toro blanco: llévanse despues en ánforas libaciones de vino y leche, y jóvenes ingenuos conducen cántaros de aceite y unguento; porque á ningun esclavo se le permite poner mano en aquel ministerio, á causa de que los varones, en cuyo honor se hace la ceremonia, murieron por la libertad. Viene por fin el arconte de los Plateenses, y con no serle licito en ningun otro tiempo tocar el hierro, ni usar de vestidura que no sea blanca, entonces se viste túnica de púrpura, y tomando del aparador una ánfora, va hácia los sepulcros por medio de la ciudad

con espada desenvainada. Llegado al sitio toma agua de la fuente, hace aspersion sobre las pirámides ó columnas, y las unge con unguento: mata despues el toro sobre la hoguera, é invocando á Júpiter y á Mercurio infernal convida á los excelentes varones que murieron por la Grecia á gustar de aquel banqueté y de aquella sangre: echando luego vino en una taza, y vaciándolo, pronuncia estas palabras: *sea en honor de los varones que murieron por la libertad de los Griegos: ceremonias con que todavía cumplen el dia de hoy los Plateenses.*

Restituidos á la ciudad los Atenienses observó Aristides que mostraban deseos de restablecer la perfecta democracia; y como por una parte considerase á aquel pueblo muy digno de consideración, y por otra no juzgase fácil el oponérsele siendo poderoso en armas, y hallándose ensoberbecido con sus victorias: escribió decreto para que el gobierno fuese comun é igual á todos, y los arcontes se eligiesen de entre todos los Atenienses. Anunció Temístocles al pueblo que habia concebido un proyecto, que no podia revelarse; pero sumamente útil y saludable á la ciudad: acordaron por tanto que á nadie se dijese, sino á solo Aristides, y él solo lo aprobase. Reveló pues á este que tenia pensado poner fuego á la armada de los Griegos, porque con esto serian los Atenienses los mas poderosos y arbitros de la suerte de los demas; y entonces Aristides presentándose al pueblo, le dió parte de que el proyecto que Temístocles tenia meditado no podia ser ni mas útil ni mas injusto; oido lo cual resolvieron los Atenienses que Temístocles abandonara su pensamiento: ¡tan amante era entonces aquel pueblo de la justicia! ¡y tanta era la confianza y seguridad que le inspiraba un hombre solo!

Nombrósele general para la guerra juntamente con Cimón; y notando que Pausanias y los demas caudillos de los Esparciatas eran orgullosos é inaguantables con los aliados, tratándolos él con blandura y humanidad, y haciendo que Cimón se les mostrara tambien afable y popular en el mando, no advirtieron los Lacedemonios que iba á arrebatárles la superioridad y el imperio, no á fuerza de armas, de caba-

llos ó de naves, sino con la benevolencia y la dulzura: pues que con ser los Atenienses bien quistos á los demas Griegos por la justificacion de Aristides y la bondad de Cimón, todavía les hacian desear mas su mando la codicia y el mal modo de Pausanias; porque siempre trataba con desabrimiento y aspereza á los caudillos de los aliados; á los soldados los castigaba con azotes; ó echándoles encima una ancla de hierro, los obligaba á permanecer en esta disposicion todo el dia. Nadie debia ir á aprovecharse de ramaje, ó á tomar agua de la fuente antes que los Esparciatas, porque tenia lictores apostados, que á latigazos hacian retirar á los que se acercaban; y queriendo en cierta ocasion Aristides hacerle alguna amonestacion y advertencia, arrugando Pausanias el semblante, le respondió que no estaba de vagar, y no le dió oídos. Por tanto, yendo los gefes de armada y los generales de los Griegos, y especialmente los de Quio, de Samos y de Lesbos en busca de Aristides, le propusieron que tomara el mando, y se pusiera al frente de los aliados, que deseaban hacia tiempo salir de las manos de los Esparciatas, y estar bajo el mando de los Atenienses; y como les respondiese que bien veia la necesidad y justicia que contenia su propuesta; pero que para mayor seguridad se hacia precisa alguna obra que despues de ejecutada no dejase á la muchedumbre lugar al arrepentimiento; Uliades de Samos y Antágoras de Quio, convenidos entre sí con juramento, acometieron cerca de Bizancio á la galera de Pausanias, que les precedia, cogiéndola en medio. Luego que este lo vió, se puso en pie, y con gran cólera les amenazó de que en breve les haria ver que no se habian insolentado contra su nave, sino contra su propia patria; mas ellos le dieron por contestacion que se fuera en paz, y agradeciera á la buena suerte que con ellos habia tenido en Platea: pues solo por este miramiento no tomaban de él la conveniente satisfaccion; y por último se pasaron á los Atenienses. Mas en esto lo que hay de mas admirable es la prudencia que manifestó Esparta; porque luego que advirtió que la grandeza del poder habia corrompido á sus generales, se desistieron voluntariamente del mando, y de dar generales para la guerra,

queriendo mas tener ciudadanos modestos y observadores de las costumbres patrias, que conservar la superioridad sobre toda la Grecia.

Aun en el tiempo en que los Lacedemonios tenian el mando pagaban los Griegos cierto tributo para la guerra; mas queriendo entonces que la exaccion se hiciese por ciudades con igualdad, pidieron á los Atenienses que Aristides fuese el encargado; el cual, examinando la extension del territorio y las rentas de cada una, determinase lo que segun su dignidad y posibilidad le correspondiera pagar. Dueño pues de tan considerable autoridad, y teniendo en cierta manera él solo en su mano los intereses de la Grecia, si pobre salió á ejercer este encargo, volvió mas pobre todavía, habiendo hecho la descripción de las riquezas, no solo con pureza y justicia, sino á la satisfaccion y gusto de todos. Por tanto, así como los antiguos celebraban la vida del reinado de Saturno, de la misma manera los Griegos tenian en memoria y loor el repartimiento de Aristides, y mas cuando al cabo de poco tiempo se les duplicó y triplicó el tributo: porque el que les impuso Aristides solo ascendia á la suma de cuatrocientos y sesenta talentos; y á ella añadió Pericles muy cerca de un tercio: pues dice Tucídides que al principio de la guerra del Peloponeso percibian los Atenienses de los aliados seiscientos talentos. Muerto Pericles, los demagogos fueron extendiendo poco á poco esta cantidad hasta la suma de ~~1173~~ trescientos talentos, no tanto porque la duracion y los varios sucesos de la guerra ocasionabán crecidos gastos, como porque metieron al pueblo en hacer distribuciones en dinero, en dar para los espectáculos, y en acumular estatuas y edificar templos. Siendo pues grande y admirable la fama de Aristides por el repartimiento de los tributos, se cuenta de Temístocles que se burlaba de ella, diciendo que semejante alabanza mas que de un hombre era propia de un talego de guardar dinero: vengándose de este modo, aunque por diferente término, de cierta picante respuesta de Aristides, porque diciendo en una ocasion Temístocles que la dote mayor de un general era el prevenir y antever los designios de los enemigos, le con-

testó: Bien es necesario esto, ó Temístocles; pero lo mas esencial y mas loable en el que manda es poner ley á las manos.

Sujetó Aristides con juramento á los demas Griegos, y él mismo juró por los Atenienses, apagando hierros candentes en el mar en seguida de las imprecaciones; mas al fin, obligando el estado de los negocios, segun parece, á mandar con mayor rigor, propuso á los Atenienses que cargaran sobre él el perjurio, y consultaran en las cosas públicas á la utilidad; y Teofrasto, hablando con generalidad, dice que este hombre que, como particular y para con sus ciudadanos era estrechísimamente justo, en los negocios públicos se acomodó muchas veces á la situacion de la patria, que le precisó á mas de una injusticia: porque tratándose á propuesta de los de Samos de traer á Atenas las riquezas de Delos contra lo estipulado en los tratados, se dice haber expresado Aristides que ello no era justo, pero que convenia. Mas por fin con haber alcanzado que Atenas imperase sobre tantos pueblos, no por eso dejó de ser pobre y de honrarse tanto con la gloria de su pobreza, como con la de sus trofeos; y la prueba es esta. Calias el Daduco era pariente suyo: seguíale sus enemigos causa capital, y despues que hablaron lo que era propio sobre los objetos de la acusacion, saliéndose fuera de ella dirigieron la palabra á los jueces para tratar de Aristides, diciéndoles: Ya conocéis á este hijo de Lisimaco, y cuán grande opinion goza entre los Griegos: pues ¿cómo pensais que lo pasará en su casa, cuando veis que con aquella túnica se presenta en el tribunal? Porque ¿no es indispensable que el que en público tiene que tiritar de frio, en su casa esté miserable y falto aun de las cosas mas precisas? Pues Calias, el mas rico de los Atenienses, con ser su primo, no hace caso ninguno de un hombre como este, abandonándole en la miseria con mujer é hijos, sin embargo de que no ha dejado de valerse de él, y que mas de una vez ha disfrutado de su influjo. Vió Calias que esta especie habia hecho grande impresion sobre los jueces, y los habia indispuerto contra él, por lo que pidió se le llamase á Aristides, para que testificara ante los jueces que, habiénd-

dole ofrecido intereses repetidas veces, y rogádole los aceptara, nunca habia condescendido, respondiendo que mas ufano debia estar él con su pobreza que Calias con todos sus haberes: porque cada dia se estaba viendo á muchos usar unos bien y otros mal de las riquezas, cuando no era fácil encontrar quien llevara la pobreza con ánimo alegre; y que de la pobreza se avergonzaban los que no estaban bien con ser pobres. Convino Aristides en que Calias decia bien, y no salió de allí ninguno que no quisiera mas ser pobre como Aristides, que rico como Calias. Así nos lo dejó escrito Esquines el discípulo de Sócrates. Platon, teniendo por grandes y dignos de nombradía á muchos Atenienses, este solo dice que es digno de memoria: porque Temístocles, Cimon y Pericles llenaron la ciudad de pórticos, de riquezas y de muchas superfluidades, y solo Aristides la inclinó con su gobierno á la virtud. Aun con el mismo Temístocles dió grandes muestras de su equidad y moderacion; porque con haberle tenido por enemigo en todo el tiempo de su gobierno, hasta ser desterrado por él, cuando Temístocles le dió ocasion de desquitarse puesto en juicio ante el pueblo, nada hizo en su daño; sino que persiguiéndole y acusándole Alcmon, Cimon y otros muchos, solo Aristides no hizo ni dijo cosa que le fuese contraria, ni se holgó de ver en la desgracia á su enemigo, así como antes no le habia envidiado su dicha.

En cuanto al lugar donde murió Aristides unos dicen que fue en el mar yendo embarcado á desempeñar negocios de la república; pero otros dicen que murió en Atenas de vejez, honrado y admirado de sus conciudadanos; y Cratero de Macedonia hizo de esta manera la relacion de su fallecimiento. Porque despues del destierro de Temístocles, dice, estando el pueblo lleno de orgullo, se levantó un tropel de calumniadores, que persiguiendo á los hombres de mas probidad y poder los expusieron á la envidia y encono de la muchedumbre; á la que habian engreido, como se deja dicho, los buenos sucesos y la extension de su imperio: y que entre estos hicieron condenar á Aristides por soborno, acusándole Diofanto de la tribu Anfitrópide de haber recibido presentes de los Jonios cuando tuvo el encargo de repartir

las contribuciones; y como no tuviese con qué pagar la multa, que era de cincuenta minas, se retiró por mar á la Jonia, y allí murió. Mas de ninguna de estas cosas produce prueba alguna Cratero, ni el tanto de la acusacion, ni el decreto; siendo así que suele ser muy puntual en dar razon de estas cosas, citando á los que antes de él las refirieron. De todos los demas, para decirlo de una vez, que pusieron su atencion en describir los malos tratamientos del pueblo para con sus generales, refieren si y ponderan el destierro de Temístocles, la prision de Milciades, la multa de Pericles, la muerte de Paquetes en el tribunal, dándosela él mismo en la tribuna, cuando vió que se daba sentencia contra él, y otras muchas cosas á este tenor; pero respecto de Aristides, aunque no omiten su destierro por el ostracismo, ninguna memoria hacen de esta otra condenacion.

Lo cierto es que se muestra en Falero su sepulcro labrado de orden de la ciudad, porque ni siquiera dejó con qué enterrarse. Dicese que las hijas salieron del Pritaneo para ser entregadas á sus maridos, habiéndose costeadado de los fondos públicos los gastos de la boda, y dándose por decreto en dote á cada una tres mil dracmas. A su hijo Lisimaco dió asimismo el pueblo cien minas de plata, y otras tantas yugadas de tierra plantada de árboles, y ademas otras cuatro dracmas al dia, habiendo sido Alcibiades quien presentó el proyecto. Aun mas todavía: como Lisimaco hubiese dejado una hija llamada Polucrita, le señaló á esta el pueblo, segun dice Calistenes, la misma racion que á los vencedores de Olimpia; y Demetrio Falereo, Jerónimo Rodio, Aristodemo el músico y Aristóteles, si es que el libro de la nobleza se ha de colocar entre los genuinos de este filósofo, refieren que con Mirto, nieta de Aristides, se casó el sabio Sócrates, pues aunque tenia otra mujer recojió en su casa á esta, por verla viuda y falta de todo medio de subsistir; mas estas especies las contradijo convenientemente Panecio en sus libros acerca de Sócrates. Demetrio Falereo en su Sócrates dice que se acuerda de un nieto de Aristides, sumamente pobre, llamado Lisimaco, que sentado junto al Yaqueo, se mantenía de decir la buenaventura con cierta tabla divina-

toria; y que formando él mismo proyecto de decreto, obtuvo que el pueblo señalara á la madre de este y á una hermana de la misma tres óbolos por dia; y añade el propio Demetrio que siendo nomoteta, mandó que se extendiera á una dracma el donativo de estas mujeres. Ni es extraño que así cuidara este pueblo de personas que estaban dentro de la ciudad, cuando habiendo sabido que en Lemnos se hallaba una nieta de Aristogiton, y que no se habia casado por su pobreza, la hizo traer á Atenas; y casándola con uno de los mas ilustres, le dió en dote una porcion de terreno á la parte del rio: y aun en nuestros dias se hace admirar este mismo pueblo por su humanidad y beneficencia con repetidos ejemplares dignos de imitacion.



### MARCO CATON.

Dícese que Marco Caton fue por su linaje oriundo de Túsculo, y que residió y vivió antes de tener parte en el gobierno en campos propios de su familia en la region Sabina; y no obstante tenerse la idea de que sus progenitores fueron desconocidos, el mismo Caton alaba á su padre como hombre de valor y ejercitado en la milicia; y refiere de su bisabuelo que muchas veces alcanzó el prez del valor; y que habiendo perdido en diferentes batallas cinco caballos ejercitados en la guerra, fue del pueblo honrado por su valor y fortaleza. Acostumbraban los Romanos á dar la denominacion de hombres nuevos á los que no tenian fama por su linaje, sino que eran ellos mismos los que empezaban á darse á conocer; y como llamaban tambien nuevo á Caton, decia que bien era nuevo para el mando y para la gloria; pero que por las obras y virtudes de sus antepasados era bien antiguo. Al principio no tuvo por tercer nombre el de Caton, sino el de Prisco; pero luego por aquella dote en que sobresalia obtuvo el apellido de Caton: porque llaman Caton los Romanos al hombre precavido. Era en su figura

rubio y de ojos azules, como lo dió á entender, no mostrándosele muy aficionado, el que hizo este epigrama:

A ese rubio, mordaz, de ojos azules;  
A Porcio, aun muerto, estoy que en el infierno  
No le ha de recibir la hija de Ceres.

La constitucion de su cuerpo con el ejército, con la parsimonia, y con acostumbrarse en el ejército desde el principio á portarse como soldado, se hizo muy robusta; habiendo adquirido á un tiempo fuerza y buena salud. Cultivó tambien la facultad de decir, como otro segundo cuerpo, y como un instrumento, no solamente útil, sino necesario, para quien no queria vivir oscuro y en inaccion: ejercitola pues en las alquerías y pueblos inmediatos, prestándose á defender en los juicios á los que se lo rogaban; y al principio se echó de ver que era un defensor fogoso; pero luego se acreditó ademas de orador vehemente: descubriendo en él los que se valian de sus talentos una gravedad y juicio que eran propios para los grandes negocios y para el mando político. Porque no solo se conservó puro en cuanto á recibir salario por sus dictámenes y defensas, sino que aun desdeñaba la gloria que de esta clase de contiendas podria resultarle. Descando pues señalarse principalmente en los combates contra los enemigos y en acciones de guerra, siendo todavía jóven tuvo ya su cuerpo cubierto de heridas, recibidas de frente: diciendo él mismo que á los tres y siete años hizo su primera campaña, al tiempo que Anibal victorioso puso en combustion toda la Italia. En las batallas mostróse de mano pronta para acuchillar, de pies firmes é inmóviles y de semblante fiero; y aun acostumbraba á usar de amenazas y de gritos penetrantes contra los enemigos: creyendo él mismo, y enseñando á los demas que estas cosas suelen contribuir mas que el mismo acero para atemorizar á los contrarios. En las marchas caminaba á pie, llevando sus armas, y solo le seguia un sirviente, que llevaba lo que habian de comer; con el cual no se incomodó nunca, ni le riñó por el modo de disponerle la comida ó la cena, sino que á veces echaba tambien mano, y le ayudaba en estos ministerios despues de

toria; y que formando él mismo proyecto de decreto, obtuvo que el pueblo señalara á la madre de este y á una hermana de la misma tres óbolos por dia; y añade el propio Demetrio que siendo nomoteta, mandó que se extendiera á una dracma el donativo de estas mujeres. Ni es extraño que así cuidara este pueblo de personas que estaban dentro de la ciudad, cuando habiendo sabido que en Lemnos se hallaba una nieta de Aristogiton, y que no se habia casado por su pobreza, la hizo traer á Atenas; y casándola con uno de los mas ilustres, le dió en dote una porcion de terreno á la parte del rio: y aun en nuestros dias se hace admirar este mismo pueblo por su humanidad y beneficencia con repetidos ejemplares dignos de imitacion.



### MARCO CATON.

Dícese que Marco Caton fue por su linaje oriundo de Túsculo, y que residió y vivió antes de tener parte en el gobierno en campos propios de su familia en la region Sabina; y no obstante tenerse la idea de que sus progenitores fueron desconocidos, el mismo Caton alaba á su padre como hombre de valor y ejercitado en la milicia; y refiere de su bisabuelo que muchas veces alcanzó el prez del valor; y que habiendo perdido en diferentes batallas cinco caballos ejercitados en la guerra, fue del pueblo honrado por su valor y fortaleza. Acostumbraban los Romanos á dar la denominacion de hombres nuevos á los que no tenian fama por su linaje, sino que eran ellos mismos los que empezaban á darse á conocer; y como llamaban tambien nuevo á Caton, decia que bien era nuevo para el mando y para la gloria; pero que por las obras y virtudes de sus antepasados era bien antiguo. Al principio no tuvo por tercer nombre el de Caton, sino el de Prisco; pero luego por aquella dote en que sobresalia obtuvo el apellido de Caton: porque llaman Caton los Romanos al hombre precavido. Era en su figura

rubio y de ojos azules, como lo dió á entender, no mostrándosele muy aficionado, el que hizo este epigrama:

A ese rubio, mordaz, de ojos azules;  
A Porcio, aun muerto, estoy que en el infierno  
No le ha de recibir la hija de Ceres.

La constitucion de su cuerpo con el ejército, con la parsimonia, y con acostumbrarse en el ejército desde el principio á portarse como soldado, se hizo muy robusta; habiendo adquirido á un tiempo fuerza y buena salud. Cultivó tambien la facultad de decir, como otro segundo cuerpo, y como un instrumento, no solamente útil, sino necesario, para quien no queria vivir oscuro y en inaccion: ejercitola pues en las alquerías y pueblos inmediatos, prestándose á defender en los juicios á los que se lo rogaban; y al principio se echó de ver que era un defensor fogoso; pero luego se acreditó ademas de orador vehemente: descubriendo en él los que se valian de sus talentos una gravedad y juicio que eran propios para los grandes negocios y para el mando político. Porque no solo se conservó puro en cuanto á recibir salario por sus dictámenes y defensas, sino que aun desdeñaba la gloria que de esta clase de contiendas podria resultarle. Descando pues señalarse principalmente en los combates contra los enemigos y en acciones de guerra, siendo todavía jóven tuvo ya su cuerpo cubierto de heridas, recibidas de frente: diciendo él mismo que á los tres y siete años hizo su primera campaña, al tiempo que Anibal victorioso puso en combustion toda la Italia. En las batallas mostróse de mano pronta para acuchillar, de pies firmes é inmóviles y de semblante fiero; y aun acostumbraba á usar de amenazas y de gritos penetrantes contra los enemigos: creyendo él mismo, y enseñando á los demas que estas cosas suelen contribuir mas que el mismo acero para atemorizar á los contrarios. En las marchas caminaba á pie, llevando sus armas, y solo le seguia un sirviente, que llevaba lo que habian de comer; con el cual no se incomodó nunca, ni le riñó por el modo de disponerle la comida ó la cena, sino que á veces echaba tambien mano, y le ayudaba en estos ministerios despues de

fenecidos los de la milicia. En el ejército no bebía sino agua, ó á lo mas cuando tenía una sed muy ardiente pedía vinagre; y si se sentía desfallecido tomaba un poco de vino.

Estaba á corta distancia de sus posesiones la casa de campo en que residía Marcio Curio, el que habia triunfado tres veces. Iba frecuentemente á ella, y viendo lo reducido del terreno y la sencillez de toda su casa, no pudo menos de meditar sobre la conducta de un varon tan singular, que con ser el mas excelente entre los Romanos, con haber sojuzgado los pueblos mas belicosos, y haber arrojado á Pirro de Italia, él mismo labraba aquel campo, y vivia en aquella casita despues de tres triunfos. Allí mismo le hallaron sentado al fuego cociendo unos rábanos, los embajadores de los Samnites, y le ofrecieron cantidad de oro; mas él los despidió, diciendo que estaba de sobra el oro para quien se contentaba con aquella comida; y que para él era mas apreciable que tener oro el vencer á los que lo tenían. Caton al retirarse de allí reflexionaba sobre estas cosas, y volviendo la consideracion á su propia casa, sus campos, sus esclavos y su gasto, se aplicó mas al trabajo, y cercenó superfluidades. Tomó Fabio Máximo la ciudad de los Tarentinos, y en aquella empresa se halló Caton, militando bajo sus órdenes, cuando todavía era muy jóven. Cúpole por huésped un pitagórico llamado Nearco, y procuró instruirse en sus dogmas; y como escuchase de su boca las mismas máximas de que tambien hacia uso Platon, llamando al deleite el mayor cebo para el mal; al cuerpo el primer tormento del alma, y remedio y purificacion á aquellas reflexiones, en virtud de las cuales el alma se separa y aparta quanto le es posible de los afectos del cuerpo, todavía se apasionó mas de la sencillez y de la templanza. Por lo demas se dice haber aprendido tarde las letras griegas; y que habiendo tomado en las manos los libros griegos cuando ya estaba muy entrado en edad, Tucídides le fue de alguna utilidad para la elocuencia, para la que sobre todo le aprovechó Demóstenes. Sus escritos los exornó oportunamente con máximas é historias griegas; y en sus apotegmas y sus sentencias se encuentran muchas cosas traducidas del griego á la letra.

Vivia á la sazón un hombre muy patriota y muy poderoso entre los Romanos, gran conoecedor de la virtud nativa, y muy dispuesto á alimentarla y á inflammarla á la gloria, llamado Valerio Flaco. Tenia campos linderos á los de Caton; y enterado del desprendimiento y economía de este por medio de sus esclavos, los cuales le referian que de madrugada iba á la plaza, se surtía de lo que habia menester y vuelto al campo, si era invierno, poniéndose una especie de anguarina, y horro de ropa, si era verano, trabajaba con sus esclavos, sentándose á comer con ellos del mismo pan, y bebiendo del mismo vino: admirado en gran manera así de esto, como de oírles hablar de su moderacion, de su modestia, y de algunos dichos sentenciosos suyos, dió orden para que le convidaron á cenar á su casa. Desde entonces le trató familiarmente; y observando que era de carácter suave y urbano, que á manera de planta solo pedía otro cultivo y otro aire mas libre y abierto, lo inclinó y persuadió á que trasladándose á Roma tomara parte en el gobierno. Trasladado á aquella capital, en breve con la defensa de las causas se adquirió admiradores y amigos; y como Valerio le proporcionase ademas grande opinion y poder, alcanzó que primero le nombrasen tribuno, y despues cuestor. Logró ya entonces ser mas señalado y conocido, y aspiró con el mismo Valerio á las primeras magistraturas, habiendo sido con este cónsul, y despues censor. Procuró tambien arrimarse á Fabio Máximo por su grande fama y su grande autoridad; pero mas principalmente porque se proponia la conducta y método de vida de este como el mejor modelo y ejemplar; y aun por lo mismo no pudo menos de ponerse en oposicion con Escipion el mayor, que no obstante ser jóven todavía, hacia contraresto á Fabio, y como que se le mostraba envidioso. Hubo tambien otro motivo, y fue que yendo de cuestor con Escipion á la guerra de Africa, como advirtiese que este usaba de su acostumbrada profusion, y permitia que en el ejército se gastara sin medida, le habló francamente, diciéndole que lo de menos era el gasto, y el mal principalmente estaba en que estragase la antigua frugalidad del soldado, acostumbándole

para en adelante al regalo y á los deleites; y como Escipion le contestase que no necesitaba un cuestor tan severo, cuando ponía toda la atención en desempeñar cumplidamente su deber con respecto á la guerra, porque de lo que había de dar cuenta á la ciudad era de sus acciones y no del dinero, se retiró de Sicilia. Hablaba frecuentemente en el Senado con Fabio de la inmensa cantidad de dinero que gastaba Escipion, y desacerditaba en los circos y en los teatros su porte fastuoso, como si hubiera ido á celebrar fiestas, y no á mandar un ejército; tanto que obligó á que se enviaran cerca de este tribunos de la plebe para que le hicieran venir á Roma, si estas acusaciones eran ciertas. Mas Escipion, habiendo hecho ver que la victoria estaba en los preparativos de la guerra, y convencido á los tribunos de que si usaba de humanidad y condescendencia en los gastos esto en nada perjudicaba á la diligencia y á las demas grandes prendas militares, partió de Sicilia para la guerra.

Aunque era grande el poder que Caton se había con su elocuencia granjeado, tanto que generalmente se le apellidaba Demóstenes romano, era todavía mayor la fama y celebridad que le daba su particular método de vida. Porque su destreza en el decir fue desde luego para los jóvenes un ejemplar comun y de gran solicitud; pero el conservar la frugalidad antigua, contentarse con cenas sencillas, comidas fiambres, vestidos lisos, y una casa como las del comun de ciudadanos, y hacerse admirar mas por no necesitar de superfluidades que por poseerlas; esto era ya muy raro en un tiempo en que la autoridad no se conservaba pura por su misma grandeza, sino que con tener superioridad sobre muchos negocios y muchos hombres, había dado entrada á diversas costumbres, y se veían ejemplos de portes, y medios de vivir muy diferentes. Con razon pues miraban todos á Caton como un prodigio, al ver que los demas, debilitados por los placeres, no eran para aguantar ningun trabajo, y que este en ambas cosas se conservaba invicto, no solo de joven y cuando aspiraba los honores, sino anciano ya y canoso despues del consulado y triunfo, como un atleta constantemente vencedor, que se mantiene siempre igual en la

lucha hasta la muerte. Porque se dice que nunca llevó vestido que valiese mas de cien dracmas; que de general y de cónsul bebió siempre del mismo vino que sus trabajadores; que las provisiones para la comida las tomó siempre de la plaza sin gastar mas de treinta cuartos, y esto por causa de la república á fin de robustecer el cuerpo para la guerra; que habiéndole tocado de botín un paño babilonio, al punto lo vendió; que jamas tuvo casa ninguna de campo revocada de cal, y que nunca compró esclavo que le costase arriba de mil y quinientas dracmas, como que no los buscaba delicados ó de hermosa presencia, sino trabajadores y robustos, propios para ser gayanes y vaqueros; y aun de estos, cuando ya eran viejos, opinaba que era preciso deshacerse para no mantener gente inútil. En una palabra, era de dictámen que no debía tenerse nada superfluo; y que aun en un cuarto es caro aquello que no se necesita. Y en cuanto á campos queria poseer los de labor y pasto, no verjeles ó jardines.

Atribuian algunos á mezquindad esta tan rigurosa economía; pero otros veían en ella el esmero y la rigida templanza de un hombre que se estrechaba y reprimía á si mismo, para corregir y moderar á los demas. Solamente aquello de valerse de los esclavos como de acémilas, y deshacerse luego de ellos y venderlos á la vejez, para mí no puede ser sino de un hombre cruel, y que no se cree enlazado á otro hombre sino con el vínculo de la utilidad. Pues en verdad que la humanidad y la dulzura tienen todavía mas latitud que la justicia; pues de la ley y de la justicia solo podemos usar con los otros hombres; pero la beneficencia y la gratitud se emplean aun con los animales irracionales; dimanando de la bondad como de una fuente copiosa, porque es propio del hombre de probidad no dejar sin alimento al caballo desfallecido ya por los años, y el mantener y cuidar los perros, no solo de cachorritos, sino aun cuando se han hecho viejos. El pueblo de Atenas, cuando se construyó el Hecatómpedo (1), á cuantas acémilas llegó á entender haber concurrido constantemente á los trabajos de la obra, á todas las echó á

(1) Haspocracion es el autor por quien sabemos que se dió tambien este nombre de Hecatómpedo al Partenon ó templo de Minerva.

paecer libres y sueltas; y aun se refiere de una de ellas que por sí misma se bajaba al lugar de la obra, y agregándose á las yuntas que subian los carros al alcázar, las ayudaba yendo delante, como si las animara y alentara; por lo que se decretó que hasta que muriese se proveyera de los fondos públicos para su manutencion. Los sepulcros de las yeguas con que Cimón veneió tres veces en Olimpia estan inmediatos á los monumentos que á este se erigieron. Muchos cuidaron de sepultar á los perros que se les habian hecho como comensales y amigos; y entre ellos Jantipo el mayor al perro que nadando junto á su galera le siguió á Salamina, quando el pueblo abandonó la ciudad, le hizo sepultar en un promontorio, que todavía se llama la sepultura del perro; pues no hemos de usar de cosas que tienen vida y alma como de los zapatos ó de los muebles, echándolos á un rincón quando ya estan rotos y gastados; sino que es razon que en quanto á aquellas nos mostremos cuidadosos y benignos, aunque no sea mas que por excitar á la humanidad. Por tanto yo ni siquiera á un buey de labor lo venderia por viejo, y mucho menos á un hombre anciano, desterrándolo como de su patria de una tierra y de una mansion á que estaba ya habituado, en cambio de una friolera que podrian dar por él; pues que siendo inútil al que lo vendía, lo seria tambien al comprador; quando de Caton, que hacia gala de estas cosas, se cuenta haberselo dejado en España el caballo que siendo cónsul le sirvió en la guerra, por no poner en cuenta á la república el gasto de su flete. Cada uno pues juzgará dentro de sí segun su modo de ver, si cosas llevadas tan al extremo se han de atribuir á magnanimidad ó á sordida codicia.

Por lo demas su moderacion fue verdaderamente maravillosa, pues siendo general, de trigo no tomó para sí y sus asistentes mas que tres fanegas áticas al mes; y de cebada al dia para las bestias todavía menos de tres medias. Cúpole en suerte la provincia de Cerdeña; y habiendo sido costumbre de los pretores que le precedieron, tomar del público los muebles, las camas y las ropas, gravando á los habitantes con precisarles á mantener numerosa servidumbre y grande

acompañamiento de amigos para los banquetes, hizo advertir en esto una increíble diferencia, no permitiendo jamas que de los fondos públicos se hiciera gasto alguno. Hizo la visita de las ciudades á pie; y solo le seguia un ministro público, que llevaba su ropa, y el vaso que le servia en las sagradas libaciones. Mas sin embargo á este desprendimiento y ahorro, usado con los que estaban bajo su mando, acompañaba una suma circunspeccion y gravedad, siendo inexorable en lo justo, y recto y severo en hacer cumplir las órdenes que daba; de manera que nunca el mando de los Romanos les fue á aquellos naturales ni mas temible ni mas grato.

Por este mismo término parece que era tambien el lenguaje de este hombre singular; porque era gracioso y vehemente, dulce y penetrante, adornado y grave, sentencioso y polémico: al modo que Platon pinta á Sócrates, al parecer hombre vulgar, satírico y acre para los que por primera vez le trataban; pero por dentro lleno de solicitud y pensamientos útiles, que arrancaban lágrimas á los oyentes, y convertian su corazón: de manera que no sé en qué pudieron fundarse los que dijeron que el estilo de Caton era parecido al de Lisias; pero de esto juzgarán los que se hallen mas en estado de conocer la lengua romana: por lo que á mí hace, me contentaré con referir algunas de sus máximas, estando como estoy en la opinion de que más se ven en ellas, que no en el rostro, las costumbres de cada uno.

Propúsose en una ocasion retraer al pueblo romano del intento á que le veia decidido de que se hiciera distribucion y repartimiento de trigo; y para ello empezó su discurso de esta manera: Ardua cosa es, ó ciudadanos, quererse hacer entender del vientre que no tiene oídos. Censuraba otra vez el lujo; y dijo, que era muy difícil se salvase una ciudad en la que se vendia más caro un pescado que un buey. Comparaba los Romanos á las ovejas, porque decia que á estas una á una se las lleva muy mal, y juntas siguen fácilmente unas tras otras á los conductores; y de la misma manera vosotros, añadió, de hombres de quienes cada uno en particular no se valdria para tomar consejo, sois seducidos y

atraidos cuando os veis juntos y congregados en uno. Hablando del poder é influjo que las mujeres tenían, los demas hombres, dijo, mandan á las mujeres; pero nosotros á todos los hombres, y las mujeres á nosotros: lo que viene á ser uno de los apotegmas que se cuentan de Temístocles; porque este como recabese de él muchas cosas su hijo por medio de la madre: Mira mujer, le dijo, los Atenienses mandan á los Griegos, yo á los Atenienses; tú á mí, y á ti el hijo: por tanto vete á la mano en tu autoridad, por la que aquel, con no tener el mayor juicio, manda sobre todos los Griegos. Decía que el pueblo romano no solo ponía precio á la púrpura, sino tambien á las ocupaciones: porque así como los tintoreros tiñen mas ropas de aquel color que ven estar mas en moda, del mismo modo los jóvenes á aquello se aplican y dedican mas que ven en mayor estimacion y alabanza. Exhortábalos á que si se habian hecho grandes con la virtud y la moderacion, no empezaran á usar de peores medios; y si se habian engrandecido con la destemplanza y la maldad, se convirtieran á lo mejor, pues que ya con aquellas se habian hecho bastante grandes. De los que solicitaban repetidas veces las magistraturas decía, que como si no supieran el camino buscaban el ir siempre con lictores para no perderse. Reprendía á los ciudadanos de que eligiesen muchas veces los mismos magistrados: porque dais á entender, decía, que no teneis en mucho la autoridad, ó que creis ser pocos los que son dignos de ella. Pareciéndole que uno de sus enemigos llevaba una vida torpe é ignominiosa: La madre de este, dijo, no hace la debida plegaria á los Dioses, si les pide que la sobreviva. Mostrando á uno que habia vendido ciertos campos hereditarios, situados en la playa, hizo como que le tenia en mucho por juzgarle, decía, de mas poder que el mar, pues lo que el mar no hacia mas que tocar suavemente, él se lo habia sorbido. Cuando el Rey Eumenes estuvo de paso en Roma, el Senado le hizo un magnífico recibimiento, y fue grande la concurencia y obsequio de los principales; pero en Caton se echaba bien de ver que no hacia ningun caso de él, y antes se apartaba; y como hubiese quien le dijera que era hombre bueno y apasionado de los

Romanos: En buena hora, dijo, pero este animal llamado Rey es carnívoro por naturaleza; y ninguno de los Reyes mas celebrados puede ser comparado con Epaminondas, con Pericles, con Temístocles, con Mannio Curio ó con Amilear, por sobrenombre Barcas. Decía ser de sus enemigos tachado, porque se levantaba de noche para ocuparse en los negocios públicos, abandonando los suyos propios; pero que mas quería que obrando bien le faltase el agradecimiento, que evitar el castigo si en algo faltase; y que fácilmente perdonaba todos los yerros, á excepcion de los suyos.

Eligieron los Romanos para la Bitinia tres embajadores, de los cuales uno padecía de gota, al otro se le habia hecho en la cabeza la operacion del trépano, y el tercero era tenido por no muy asido; y sonriéndose Caton, dijo que los Romanos mandaban una embajada que no tenia ni pies, ni cabeza, ni corazon. Hablóle Escipion por medio de Polibio de los desterrados de la Acaya; y como en el Senado se gastase mucho tiempo, concediéndoles unos la vuelta, y resistiéndola otros, se levantó Caton, y como si no tuviéramos otra cosa que hacer, les dijo: Nos estamos aqui sentados todo el dia ocupados en examinar si unos cuantos Griegos ya ancianos han de ser llevados á enterrar por nuestros sepultureros, ó por los de Acaya. Concedióseles la vuelta; y dejando Polibio pasar unos cuantos dias, intentó presentarse otra vez en el Senado, con el objeto de que los desterrados recobrarán los honores que antes tenían en la Acaya, para lo que procuraba tantear el modo de pensar de Caton; y este, echándose á reir, dijo: que Polibio no era como Ulises, pues quería entrar otra vez en la cueva del Cielope por haberse dejado allí olvidados el gorro y el ceñidor. Decía que los necios eran de mas provecho á los prudentes, que estos á aquellos: porque los prudentes procuraban evitar las faltas de los necios; cuando con los aciertos de aquellos nunca estos se corregian. De los jóvenes decía que le gustaban los que se ponian colorados, no los que se ponian pálidos; y que de los militares no quería á los que en la marcha movian las manos y en la pelea los pies, ni á los que roncaban mas alto que gritaban contra los enemigos. Para afrentar á un

hombre gordo decia : ¿Cómo puede ser de provecho á la república un cuerpo, en el que desde la garganta á la cintura todo es vientre? Descartándose de un voluptuoso que queria ganar su amistad : No puede ser, decia, que yo viva con un hombre mas delicado de paladar que de corazon. Decia que el alma del amante vivia en un cuerpo ajeno ; y que en toda su vida de tres cosas solamente habia tenido que arrepentirse : primera, de haber confiado un secreto á su mujer ; segunda, de haberse embarcado para un viaje que pudiera haber hecho por tierra ; y tercera, de haber pasado un dia sin hacer nada. A un viejo maligno : Hombre, le dijo, cuando la vejez trae consigo tantas cosas desagradables, no le añadas la afrenta de la perversidad. A un tribuno á quien se atribuia un envenenamiento, y que habia propuesto una ley perjudicial, empeñado en hacerla pasar : Jóven, le dijo, no sé cual seria peor, si beber lo que preparas, ó sancionar lo que escribes. Denostándole un hombre notado de mala conducta : No puede sostenerse, le dijo, una contienda como esta entre nosotros dos, porque tú oyes los oprobios con serenidad, y los dices sin reparo ; cuando á mí se me resiste el decirlos, y no estoy acostumbrado á aguantarlos. Por este término venian á ser sus apotegmas.

Designado cónsul con Valerio Flaco su amigo y deudo, le tocó por suerte la provincia que llaman los Romanos España citerior. Mientras alli se encaminaba á unos pueblos con las armas, y atraia á otros con la persuasion, vino contra él un ejército de bárbaros tan numeroso que corrió peligro de ser vergonzosamente atropellado ; por lo cual imploró el auxilio de los Celtiberos que estaban cercanos. Pidiéronle estos por precio de su alianza doscientos talentos ; y teniendo todos los demas por cosa intolerable que los Romanos se reconocieran obligados á pagar á los bárbaros aquel precio de su auxilio, les replicó Caton, que nada habia en ello de malo, pues que si vencian, serian los enemigos quienes lo pagasen, y si eran vencidos, no existirian ni los que lo habian de pagar, ni los que lo habian de pedir. Salió por fin vencedor en batalla campal, y todo le sucedió prósperamente : diciendo Polibio que á su orden todas las ciudades de la parte acá

del rio Bétis en un mismo dia demolieron sus murallas, no obstante ser en gran número, y estar pobladas de hombres guerreros. El mismo Caton dice haber sido mas las ciudades que tomó que los dias que estuvo en España ; y no es una exageracion suya, si es cierto que llegaron á trescientas. Fue mucho lo que los soldados ganaron en aquella expedicion, y sin embargo repartió ademas á cada uno una libra de plata, diciendo que era mejor volbiesen muchos con plata que pocos con oro ; pero de tanto como se cogió dice no haber tomado para sí mas que lo necesario para comer y beber. No es esto que yo acuse, decia, á los que procuran aprovecharse de estas cosas, sino que quiero mas contender en virtud con los buenos, que en riqueza con los mas ricos, ó en codicia con los mas acaudalados. Ni solamente él mismo se conservó puro, sin haber tomado nada, sino que hizo se conservaran tambien puros los que tenia consigo en aquella expedicion, que no eran mas que cinco esclavos. Uno de estos llamado Panco compró entre los cautivos tres mozuelos, y habiéndolo llegado á entender Caton, hizo que lo ahogasen antes que se le pusiese delante, y vendiendo los tres mozuelos, hizo poner el precio en el erario.

Permanecia todavia en España cuando Escipion el mayor, que era su rival, y queria poner término á sus glorias, se propuso pasar á encargarse de las cosas de España, é hizo que se le nombrara sucesor de Caton. Apresuróse á llegar pronto para que tuviera cuanto antes fin el mando de este ; el cual, tomando para salir á recibirle á cinco cohortes de infanteria y quinientos caballos, derrotó á los Lacetanos, y entregado de seiscientos transfugas que habia entre ellos, los pasó á cuchillo. Llevólo Escipion á mal, y contestó Caton con ironia, que así era como Roma seria mayor, si los hombres grandes é ilustres no daban lugar á que los oscuros entraran á la parte con ellos en lo sumo de la virtud ; y si los plebeyos, como él, se empeñaban en competir en virtud con los que les aventajaban en gloria y en linage. Con todo habiendo decretado el Senado que nada se mudara ó alterara de lo dispuesto por Caton, se le pasó en blanco á Escipion su mando en la inaccion y el ocio, mas bien con mengua de

su gloria que de la de aquel. Despues de haber triunfado, no hizo lo que suelen la mayor parte de los hombres, que no aspirando á la virtud sino á la gloria, luego que han subido á los supremos honores, y que han conseguido los consulados y los triunfos, se proponen pasar el resto de su vida en el placer y el descanso, dando de mano á los negocios públicos; ni como estos relajó ó aflojó en nada su virtud, sino que al modo de los que empiezan á tomar parte en el gobierno sedientos de honor y de fama, como si de nuevo comenzara, estuvo pronto á que los amigos y los ciudadanos se valieran de él, sin excusarse de las defensas de las causas ni de la milicia.

Acompañó de legado en la administracion de la provincia á Tiberio Sempronio, procónsul de la Tracia y del Danubio; y fué á la Grecia de tribuno de legion con Manio Acilio contra Antioco el Grande, que inspiró miedo á los Romanos despues de Anibal mas que otro alguno; porque habiendo ocupado desde luego casi toda el Asia en la extension en que la habia dominado Seleuco Nicanor, y sujetado á muchas naciones bárbaras, habia resuelto acometer á los Romanos como los únicos que podian ser sus dignos enemigos. Buscó para la guerra un motivo plausible, que fue el de libertar á los Griegos, sin embargo de que no lo habian menester, porque hácia poco habian sido hechos libres é independientes del poder de Filino y los Macedonios por beneficio de los Romanos; y con este objeto marchó allá con un ejército, con lo que se conmovió al punto la Grecia, y quedó como en suspension, excitada á grandes esperanzas por los demagogos. Envió pues Manio mensajeros á las diferentes ciudades; y á la mayor parte de los perturbadores los quietó y sosegó Tito Flamínio sin la menor disension, como lo decimos en su vida; y Caton apaciguó tambien á los de Corinto, de Patras y de Egas; pero donde se detuvo por mas tiempo fue en Atenas. Dicese que corre un discurso que en griego hizo á aquel pueblo, manifestándole su veneracion á la virtud de los antiguos Atenienses, y el placer que habia tenido en haber visto aquella ciudad, célebre por su hermosura y su grandeza; mas esto no es cierto, pues habló á los

Atenienses por medio de intérprete, no obstante que podia haberlo hecho por sí; sino que quiso acomodarse á las costumbres patrias, y zaherir á los necios admiradores de las cosas griegas. Así es que á Postumio Albino, que escribió en griego una historia, y pidió se le disculpase, le satirizó diciendo que se le concederia la disculpa si para emprender aquella obra hubiera sido obligado por un decreto de los Anfictuones. Se conserva en memoria que los Atenienses se maravillaron de su prontitud, y de la concision de su lenguaje; porque lo que él decia brevemente, no lo traducia el intérprete sino con pesadez, y empleando muchas palabras; y que en fin les habia parecido que á los Griegos les salian las voces de los labios, y á los Romanos del corazon.

Cerró Antioco las gargantas de las Termópilas con su ejército, y á las naturales defensas del sitio añadió fosos y trincheras, pensando que así tenia cercada á su arbitrio la guerra; y en verdad que los Romanos desconfiaron de poder romper por el frente; pero revolviendo Caton en su ánimo aquellos atrincheramientos y aquel cerco, marchó por la noche á hacer un reconocimiento, llevando consigo una parte del ejército. Llegado á la cumbre, como el guia, que era un esclavo, desconociese el camino, se vió perdido en aquellas asperezas y derrumbaderos, causando esto en los soldados gran miedo y desaliento. Advirtiendo pues el peligro, mandó á todos los demas que no se movieran y aguardaran allí; y tomando consigo á Lucio Malio, hombre hecho á caminar por las montañas, discurrió con gran fatiga y riesgo en una noche oscura y ya adelantada por entre acebuches y peñascos, dando rodeos, y sin saber donde ponía el pie, hasta que llegando á un camino abierto, que se dirigia hácia abajo, y les pareció iria al campamento de los enemigos, pusieron señales en unas eminencias muy altas, que descollaban sobre el Calidromo (1). Retrocedieron desde aquel punto; reuniéronse con las tropas, y encaminándose á las señales, puestos otra vez en el camino, comenzaron á marchar con seguridad; pero á poco que anduvieron les faltó la senda, encontrándose con un barranco; por lo que les

(1) Llamábase Calidromo la cresta mas empinada del monte Oeta.

sobrevino otra vez la incertidumbre y el miedo, no sabiendo ni advirtiendo que ya se habian puesto muy cerca de los enemigos. Clareaba el dia cuando les pareció que oian cierto murmullo, y de repente vieron un campamento griego, y la guardia puesta al pie de la roca. Haciendo pues allí alto Caton con sus tropas, dió orden de que se le presentasen solos los Firmianos, que eran los que siempre se le habian mostrado mas fieles y dispuestos. Como acudiesen estos al punto y le cercasen en tropel: Deseo, les dijo, que se coja vivo á uno de los enemigos, y se sepa de él qué guardia es aquella, cuál su número, y cuál el orden, formacion y disposicion en que los aguardan. Este rebato debe ser obra de prontitud y arrojo, que es en el que confiados los leones se lanzan sin armas sobre los otros tímidos animales. Dicho esto partieron de allí con celeridad los Firmianos del modo que se hallaban, y corriendo por aquellos montes se dirijieron contra la guardia: cojiéndola desprevenida, todos se sobresaltaron y dispersaron; pero pudieron cojer á uno armado como estaba, y lo pusieron en manos de Caton. Supo por este que la principal fuerza estaba apostada en la garganta con el Rey; y que los que le guardaban las avenidas eran unos seiscientos Etolios escogidos; y mirando con desprecio así el corto número como la nimia confianza, marchó contra ellos al toque de trompetas y con grande gritería, siendo el primero á desenvainar la espada; pero los enemigos luego que los vieron descender de las alturas, se á huir hácia el cuerpo del ejército, lo pusieron todo en gran confusion.

Al mismo tiempo trató Manio de forzar las trincheras por el pie de la montaña, acometiendo por las gargantas con todas sus fuerzas; y herido Antioeo en la boca de una pedrada, que le quitó los dientes, volvió para atras su caballo movido del dolor; con lo que ninguna parte de su ejército hizo ya frente á los Romanos, sino que sin embargo de tener que hacer la fuga por sitios intransitables y peligrosos, porque las caidas habian de ser á lagos profundos ó piedras peladas, impelidos hácia estos lugares desde los desfiladeros, y atropellándose unos á otros, ellos mismos se destruyeron por el miedo de las heridas y del hierro de los enemigos.

Caton parece que nunca habia sido muy contenido y parco en sus propias alabanzas, y antes por el contrario no habia evitado la opinion de jactancioso, teniendo el serlo por consecuencia de los grandes hechos; pero en esta ocasion todavía ponderó mas sus hazañas; pues dice que los que le vieron entonces perseguir y herir á los enemigos convinieron con él en que no quedaba Caton en tanta deuda respecto del pueblo, como este respecto de Caton; y que el mismo cónsul Manio en el calor todavía de la victoria le echó los brazos, y teniéndole largo rato abrazado prorumpió en fuerza del gozo en la expresion de que ni él mismo ni todo el pueblo pegaria cumplidamente á Caton aquellos beneficios. Despachósele inmediatamente despues de la batalla á ser él mismo el mensajero de aquellos sucesos, é hizo su navegacion con mucha felicidad hasta Brindis; de donde en un dia pasó á Tarento, y caminando otros cuatro desde el mar estuvo al quinto dia en Roma, logrando ser el primero que anunció la victoria; con la cual la ciudad se llenó de regocijo y de fiestas, y de orgullo el pueblo, como que ya nada le impediria hacerse dueño de toda la tierra y el mar.

De las acciones de guerra de Caton estas fueron las mas celebradas; y en cuanto á las cosas de gobierno, la parte relativa á la acusacion y correccion de los malos parece haber sido la que le mereció mayor atencion; porque persiguió por sí á muchos, á otros les ayudó en este público ejercicio, y á algunos les dió trabajo hecho para él, como á Petilio contra Escipion; y en cuanto á este, que logró poner bajo sus pies los cargos por ser de una ilustre familia y de un ánimo verdaderamente grande, hubo de retirarse, viendo que no podia conducirle al suplicio; pero á Lucio su hermano, poniéndose al lado de los que le acusaban, lo envolvió en la condenacion de una gran multa para el erario; y como no tuviese con que pagar, y por ello estuviera para ser puesto en prision, con gran dificultad se desenredó por intercesion de los tribunos. Dicese tambien que á un jóven que habia conseguido se notase de infamia al enemigo de su padre, viéndole ir por la plaza despues de la sentencia, le salió al encuentro Caton, y alargándole la mano, le dijo

que de aquel modo se debía hacer ofrenda á los manes de los padres, no con corderos ó cabritos, sino con las lágrimas y las condenaciones de los enemigos. Mas tampoco él salió siempre de los negocios libre y exento, sino que al menor asidero que daba á sus enemigos, era tambien puesto en juicio, y corria su riesgo: porque se dice que tuvo que defenderse en pocas menos de cincuenta causas; la última de ellas cuando ya tenia ochenta y seis años; en la cual dijo aquella célebre sentencia: que es cosa muy dura haber vivido con unos hombres, y tener que hacer su apologia con otros (1). Mas sin embargo no fue aquella con la que puso término á esta especie de contiendas; porque pasados otros cuatro años acusó á Sergio Galba cuando ya era de noventa: faltando poco para que le sucediese lo que á Nestor, que con su vida y sus hechos alcanzó tres generaciones; pues que habiendo tenido, como hemos dicho, diferentes choques en asuntos de gobierno con Escipion el mayor, llegó hasta los tiempos de Escipion el joven, que era hijo de aquel por adopcion, y natural de Paulo, el que subyugó á Perseo y los Macedonios.

A los diez años despues del consulado se presentó Caton á pedir la censura. Viene á ser esta dignidad el colmo de todos los honores, y como el complemento del gobierno, teniendo ademas de otras facultades la del exámen de la vida y costumbre: porque no hay acto alguno de importancia, ni el casamiento, ni la procreacion de los hijos, ni el método ordinario de la vida, ni los banquetes, que se crea debe quedar libre de exámen y correccion, para que cada uno se haya en ellos segun su deseo ó su capricho. Asi es que teniendo por cierto que en estos hechos mas que en los públicos y en los relativos al gobierno se da á conocer la indole y carácter de los hombres, para que hubiera quien observara, zelara é impidiera el que nadie se abandonase á los deleites, y alterase el modo de vivir recibido y acostumbrado, elegian uno de los llamados patricios, y otro de los plebeyos. El nombre de estos era el de censores, y tenian facultad para

(1) Aludo en esto á que habiendo vivido tantos años, tenia que justificarse ante una generacion nueva.

privar de la dignidad ecuestre, y para remover del Senado al que vivia relajada y disolutamente. Tocaba tambien á estos tomar conocimiento ó inspeccionar el valor de las haciendas, y discernir las familias y ocupaciones por medio de la descripeion ó censo, y aun tenia otras muchas facultades esta magistratura. Por esta causa luego que Caton se presentó á pedirla le salieron al encuentro, oponiéndose casi todos los mas principales y distinguidos de los senadores; porque los nobles se consumian de envidia, creyendo que su clase se vilipendiaba con que hombres oscuros en su origen, se sublimaran por fuerza á la primera dignidad y poder; y por otra parte aquellos á quienes remordia la conciencia por su mala conducta, y por el olvido de las costumbres patrias; temian mucho la austeridad de aquel, por saber que seria inexorable y duro en el ejercicio de la autoridad: con este objeto pues, preparados y convenidos entre sí, presentaron siete como contrarios y rivales de Caton en la peticion, li-sonjeando á la muchedumbre con halagüeñas esperanzas, en el concepto de que esta querria ser mandada blandamente y á su placer. Mas Caton por el contrario no dió muestra de ninguna indulgencia, sino que al revés, amenazando á los malos desde la tribuna, y gritando que la ciudad necesitaba una gran limpia, pedia que si querian acertar, de los médicos no escogieran al mas blando, sino al mas determinado; y que este era él mismo, y de los patricios solo Valerio Flaco; porque solo con este creia poder extirpar el regalo y la molicie, cortando y quemando como la cabeza de la hidra, cuando veia que cada uno de los otros precisamente habia de mandar mal, puesto que temian á los que mandarian bien. Y el pueblo romano era entonces tan grande y tan digno de grandes magistrados, que no temió la severidad y aspereza de Caton; sino que mas bien descartándose de aquellos hombres suaves, y dispuestos á complacerle en todo, lo eligió con Valerio Flaco, como si hubiese oído, no á uno que pedia la dignidad, sino á quien ya la tenia, y estaba mandando. Incorporó pues Caton en el Senado á su colega y amigo Lucio Valerio Flaco; y removió de él á muchos; entre ellos á Lucio Quincio, cónsul que habia sido siete años antes; y lo

que era de mucha consideracion, despues del honor consular, hermano de Tito Flaminio; el que venció á Filipo. Y la causa que tuvo para esta remocion fue la siguiente : habia puesto su amor Lucio en un mocito desde que este era niño; y teniéndole desde entonces siempre consigo, le dió en sus diferentes mandos tanta privanza y autoridad, cuanta no alcanzó nunca ninguno de sus mayores amigos y deudos. Halábase en una provincia de procónsul, y estando en un festin sentado á su lado, como era de costumbre, este mocito, entre otros halagos que prodigó á Lucio, fácil de ser seducido con ellos en el exceso del vino, le dijo ser tal el extremo con que le amaba, que habiendo en su casa el espectáculo de un duelo de gladiadores, á que nunca antes asistiera, habia preferido correr á su compañía ; sin embargo de que deseaba ver á un hombre caer muerto de heridas : replicóle Lucio, correspondiendo á su caricias : Pues por eso no te me angusties, que yo lo remediaré ; y dando orden de que trajesen al mismo banquete á uno de los que estaban condenados á pena capital, y de que entrase uno de los esclavos armado con una hacha, volvió á preguntar al joven, ¿ si quiera ver cómo le daban el golpe? respondió este que sí ; y entonces mandó que le cortasen la cabeza. Son muchos los que refieren este caso, y Ciceron introduce al mismo Caton contándole en su diálogo de la vejez. Mas Livio dice que el degollado fue un tráfugo de los Galos, y que no fue muerto por un esclavo, sino por mano del mismo Lucio ; lo que así se hallaba escrito en el discurso de Caton. Expelido Lucio del Senado, lo llevó muy á mal el hermano ; y apelando al pueblo, se mandó que Caton diera la causa en que se habia fundado : dijola, y refiriendo lo ocurrido en el banquete, Lucio intentó negarlo ; pero proponiendo Caton que jurase, desistió de aquel propósito ; y con esto hubo de declararse que en lo hecho no habia llevado sino lo merecido. Mas de allí á poco se celebraron espectáculos en el teatro ; y habiéndose pasado del sitio de los consulares, yéndose á sentar en otro puesto muy lejos de allí, se movió á grande compasion el pueblo, y con sus voces le obligó á que volviese al otro lugar, enmendando y corrigiendo por este medio lo antes sucedido. Removió tambien del Se-

nado á Manlio, varon que todos consideraban acreedor al consulado, con motivo de que besó de dia á su mujer á vista de una hija ; porque decia que á él nunca le abrazaba su mujer, sino cuando habia gran tormenta de truenos ; y por lo mismo solia usar del chiste de que era feliz cuando Júpiter tronaba.

Concilió tambien á Caton alguna envidia el hermano de Escipion, Lucio, varon condecorado con el triunfo, y á quien aquel privó de la dignidad ecuestre ; pues pareció haberlo hecho con la mira de incomodar á Escipion Africano. Mas lo que le indispuso con los mas fue su empeño en cortar el lujo : porque si bien el oponérsele de frente era imposible, estando la mayor parte viciada y corrompida, tomó para ello un rodeo, haciendo dar á los vestidos, á los carruages, á los objetos de tocador, á las vajillas y aparato de mesa, cada una de las cuales cosas pasaba en sí de mil y quinientas dracmas, un valor décuplo ; para que siendo mayores las tasaciones y los precios, fuesen mayores las contribuciones. Impuso pues un tres al millar, para que gravados los lujosos con el aumento se moderaran, viendo que los frugales y pareos, á iguales bienes, contribuian menos al erario. Odiábanle pues los que por el lujo aguantaban mayores impuestos ; y por el contrario tambien los que renunciaban á él por no pagarlos. Porque para muchos es como quitarles la riqueza el no dejar que lo luzcan con ella ; y como se luce es con lo superfluo y no necesario. Así dicen que de lo que mas se admiraba Ariston el filósofo era de que fuesen tenidos por mas felices los que poseian cosas superfluas que los que abundaban en las necesarias y útiles ; y Escopas el Tesaliano, como le pidiese uno de sus amigos una cosa que al mismo que la pedia no era de gran utilidad, é hiciese presente á este que no le pedia nada que fuese ó de necesidad ó de provecho : Pues con estas cosas, le replicó, soy yo dichoso ; y rico con las inútiles y superfluas. Así el aprecio y admiracion de la riqueza, sin tener apoyo en ningun afecto ó necesidad de la naturaleza, se introduce por una opinion enteramente externa y vulgar.

Hacia Caton tan poca cuenta de los que por estas cosas le zaherian, que todavía procuraba apretar mas : cortando los

acueductos que los particulares habian formado para llevar el agua del público á sus casas y jardines; recogiendo y reduciendo los voladizos de los edificios sobre la calle pública; minorando los precios de los destajos ó asientos de las obras, y haciendo subir hasta lo sumo en las subastas los rendimientos de los tributos. Con todo Tito y los de su partido, haciéndole oposicion, lograron que en el Senado se rescindieran, como hechos con desventaja, los asientos y contratas para la construccion de los edificios sagrados y públicos, y acalararon á los mas ardientes de los tribunos de la plebe para que le denunciaran al pueblo, é hicieran se le multase en dos talentos. Contrariaron tambien con grande esfuerzo la construccion de la basilica que con los caudales públicos edificó Caton en la plaza debajo del consejo ó curia, y á la que puso el nombre de *la basilica Porcia*: mas el pueblo parece que se mostró muy contento del modo con que ejerció la censura; pues que habiéndole consagrado una estatua en el templo de la Salud, no anotó en la inscripcion que Caton mandó ejércitos, ni que triunfó, sino, segun la inscripcion debe traducirse, que hecho censor restituyó á su antigua gravedad con útiles reglamentos y sabias máximas é instituciones el gobierno de los Romanos ya decadente y muy inclinado á la corrupcion. Y él antes se habia burlado de los que se complacian en semejantes distinciones, diciendo ocultárseles, que mientras ellos estaban engreidos con las obras de los escultores y los pintores, los ciudadanos, lo que era para él de mas honra, llevaban su imágen en los corazones. Maravillándose algunos de que habiéndose puesto estatuas á muchos hombres sin opinion, él no tuviese ninguna, les respondió: Mas quiero que se pregunte por qué no se me pone, que por qué se me ha puesto; y en fin ni siquiera le era grato que se le alabara de conservarse un virtuoso ciudadano si no habia de redundarse en bien de la república. Mas su mayor alabanza resulta de las siguientes observaciones: los que en alguna cosa faltaban, si por ella eran reprendidos, solian responder que se les culpaba sin razon, porque al cabo no eran Catones; á los que querian imitar algunos de sus hechos, y no mostraban arte é inteligencia, se les llamaba Ca-

tones á zurdas; el Senado en los tiempos peligrosos y difíciles ponía en él los ojos, como en la tormenta se ponen en el piloto; suspendiéndose muchas veces por no hallarse presente los negocios de importancia; y todos á una voz convienen en que por sus costumbres, por su elocuencia, y por sus años gozó en la república de una grandísima autoridad.

Fue tambien buen padre, buen marido, y en el aumento de su hacienda mas que medianamente solícito; echándose bien de ver que no atendía á ella de pasó como á cosa pequeña y de poca monta: pareceme pues oportuno hablar asimismo de su buen porte en el desempeño de estos oficios. Casóse con una mujer mas noble que rica, haciéndose cargo de que por lo uno y por lo otro suelen tener vanidad y orgullo; pero que las ilustres por el temor de la vergüenza son para las cosas honestas mas obedientes á sus maridos. De los que castigan á las mujeres ó los hijos, decía que ponian manos en las cosas mas santas y sagradas; que para él merecía mas alabanza un buen marido que un buen senador; y que nada admiraba tanto en el antiguo Sócrates como el que habiéndole cabido en suerte una mujer inaguantable y unos hijos necios, vivió sin embargo sereno y tranquilo. Habiéndole nacido un hijo, nada habia para él de mayor importancia, como no fuese algun negocio público, que el hallarse presente cuando la mujer lavaba y fajaba el niño; porque esta lo criaba con su propia leche, y aun muchas veces, poniéndose al pecho los niños de sus esclavos, preparaba así para su propio hijo la benevolencia y amor que produce el ser hermanos de leche. Cuando ya empezó á tener alguna comprension, él mismo tomó á su cuidado el enseñarle las primeras letras, sin embargo de que tenia un esclavo bien educado, y ejercitado en esta enseñanza, que daba leccion á muchos niños: porque no queria que á su hijo, como escribe él mismo, lo reprendiese ó le tirase las orejas un esclavo si era tardo en aprender; ni tampoco tener que agradecer á un esclavo semejante enseñanza. Así el mismo le enseñaba las letras, le daba á conocer las leyes y le ejercitaba en la gimnástica: adiestrándole no solo á tirar con el arco, á manejar las armas y á gobernar un caballo; sino tambien á herir con

el puño, á tolerar el calor y el frio, y á vencer nadando las corrientes y los remolinos de los rios. Dice ademas que le escribió la historia de su propia mano, y con letras abultadas, á fin de que el hijo tuviera dentro de casa medios de aprovecharse para el uso de la vida, de los hechos de la antigüedad y de los de su patria; que con no menor cuidado precavió que se dijera cosas torpes ante aquel niño, que ante las virgenes sagradas dichas vestales, y que nunca se baño con él; bien que segun parece, esto era costumbre entre los Romanos, porque tampoco los suegros se bañaban con los yernos, evitando el presentarse desnudos los unos ante los otros. Mas despues aprendiendo de los Griegos el no reparar en ponerse desnudos, comunicaron á estos mismos á su vez el desorden de bañarse aun con las mujeres. Ocupado Caton en la recomandable obra de formar y ensayar á su hijo para la virtud, aunque nada quedaba que desear, ni por la indole de este, ni por su esmero en corresponder á aquel cuidado, como el cuerpo no fuese bastante fuerte para tolerar el trabajo, tuvo el padre que rebajar la demasiada austeridad y el rigor en el método de vida. Mas no por esta delicadeza dejó de ser hombre esforzado en los hechos de armas; y en la batalla contra Perseo, mandando el ejército Paulo Emilio, peleó denodadamente. Sucedióle en ella que habiendo dado un golpe, se le escapó la espada, ayudando tambien á ello el sudor de la mano; y acongojado con tal acontecimiento, corrió á buscar á algunos de sus amigos, é incorporado con ellos volvió á cargar á los contrarios; y registrando el sitio con gran trabajo y esfuerzo, halló por fin la espada entre un cúmulo de armas, y entre montones de cadáveres de amigos y de enemigos; sobre lo que el general Paulo hizo de él un grande elogio; y todavía corre una carta de Caton á su hijo, en la que alaba extraordinariamente su gran delicadeza y cuidado en recobrar la espada. Mas adelante casó este jóven con Tercia, hija de Paulo y hermana de Escipion; habiéndose enlazado con tan ilustre gente, no menos por sí que por su padre, en lo que se ve haberse logrado cumplidamente el esmero de Caton en la educacion de su hijo.

Poseia muchos esclavos de los cautivos, comprándolos por

lo regular todavía pequeños, en estado de admitir, como los cachorrillos y demas animales jóvenes, crianza y educacion. De estos ninguno entró jamas en casa ajena, como no fuera por enviarlos Caton ó su mujer y si alguno les preguntaba ¿Qué hace Caton? No daban otra respuesta sino es que no lo sabian; y su deseo era, ó que hiciesen algo, ó que durmiesen: gustando mas Caton de los que dormian mucho, á causa de que los tenia por de mejor condicion, que los muy dormidos; y porque para todo son mas útiles los bien dormidos que los que estan faltos de sueño. Conociendo que los esclavos la mayor parte de las maldades las cometen por el incentivo de la lascivia, tenia dispuesto que por cierto dinero se ayuntasen con las esclavas, sin mezclarse nunca ninguno de ellos con otra mujer. Al principio cuando todavía estaba escaso de bienes, y servia en la milicia, no se incomodaba nunca por las cosas de comer, y antes decia que era una vergüenza altercar por el vientre con los esclavos; pero mas adelante estando ya en otra opulencia, cuando daba de comer á los amigos y colegas, castigaba inmediatamente despues del convite con un cordel á los que se habian descuidado en preparar ó servir la comida. Buscaba medios para que siempre los esclavos tuvieran quimeras y rencillas entre sí, por sospechar y temer mucho de su concordia. Cuando algunos ejecutaban accion que se tuviese por digna de muerte, si por tal la juzgaban todos los demas esclavos, determinaba que muriesen. Aplicado luego á mas crecida ganancia, miraba la agricultura mas bien como entretenimiento que como grangeria; y poniendo su solicitud en negocios seguros y ciertos, procuró adquirir estanques, agua termales, lugares á propósito para lavaderos y terreno de buena labor, que diese de suyo pastos y árbolados, de lo que le resultaba mucha utilidad, sin que ni de Júpiter, como él decia, pudiera venirle daño. Dióse tambien al logro, y justamente al mas desacreditado de todos, que es el marítimo en esta forma. Trató de que muchos logreros formasen compañía, y habiéndose reunido cincuenta con otros tantos barcos, él tomó una parte por medio de Quintion su liberto, que cooperaba y navegaba con los demas: así el peligro no era por el todo, sino

por una parte pequeña, y la ganancia era grande. Solia asimismo dar dinero á los esclavos que le pedian; y estos compraban mozuelos, á los que ejercitaban y amaestaban á expensas de Caton, volviéndolos á vender al cabo de un año. Quedabase el mismo Caton con muchos de ellos, haciendo la cuenta por el precio mayor que cualquiera otro habia ofrecido en la subasta. Para inclinar al hijo á estas grangerias le decia que no era de hombre, sino de una pobre viuda, el dejar que la hacienda tuviese menoscabo. Otra cosa hay todavía mas dura del mismo Caton; y es haber llegado á decir que era hombre admirable y divino en cuanto á la fama aquel que dejaba en sus gabetas mas dinero puesto por él que el que recibió.

Estaba ya muy adelantado en la edad Caton cuando de Atenas vinieron á Roma de embajadores Carneades el académico y Diogenes el estoico á reclamar cierta condenacion del pueblo de Atenas, impuesta sin su audiencia, siendo demandantes los de Oropo, y jueces que la pronunciaron los de Sicione, y regulada en la suma de quinientos talentos. Al punto pues pasaron á visitar á estos personajes los jóvenes mas aficionados á la literatura, y dieron en frecuentar sus casas oyéndolos y admirándolos. Principalmente la gracia de Carneades, á la que no le faltaba poder, ni la fama que á este poder es consiguiente, logró atraerse los mas ilustres y más benignos oyentes, siendo como un viento impetuoso que llenó la ciudad de la gloria de su nombre; pues corrió la voz de que un varon Griego, admirable hasta el asombro, agitando y conmoviéndolo todo, habia inspirado á los jóvenes un ardor extraordinario, que apartándolos de todas las demas ocupaciones y placeres los habia entusiasmado por la filosofia. Estos sucesos fueron agradables á los demas Romanos, que veian con gusto que los jóvenes se aplicasen á la instruccion griega, y comunicasen con tan admirables varones; pero Caton, á quien desde el principio habia sido poco grato el que fuese cundiendo en la ciudad la admiracion de la elocuencia, por temor de que los jóvenes, convirtiendo á ella su aficion, prefiriesen la gloria de hablar bien á la de las obras y hechos militares; cuando llegó á tan alto punto en

la ciudad la fama de aquellos filósofos, y se enteró de sus primeros discursos, que á solicitud é instancia suya trujo ante el Senado Cayo Acilio, varon muy respetable, tomó ya la resolucion de hacer que con decoro fueran todos los filósofos despedidos de la ciudad. Presentándose pues al Senado, reconvinó á los cónsules sobre que estaba detenida sin hacer nada una embajada compuesta de hombres á quienes era muy fácil persuadir lo que quisiesen: por tanto que sin dilacion se tomara conocimiento, y determinara acerca de la embajada, para que estos volviendo á sus escuelas, instruyesen á los hijos de los Griegos, y los jóvenes Romanos solo oyesen como antes á las leyes y á los magistrados.

No lo hizo esto, como algunos han creído, porque estuviere mal individualmente con Carneades, sino por ser opuesto en general á la filosofia, y por desdeñar con orgullo y soberbia toda instruccion y enseñanza griega: así es que aun de Sócrates se atreve á decir que aquel hombre hablador y violento intentó del modo que le era posible tiranizar á su patria, alterando las costumbres, y llamando é impeliendo á los ciudadanos á opiniones contrarias á las leyes. Satirizando la ocupacion y enseñanza de Sócrates, decia que los discípulos envejecian en su escuela para ir á usar de su arte y perorar causas en el infierno. Para indisponer al hijo con las cosas de los Griegos empleó una vez mas entera que lo que su vejez permitia, y como profetizando y vaticinando dijo: que los Romanos arruinarian la república, cuando por todas partes se introdujesen las letras griegas; pero el tiempo acreditó de vana esta difamacion, pues que luego creció la prosperidad de la república, y admitió benignamente las ciencias y toda especie de enseñanza griega. Ni se limitaba su displicencia á los Griegos dados á la filosofia, sino que tambien á los médicos los miraba con ceño; y habiendo oido un dicho, segun parece, de Hipócrates, que siendo llamado por un Rey con la oferta de muchos talentos, habia respondido que por nada en el mundo asistiria á los bárbaros, enemigos de los Griegos; decia que esta era un juramento comun de todos los médicos, y encargaba al hijo que se guardara de ellos: porque él tenia escrito para sí y para todos los que en

su casa asistian á los enfermos este precepto : que nunca habia de guardar ninguno dieta, y se les habian de dar á comer legumbres y carnes tiernas, de ánade, de pichon ó liebre; por quanto este alimento era ligero y provechoso á los delicados, con solo el inconveniente de que en los que usaban de él producía vigiliias, y que con esta medicina y este método gozaba de salud él mismo, y mantenía sanos á todos los de su familia.

Mas parece que en esta parte recibió de los Dioses algun castigo, pues que perdió á la mujer y al hijo. En su persona era de una complexion sumamente fuerte y robusta, con lo que pudo aguantar mucho; de manera que aun siendo ya bastante anciano usaba frecuentemente de las mujeres, y contrajo un matrimonio muy desigual en quanto á la edad, con esta ocasion : perdido que hubo la mujer, proporcionó al hijo para su matrimonio la hija de Paulo y hermana de Escipion; y él, permaneciendo viudo, se enredó con una mozueta que iba á escondidas á verle; pero en una casa pequeña, en que habia señora, no pudo dejar de traslucirse aquel trato; y pareciendo que un dia habia atrevesado la mozueta con mucho desentello, el hijo no la dijo nada; pero habiéndola mirado de mal ojo, y vuéltole la espalda, luego llegó á noticia del padre. Interado pues de que la cosa se miraba mal por los jóvenes, sin echarles nada en cara, ni darles ninguna reprehension, salió de casa, bajó con los amigos como lo tenia de costumbre hácia la plaza, y saludando en voz alta á uno llamado Salonino, amanuense que habia sido suyo, y uno de los que le acompañaban, le preguntó: ¿si habia colocado ya á su hija con algun novio? Respondióle este que ni siquiera pensaria en ello sin darle parte; á lo que le replicó, pues yo te he encontrado un pretendiente muy proporcionado, como no haya inconveniente por la edad, pues por lo demas no hay otra tacha sino que es muy viejo. Rogándole Salonino que lo tomara á su cuidado, y diera la doncella á quien se habia propuesto, por quanto siendo su cliente necesitaba de que la protegiese, ya entonces Caton no se detuvo mas, y le dijo abiertamente que era para sí para quien la pedia. Quedóse al principio sorpren-

dido Salonino con semejante propuesta, como era natural, creyendo á Caton muy lejos de casarse, y mas lejos todavía á sí mismo de una familia consular, y de la peticion de un triunfador; mas viéndole todavía solícito, recibió la demanda con alegría; y acabando de bajar á la plaza, hicieron al punto los esponsales. Celebróse el casamiento, y el hijo de Caton presentándose con algunos de los deudos preguntó al padre, si era porque le hubiese ofendido ó disgustado en algo el haber pensado en darle una madrastra; mas Caton : Ten mejores ideas, hijo, le contestó con esforzada voz, porque tu conducta para conmigo no puede mejorarse, ni tengo la menor queja : solamente me he propuesto dejar para mi consuelo muchos hijos, y para el de la patria muchos ciudadanos que se parezcan á tí. Dicese que esta máxima sentenciosa fue proferida antes por Pisistrato, tirano de Atenas, el cual, teniendo ya hijos crecidos, casó en segundas nupcias con Timonasa de Argos, de la que hubo en hijos á Iofante y á Tésalo. De este matrimonio nació á Caton un hijo, que del nombre de la madre recibió el de Salonino. El hijo mayor murió siendo pretor; y hacimencion de él muchas veces Caton en sus libros, como de un hombre que se habia hecho muy recomendable. Dicese que llevó esta pérdida con moderacion y con filosofía, sin que por ella aflojase en las cosas de gobierno; pues no abandonó á causa de la vejez los negocios públicos, teniendo el desempeñarlos por una cagga, como antes lo habian hecho Lucio Luculo y Metelo Pio, ó como despues Escipion el Africano, que incomodado de la envidia que excitó su gloria, abandonó la república, y con extraña mudanza el último tercio de su vida lo pasó en la inaccion; sino que al modo que hubo quien persuadió á Dionisio que la tirania era el mejor sepulcro; de la misma manera, mirando él el gobierno como el mejor modo de envejecer, aun tuvo por reposo y por diversion en los ratos de vagar el componer libros, y entender en las labores del campo.

Escribió pues libros de diferentes materias y de historia. A la agricultura dió su atencion siendo todavía jóven para su uso; porque dice que solo empleó dos medios de granjeria,

el cultivar la tierra y el ahorrar; y entonces la observacion de lo que sucedia en su campo le suministró á un tiempo diversion y conocimientos. Asi ordenó un libro de agricultura, en el que trató hasta del modo de preparar las pastas y de conservar las manzanas: aspirando en todo á ser nimio, y no parecido á otro. Sus comidas en el campo eran mas abundantes, porque solia congregarse á sus conocidos de los campos vecinos y comarcas, holgándose con ellos, y procurando hacerse afable y congraciarse no solo con los de su edad, sino tambien con los jóvenes, para lo que tenia los medios de hallarse con muy varios conocimientos, y haber presenciado muchos negocios y casos dignos de referirse. Reputaba ademas la mesa por muy propia para ganar amigos, y en ella cuidaba de introducir tanto el elogio de los buenos y honrados ciudadanos, como el olvido de los vituperables y malos: no dando nunca Caton márgen en sus convites, ni para la reprension, ni para la alabanza de estos.

Su último acto político se cree haber sido la destruccion de Cartago, dando fin á la guerra con Escipion el menor; pero habiéndose movido la guerra por dictámen y consejo de Caton con este motivo. Fue enviado Caton cerca de los Cartagineses y de Masinisa el Numida, que tenian guerra entre sí, á investigar las causas de su desavenencia; porque este era desde el principio amigo del pueblo romano, y aquellos, despues de la victoria que de ellos alcanzó Escipion, y de haber sido castigados con la pérdida del imperio del mar y con un grande tributo en dinero, se habian obligado á serlo con solemnes tratados. Como encontrase pues aquella ciudad no maltratada y empobrecida como se figuraban los Romanos, sino brillante en juventud, abastecida de grandes riquezas, llena de toda especie de armas y municiones de guerra, y que acerca de estas cosas no pensaba con abatimiento, parecióle que no era sazón aquella de que los Romanos se cuidaran de arreglar los negocios y la reciproca correspondencia de los Numidas y Masinisa, sino mas bien de pensar en que si no tomaban una ciudad antigua enemiga, á la que tenian grandemente irritada, y que se habia aumentado de un modo increíble, volverian pronto á verse en los mismos

peligros. Regresando pues sin tardanza, hizo entender al Senado que las anteriores derrotas y descalabros de los Cartagineses no habrian disminuido tanto su poder como su inadvertencia; y era de temer que no los hubiesen hecho mas débiles, sino mas inteligentes en las cosas de la guerra: pudiéndose mirar los combates con los Numidas como preludios de los que meditaban contra los Romanos; y por fin que la paz y los tratados eran un nombre que encubria sus disposiciones de guerra, mientras esperaban la oportunidad.

Despues de esto dicese que Caton arrojó de intento en el Senado higos de Africa, desplegando la toga; y como se maravillasen de la hermosura y tamaño de ellos, dijo que la tierra que los producía no distaba de Roma mas que tres dias de navegacion. Refiérese todavía otra cosa mas fuerte, y es que siempre que daba dictámen en el Senado sobre cualquier negocio que fuese, concluía diciendo: Este es mi parecer, y que no debe existir Cartago. Por el contrario Publio Escipion, llamado Násica, continuamente decia y votaba que debia existir Cartago: y es que á mi entender viendo á la plebe que por el engrandecimiento vivia descuidada, y por la prosperidad y altivez era menos obediente al Senado, y á la ciudad toda se la llevaba tras sí adonde quiera que se inclinase, le parecia que este miedo era como un freno que moderaba el arrojamiento de la muchedumbre: estando en la inteligencia de que el poder de los Cartagineses no era tan grande que hubiera de subyugar á los Romanos, ni tan pequeño que hubieran de ser mirados con desprecio. Mas á Caton esto mismo le parecia peligroso, á saber, el que el pueblo indócil, y precipitado por un gran poder, estuviera como amenazado de una ciudad siempre grande, y ahora atenta é irritada por lo que habia sufrido, y el que no se quitara enteramente el miedo de una dominacion extranjera, para respirar y poder pensar en el remedio de los males interiores. De este modo se dice que Caton fue el autor de la tercera y última guerra contra los Cartagineses. Mas al principio de las hostilidades falleció, profetizando acerca del varon que habia de dar fin á aquella guerra, el cual era entonces joven, tribuno, y bajo el mando de otro; pero daba

ya insignes muestras de prudencia y valor en los combates; y cuando estas nuevas se trajeron á Roma, oyéndolas Caton, se refiere que dijo :

De prudencia este solo está asistido :

Sombras son las demas que lleva el viento :

profecía que en breve confirmó Escipion con sus obras. La descendencia que dejó Caton fue un hijo del segundo matrimonio, al que hemos dicho habersele dado el nombre de Salonino, por razon de la madre, y un nieto del otro hijo difunto. Salonino murió siendo pretor; Marco que nació de él, llegó á ser cónsul; y del mismo fue nieto Caton el filósofo, varon en virtud y en gloria el mas ilustre de su tiempo.

#### COMPARACION DE ARISTIDES Y MARCO CATON.

Hemos escrito de ambos lo que nos ha parecido digno de memoria; y la vida de este, puesta al frente de la de aquel, no ofrece una diferencia tan marcada que no quede oscurecida con muchas y muy grandes semejanzas. Mas si por fin hemos de examinar por partes, como un poema ó una pintura, á uno y á otro, el haber llegado al gobierno y á la gloria sin anterior apoyo, por sola la virtud y las propias fuerzas esto es comun á entrambos. Parece con todo que Aristides se hizo ilustre cuando todavía Atenas no era muy poderosa; y compitiendo con generales y hombres públicos, que en bienes de fortuna gozaban solo de cierta medianía y eran entre si iguales; porque el mayor catastro era entonces de quinientas fanegas; el segundo, que era el de los que mantenian caballo, de trescientas; y el tercero y último, de los que tenían yunta, de doscientas. Mas Caton, saliendo de una pequeña aldea, y de una vida que parecia de labrador, como á un piélago inmenso, se lanzó al gobierno de Roma, cuando ya esta no era regida por unos magistrados como los Curios, los Fabricios y los Hostilios, ni admitia á los cónsules y oradores desde el arado y la azada; sino cuando acostumbrada

á poner los ojos en linajes esclarecidos, en la riqueza, los repartimientos y los obsequios, por el engrimiento y el poder se mostraba insolente con los que aspiraban á mandar. Así que no era lo mismo tener por rival á Temistocles, no ilustre en linaje, y medianamente acomodado, pues se dice que su hacienda seria de cinco ó tres talentos cuando se le dió el primer mando, que contender por los primeros puestos con los Escipiones Africanos, los Sergios Galbas y los Quintos Flaminius, sin tener otro arrimo que una voz franca y libre para sostener lo justo.

Ademas Aristides en Maraton y en Platea no era sino el décimo general, y Caton fue elegido segundo cónsul, siendo muchos los competidores; y segundo censor logrando ser preferido á siete rivales los mas poderosos é ilustres. Aristides no fue nunca el primero en aquellas victorias, sino que en Maraton llevó la primacia Milciades; y en Platea dice Herodoto que fue Pausanias quien mas se distinguió y sobresalió. Aun el segundo lugar se le disputaron á Aristides los Sofanes, los Aminias, los Camacos y los Cinegiros, que se hicieron señalados por su valor en aquellos combates. Mas Caton no solo siendo cónsul tuvo la primacia por la mano y por el consejo en la guerra de España, sino que no siendo mas que tribuno en Termópilas, bajo el mando de otro cónsul, tuvo el prez de la victoria, abriendo á los Romanos ancha entrada contra Antiocho, y poniéndole á este la guerra á la espalda, cuando no miraba sino adelante: porque aquella victoria, que fue la mas brillante hazaña de Caton, lanzó al Asia de la Grecia, y se la dió allanada despues á Escipion. En la guerra pues ambos fueron invictos; pero en el gobierno Aristides fue suplantado, siendo enviado á destierro y vencido por el partido de Temistocles; cuando Caton, teniendo por rivales puede decirse que á todos cuantos gozaban en Roma del mayor poder y autoridad, luchando como atleta hasta la vejez se sostuvo siempre firme é inmovible; y habiéndosele puesto é intentado él mismo diferentes causas públicas, en muchas de estas venció, y de todas aquellas salió libre, siendo su escudo, su tenor de vida, y su arma para obrar, la elocuencia, á la que debe atribuirse,

mas que á la fortuna ó al buen genio de este esclarecido varon, el no haber tenido que sufrir con injusticia; pues tambien dijo Antipatro, escribiendo de Aristóteles despues de su muerte, haberle sido aquella de gran auxilio, porque entre otras brillantes dotes tuvo la de la persuasion.

Es cosa en que todos convienen que no hay para el hombre virtud mas perfecta que la social ó política; pues de esta es entre muchos reconocida como parte muy principal la económica: porque la ciudad que no es mas que la reunion y la cabeza de muchas casas, se fortalece para las cosas públicas con que prosperen los ciudadanos. Por tanto Licurgo, echando fuera de casa en Esparta la plata y el oro, y dándoles una moneda de hierro echado á perder al fuego, no quiso apartar á sus conciudadanos de la economia; sino que con quitarles los regalos, lo superfluo, y lo abotagado y enfermizo, pensó con mas prudencia que otro legislador alguno en que todos abundasen en las cosas necesarias y útiles: temiendo mas para la comunión de gobierno al miserable, al vagabundo y al pobre, que al rico y al opulento. Parece pues que Caton no fue peor gobernador de su casa que de la ciudad; porque aumentó sus bienes, y se constituyó para los demas maestro de economia y de agricultura, habiendo recogido muchas y muy importantes cosas sobre estos objetos. Mas Aristides con su pobreza desacreditó en cierta manera á la justicia, poniéndole la tacha de perdedora de las casas, y productora de mendigos; provechosa á todos, menos al que la posee, siendo así que Hesiodo usó de muchas razones para exhortarnos á la justicia y á la economia juntamente; y Homero cantó con acierto:

No encontraba placer en el trabajo,  
Ni de casa y hacienda en el cuidado,  
Que á los amados hijos tanto importa;  
Sino que mi deleite eran las naves  
De remos guarnecidas, los combates,  
Y los lucientes arcos y saetas:

como para dar á entender que de unos mismos era el descuidar la hacienda, y el vivir anchamente de la injusticia. Pues

no así como dicen los médicos, que el aceite es muy saludable á los cuerpos por fuera, y muy dañoso por dentro, de la misma manera el justo es útil á los otros, é inútil á sí y á los suyos. Páreceme por tanto que la virtud política de Aristides fue defectuosa y manca en esta parte, pues que en la opinion mas comun, descuidó de dejar con que dotar las hijas, y con que hacer los gastos de su entierro. De aquí es que la familia de Caton dió á Roma hasta la generacion cuarta pretores y cónsules, habiendo servido las primeras magistraturas sus nietos y los hijos de estos; cuando la gran pobreza y miseria de la descendencia de Aristides, que tuvo tan preferente lugar entre los Griegos, á unos los obligó á escribirse entre los embelecadores, y á otros á alargar la mano para recibirse del público una limosna; sin que á ninguno le fuese dado pensar en algun hecho ilustre, ó en cosa que fuese digna de aquel varon esclarecido.

Mas esto todavía pide ilustracion, porque la pobreza no es afrentosa por sí, sino cuando proviene de flojedad, de disipacion, de vanidad y de abandono; pero en el varon prudente, laborioso, justo, esforzado y entregado á los negocios de la república, unida á todas las virtudes, es señal de magnanimidad y de una elevada prudencia: porque no puede ejecutar cosas grandes el que tiene su atencion en las pequeñas, ni auxiliar á muchos que piden, el que mucho desea. Así para haberse quien en el gobierno es ya un admirable principio, no la riqueza, sino el desprendimiento; el cual, no apeteciendo para sí nada superfluo, ningun tiempo roba á los negocios públicos: porque el que absolutamente de nada necesita es solo Dios; y en la virtud humana el que mas estrecha sus necesidades, aquel es el mas perfecto, y el que mas se acerca á la divinidad. Pues así como el cuerpo que está bien complexionado, no necesita ni de excesiva ropa, ni de excesivo alimento; de la misma manera una vida y una casa bien arregladas, con las cosas comunes se dan por contentas; y en estas lo regular es que el gasto y la hacienda guarden proporecion. Porque el que allega mucho y gasta poco, ya no es desprendido; pues ó se afana por recoger lo que no apetece, y en este caso es necio; ó por recoger lo que apetece

y de lo que no se atreve á hacer uso por avaricia, y en este caso es infeliz. Por tanto yo preguntaria al mismo Caton si la riqueza es para gozarse, ¿por qué se jacta de que poseyendo mucho se daba por contento con una mediania? y si es laudable y glorioso, como lo es ciertamente, comer el pan que comunmente se vende, beber el mismo vino que los trabajadores y los esclavos, y no necesitar ni de púrpura ni de casas blanqueadas; nada dejaron por hacer de lo que debian, ni Aristides, ni Epaminondas, ni Manio Curio, ni Cayo Fabricio, con no afanarse por la posesion de unas cosas cuyo uso reprobaban. Porque á quien tenia por sabroso alimento los rábanos, y los cocia por sí mismo, mientras la mujer amasaba la harina, no le era necesario disputar sobre un cuarto, ni escribir con que granjeria podria uno hacerse mas presto rico: así que es muy laudable el contentarse con lo que se tiene á la mano, y ser desprendido, porque aparta el ánimo á un mismo tiempo del deseo y del cuidado de las cosas superfluas; y por esta razon respondió muy bien Aristides en la causa de Calia, que de la pobreza debian avergonzarse los que se veian en ella contra su voluntad; y al reves gloriarse, como él, por qué voluntariamente la llevaban; y ciertamente seria cosa ridícula atribuir á desidia la pobreza de Aristides, cuando le hubiera sido fácil, sin hacer nada que pudiera notarse, con solo despojar á un bárbaro ó ocupar un pabellon, pasar al estado de rico: mas baste lo dicho en esta materia.

Por lo que hace á mandos militares, los de Caton, aunque en cosas grandes, no decidieron de grandes intereses; pero con respecto á los de Aristides las mas brillantes y gloriosas hazañas de los Griegos son Maraton, Salamina y Platea; ni es razon se pongan en paralelo Antioco con Jerges, ó los derribados muros de algunas ciudades de España, con tantos millares de hombres deshechos por tierra y por mar; en los cuales sucesos, por lo que hace á trabajo y diligencia, nada le faltó á Aristides, si le faltaron la fama y las coronas; en las que, como en los bienes y en la riqueza, cedió fácilmente á los que las solicitaban con mas ansia, por ser superior á todas estas cosas. No reprendo en Caton sus continuas jac-

tancias, y el que se diese por el primero de todos, sin embargo de que él mismo dice en uno de sus libros ser muy impropio que el hombre se alabe ó se culpe á sí mismo: con todo para la virtud me parece mas perfecto que el que frecuentemente se alaba á sí mismo el que sabe pasarse sin la alabanza propia y sin la ajena. Porque el no ser ambicioso es un excelente preparativo para la afabilidad social; así como por el contrario la ambicion es áspera y muy propia para engendrar envidia, de la que el uno estuvo absolutamente exento, y el otro participó demasiado de ella. Así Aristides, cooperando con Temistocles en las cosas mas importantes, y haciéndose en cierta manera su ayudante de campo, puso en pie á Atenas; y Caton, por sus rencillas con Escipion, estuvo en muy poco el que no desgraciase la expedicion de este contra los Cartagineses que destruyó á Anibal, hasta entonces invicto; y por fin excitando siempre sospechas y calumnias á este, le apartó de los negocios de la república, y al hermano le atrajo una condenacion infamante por el delito de peculado.

Caton hizo, es verdad, continuos elogios de la templanza; pero Aristides la conservó pura y sin mancilla; y aquel matrimonio de Caton, tan desigual en la calidad y en los años, no pudo menos de ceder en su des crédito: porque siendo ya tan anciano, y teniendo un hijo en la flor de la edad recién casado, pasar á segundas nupcias con una mocita, hija de un ministro y asalariado público, no fue cosa que pudiese parecer bien; pues que ora lo hiciese por deleite, ora por enojo para mortificar al hijo, á causa de lo sucedido con la amiga, siempre hay fealdad en el hecho y en el motivo. Y la respuesta que con ironia dió al hijo no era sencilla y verdadera: porque si queria tener hijos virtuosos que se le pareciesen, debia contraer un matrimonio decente, concertándolo con tiempo; y no que mientras estuvo oculto su trato con una mozueta soltera y pública, se dió por contento; y cuando ya se echó de ver, hizo su suegro á un hombre á quien podia mandar; no con quien pudiera tener deudo honradamente.

## FILOPEMEN.

Casandro era en Mantinea de la primera familia, y uno de los de mas poder entre sus conciudadanos; pero por cierto infortunio tuvo que abandonar su patria, y se refugió á Megalópolis, confiado en Crasis padre de Filopemen, varon por todos respetos apreciable y que le miraba con particular inclinacion. Asi es que durante la vida de este nada le faltó; y á su muerte, pagándole agradecido el hospedaje, se encargó de educar á su hijo huérfano, á la manera que dice Homero haber sido por Fenix educado Aquiles, haciendo que su indole y sus costumbres tomaran desde el principio cierta forma y elevacion regia y generosa. Luego que llegó á la adolescencia le tomaron bajo su enseñanza los Megalopolitanos Ecdemo y Demofanes, que en la academia habian estado en familiaridad con Escesilao, y habian trasladado la filosofia sobre todos los de su tiempo al gobierno y á los negocios públicos. Estos mismos libertaron á su patria de la tirania, tratando secretamente con los que dieron muerte á Aristodemo; con Arato exiliaron á Nicocles tirano de Sicion; y á ruego de los de Eirene, cuyo gobierno adolecia de vicios y defectos, pasaron allá por mar, les dieron buenas leyes, y organizaron perfectamente su república. Pues estos, entre sus demas hechos laudables, dieron crianza é instruccion á Filopemen, cultivando su ánimo con la filosofia para bien comun de la Grecia; la cual parece haberle ya dado á luz tarde y en su última vejez, infundiéndole las virtudes de todos los generales antiguos; por lo que le apreció sobre manera, y le elevó al mayor poder y gloria. Por tanto uno de los Romanos, haciendo su elogio, le llamó el último de los Griegos, cómo que despues de él ya la Grecia no produjo ninguno otro hombre grande y digno de tal patria.

De presencia no era feo, como han juzgado algunos; porque todavía vemos un retrato suyo que se conserva en Delfos. Y

el desconocimiento de la huésped de Megara dicen haber dimanado de su naturalidad y sencillez: porque sabiendo que habia de llegar á su casa el general de los Aqueos, se azoró para disponer la comida, no hallándose accidentalmente en casa el marido. Entró en esto Filopemen con un manto, nada sobresaliente, y creyendo que fuese algun correo ó algun criado, le pidió que echara tambien mano á los preparativos: quitóse inmediatamente el manto y se puso á partir leña: llegó en esto el huésped, y diciendo: ¿Qué es esto Filopemen? le respondió en lenguaje dórico: ¿Qué ha de ser? pagar yo la pena de mi mala figura. Burlándosele Tito por la extraña construccion de su cuerpo, le dijo: O Filopemen, tienes buenas manos y buenas piernas, pero no tienes vientre, porque era delgado de cuerpo; pero en realidad aquel dicterio mas que á su cuerpo se dirigió á la especie de su poder: pues teniendo infanteria y caballeria, en la hacienda solia estar escaso: y estas con las particularidades que de Filopemen se refieren en las trasnochadas.

En la parte moral su deseo de gloria no estaba del todo exento de obstinacion, ni libre de ira; sino que con querer mostrarse principalmente émulo de Epaminondas, imitaba muy bien su actividad, su constancia y su desprendimiento de las riquezas; pero no pudiendo mantenerse entre las disensiones politicas dentro de los límites de la mansedumbre, de la circunspeccion y de la humildad; por la ira y la propension á las disputas, parecia que era mas propio para las virtudes militares que para las civiles: así es que desde niño se mostró aficionado á la guerra, y tomaba con gusto las lecciones que á esto se encaminaban, como el manejar las armas y montar á caballo. Tenia tambien buena disposicion para la lucha, y algunos de sus amigos y maestros le inclinaban á que se hiciese atleta; pero les preguntó si de esta enseñanza resultaria algun inconveniente para la profesion militar; y como le respondiesen lo que habia en realidad: á saber, que debia haber gran diferencia en el cuidado del cuerpo y en el género de vida entre el atleta y el soldado; y que principalmente la dieta y el ejercicio, en el uno por el mucho sueño, por la continua hartura, por el movimiento y

el reposo á tiempos determinados para aumentar y conservar las carnes, no podian sin riesgo admitir mudanza; cuando el otro debia estar habituado á toda variacion y desigualdad, y en especial á sufrir fácilmente el hambre, y fácilmente la falta de sueño: enterado de ello Filopemen, no solo se apartó de aquel género de ocupacion, y le tuvo por ridiculo, sino que despues, siendo general, hizo desaparecer en cuanto estuvo de su parte, toda la enseñanza atlética con la afrenta y los dicterios, como que hacia inútiles para los combates necesarios, los cuerpos mas útiles y á propósito.

Suelto ya de los maestros y curadores, en las excursiones cívicas que solian hacer á la Laconia, con el fin de mero-dear y recoger botin, se acostumbro á marchar siempre el primero en la invasion y el último en la vuelta. Cuando no tenia otra ocupacion ejercitaba el cuerpo con la caza ó con la labranza, para formarle ágil y robusto, porque tenia una excelente posesion á veinte estadios de la ciudad. Todos los dias iba á ella despues de la comida ó de la cena, y acostándose sobre el primer mullido que se presentaba, como cualquiera de los trabajadores, allí dormia: á la mañana se levantaba temprano, y tomando parte en el trabajo de los que cultivaban ó las viñas ó los campos, se volvia luego á la ciudad, y con los amigos y los magistrados conversaba sobre los negocios públicos. Lo que de las expediciones le tocaba, lo empleaba en la compra de caballos, en la adquisicion de armas y en la redencion de cautivos, y procuraba aumentar su patrimonio con la agricultura; la mas inocente de todas las granjerias. Ni esto lo hacia como fortuitamente y sin intencion, sino con el convencimiento de que es preciso tenga hacienda propia el que se ha de abstener de la ajena. Oia no todos los discursos, y leia no todos los libros de los filósofos, sino aquellos de que le parecia habia de sacar provecho para la virtud; y en las poesias de Homero daba la preferencia á las que juzgaba propias para despertar é inflamar la imaginacion hácia los hechos de valor. De todas las demas leyendas se aplicaba con mayor esmero á los libros de táctica de Evangelo, y procuraba instruirse en la historia de Alejandro, persuadido de que lo que se aprende debe aprovechar

para los negocios, á no que se gaste en ello el tiempo por ociosidad y para inútiles habladurias. Porque tambien en los teoremas de táctica, dejando á un lado las demostraciones de la pizarra, procuraba tomar conocimiento y como ensayarse en los mismos lugares, examinando por sí mismo en los viajes, y comunicando á los que le acompañaban, las observaciones que hacia sobre el declive de los terrenos, las cortaduras de los llanos, y todo cuanto con los torrentes, las acequias y las gargantas ocasiona dificultades, y obliga á diferentes posiciones en el ejército, ya teniendo que dividirlo, y ya volviendolo á reunir. Porque á lo que se ve, su aficion á las cosas de la milicia la llevó mucho mas alla de los términos de la necesidad; y miró la guerra como un ejercicio sumamente variado de virtud, despreciando enteramente á los que no entendian de ella, como que no servian para nada.

Tenia treinta años cuando Cleomenes, Rey de los Lacedemonios, cayendo repentinamente de noche sobre Megalópolis, y atropellando las guardias, se introdujo en ella, y ocupó la plaza. Acudió pronto á su defensa Filopemen, y no pudo rechazar á los enemigos, aunque peleó con extraordinario valor y arrojo; pero en alguna manera dió puerta franca á los ciudadanos, combatiendo con los que los perseguian, y atrayendo á sí á Cleomenes, en términos que con gran dificultad pudo retirarse el último, perdiendo el caballo, y saliendo herido de la refriega. Enviólos despues á llamar Cleomenes de Mesena, adonde se habian retirado, ofreciendo restituirles la ciudad y sus términos: proposicion que los ciudadanos admitian con gran contento, apresurándose á volver; pero Filopemen se opuso, y los detuvo con sus persuasiones, haciéndoles ver que no les restituia la ciudad Cleomenes, sino que lo que queria era hacerse tambien dueño de los ciudadanos, por ser este el modo de tener mas segura la poblacion; pues no habia venido á estarse allí de asiento guardando las casas y los muros vacios; por tanto que tendria que abandonarlos si permanecian desiertos. Con este discurso retrajo á los ciudadanos de su propósito; pero á Cleomenes le dió pretexto por destrozar y arruinar mucha

parte de la ciudad, y para retirarse con muy ricos despojos.

Quando el Rey Antígono, en auxilio de los Aqueos, partió contra Cleomenes, y habiendo tomado las alturas y gargantan inmediatas á Selasia, ordenó sus tropas con ánimo de tomar la ofensiva y acometer; estaba formado Filopemen con sus ciudadanos entre la caballería, teniendo en su defensa á los Ilirios, gente aguerrida y en bastante número, que protegían los extremos de la batalla. Habíaseles dado la órden de que permanecieran sin moverse hasta que desde la otra ala hiciera el Rey que se levantara un paño de púrpura puesto sobre una lanza. Intentaron los gefes arrollar con los Ilirios á los Lacedemonios, y los Aqueos guardaban tranquilos su formacion como les estaba mandado: pero enterado Euclidas, hermano de Cleomenes, de la desunion que esta operacion produjo en las fuerzas enemigas, envió sin dilacion á los mas decididos de sus tropas ligeras, con órden de que cargasen por la espalda á los Ilirios, y los contuvieran por este medio mientras estaban abandonados de la caballería. Hecho asi, las tropas ligeras acometieron y desordenaron á los Ilirios; y viendo Filopemen que nada era tan fácil como caer sobre ellas, y que antes la ocasion le se iba brindando, lo primero que hizo fue proponerlo á los gefes del ejército real; pero como estos no le diesen oidos, y antes le despreciasen, teniéndole por loco y por persona poco conocida y acreditada para semejante maniobra, la tomó de su cuenta, acometiendo y llevándose tras sí á sus conciudadanos. Causó desde luego desorden y despues la fuga con gran multitud en las tropas ligeras; pero queriendo dar aun mas impulso á las tropas del Rey, y venir cuanto antes á las manos con los enemigos, que ya empezaban á desordenarse, se apeó del caballo, y entrando en el combate en un terreno áspero y cortado con arroyos y barrancos, á pie, con la coraza y armadura pesada de caballería, no sin grandísima dificultad y trabajo, tuvo la fatalidad de que un dardo con su cuerda le atravesase lateralmente entrambos muslos, pasándolos de parte á parte, y causándole un herida gravísima, aunque no mortal. Quedó al principio inmóvil como si le hubieran trabado con lazos, y sin saber qué partido tomar, porque la cuerda del dardo ha-

cia peligrosa la extraccion de este, habiendo de salir por todo lo largo de la herida: asi los que estaban con él rehusaban intentarlo; pero estándose entonces en lo mas recio de la batalla, lleno de ambicion y de ira, forcejó con los pies para no faltar de ella, y con la alternativa de subir y bajar los muslos rompió el dardo por medio, y asi pudieron sacarse con separaciones entrambos pedazos. Libre ya y expédito, desenvainó la espada, y corrió por medio de las filas en busca de los enemigos, infundiendo aliento y emulacion á los demas combatientes. Venció por fin Antígono, y queriendo probar á los Macedonios les preguntó: ¿Por qué se habia movido la caballería sin su órden? y como para excusarse respondiesen que habian venido á las manos con los enemigos, precisados por un mozuelo Megalopolitano que acometió primero; les dijo sonriéndose, pues ese mozuelo ha tomado una disposicion propia de un gran general.

Adquirió Filopemen la fama que le era debida, y Antígono le hizo grandes instancias para que entrase á su servicio, ofreciéndole un mando y grandes intereses; pero él se excusó principalmente por tener conocida su indole muy inclinada á mandar con violencia y aspereza. Mas no queriendo permanecer ocioso y desocupado, se embarcó para Creta con objeto de seguir allí la milicia, y habiéndose ejercitado en ella por largo tiempo al lado de varones amaestrados é instruidos en todos los ramos de la guerra, y ademas moderados y sobrios en su método de vida, volvió con tan grande reputacion á la liga de los Aqueos, que inmediatamente le nombraron general de la caballería. Halló que los soldados quando se ofrecia alguna expedicion se servian de jacos despreciables, los primeros que se les presentaban, y que ordinariamente se excusaban de la milicia con poner otros en su lugar, siendo muy grande su falta de disciplina y valor. Tolerábase siempre los magistrados por el mucho poder de los de caballería entre los Aqueos, y principalmente porque eran los árbitros del premio y del castigo. Mas él no condescendió ni lo aguantó; sino que recorriendo las ciudades, con excitar de uno en uno la ambicion en todos los jóvenes; con castigar á los que era preciso, y con usar de

ejercicios, alardes y combates de unos con otros, cuando habia de haber muchos espectadores, en poco tiempo les inspiró á todos un aliento y valor admirable; y lo que para la milicia es todavía mas importante, los hizo tan ágiles y prontos, y los adiestró de manera á maniobrar juntos y á volver y revolver cada uno su caballo, que por la prontitud en las evoluciones la formacion todo no parecia sino un cuerpo solo que se movia por impulso espontáneo. Sobrevinoles la batalla del rio Lariso contra los Etolios y los Eleos, y el general de la caballería de los Eleos Damofanto, saliéndose de la formacion, se dirigió contra Filopemen: admitió este la provocacion, y marchando á él, se anticipó á herirle derribándole con un bote de lanza del caballo. Apenas vino al suelo, huyeron los enemigos: y se acrecentó la gloria de Filopemen, por verse claro que ni en pujanza era inferior á ninguno de los jóvenes, ni en prudencia á ninguno de los ancianos, sino que era tan á propósito para combatir como para mandar.

La liga de los Aqueos empezó á gozar de alguna consideracion y poder á esfuerzos de Arato que le dió consistencia, reuniendo las ciudades antes divididas, y estableciendo en ella un gobierno propiamente griego y humano. Despues, al modo que en el fondo del agua empiezan á aposarse algunos cuerpos pequeños y en corto número al principio, y luego cayendo otros sobre los primeros y trabándose con ellos, forman entre sí una materia compacta y firme; de la misma manera á la Grecia, débil todavía y fácil de ser disuelta, tomadas con separacion las ciudades, los Aqueos la empezaron á afirmar tomando por su cuenta auxiliar á unas de las ciudades comarcanas; libertar á otras de la tiranía que sufrían, y enlazarlas á todas entre sí por medio de un gobierno uniforme; y por este medio se propusieron constituir un solo cuerpo y un solo estado del Peloponeso. Pero en vida de Arato todavía en las mas de las cosas tenían que ceder á las armas de los Macedonios, haciendo la corte á Tolomeo y despues á Antígono y á Filipo, que se mezclaban en todos los negocios de los Griegos. Mas despues que Filopemen llegó á tener el primer lugar, considerándose con bastante po-

der para hacer frente aun á los mas poderosos, se dispensaron de la necesidad de tener tutores extranjeros. Porque Arato, tenido por poco aficionado á las contiendas bélicas, los mas de los negocios procuraba transigirlos con las conferencias, con la blandura y con sus relaciones con los Reyes, segun que en su vida lo dejamos escrito; pero Filopemen; que era belicoso, fuerte en las armas, y feliz y virtuoso desde el principio en cuantas batallas se le ofrecieron, juntamente con el poder aumentó la representacion de los Aqueos, acostumbrados á vencer con él, y á tener la mas dichosa suerte en los combates.

Lo primero que hizo fue hacer novedad en la formacion y armamento de los Aqueos, que no eran como le parecia convenir; porque usaban de unas rodelas fáciles de manejar por su delgadez, pero demasiado angostas para resguardar el cuerpo, y de unas azconas mucho mas cortas que las lanzas; por lo que, si bien de lejos eran ágiles y diestros en herir por la misma ligereza de las armas, en el encuentro con los enemigos eran á estos inferiores. No estaba entre ellos recibida la formacion y disposicion de las tropas en espiral, sino que formando una batalla que no tenia defensa ni proteccion con los escudos, como la de los Macedonios, fácilmente se desordenaban y dispersaban. Para poner pues orden en estas cosas, les persuadió que en lugar de la rodela y la azcona tomaran el escudo y la lanza, y que defendidos con yelmos, con corazas y con manilleras se ejercitaran en un modo de pelear seguro y firme, dejando el de algarada y correria. Habiendo convenido para que así se armasen á los que eran de edad proporcionada, primero los alentó é hizo confiar, pareciéndoles que se habian hecho invencibles; y despues sacó de su lujo y ostentacion un ventajoso partido; ya que no era posible extirpar enteramente la necia vanidad en hombres viciados de antiguo, que gustaban de vestidos costosos, de colgaduras de diversos colores y de los festejos de las mesas y banquetes. Empezó pues por apartar su inclinacion al lujo de las cosas vanas y superfluas, convirtiéndola á las útiles y laudables; con lo que alcanzó de ellos que cortando los gastos que diariamente ha-

cian en otras galas y preseas, se complaciesen en presentarse adornados y elegantes con los arreos militares. Veíanse pues los talleres llenos de cálices y copas rotas, de corazas doradas, y de escudos y frenos plateados; así como los estadios de potros que se estaban domando, y de jóvenes que se adiestraban en las armas; y en las manos de las mujeres yelmos y penachos dados de colores, mantillas de caballos y sobreropas bellamente guarnecidas: espectáculo que acrecentaba el valor, é inspirando nuevo aliento, los hacia intrépidos y osados para arrojarse á los peligros. Porque el lujo en otros objetos infunde vanidad, y en los que le usan engendra delicadeza, como si aquella sensacion halagase y recrease el ánimo; pero el lujo de estas otras mas bien le fortalece y eleva. Por eso Homero nos pintó á Aquiles inflado y enardecido con solo habérsele puesto ante los ojos unas armas nuevas, para querer hacer prueba de ellas. Al propio tiempo que adornaba así á los jóvenes, los ejercitaba y adiestraba, haciéndoles ejecutar las evoluciones con gusto y con emulacion; porque él habia agrado sobremana aquella formacion, pareciéndoles haber tomado con ella un apiñamiento al abrigo de las heridas. Las armas ademas con el ejercicio se les habian hecho manejables y ligeras, poniéndoselas y llevándolas con placer por su brillantez y hermosura, y ansiando por verse en los combates para probarlas con los enemigos.

Hacian entonces la guerra los Aqueos á Macanidas, tirano de los Lacedemonios, que con grande y poderoso ejército se proponia sujetar á todos los del Peloponeso. Luego que se anunció haberse encaminado á Mantinea, salió contra él Filopemen con sus tropas. Acamparon muy cerca de la ciudad, teniendo uno y otro muchos auxiliares, y trayendo cada uno consigo casi todas las fuerzas de sus respectivos pueblos. Cuando ya se trabó la batalla, habiendo Macanidas rechazado con sus auxiliares á la vanguardia de los Aqueos, compuesta de los tiradores y de los de Tarento, en lugar de caer inmediatamente sobre la hueste, y romper su formacion, se entregó á la persecucion de los vencidos, y se fué mas allá del cuerpo del ejército de los Aqueos, que

guardaba su puesto. Filopemen, sucedida semejante derrota en el principio, por la que todo parecia enteramente perdido, disimulaba y hacia como que no lo advertia, y que nada de malo habia en ello; mas al reflexionar el grande error que con la persecucion habian cometido los enemigos, desamparando el cuerpo de su ejército, y dejándole el campo libre, no fué en su busca, ni se les opuso en su marcha contra los que huian, sino que dió lugar á que se alejaran, y cuando ya vió que la separacion era grande, cargó repentinamente á la infanteria de los Lacedemonios, porque su batalla habia quedado sin defensa. Acometióla pues por el flanco á tiempo que ni tenian general, ni estaban aparejados para combatir, porque en vista de que Macanidas seguia el alcance, se creian ya vencedores, y que todo lo habian sojuzgado. Rechazólos pues á su vez con gran mortandad, porque se dice haber perecido mas de cuatro mil; y en seguida marchó contra Macanidas, que volvia ya del alcance con sus auxiliares. Habia en medio una acequia ancha y profunda, y hacian esfuerzos de una parte y otra, el uno por pasar y huir, y el otro por estorbárselo: presentando el aspecto no de unos generales que peleaban, sino de unas fieras que por la necesidad hacian uso de toda su fortaleza, acosadas del fiero cazador Filopemen. En esto el caballo del tirano, que era poderoso y de brios, y ademas se sentia aguijado con ambas espuelas, se arrojó á pasar; y dando de pechos en la acequia, pugnaba con las manos por echarse fuera; y entonces Simias y Polieno, que siempre en los combates estaban al lado de Filopemen, y lo protegian con sus escudos, los dos corrieron á un tiempo, presentando de frente las lanzas; pero se les adelantó Filopemen dirigiéndose contra Macanidas; y como viese que el caballo de este, levantando la cabeza le cubria el cuerpo, volvió el suyo un poco, y embrazando la lanza, le hirió con tal violencia que le sacó de la silla, y le derribó al suelo. En esta actitud le pusieron los Aqueos una estatua en Delfos, admirados en gran manera de este hecho y de toda aquella jornada.

Dicese que habiendo ocurrido la celebridad de los juegos

Nemeos, cuando por segunda vez se hallaba de general Filopemen, haciendo muy poco tiempo que habia alcanzado la victoria de Mantinea, como no tuviese entonces que atender mas que á la solemnidad de la fiesta, hizo por primera vez alarde de su ejército ante los Griegos, presentándole muy adornado, y haciéndole evolucionar como de costumbre al son de la música militar con aire y con agilidad; y que despues habiendo contienda de tañedores de citara, pasó al teatro, llevando á los jóvenes con mantos militares y con ropillas de púrpura; y ostentando estos gallardos cuerpos y edades entre si iguales, al mismo tiempo que mostraban grande veneración á su general, y un ardimiento juvenil por sus muchos y gloriosos combates. No bien habian entrado, cuando el citarista Pilades, que por caso cantaba *los Persas* de Timoteo, empezó de esta manera :

De libertad honor y prez glorioso  
Este para la Grecia ha conseguido.

Concurriendo con la belleza de la voz la sublimidad de la poesia, todos volvieron inmediatamente la vista á Filopemen; levantándose con el gozo que le ha griteria, por concebir los Griegos en sus ánimos, grandes esperanzas de su antigua gloria, y considerarse ya con la confianza muy cerca de aquella elevacion.

En las batallas y combates casi como los potros echan menos á los que suelen montarlos, y si llevan á otro se espantan y lo extrañan, de la misma manera el ejército de los Aqueos bajo otros generales decaia de animo, volviendo siempre los ojos á Filopemen; y con solo verlo, al punto se rebacia, y recobraba confiado su anterior brio y actividad : pudiendo observarse que aun los mismos enemigos á este sólo entre todos los generales miraban con malos ojos, asustados con su gloria y con su nombre; lo que se ve claro en lo mismo que ejecutaron. Porque Filipo, Rey de los Macedonios, conceptuando que si lograba deshacerse de Filopemen, de nuevo se le someterian los Aqueos, envió reservadamente á Argos quien le diese muerte; pero descubiertas sus asechanzas, incurrió en odio y en descrédito entre los Griegos. Los Beo-

cios sitiaban á Megara, esperando tomarla muy en breve; pero habiéndose esparcido repentinamente la voz, que no era cierta, de que Filopemen que venia en socorro de los sitiados se hallaba cerca, dejando las escalas que ya tenian arrimadas al muro, dieron á huir precipitadamente. Apoderóse por sorpresa de Mesena Nabis, que tiranizó á los Lacedemonios despues de Macanidas, justamente á tiempo en que Filopemen no tenia mas carácter que el de particular, sin mando alguno; y como no pudiese mover, para que auxiliase á los Mesenios, á Lisipo, general entonces de los Aqueos, quien respondió que la ciudad estaba enteramente perdida, hallándose ya los enemigos dentro; él mismo tomó á su cargo aquella demanda, y marchó con solos sus conciudadanos, que no esperaron ni ley ni investidura alguna, sino que voluntariamente se fueron en pos de él, atraidos por naturaleza al mando del mas sobresaliente. Todavía estaba á alguna distancia cuando Nabis entendió su venida, y con todo no le aguardó; sino que con estar acampado dentro de la ciudad, se retiró por otra puerta, é inmediatamente recogió sus tropas, teniéndose por muy bien librado si se le daba lugar para huir : huyó, y Mesena quedó libre.

Estas son las hazañas gloriosas de Filopemen; porque su vuelta á Creta, llamado de los Gortinios, para tenerle por general en la guerra que se le hacia, no carece de reprehension, á causa de que molestando con guerra Nabis á su patria, ó huyó el cuerpo á ella, ó prefirió intempestivamente el honor de aprovechar á otros. Y justamente fue tan cruda la guerra que en aquella ocasion se hizo á los Megalopolitanos, que tenian que estarse resguardados de las murallas, y que sembrar las calles, porque los enemigos les talaban los términos, y casi estaban acampados en las mismas puertas; y como él entre tanto hubiese pasado á ultramar á acaudillar á los Cretenses, dió con esto ocasion á sus enemigos para que le acusasen de que se habia ido huyendo de la guerra doméstica; mas otros decian que habiendo elegido los Aqueos otros gefes, Filopemen, que habia quedado en la clase de particular, habia hecho entrega de su reposo á los Gortinios que le habian pedido para general. Porque no sabia estar

ocioso, queriendo como si fuera otra cualquiera arte ó profesion, traer siempre entre manos y en continuo ejercicio su habilidad y disposicion para las cosas de la guerra; lo que se echa de ver en lo que dijo en cierta ocasion del Rey Tolomeo : porque como algunos le celebrasen á este, á causa de que ejercitaba sus tropas continuamente, y él mismo trabajaba sin cesar oprimiendo su cuerpo bajo las armas, y ¿Quién, respondió, alabaria á un Rey que en una edad como la suya no diese estas muestras, sino que gastase el tiempo en deliberar? Incomodados pues los Megalopolitanos con él por este motivo, y teniéndolo á traicion, intentaron proscribirle; pero se opusieron los Aqueos, enviando á Aristeneto de general á Megalópolis; el cual, no obstante disenter de Filopemen en las cosas de gobierno, no permitió que se llevara á cabo aquella condenacion. Desde entonces mal quisto Filopemen con sus conciudadanos, separó de su obediencia á muchas de las aldeas del contorno, diciéndoles respondiesen que no les eran tributarias, ni habian pertenecido á su ciudad desde el principio; y cuando hubieron de lo esta respuesta, abiertamente defendió su causa, é indisciplinó á la ciudad con los Aqueos; pero esto fue mas adelante. En Creta hizo la guerra con los Gortinos, no como un hombre del Peloponeso y de la Arcadia franca y generosamente sino revistiéndose de las costumbres de Creta; y con usas contra ellos mismos de sus correrias y asechanzas, les hizo ver que eran unos niños que empleaban arterias despreciables y vanas en lugar de la verdadera disciplina.

Admirado y celebrado por sus proezas que allá hizo, regresó otra vez al Peloponeso, y halló que Filipo habia ya sido vencido por Tito Flaminio, y que á Nabis le perseguian con guerra los Aqueos y los Romanos; y siendo inmediatamente nombrado general contra él, como probase la suerte de un combate naval, le sucedió lo que á Epaminondas, que fue perder de su valor y gloria, habiendo peleado muy desventajosamente en el mar; aunque de Epaminondas dicen algunos que no pareciéndole bien que sus conciudadanos gustasen de las utilidades que la navegacion produce, no fuese que insensiblemente de infantes inmóviles, segun la expresion de Pla-

ton, se los hallase trocados en marineros y hombres perdidos, dispuso muy de intento que del Asia y de las islas se volviesen sin haber hecho cosa alguna. Mas Filopemen, muy persuadido de que la ciencia que tenia en las cosas de la tierra le habia de servir tambien para las del mar, muy luego se desengañó de lo mucho que el ejercicio conduce para el logro de las empresas, y cuan grande es para todo el poder de la costumbre : porque no solo llevó lo peor en el combate naval por su impericia, sino que escogió una nave, antigua sí, y celebré por cuarenta años; pero que no bastaba á sufrir la carga que le impuso, é hizo con esto que corrieran gran riesgo los ciudadanos. Observando despues que en consecuencia de este suceso le miraban con desden los enemigos, por parecerles que habia desertado del mar; y habiendo estos puesto sitio con altanería á Gicio, navegó al punto contra ellos, cuando no le esperaban, descuidados con la victoria; y desembarcando de noche los soldados, les ordenó que tomasen fuego, y aplicándolo á las tiendas, les abrasó el campamento, haciendo perecer muchos. De allí á pocos dias repentinamente le sobrecojió Nabis en la marcha, atemorizando á sus Aqueos, que juzgaban por imposible salvarse en un sitio muy áspero y muy cercado de los enemigos; mas él, parándose un poco, y dando una ojeada al terreno, hizo ver que la táctica es lo sumo del arte de la guerra : porque moviendo un poco su batalla, dándole la formacion que el lugar exigia, fácil y sosegadamente se hizo dueño del paso, y cargando á los enemigos, los desordenó completamente. Mas como advirtiese que no estaban hácia la ciudad, sino que se habian dispersado acá y allá por el pais, que sobre ser montuoso y cubierto de maleza, era inaccesible á la caballería por las muchas acequias y torrentes, impidió que se siguiera el alcance, y se acampó todavia con luz; pero conjurando que los enemigos se valdrian de las tinieblas para recogerse á la ciudad de uno en uno, y de dos en dos, colocó en celada en los barrancos y collados á muchos soldados aqueos armados de puñales; con el cual medio perecieron la mayor parte de los de Nabis; porque no haciendo la retirada en union, sino como casualmente habian huido, perecian en

las inmediaciones de la ciudad, cayendo á la manera de las aves en manos de los enemigos.

Fue por estos sucesos sumamente celebrado y honrado por los Griegos en sus teatros; lo que sin culpa de nadie ofendió la ambicion de Tito Flaminio; porque como cónsul de los Romanos queria se le aplaudiese mas que á un particular de la Arcadia; y en punto á beneficios creia que le excedia en mucho, por quanto con solo un pregon habia dado la libertad á toda la Grecia, que antes servia á Filipo y los Macedonios. De allí á poco hace Tito paces con Nabis, y muere este de resulta de asechanzas que le pusieron los Etolios; y como con este motivo se excitasen sediciones en Esparta, aprovechando Filopemen esta oportunidad, marcha allá con tropas, y ganando por fuerza á unos, y con la persuasion á otros, atrae aquella ciudad á la liga de los Aqueos: empresa que le hizo todavia mucho mas recomendable á estos, adquiriéndoles la gloria y el poder de una ciudad tan illustre; y en verdad que no era poco haber venido Lacedemonia á ser una parte de la Acaya. Conocióse tambien los ánimos de los principales entre los Lacedemonios, por esperar que habian de tener en él un defensor de su libertad. Por tanto, habiendo reducido á dinero la casa y bienes de Nabis, que importaron ciento y veinte talentos, decretaron hacerle presente de esta suma, enviándole al efecto una embajada; pero entonces resplandeció la integridad de este hombre, que no solo parecia justo, sino que lo era: porque ya desde luego ninguno de los Esparciatas se atrevió á hacer á un varon como aquel la propuesta del regalo; sino que temerosos y encogidos se valieron de un huésped del mismo Filopemen, llamado Timolao, y despues este, habiendo pasado á Megalópolis, y sido convidado á comer por Filopemen, como de su gravedad en el trato, de la sencillez de su método de vida, y de sus costumbres observadas de cerca hubiese comprendido que en ninguna manera era hombre accesible á las riquezas ó á quien se ganase con ellas, tampoco habló palabra del presente; y aparentando otro motivo de su viaje, se retiró á casa: sucediéndole otro tanto la segunda vez que fue mandado. Con dificultad pudo resolverse á la tercera; pero al fin

en ella le manifestó los deseos de la ciudad. Oyóle Filopemen apaciblemente; y pasando á Lacedemonia, les dió el consejo de que no sobornasen á sus amigos hombres de bien, pues que podian de balde sacar partido de su virtud; sino que mas bien comprasen y corrompiesen á los malos, que en las juntas sacaban de quicio á la ciudad, para que tapándoles la boca con lo que recibiesen, los dejasen en paz; pues que valia mas sofocar la osada claridad de los enemigos que la de los amigos: ¡hasta este punto llegaba su integridad en quanto á intereses!

Llegó á entender al cabo de algun tiempo el general de los Aqueos Diófanes, que los Lacedemonios intentaban novedades, por lo que pensaba en castigarlos; y ellos, disponiéndose á la guerra, traian revuelto el Peloponeso; mas en tanto Filopemen trataba de reprimir y apaciguar el enojo de Diófanes, mostrándole que la ocasion en que el Rey Antioco y los Romanos amenazaban á los Griegos con tan grandes fuerzas ponía al general en la necesidad de fijar allí su atencion no tocando los negocios de casa, y haciendo como que no se veian, ni se oian los errores de los propios. No le dió oidos Diófanes, sino que con el pretexto de Flaminio entró por la Laconia; y como se encaminase hácia la capital, irritado Filopemen, se determinó á un arroyo, no muy seguro, ni del todo conforme con las reglas de justicia, pero grande y propio de un ánimo elevado, que fue el de pasar á Lacedemonia; y al general de los Aqueos y al cónsul de los Romanos, con no ser mas que un particular, les dió con las puertas en los ojos; calmó los alborotos de la ciudad, y volvió á incorporar á los Lacedemonios en la liga como estaban antes. Mas adelante siendo general Filopemen tuvo motivos de disgusto con los Lacedemonios, y á los desterrados los restituyó á la ciudad, dando muerte á ochenta Esparciatas, segun dice Polibio; pero segun Aristócrates á trescientos y cincuenta. Derribó las murallas; y haciendo suertes del territorio, lo repartió á los Megalopolitanos. A todos cuantos habian de los tiranos recibido el derecho de ciudad los trasplantó, llevándolos á la Acaya, á excepcion de tres mil: á estos, que se obstinaron en no querer salir de la Lacedemonia, los hizo

vender; y despues para mayor mortificacion edificó con este dinero un pórtico en Megalópolis. Indignado hasta lo sumo con los Lacedemonios, y cebándose mas en los que habian sido tratados tan indignamente, consumó por fin el hecho en política mas duro y mas injusto, que fue el de arrancar y destruir la institucion de Licurgo, obligando á los niños y á los jóvenes á cambiar su educacion patria por la de los Aqueos, por quanto nunca pensarian bajamente manteniéndose en las leyes de aquel legislador. Y entonces, domados con tan grandes trabajos, puestos como cera en las manos de Filopemen, se hicieron dóciles y sumisos; pero mas adelante, habiendo implorado el favor de los Romanos, salieron del gobierno de los Aqueos, y recobraron y restablecieron el suyo propio, en quanto fue posible despues de tales calamidades y trabajos.

Sobrevino en esto la guerra de los Romanos contra Antioco en la Grecia, á tiempo que Filopemen no ejercia ningun cargo; y como viese que Antioco se entretenia en Calcis, muy fuera de sazón, con pldas y con amores de doncellas, y que los Sirios vagaban, y se divertian por las ciudades sin gefes y en el mayor desorden, se lamentaba de no tener mando, y envidiaba, como se se explicarse, á los Romanos la victoria; porque si yo fuera general, decia, con todos estos acabaria en las tabernas. Venieron despues los Romanos á Antioco, é internándose ya mas en los negocios de los Griegos, iban cercando con sus tropas, á los Aqueos, ayudados de los demagogos que estaban de su parte; y su gran poder prosperaba con el favor de su genio tutelar, estando próximos á la cumbre adonde habia de elevarlos la fortuna. Entonces Filopemen, fortificándose como buen piloto contra las olas, en algunas cosas se veia precisado á ceder y contemporar; pero en las mas se oponia, y á los que en el decir y hacer tenian mas influjo, procuraba atraerlos al partido de la libertad. Aristeneto Megalopolitano, que era el de mayor poder entre los Aqueos, no cesaba de obsequiar á los Romanos, persuadido de que aquellos no debian oponérseles, ni desagradarlos en las juntas; y se dice que Filopemen lo oia en silencio; pero lo llevaba muy á mal; y que por fin no

pudiéndose ya contener en su enojo, le dijo á Aristeneto: «Hombre, ¿á qué afanarte tanto por ver cumplido el hado de la Grecia!» Manio, cónsul de los Romanos, que venció á Antioco, solicitaba de los Aqueos que permitieran la vuelta á los desterrados de los Lacedemonios, y tambien Tito Flaminio instaba á Manio sobre este punto; pero se opuso Filopemen, no por odio contra los desterrados, sino porque queria que aquello se hiciese por él mismo y por los Aqueos, y no por Tito, ni en obsequio de los Romanos; y nombrado general al año siguiente, él mismo los restituyó á su patria: ¡tanto era su espíritu para tenerse firme, y contender con los poderosos!

Hallándose ya en los setenta años de su edad, y nombrado octava vez general de los Aqueos, concibió la esperanza de que no solo pasaria aquella magistratura en paz, sino que el estado de los negocios le permitiria vivir sosegado lo que le restaba de vida; porque así como las enfermedades son mas remisas segun van faltando las fuerzas del cuerpo, de la misma manera yendo de vencida el poder en las ciudades griegas, se extinguia, y apagaba en ellas el ardor de contender; sino que parece que alguna furia como atleta aventajado en el correr, lo llevó precipitadamente al término de la vida. Porque se dice que en una convencion, celebrando los que se hallaban presentes á uno de los que era hombre sobresaliente para el mando de un ejército, contestó Filopemen: «¿Cómo ha de merecer ese elogio un hombre que vivo se dejó cautivar por los enemigos?» Pudo de allí á pocos dias Dinocrates de Mesena, que particularmente estaba mal con Filopemen, y además se hacia insufrible á todos por su perversidad y sus vicios, separó á Mesena de la liga Aquea, y se dirigió contra una aldea llamada Colonide con intento de tomarla. Hizo la casualidad que Filopemen se hallase á la sazón en Argos con calentura; pero recibida la noticia, al punto marchó á Megalópolis, andando en un dia mas de euaatrocientos estadios; y de allí partió al punto en auxilio de la aldea, llevando consigo á los de á caballo, que aunque eran los mas principales y muy jóvenes, gustosos entraron en la expedicion por zelo y por amor á Filopemen. Encamináronse á

Mesena, y encontrándose junto al collado Eúan con Dinocrates, que tambien iba en busca de ellos, á este lograron rechazarle; pero como sobreviniesen de pronto unos quinientos que habian quedado en custodia del pais de Mesena, y tomasen los vencidos las alturas luego que los vieron, temiendo Filopemen ser envuelto, y mirando tambien por sus tropas, dispuso su retirada por lugares ásperos, poniéndose á retaguardia, haciendo muchas veces cara á los enemigos, y atrayéndolos hácia sí; los cuales sin embargo no se atrevian á embestirle, sino que solo correspondian con griteria y carceras desde lejos. Separábase frecuentemente por causa de aquellos jóvenes, acompañándolos de uno en uno, y con esto no advirtió que habia llegado á quedarse solo entre gran número de enemigos; y lo que es á venir á las manos con él nadie se atrevia; pero de lejos le impelían y arrastraban á sitios pedregosos y cercados de precipicios; de manera que con dificultad gobernaba y aguijaba el caballo. La vejez por la vida ejercitada que habia tenido le era ligera, y en nada le estorbaba para salvarse; pero entonces, falto de fuerzas por la debilidad del cuerpo, y fatigado con tanto caminar, se habia puesto pesado y torpe, y tropezando el caballo lo derribó al suelo. La caída fue terrible, y habiendo recibido el golpe en la cabeza, quedó por largo rato sin sentido: tanto que los enemigos, teniéndole por muerto, intentaron volver el cuerpo y despojarle; mas como levantando la cabeza se hubiese puesto á mirarlos, acudido en gran número, lo echaron las manos á la espalda, y á él se le llevaron, usando de mil improperios é insultos con un hombre que ni por sueño podia haber temido semejante cosa de Dinocrates.

En la ciudad, llegada la noticia, se pusieron muy ufanos, y corrieron en tropel á las puertas; pero cuando vieron que traian á Filopemen de un modo tan poco correspondiente á su gloria y sus anteriores hazañas y trofeos, los mas se compadecieron y consternaron, hasta el punto de llorar y de despreciar el poder humano, teniéndole por incierto y por nada. Así al punto corrió entre los mas la voz favorable de que era preciso tener presentes sus antiguos beneficios, y la libertad que les habia dado, redimiéndolos del tirano Nabis;

pero unos cuantos, queriendo congraciarse con Dinocrates, proponian que se le diese tormento y se le quitase la vida, como enemigo poderoso y difícil de aplacar, y mucho mas temible para Dinocrates si lograba salvarse despues que este le habia maltratado y hecho prisionero. Mas lo que por entonces hicieron fue llevarle al que llamaban tesoro, que era un edificio subterráneo, al que no penetraban de afuera ni el aire ni la luz, y que no tenia puertas, sino que lo cerraban con una gran piedra que ponian á la entrada: encerrándole pues en él, y arrojando la piedra, colocaron al rededor centinelas armados. Los soldados aqueos, luego que se hicieron un poco de la fuga, echaron menos á Filopemen sospechándole muerto, y estuvieron mucho tiempo llamándole, y tratando entre sí sobre cuan vergonzosa é injustamente se salvarian, habiendo abandonado á los enemigos un general, que tanto habia expuesto su vida por ellos: fueron pues mas adelante con gran diligencia, y ya tuvieron noticia de como habia sido cautivado; la que anunciaron á las ciudades de los Aqueos. Fue esta para todos de grandísima pesadumbre, y determinaron reclamar de los Mesenios á su general, enviando al intento una embajada, y entre tanto se preparaban para la guerra.

Esto fue lo que hicieron los aqueos; mas Dinocrates, temiendo en gran manera que en el tiempo mismo hallase su salvamento Filopemen, y desiendo prevenir las disposiciones de los Aqueos, luego que se fue de noche, y que la muchedumbre de los Mesenios se retiró, abriendo el calabozo hizo entrar en él al ministro público, y que llevando un veneno se le propinara, sin apartarse de allí hasta que lo hubiese bebido. Estaba echado sobre su manto sin dormir, entregado al pesar y sobresalto; y cuando vió luz, y cerca de sí aquel hombre que tenia en la mano la taza de veneno, incorporándose con mucho trabajo á causa de su debilidad, se sentó, y tomando la taza, le preguntó ¿si tenia alguna noticia de sus soldados, y especialmente de Licorta? Respondióle el ministro que los mas habian logrado salvarse; dió con la cabeza señal de aprobacion, y mirándole benignamente: Buena noticia me das, le dijo, pues que no todo lo

hicimos desgraciadamente; y sin decir ni articular mas palabra, bebió, y volvió otra vez á acostarse. El veneno no encontró obstáculo para producir su efecto, pues estando tan débil, lo acabó muy pronto.

Luego que la noticia de su muerte se difundió entre los Aqueos, las ciudades todas cayeron en la afliccion y desconsuelo, y concurriendo á Megalópolis toda la juventud con los principales no quisieron poner dilacion ninguna en el castigo, sino que eligiendo por general á Licorta se entraron por la Mesenia, talando y molestando el pais, hasta que, llamados á mejor acuerdo, dieron entrada á los Aqueos. Y Dinocrates se apresuró por sí mismo á quitarse la vida: de los demas cuantos dieron consejo de deshacerse de Filopemen tambien se dieron por sí mismos la muerte; y á los que aconsejaron que se le atormentase, los hizo atormentar Licorta. Quemaron luego el cuerpo de Filopemen, y recogiendo en una urna los despojos, dispusieron su conduccion, no en desórden y sin concierto, sino reuniendo con las exequias una pompa triunfal: porque en un mismo tiempo se les veia ceñir coronas y derramar lágrimas; y juntamente con los enemigos cautivos y aherrados se veia la urna tan cubierta de cintas y coronas, que apenas podia descubrirse. Llevábala Polibio, hijo del general de los Aqueos, y á su lado los principales de estos. Los soldados armados y con los caballos vistosamente enjaezados seguian la pompa, ni tan tristes como en tan lamentable caso, ni tan alegres como en una victoria. De las ciudades y pueblos del tránsito salian al encuentro como para recibirle cuando volvía del ejército: acercábanse á la urna, y concurrían á llevarla á Megalópolis. Cuando ya pudieron incorporárseles los ancianos con las mujeres y los niños, el llanto del ejército discurrió por toda la ciudad, afligida y desconsolada con tal pérdida, previendo que decaía al mismo tiempo de la gloria de tener el primer lugar entre los Aqueos. Diósele pues honrosa sepultura como correspondia, y en las inmediaciones de su sepulcro fueron apedreados los cautivos de los Mesenios. Siendo muchas sus estatuas y muchos los honores que las ciudades le decretaron, hubo un Romano que en los infortunios que la Grecia expe-

rimentó en Corinto, propuso que se destruyeran todas, para perseguirle despues de muerto, en manifestacion de que en vida habia sido contrario y enemigo de los Romanos. Se trató este asunto, y se hicieron discursos en él, respondiendo Polibio al calumniador, y ni Mumio ni los legados consintieron en que se quitasen los monumentos de tan insigne varon, sin embargo de la contradiccion que en él habian experimentado Tito y Manio; y es que aquellos supieron preferir, segun parece, la virtud á la conveniencia, y lo honesto á lo útil: juzgando recta y racionalmente que á los bienhechores se les debe el premio y el agradecimiento por los que recibieron el beneficio; pero que á los hombres virtuosos les debe ser tributado honor por todos los buenos. Y esto baste de Filopemen.

---

### TITO QUINCIO FLAMINIO.

Cual hubiese sido el semblante de Tito Quincio Flaminio, que comparamos á Filopemen, pueden verlo los que gusten en un busto suyo de bronce, que con una inscripcion en caracteres griegos se conserva en Roma junto al Apolo grande traído de Cartago en frente de Marco: en cuanto á sus costumbres dícese que fue de genio pronto para la ira y para los favores; aunque no del mismo modo, pues siendo ligero y no rencoroso en el castigar, los beneficios los llevaba hasta el extremo, mirando constantemente con amor é inclinacion á aquellos á quienes habia favorecido, como si hubieran sido sus bienhechores, teniéndolos por la mejor posesion: así los conservó siempre en su amistad, y se interesó por ellos. Siendo por carácter muy amante de honores y codicioso de gloria, aspiraba á hacer por sí acciones generosas é ilustres, y se complacia mas en hacer bien á los que á él acudían que en ganarse la voluntad de los poderosos, considerando á aquellos como objeto de su virtud, y á estos como rivales de

hicimos desgraciadamente; y sin decir ni articular mas palabra, bebió, y volvió otra vez á acostarse. El veneno no encontró obstáculo para producir su efecto, pues estando tan débil, lo acabó muy pronto.

Luego que la noticia de su muerte se difundió entre los Aqueos, las ciudades todas cayeron en la afliccion y desconsuelo, y concurriendo á Megalópolis toda la juventud con los principales no quisieron poner dilacion ninguna en el castigo, sino que eligiendo por general á Licorta se entraron por la Mesenia, talando y molestando el pais, hasta que, llamados á mejor acuerdo, dieron entrada á los Aqueos. Y Dinocrates se apresuró por sí mismo á quitarse la vida: de los demas cuantos dieron consejo de deshacerse de Filopemen tambien se dieron por sí mismos la muerte; y á los que aconsejaron que se le atormentase, los hizo atormentar Licorta. Quemaron luego el cuerpo de Filopemen, y recogiendo en una urna los despojos, dispusieron su conduccion, no en desórden y sin concierto, sino reuniendo con las exequias una pompa triunfal: porque en un mismo tiempo se les veia ceñir coronas y derramar lágrimas; y juntamente con los enemigos cautivos y aherrados se veia la urna tan cubierta de cintas y coronas, que apenas podia descubrirse. Llevábala Polibio, hijo del general de los Aqueos, y á su lado los principales de estos. Los soldados armados y con los caballos vistosamente enjaezados seguian la pompa, ni tan tristes como en tan lamentable caso, ni tan alegres como en una victoria. De las ciudades y pueblos del tránsito salian al encuentro como para recibirle cuando volvía del ejército: acercábanse á la urna, y concurrían á llevarla á Megalópolis. Cuando ya pudieron incorporárseles los ancianos con las mujeres y los niños, el llanto del ejército discurrió por toda la ciudad, afligida y desconsolada con tal pérdida, previendo que decaía al mismo tiempo de la gloria de tener el primer lugar entre los Aqueos. Diósele pues honrosa sepultura como correspondia, y en las inmediaciones de su sepulcro fueron apedreados los cautivos de los Mesenios. Siendo muchas sus estatuas y muchos los honores que las ciudades le decretaron, hubo un Romano que en los infortunios que la Grecia expe-

rimentó en Corinto, propuso que se destruyeran todas, para perseguirle despues de muerto, en manifestacion de que en vida habia sido contrario y enemigo de los Romanos. Se trató este asunto, y se hicieron discursos en él, respondiendo Polibio al calumniador, y ni Mumio ni los legados consintieron en que se quitasen los monumentos de tan insigne varon, sin embargo de la contradiccion que en él habian experimentado Tito y Manio; y es que aquellos supieron preferir, segun parece, la virtud á la conveniencia, y lo honesto á lo útil: juzgando recta y racionalmente que á los bienhechores se les debe el premio y el agradecimiento por los que recibieron el beneficio; pero que á los hombres virtuosos les debe ser tributado honor por todos los buenos. Y esto baste de Filopemen.

---

### TITO QUINCIO FLAMINIO.

Cual hubiese sido el semblante de Tito Quincio Flaminio, que comparamos á Filopemen, pueden verlo los que gusten en un busto suyo de bronce, que con una inscripcion en caracteres griegos se conserva en Roma junto al Apolo grande traído de Cartago en frente de Marco: en cuanto á sus costumbres dícese que fue de genio pronto para la ira y para los favores; aunque no del mismo modo, pues siendo ligero y no rencoroso en el castigar, los beneficios los llevaba hasta el extremo, mirando constantemente con amor é inclinacion á aquellos á quienes habia favorecido, como si hubieran sido sus bienhechores, teniéndolos por la mejor posesion: así los conservó siempre en su amistad, y se interesó por ellos. Siendo por carácter muy amante de honores y codicioso de gloria, aspiraba á hacer por sí acciones generosas é ilustres, y se complacia mas en hacer bien á los que á él acudían que en ganarse la voluntad de los poderosos, considerando á aquellos como objeto de su virtud, y á estos como rivales de

su gloria. Educado en la crianza propia de las costumbres militares, por haber tenido en aquella época Roma muchas y porfiadas guerras, y ser este el arte que aprendian los jóvenes ante todas cosas, primero fue tribuno en la guerra contra Anibal á las órdenes de Marcelo entonces cónsul. Muerto Marcelo en aquella celada, fue Tito nombrado prefecto de la region Tarentina, y luego del mismo Tarento despues de recobrado, donde se acreditó en gran manera, no menos por su justicia que por sus disposiciones militares; por lo cual, habiéndose enviado colonias á dos ciudades, á Narnia y Cosa, fue para su establecimiento nombrado presidente y fundador.

Dióle esto grande confianza, saltando por encima del tribunado de la plebe, de la pretura y de la edilidad, magistraturas intermedias y propias de los jóvenes, para aspirar desde luego al consulado, en lo que tenia muy de su parte á los de las colonias; pero habiéndole hecho oposicion los tribunos de la plebe Fulvio y Manlio, por decir ser cosa muy dura que un jóven se arroja contra las leyes á la magistratura mas elevada, sin estar todavia iniciado en los primeros ritos y misterios del gobierno, el Senado dejó la decision al pueblo, y este le desagravó cónsul con Sexto Elio, sin embargo de que aun no habia cumplido treinta años. Cúpole por suerte la guerra contra Filipo y los Macedonios: siendo grande la dicha de los Romanos en que este fuese así destinado á entender en negocios, y con personas que en vez de necesitar un general que todo lo hiciese por fuerza y con armas, debian mas bien ser conducidos con la persuasión y con la afabilidad del trato. Porque Filipo en su reino de Macedonia tenia el fundamento suficiente para la guerra; pero la fuerza principal para dilatarla, el auxilio, refugio é instrumento de su ejército consistia sobre todo en el poder de los Griegos; y sin que estos se separasen de Filipo, la guerra contra él no era obra de una sola campaña. Hasta allí la Grecia habia tenido poco contacto con los Romanos; y empezando entonces á tomar estos parte en los negocios, si el general no hubiese sido de buena índole, valiéndose mas de las palabras que de las armas, tratando con afabili-

dad y dulzura á cuantos se le acercaban, y manifestando mucha entereza en las cosas de justicia, no hubiera sido tan fácil que en lugar del gobierno á que estaban acostumbrados admitiesen el imperio extranjero; lo que se manifestará todavia mejor por la serie de sus hechos.

Enterado Tito de que los generales que le habian precedido, Sulpicio y Publio, pasando tarde á la Macedonia, y tomando la guerra con flojedad, habian gastado sus fuerzas en combates de puestos, y en contender con Filipo en encuentros parciales sobre el paso y sobre las provisiones, se propuso no imitar á aquellos que perdian un año en casa en los honores y negocios políticos, y á lo último pensaban en la guerra, ejecutando él lo mismo de ganar á su mando un año para los honores y los negocios, haciendo de cónsul en el uno y de general en el otro; sino dedicar con empeño á la guerra todo el tiempo en que ejerciese su autoridad, no haciendo cuenta de los honores y prerogativas que en la ciudad le corresponderian. Pidió pues al Senado que le diera á su hermano Lucio para que á sus órdenes mandase la armada; y tomando de las tropas que con Escipion habian vencido á Asdrubal en España, y en Africa al mismo Anibal, lo mas florido y arriscado para su principal apoyo, viniendo á ser unos tres mil hombres, dió vela á Epiro con la mayor confianza. Como Publio, teniendo establecido su campo en contraposicion del de Filipo, que habia mucho tiempo guardaba los desfiladeros y gargantas del río Apso, no pudiese adelantar un paso por lo inexpugnable del terreno, luego que lo observó, se encargó del mar, y despidiendo á Publio, se dedicó á reconocer toda la comarca. Son aquellos lugares no menos fuertes que los del valle de Tempe; pero no presentan aquella belleza de árboles, aquella frescura de los bosques, ni aquellos prados y sitios amenos. Los montes grandes y elevados de una y otra parte van á parar á un barranco dilatado y profundo, por el que discurre el Apso, que en su aspecto y rapidez se parece al Peneo; pero cubriendo toda la falda solo deja un camino cortado muy pendiente y estrecho junto á la misma corriente: paso muy dificultoso para un ejército, y si hay quien le defienda, inaccesible.

Habia quien proponia á Tito que fuéase á dar la vuelta por la Dasaretide junto al Luco, tomando así un camino transitable y fácil; pero temió no fuera que internándose por lugares ásperos y de escasas cosechas, y acosándole Filipo sin presentarle batalla, le faltasen los víveres, y reducido otra vez á la inaccion, como su predecesor, tuviera que retroceder hácia el mar; por lo que determinó marchar con todo su ejército por las alturas, y abrirse paso á viva fuerza. Ocupaba Filipo las montañas con su infanteria; y lloviendo por todas partes sobre los Romanos dardos y flechas tirados oblicuamente, tenían heridos, se trababan reñidos combates, y habia muertos de unos y otros; pero de ninguna manera aparecia cual sería el término de aquella guerra. En este estado se presentaron unos pastores de los de aquellos contornos, manifestando que habia cierto rodeo ignorado de los enemigos, y ofreciendo que por él conducirían el ejército, y al tercer dia le darian puesto sobre las eminencias; de lo que daban por flador, haciéndole todo con su conocimiento, á Carope el de Macata, muy principal entre los Epirotas y apasionado de los Romanos, á los que sin embargo no auxiliaba sino con reserva, por medio de Filipo. Creyólos Tito, y destacó á un tribuno con cuatro mil infantes y trescientos caballos, yendo de guías los pastores, á los que llevaban atados. Resposaban por el dia procurando ocultarse entre rocas y matorrales, y hacian su camino de noche á la luz de la luna que estaba en su lleno. Enviado que hubo Tito este destacamento, no emprendió nada en aquellos dias sino lo preciso para que no cesaran los enemigos en sus escaramuzas de lejos; pero en el que debian aparecer ya sobre las eminencias los de la marcha, al amanecer puso en movimiento sus tropas de todas armas, y haciendo tres divisiones, por sí mismo dirigió su hueste por el camino recto hácia la garganta por donde discurría el rio acosado de los Macedonios, y teniendo que lidiar con cuanto se le oponia en aquellos malos pasos. Los otros procuraban combatir de uno y otro lado, trepando denodadamente por los desfiladeros, á tiempo que ya se dejó ver el sol y á lo lejos un humo no muy espeso, sino á manera de neblina de los montes, yéndose mos-

trando poco á poco; el cual no fue advertido de los enemigos; porque les caia á la espalda, como lo estaban las eminencias ocupadas. Los Romanos en tanto estaban inciertos con afliccion y trabajo, aunque tenían la esperanza en lo que deseaban; mas cuando el humo tomó ya mas cuerpo, oscureciendo el aire, y difundiendo por arriba, y entre él apareció que las lumbradas eran amigas, los unos acometieron vigorosamente con algazara, arrojando á los enemigos hácia los derrumbaderos, y los de la espalda correspondieron tambien con gritos desde las alturas.

Por tanto todos se entregaron á una precipitada fuga; mas no murieron sino como dos mil ó menos, porque los malos pasos impidieron que se les persiguiese. Tomaron los Romanos mucha riqueza, tiendas y esclavos, y haciéndose dueños de todas las gargantas, discurrían por el Epiro con tanto sosiego y predominio, que con tener á mucha distancia las embarcaciones y el mar, y no distribuirseles las raciones mensuales por faltar los acopios, no tuvieron inconveniente en apartarse de un pais que les ofrecia grandes recursos. Porque habida noticia de que Filipo atrevesaba la Tesalia á manera de fugitivo, en término de hacer á los hombres retirarse á las montañas, de incendiar las ciudades, y de entregar al saqueo y al pillage lo que no podia llevarse, como si hiciera ya cesion del pais á los Romanos, Tito tomó á punto de honra el encargar á los soldados que marcharan por él con el mismo cuidado que si fuera terreno propio, del que se les abandonaba la posesion. Y bien pronto pudieron conocer cuan útil les habia sido este modo de portarse: porque las ciudades se pasaban á su partido apenas tocaron en la Tesalia; y los Griegos que estan dentro de las Termópilas suspiraban por Tito, y le deseaban con vehemencia. Los Aqueos, separándose de la alianza de Filipo, determinaron hacerle la guerra con los Romanos; y los Opuncios, no obstante que siendo los Etolios decididos auxiliares de los Romanos deseaban tomar y conservar su ciudad, no les dieron oídos, sino que llamando ellos mismos á Tito se pusieron en su mano, y se le entregaron á discrecion. Refiérese de Pirro que la primera vez que desde una atalaya pudo ver

un ejército romano puesto en orden, exclamó que no le parecía bárbarica la formación de aquellos bárbaros; pues los que tuvieron ocasión de conocer á Tito casi hubieron de prorumpir en las mismas palabras: porque como los Macedonios les hubiesen informado de que se encaminaba á su país el general de un ejército bárbaro, que todo lo trastornaba y esclavizaba con las armas; cuando despues se hallaban con un hombre joven, afable en su semblante, griego en la voz y en el idioma, y ambicioso del verdadero honor, es increíble como se tranquilizaban, y la benevolencia y amor que le conciliaban por las ciudades, que no tenían entonces un general interesado en su libertad. Pero luego que por haberse mostrado Filipo dispuesto á negociar, pasó á tratar con él, ofreciéndole paz y amistad con la condición de dejar independientes á los Griegos, y retirar las guarniciones, y este no quiso convenir en ello; conocieron ya todos, aun los que mas obsequiaban á Filipo, que los Romanos no venían á hacer la guerra á los Griegos, sino por amor de los Griegos á los Macedonios. Pasábanse pues todos los pueblos sin oposición; y habiendo entrado en la Beocia sin aparato de guerra, se le presentaron los primeros ciudadanos de Tebas, cuando en su ánimo del partido del Rey de Macedonia á causa de Barcelo; pero agasajándole y honrándole como si tuviese una igual amistad con ambos. Recibiólos Tito con la mayor afabilidad, y dándoles la mano, continuó pausadamente su camino, haciéndoles preguntas, tomando noticias, conversando con ellos, y deteniéndolos de intento hasta que los soldados se reposiesen de la marcha. De este modo llegó á la capital, y entró en ella juntamente con los Tebanos, que aunque no eran gustosos de ello, no se atrevieron á estorbárselo, por ser bastante el número de tropas que le seguían. Entró pues Tito en la ciudad, sin que esta fuese de su partido; pero procuró atraerla á él ayudado del Rey Atalo, que tambien exhortaba á los Tebanos; mas esforzándose Atalo por mostrarse á Tito un orador mas vehementemente de lo que su vejez permitía, ó le dió un vértigo, ó se le atravesó una flema, á lo que parece, pues de repente cayó sin sentido, y conducido en sus naves al Asia, al cabo

de pocos dias murió; y los Tebanos abrazaron efectivamente la causa de Roma.

Envió Filipo embajadores á Roma, y tambien envió Tito quien negociase que el Senado le prorogara el tiempo, si habia de continuarse la guerra, ó le concediera que él fuese quien ajustara la paz; pues estando poseido de un ardiente deseo de gloria, temia que se le arrebatara de las manos el nuevo general que se nombrase para la guerra. Proporcionáronle sus amigos que Filipo no saliera con su propósito, y que se le conservara el mando; y luego que recibió el decreto, alentado con grandes esperanzas, se encaminó al punto hácia la Tesalia para continuar la guerra contra Filipo, teniendo á sus órdenes sobre veintiseis mil hombres; para cuyo número habian dado los Etolios seis mil infantes y cuatrocientos caballos. El ejército de Filipo en el número venia á ser casi igual. Partieron en busca unos de otros; y habiendo llegado á Escotusa, donde pensaban dar la batalla, no concibieron los generales aquel temor regular por verse tan cerca, sino que al revés se mayor en unos y en otros el ardor y la confianza: en los Romanos por esperar vencer á los Macedonios, cuyo nombre por Alejandro iba acompañado de la idea del valor y del poder; y en los Macedonios, porque aventajándose los Romanos á los Persas, de quedar superiores á aquellos, se seguía que Filipo sobrepujase en gloria al mismo Alejandro. Por tanto Tito exhortaba á sus soldados á que se mostrasen esforzados y valientes, teniendo que lidiar en el mas brillante teatro, que era la Grecia, contra los contendores de mas fama. Filipo bien fuese por su mala suerte, ó bien por un apresuramiento intempestivo, como estuviere cerca un cementerio algo elevado, subiéndose á él empezó á tratar y disponer lo que suele preceder á una batalla; pero sobrecogido de un gran desaliento de resulta de la observacion de las aves, no se determinó por aquel dia.

Al siguiente al amanecer despues de una noche húmeda y lluviosa, degenerando las nubes en niebla, ocupó toda la llanura una oscuridad profunda, y descendiendo de las alturas un aire espeso por entre los ejércitos desde el punto de rayar el dia ocultaba las posiciones. Los enviados de una y

otra parte en guerrillas y en descubierta, encontrándose repentinamente, trababan pelea en las llamadas Cinocéfalas, que siendo las cumbres agudas de unos collados espesos y paralelos, de la semejanza de su figura tomaron aquel nombre (1). Alternaban, como era natural en aquellos lugares ásperos, las vicisitudes de perseguir y ser perseguidos, y unos y otros enviaban refuerzos desde los ejércitos á los que peleaban, y se retiraban, hasta que despejado ya el aire, viendo lo que pasaba, acometieron con todas sus fuerzas. Cargaba Filipo con su ala derecha, impeliendo sobre los Romanos desde lugares elevados lo mas fuerte de sus tropas, de manera que aun los mas esforzados de aquellos no podian sostener lo pesado de su apiñamiento y la violencia de la acometida. El ala izquierda por estorbo de los collados tenia claros y desuniones, y Tito no curando de los que iban de vencida, se dirigió con ímpetu por esta otra parte contra los Macedonios, que no podian traer á formacion y estrechar las filas, en lo que consistia la principal fuerza de su falange, á causa de la desigualdad y aspereza del terreno; y que para los combates sin filas tenian armas muy pesadas y difíciles de manejar: porque la falange en su fortaleza se parece á un animal invencible mientras es un solo cuerpo, y conserva su apiñamiento en un solo orden; pero desunida pierde cada uno de los que pelean de su fuerza; ya por la clase de la armadura, y ya porque no tanto viene su pujanza del mismo, como de la reunion de todos. Desbaratados estos, unos se dieron á perseguir á los que huian, y otros corriendo á la otra parte herian y acosaban por los costados á los Macedonios mientras combatian de frente; de manera que muy en breve tambien los vencedores se desordenaron y dieron á huir arrojando las armas. Murieron por lo menos ocho mil, y unos cinco mil quedaron cautivos; y si Filipo pudo salvarse con seguridad, la culpa fue de los Etolios, que mientras los Romanos seguian todavía el alcance, se entregaron al pillage y saqueo del campamento, en términos que cuando aquellos volvieron ya nada encontraron.

(1) Κυνόκεφαλοι significa cabeza de perro.

Indispusiéronse por esto, y empezaron á decirse denuestos unos á otros; pero lo que á Tito mas le incomodaba era que los Etolios se atribuian la victoria, apresurándose á hacer correr esta voz entre los Griegos: tanto que los poetas y los particulares, celebrando esta jornada, los escribieron y cantaron á ellos los primeros; siendo el cantar mas comun este epigrama:

Treinta mil de Tesalia, ó peregrino,  
Sin gloria y sin sepulcro aquí yacemos,  
De los Etolios en sangrienta guerra  
Domados, y tambien de los Latinos  
Que Tito trajo de la hermosa Italia.  
Huyó ¡miserá Ematia! en veloz curso  
De Filipo el espíritu arrogante,  
Mas que los ciervos tímido y ligero.

Hizo este epigrama Alceo en injuria y afrenta de Filipo; y para ello exageró falsamente el número de los muertos; pero cantándose por todas partes y por todos, mas mortificacion causaba á Tito que á Filipo; y cual zahiriendo á su vez á Alceo, añadió lo siguiente:

Lábrase en este monte, ó peregrino,  
De infeliz leño sin corte y rama  
Excelsa cruz al detestable Alceo.

A Tito pues, que aspiraba á adquirir gloria entre los Griegos, causaban estas cosas su mayor disgusto; por lo que todo lo que restaba lo ejecutó por sí solo sin hacer cuenta de los Etolios. Irritábanse estos, como Tito admitiese las proposiciones y embajada de Filipo acerca de la paz, corrían aquellos las ciudades exclamando que se vendia la paz á Filipo, cuando se podia cortar la guerra de raíz, y destruir aquel poder que fue el primero en esclavizar la Grecia. Mientras los Etolios se afanaban por difundir estas voces y conmovier á los aliados, presentándose el mismo Filipo á negociar, quitó toda sospecha entregando á Tito y á los Romanos cuanto le pertenecia. De este modo terminó Tito aquella guerra; y del reino de Macedonia hizo donacion al mismo Filipo; pero le intimó que habia de retirarse de la Tracia;

le multó en mil talentos, le quitó todas las naves, á excepción de diez; y tomando en rehenes á Demetrio, uno de sus hijos, le envió á Roma, aprovechando excelentemente la ocasión, y consultando con no menor prudencia á lo venidero. Justamente entonces el africano Anibal, grande enemigo de los Romanos, y que andaba desterrado, se habia acogido ya al Rey Antioeo, y le excitaba á que echase el resto á su fortuna, cuando el poder se le iba viniendo á las manos por los ilustres hechos que tenia ejecutados, y que le habian granjeado el sobrenombre de grande: animábale por tanto á que extendiera sus miras al mando universal; y sobre todo le acaloraba contra los Romanos. Si Tito pues no hubiera con admirable prudencia admitido las proposiciones, sino que con la guerra de Filipo se hubiera juntado en la Grecia la de Antioeo, y por causas que les eran comunes se hubieran coligado contra Roma los dos mayores y mas poderosos Reyes de aquella era, se habria visto de nuevo en combates y peligros en nada inferiores á los de Anibal; pero ahora interponiendo Tito oportunamente la paz entre ambas guerras, y cortando la presente antes de que tuviese principio la que amenazaba, á aquella le quitó la última esperanza y á esta la primera.

Envío el Senado con esta ocasión á Tito diez legados, y estos eran de sentir que se restituyera la libertad á los demas Griegos; pero quedando con guarniciones Corinto, la Calcide y la Demetriade para mayor seguridad en la guerra con Antioeo; y entonces los Etolios, háviles en acriminaciones, sublevaban con mayor calor las ciudades, requiriendo por una parte á Tito para que le quitara á la Grecia los grillos (porque este era el nombre que solia dar Filipo á estas ciudades), y preguntando por otra á los Griegos ¿si llevando ahora una cadena mas pesada, aunque mas bellamente forjada que la de antes, se hallaban contentos y celebraban á Tito como á su bienhechor, porque habiendo desatado á la Grecia por los pies, la habia ligado por el cuello? Desazonábase Tito con estos manejos, sintiéndolos vivamente; y por fin á fuerza de ruegos en la junta consiguió de esta que tambien se quitaran las guarniciones de las mencionadas ciudades, para que así

el reconocimiento de los Griegos hácia él fuese completo. Celebrábanse los juegos Istmicos, y habia gran concurso en el estadio para ver los combates como era natural, cuando la Grecia reposaba de una guerra hecha por largo tiempo con la esperanza de la libertad, y se reunia en medio de una paz segura. Hizose con la trompeta la señal de silencio, y presentándose en medio el pregonero, anunció que el Senado de los Romanos y el cónsul Tito Quincio su general, despues de haber vencido al Rey Filipo y á los Macedonios, declaraban libres de tener guarniciones, exentos de todo tributo, y no sujetos ó otras leyes que las propias de cada pueblo, á los Corintios, Locros, Focenses, Eubeos, Aqueos, Tiotas, Magnesios, Tesalios y Perrebeos. Al principio no lo entendieron todos ni lo oyeron bien; por lo que se excitó en el estadio un movimiento extraño y una grande inquietud, admirándose unos, preguntando otros, y pidiendo que volviera á repetirse. Hizose pues silencio de nuevo, y despues que habiendo esforzado el pregonero, la voz todos oyeron y comprendieron el pregon, fue grande la grita que con el gozo se movió, difundiéndose hasta el mar; y asíéronse en pie todos los del teatro, y ya nadie dió la menor atención á los combatientes, sino que todos corrieron á arrojarse á los pies y tomar la diestra del que saludaban como salvador y libertador de la Grecia. Vióse entonces lo que muchas veces se ha dicho por hipóbole acerca de la gran fuerza de la voz humana; porque unos cuervos que por casualidad volaban por allí cayeron al estadio. La causa fue sin duda haberse cortado el aire: porque cuando suben muchos gritos altos y reunidos, dividido el aire por ellos, no sostiene á las aves que vuelan, sino que hay cierto hueco, como sucede á los que dan un paso en vago: á no que sea que reciban golpe como si les alcanzara un tiro, y con él caigan y mueran. Tambien puede acontecer que se formen torbellinos en el aire, á manera de los remolinos del mar, que toman impetu vertiginoso de la magnitud del mismo pelágo.

Por lo que hace á Tito, si luego que se concluyó la celebridad no hubiera evitado con prevision el concurso y atropellamiento de la muchedumbre, no se alcanza cómo habria

salido de él, siendo tantos los que por todas partes le rodeaban. Cuando ya se fatigaron de victorearle delante de su pabellon, siendo ya de noche, saludando y abrazando á los amigos ó á los ciudadanos que encontraban, se los llevaban á comer y beber en reciprocos convites. Allí principalmente regocijados, se movia entre ellos, como era natural, la conversacion de la Grecia, diciéndose que de tantas guerras como habia sostenido por su libertad, nunca defendiéndola otros habia alcanzado un premio tan cierto, tan dulce y tan glorioso, como aquel con que ahora le lisonjeaba la fortuna, casi sin sangre y sin lágrimas de su parte. Eran raras entre los honores la fortaleza y la prudencia; pero el mas raro de esta clase de bienes era la justicia: porque los Agesilaos, los Lisandros, los Nicias y los Alcibiades, cuando tenian mando, sabian muy bien disponer la guerra y vencer á sus contrarios por tierra y por mar; pero no entraba en sus ideas el usar de la victoria para fines rectos y en beneficio de los que tenian á sus órdenes; sino que si sacamos de esta cuenta la jornada de Maraton, el combate naval de Salamina, á Platea, las Termópilas y las hazañas de Ciro junto al Eurimedonte y en Chipre, todas las demas batallas los dió la Grecia contra sí misma y para su esclavitud: todos los trofeos que erigió fueron para ella padrones de execucion y oprobio, siendo causa de esto por lo comun la maldad y las disensiones de sus generales: cuando hombres de otras naciones, que solo parecian conservar un calor remanente y débiles vestigios del comun origen, y de quienes seria mucho esperar que de palabra y con el consejo prestasen algun auxilio á la Grecia; estos habian sido los que á costa de grandes peligros y trabajos, arrojando de ella á los que duramente la dominaban y tiranizaban, le habian restituido la libertad.

Corrian estas pláticas por la Grecia, y juntamente obras que guardaban consonancia con los pregones: porque al mismo tiempo envió Tito á Lentulo al Asia para restituir la libertad á los Bargelienses (1); y á Titilio á la Tracia con el fin de retirar de las ciudades é islas de aquella parte las guarniciones puestas por Filipo. Publio Ovilio marchaba por mar

(1) Pueblo de la Caria en el Asia menor.

á tratar con Antiocho de la libertad de los Griegos que pertenecian á su reino; y el mismo Tito, pasando á la Calcide, y despues embarcándose para Magnesia, quitó las guarniciones, y restituyó á cada pueblo su gobierno. Nombrado en Argos presidente de los juegos Nemeos, tomó acertadas disposiciones para la reunion, y allí otra vez confirmó á los Griegos la libertad con nuevo pregon. Visitando en seguida las ciudades, les dió buenas ordenanzas y recta justicia, y la concordia y paz de unos con otros; sosegando las sediciones, restituyendo los desterrados, y teniendo en unir y reconciliar á los Macedonios: de manera que ya la libertad les parecia el menor de sus beneficios. Refiérese que el filósofo Jenócrates, cuando Licurgo el orador le libertó de la prision adonde le llevaban los publicanos, é introdujo ademas contra estos la accion de injurias, encontrándose con los hijos de Licurgo les dijo: ¡A fe mia que he pagado bien á vuestro padre! porque todos celebran lo que conmigo ha ejecutado: pues á Tito y á los Romanos la gratitud por los grandes bienes dispensados á la Grecia, no solo les proporcionó elogios, sino confianza y poder entre todos los hombres: porque no contentándose con admitir sus generales, los enviaban á buscar, y los llamaban para entregárselos. Así él mismo estaba sumamente satisfecho con haber procurado la libertad de la Grecia; y consagrando en Delos unos pavese de plata y su propio escudo, puso esta inscripcion:

¡Io! Dióscuros, prole de gran Jove  
Al placer dados de águilas caballos:  
¡Io! hijos de Tindaro, que Reyes  
Fuisteis de Esparta, esta sublime ofrenda  
En vuestras aras el Romano Tito  
Ledo consagra, por haber labrado  
La libertad de la oprimida Grecia.

Dedicó tambien á Apolo una corona de oro con estos versos:

Descanse esta corona, inclito Febo,  
Sobre tu rubia y crespa caballera.  
De los Romanos el caudillo ilustre  
A tí la ofrece; pero da tú en premio  
Gloria y honor al invencible Tito.

Ocurrió dos veces este mismo suceso en la ciudad de Corinto : porque hallándose en ella Tito, y despues igualmente Neron en nuestra edad, á la sazón de celebrarse los juegos Istmicos, declararon á los Griegos libres é independientes : aquel por medio de pregonero, como dejamos dicho; mas Neron por sí mismo, hablando en la plaza al concurso desde la tribuna, lo que, como se ve, fue mucho mas adelante.

Emprendió despues Tito la mas debida y justa guerra contra Nabis, el mas insolente é injusto de los tiranos de Lacedemonia ; pero al fin frustró en quanto á ella las esperanzas de la Grecia, pues pudiendo acabar con aquel, desistió del intento, entrando en tratados y abandonando á Esparta en su ignominiosa servidumbre; de lo que pudo ser causa ó el temor de que dilatándose la guerra viniera de Roma otro general que le usurpara su gloria, ó cierta emulacion y secreta envidia por los honores de Filopemen : pues siendo un varon sobresaliente entre los Griegos, que en otras guerras y en aquella misma habia dado maravillosas muestras de valor é inteligencia, como le celebraban los Aqueos al par de Tito, y aplaudiesen en los teatros; participaba á este el que á un hombre Arcade, caudillo de guerras insignificantes, hechas dentro de su propio país, le igualaran en los honores con un cónsul de los Romanos, libertador de la Grecia. Aun se defendió Tito de este cargo, diciendo que suspendió la guerra luego que advirtió que no se podia acabar con el tirano sin causar gravísimos males á los demas Esparciatas. Fueron grandes los honores que tambien los Aqueos decretaron á Tito : y aunque parecia que ningun podia medirse con sus beneficios, hubo uno que llenó enteramente sus deseos, y fue el siguiente. De los infelices vencidos en la guerra de Anibal, muchos habian sido vendidos, y se hallaban en esclavitud en diferentes partes. En la Grecia venia á haber unos mil y doscientos, muy dignos siempre de compasion por su estado ; pero mucho mas entonces que unos se encontraban con sus hijos, otros con sus hermanos ó deudos, esclavos con libres y cautivos con vencedores. No se atrevia Tito á sacarlos del poder de sus dueños, sin embargo de que le afligia

mucho su suerte; pero los Aqueos los rescataron á razon de cinco minas por cada uno, y formándolos en un cuerpo, hicieron entrega de ellos á Tito cuando ya estaba para hacerse á la vela; con lo que emprendió su navegacion sumamente contento, viendo que sus gloriosas hazañas habian tenido gloriosas recompensas dignas de un varon ilustre y amante de sus conciudadanos; lo que fue tambien lo mas brillante y esclarecido de su triunfo, porque aquellos rescatados, siendo costumbre de los esclavos cuando se les da libertad cortarse el cabello y ponerse gorros, practicaron esto mismo, y en esta forma seguian en su triunfo á Tito.

Hacianle tambien vistoso los despojos llevados en la pompa: yelmos griegos, rodelas y lanzas macedónicas; y la cantidad de dinero no era tampoco pequeña, habiendo dejado escrito Itano que de oro en barras se llevaron en triunfo tres mil setecientas y treinta libras; de plata treinta y tres mil doscientas y setenta; filipos, que era una moneda de oro, trece mil quinientos y caçaree; y ademas de todo esto los mil talentos que debia pagar Filipo; pero de estos mas adelante le indultaron los Romanos á persuasion de Tito, recibéndole por aliado, y al mismo le dejaron tambien libre de su fiaduría.

Cuando Antioco, pasando por la Grecia con grande armada y numeroso ejército, inquietó el trajo á su partido diferentes ciudades, tuvo en su auxilio á los Etolios, que hacia tierzpo se mostraban contrarios y enemigos del pueblo romano; y estos le sugirieron para la guerra el pretexto de que venia á dar libertad á los Griegos, que ninguna necesidad tenian para esto de su poder, pues que eran libres; sino que á falta de una causa decente, les enseñaron á valerse del mas recomendable de todos los nombres. Temieron en gran manera los Romanos esta sublevacion y la opinion del poder de Antioco; y aunque enviaron por general de esta guerra á Manio Acilio, nombraron á Tito su legado militar (1), en consideracion á las relaciones que tenia con los Griegos : así es

(1) Estos legados iban como consejeros del general, y por lo comun los elogia este con aprobacion del Senado; mas Tito, segun parece, fue nombrado por el Senado mismo.

que á muchos con sola su presencia al punto los aseguró en su fidelidad; y á otros que ya empezaban á flaquear, usando en tiempo con ellos, como de una medicina, de su benevolencia y afabilidad, los contuvo y les impidió que del todo errasen. Muy pocos fueron los que le faltaron á causa de estar de antemano preocupados y seducidos por los Etolios; y aunque justamente enojado é irritado contra estos, con todo despues de la batalla los protegió. Porque vencido Antioco en las Termópilas, al punto huyó y se retiró con su armada al Asia; y entonces el cónsul Manio, yendo contra los Etolios, á unos les puso sitio; y en cuanto á otros, dió al Rey Filipo la comision de que los redujese. Habiendo maltratado y vejado el Macedonio de una parte á los Dolopes y Magnetes, y de otra á los Atamanes y Aperantes; y el mismo cónsul talado á Heraclaea, y puesto cerco á Naupacto, que estaba por los Etolios, movido Tito á compasion de los Griegos, partió desde el Peloponeso en busca del cónsul. Hizole cargo ante todas cosas de que habiendo sido él el vencedor, dejaba que Filipo cogiese el premio de la guerra, y de que malgastando el tiempo por sereno ante una sola ciudad, subyugasen en tanto los Macedonios reinos y naciones enteras. Despues, como los sitiados llegasen á verle, empezaron á llamarle desde la muralla, pidiendo á él las manos y suplicándole; y por lo pronto nada dijo, sino que volvió el rostro y se retiró llorando; mas luego trató con Manio, y aplacando su enojo, obtuvo que se concedieran treguas á los Etolios, y el tiempo necesario para que enviando embajadores á Roma, pudieran alcanzar condiciones mas tolerables.

Los ruegos y súplicas en que las tuvo que contender y trabajar con Manio fueron los de los Calcidenses, que le tenían muy irritado con motivo del matrimonio que entre ellos contrajo Antioco, movida ya la guerra: matrimonio desigual y fuera de tiempo por haberse enamorado un viejo de una mocita; la cual era hija de Cleoptolemo, y se tenia por la mas hermosa de las doncellas de aquella era. Este hizo que los Calcidenses abrazasen con ardor el partido del Rey, y que para la guerra fuese aquella ciudad su principal apoyo; y tambien cuando despues de la batalla se abandonó á

una precipitada fuga, en Calcis fue donde tocó, y tomando la mujer, el caudal y los amigos, se embarcó para el Asia. Tito, cuando Manio marchó irritado contra los Calcidenses, se fué en pos de él, y lo ablandó y dulcificó, y por último le persuadió y sosegó completamente á fuerza de súplicas con él mismo y con los demas gefes de los Romanos. Por lo tanto salvos los Calcidenses á su intercesion, consagraron á Tito los mas bellos y grandiosos monumentos que pudieron, de los cuales todavia se leen hoy las inscripciones siguientes: *El pueblo á Tito y á Hércules este gimnasio*; y en otra parte en la misma forma: *El pueblo á Tito y á Apolo el Delfinio*. Tambien en esta edad se elige y consagra un sacerdote de Tito; á quien ofrecen sacrificio, y hechas las libaciones, cantan un pean ó himno de victoria en verso; del cual, dejando lo demas por ser demasiado difuso, trascribimos lo que cantan al fin del himno:

Objeto es de este culto  
La fe de los Romanos  
Aquella fe sincera  
Que guardarles juran  
Cantad, festivas ninfas  
A Jove soberano,  
Y en pos de Roma y Tito  
La fe de los Romanos  
Lo pean ó Tito,  
O Tito nuestro ampa-

A todos los Griegos les merecieron las mayores honras, y sobre todo lo que hace verdaderos los honores, que es una admirable benevolencia por la suavidad de su carácter: pues si con algunos, por razon de los negocios ó por amor propio, tuvo algun encuentro, como con Filopemen y despues con Diófanes, que tambien fue general de los Aqueos, su enojo no era profundo ni se extendia á obras, sino que se quedaba en palabras, con las que manifestaba su sentir, y aun esto de una manera urbana: así con nadie fue áspero, aunque para algunos fuese pronto y pareciese ligero por su índole: por lo demas tenia calidades que le hacian amable á todos; y en el decir no le faltaba soltura y gracia. Porque á los

Aqueos, que trataban de adquirir para sí la isla de Zacinto, para retraerlos les dijo que se exponían al riesgo de las tortugas, queriendo alargar la cabeza más allá del Peloponeso. Filippo, la primera vez que se reunieron para hablar de tratados y de paz, le dijo que el mismo Tito había traído muchos consigo, cuando él había venido solo; y replicando aquel al punto: Eso es, le dijo, porque tú mismo te has reducido á soledad, habiendo dado muerte á tus amigos y parientes. Dinócrates de Mesena, habiéndose alegrado entre los brindis estando en Roma, se puso á danzar con un traje de mujer, y como al día siguiente se presentase á Tito pidiéndole le auxiliara en el proyecto que tenía de separar á Mesena de la liga de los Aqueos: Veremos, le dijo; pero me maravillo de que trayendo tales negocios entre manos, puedas cantar y bailar en un festín. A los Aqueos, con ocasión de referirles los embajadores de Antioco la muchedumbre de las tropas de este, y de contarles sus diversas denominaciones, les dijo, que cenando él mismo una vez en casa de un huésped se quejó á este de un gran número de platos, mostrando maravillarse de que hubiese habido mercado tan abundante para proveerse de ellos de aquel modo; y que el huésped le había respondido que todos se reducían á carne de puerco, diferenciándose solo en el género de guiso y en las salsas: pues del mismo modo añadió, no os maravilleis, vosotros, ó Aqueos, de las grandes fuerzas de Antioco al oír lanceros, azconeros, *pezetairos* (1): porque todos estos no son más que Sirios, y solo en la armadura se distinguen.

Después de todos estos sucesos de Grecia y de la guerra de Antioco se le nombró censor, que es la mayor de las magistraturas, y en cierta manera la perfección del gobierno, y tuvo por colega al hijo de aquel Marcelo que fue cinco veces cónsul. Removieron del Senado á cuatro que no eran de los de más nombre, y admitieron por ciudadanos á todos los que se habían inscrito en el censo, con tal que fuesen hijos de padres libres, precisados á ello por el tribuno de la plebe Terencio Culeon, que por enemistad con los inclinados

(1) Soldados distinguidos entre los Sirios y Macedonios, que venían á constituir la más inmediata guardia del Rey.

á la aristocracia persuadió al pueblo á que así lo mandase. De los varones principales de su tiempo estaban entre sí mal avenidos Escipión Africano y Marco Catón, y de estos escribió á aquel el primero en la lista del Senado, teniéndole por sobresaliente y aventajado en todo. Su enemistad con Catón tuvo origen en este desagradable suceso: era hermano de Tito Lucio Flaminio, de muy diversa índole que aquel: sobre todo en punto á deleites era abominable, sin respeto ninguno á la opinión pública y á la decencia. Tenía este consigo un mozo á quien amaba, y el que le siguió al ejército en sus expediciones y también á la provincia mientras mandó en ella. Este, adulando á Lucio en un banquete, le dijo ser tanto el exceso con que le amaba, que había dejado de ver el duelo de unos gladiadores, sin embargo de que nunca había visto matar á un hombre; anteponiendo el gusto de acompañarle al de aquel espectáculo. Complació en esto mucho á Lucio, el cual le contestó que nada había perdido, « Porque yo satisfaré, le añadió, ese tu deseo; » y haciendo que le trajesen de la cárcel á uno de los sentenciados, llamó á uno de sus esclavos, y le mandó que allí mismo en el banquete le cortase á aquel la cabeza. Valerio de Ancio dice que Lucio ejecutó lo que se deja dicho, no en obsequio de un mozo, sino de una amiga; mas Livio refiere haber escrito Catón en su discurso, que habiendo llegado á sus puertas un Galo trasfuga con sus hijos y su mujer, admitiéndole Lucio al banquete, le había dado muerte con su propia mano en obsequio del mozo amado. No sería extraño que Catón se hubiera explicado así para dar á la acusación mayor odiosidad; pero que el que sufrió aquella bárbara ejecución no fue trasfuga, sino preso y ya sentenciado, además de otros muchos lo dijo Cicerón el orador en su libro de la vejez, poniendo las palabras en boca del mismo Catón.

Fue este al cabo de poco nombrado censor, y haciendo el recuento del Senado, removió de él á Lucio, sin embargo de ser de los consulares, en la cual afrenta se tuvo el hermano por comprendido. Por tanto, presentándose ambos al pueblo abatidos y llorosos, pareció á los ciudadanos que

pretendian una cosa justa en pedir que Caton diera la causa que habia tenido para haber constituido en semejante afrenta á una casa ilustre. No se detuvo Caton, sino que comparció al momento con su colega, y preguntó á Tito ¿si tenia presente lo del banquete? Como este lo negase, hizo Caton la explicacion, y provocó á Lucio á que jurase si podia decir que no era verdad algo de lo que habia expuesto. Redújose entonces al silencio, y el pueblo se convenció de haber sido justa la nota que se le impuso y acompañó á Caton con grandes demostraciones desde la tribuna. Pero Tito, llevando siempre en su ánimo el infortunio del hermano, se reunió con todos los que de antiguo eran enemigos de Caton; y como tuviese el mayor ascendiente sobre el Senado, revocó y anuló todos los arriendos, asientos y ventas que este habia hecho de los ramos de rentas públicas; y le suscitó una infinidad de causas graves, no sé si conduciéndose honesta y políticamente en mostrar por una persona propia, pero indigna y que justamente habia sido castigada, tan irreconciliable enemistad con un varón justo y un excelente ciudadano. Mas en este tiempo tuvo el pueblo romano un espectáculo en el teatro, para el que el Senado se colocó en lugar distinguido segun costumbre; y como viesan á Lucio sentado en los últimos asientos humilde y abatido, movió á compasion, tanto que no pudiendo sufrir la muchedumbre verle en tal estado, empezó á gritar diciéndole que pasase al otro sitio, hasta que así lo ejecutó, haciéndole lugar los consulares.

Estávole muy bien á Tito al carácter ambicioso y activo, mientras tuvo competencia materia para ejercitarle, ocupado en las guerras que hemos referido; porque aun despues del consulado volvió á ser tribuno legionario sin que nadie le preciase. Mas retirado del mando, siendo ya bastante anciano, en la vida exenta de negocios dió harto que notar con su inquieta ansia de gloria, en la que no podia contentarse; y llevado de cuyo ímpetu parece haber ejecutado lo relativo á Anibal, con que incurrió en el odio de muchos. Anibal, huyendo de Cartago su patria, se habia unido con Antioco; pero cuando este despues de la batalla de Frigia se

halló muy contento con haber hecho la paz, tuvo Anibal que huir de nuevo, andando errante por diferentes paises, hasta que por fin se fijó en Bitinia, haciendo la corte á Prusias, sin que ninguno de los Romanos lo ignorase, y antes disimulando todos por su falta de poder y su vejez, mirándole como arrinconado de la fortuna. Enviado Tito de embajador á Prusias de parte del Senado para otros negocios, viendo allí detenido á Anibal, se incomodó de que todavía viviese, y por mas que Prusias le rogó y pidió por un hombre miserable que era su amigo, nada pudo alcanzar. Habia un oráculo antiguo, segun parece, acerca de la muerte de Anibal, concebido en estos terminos:

De Anibal los despojos  
Serán cubiertos de libisa tierra:

pensaba pues Anibal en el Africa, y en que allí seria su sepulcro, porque allí acabaria sus dias; pero hay en Bitinia un sitio elevado á la orilla del mar, y junto á él una aldea no muy grande que se llama Libisa. Hacia la casualidad que allí era donde residia Anibal; pero como desconfiase siempre de Prusias por su debilidad, y temiese á los Romanos, habia abierto desde su casa siete salidas subterráneas, en tal disposicion que partiendo de su cuarto la mina hasta un cierto punto, luego las salidas iban de allí muy lejos sin que se supiese donde. Habiendo entendido pues la solicitud de Tito, se propuso huir por las minas; pero habiendo dado con las guardias del Rey, determinó salvarse la vida. Algunos dicen que rodeándose el manto al cuello, y mandando á un esclavo que apretando con la rodilla en la cintura tirase con fuerza, haciéndolo este así, le detuvo el aliento y le ahogó; pero otros son de sentir que imitando á Temistocles y á Midas bebió sangre de toro. Livio refiere que llevando consigo un veneno, lo deslió, y que al tomar la taza prorumpió en estas palabras: Soseguemos el nimio cuidado de los Romanos, que han tenido por pesado é insufrible el esperar la muerte de un viejo desgraciado. Y á fe que no podrá hacer Tito le sea por nadie envidiada una victoria tan poco digna de serlo, y en la que tanto degeneró de sus mayores, que á Pirro, que

les hacia la guerra y los habia vencido, le dieron aviso de que iba á ser envenenado.

De este modo se dice haber muerto Anibal; mas dada la noticia al Senado, no pocos se declararon contra Tito, graduándole de nimiamente cuidadoso y cruel, en haber hecho morir á Anibal (que podia mirarse como una ave sin alas y sin plumas á causa de su vejez, á la que de compasion se deja vivir), cuando nadie le impelia á ello, y por solo el deseo de gloria para tomar nombre de aquella muerte; lo que todavia causaba mas maravilla, contraponiendo la mansedumbre y magnanimidad de Escipion Africano, el cual, habiendo derrotado á Anibal cuando todavia pasaba por invicto y por temible, no hizo que le desterraran, ni le reclamó de sus ciudadanos, sino que antes de la batalla conferenció con él dándole la mano; y despues de ella entró en tratados, sin haber intentado nada contra él mismo, ni haber insultado á su fortuna. Dicese que otra vez se habian encontrado en Efeso, y que al principio estándose paseando, Anibal tomó el lugar de mayor dignidad, y Escipion lo sufrió, y continuó en el paseo con la mayor naturalidad; y que luego haciéndose conversacion de los grandes capitanes, y pronunciando Anibal que el mayor capitan habia sido Alejandro, despues Pirro y el tercero él mismo, sonriéndose tranquilamente Escipion le replicó: Y si yo te venciese, ¿á lo que Anibal le habia contestado: Entonces, ó Escipion, no me pondré yo el tercero, sino que á ti te declararé el primero entre todos. Ensalzaban muchos estas particularidades de Escipion, y de aquí tomaban motivo para difamar á Tito, como que habia dado gran lanzada á hombre muerto. Mas habia algunos que alababan lo hecho, mirando á Anibal, mientras viviese, como un fuego que convenia apagar: porque ni aun cuando estaba en su vigor, eran su cuerpo ó sus manos lo que á los Romanos se hacia temible, sino su talento y su habilidad, juntamente con su odio ingénito y su desafecto; de las cuales cosas nada disminuye la vejez, sino que el carácter queda con las costumbres, y solo es la fortuna la que no permanece la misma; y aunque decaiga, siempre excita á nuevas empresas con la esperanza á los que son movidos del odio á hacer la guerra.

En lo cual los sucesos estuvieron despues de parte de Tito: ya en Aristónico, el hijo del guitarrero, que á causa de la gloria de Eumenes llenó el Asia toda de sediciones y de guerras; y ya en Mitridates, que despues de Sila y Fimbria y de grandes pérdidas de ejércitos y caudillos, volvió á levantarse terrible por tierra y por mar contra Luculo. Ni podia reputarse Anibal mas decaido que Cayo Mario, pues á aquel todavia le quedaban un rey por amigo, algunos medios, familia, y el ocuparse en naves, en caballos y en la disciplina de los soldados; cuando haciendo los Romanos burla de la fortuna de Mario, cautivo y mendigo en el Africa, al cabo de bien poco proscritos y azotados por él tenian que venerarle. Así nada hay grande ni pequeño en las cosas presentes respecto de lo futuro; sino que uno mismo es el fin de las mudanzas y el de la existencia. Por esto dicen algunos que no ejecutó Tito aquel hecho por sí mismo, y que fue enviado embajador con Lucio Escipion, sin que su embajada tuviese otro objeto que la muerte de Anibal. Y pues que mas adelante no tenemos noticia que hubiese otro suceso relativo á Tito, ni civil ni militar, habiéndole cabido una muerte pacífica y sosegada, tiempo es ya de que pasemos á la comparacion.

#### COMPARACION DE FILOPEMEN Y TITO FLAMINIO.

En la grandeza de los beneficios hechos á los Griegos no es posible comparar con Tito á Filopemen, ni á otros muchos todavia mas excelentes que Filopemen: porque con ser estos Griegos, fueron contra Griegos sus guerras; y las de Tito, que no lo era, en favor de los Griegos; y cuando, desconfiando Filopemen de poder defender á sus conciudadanos combatidos, se encaminó á Creta; entonces venciendo Tito en medio de la Grecia á Filipo dió la libertad á todas las naciones y á todas las ciudades. Si alguno se pusiera á hacer el exámen de las batallas de uno y otro, á mas Griegos dió muerte Filopemen siendo general de los Aqueos, que á Macedonios Tito auxiliando á los Griegos. En cuanto á los erro-

les hacia la guerra y los habia vencido, le dieron aviso de que iba á ser envenenado.

De este modo se dice haber muerto Anibal; mas dada la noticia al Senado, no pocos se declararon contra Tito, graduándole de nimiamente cuidadoso y cruel, en haber hecho morir á Anibal (que podia mirarse como una ave sin alas y sin plumas á causa de su vejez, á la que de compasion se deja vivir), cuando nadie le impelia á ello, y por solo el deseo de gloria para tomar nombre de aquella muerte; lo que todavia causaba mas maravilla, contraponiendo la mansedumbre y magnanimidad de Escipion Africano, el cual, habiendo derrotado á Anibal cuando todavia pasaba por invicto y por temible, no hizo que le desterraran, ni le reclamó de sus ciudadanos, sino que antes de la batalla conferenció con él dándole la mano; y despues de ella entró en tratados, sin haber intentado nada contra él mismo, ni haber insultado á su fortuna. Dicese que otra vez se habian encontrado en Efeso, y que al principio estándose paseando, Anibal tomó el lugar de mayor dignidad, y Escipion lo sufrió, y continuó en el paseo con la mayor naturalidad; y que luego haciéndose conversacion de los grandes capitanes, y pronunciando Anibal que el mayor capitan habia sido Alejandro, despues Pirro y el tercero él mismo, sonriéndose tranquilamente Escipion le replicó: Y si yo te venciese, ¿á lo que Anibal le habia contestado: Entonces, ó Escipion, no me pondré yo el tercero, sino que á ti te declararé el primero entre todos. Ensalzaban muchos estas particularidades de Escipion, y de aquí tomaban motivo para difamar á Tito, como que habia dado gran lanzada á hombre muerto. Mas habia algunos que alababan lo hecho, mirando á Anibal, mientras viviese, como un fuego que convenia apagar: porque ni aun cuando estaba en su vigor, eran su cuerpo ó sus manos lo que á los Romanos se hacia temible, sino su talento y su habilidad, juntamente con su odio ingénito y su desafecto; de las cuales cosas nada disminuye la vejez, sino que el carácter queda con las costumbres, y solo es la fortuna la que no permanece la misma; y aunque decaiga, siempre excita á nuevas empresas con la esperanza á los que son movidos del odio á hacer la guerra.

En lo cual los sucesos estuvieron despues de parte de Tito: ya en Aristónico, el hijo del guitarrero, que á causa de la gloria de Eumenes llenó el Asia toda de sediciones y de guerras; y ya en Mitridates, que despues de Sila y Fimbria y de grandes pérdidas de ejércitos y caudillos, volvió á levantarse terrible por tierra y por mar contra Luculo. Ni podia reputarse Anibal mas decaido que Cayo Mario, pues á aquel todavia le quedaban un rey por amigo, algunos medios, familia, y el ocuparse en naves, en caballos y en la disciplina de los soldados; cuando haciendo los Romanos burla de la fortuna de Mario, cautivo y mendigo en el Africa, al cabo de bien poco proscritos y azotados por él tenian que venerarle. Así nada hay grande ni pequeño en las cosas presentes respecto de lo futuro; sino que uno mismo es el fin de las mudanzas y el de la existencia. Por esto dicen algunos que no ejecutó Tito aquel hecho por sí mismo, y que fue enviado embajador con Lucio Escipion, sin que su embajada tuviese otro objeto que la muerte de Anibal. Y pues que mas adelante no tenemos noticia que hubiese otro suceso relativo á Tito, ni civil ni militar, habiéndole cabido una muerte pacífica y sosegada, tiempo es ya de que pasemos á la comparacion.

#### COMPARACION DE FILOPEMEN Y TITO FLAMINIO.

En la grandeza de los beneficios hechos á los Griegos no es posible comparar con Tito á Filopemen, ni á otros muchos todavia mas excelentes que Filopemen: porque con ser estos Griegos, fueron contra Griegos sus guerras; y las de Tito, que no lo era, en favor de los Griegos; y cuando, desconfiando Filopemen de poder defender á sus conciudadanos combatidos, se encaminó á Creta; entonces venciendo Tito en medio de la Grecia á Filipo dió la libertad á todas las naciones y á todas las ciudades. Si alguno se pusiera á hacer el exámen de las batallas de uno y otro, á mas Griegos dió muerte Filopemen siendo general de los Aqueos, que á Macedonios Tito auxiliando á los Griegos. En cuanto á los erro-

res, nacieron de ambicion los del uno, de obstinacion los del otro; y para el enojo y la ira el uno era pronto, el otro inexorable: así Tito á Filipo le conservó la dignidad del reino, y al cabo se compadeció de los Etolios; pero Filopemen á su misma patria la privó por enojo de los tributos de sus aldeas. El uno jamas faltaba á quienes habia hecho bien; y el otro por enfado estaba siempre pronto á borrar el reconocimiento; porque habiendo sido en un principio bienhechor de los Lacedemonios, despues les derribó las murallas, les taló los campos, y por fin les mudó y trastornó el gobierno; y aun parece que por enojo y obstinacion expuso y perdió la vida, entrándose en la Mesenia fuera de tiempo, y con menos reflexion de lo que convenia, no siendo como Tito, que en el mando calculaba mucho y consultaba sobre todo á la seguridad.

Por la muchedumbre de guerras y trofeos, la ciencia militar de Filopemen fue mucho mas acreditada: porque aquel la guerra contra Filipo la terminó en dos combates; pero este, habiendo salido vencedor en mil batallas, ningun asidero dejó á la fortuna para que se entendiese con su pericia. Por otra parte aquel tuvo á su disposicion el poder romano cuando estaba en su mayor apogeo; y este adquirió gloria con las débiles fuerzas de la Grecia cuando estaban en su declinacion: así los triunfos del uno fueron peculiares é individuales suyos; mientras que los del otro deben decirse propiamente públicos: por cuanto aquel mandaba valientes, y este los formó con su mando. Además los combates de Filopemen fueron con Griegos; lo que si fue una mala suerte, fue una irrefragable prueba de virtud; porque entre aquellos que en todo lo demas son iguales, el que se aventaja, es á la virtud á quien debe el vencimiento: así peleando con los mas aguerridos de los Griegos, los Cretenses y Lacedemonios, de los mas astutos triunfó con estratagemas, y de los mas fuertes con valor. Fuera de esto Tito venció con lo que ya existia, empleando las armas y la táctica que encontró; y Filopemen, introduciendo un nuevo orden en estas cosas en cambio del que habia: de manera que el uno inventó los medios de la victoria, y al otro le sirvieron los que exis-

tian. En cuanto á hechos propios y personales de guerra, de Filopemen hubo muchos y muy señalados; de Tito ninguno: así es que uno de los Etolios, Arquedamo, le motejó de que mientras él corria con la espada desenvainada contra los Macedonios que se le oponian, Tito se estaba parado con las manos levantadas al cielo haciendo plegarias.

Tito teniendo autoridad, ó siendo mandado de embajador, todo lo hizo bien y prósperamente; y Filopemen, siendo particular, no fue menos útil ó menos activo para los Aqueos que cuando fue su general: porque siéndolo, arrojó á Nabis de la Mesenia, y restituyó á los Mesenios la libertad; y de particular cerró al general Diófanes y á Tito las puertas de Esparta cuando iban contra ella, y salvó á los Lacedemonios. Era tan nacido para ser caudillo, que no solo imperaba segun las leyes, sino que sabia mandar á las leyes mismas para hacer lo que convenia: así no necesitaba recibir el mando de los que podian conferirlo; sino que se valia de ellos cuando la ocasion lo exigia: creyendo que mas bien era su caudillo el que pensaba en sus ventajas y provecho, que no el que era por ellos elegido. Y si debien ser tenidas por ilustres y generosas la equidad y humanidad de Tito para con los Griegos, mas generosos fueron todavía el valor y amor de la independencia manifestados por Filopemen contra los Romanos: porque mas fácil es hacer favor á los que lo piden, que resistir con teson á los poderosos. Examinadas pues todas las cosas, ya que no sea muy clara la preferencia, si dijéremos que al Griego debe adjudicarse la corona de la pericia militar, y al Romano la de la justicia y la probidad, parecerá que hemos acertado con lo que los distingue.

---

 PIRRO.

Refiérese que despues del diluvio fue Faeton el primero que reinó sobre los Tesprotos y Molosos, siendo uno de los que con Pelasgo vinieron al Epiro; pero otros afirman que

res, nacieron de ambicion los del uno, de obstinacion los del otro; y para el enojo y la ira el uno era pronto, el otro inexorable: así Tito á Filipo le conservó la dignidad del reino, y al cabo se compadeció de los Etolios; pero Filopemen á su misma patria la privó por enojo de los tributos de sus aldeas. El uno jamas faltaba á quienes habia hecho bien; y el otro por enfado estaba siempre pronto á borrar el reconocimiento; porque habiendo sido en un principio bienhechor de los Lacedemonios, despues les derribó las murallas, les taló los campos, y por fin les mudó y trastornó el gobierno; y aun parece que por enojo y obstinacion expuso y perdió la vida, entrándose en la Mesenia fuera de tiempo, y con menos reflexion de lo que convenia, no siendo como Tito, que en el mando calculaba mucho y consultaba sobre todo á la seguridad.

Por la muchedumbre de guerras y trofeos, la ciencia militar de Filopemen fue mucho mas acreditada: porque aquel la guerra contra Filipo la terminó en dos combates; pero este, habiendo salido vencedor en mil batallas, ningun asidero dejó á la fortuna para que se entendiese con su pericia. Por otra parte aquel tuvo á su disposicion el poder romano cuando estaba en su mayor apogeo; y este adquirió gloria con las débiles fuerzas de la Grecia cuando estaban en su declinacion: así los triunfos del uno fueron peculiares é individuales suyos; mientras que los del otro deben decirse propiamente públicos: por cuanto aquel mandaba valientes, y este los formó con su mando. Además los combates de Filopemen fueron con Griegos; lo que si fue una mala suerte, fue una irrefragable prueba de virtud; porque entre aquellos que en todo lo demas son iguales, el que se aventaja, es á la virtud á quien debe el vencimiento: así peleando con los mas aguerridos de los Griegos, los Cretenses y Lacedemonios, de los mas astutos triunfó con estratagemas, y de los mas fuertes con valor. Fuera de esto Tito venció con lo que ya existia, empleando las armas y la táctica que encontró; y Filopemen, introduciendo un nuevo orden en estas cosas en cambio del que habia: de manera que el uno inventó los medios de la victoria, y al otro le sirvieron los que exis-

tian. En cuanto á hechos propios y personales de guerra, de Filopemen hubo muchos y muy señalados; de Tito ninguno: así es que uno de los Etolios, Arquedamo, le motejó de que mientras él corria con la espada desenvainada contra los Macedonios que se le oponian, Tito se estaba parado con las manos levantadas al cielo haciendo plegarias.

Tito teniendo autoridad, ó siendo mandado de embajador, todo lo hizo bien y prósperamente; y Filopemen, siendo particular, no fue menos útil ó menos activo para los Aqueos que cuando fue su general: porque siéndolo, arrojó á Nabis de la Mesenia, y restituyó á los Mesenios la libertad; y de particular cerró al general Diófanes y á Tito las puertas de Esparta cuando iban contra ella, y salvó á los Lacedemonios. Era tan nacido para ser caudillo, que no solo imperaba segun las leyes, sino que sabia mandar á las leyes mismas para hacer lo que convenia: así no necesitaba recibir el mando de los que podian conferirlo; sino que se valia de ellos cuando la ocasion lo exigia: creyendo que mas bien era su caudillo el que pensaba en sus ventajas y provecho, que no el que era por ellos elegido. Y si debien ser tenidas por ilustres y generosas la equidad y humanidad de Tito para con los Griegos, mas generosos fueron todavía el valor y amor de la independencia manifestados por Filopemen contra los Romanos: porque mas fácil es hacer favor á los que lo piden, que resistir con teson á los poderosos. Examinadas pues todas las cosas, ya que no sea muy clara la preferencia, si dijéremos que al Griego debe adjudicarse la corona de la pericia militar, y al Romano la de la justicia y la probidad, parecerá que hemos acertado con lo que los distingue.

---

 PIRRO.

Refiérese que despues del diluvio fue Faeton el primero que reinó sobre los Tesprotos y Molosos, siendo uno de los que con Pelasgo vinieron al Epiro; pero otros afirman que

Deucalion y Pirra, edificando el templo de Dodona, habitaron allí entre los Molosos. Mas adelante Neoptolemo, el hijo de Aquiles, trasladándose á aquella parte con su pueblo, se apoderó del pais, y dejó una sucesion de reyes que de el provienen, llamados los Pirridas, porque de niño se le dió el sobrenombre de Pirro; y á uno de los hijos legitimos que tuvo de Lanasa, la de Cleodio, que fue hijo de Hilo, le puso tambien este nombre; y desde entonces se tributaron en el Epiro honores divinos á Aquiles, apellidándole *Aspeto*, ó inimitable con una voz propia de la lengua del pais. Los reyes intermedios, despues de los primeros, cayeron en la barbarie, y ninguna memoria quedó de su poder; y sus hechos hasta Tarruta, que se dice haber sido el primero que civilizando las ciudades con las costumbres y letras griegas, y con leyes benéficas, adquirió cierto renombre. De Tarruta fue hijo Alcetas, de Alcetas Arubas, y de Arubas y Troade Eacidas. Casó este con Ftia, hija de Menon el Tesaliano, varon que se ganó gran reputacion con motivo de la guerra Lamiaca, y tuvo, segun refiere Leones, la mayor autoridad entre los aliados. De Ftia tuvo Eacidas dos hijas, Dudamia y Troya, y un hijo, que fue Pirro.

Subleváronse los Molosos, y arrojaron del trono á Eacidas, llamando á él á los hijos de Neoptolemo. Muchos de los amigos de Eacidas perecieron en la insurreccion; pero Androclides y Angelo, ocultando á Pirro, todavía muy niño, á quien con ansia buscaban los enemigos, pudieron evadirse, llevando por fuerza en su compañía á algunos esclavos y á las mujeres que servian á aqueleleamas. La fuga por esta causa era dificultosa y tardía, y como fuesen alcanzados, entregaron el niño á Androcleon, Hipian y Neandro, jóvenes de confianza y valor, encargándoles que huyeran á toda prisa hasta entrar en Megara de Macedonia. Ellos en tanto, ora con ruegos y ora peleando, lograron contener á los que los perseguian hasta bien entrada la tarde; y despues que á tanta costa los hubieron rechazado, fueron á juntarse con los que llevaban á Pirro. Cuando puesto el sol se creian en el término de su esperanza, decayeron repentinamente de ella arribando al rio que pasa por junto á la ciudad, hallán-

dole amenazador y soberbio, y que de ninguna manera daba paso á los que lo intentaban: por cuanto llevaba gran caudal de aguas, y estas muy turbias con motivo de haber llovido mucho; y ademas las tinieblas todo lo hacian mas temible. Desconfiaron pues de poder ellos solos salvar al niño y á las mujeres que le criaban; mas habiendo sentido que al otro lado habia algunas gentes del pais, les pedian auxilio para pasar, mostrándoles á Pirro, y clamando y suplicando. Los otros nada oian por la rapidez y ruido del rio, perdiéndose el tiempo mientras los unos gritaban, y los otros no entendian; hasta que parándose uno á meditar le ocurrió separar la corteza interior de una encina, y escribir en ella con el clavo de una evilla letras que refiriesen el apuro en que se hallaban, y la suerte de aquel niño. Rodéala despues á una piedra, para que con esta se diese impulso al tiro, y así la puso al otro lado: aunque otros dicen que la tiró rodeada al cuento de una lanza. Luego que leyeron lo escrito, y se enteraron de la urgencia, cortaron algunos troncos, y juntándolos entre sí pasaron á la otra orilla, é hizo la casualidad que el primero que pasó, llamado Aquiles, fue el que tomó el niño: los demas pasaron asimismo á los que se les presentaron.

Habiéndose salvado y evitado la persecucion de esta manera se dirigieron al Ilirio á casa del Rey Glauquias, y hallándolo en ella sentado con su mujer, pusieron el niño en el suelo en medio de ellos. Empezó el Rey á concebir temor de Casandro, que era enemigo de Eacidas, y así estuvo largo rato en silencio consultado entre sí: en esto Pirro, yéndose á él á gatas por impulso propio, le cogió el manto con las manos, y levantándose arrimado á las rodillas del mismo Glauquias, primero se echó á reir, y despues puso un semblante triste, como de quien ruega y se halla en afliccion, prorumpiendo en lloro. Algunos dicen que no se echó á los pies de Glauquias, sino que se arrimó al ara de los Dioses, y que se puso en pie asido de ella con las manos, lo que Glauquias habia tenido á gran prodigio. Hizo pues entrega de Pirro á su mujer, encargándole le criara con sus hijos; y reclamándole de allí á poco los enemigos no le entregó,

aunque Casandro le ofrecia doscientos talentos; sino que cuando ya tuvo doce años le acompañó al Epiro con tropas, y le hizo reconocer por Rey. Resplandecia en el semblante de Pirro la dignidad regia; sobresaliendo mas sin embargo lo temible que lo magestuoso. No tenia el número de dientes que los demas; sino que arriba tenia un solo hueso seguido, en el que como con líneas delgadas estaban aquellos designados. Dicese que tenia virtud para curar á los que padecian del bazo, sacrificando un gallo blanco, y fricando en tanto con el pie derecho el bazo del doliente, que debia estar tendido boca arriba; y ninguno era tan pobre ni tan desvalido que no participara de esta gracia, si se presentaba á pedirla. Tomaba en premio un gallo despues del sacrificio, y lo estimaba en mucho. Dicese asimismo que el dedo grueso del pie tenia igualmente una virtud divina; de manera que quemado el cuerpo despues de su muerte, el dedo se encontró ileso é intacto del fuego; mas de esto despues.

A la edad de diez y siete años, creyéndose bastante asegurado en el reino, se le ofreció un viaje, con motivo de haber de casarse uno de los hijos de Glauquias con quienes se habia criado; y sublevándose otra vez los Molosos, desterraron á sus amigos, se apoderaron de sus bienes, y se pusieron en manos de Neoptolemo. Pirro despojado así del reino, y falto absolutamente de todo, se entregó á Demetrio, hijo de Antígono, casado con su hermana Deidamia, la cual, siendo todavía muy jóven, estuvo destinada para mujer de Alejandro, hijo de Rojana; pero como esto hubiese caído en infortunio, hallándose ya en edad, se casó con ella Demetrio. En la gran batalla de Ipsos, en que combatieron todos los Reyes del país, tuvo tambien parte Pirro en auxilio de Demetrio, siendo todavía muy mozo; y habiendo rechazado á los que se le opusieron, se distinguió gloriosamente entre los combatientes. Vencido Demetrio, no le abandonó, sino que le mantuvo fieles las ciudades que tenia en Grecia; y como ajustasen tratados con Tolomeo, él mismo se dió en rehenes, partiendo con esta calidad para Egipto. Dióle allí á Tolomeo en la caza y en los ejercicios de la palestra brillantes muestras de robustez y sufrimiento; y observando que Berenice era la que

tenia mas poder, y la que en virtud y prudencia se aventajaba á las demas mujeres de este, se dedicó á obsequiarla con particularidad. Sabia con oportunidad, y cuando el caso lo pedia, ceder á la voluntad de los poderosos, así como desdeñaba á los inferiores; y siendo por otra parte arreglado y moderado en su conducta, entre muchos jóvenes de los principales fue escogido para casarse con Antígona, una de las hijas de Berenice, tenida de Filipo antes de enlazarse con Tolomeo.

Gozando de mayor reputacion todavía despues de este matrimonio, y viviendo al lado de su mujer Antígona, á quien amaba, negoció que se le enviara al Epiro con tropas y caudales á recuperar el reino. Fue su llegada á gusto de muchos, por lo mal visto que estaba Neoptolemo á causa de su injusto y tiránico gobierno; mas con todo por miedo de que Neoptolemo se ligara con algunos de los otros Reyes, ajustó con él paz y amistad, conviniendo en reinar juntos. Andando el tiempo habia quien ocultamente trataba de indisponerlos, suscitando sospechas de uno á otro; pero la causa que mas principalmente movió á Pirro se dice haber dimanado de lo siguiente. Tenian por costumbre los Reyes, sacrificando al Dios Marte en Pasaron, que era un territorio de la Molotide, prometer á los Epiros bajo juramento que reinarian segun las leyes, y estos á su vez que segun las mismas guardarían el reino. Concurrieron al acto los dos Reyes, asistidos cada uno de sus amigos, dando y recibiendo recíprocamente muchos presentes. Gelon pues, uno de los partidarios mas zelosos de Neoptolemo, saludando á Pirro con la mayor fineza, le hizo el regalo de dos yuntas de bueyes de labor. Mirtilo, uno de los capitanes de Pirro, que se hallaba presente, los pidió á este, que no vino en dárselos á él sino á otro; y habiéndolo sentido vivamente, no se le ocultó á Gelon esta circunstancia. Convidóle á comer, y aun segun algunos refieren, siendo un jóven de buena figura, abusó de él entre los brindis, y moviéndole conversacion del suceso, le exhortó á que abrazase el partido de Neoptolemo, y quitase la vida á Pirro con un veneno. Mirtilo afectó prestarse á la tentacion, aplaudiendo y mostrándose persuadido; pero dió de ello parte á Pirro; y de órden de este presentó al

gefe de los coperos Alejicrates, ante el mismo Gelon, como que habia de auxiliarles en el hecho; y es que Pirro queria que fuesen muchos los que pudieran servir al convencimiento de aquella maldad. Engañado Gelon de esta manera, fue todavía mas engañado Neoptolemo: el cual, dando por supuesto que la asechanza iba adelante, no pudo contenerse con el placer, y lo divulgó entre los amigos. Ademas, comiendo una vez en casa de su hermana Cadmia, se le fue sobre ello la lengua, creyendo que nadie lo escuchaba, porque ninguno otro estaba cerca sino Fenareta, mujer de Samon, mayoral de los rebaños y vacadas de Neoptolemo; y esta, que se hallaba echada en la cama detras de un tabique intermedio, les pareció que dormia. Enteróse de todo, sin que pudieran conocerlo, y á la mañana se fué á dar con Antígona, mujer de Pirro, á quien refirió todo lo que Neoptolemo habia dicho á la hermana. Sabedor de ello Pirro, por entonces nada hizo; pero en un sacrificio, habiendo convidado al banquete á Neoptolemo, le quitó la vida; asegurado ya de que los principales de los Epirotas estaban de su parte, y aun le excitaban á que se deshiciese de Neoptolemo, y no se contentara con tener una pequeña parte del reino, sino que hiciera uso de su índole emprendiendo cosas grandes; y que pues habia ya aquella sospecha se adelantara á Neoptolemo, quitándolo de en medio.

Teniendo siempre en memoria á Berenice y Tolomeo, á un niño que tuvo de Antígona, le impuso este nombre; y habiendo edificado una ciudad en la península del Epiro, la llamó Bereniceida. Despues de esto, trayendo y revolviendo en su ánimo muchas y grandes ideas, y aun teniendo concebidas de antemano esperanzas sobre los pueblos inmediatos, encontró para ingerirse en los negocios de Macedonia el pretexto de haber Antipatro, hijo mayor de Casandro, dado muerte á su madre Tesalónica, y hecho huir á su hermano Alejandro; el cual envió á suplicar á Demetrio que le socorriese, llamando tambien en su auxilio á Pirro. Deteniase Demetrio por otras atenciones; y presentándose Pirro, le pidió por premio de su alianza la Ninfæa, y la parte litoral de la Macedonia, y de los pueblos agregados á Ambracia,

Acarrania y Anfiloquia. Cedióselo todo aquel jóven, y él lo ocupó, poniendo guarniciones, y adquirió para Alejandro todo lo demas de que pudo desposeer á Antipatro. El Rey Lisimaco, aunque no le faltaba en que entender, deseaba ardientemente venir en auxilio de este, y estando cierto de que Pirro en nada desagradaria, ni negaria nada á Tolomeo, le remitió una carta supuesta á nombre de este, en que le prevenia se retirase de la expedicion por trescientos talentos que recibiria de Antipatro. Abrió Pirro la carta, y al punto conoció el engaño, porque la cortesía no era la acostumbrada: *el padre al hijo salud; sino el Rey Tolomeo al Rey Pirro salud*. No dejó pues de reconvenir á Lisimaco; mas sin embargo convino en la paz, y se habian reunido, como si sacrificando victimas fueran á confirmar los tratados con juramento. Habianse traído un macho de cabrío, un toro y un carnero; y como este se muriese por sí, á todos los demas les causó risa aquel suceso; pero el agorero Teodoro prohibió á Pirro que jurase, diciendo que aquel prodigio anunciaba la muerte de uno de los tres Reyes; asi Pirro se apartó de la paz por esta causa. Cuanto ya los negocios de Alejandro tomaban consistencia, acudió Demetrio; y como se presentaba á asistir al que no le habia menester, desde luego dió que rezelar; pero á bien pocos dias de haberse reunido, por mutua desconfianza se armaron asechanzas uno á otro. Espió la oportunidad Demetrio, y adelantándose al jóven, le quitó la vida, declarándose Rey de Macedonia. Tenia ya antes de aquella época quejadas contra Pirro, y habia hecho incursiones en la Tesalia; todo lo que se agregaba la natural enfermedad de los poderosos, que es la ambicion desmedida, por la cual habia venido á ser entre ellos la vecindad muy recelosa y desconfiada, especialmente despues de la muerte de Deidamia; mas cuando ya ambos poseyeron la Macedonia, y vinieron á coincidir en un mismo punto de codicia, teniendo la discordia mas visibles causas, acometió Demetrio á los Etolios: venciólos, y dejando allí á Pantauco con bastantes fuerzas, marchó él mismo contra Pirro; y Pirro contra él apenas lo llegó á entender. Hubo equivocacion en el camino, y se desviaron el uno del otro; y Demetrio, pene-

trando en el Epiro, lo asolaba; pero Pirro, cayendo sobre Pantauco, se dispuso á presentarle batalla. Trabada esta, era terrible el combate entre los soldados, y mucho mas entre los gefes: porque Pantauco, que en valor, en firmeza de brazo, y en robustez de cuerpo era sin disputa el primero entre los caudillos de Demetrio, sobrándole ademas el arrojo y altivez, provocaba á Pirro á singular combate; y este, que en fortaleza y reputacion no cedia á ninguno de los Reyes, y que aspiraba á acreditar que la gloria de Aquiles no tanto le era propio por linaje como por virtud, corria por medio de los enemigos en busca de Pantauco. Combatieronse primero con las lanzas; pero viniendo despues á las manos, hicieron uso con maña y con fuerza de las espadas; y recibiendo Pirro una herida, y dando dos, una en un muslo y otra en el cuello, rechazó y derribó á Pantauco; aunque no le acabó de matar, porque sus amigos le retiraron. Alentados los Epirotas con la victoria de su Rey, y admirados de su valor, rompieron y desbarataron la falange de los Macedonios; siguiéronles el alcance en la fuga, y dieron muerte á muchos, tomando vivos á cinco mil.

Este combate no produjo en los Macedonios tanto odio y encono contra Pirro por lo que en él sufrieron, como gloria y admiracion de su virtud; dando ocasion de hablar de ella á los que vieron sus hazañas, y á los que le trataron despues de la batalla. Porque les parecia que su aspecto, su prontitud y sus movimientos eran los mismos que los de Alejandro; que veian en este sombras é imitaciones de aquel ímpetu y aquella violencia en los combates; y que si los demas Reyes remedaban á Alejandro en la pureza, en las guardias, en llevar torcido el cuello, y en hablar alto, solo Pirro lo representaba en las armas y en el esfuerzo. De su pericia y habilidad en la táctica y en la estrategia pueden verse pruebas en los comentarios que sobre estos objetos nos dejó escritos. Dicese ademas que preguntado Antígono quién era el mejor capitan, habia respondido, Pirro en siendo mas viejo: bien que no habló, sino de los de su edad; pero Anibal, hablando en general de todos los capitanes, en pericia y destreza puso el primero á Pirro, el segundo á Escipion, y

el tercero á sí mismo, como dijimos en la vida de Escipion. Finalmente Pirro en esto fue en lo que se ocupó siempre, y á esto dedicó su atencion, como á la doctrina mas propia de los Reyes, no dando ningun precio á las demas artes y habilidades. Así se refiere que preguntado en un festin cuál era mejor flautista, si Piton ó Calisia, contestó: Polipercon es el mejor capitan: como si esto solo fuera lo que le estaba bien inquirir y saber á un Rey. Era sin embargo para los que le trataban afable, y nada fácil á irritarse; así como activo y vehemente para la gratitud y reconocimiento. De aquí es que habiendo muerto Eropo, se mostró muy pesadoso, diciendo que este habia sucumbido á la mortalidad; pero él quedaba con el disgusto, y se reprendia á sí mismo, de que pensándolo y difiriéndolo siempre no habia pagado sus servicios: porque los réditos pueden pagarse á los herederos de los que dieron prestado; pero el retorno de los favores, si no se hace á los que pueden sentirlo y apreciarlo, se torna en afliccion del hombre recto y justo. Proponíale en Ambracia algunos que detersen se á un hombre desvergonzado y maldiciente contra él, pero les respondió, nada de eso, mejor es que se quede así, porque vale mas que me difame entre nosotros que ser los pocos, que no que yendo por ese mundo, me desacredite con todos los hombres. Reprendiendo á unos jóvenes que en un festin le habian insultado, les preguntó: ¿si era cierto que habian proferido aquellas injurias? y como uno de ellos respondiese, esas mismas, ó Rey, y aun habiamos proferido mas, si hubiéramos tenido mas vino, respondiéndose á reir, los dejó ir libres.

Casóse, por miras de adelantar sus negocios y su poder, con muchas mujeres despues de la muerte de Antígona: porque se enlazó con la hija de Autoleonte, Rey de la Peonia; con Bircena, hija de Bardiles, Rey de los Ilirios; y con Lanasa, hija de Agatocles, Rey de Siracusa, que le llevó en dote la ciudad de Corfú, tomada por Agatocles. De Antígona tuvo en hijo á Tolomeo; de Lanasa á Alejandro; y á Heleño, el mas jóven entre los hermanos, de Bircena. A todos los formó excelentes en las armas y sumamente fogosos, excitados á esto por él apenas nacidos. Así se dice que pregun-

tado por uno de ellos, todavía muchacho, que á quien dejaria el reino, le respondió: A aquel de vosotros que tenga mas afilada la espada; lo que en nada se diferencia de aquella maldicion trágica dirigida á unos hermanos:

Partais la hacienda con el hierro agudo;

¡tan antisociales y feroces son los designios de la ambicion!

Restituido Pirro á su reino celebró la anterior batalla con grande regocijo, volviendo lleno de gloria y de engrandecimiento; y dándole los Epirotas el nombre de águila: Por vosotros, les dijo, soy águila; ¿y cómo no lo seré elevado en alto como con alas por vuestras armas? De allí á poco tiempo, sabiendo que Demetrio se hallaba peligrosamente enfermo, invadió repentinamente la Macedonia como para hacer correrías y talar el pais; y estuvo en poco el que se apoderase de todo, y ocupase sin contradiccion el reino, llegando hasta Edesa, sin que nadie le resistiese, y antes reuniéndosele muchos, y peleando á sus órdenes. Dió el peligro á Demetrio un aliento superior á sus fuerzas, y agregando sus amigos y generales gran copia de gente en poco tiempo, se fueron resuelta y denodadamente contra Pirro. Este, que habia venido para recoger botin, mas que para otra cosa, no los aguardó, sino que se puso en retirada, en la que perdió parte de sus tropas, persiguiéndole los Macedonios. Y aunque no por haberle tan fácil y prontamente arrebatado de su pais se descuidó ya Demetrio; con todo teniendo resuelto emprender grandes cosas, y recuperar el imperio eterno con cien mil hombres y quinientas naves, no creyó conveniente enredarse con Pirro, ni dejar á los Macedonios un vecino activo y peligroso: por lo que no pudiendo detenerse á hacerle la guerra, determinó ajustar paz con él, para marchar contra los otros Reyes. Hechos los tratados, y descubierta la idea de Demetrio por los mismos preparativos, temerosos los Reyes enviaron embajadores y cartas á Pirro, diciéndole extrañaban mucho que abandonando la oportunidad que tenia en la mano, esperase la de Demetrio para hacerle la guerra, y que pudiendo arrojarle de la Macedonia, mientras causaba sustos y los recibia, aguardara á tener que conténder con él, de-

sembarazado ya y con mayor poder, en defensa de los templos y sepulcros de los Molosos; y esto cuando poco antes le habia arrebatado á Corfú juntamente con la mujer: porque Lanasa, disgustada con Pirro, porque mostraba mas aficion á las mujeres bárbaras, se habia retirado á Corfú, y aspirando á otro matrimonio regio habia llamado á Demetrio, sabedora de que era mas inclinado que los otros Reyes á enlazarse con muchas mujeres; y él, acudiendo al llamamiento, se habia enlazado con Lanasa, y habia dejado guarnicion en la ciudad.

Al mismo tiempo que los Reyes escribian así á Pirro, trataban por sí de molestar á Demetrio, ocupado todavia en sus preparativos: para ello Tolomeo, embarcándose con grandes fuerzas, hizo que se le rebelaran las ciudades griegas; y Lisimaco, entrando por la Tracia, talaba la Macedonia superior. Con esto, puesto tambien Pirro en movimiento, marchó contra Berea con esperanza, como sucedió, de que Demetrio, yendo á oponerse á Lisimaco, dejaria desamparada la region inferior. Parecióle aquella noche que habia sido llamado entre sueños por Alejandro el Grande; y que habiendo acudido, le habia visto enfermo en cama; pero le habia hablado con amor y aprecio, prometiendo auxiliarle eficazmente; y que habiéndose atrevido á preguntarle, ¿Y cómo, ó Rey, podras auxiliarme estando enfermo? le habia contestado: Con mi nombre, y cabalgando sobre el caballo Niseo habia marchado delante de él. Alentóse mucho con esta vision, y sin perder momento, ni detenerse en el camino, tomó á Berea; y acampando allí la mayor parte del ejército, sujetó lo restante de la region por medio de sus generales. Demetrio, luego que tuvo de ello noticia, y observó que en el campamento de los Macedonios se movia una sediccion de mal carácter, temió ir mas adelante, no fuese que estos, teniendo cerca á un Rey que era Macedonio, y gozaba de reputacion, se pasasen á él; por lo cual, mudando de direccion, marchó contra Pirro, que era forastero, y á quien aborrecian los Macedonios. Mas despues que se acampó allí cerca, pasando á los reales muchos de Berea, celebraban á Pirro como varon invencible, y muy aventajado en las armas; y como muy benigno y humano para con

los cautivos. Habia tambien algunos, enviados insidiosamente por Pirro, que fingiéndose Macedonios, esparcian voces de que aquel era el tiempo de abandonar á Demetrio, hombre intratable, y pasarse á Pirro, que era popular, y muy amante del soldado. Alborotose con esto la mayor parte del ejército, y hacian diligencias por ver á Pirro. Justamente cuando esto sucedió tenia quitado el morrion; pero dando en lo que aquello era, se le puso, y fue conocido en el penacho sobresaliente y en la cimera, que eran unas astas de macho cabrío; con lo que hubo Macedonios que corrieron á él pidiéndole la seña; y algunos se coronaron con ramas de encina, porque así habian visto coronados á los que se hallaban con Pirro; y aun hubo quienes se atrevieron á proponer al mismo Demetrio que lo mejor que podria hacer seria ceder y abandonar el puesto. Advirtiéndole que con esta proposicion conformaba el movimiento del ejército, entró en temor, y se marchó ocultamente, disfrazándose con un vil sombrero y una mala capa. Entonces Pirro, dirigiéndose al campamento, le tomó sin oposicion, y fue aclamado Rey de los Macedonios.

Presentósele en esto Lisimaco, y como le expusiese que habia sido obra de ambos la ruina de Demetrio, y manifestase deseo de que dividiesen el reino; Pirro, que no tenia todavía gran confianza en la fidelidad de los Macedonios, sino que mas bien estaba rezeloso de ellos, admitió la proposicion de Lisimaco, y se repartieron entre sí todo el territorio y las ciudades. Llenó esto en aquellos momentos los deseos, y puso término entre ellos á la guerra; pero al cabo de bien poco conocieron que lo que habian creído fin de la enemistad, no era sino principio de quejas y de discordia: porque aquellos, á cuya ambicion, ni el mar, ni los montes, ni los desiertos son suficiente término, y á cuya codicia no ponen coto los límites que separan la Europa del Asia, no puede concebirse como estarán en quietud, rozándose y tocándose continuamente; sino que es preciso que se hagan siempre la guerra, siéndoles ingénilo el armarse asechanzas, y tenerse envidia. Así es que de estos dos nombres, guerra y paz, hacen uso como de la moneda, para lo que les es útil, no para lo justo; y debe considerarse que son mejores cuando abierta y fran-

camente hacen la guerra, que no cuando al abstenerse y hacer pausas en la violencia le dan los nombres de justicia y amistad. Vióse esto bien claro en Pirro; quien para oponerse de nuevo al aumento de Demetrio, y reprimir su poder, que como de una grave enfermedad iba convaleciendo, dió auxilio á los Griegos, pasando para ello á Atenas. Subió pues al alcázar, é hizo sacrificio á la Diosa; y bajando en el mismo dia, les dijo estar muy satisfecho del amor y benevolencia del pueblo; pero que si tenian juicio no volverian nunca á permitir á ningun Rey el entrar en la ciudad, ni le abririan las puertas. Asentó luego paces con Demetrio; y como de allí á poco tiempo pasase este al Asia, incitado de nuevo por Lisimaco, le sublevó la Tesalia, é hizo la guerra á las guarniciones griegas, ya porque le iba mejor con los Macedonios, cuando los tenia ejercitados en la milicia, que cuando estaban ociosos; y ya sobre todo porque no era su genio de estarse nunca quieto. Por último vencido Demetrio en la Siria, como Lisimaco quedase libre de miedo y de otras atenciones, al punto marchó contra Pirro. Hallábase este acuartelado en Edesa, y echándose sobre las provisiones que le llevaban, con interceptárselas le puso ya en grande apuro: despues por escrito y de palabra empezó á sobornarle á los principales de los Macedonios, echándoles en cara que hubiesen escogido por señor á un extranjero, descendiente de los que siempre habian servido á los Macedonios, y arrojaran de esta region á los amigos y deudos de Alejandro. Como fuesen ya muchos los sobornados, entró en temor Pirro, y se retiró con las tropas del Epiro y de los aliados, perdiendo la Macedonia del mismo modo que la habia adquirido. No tienen pues los Reyes que quejarse de los pueblos si se mudan y buscan su conveniencia, porque en esto no hacen mas que imitarlos, siendo ellos mismos sus maestros de deslealdad y traicion, y quienes les enseñan, que el que mas gana es el que menos consideracion tiene á la justicia.

Retirado entonces Pirro al Epiro, abandonando ya la Macedonia, le ofreció la fortuna el poder gozar de lo presente sin inquietudes; y vivir en paz gobernando su propio reino; pero para él el no causar daño á otros ni recibirle de

ellos á su vez era un tormento; y en cuanto al reposo le sucedia como á Aquiles,

Que en él su corazon se consumia  
Allí encerrado; y todo su deseo  
Eran las huestes y la cruda guerra.

Aspirando pues á ella, tuvo para entrar en nuevas empresas la ocasion siguiente. Hacian los Romanos la guerra á los Tarrentinos; y estos no pudiendo ni hacer frente á ella ni ponerle término, por el acaloramiento y malignidad de sus demagogos, acordaron nombrar por su general, y hacer tomar parte en esta guerra á Pirro, el mas distraido entonces entre los Reyes, y el mas aguerrido de todos los capitanes. De los ancianos y los hombres de juicio algunos se opusieron á esta resolucion; pero tuvieron que ceder á la gritería y alboroto de la muchedumbre; y otros en vista de esto desertaron de las juntas. Habia un hombre moderado llamado Meton, y este llegado el dia en que habia de confirmarse el decreto, cuando ya el pueblo lo estaba congregado, tomando una corona de la noche anterior y un farol, como si estuviese beodo, se dirigió acompañado de una tañedora de flauta á la junta del pueblo. Allí como sucede en tales juntas populares, no habiendo orden al principio, los unos al verle empezaron á dar gritos, los otros se oían, y nadie le oponia estorbo, y antes bien algunos decian que la mujer tocase, y que él pasando adelante cantase, que parecia iba á ejecutar: impuesto pues silencio: Tarrentinos, les dijo, haceis muy bien en divertirlos y en regalarlos mientras os es permitido, sin poner obstáculos á quien de ellos guste: por tanto si teneis juicio gozareis ahora de vuestra libertad, como que otros negocios, otra vida y otra dieta os esperan luego que Pirro llegue á la ciudad. Logró con estas cosas persuadir á la mayor parte de los Tarrentinos, y por toda la junta corrió el murmullo de que decia muy bien; pero los que temian á los Romanos, y el ser entregados á ellos si se hacia la paz, afrentaban al pueblo porque se dejaba burlar y escarnecer tan vergonzosamente, con lo que hicieron salir de allí á Meton. Confirmado de esta manera el decreto, enviaron em-

bajadores al Epiro, que llevaron presentes á Pirro, no solo de su parte, sino de los demas de Italia, y manifestaron que lo que necesitaban era un general experto y acreditado. Tenian ademas grandes fuerzas del pais de los Lucanos, Messapios, Samnites y Tarrentinos hasta veinte mil caballos, y de infantes en todo trescientos y cincuenta mil hombres: cosas que no solo inflamaron á Pirro, sino que á los mismos Epirotas les inspiraron deseos y empeño por ser de la expedicion. Vivía en aquella época un Tesaliano llamado Cineas, hombre de bastante prudencia y juicio, que habia sido discípulo de Demóstenes el orador, y que solo entre los oradores de su tiempo representaba como en imagen á los que le oían la fuerza y vehemencia de este. Estaba en compañía de Pirro, y enviado por él á las ciudades, confirmaba el dicho de Eurípides de que la palabra lo vence todo,

É iguala en fuerza al enemigo acero.

Así solia decir Pirro que mas ciudades habia adquirido por los discursos de Cineas que por sus armas; y siempre le honraba, y se valia de él con preferencia entre los demas. Cineas pues como viese á Pirro acalorado con la idea de marchar á la Italia, en ocasion de hallarse desocupado le movio esta conversacion: Dicese, ó Pirro, que los Romanos son guerreros, é imperan á muchas naciones belicosas: por tanto si Dios nos concediese sujetarles, ¿qué fruto sacaríamos de esta victoria? Y que Pirro le respondió: Preguntas, ó Cineas, una cosa bien manifiesta: porque vencidos los Romanos, ya no nos queda allí ciudad ninguna, ni bárbara ni griega que pueda oponérseles; sino que inmediatamente seremos dueños de toda la Italia, cuya extension, fuerza y poder menos pueden ocultarse á ti que á ningun otro. Detúvose un poco Cineas, y luego continuó: Bien, ¿y tomada la Italia, ó Rey, qué haremos? y Pirro, que todavia no echaba de ver adonde iba á parar; Allí cerca, le dijo, nos alarga las manos la Sicilia, isla rica, muy poblada y fácil de tomar: porque todo en ella es sedicion, anarquía de las ciudades, é impudencia de los demagogos desde que faltó Agatocles. Tiene bastante probabilidad lo que propones, contestó Ci-

neas; ¿pero será ya el término de nuestra expedición tomar la Sicilia? Dios nos dé vencer y triunfar, dijo Pirro, que tendremos mucho adelantado para mayores empresas: porque ¿quién podría no pensar después en el Africa y en Cartago, que no ofrecía dificultad, pues que Agatocles, siendo un fugitivo de Siracusa, y habiéndose dirigido á ella oculta-mente con muy pocas naves, estuvo casi en nada el que la tomase? y dueños de todo lo referido, ¿podrá haber alguna duda en que nadie nos opondrá resistencia de los enemigos que ahora nos insultan? Ninguna, replicó Cineas; sino que es muy claro que con facilidad se recobrará la Macedonia, y se dará la ley á la Grecia con semejantes fuerzas; pero después que todo nos esté sujeto ¿qué haremos? Entonces Pirro, echándose á reír, descansaremos largamente, le dijo, y pasando la vida en continuos festines y en mutuos coloquios nos holgaremos. Después que Cineas trajo á Pirro á este punto de la conversacion: ¿Pues quién nos estorba, le dijo, si queremos el que desde ahora gocemos de esos festines y coloquios, supuesto que tenemos sin afán esas mismas cosas á que habremos de llegar entre sangre y entre muchos y grandes trabajos y peligros, haciendo y padeciendo innumerables males? Pero Cineas con este discurso mas bien mortificó que corrigió á Pirro; pues aunque entró en cuenta del gran sosiego que se esperaba, no fue dueño de renunciar á la esperanza de los proyectos y empresas á que estaba decidido.

Empezó pues por enviar en auxilio de los Tarentinos á Cineas, que llevó consigo tres mil soldados: después traídos de Tarento muchos transportes para caballos, naves armadas y toda especie de buques, embarcó veinte elefantes, tres mil caballos, veinte mil infantes, dos mil arqueros, y honderos quinientos. Cuando todo estuvo á punto, se hizo á la vela; y hallándose ya en medio del mar Jonia, fue arrebatada violentamente la escuadra de un recio Boreas que á deshora se levantó; y lo que es él mismo pudo, aunque no sin dificultad y trabajo, ser llevado á la orilla y arrimado á tierra por la industria y cuidado de los pilotos y marineros; pero la escuadra se separó y dispersó; y unas naves desviadas de la

Italia corrieron por los mares Líbico y Siciliano, y á otras que no pudieron doblar el promontorio Yapigio, las sorprendió la noche, y arrojándolas la marejada á playas inaccesibles y desconocidas, las destruyó todas á excepcion de la del Rey. Esta, mientras fue solo contrastada del oleage, pudo sostenerse y resistir por su porte y firmeza á los embates del mar; pero cuando ya empezó á soplar y rodearla el viento de tierra dándole por la proa, corrió gran riesgo de abrirse y despedazarse: así el mas terrible de los males que se tenían presentes era el entregarse de nuevo á un mar irritado, y á un viento que por puntos variaba; y con todo llevando áncoras Pirro, se lanzó mar adentro, siendo grande la porfía y empeño de sus amigos y sus guardias en estar á su lado. Mas la noche y las olas con fuerte bramido y violento torbellino estorbaban que pudieran socorrerse: de manera que con dificultad al día siguiente, aplacado ya el viento, pudo saltar en tierra, quebrantado y sin poderse valer de su cuerpo; pero contrastando por la energía y fuerza de su alma con tamaño contratiempo. Entonces los Mesapios, á cuya tierra aportó, se apresuraron con la mejor voluntad á darle los auxilios que podían, procurando recoger las pocas naves que se habian salvado, en las que existian solo unos cuantos hombres de los de á caballo, muchos de dos mil de infantería y dos elefantes.

Recogido esto poco, marchó Pirro á Tarento, y yendo á encontrarle Cineas, luego que supo su llegada con los soldados que á su venida trajo, entró así en la ciudad; en la que nada hizo por fuerza ni contra la voluntad de los Tarentinos, hasta que se salvaron del mar las otras naves, y llegó la mayor parte de las restantes tropas. Entonces como viese que la muchedumbre ni estaba en disposicion de salvarse, ni de salvar á otros sin una gran violencia, coligiéndose ser su ánimo que el mismo Pirro se pudiese delante, mientras ellos permanecian quietos en casa entretenidos en sus baños y convites, cerró los gimnasios y los paseos, que era donde hablaban de negocios y donde hacian la guerra de palabra; apartándolos ademas de los banquetes y regocijos intempestivos. Llamábalos á las armas, siendo duro é inflexible en

los alistamientos de los que habian de servir; tanto que muchos se salieron de la ciudad, no sabiendo sufrir el ser mandados, y llamando esclavitud al no vivir á placer. Cuando se le anunció que el cónsul de los Romanos Levino movia contra él con grandes fuerzas, talando al paso la Lucania, todavía los aliados no habian parecido; y con todo, creyendo envilecerse con la detencion y con desentenderse de que tenia tan cerca los enemigos, salió con sus tropas, aunque enviando un mensajero á los Romanos proponiéndoles, que si gustaban, podrian antes de disputar con las armas obtener resarcimiento de perjuicios de los Italianos; siendo él el juez y mediador. Respondióle Levino que ni los Romanos le nombraban árbitro ni le temian enemigo, y adelantándose todavía mas, puso su campo en el terreno que mediaba entre las ciudades de Pandosia y Heraclea. Noticioso de que los Romanos se habian acercado mas, y que tenian su campo al otro lado del rio Siris, dirigiéndose á caballo hácia este, precisamente para observar, como viese su disposicion, sus guardias, el orden del campamento y todo el arreglo del ejército, quedándose sorprendido, dirigió la palabra á aquel de sus amigos que tenia mas próximo, diciéndole: Este campo de bárbaros, ó Megacles, no es bárbaro: veremos los hechos; y pensando ya en lo que podria suceder, determinó aguardar á los aliados. Por lo que los Romanos trataban de adelantarse y pasar, colocó junto al rio una guardia que los detuviese; mas estos por lo mismo que él determinó esperar quisieron adelantarse, é interrumpieron el paso, la infantería por un vado, y los de caballería haciendo el tránsito por diferentes puntos, de modo que los Griegos tuvieron que retirarse; y Pirro, sobresaltado con la noticia, dió orden á los gefes de la infantería para que al punto la formasen y se mantuviesen sobre las armas; y él mismo se adelantó con los de á caballo, que eran unos tres mil, esperando sorprender en el paso á los Romanos dispersos y desordenados. Cuando vió muchos escudos sobre el rio, y á la caballería que avanzaba en orden, se rehizo y acometió el primero, haciéndose notar por la brillantez y sobresaliente ornato de las armas, y mostrando en sus hechos un valor que no desdecia de su fama;

el que se echó mas de ver en que no obstante aventurar su cuerpo en el combate, y defenderse vigorosamente de los que le acometian, no le faltó la presencia de ánimo, ni dejó de estar en todo; sino que como si se conservara sereno fuera de accion, así dirigia la guerra, recorriéndolo todo y dando socorro á los que parecia que aflojaban. En esto un Macedonio llamado Leonato observando que un Italiano se dirigia contra Pirro, enderezando á él el caballo, y siguiendo siempre sus pasos y movimientos: ¿ Ves, le dijo, ó Rey, aquel bárbaro que viene en un caballo negro con cabos blancos? pues paréceme á mí que trae algun grande y dañoso designio, porque puso en tí la vista, y contra tí se dirige lleno de arrojo y de cólera, sin hacer cuenta de los demas; así guárdate de él; al que contestó Pirro: Es imposible, ó Leonato, que el hombre evite su hado; pero yo te aseguro que ni este ni ningun otro Italiano se irá riendo de haberlas conmigo. Cuando estaban en este razonamiento, echando el Italiano mano á la lanza y revolviendo el caballo, acometió á Pirro; y á un mismo tiempo hiere él con la lanza el caballo del Rey, y acudiendo Leonato le hiere el suyo: cayeron muertos ambos caballos; y sacando libre sus amigos á Pirro, dieron muerte al Italiano, aunque no dejó de defenderse. Era de origen Ferentano, gefe de escuadron, y se llamaba Oplaco.

Con esto aprendió Pirro á guardarse con mas cuidado; y viendo que ciaba la caballería mandó venir la hueste, y la puso en orden; y dando entonces su manto y sus armas á Megacles, uno de sus amigos, disfrazándose en cierta manera con las de este, acometió á los Romanos. Recibieron estos el choque y acometieron tambien, habiéndose mantenido la batalla indecisa por mucho tiempo, pues se dice que alternativamente se retiraron, y se persiguieron hasta siete veces; y el cambio de las armas que sirvió oportunamente para salvarse el Rey, estuvo en muy poco que no echase á perder sus ventajas, y le arrebatase la victoria. Porque cargando muchos sobre Megacles, el principal que le derribó y acabó con él, llamado Dexoo, quitándole el morrion y el manto, corrió hácia Levino mostrando aquellas prendas, y

gritando que habia muerto á Pirro. Causóse pues en ambos ejércitos con este motivo, en el de los Romanos regocijo con grande algazara, y en el de los Griegos desaliento y asombro; hasta que enterado Pirro de lo que pasaba, corrió las filas con la cara descubierta, alargando la mano á los que peleaban, y dándose á conocer con la voz. Finalmente acosando sobre todo á los Romanos los elefantes, porque los caballos antes de acercarse á ellos no podian tolerar su aspecto y derribaban á los ginetes, hizo Pirro avanzar á la caballería Tesaliana, y acabó de derrotarlos con gran mortandad. Dionisio refiere que de los Romanos murieron muy pocos menos de quince mil hombres, y Jerónimo que solo siete mil; y del ejército de Pirro Dionisio que trece mil, y Jerónimo que no llegaron á cuatro mil. Eran estos que allí perdió los mas aventajados entre sus amigos y caudillos, y de quienes Pirro hacia mas cuenta y se fiaba mas. Tomó tambien el campamento de los Romanos habiéndole estos abandonado; retrajo á muchas de las ciudades que les eran aliadas; taló gran parte del territorio, y se adelantó hasta no distar de Roma mas que trescientos estadios. Reuniéronse despues de la batalla muchos de los Lucanos y Samnites, y aunque los reprendió por su tardanza, se echó bien de ver que estaba contento y ufano de que con el auxilio de los Tarentinos venció un poderoso ejército de los Romanos.

No destituyeron los Romanos á Levino del mando, sin embargo de que es fama haber dicho Cayo Fabricio, que no habian sido los Epirotas los que habian vencido á los Romanos, sino Pirro á Levino, dando á entender que el vencido no habia sido el ejército, sino el general. Completaron pues las legiones y alistaron con prontitud nuevos soldados; y hablando de la guerra confiada y decididamente dejaron á Pirro sorprendido. Determinó por tanto enviar quien tantease si se hallaban con disposiciones de paz: haciendo la cuenta de que el tomar á Roma, y enseñorearse de ella del todo, no era negocio hacedero y menos para la fuerza con que se hallaba; y que la paz y los tratados despues de la victoria contribuirían en gran manera para su opinion y fama. Fue el embajador Cineas, quien procuró acercarse á los mas principales, lle-

vando regalos de parte del Rey para todos ellos y para sus mujeres. Mas nadie los recibió, sino que todos y todas respondieron que hechos los tratados con la autoridad pública, de los bienes de cada uno podria disponer el Rey á su voluntad, dándose en ello por servidos. Con el Senado usó Cineas de un lenguaje muy conciliador y humano; y sin embargo no se mostraron contentos, ni dieron señales de admitir las proposiciones, por mas que les dijo que Pirro volveria sin rescate los que habian sido hechos cautivos en la guerra y les ayudaria á sujetar la Italia, sin pedir por todo esto otra cosa que paz y amistad para sí, y seguridad para los Tarentinos. Habia manifiestos indicios de que los mas cedían y se inclinaban á la paz por haber sufrido ya una gran derrota, y temer otra de fuerzas mucho mayores, despues de incorporados con Pirro los Italianos. A esto Apio Claudio, varon muy distinguido, pero que por la vejez y la privacion de la vista se habia retirado del gobierno, como corriese la voz de las proposiciones hechas por el Rey, y prevaleciese la opinion de que el Senado iba á admitir la paz, no pudo sufrirlo en paciencia, sino que mandando á sus esclavos que tomándole en brazos le pusiesen en la litera; de este modo se hizo llevar al Senado pasando por la plaza. Cuando estuvo á la puerta recibieronle y cercáronle sus hijos y sus sobrinos y le entraron adentro, quedando el Senado en silencio por veneracion y respeto á persona de tanta autoridad.

Habiendo ocupado su lugar: « Antes, dijo, me era molesto, ó Romanos, el infortunio de haber perdido la vista; pero ahora me es sensible como soy ciego no ser tambien sordo, para no oír vuestras vergonzosos decretos y resoluciones, con que echais por tierra la gloria de Roma. Porque ¿dónde está ahora aquella expresion vuestra, celebrada siempre en la memoria de todos los hombres, de que si hubiera venido á Italia el mismo Alejandro el Grande, y hubiera entrado en lid con vosotros, todavía jóvenes, ó con vuestros padres que estaban en lo fuerte de la edad, no se le apellidaria ahora invicto, sino que con la fuga ó con la muerte habria dado á Roma mayor fama? Estais dando pruebas de que aquello no fue mas que una vana jactancia y fanfarrona-

da, temiendo á los Caonios y Molosos, presa siempre de los Macedonios; y temblando de Pirro que nunca ha hecho otra cosa que seguir y obsequiar á uno de los satélites de Alejandro, y en vez de auxiliar allá á los Griegos, por huir de aquellos enemigos, anda errante por la Italia, prometiéndonos el mando de ella con unas fuerzas que no bastaron en sus manos para conservar una pequeña parte de la Macedonia. Ni creais que lo alejareis haciéndole vuestro aliado, sino que antes provocareis á los que os miraran con desprecio, como fácil conquista de cualquiera, si permitis que Pirro se vaya sin pagar la pena de los insultos que os ha hecho; y antes lleve premio de que se pueden riendo de vosotros los Tarentinos y Samnites. » Dicho esto por Apio decidense todos por la guerra, y despiden á Cineas, intimándole que salga Pirro de la Italia; y entonces, si lo apetece, podrá tratarse de amistad y alianza; pero que mientras se mantenga con las armas en la mano le harán los Romanos la guerra á todo trance, aun cuando venciere á diez mil Levinos en campaña. Dicese que Cineas mientras estaba en la negociacion dando pasos y haciendo solicitudes, se dió á conservar el método de vida, y á conocer el vigor del gobierno entrando en conferencias con los principales; de todo lo que dió cuenta á Pirro; y que le añadió que el Senado le habia ofrecido un consejo de muchos Reyes; y en cuanto á la muchumbre temia que iban á pelear con otra hidra Lernea, pero que el número de soldados reunidos al cónsul era ya doble que antes, y este podía multiplicarse muchas veces con los que todavía quedaban en Roma capaces de llevar las armas.

Despues de esto enviáronse legados á Pirro á tratar de los cautivos, siendo uno de aquellos Cayo Fabricio, de quien Cineas habia hecho larga mencion, como de un hombre justo y gran guerrero, pero sumamente pobre. Tratóle Pirro con la mayor consideracion, y procuró atraerle á que tomase una cantidad de oro, la que no se le daba por ninguna condescendencia menos honesta, sino con el nombre de prenda de alianza y hospitalidad. Rehúsola Fabricio, y Pirro por entonces se desentendió; mas al dia siguiente, queriendo dar un susto á Fabricio, que no habia visto nunca un elefante,

dió orden de que cuando estuvieran los dos en conversacion hicieran que de repente se apareciera por la espalda el mayor de ellos, corriendo la cortina. Hizose así, y dada la señal, se corrió la cortina; y el elefante, levantando la trompa, la llevó encima de la cabeza de Fabricio, dando una especie de alarido agudo y terrible. Volvióse este con sosiego, y sonriéndose, dijo á Pirro: Ni ayer me movió tu oro, ni hoy tu elefante. Hablóse en el banquete de diferentes asuntos, y con especialidad de la Grecia y de los filósofos; y Cineas sacó la conversacion de Epicuro, refiriendo lo que dicen los de su escuela acerca de los Dioses, del gobierno y del fin supremo, poniendo este en el placer, huyendo de los empleos como de un menoscabo y alteracion de la bienaventuranza, y colocando á los Dioses lejos de todo amor y odio, y de providencia alguna por nosotros, en una vida descansada y llena de delicias. Todavía no habia concluido, cuando exclamó Fabricio: ¡Por Júpiter, estas sean las opiniones de Pirro y de los Samnites, mientras mantienen guerra con nosotros! Maravillado cada vez mas Pirro de la prudencia y de la probidad de Fabricio, fue tambien mayor su deseo de hacer por su medio amistad con Roma en lugar de continuar la guerra: exhortábase pues en sus particulares conferencias á que se hiciera el tratado, y despues le siguiese y viviese en su compañía, en la que tendría el primer lugar entre sus amigos y generales; á lo que se dice haberle contestado seragadamente: Pues eso, ó Rey, á tí no puede estarte bien; porque los mismos que ahora te veneran y sirven, si llegara á conocerme, querrian mas ser por mí que por tí gobernados: ¡tal era el carácter de Fabricio! Pues Pirro oyó esta respuesta no como tirano, con enojo, sino que dió idea á sus amigos de la elevacion de ánimo de Fabricio, y á él solo le confió los cautivos, para que si el Senado no decretaba la paz, despues de haber saludado á sus deudos, y celebrado las fiestas saturnales, volviesen otra vez al cautiverio; y volvieron efectivamente despues de la celebridad, habiendo establecido el Senado la pena de muerte contra el que se quedase.

Fue conferido despues el mando á Fabricio, y vino en su busca un hombre al campamento, trayéndole una carta es-

crita por el médico del Rey, en la que le ofrecía quitar de en medio á Pirro con yerbas, si por el mérito de hacer cesar la guerra sin peligro alguno se le prometia un agradecimiento correspondiente. No pudo Fabricio sufrir semejante maldad, y haciendo entrar en los mismos sentimientos á su colega, escribió sin dilacion una carta á Pirro, previniéndole que se guardara de aquel riesgo. Estaba la carta concebida en estos términos: « Cayo Fabricio y Quinto Emilio, cónsules de los Romanos, al Rey Pirro felicidad. Parece que no eres muy diestro en juzgar de los amigos, y de los enemigos. Leida la carta adjunta que se nos ha remitido, verás que haces la guerra á hombres rectos y justos, y que te fias de inicuos y malvados. Dámoste este aviso, no por hacerte favor, sino para que cualquiera mal suceso tuyo no nos ocasiona una calumnia; y parezca que tratamos de dar fin á la guerra con malas artes, ya que no podemos con el valor. » Cuando Pirro se halló con esta carta, y se enteró de las asechanzas, castigo al médico, y en agradecimiento envió á Fabricio los cautivos sin rescate; haciendo de nuevo pasar á Cineas á negociar la paz. Mas los Romanos, desdeñándose de recibir de gracia los cautivos, bien fuese la remesa favor de un enemigo, ó recompensa de no haber sido injustos, enviaron á Pirro otros tantos Tarentinos y Samnites; pero acerca de la amistad y paz no permitieron que se entrase en conferencia, sin que antes retirase de la Italia sus armas y su ejército; tornándose al Epiro en las mismas naves en que vino. Fue pues preciso disponerse á otra batalla; para lo que poniendo en movimiento su ejército, y alcanzando á los Romanos junto á la ciudad de Asculo, fue de estos impelido á lugares inaccesibles á la caballería, y á un sitio muy pendiente y poblado de matorrales, que quitaba toda facilidad para que los elefantes se unieran con la hueste; y habiendo tenido muchos muertos y heridos, solo la noche puso fin al combate. Pensó entonces como al día siguiente haria la guerra en lugar llano, en el que los elefantes pudieran oponerse á los enemigos; y como para ello ocupase con una gran guardia los malos pasos, y colocase entre los elefantes multitud de az-

coneros y saeteros, acometió con gran ímpetu y fuerza, llevando su hueste muy espesa y apiñada. Los Romanos, no siendo dueños como antes de los desfiladeros y puestos ventajosos, acometieron tambien de frente en la llanura; y procurando rechazar á los pesadamente armados antes que sobreviniesen los elefantes, tuvieron con las espadas un terrible combate contra las lanzas, no curando de sí en ninguna manera, ni atendiendo á otra cosa que á herir y trastornar, sin tener en nada lo que padecian. Al cabo de mucho tiempo dícese que la retirada tuvo principio en el punto donde se hallaba Pirro, que acosó extraordinariamente á los que tenia al frente; mas el principal daño provino del ímpetu y fuerza de los elefantes, no pudiendo los Romanos usar de su valor en la batalla; por lo cual, como si una ola ó un terremoto los estrechase, creyeron que debian ceder, y no esperar á morir con las manos ociosas, padeciendo, sin poder ser de ningun provecho, los males mas terribles. Y sin embargo de no haber sido larga la retirada al campamento, dice Jerónimo que murieron seis mil de los Romanos, y de la parte de Pirro se refirió en sus comentarios haber muerto tres mil quinientos y cinco; pero Dionisio ni dice que hubiese habido dos batallas junto á Asculo, ni que ciertamente hubiesen sido vencidos los Romanos; sino que habiendo peleado una sola vez, apenas cesaron de la contienda despues de puesto el sol, siendo Pirro herido en el brazo con un golpe de lanza, y habiendo los Samnites saqueado su bagaje; y que del ejército de Pirro y de los Romanos murieron sobre quince mil hombres de una y otra parte. Ambos se retiraron; y se cuenta haber dicho Pirro á uno que le daba el parabien: Si vencemos todavía á los Romanos en una sola batalla, perecemos sin recurso. Porque habia perdido gran parte de la tropa que trajo; y de los amigos y caudillos todos, á excepcion de muy pocos, no siéndole posible reemplazarlos con otros, y á los aliados que allí tenia los notaba muy tibios; cuando los Romanos completaban con facilidad y prontitud su ejército, como si en casa tuvieran una fuente perene; y nunca con las derrotas perdian la confianza, sino que mas bien la cólera les daba nuevo vigor y empeño para la guerra.

Constituido en este conflicto, se entregó otra vez á vanas esperanzas por negocios que llamaban á dos distintas partes la atención: porque á un mismo tiempo llegaron mensajeros de Sicilia, poniendo en sus manos á Agrigento, Siracusa y Leoncio, con calidad de que expeliese á los Cartagineses, y dejara la isla libre de tiranos; y de la Grecia le trajeron la noticia de que Tolomeo Querauno (1) había muerto en ocasion de librar batalla á los Galos con su ejército: así que llegaría entonces muy á tiempo, cuando los Macedonios habían quedado sin Rey. Quejóse amargamente de la fortuna por haber acumulado en un mismo momento las ocasiones y motivos de grandes hazañas; y reconociendo que reunidos ambos objetos era preciso renunciar á uno, estuvo fluctuando en la incertidumbre largo tiempo; pero despues, pareciéndole que los negocios de Sicilia eran los de mayor entidad, presentándose cerca el Africa, decidido por ellos, envió inmediatamente á Cineas, como lo tenia de costumbre, para que previniese á las ciudades; y por lo que á él tocaba, como los Tarentinos se mostrasen disgustados, les puso guarnicion. Pedíanle estos que ó les cumpliera aquello para que era venido combatiendo con los Romanos, ó se desistiera de su territorio, dejándoles la ciudad como la había encontrado; mas la respuesta fue desabrida, y mandándoles que se estuviesen quietos, para esperar que les llegara su momento favorable, en tanto se hizo á la vela. Apenas tocó en la Sicilia, cuando previno el gusto lo que había esperado, entregándosele las ciudades de muy buena voluntad. Y por entonces ninguna oposicion experimentó de las que exigen contienda y violencia; sino que recorriendo la isla con treinta mil infantes, dos mil y quinientos caballos, y doscientos naves, expelió á los Cartagineses, y trastornó su dominacion. Siendo el distrito de Erix el mas fuerte de todos, y el que contenia mas combatientes, determinó encerrarlos dentro de los muros; y poniendo el ejército á punto, armado de todas armas emprendió su marcha, ofreciendo á Hércules tener juegos y sacrificios de victoria ante los Griegos que habitaban la Sicilia, si le hacia comparecer un

(1) Quiere decir el rayo.

guerrero digno de su linaje, y de los medios que tenia. Dada la señal con la trompeta despues que con los dardos hubo retirado á los bárbaros, hizo arrimar las escalas, y fue el primero en subir al muro. Eran muchos los que le oponian resistencia; pero á unos los apartó y derribó de la muralla á entrambas partes, y de muchos, valiéndose de la espada, hizo un monton de muertos. No recibió sin embargo lesion alguna, y antes con su vista infundió terror á los enemigos, acreditando que Homero había hablado en razon y con experiencia cuando dijo, que de todas las virtudes sola la fortaleza tenia muchas veces ímpetus furiosos, y en cierta manera sobrenaturales. Tomada la ciudad sacrificó al Dios magníficamente, y dió espectáculos de toda especie de combates.

Los bárbaros de Mesena, á los que se daba el nombre de Mamertinos, vejaban en gran manera á los Griegos, y aun á algunos los habían sujetado á pagarles tributos, por ser ellos muchos y gente belicosa, apellidados por tanto los marciales en lengua latina: cogió pues á los recaudadores y les dió muerte; y venciéndolos á ellos en batalla, asoló muchas de sus fortalezas. A los Cartagineses, que se mostraban inclinados á la paz, estando dispuestos á contribuir con dinero, y despachar la escuadra si se ajustaba la alianza, les respondió, codiciando todas las cosas, que no había amistad y alianza para ellos, sino que ocupaban toda la Sicilia, y ponian el mar Libico por término respecto de los Griegos: engreido para ello con la prosperidad y curso favorable de sus negocios, y llevando adelante las esperanzas con que se embarcó desde el principio, puesto principalmente en la Africa su deseo. Hallábase con bastante número de naves, faltándole las tripulaciones; mas despues que se proveyó de remeros, ya no trataba blanda y suavemente á las ciudades, sino con despotismo y con dureza, imponiendo castigos; cuando al principio no había sido así, sino mas dispuesto todavía que todos los demas á la afabilidad, y á hacer favores; á mostrar confianza, y á no ser molesto á nadie; pero entonces, habiéndose convertido de popular en tirano, con la aspereza de la ingratitude y de la desconfianza, oscureció

su gloria. Y aun esto, como necesario, lo aguantaban, aunque de mala gana; pero sucedió despues que habiendo sido Tenon y Sostrato, generales de Siracusa, los primeros que le excitaron á pasar á Sicilia; los que cuando estuvo allí le entregaron la ciudad, y de quienes se valió para la mayor parte de las cosas, los tuvo despues por sopechosos, no queriendo ni llevarlos consigo ni dejarlos; por lo cual Sostrato, entrando en rezelos y temores, se ausentó; pero á Tenon, achacándole igual intento, le quitó la vida. Con esto, no ya poco á poco ó por grados, se le mudaron los ánimos; sino que concibiendo contra él las ciudades un violento odio, unas se pasaron á los Cartagineses, y otras llamaron á los Mamertinos. Cuando por todas partes no veia mas que defecciones, novedades y una terrible sedicion contra su persona, recibió cartas de los Samnites y Tarentinos, en que manifestaban que apenas podian sostener la guerra dentro de las ciudades, arrojados ya de todo el pais, y le pedian que fuese en su socorro. Este fue un pretexto decente para que no se dijese que su partida era una fuga, ó un abandono de sus anteriores proyectos; mas lo cierto fue que no pudiendo sujetar la Sicilia como nave en borrasca, buscando como salir del paso, dió consigo de nuevo en la Italia. Dícese que retirado ya del puerto, volviéndose á mirar la isla, dijo á los que tenia cerca de sí: ¡Qué palestra dejamos, ó amigos, á los Cartagineses, y Romanos! lo que al cabo de poco tiempo se cumplió, como lo habia conjeturado.

Conmovidos contra él los bárbaros cuando ya estaba en la mar, peleando en la travesía con los Cartagineses perdió muchas de las naves, y con las restantes huyó á la Italia. Los Mamertinos le antecedieron en el pazo con diez mil hombres á lo menos, y aunque temieron presentársele en batalla, colocados en sitios ásperos, y sorprendiéndole desde ellos, desordenaron todo el ejército, le mataron dos elefantes, y murieron muchos de la retaguardia. Pasando él allá desde la vanguardia, les hizo oposicion, y peleó con aquellos hombres aguerridos y corajudos. Como hubiese recibido una cuchillada en la cabeza, y hubiese quedado un poco separado del combate, cobraron con esto mas arrojo los enemigos; y

uno de ellos de grande estatura y brillantes armas, adelantándose á carrera á los demas, en alta voz comenzó á provocarle diciéndole que viniera á él si aun estaba vivo. Irritóse Pirro, y revolviendo con sus asistentes lleno de ira bañado en sangre, con un semblante que imponia miedo, penetró por entre los que halló al paso, y se adelantó á herir con la espada al bárbaro en la cabeza, dándole tal cuchillada que ya por la fuerza del brazo y ya por el temple del acero descendió bien abajo, viéndose caer en un momento á uno y otro lado las partes del cuerpo dividido en dos. Esto detuvo á los bárbaros para que volvieran á acercarse asombrados de Pirro, á quien miraron como un ser superior. Pudo con esto continuar sin tropiezo el camino que le quedaba, y llegó á Tarento con diez mil infantes y tres mil caballos. Incorporó con estos los mas alentados de los Tarentinos, y movió inmediatamente contra los Romanos, acampados en la Samnitude ó tierra de Samnio.

Hallábanse en mal estado los negocios de los Samnites; y estos habian decaido mucho de ánimo por las frecuentes derrotas que les habian causado los Romanos; á lo que se agregaba cierto encono que tenian á Pirro por su viaje á Sicilia; así es que no fueron muchos los que á él acudieron. Hizo de todos dos divisiones, enviando unos á la Lucania á oponerse al otro cónsul para que no se socorriera; y conduciendo él mismo á los otros contra Manio Curio acuartelado en Benevento, donde con la mayor confianza aguardaba el auxilio de la Lucania: concurriendo ademas para estarse sosegado el que los agüeros y las victorias le retraian de pelear. Apresurándose por tanto Pirro á caer sobre estos antes que los otros viniesen, tomó consigo á los soldados de mas aliento y de los elefantes los mas hechos á la guerra, y de noche se dirigió contra el campamento. Habiendo tenido que andar un camino largo y embarazado con arbustos, no aguantaron las luces, y anduvieron perdidos, y dispersos los soldados; con la cual detencion faltó ya la noche, y desde el amanecer percibieron los enemigos su venida desde las atalayas; de manera que desde aquel punto se pusieron en inquietud y movimiento. Hizo sacrificio Manio; y como tambien el tiem-

po se presentase oportuno, saliendo con sus tropas, acometió á los primeros, y haciéndolos retirar, inspiró ya miedo á todos, habiendo muerto muchos y aun habiéndose cogido algunos elefantes. La misma victoria condujo á Manio á tener que pelear en la llanura; y trabada allí de poder á poder la batalla, por una parte desbarató á los enemigos; pero por otra fue acosado de los elefantes, y como le llevasen en retirada hasta cerca del campamento, llamó á los de la guardia que en gran número estaban sobre las armas y se hallaban descansados. Acudiendo estos é hiriendo desde puestos ventajosos á los elefantes, los hicieron retirar, y dando á huir por entre los propios, causaron gran turbacion y desorden; lo cual no solamente dió á los Romanos aquella victoria, sino la seguridad del mando. Porque habiendo adquirido de resultados de aquel valor y de aquellos combates, osadía, poder y la fama de invencibles, de la Italia se apoderaron inmediatamente, y de la Sicilia de allí á poco.

De este modo se le desvanecieron á Pirro las esperanzas que acerca de la Italia y la Sicilia habia concebido perdiendo seis años en estas expediciones; en las que si en los intereses salió menoscabado, el valor lo conservó invencible en medio de las derrotas. Así tuvo la reputacion de ser el primero entre los Reyes de su tiempo en la pericia militar, en la pujanza de brazo, en la audacia; sino que lo que adquiria con sus hazañas, lo perdía con nuevas esperanzas, y no sabia salvar lo presente segun convenia por la codicia de lo ausente y venidero. Por tanto Antígono no solia compararle á un jugador que juega y gana mucho, pero que no sabe sacar partido de sus ganancias. Volviendo pues al Epiro con ocho mil infantes y quinientos caballos, y hallándose falto de medios, solicitaba una guerra en que ocupase su ejército; y como se le uniesen algunos Galos, hizo incursion en la Macedonia, reinando Antígono hijo de Demetrio, precisamente con el objeto de saquear y hacer botin. Avinole el tomar varias ciudades, y que se le pasasen dos mil soldados; con lo que ya extendió sus esperanzas y se encaminó contra Antígono. Sobrecojió en unos desfiladeros, y puso en desorden todo su ejército. Los Galos que se hallaban á la retaguardia de Anti-

gono muchos en número se sostuvieron vigorosamente; y trabada con este motivo una reñida batalla, perecieron en ella la mayor parte de estos; y cogidos los que conducian los elefantes, se rindieron á ellos mismos y entregaron todas aquellas bestias. Fortalecido Pirro con estos sucesos, contando mas con su fortuna que con lo que podia dictar la razon, acometió á la falange de los Macedonios, turbada y acobardada con el vencimiento: así es que no pelearon contra él ni le hicieron resistencia: extendió pues su derecha, y llamando por sus nombres á todos los generales y gefes, logró que la infanteria abandonase á Antígono. Retiróse este por la parte del mar y al paso recobró algunas de las ciudades litorales; y Pirro, teniendo por el mayor para su gloria en estos prósperos acontecimientos el de haber vencido á los Galos, consagró lo mas brillante y precioso de los despojos en el templo de Minerva Itónide con la siguiente inscripcion en versos elegiacos:

A Itónide Minerva en don consagra  
Estos escudos el Moloso Pirro,  
A los feroces Galos arrancados  
Cuando triunfó de Antígono y su hueste.  
¿Qué hay que maravillar ahora y antes  
Los Eacidas fueron invencibles?

Despues de la batalla inmediatamente recobró las ciudades; y habiendo vencido á los Egeos, los trató mal en diferentes maneras, y ademas les dejó guarnicion de los Galos que militaban en su ejército. Son estos Galos gente de insaciable codicia, y se dieron á abrir los sepulcros de los Reyes que allí estaban enterrados, robaron la riqueza en ellos depositada: y los huesos las tiraron con insulto. Pareció que Pirro habia tomado este mal hecho con tibieza y desprecio, bien fuese que no atendió á él por sus ocupaciones, ó bien que hubo de disimular por no atreverse á castigar á los bárbaros: cosa que reprendieron mucho en él los Macedonios; y cuando todavia su imperio no estaba seguro ni habia tomado firme consistencia, ya su ánimo se habia inflamado con otras esperanzas. A Antígono le llamaba hombre sin vergüenza, porque debiendo ya tomar la capa, aun usaba la púrpura.

Vino á él en este tiempo Cleonumo de Esparta, y llamándole contra la Lacedemonia, se presentó muy contento. Era Cleonumo de linaje real; pero mostrándose hombre violento y despótico no inspiró amor ni confianza; y así fue Areo el que reinó, siendo aquella nota en el muy antigua y pública entre sus ciudadanos. Estando en edad se casó con Quelidonis la de Leotuquidas, mujer hermosa, y tambien de regio origen; pero esta andaba perdida por Acrotato hijo de Areo, mozo de brillante figura, lo que para Cleonumo que la amaba, hizo aquel matrimonio desabrido á un tiempo y afrentoso, por cuanto no habia Esparciata alguno á quien se ocultase que era despreciado de su mujer. Reuniéronse de este modo los disgustos de casa con los de la república: por ira y por desquite atrajo contra Esparta á Pirro, que tenia á sus órdenes veinticinco mil infantes, dos mil caballos y veintitres elefantes; de manera que al punto se echó de ver en la superioridad de sus fuerzas que no iba á ganar á Esparta para Cleonumo, sino á adquirir para sí el Peloponeso; sin embargo de que en las palabras aparentó otra cosa, aun con los mismos Lacedemonios que fueron á él de embajadores á Megalópolis. Porque les dijo de su venida á libertar las ciudades sujetas á Antigono; y tambien á enviar á Esparta sus hijos de corta edad, si no habia inconveniente, á fin de que educados en las costumbres lacónicas, tuvieran aquello de ventaja sobre los demas Reinos. Engañándolos de este modo, y usando tambien de simulacion con cuantos trató en el camino, apenas puso el pie en Laconia empezó en saquearlos y despojarlos. Reconvinieron á los embajadores con que para entrar así en su pais no habia denunciado la guerra: Bien sabemos, les respondió, que tampoco vosotros los Lacedemonios avisais á los otros de lo que intentais hacer; y uno de los que allí se hallaban, llamado Mandriquida, usando del dialecto lacónico, le repuso: Si eres un Dios, no nos harás mal, porque no te hemos ofendido: si hombre, no faltará otro que valga mas que tú.

Bajó luego á Esparta, y Cleonumo queria que la invadiera sin detencion; pero Pirro, temeroso, segun se dice, de que los soldados saqueasen la ciudad si entraban de noche, le con-

tuvo diciendo que ya se haria al dia siguiente; porque ellos eran pocos, y los cogian desprevenidos á causa de la prontitud. Hacia ademas la casualidad que Areo no se hallase allí sino en Creta auxiliando á los Gortinios que tenian guerra; y esto fue lo que principalmente salvó á la ciudad mirada con desprecio por su soledad y flaqueza: pues Pirro, persuadido de que no tendria que combatir con nadie, se acampó, cuando los amigos é hilotes de Cleonumo tenian la casa prevenida y despues para que Pirro fuese festejado en ella. Mas venida la noche, como los Lacedemonios empezasen á deliberar sobre mandar las mujeres á Creta, estas se opusieron á ello, y aun Arquidamia se presentó ante el Senado con una espada en la mano, haciendo cargo á los hombres de que creyesen que ellas desearian vivir despues de perdida Esparta. Resolvieron despues abrir una zanja paralela al campamento de los enemigos, y poner carros á uno y otro extremo enterrando las ruedas hasta los cubos, para que teniendo un asiento firme sirvieran de estorbo á los elefantes. Cuando en esto entendian llegaron adonde estaban las doncellas y casadas las unas con los mantos arremangados sobre las túnicas, y las otras con las túnicas solas á ayudar en la obra á los ancianos. A los que habian de belear les decian que descansasen, y tomando la plantilla, hicieron por sí solas la tercera parte de la zanja, la cual tenia de ancho seis codos, de profundidad cuatro, y de longitud ocho pletros ó yugadas, segun dice Filarco, y menos segun Platonimo. Movieron al mismo punto de amanecer los enemigos, y ellas, alargando á los jóvenes las armas y encargándoles la zanja, los exhortaban á defenderla y guardarla, porque si era dulce el vencer ante los ojos de la patria, tambien era glorioso el morir en los brazos de las madres y de las esposas, pereciendo de un modo digno de Esparta. Quelidonis, retirada en su casa, se habia echado un lazo al cuello, para no venir al poder de Cleonumo, si Esparta se tomaba.

Era Pirro atraido de frente con su infanteria á los espesos escudos de los Esparciatas que le estaban contrapuestos, y á la zanja que no podia pasarse, ni permitia hacer pie firme por el lodo. Mas su hijo Tolomeo, que tenia á sus órdenes

dos mil Galos y las tropas escogidas de los Caonios, haciendo una evolucion sobre la zanja, procuraba pasar por encima de los carros; pero estos por estar profundos y muy espesos no solamente le hacian difícil á él el paso, sino tambien á los Lacedemonios la defensa. En esto como consiguiesen los Galos levantar las ruedas, y amontonar los carros en el rio, advirtiendo el jóven Acrotato el peligro, y corriendo la ciudad con trescientos hombres, envolvió á Tolomeo sin ser de él visto por ciertas desigualdades del terreno, hasta que acometió á los últimos, y los precisó á que volviesen á pelear con él, impeliéndose unos á otros, y cayendo en la zanja y entre los carros; de manera que con trabajo y no sin gran mortandad pudieron retirarse. Los ancianos y gran número de las mujeres fueron espectadores de las proezas de Acrotato; así cuando despues volvía por medio de la ciudad á tomar su formacion, bañado en sangre, pero ufano, y engreido en la victoria, todavía les pareció mas alto y mas bello á las Espartanas que miraban con zelos el amor de Quelidonis; y algunos de los ancianos le seguian gritando: ¡Bravo Acrotato! sigue en tus amores con Quelidonis, solo con que des excelentes hijos á Esparta. Siendo muy reñida la batalla que se sostenia por la parte donde se hallaba Pirro, otros muchos habian que peleaban denodadamente; pero Filio, resistiendo mucho tiempo y dando la muerte á muchos de los que le combatian, cuando por el gran número de sus heridas conoció que iba á fallecer, cediendo su puesto á uno de los que tenia cerca, cayó entre sus filas para que no se apoderaran de su cadáver los enemigos.

Solo con la noche cesó la batalla, y recogido á dormir Pirro, tuvo esta vision: parecióle que arrojaba rayos sobre Esparta abrasándola toda, y que él estaba muy contento. Despertóse con la misma alegría y dando orden á los gefes para que tuviesen á punto el ejército, referia á los amigos su ensueño, contando con que iba á tomar por armas la ciudad. Convenian todos los demas en ello, y solo á Lisimaco no le pareció bien aquella vision; antes le dijo que rezelaba no fuese que así como los lugares tocados del rayo se tienen por inaccesibles, de la misma manera le significase aquel

prodigio que no lo seria dado entrar en la ciudad. Mas respondióle que aquello era habladuría de mentidero sin certeza ni seguridad alguna, debiendo repetir los que tenian las armas en la mano:

El agüero mejor pelear por Pirro;

con lo que se levantó, y al rayar el dia movió el ejército. Defendianse los Lacedemonios con un ardor y fortaleza superior á su número á presencia de las mujeres, que alargaban dardos, comestibles y bebida á los que lo pedian, y cuidaban de retirar los heridos. Intentaron los Macedonios cegar la zanja, trayendo para ello mucha fagina, con la que cubrieron las armas y los cadáveres que allí habian caido; y acudiendo al punto los Lacedemonios, se vió al otro lado de la zanja y los carros á Pirro á caballo, que con el mayor ímpetu se dirigia á tomar la ciudad. Levantóse en esto gran gritería de los que se hallaban en aquel punto con carreras y lamentos de las mujeres; y cuando ya Pirro iba adelante, abriéndose paso por entre los que tenia al frente, herido con una saeta cretense su caballo, cayó de pechos y con las ansias de la muerte, derribó á Pirro en un sitio resbaladizo y pendiente. Como con este suceso se turbasen sus amigos, acudieron corriendo los Espartanas, y tirándoles dardos, les hicieron huir á todos. A este tiempo hizo Pirro que por todas partes cesase el combate pensando que los Lacedemonios decaerian de brios, habiéndose casi todos heridos, y habiendo muerto muchos. Por el buen genio de esta ciudad, bien fuese que se hubiese propuesto poner á prueba la fortaleza de aquellos varones, ó bien que hubiese querido hacer en aquel apuro demostracion de la grandeza de su poder cuando estaban en el peor estado las esperanzas de los Lacedemonios, hizo que de Corinto llegase en su auxilio con tropas extranjeras Aminias, natural de Focea, uno de los generales de Antígono; y aun no bien se habia hecho el recibimiento de estos cuando arribó de Creta el Rey Areo trayendo consigo dos mil hombres. Con esto las mujeres se retiraron á sus casas sin volver á mezclarse en las cosas de la guerra; y los hombres, haciendo que dejaran las armas los que por

necesidad las habian tomado en aquel conflicto, se previnieron y ordenaron para la batalla.

Inspiróle todavía á Pirro mayor codicia y empeño de tomar la ciudad esta venida de auxiliares; mas cuando vió que nada adelantaba, habiendo salido mal parado, desistió y se entregó á talar el pais, haciendo ánimo de invernar allí; pero no podia evitar su hado. Habia en Argos division entre Aristeas y Aristipo, y teniéndose por cierto que Antígono estaria de parte de este, adelantóse Aristeas y llamó á Pirro á Argos; y este que sin cesar pasaba de unas esperanzas á otras, que de una prosperidad tomaba ocasion para otras varias, y que si caia queria reparar la caida con nuevas empresas, y ni por victorias ni por derrotas hacia pausa en mortificarse y ser mortificado, al punto levantó el campo y marchó á Argos. Púsole Areo asechanzas en diversos puntos, y tomando los mas malos pasos del camino, derrotó á los Galos y á los Molosos que cubrian la retaguardia. Habíasele anunciado á Pirro por el agorero con motivo de haberse encontrado las víctimas sin alguno de los extremos, que le amenazaba la pérdida de alguno de sus deudos; pero habiéndosele con la púesa y el rebato borrado de la memoria la predicción, dió orden á su hijo Tolomeo de que con sus amigos fuese en auxilio de los que combatian; y él en tanto condujo el ejército procurando sacarlo apriesa de las gargantas. Trabada con Tolomeo una recia contienda, y peleando contra los suyos las tropas mas escogidas de los Lacedemonios, acaudilladas por Eualco, un Cretense de Aptera, llamado Oroico, gran cuchillador y muy ligero de pies, corrió de costado, y cuando Tolomeo peleaba con el mayor valor, le hirió y quitó la vida. Muerto Tolomeo y desordenada su gente, los Lacedemonios la persiguieron y vencieron; pero sin percibirlo se pasaron á la tierra llana, y quedaron desamparados de su infantería: entonces Pirro que acababa de oír la muerte del hijo, y tenia el dolor reciente, cargó contra ellos con la caballería de los Molosos; y siendo él el primero en acometer, llenó de mortandad el campo; y si siempre se habia mostrado invicto y terrible en las armas, entonces en osadía y violencia dejó muy atras

los demas combates. Arremetió despues contra Eualco con su caballo, y haciéndose este á un lado, estuvo en muy poco el que no cortase á Pirro con la espada la mano de las riendas, pero dando el golpe en las riendas mismas, las cortó. Pirro al mismo tiempo que él daba este golpe, le pasó con la lanza; mas vino al suelo del caballo, y quedando á pie, dió muerte á todos los escogidos que peleaban al lado de Eualco, habiendo tenido Esparta esta gran pérdida en una guerra que tocaba á su fin, precisamente por el demasiado ardor de sus generales.

Pirro, como si hubiera asi cumplido con las execucias del hijo, y peleado un brillante combate fúnebre, dejando desahogado gran parte del dolor en la ira contra los enemigos, continuó su marcha á Argos; y enterado de que Antígono se habia ya establecido sobre las montañas que dominaban la llanura, puso su campo junto á Naplia. Al dia siguiente envió un heraldo á Antígono, llamándole peste, y provocándolo á que bajando á la llanura disputaran allí el reino; mas este le respondió, que él no solo era general de las armas, sino tambien de la sazón y oportunidad; y que si Pirro tenia priesa de dejar de vivir le estaban abiertas muchas puertas para la muerte. A uno y á otro pasaron embajadores de Argos, pidiéndoles que se reconciliaran, y dejaran que su ciudad no fuera de ninguno, sino amiga de ambos; y lo que es Antígono vino en esto, entregando su hijo en rehenes á los Argivos; pero Pirro, aunque prometia reconciliarse, como no diese premio de ello, se hacia por lo tanto mas sospechoso. Tuvo este tambien una señal terrible: porque habiéndose sacrificado dos bueyes, se vió que las cabezas, despues de separadas de los cuerpos, sacaron la lengua y se relamieron en su propia muerte; y ademas en la ciudad de Argos la profetisa de Apolo Licio dió á correr, gritando haber visto la ciudad llena de mortandad y de cadáveres; y que una águila que volaba al combate, despues se habia desvanecido.

Aproximóse Pirro á las murallas en medio de las mayores tinieblas, y estando abierta por diligencia de Aristeas la puerta que llaman Diamperes, logró no ser sentido hasta

incorporársele los Galos que tenia en su ejército, y haber entrado en la plaza; pero como los elefantes no cupiesen por la puerta, y fuese preciso quitarles las torres, y volvérselas á poner en la oscuridad y con ruido, esto ocasionó detenciones, y que los Argivos llegasen á percibirlo; por lo que se retiraron á la fortaleza, dicha *Escudo*, y á otros lugares defendidos, enviando á llamar á Antígono. Dedicóse este por sí á armar asechanzas en las cercanias; pero envió con poderoso socorro á sus generales y á su hijo. Sobrevino tambien Areo trayendo mil Gretenses y las tropas mas ligeras de los Esparciatas; y acometiendo todos á un tiempo á los Galos, los pusieron en confusion y desórden. Entró á este tiempo Pirro con algazara y griteria por el Cilarabis (1), y luego que los Galos correspondieron á sus voces, conjeturó que aquella especie de grito no era fausto y confiado, sino de quien se halla en consternacion: marchó pues con mas celeridad, penetrando por entre su caballeria, que no sin dificultad y con gran peligro andaba por las alcantarillas, de que está llena aquella ciudad. Era suma la inseguridad de los que ejecutaban y de los que mandaban en un combate nocturno; y habia extravíos y dispersiones en los pasos estrechos, sin que la pericia militar sirviera de nada por las tinieblas, por los gritos confusos, y la estrechez del sitio: por tanto casi nada hacian, esperando unos y otros la mañana. Apenas empezó á aclarar, sorprendió ya á Pirro ver que el escudo estaba lleno de muchas enemigas; y sobre todo se asustó cuando notando en la plaza diferentes monumentos, descubrió entre ellos un lobo y un toro de bronce en actitud de combatir uno con otro, porque esto le trajo á la memoria un oráculo antiguo, por el que se le habia predicho que moriria cuando viese un lobo que peleaba con un toro. Dicen los Argivos que esta ofrenda es para ellos recuerdo de un suceso antiguo; porque á Danao, cuando puso primero el pie en aquella region, junto á los piramios de la Tircátide (2) se le ofreció el espectáculo de un lobo que pe-

(1) El Cilarabis era un gimnasio: dícelo Pausanias, y tambien porque se le dió este nombre.

(2) La Tircátide era un territorio confinante con la Laconia, por el que hubo

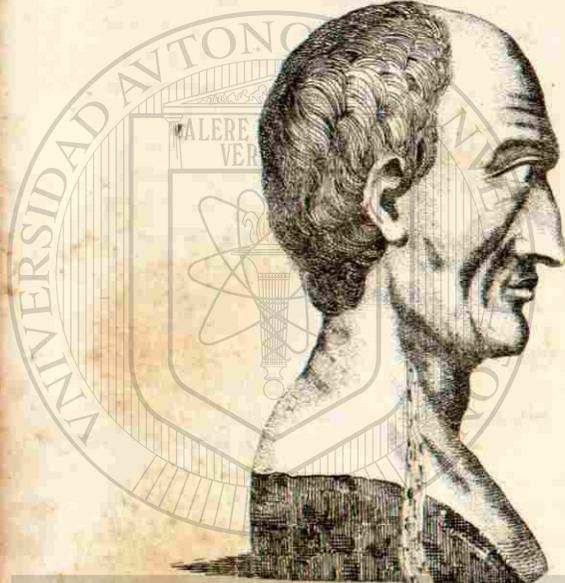
leaba con un toro. Supuso allá dentro de sí que el lobo le representaba (por cuando siendo extranjero acecha á los naturales, como á él le pasaba), y con esta idea se paró á mirar la lucha: venció el lobo; y habiendo hecho voto á Apolo Licio, acometió á la ciudad y quedó victorioso, siendo por una sedicion arrojado Gelanor, que era el que entonces reinaba; y esto es lo que se refiere acerca de aquel monumento.

Con este encuentro, y viendo que nada adelantaba en lo que habia sido objeto de su esperanza, pensó Pirro en retirarse; pero temiendo la estrechez de las puertas, envió en busca de su hijo Heleno, que habia quedado á la parte á fuera con fuerzas considerables, dándole órden de que aporillara el muro, y amparara á los que saliesen, si eran perseguidos de los enemigos. Mas por la misma priesa y turbacion del mensajero, que no acertó á expresar bien su encargo, y por extravío que ademas se padeció, perdió aquel jóven los elefantes que todavia le restaban y los mejores de sus soldados, y se entró por las puertas para dar auxilio á su padre. Retirábase ya Pirro; y mientras la plaza le dió terreno para retirarse y pelear, rechazó á los que le acosaban; pero impelido de la plaza á un callejon que conducia á la puerta, se encontró allí con sus auxiliares, que venian de la parte opuesta; y por mas que les gritaba que retrocediesen, no le oian; y aun á los que estaban prontos á ejecutarlo, los atropellaban en sentido contrario, que de frente continuaban entrando por la puerta. Agregábase que el mayor de los elefantes, atravesado y rugiendo en esta, era nuevo estorbo para los que querian salir: otro de los que habian entrado, al que se habia dado el nombre de Nicon, procurando recoger á su conductor, á quien las heridas recibidas habian hecho caer, volvia tambien atras, contrapuesto á los que buscaban salida, y con su atropellamiento mezcló y confundió á amigos y enemigos, chocando unos con otros. Despues cuando hallándole muerto, le alzó con la trompa, y le aseguó con los colmillos, al volver trastornó de nuevo, y des-

muchas disensiones entre Argivos y Lacedemonios; y los Piramios un término ó pago de este territorio.

trozó como furioso á cuantos encontró al paso. Apretados y estrechados de esta manera entre sí, ninguno podía valerse, ni aun á sí mismo; sino que como si se hubieran pegado en un solo cuerpo, así toda aquella muchedumbre sufría infinidad de impresiones y mudanzas por ambos extremos: pocos eran pues los combates que podía haber con los enemigos, bien estuvieran al frente ó bien á la espalda, y los propios de unos á otros se causaban mucho daño; porque si alguno desenvainaba la espada ó inclinaba la lanza, no había modo de retirarla ó envainarla otra vez, sino que ofendía á quien se presentaba, y heridos unos de otros recibían la muerte.

Pirro, en vista de semejante borrasca y tempestad, quitándose la corona con que estaba adornado su yelmo, la entregó á uno de sus amigos; y fiado de su caballo, arremetió á los enemigos que le perseguían; y habiendo sido lastimado en el pecho de una lanzada, aunque la herida no fue grave ni de cuidado, revolvió contra el autor de ella que era Argivo, no de los principales, sino hijo de una mujer anciana y pobre. Era esta espectadora del combate, como las demás mujeres, desde un tejado, y cuando advirtió que su hijo las había con Pirro, conmovida con el peligro, tomando una teja con entrambas manos la dejó caer sobre Pirro. Dióle en la cabeza sobre el yelmo; pero habiéndole roto las vértebras por junto á la base del cuellra eclipsóse la luz de los ojos, y las manos abandonaron la sciendas. Lleváronle al monumento de Licinio, y allí se casó en el suelo, no siendo conocido de los mas; pero un tal Azapiro de los que militaban con Antígono y otros dos ó tres, cyriendo adonde estaba, le reconocieron, y le introdujeron ora un portal, á tiempo que empezaba á volver en sí del golpe. Desenvainando Zopiro una espada ilírica para cortarle la cabeza, se volvió á mirarle con indignacion, tanto que Zopiro le tuvo miedo; y ya temblándole las manos, ya volviendo al intento, lleno de turbacion y sobresalto, no al recto, sino por la boca y la barba, tarda y difícilmente se la cortó por último. A este tiempo ya el suceso era notorio á los mas, y acudiendo Alcioneo pidió la cabeza, como para reconocerla; y tomándola en la mano, aguijó con el caballo adonde el padre estaba sentado



con sus amigos, y se la arrojó delante. Miróla, y conocióla Antigono, y con el cetro apartó de sí al hijo, llamándole cruel y bárbaro; y llevándose el manto á los ojos se echó á llorar, acordándose de su abuelo Antigono y de Demetrio su padre, ejemplos para él domésticos de las mudanzas de la fortuna. A la cabeza y al cuerpo los hizo adornar convenientemente, y los quemó en la pira. Despues, habiendo Alcione descubierto á Heleno abatido y envuelto en una ropa pobre, le trató humanamente, y le condujo ante el padre; quien en vista de esto le dijo: Mejor lo has hecho ahora, hijo mio, que antes; pero aun ahora no del todo á mi gusto, no habiéndole quitado ese vestido que mas que á él nos afrenta á nosotros que tenemos el nombre de vencedores. Mirando pues á Heleno con la mayor consideracion, le hizo acompañar al Epiro; y á los amigos de Pirro los trató tambien con afabilidad, hecho dueño de su campo y de todo su ejército.

## CAYO MARIO.

No podemos decir cual fue el tercer nombre de Cayo Mario, al modo que no se sabe tampoco el de Quinto Sertorio, que mandó en España; ni el de Lucio Mumio que tomó á Corinto, porque el de Acaico es sobrenombre que vino de sus hechos, como el de Africano á Escipion, y el de Macedonio á Metelo. Por esta razon principalmente parece que reprende Posidonio á los que creen que el tercer nombre era el propio de cada uno de los Romanos, como Camilo, Marcelo y Caton, porque quedarian sin nombre, decia, los que solo llevasen dos. Mas no advierte que con este modo de ocurrir deja sin nombre á las mujeres, pues á ninguna se le pone el primero de los nombres, que es el que Posidonio tiene por nombre propio para los Romanos. De los otros uno era comun por el linaje como los Pompeyos, los Manlios, los Cornelios, al modo que si uno de nosotros dijera, los Herá-

clidas y los Pelópidas; y otro era sobrenombre de un adjetivo que indicaba la índole, los hechos, la figura del cuerpo ó sus defectos, como Macrino, Torcuato y Sila: á la manera que entre nosotros Mnemon, Gripo y Calinicó. En esta materia pues la anomalia de la costumbre da ocasion á muchas disputas.

Del semblante de Mario hemos visto un retrato en piedra que se conserva en Ravena de la Galia, y dice muy bien con la aspereza y desabrimiento de carácter que se le atribuye. Porque siendo por indole valeroso y guerrero, y habiéndose instruido mas en la ciencia militar que en la política, en sus mandos se abandonó siempre á una iracundia que no podia contener. Dicese que ni siquiera aprendió las letras griegas, ni usó nunca de la lengua griega en cosas de algun cuidado, teniendo por ridiculo aprender unas letras cuyos maestros eran esclavos de los demas; y que despues del segundo triunfo, habiendo dado espectáculos á la griega con motivo de la dedicacion de un templo, no hizo mas que entrar y sentarse en el teatro saliéndose al punto. Al modo pues que Platon solia muchas veces decir al filósofo Jenocrates, que parece era tambien de costumbres ásperas: O Jenocrates, sacrifica á las Gracias: si alguno de la misma manera hubiera persuadido á Mario que sacrificase á las musas griegas y á las Gracias, no hubiera este coreado tan feamente sus decorosos mandos y gobiernos, pasando por una iracundia y ambicion indecente, y por una avaricia insaciable á una vejez cruel y feroz; lo que bien pronto aparecerá de sus hechos.

Nacido de padres enteramente oscuros, pobres y jornaleros, de los cuales el padre tenia el mismo nombre, y la madre se llamaba Fulcinia, tardó en venir á la ciudad, y en gustar de las ocupaciones de ella habiendo tenido su residencia por todo el tiempo anterior en Cerneto, aldea de la region Arpina, donde su tenor de vida fue grosero, comparado con el civil y culto de la ciudad; pero moderado y sobrio y muy conforme con aquel en que antiguamente se criaban los Romanos. Habiendo hecho sus primeras armas contra los Celtiberos, cuando Escipion Africano sitió á Numancia no se le ocultó á este general que en valor se aventajaba

á los demas jóvenes, y que se prestaba sin dificultad á la mudanza que tuvo que introducir en la disciplina, á causa de haber encontrado el ejército estragado y perdido por el lujo y los placeres. Dicese que peleando con un enemigo, le quitó la vida á presencia del general; por lo que, además de otros honores que este le dispensó, moviéndose en cierta ocasion plática entre cena acerca de los generales, como preguntase uno de los presentes, bien fuera porque realmente dudase, ó porque hiciese por gusto aquella pregunta á Escipion, cual seria el general y primer caudillo que despues de él tendria el pueblo romano, hallándose Mario sentado á su lado, le pasó suavemente la mano por la espalda, y respondió: Quizá este: tal era la disposicion que desde pequeño presentaba el uno para llegar á ser grande, y tal tambien la del otro para del principio conjeturar el fin.

Dicese que Mario inflamado en sus esperanzas con esta expresion, como con un fausto agüero, aspiró á tomar parte en el gobierno, y que le cupo en suerte el tribunado de la plebe, siendo su solicitador Cecilio Metelo, cuya casa obsequió desde el principio, por sí y por su padre. En su tribunado escribió sobre el modo de votar una ley, que parece quitaba á los poderosos su grande influjo en los juicios, á la cual se opuso el cónsul Cota, logrando persuadir al Senado que contradijese la ley y que se hiciese comparecer á Mario á dar razon de su propuesta. Escribióse este decreto; y entrando Mario, no se portó como un hombre nuevo á quien ninguno de algun lustre habia precedido, sino que tomando de sí mismo el mostrarse tal, cual le acreditaron despues sus hechos, amenazó á Cota con que lo llevaria á la cárcel si no abrogaba su resolucion. Volviéndose este entonces á Metelo, le preguntó cual era su dictámen; y levantándose Metelo, apoyaba al cónsul; pero Mario, llamando al licitor que estaba fuera, le dió orden de que llevara á la cárcel al mismo Metelo. Imploraba este el auxilio de los demas tribunos, y como ninguno se le presentase, cedió el Senado, y desistió de su decreto. Saliendo entonces ufano Mario adonde estaba la muchedumbre, hizo sancionar la ley, ganando opinion de ser intrépido contra el miedo; imperturbable por rubor, y fuerte para oponerse

al Senado en obsequio de la plebe. Mas de allí á poco hizo que se cambiara esta opinion con motivo de otro acto de gobierno; porque habiéndose propuesto ley para hacer una distribucion de trigo, se opuso obstinadamente á los ciudadanos; y saliendo con su intento, adquirió igual concepto entre ambos partidos, de que nunca por obsequio cederia en lo que no fuera conveniente, ni á los unos ni á los otros.

Despues del tribunado se presentó á pedir la edilidad mayor: porque hay dos órdenes de ediles: el uno que toma el nombre de las sillas con pies corvos, en que estos magistrados se sientan para despachar; y el otro interior que se llama plebeyo. Nómbranse primero los de mayor dignidad, y despues se pasa á votar los otros. Todo daba á entender que Mario quedaria para este segundo; pero él, presentándose sin dilacion en medio, pidió el otro; mas acreditándose por lo mismo de osado y orgulloso, fue desatendido; y con haber sufrido dos desaires en un mismo dia, cosa nunca sucedida á otro alguno, por eso bajó nada de su arrogancia; antes de allí á poco volvió á pedir la pretura, y casi nada faltó para que llevara tambien repulsa; mas fue por fin elegido el último, y se le formó causa de cohecho. Dió el principal motivo para sospechar un esclavo de Casio Sabacon, por habersele visto dentro de los canchales mezclado con los que iban á votar, y ser Sabacon uno de los mayores amigos de Mario. Preguntando aquel por los jueces sobre este particular; respondió que teniendo mucha sed á causa del calor, pidió agua fria, y como aquel su esclavo tuviese un vaso de ella, habia entrado á alargárselo, marchándose inmediatamente despues que bebia. Ello es que Sabacon fue por los Censores que entraron en ejercicio despues de este suceso, removido del Senado; pareciendo á todos que no dejaba de merecerlo, bien fuese por el falso testimonio, bien por su mala conducta. Fue citado tambien como testigo contra Mario Cayo Herenio, y contestó no ser conforme á las costumbres patrias que atestiguase contra un cliente, sino que antes las leyes eximian de esta obligacion á los patronos (que es el nombre que dan los Romanos á los defensores y abogados); y que de la casa de los Herenios habian sido clientes de antiguo los

progenitores de Mario, y aun Mario mismo. Admitian los jueces la excusa; pero el mismo Mario hizo oposicion á Herenio, diciendo que luego que entró en las magistraturas se libertó de la calidad de cliente, lo que no era enteramente cierto; pues no toda magistratura exime á los clientes y á su posteridad de la obligacion de alimentar al patrono, sino solamente aquella á la que la ley concede silla curul. Y en los primeros dias del juicio la suerte no se presentaba favorable á Mario, ni estaban de su parte los jueces; pero en el último salió no sin maravilla absuelto, por haberse empatado los votos.

Nada hizo en la pretura digno de particular alabanza; pero habiéndole cabido en suerte despues de ella la España ulterior, se dice que limpió de salteadores la provincia, áspera todavía y feroz en sus costumbres: no habiendo dejado los Españoles de tener el robar por una hazaña. Constituido en el gobierno, no le asistian ni la riqueza ni la elocuencia, que eran los medios con que los principales manejaban en aquella epoca al pueblo; pero sin embargo, dando los ciudadanos cierto valor á la entereza de su carácter, á su tolerancia del trabajo, y á su porte en todo popular, logró ir adelantado en honores y en poder; tanto que hizo un matrimonio ventajoso con Julia de la familia ilustre de los Césares, de la cual era sobrino César, el que mas adelante vino á ser el mayor de los Romanos, proponiéndose en alguna manera por modelo á este su deudo, como en su vida lo hemos escrito. Conceden todós á Mario la templanza y la paciencia; habiendo dado de esta un grande ejemplo con el motivo de cierta operacion de cirugía. Tenia entrambas piernas muy varicosas, causándole esta especie de hinchazon una enfermedad que le disgustaba, por lo que resolvió ponerse en manos del cirujano. Presentóle pues la una pierna; y sin que le tuviesen, sufrió los violentos dolores de las incisiones sin moverse, y sin lanzar un suspiro, en silencio y con inalterable rostro; pero pasando á la otra el cirujano, ya no quiso alargarla, diciendo: No veo que la curacion de este defecto sea digna de un dolor semejante.

Cuando el cónsul Cecilio Metelo fue enviado de general al Africa para la guerra contra Yugurta, nombró por legado á Mario; el cual, aprovechando aquella ocasion de hechos se-

ñalados é ilustres, dejó á un lado el cuidar de los aumentos de Metelo, y el ponerlo todo á su cuenta, como salian hacerlo los demas. No teniendo pues en tanto el haber sido nombrado legado por Metelo, como el que la fortuna le ofreciese tan favorable oportunidad, y le introdujese en tan magnífico teatro, se esforzó á dar pruebas de toda virtud; y llevando consigo la guerra mil incomodidades, ni rehusó ningun trabajo por grande que fuese, ni desdeñó tampoco los pequeños. Con esto, con aventajarse á sus iguales en el consejo, y la prevision de lo que convenia, y con igualarse á los soldados en la sobriedad y el sufrimiento, se ganó enteramente su amor y benevolencia: porque en general parece que le da consuelo al que tiene que trabajar que haya quien voluntariamente trabaje con él; pues con esto como que á él tambien se le quita la necesidad. Era ademas espectáculo muy agradable al soldado romano un general que no se desdeñaba de comer públicamente el mismo pan, de tomar el mismo sueño sobre cualquiera mullido, y de echar mano á la obra cuando habia que abrir fosos, ó que establecer los reales: pues no tanto admiran á los que distribuyen los honores y los bienes, como á los que toman parte en los peligros y en la fatiga; y en mas que á los que les consenten el ocio, tienen á los que quieren acompañarlos en los trabajos. Conduciéndose pues Mario en todo de esta manera, y haciéndose popular por este término con los soldados, en breve llenó el Africa, y en breve á la misma Roma de su fama, y de su nombre, por medio de los que desde el ejército escribian á los suyos, que no se le veria el término y fin á aquella guerra mientras no eligiesen cónsul á Mario.

Claro es que por lo mismo habia de estar incomodado con él Metelo; pero lo que mas le incomodó fue lo ocurrido con Turpilio. Era este huésped de Metelo, ya de tiempo de su padre; y entonces tenia en aquella guerra la direccion de los trabajos. Habiasc le encargado la guardia de Bagá, ciudad populosa; y él, confiado en no causar ninguna vejacion á los habitantes, sino mas bien tratarlos benigna y humanamente, no atendia á precaverse de venir á manos de los enemigos. Mas estos dieron entrada á Yugurta, aunque á

Turpilio en nada le ofendieron, y antes se interesaron para que se le dejara ir salvo. Formósele pues causa de traicion; y siendo Mario uno de los del consejo de guerra, no solo se mostró por sí inexorable, sino que acaloró á la mayor parte; de manera que Metelo se vió precisado muy contra su voluntad á tener que condenarle á muerte. Descubrióse á poco la falsedad de la acusacion, y todos los demas daban muestras de pesar á Metelo, que estaba inconsolable; pero Mario se mantenía alegre, y se jactaba de ser autor de lo ejecutado, sin avergonzarse de decir entre sus amigos que él era quien habia hecho que á Metelo le persiguiese la vengadora sombra de su huésped. Con este motivo era todavia mas manifiesta la enemistad; y aun se refiere que en cierta ocasion le dijo Metelo, como reconviéndole: ¿Cómo, y piensas tú, hombre singular, marchar ahora á Roma á pedir el consulado? ¿pues no te estaria muy bien el ser cónsul con este hijo mio? Es de notar que tenia consigo Metelo un hijo todavia en infancia. En tanto Mario instaba para que se le diera licencia; pero se la dilató con varios pretextos; y por fin se la concedió cuando no faltaban mas que doce dias para la designacion de los cónsules. Mario anduvo el largo camino que habia del campamento á Utica sobre el mar en dos dias y una noche; y antes de embarcarse hizo un sacrificio. Dícese haberle anunciado el agorero que los Dioses le pronosticaban hechos y sucesos muy superiores á toda esperanza, con lo que partió tristemente engreido. Hizo en cuatro dias la travesia con viento en popa, y apareciéndose de súbito ante el pueblo, que le recibió con deseo, presentado por uno de los tribunos en la junta, hizo diferentes recriminaciones á Metelo, y se mostró pretendiente del consulado, con promesa de que muerto ó vivo habia de tener en su poder á Yugurta. Habiendo sido nombrado con grande aceptacion, se dedicó al punto á reclutar ejército; admitiendo en él, con desprecio de las leyes y costumbres, á mucha gente jornalera, y esclava: siendo así que los generales antiguos no les daban á estos entrada, sino que mirando como un honor el ejercicio de las armas, solo las ponian en manos beneméritas, teniendo como por fianza la

hacienda de cada uno. Con todo no fue esto lo que mas desacreó á Mario, sino sus expresiones arrogantes, que ofendian á los principales por el ajamiento é injuria que contenian : gritando continuamente aquel, que su consulado era un despojo tomado á la molicie de los nobles y de los ricos, y que él se recomendaba al pueblo con sus heridas propias, no con memorias de muertos, ni con imágenes ajenas. Muchas veces nombrando á los generales que habian peleado desgraciadamente en el Africa, como Bestia y Albino, varones ilustres en linaje, pero poco guerreros, y que por su impericia se perdieron, solia preguntar á los que se hallaban presentes, ¿ si no creian que los antepasados de estos habrian querido mas dejar descendientes que le fuesen á él semejantes ? puesto que ellos mismos no se habian hecho célebres por su noble origen, sino por su virtud y sus hazañas. Y esto no lo decia precisamente por vanidad y jaetancia, ni solo porque quisiese indisponerse con los poderosos ; sino porque el pueblo, complaciéndose en la mortificacion del Senado, solia medir la grandeza de ánimo por la arrogancia de las expresiones ; y así él era quien le impelia á humiliar á los ciudadanos mas sobresalientes para complacer á la muchedumbre.

Luego que pasó al Africa, no pudiendo Metelo soportar la envidia, é incomodado sobremanera de que teniendo ya concluida la guerra, sin restar otra cosa que la materialidad de apoderarse de la persona de Yugurta, viniese Mario á recoger la corona y el triunfo, dejando estos adelantamientos á sola su ingratitude, no aguardó á que llegara donde él estaba, sino que partió del ejército, y fue Rutilio quien hizo la entrega de él á Mario, hallándose el legado de Metelo. Pero persiguió tambien á Mario un mal suceso en la conclusion de este negocio : porque le arrebató Sila la gloria del vencimiento, como él la habia arrebatado á Metelo. El modo como esto sucedió lo referiré muy por encima, por quanto la narracion circunstanciada de estos sucesos pertenece mas á la vida de Sila. Boco, Rey de los Numidas superiores, era yerno de Yugurta, y mientras duró la guerra no pareció tomar gran parte en ella, recelando de su perfidia, y temiendo

que aumentase su poder ; mas despues que reducido á la fuga, y andando errante habia puesto en Boco su última esperanza, y marchaba en su busca, recibíendole este en tal situacion de desvalido mas por vergüenza que por afecto, cuando le tuvo á su disposicion, á las claras y en público intercedia por él con Mario, escribiéndole que de ningun modo le entregaria ; pero en secreto meditaba hacerle traicion, enviando á llamar á Lucio Sila, cuestor de Mario, que habia hecho favores á Boco durante aquella expedicion. Luego que Sila pasó á verse con él, ya hubo alguna mudanza y arrepentimiento en aquel bárbaro ; de manera que estuvo bastantes dias sin resolverse entre si entregaria á Yugurta ó retendria á Sila. Prevaleció por fin la primera traicion, y puso á Yugurta vivo en manos de Sila : siendo esta la primera semilla de aquella disension cruel é irreconciliable, que estuvo en muy poco perdiéndose á Roma. Porque muchos por aversion á Mario daban por cierto que aquello habia sido obra de Sila ; y este mismo, habiendo labrado un sello, puso en él un grabado, en que estaba la imagen de Boco en actitud de entregarle á Yugurta : sello de que usaba siempre, irritando con esto á Mario, hombre ambicioso, obstinado y enemigo de repartir su gloria con nadie ; á lo que contribuyan tambien en gran manera los enemigos de este, atribuyendo á Metelo el buen principio y progreso de aquella guerra, y su conclusion á Sila, con la mira de hacer que el pueblo dejara de admirar y apreciar á Mario sobre todos.

Mas bien presto disipó esta envidia, estos odios, y estas acriminaciones contra Mario el peligro que de la parte del poniente amenazó á la Italia, reconociéndose por todos la necesidad de un gran general, y examinando cuidadosamente la ciudad quien seria el piloto de quien se valiese en semejante tormenta : así es que no hallándose con fuerzas ninguno de las familias nobles ó ricas para tal empresa, procediendo á los comicios consulares, eligieron á Mario que se hallaba ausente. Pues apenas recibida la noticia de la prision de Yugurta, se difundieron las voces de los Teutones y Cimbros, increíbles al principio en quanto al número y valor

de las tropas que venian, pues se halló que en verdad eran muchas menos de lo que se decia. Con todo eran trescientos mil hombres armados los que estaban en marcha; y ademas venia en su seguimiento infinidad de mujeres y niños en busca de una region que alimentase tanta gente, y de ciudades en que pudieran establecerse, al modo que antes de ellos sabian haber ocupado los Celtas un pais excelente en Italia expeliendo á los Tirrenos; pues por lo demas, su ninguna comunicacion con otros pueblos, y la distancia del pais de donde venian eran causa de que se ignorase qué gentes eran, ni de donde habian partido para caer como una nube sobre la Galia y la Italia. Conjeturábase sin embargo que eran naciones germánicas de las que habitan á la parte del Océano boreal, por la grande estatura de sus cuerpos, por tener los ojos azules, y tambien porque los de Germania á los ladrones les llaman Cimbros. Hay tambien quien diga que la gente céltica, por la grande extension del pais y su gran muchedumbre, llega desde el mar exterior y los climas setentrionales hasta el oriente, yendo á tocar por la laguna Meotis en la Escitia Póntica, y que de allí provenia esta mezcla de naciones, las cuales no abandonaban sus asientos de una vez, ni á la continua, sino que yendo siempre hácia adelante cada año en la primavera, así iban llevando la guerra por todo el continente; y que aunque tienen diferentes denominaciones segun los paises, al ejército en general le dan la de *Celtoescitas*. Otros refieren que la gente cimera, conocida en lo antiguo por los Griegos, no fue mas que una parte minima, que estrecida de los Escitas, ó por sedicion entre sí, ó por destierro de estos, se vió precisada á pasar al Asia desde la laguna Meotis, acaudillándola Ligdamis; pero qué el grueso de ellos y lo mas belicoso se hallaba establecido en los últimos términos, á la parte del mar exterior. Dícese que estos ocupaban un pais sombrío, frondoso y poco alumbrado del sol, por la mucha muchedumbre y espesura de sus bosques, que se extienden hasta dentro de la selva Hercinia; habiéndoles cabido en suerte estar bajo un cielo que parece deja poco lugar para la habitacion, situados cerca del zenit en la parte donde toma elevacion el polo por

la inclinacion de los paralelos; y donde iguales los dias en lo cortos, y en lo largos con las noches, dividen el año; que fue lo que dió ocasion á Homero para su fábula del infierno. Pues de allí se dice habian partido estos bárbaros para la Italia, dichos al principio Cimerios; y Cimbros, despues por alteracion, no á causa de su género de vida: aunque esto mas es una conjetura que cosa que queda tenerse por asegurada y cierta. En cuanto á su número aun hay algunos que afirman haber sido mayor que el que se deja dicho. En el ánimo y osadia eran terribles, pareciéndose al fuego en la presteza y violencia para los hechos de armas; no habiendo quien pudiera resistir á su ímpetu, sino que indefectiblemente fueron presa suya todos aquellos á cuyo pais llegaron; y de los generales y ejércitos romanos cuantos se les presentaron por la parte de la Galia trasalpina, todos fueron ignominiosamente desbaratados: así con haber peleado desgraciadamente, estos mismos los atrajeron contra Roma; pues vencedores de cuanto encontraron, y enriquecidos con opimos despojos, habian resuelto no hacer parada en ninguna parte antes de destruir á Roma y asolar la Italia.

Oidas semejantes nuevas, como el grito comun de los Romanos llamase al mando á Mario, fue nombrado segunda vez cónsul, contra la ley que no permitia elegir ausentes, y contra la que tampoco consentia que fuese alguno reelegido, sin que se guardase el hueco elegido: no dando el pueblo oidos á los que se oponian, por cuanto juzgaba que ni era aquella la vez primera en que la ley callaba ante la utilidad pública, ni de menor valor la causa que á ello entonces obligaba, que la que hubo para nombrar cónsul á Escipion contra las mismas leyes, en ocasion en que no temian perder su propia ciudad, sino que querian destruir la de Cartago: así pues se determinó. Llegó Mario de Africa con su ejército en las mismas calendas de enero, que es el dia en que los Romanos comienzan su año; y en él tomó posesion del consulado, y celebró su triunfo, dando á los Romanos el increíble espectáculo de conducir cautivo á Yugurta, pues nadie esperaba que vivo él pudiera su ejército ser vencido: y de tal manera sabia doblarse á todas las mu-

danzas de fortuna, y tan diestro era en mezclar la astucia con la fortaleza! Mas llevado en la pompa salió, según dicen, de juicio; y puesto en la cárcel después del triunfo, mientras unos le despojaban por fuerza de la túnica, y otros procuraban quitarle las arracadas de oro; juntamente con ellas le arrancaron el lóbulo de la oreja. Luego que le dejaron desnudo, le arrojaron á un calabozo, donde desesperado é inquieto: Por Júpiter, exclamó, que está muy frio vuestro baño! Allí mismo, luchando por seis días con el hambre, y suspirando hasta la última hora por alargar la vida, pagó la pena que merecían sus impiedades. Cuéntase que se trajeron á este triunfo y fueron llevadas en él tres mil y siete libras de oro; de plata no acuñada cinco mil setecientas setenta y cinco, y en dinero diez y siete mil y veinte y ocho dracmas. Reunió Mario el Senado después del triunfo en el Capitolio, entrando en él, ó por olvido, ó por hacer orgullosa ostentacion de su fortuna, con las ropas triunfales; pero percibiendo al punto que el Senado no lo llevaba á bien, se levantó, y quitándose la púrpura, volvió á ocupar su puesto.

En la marcha hacia de camino trabajar á la tropa, ejercitándola en toda especie de correrías y en jornadas largas, y precisando á los soldados á llevar y preparar por sí mismos lo que diariamente habia de servirles; de donde dicen proviene el que desde entonces á los aficionados al trabajo, y que con presteza ejecutan lo que se les manda, se les llame *mulos Marianos*; aunque otros dan á esta expresion diferente origen. Porque queriendo Escipion, cuando sitiaba á Numancia, pasar revista no solo á las armas y caballos, sino tambien de acémilas y carros, para saber en qué estado tenia cada uno estas cosas, se dice que Mario presentó un caballo perfectamente cuidado y mantenido por él mismo, y además un mulo sobresaliente entre todos en gordura, en mansedumbre y en fuerza; por lo que no solamente se mostró contento Escipion con esta especie de cuidado de Mario, sino que hacia frecuentemente mencion de ella; y de aquí nació el que los que querian por vejamen alabar á alguno de puntual, de sufrido y de trabajador, le llamaban machito de Mario.

Púsose en esta ocasion la fortuna de parte de Mario; por-

que los bárbaros, como si quisieran tomar carrera para la irrupcion que meditaban, pasaron primero á España; con lo que aquel tuvo tiempo para ejercitar el cuerpo del soldado; para dar á su ánimo aliento y confianza; y lo que es mas importante todavía, para hacer que conociese bien el carácter de su general. Porque su dureza en el mando y su inflexibilidad en los castigos parecian calidades justas y saludables á los que tenian ya el hábito de no delinquir ni faltar; y su escandecimiento en la ira, lo penetrante de la voz y lo adusto del semblante, acostumbrados así poco á poco, no tanto les era á ellos terrible, como creian habia de serlo á los enemigos. Sobre todo era muy del gusto de los soldados su rectitud en los juicios, de la que se refiere este ejemplo. Cayo Lusio, sobrino suyo, que tenia empleo de comandante en el ejército; era hombre en todo lo demas no reprehensible; pero en el amor de los jóvenes no podia irse á la mano. Amaba á un joven que militaba bajo sus órdenes, llamado Trebonio; y aunque muchas veces lo habia solicitado, nunca habia sido bien oido; mas en fin una noche envió por medio de un esclavo á llamar á Trebonio; vino este, porque no era licito no acudir al llamamiento; pero como habiendo entrado en su tienda quisiese hacerle violencia, desenvainando la espada le quitó la vida. Acaeció esto á tiempo que Mario estaba ausente; pero á su vuelta puso inmediatamente en juicio á Trebonio; y como fuesen muchos los que le acusaban, sin que ninguno tomase su defensa compareciendo él mismo, refirió resueltamente el suceso, y tuvo testigos de que muchas veces se resistió á Lusio, y que con hacerle grandes ofertas jamas condescendió por nada á sus deseos. Maravillado Mario y complacido en mismo tiempo, mandó que le trajesen la corona con que por costumbre patria se recompensaban los ilustres hechos, y tomándola en la mano, él mismo coronó á Trebonio, por haber dado un excelente ejemplo en tiempo en que tanta necesidad habia de ellos. Llegó la noticia á Roma, y no fue la que menos contribuyó para que se le confiriera el tercer consulado; á lo que se agregaba que acercándose la primavera, miraban como próxima la llegada de los bárbaros, y no querian que nin-

guno otro general hiciese aquella guerra. Mas no llegaron tan pronto como se creía, y tambien se le pasó á Mario el tiempo de este consulado. Acercábanse las elecciones, y como hubiese muerto el colega, dejando Mario encargado del ejército á Manio Aquilio, partió para Roma. Eran muchos y muy principales los que pedían el consulado; y Lucio Saturnino, que era de los tribunos el que mas influía sobre la muchedumbre, obsequiado por Mario, hablaba al pueblo, y le movía á que le nombrase cónsul. Hacia Mario el desdénoso rehusando aquella magistratura, y diciendo que no le convenia; sobre lo que Saturnino lo acusaba de traidor á la patria, por rehusar el mando en medio de tan gran peligro. Estaba bien claro que hacia este papel por servir á Mario; pero lo mas en vista de su pericia y de su fortuna, le decretaron el cuarto consulado, dándole por colega á Lutacio Cátulo, varón muy respetado de los primeros personajes, y no desafecto á la muchedumbre.

Instruido Mario de que los enemigos se hallaban cerca, pasó apresuradamente los Alpes, y fortificando su campamento sobre el rio Ródano, condujo á él abundantes provisiones, para no ser nunca precisado á pelear, mientras no le pareciese poderlo ejecutar con ventaja, por falta de las cosas precisas. La conduccion por mar de lo que el ejército habia menester, que antes era larga y costosa, la hizo fácil y breve. Porque tomando las bocas del Ródano con el oleage del mar gran copia de terra y mucha arena mezclada con cieno, la navegacion era trabajosa y tardía para los abastecedores. Empleando pues en aquel punto el ejército, mientras no tenia otra ocupacion, abrió un dilatado canal, y haciendo pasar á él gran parte del rio, lo condujo por una ribera cómoda con bastante caudal para sostener buques grandes, y con una entrada al mar fácil y no expuesta á cegarse; y este canal todavia conserva el nombre que de él tomó. Hicieron los bárbaros dos divisiones de sus tropas: tocándoles á los Cimbricos marchar contra Cátulo por las alturas de los Alpes Noricos para vencer aquel paso; y á los Teutones y Ambrones el dirigirse contra Mario por la Liguria y la costa del mar. Fueles preciso á los Cimbricos prepararse y detenerse mas; pe-

ro los Teutones y Ambrones partiendo aceleradamente, y atravesando el pais que mediaba, se presentaron inmensos en número, feroces en los semblantes, y en la gritería y alboroto no parecidos á ningunos otros. Ocuparon gran parte de la llanura, y acampándose, provocaban á Mario á la batalla.

No hacia Mario cuenta de estas baladronadas, sino que contenia á los soldados dentro de los reales, castigando ásperamente á los atrevidos; y á los que se presentaban con ánimo de pelear por no poder contener la ira, les decia que eran traidores á la patria; porque la contienda con aquellas gentes no era para alcanzar triunfos ó para erigir trofeos, sino para apartar lejas semejante tormenta y tempestad, salvando de este modo la Italia. Así se explicaba en confianza con los otros gefes y caudillos; pero á los soldados, manteniéndose en el valladar, les hacia por trozos que miraran á los enemigos, acostumbrándolos á ver aquellos semblantes, á oír aquella voz enteramente extraña y fiera y á enterarse de sus arreos y su táctica, para que con el tiempo la vista de aquellos objetos espantosos se los hiciera llevaderos; porque creia que la novedad acrecienta un terror falso á las cosas propias de suyo para inspirar miedo; y que la costumbre quita la admiracion y asombro aun de aquellos objetos naturalmente terribles. Y aquí no solo la vista iba quitando continuamente algo del asombro, sino que con las amenazas y la insufrible altanería de los bárbaros la ira les encendia y abrasaba los ánimos, por cuanto los enemigos no contentos con atropellar y asolar cuanto habia alrededor, acometian á veces el campamento con gran ruido de arrojo y desvergüenza: tanto que se dió á Mario cuenta de estas voces y quejas de los soldados: «¿Por qué cobardía nuestra nos castiga Mario prohibiéndonos con llaves y porteros como á unas mujeres el venir á las manos con los enemigos? Ea pues echándola de hombres libres, preguntémosle, si es que espera otros que vengán á pelear por la Italia, y de nosotros piensa valerse siempre como de unos criados cuando aya que abrir canales, que quitar barro, y que mudar el curso de algun rio; pues parece que para estas cosas nos ejercita con continuas fati-

gas, y que estas son las obras consulares de que piensa hacer á su vuelta ostentacion ante los ciudadanos. ¿Teme por ventura los desgraciados casos de Carbon y Cepion, que fueron vencidos de los enemigos por ser ellos muy inferiores á Mario en virtud y en gloria, y por mandar un ejército que estaba muy distante de valer lo que este? y es fin de mas honor en sufrir algun descalabro, haciendo algo, que ser tranquilos espectadores de la ruina de nuestros aliados.»

Cuando Mario oyó estas cosas, sirviéronle de placer, y trató de sosegar á los soldados, diciéndoles que de ningun modo desconfiaba de ellos, sino que guiado de ciertos oráculos aguardaba el tiempo y lugar oportunos para la victoria. Porque llevaba en su compañía en litera con cierto respeto á una mujer de Siria llamada Marta, que se decia era profetisa, y de su orden hacia ciertos sacrificios. Habíala antes amenazado el Senado porque se mezclaba en estas cosas y en querer predecir lo futuro; pero despues, como acogíendose á las mujeres hubiese dado algunas pruebas, y mas particularmente á la de Mario, porque puesta á sus pies habia casualmente adivinado entre unos gladiadores quién seria el que venciese, la mandó esta adonde estaba Mario, que la miró con admiracion, y por lo comun la hacia llevar en litera. Adornábase para los sacrificios con doble púrpura, y usaba de una lanza toda en rededor ceñida de cirios y coronas. Tenia esta farsa en incertidumbre á la mayor parte de las gentes, no sabiendo si el dar así en espectáculo á aquella mujer nacia de que Mario lo creyese de veras, ó de que lo fingia y aparentaba. Pues el maravilloso prodigio de los buitres refiriólo Alejandro Mindio; y es que antes del vencimiento se aparecian siempre dos en derredor de la litera, y la seguian sin desampararla, siendo conocidos por sus collares de bronce: pues los soldados lograron cogerlos, y puestos los collares, los soltaron. Desde entonces reconociendo á los soldados, les hacian agasajos; y en viéndolos estar en las marchas, se regocijaban, esperando algun buen suceso. Mostráronse por aquel tiempo diferentes señales, las que tenian en general un carácter comun; pero de Ameria y Tuderto se refirió que se veian de noche en el cielo espadas y escudos de fuego, que al

principio se notaban separados; mas despues chocaban unos con otros en la forma y con los movimientos que lo ejecutan los hombres que pelean; y por fin cediendo unos y siguiendo los otros, todos venian á caer hacia occidente. Por el propio tiempo tambien vino de Pesinunte Batabaces, sacerdote de la gran madre, anunciando que la Diosa le habia hablado desde su tabernáculo, diciendo que iban los Romanos á disfrutar de la victoria y triunfo mas señalados. Dióle asenso el Senado, y decretó edificar á la Diosa un templo en señal de victoria; y cuando Batabaces estaba para comparecer ante el pueblo con el designio de anunciarlo, se lo estorbó el tribuno de la plebe Aulo Pompeyo, llamándole impostor, y echándole á empellones de la tribuna; lo que solo sirvió para conciliar mayor crédito á su narracion: porque no bien se puso Aulo en camino para su casa, disuelta la junta, cuando se le encendió una tan fuerte calentura, que se hizo cosa muy notaria y pública entre todos haber muerto de ella dentro del sétimo dia.

Intentaron los Teutones, viendo el sosiego de Mario, poner cerco al campamento; pero siendo recibidos con dardos que les disparaban desde el valladar, y perdiendo alguna gente, determinaron ir adelante, dando por supuesto que podian pasar sin rezelo los Alpes. Tomando el bagaje, se pusieron al otro lado del campo de los Romanos; y entonces se vió principalmente su gran número por la tardanza y dilacion del tránsito: porque se sabe que gastaron seis dias en pasar por el valladar de Mario andando sin parar. Iban siempre muy cerca preguntando por moza á los Romanos si mandaban algo para sus mujeres, porque pronto estarian á la vista de ellas. Cuando ya hubieron pasado los bárbaros, y estaban á alguna distancia, levantó él tambien su campo, y los seguia de cerca, acampando siempre á su inmediacion en puestos fuertes, y ocupando los sitios mas ventajosos para pernoctar con descanso. Marchando de esta manera, llegaron al lugar que se llama las *Aguas sextias*, desde donde con poco que anduviesen se hallarian en los Alpes. Por lo mismo se preparaba Mario á dar alli la batalla escogiendo para su campamento una posicion fuerte, pero que escaseaba

de agua; queriendo, segun decia, aguijonear con esto á los soldados: así es que quejándose mucho, y haciéndole presente que tenían sed, les dijo, señalándoles con la mano un rio que corria al lado del valladar de los bárbaros, que allí tenían bebida que se compraba á precio de sangre. ¿Pues por qué le respondieron no nos guias ahora mismo contra ellos mientras tenemos la sangre fresca? y él con voz blanda les contestó, antes tenemos que fortificar el campamento.

Obedecieron, aunque de mala gana, los soldados; pero la muchedumbre de los bagajeros y asistentes no teniendo que beber para sí, ni para las acémilas, bajaron en gran número al rio, llevando unos azuelas, otros segures, y algunos espadas y lanzas, juntamente con los cantaros, pensando que no podrian tomar agua en paz. Resistiéronles al principio pocos de los enemigos, á causa de que la mayor parte estaban comiendo despues del baño, y otros se bañaban, porque nacen allí copiosos raudales de agua caliente; y los Romanos sorprendieron á bastante número de los bárbaros, que reunidos celebraban con placer y admiracion las delicias de aquel sitio. Acudian muchos á los gritos: pues por una parte le era repugnante á Mario contener á los soldados que temian por sus domésticos; y por otra la gente mas belicosa de los enemigos, por quienes antes habian sido vencidos los Romanos con Manlio y Cepion (llamáronse estos Ambrones; y ellos solos pasaban del número de treinta mil), excitados tambien con el alboroto corrian á las armas; si pesados en los cuerpos por la hartura, ligeros en el ánimo, y acalorados con el vino. Ni su correr era desordenado como el de unos furiosos, ó su gritería desconcertada, sino que manejando las armas con cierto compas, y llevando una marcha igual, todos á un tiempo repetian muchas veces el nombre con que eran conocidos, gritando los *Ambrones*; ó para llamarse por este medio unos á otros, ó para infundir terror con aquella voz á sus enemigos. De los Italianos los primeros que bajaron contra ellos fueron los Ligures, los cuales luego que oyeron y percibieron aquel grito, exclamaron que aquel era su nombre patrio; porque á causa de su origen se llamaban Ambrones á sí mismos los Ligures. Resonaba pues alterna-

do un mismo grito antes de venir á las manos, y los caudillos de una y otra parte lo repetian con esfuerzo, yendo á porfía en quien habia de levantar mas la voz; con lo que aquella gritería avivó y acaloró mas la ira. A los Ambrones los desunió el rio, porque no se dieron prisa á pasar y formarse; cayendo los Ligures sobre los primeros con grande ímpetu, ya estaba trabada la batalla. Como acudiesen los Romanos en auxilio de los Ligures, corriendo de la parte superior contra los bárbaros, fueron éstos forzados á ceder, y muchos impelidos hácia el rio se herian en el desorden unos á otros, llenando su corriente de sangre y de cadáveres. A los que lograron volver á pasar, como no se atreviesen á hacer frente, les dieron muerte los Romanos en la fuga, que continuaron hasta su propio campamento y su bagaje. Allí las mujeres saliéndoles al encuentro con espadas y segures, y dando espantosos y animados gritos, herian indistintamente á los fugitivos y á sus perseguidores, como traidores á los primeros, y á los otros como enemigos, metiéndose entre los que peleaban, asiendo con la mano desnuda los escudos de los Romanos, cogiéndoles las espadas, y sufriendo sus heridas y golpes sin soltar los escudos hasta muertas. Así esta batalla del rio, segun las relaciones, mas se verificó por casualidad que no por disposicion del general.

Despues que los Romanos hubieron dado muerte de esta manera á un número crecido de los Ambrones, sobreviniendo la noche se retiraron; pero á esta retirada no se siguieron los cantos de victoria que á tan señalados triunfos acompañan, ni convites en las tiendas, ni regocijos en los banquetes, ni tampoco el que es mas dulce á los soldados despues de haber peleado con suerte próspera, un sueño sosegado y plácido; sino que aquella noche la pasaron en la mayor inquietud y sobresalto, porque tenían el campamento sin valladar y sin fortificación alguna, quedando de los bárbaros muchos millares de hombres todavía intactos; y de los Ambrones cuantos se habian salvado se habian reunido con estos: así por la noche se sentia un bullicio en nada parecido á los lamentos ó á los sollozos; sino que mas bien un aullido feroz y un crujir de dientes mezclado con ame-

nazas y lloros enviado por tan inmensas gentes, resonaba por todos los montes de alrededor y por los concavidades del rio. Apoderóse pues de todo el contorno un eco espantoso; de los Romanos el miedo; y aun del mismo Mario cierta inquietud y asombro por temer todo el desórden y la confusion de una batalla nocturna. Con todo ni acometieron en aquella noche, ni en el dia siguiente, sino que pasaron el tiempo en ordenarse y prevenirse. En tanto Mario, como hubiese sobre el campo de los bárbaros algunos valles angostos y algunos barrancos poblados de encinas, mandó allá á Claudio Marcelo con tres mil infantes, dándole órden de que se pudiese en celada, y sobrecogiese á los enemigos, por la espalda. A los demas, despues de haber tomado el alimento y sueño conveniente, los formó al mismo amanecer colocándolos delante del campamento, y enviando la caballeria á recorrer el terreno. Luego que los Teutones los vieron, no tuvieron paciencia para aguardar á que bajando los Romanos pudieran pelear en terreno igual; sino que armados apriesa en el furor de la ira, se arrojaron al collado. Mario enviando sus ayudas de campo por una y otra ala, les prevenia que se mantuvieran firmes é inmóviles; y que quando ya estuvieran al alcance, les arrojaran dardos, y despues usarán de las espadas, impeliendo con los escudos á los que viniesen de frente, porque siendo para ellos el terreno poco seguro, ni sus golpes tendrían fuerza, ni podrian protegerse con sus broqueles, puesto que la desigualdad del suelo les quitaria toda firmeza y consistencia. Quando así exhortaba, él era el primero en obrar, porque ninguno tenia un cuerpo mas ejercitado, y á todos hacia gran ventaja en el valor.

Quando ya los Romanos se decidieron á hacerles frente, y cargando sobre ellos, los rechazaban en el acto de subir, desordenados algun tanto, se dirigieron á lo llano, y los primeros empezaban á tomar formacion en él; pero á este tiempo sobrevino griteria y desórden en los últimos, porque Marcelo estuvo atento á aprovechar la oportunidad, y luego que el rumor se sintió en las alturas, inflamando á los que tenia á sus órdenes, cargó por la espalda, causando en los últimos gran destrozo; y estos, impeliendo á los que tenían

delante, en breve llenaron de turbacion todo el ejército: ni sufrieron tampoco por mucho tiempo el ser heridos por dos partes, sino que dieron á huir en completo desórden. Siguiéronles los Romanos el alcance, y á doscientos mil de ellos ó los cautivaron, ó les dieron muerte; y apoderándose de tiendas, de carros y de otros despojos, quanto no fue saqueado, decretaron quedase en beneficio de Mario; y con haberle cedido un presente tan rico, no se creyó que se le habia dado una cosa correspondiente á su mérito en aquel mando por lo extraordinario del peligro. Algunos hay que no convienen en la cesion del botin, ni en la muchedumbre de los que perecieron. De los de Marsella se cuenta que con los huesos cercaron sus viñas, y que la tierra con los cadáveres que allí cayeron, y con las copiosas lluvias del invierno, se abonó en tales términos, penetrando hasta muy adentro la podredumbre, que rindió una pingüe cosecha, haciendo cierto el dicho de Arquiloco, de que con tal abono se fertilizan los campos. No sin causa á los grandes batallas se siguen, en opinion de algunos, abundantes lluvias, ya sea porque algun genio tome por su cuenta lavar y purificar la tierra con agua limpia del cielo, ó ya porque la mortandad y la podredumbre levanten vapores húmedos y pesados que alteren el aire, fácil á recibir grandes mutaciones de pequeños principios.

Despues de la batalla eligió Mario entre las armas y despojos de los bárbaros de cada especie lo mas elegante, y que pudiera presentar mas brillante aspecto en el triunfo; y amontonando todo lo demas sobre una hoguera, se preparó á hacer un magnífico sacrificio. Estaba todo el ejército coronado y puesto sobre las armas; y el cónsul, ceñido como es de costumbre, se adornó de púrpura; tomó una antorcha encendida, y levantándola con entrambas manos al cielo iba á aplicarla á la hoguera. Mas á este tiempo se vió repentinamente, que unos amigos venian á caballo corriendo hacia él, lo que produjo en todos gran silencio y expectacion. Quando ya estuvieron á su lado echaron pie á tierra, y tomando á Mario la diestra, le anunciaron con parabienes el quinto consulado entregándole cartas en esta razon. Acrecentóse con esto el

regocijo de los cánticos de victoria, y aclamando el ejército lleno de gozo con cierto ruido compasado de las armas, volvieron los gefes á poner sobre la frente de Mario una corona de laurel, y este encendió la hoguera y perfeccionó el sacrificio.

Mas ó la fortuna, ó el genio del mal, ó la naturaleza misma de las cosas, que no consiente que aun en las mayores prosperidades haya un gozo puro y sin mezela, sino que parece complacerse en traer agitada la vida de los hombres con la continua alternativa de bienes y de males, afligió á pocos dias á Mario con malas nuevas de su colega Cátulo, las que, como nube que sobrecoge en medio de la serenidad y bonanza, hacian correr á Roma nuevos peligros y tormentas. Contrapuesto Cátulo á los Cimbros, desconfió de poder guardar las alturas de los Alpes, porque tendria que debilitarse, habiendo de desmembrar su tropa en muchas divisiones. Bajando pues sin detenerse hácia la Italia, y poniendo ante sí al rio Atison, lo fortificó con fuertes trincheras por una y otra orilla, echando puente en medio, para dar auxilio á los de la otra parte, si los bárbaros, venciendo las gargantas, los obligaban á encerrarse en sus fortificaciones. Pero á estos los animaba tal altanería y arrojo contra sus enemigos, que por solo dar muestras de su pujanza y atrevimiento, mas bien que porque condese á nada, cuando nevaba se presentaban desnudos, y por los hielos y los balagueros profundos de nieve trepaban á las cumbres; desde cuya altura, poniendo el cuerpo sobre unos escudos llanos, se deslizaban por entre peñascos que tenían inmensos vacíos y profundidades. Como luego que acamaron cerca y examinaron el paso del rio se propusiesen cegar, y desgarrando los collados de alrededor, como otros gigantes arrastrasen al rio árboles arrancados de cuajo, grandes peñascales y montes de tierra, con los que cortaban la corriente; y contra los pies derechos en que se sostenia la obra arrojasen pesadas moles, que se amontonaban tambien en el rio, y con el golpe conmovian el puente, poseidos del miedo los mas de los soldados, abandonaron el principal campamento, y se retiraron. Mostróse tal Cátulo en esta ocasion, cual conviene

que sea el perfecto y consumado general, que debe anteponer á su gloria propia la de sus ciudadanos; pues luego que vió que con la persuasion no podia contener á los soldados, y que estos, sobrecogidos, se apresuraban á marchar, mandando levantar el águila, se dirigió corriendo á ponerse al frente de los que estaban en marcha para ser el primero que guiase, queriendo que la vergüenza recayese sobre él y no sobre la patria, y que pareciese no que huian los soldados, sino que se retiraban siguiendo á su caudillo. Los bárbaros entonces, acometiendo á la fortaleza del otro lado del rio la tomaron, y á los Romanos que la defendian hombres esforzados, y que se hicieron admirar por el valor digno de la patria con que pelearon, los dejaron ir libres bajo palabra de honor, jurando por *el toro de bronce*; el cual, tomado despues en batalla, dicen haber sido llevado á casa de Cátulo, como primicia de la victoria. Hallándose con esto el pais destituido de toda defensa, le talaban en partidas.

Fue á este tiempo Mario llamado á la ciudad; y pasando á ella, todos creian que triunfaria; lo que el Senado decretó con la mejor voluntad; pero él no lo tuvo á bien, ó por no querer privar á sus soldados y cooperadores de aquel honor, ó por dar aliento en las cosas presentes, cediendo á la fortuna de Roma la gloria de su primer vencimiento, para que esta apareciera mas brillante en el segundo. Por tanto con haber hecho presente lo que el caso pedia, marchó en busca de Cátulo; inspiróle confianza, y hizo venir de la Galia sus propios soldados. Llegados que fueron, pasó el Po, y se propuso arrojar á los bárbaros que se hallaban dentro de la Italia; pero estos hacian por diferir la batalla, con ocasion de esperar á los Teutones, admirandose de su tardanza: ó porque realmente ignoraban su derrota, ó porque aparentasen que no la creian: así es que á los que se le anunciaron los trataron cruelmente, y enviaron mensajeros á Mario á pedirle tierra y ciudades suficientes para sí y para sus hermanos. Preguntóles Mario por los hermanos, y habiendo nombrado á los Teutones, todos los demas se echaron á reir; pero Mario les dijo por mofa: Dejaos ahora de vuestros hermanos, que ellos ya tienen tierra, y la tendrán para siem-

pre, habiéndosela dado nosotros. Los embajadores entonces conociendo la ironía, se le burlaron tambien, diciéndole que ya llevaria su merecido, de los Cimbro inmediatamente, y de los Teutones cuando viniesen. Pues estan presentes, contestó Mario, y no seria razon partieseis de aquí sin haber saludado á vuestros hermanos; y al decir esto mandó que trajesen atados á los Reyes de los Teutones, porque en la fuga habian sido tomados cautivos en los Alpes por los S. cuanos.

Apenas se dió cuenta á los Cimbro del mensaje cuando al punto marcharon contra Mario, que sosegadamente atendia á la defensa de su campo. Para esta batalla dicen que fue para la que Mario hizo aquella novedad de los astiles de las picas; porque antes la parte de la madera que entraba en el hierro, estaba asegurada con dos puntas asimismo de hierro; y entonces Mario, dejando la una como estaba, en lugar de la otra puso una estaquilla de madera fácil de romperse, proporcionando así que al dar el astil en el escudo del enemigo, no quedase recto, sino que rompiéndose la estaquilla se doblase, y la pica permaneciese clavada, por el mismo hecho de haberse encorvado la punta. Boyorix pues, Rey de los Cimbro, marchó á caballo con poca comitiva al campamento, y provocaba á Mario á que señalando día y lugar se presentara á combatir por el territorio; y este le respondió que sin embargo de que no solo los Romanos tomar para la batalla consejo de sus enemigos, en gracia de los Cimbro en cuanto á día señalaba el tercero despues de aquel; y en cuando á lugar la comarca y llanura de Vercelis, donde podría obrar la caballería romana y desplegar cómodamente la muchedumbre de ellos; y guardando fielmente el tiempo convenido, formaron al frente uno de otros. Tenia Cátulo veinte mil y trescientos hombres, y siendo los de Mario treinta y dos mil, cogieron en medio á los de Cátulo, distribuidos en las dos alas, segun lo refiere Sila, que se encontró en aquella batalla. Dice que Mario, esperando cargar al ejército enemigo, principalmente por los extremos y por las alas, para que la victoria fuese propia de sus soldados, no teniendo parte Cátulo en el combate, ni viniendo á las ma-

nos con los enemigos por cuanto los de en medio formarian seno, como ordinariamente sucede en los frentes muy extendidos; con esta mira distribuyó de aquella manera las fuerzas. Tambien se refiere que por el mismo estilo se defendió Cátulo sobre este punto, culpando mucho la mala intencion de Mario contra él. La infantería de los Cimbro marchaba desde el campamento con gran reposo, siendo su fondo igual al frente; porque cada uno de los lados de la batalla ocupaba treinta estadios. Los de caballería, que eran unos quince mil hombres, se presentaron brillantes, con morriones que representaban las bocas y rostros de las mas terribles fieras, y encima, á fin de parecer mayores, penachos y plumajes, y con corazas de hierro y con escudos blancos que relumbraban. Sus armas arrojadizas eran dardos de dos puntas, y para de cerca usaban de espadas largas y pesadas.

No acometieron entonces de frente á los romanos, sino que marcharon inclinándose sobre la derecha de estos para envolverlos entre ellos mismos, y la parte de su infantería colocada á la izquierda; y aunque los generales Romanos conocieron el intento, no tuvieron tiempo para contener á los soldados, pues habiendo gritado uno que los enemigos huyan, todos se arrojaron á perseguirlos. En tanto la infantería de los bárbaros acometia tambien como si un piélago inmenso se moviese. Mario entonces, lavándose las manos y alzándolas al cielo, hizo plegarias á los Dioses con el voto de una hecatombe: oró tambien Cátulo, levantando igualmente las manos, y ofreciendo consagrarse la fortuna de aquel día. Dícese que sacrificando Mario como se le pusiesen delante las victimas, exclamó con una gran voz, diciendo: Mia es la victoria; y Sila ademas refiere, que al dar la acometida como por venganza divina, le sucedió á Mario lo contrario de lo que habia ideado; porque habiéndose levantado, como era natural, infinito polvo, se encubrió los ejércitos, como este hubiese dispuesto de su propia fuerza en el momento que se decidió á perseguir á los enemigos, no encontró en la oscuridad con ellos, sino que se fué lejos de su hueste, andando largo tiempo por la llanura; y en tanto los enemigos dieron casualmente con Cátulo, siendo lo mas recio del combate

contra este y contra sus soldados, entre los que estaba formado el mismo Sila; quien añade que pelearon en favor de los Romanos el calor y el sol, que daba en los ojos á los Cim-bros. Porque siendo fuertes para sufrir la intemperie, criados, segun hemos dicho, en lugares tenebrosos y frios, se sofocaban con el calor; y cubiertos de sudor, fuera de aliento se ponian los escudos delante del rostro, mayormente dándose esta batalla despues del solsticio del verano, cuya fiesta se celebra en Roma tres días antes de empezar el mes que ahora dicen agosto, y entonces sextil. Tambien el polvo contribuyó á aumentar en los Romanos el arrojó, por cuanto ocultándoles los enemigos, no veian su excesivo número, sino que corriendo cada uno contre los que tropezaban, así lidiaban con ellos, sin haber concebido antes temor con su vista. Y estaban tan metidos en fatiga y tan hechos á ella, que nadie vió á ninguno de los Romanos ni sudar ni con sobrealiento, con haberse sostenido este combate en medio del mayor ardor del verano, y á costa de un continuo correr, como dicen haberlo escrito el mismo Cátulo celebrando á sus soldados.

Pereció allí la mayor y mas esforzada parte de los enemigos; porque para no desordenarse en la formacion, los primeros de línea estaban enlazados los unos á otros con largas cadenas prendidas á los ceñidos. Los que perseguidos se retiraban hácia su campo, todavía encontraban peor suerte; porque las mujeres puestas á negro sobre los carros daban la muerte á los que así huían unas á sus maridos, otras á sus hermanos, otras á sus padres; y de sus hijos, á los niños pequeños ahogándolos con sus propias manos los arrojaban debajo de las ruedas y de los pies de las bestias, y despues se quitaban ellas la vida. Cuéntase de una que habiéndose ahorcado del timon de un carro, tenía á sus hijos colgados de sus pies con cordeles á uno y otro lado. Los hombres á falta de árboles se ahorcaban de las astas de los bueyes; y otros poniendo atado el cuello á las patas de estos, despues los picaban con agujones, para que echando á andar los arrastrasen y pisasen. Y con todo de quitarse tan espantosamente la vida, aun cautivaron los Romanos á sesenta mil,

habiendo sido otros tantos, segun se dice, los que murieron. El bagaje le saquearon los soldados de Mario; pero los despojos, las insignias y las trompetas se dice que fueron llevados al campamento de Cátulo, que era el mas fuerte argumento de que este se valia para probar que habia sido suya la victoria. Como la contienda pasase hasta los soldados, fueron tomados por árbitros los embajadores de Parma que se hallaban presentes; y los de Cátulo los llevaban por entre los enemigos muertos, haciéndoles ver que habian sido traspasados con sus picas, que eran conocidas por las letras con que en el astil tenian grabado el nombre de Cátulo. Sin embargo la primera victoria y el primer lugar en el mando dicen bien á las claras que todo fue obra de Mario. Así los mas le apellidaban tercer fundador de Roma, por no haber sido este peligro, vencido ahora, inferior en nada al de los Galos; y sacrificando en sus casas con sus mujeres y sus hijos, ofrecian las primicias del banquete y de la libacion á los Dioses y Mario á un mismo tiempo, juzgando que á él solo debian decretarse uno y otro triunfo. Mas no triunfó de esta manera, sino juntamente con Cátulo, queriendo mostrarse moderado en tanta prosperidad; aunque pudo tambien ser miedo á los soldados que se hallaban formados, con ánimo, si Cátulo era privado de este honor, de no permitir que aquel tampoco triunfase.

Obtuvo pues el quinto consulado, y aspiró al sexto como nadie antes de él: y en todo se dio á la muchedumbre, queriendo parecer blando y popular, no solo fuera de la gravedad y del decoro propio de aquella magistratura, sino muy fuera tambien de su carácter poco acomodado para ello. Era pues, segun se dice, muy resolutivo por su misma ambicion en las cosas de gobierno, quando se manifestaban agitaciones populares; y aquella imperturbabilidad y firmeza en las batallas le abandonaban en las juntas públicas, saliendo fuera de sí con cualquiera albanza ó reprension. Con todo se refiere que habiendo peleado en la guerra con el mayor valor unos mil Camerinos, les concedió el derecho de ciudadanos; y como esto pareciese contra la ley, y aun algunos se lo objetasen, respondió que con el ruido de las armas no habia

podido oír la ley. Mas lo que parece le acobardaba é intimidaba sobre todo era la gritería en las juntas. Ello es que en las armas llegó á gran poder y dignidad, porque le habian menester; pero en las cosas de gobierno, no teniendo calidades para sobresalir, se acogió á la gracia y al favor de la muchedumbre, haciendo poca cuenta de ser bueno, como fuese grande. Estaba por tanto mal con todos los principales; pero temia mas especialmente á Metelo con quien habia sido ingrato, porque naturalmente era hombre que tenia declarada guerra á los que contra lo recto y bueno condescendian con la muchedumbre, y gobernaban á su placer: así espíaba el modo de echarle de la ciudad. Para esto procuró hacer suyos á Glauquias y Saturnino, hombres audacísimos, que tenian á su disposicion toda la gente pobre y revoltosa, y de ellos se valia para publicar leyes. Acrecentó tambien el influjo de la gente de guerra, haciendo que intervinieran en las juntas públicas, y formando con ella partido contra Metelo; y aun segun refiere Rutilio, hombre en lo demas de probidad y de verdad, pero particularmente desafecto á Mario, para alcanzar este sexto consulado derramó mucho dinero en las curias, comprándolas á precio de él, á fin de que fuera excluido Metelo, y de que se le diera á Valerio Flaco, más bien por dependiente que por colega en el consulado. Y antes de él á ninguno otro, fuera de Valerio Corvino, decretó el pueblo otros tantos comendados; pero respecto de aquel, desde el primero hasta el último se pasaron treinta y cinco años; y á Mario despues del primero, por los otros cinco le llevó corriendo su extraordinaria fortuna.

Por el último principalmente era ya mal visto, á causa de las malas condescendencias que tenia con Saturnino; de las cuales fue una la muerte de Nonio á quien la dió Saturnino, porque era su competidor en el tribunado de la plebe. Despues de creado tribuno introdujo la ley de division de terrenos, en la que pasó como uno de los artículos que el Senado habia de presentarse á jurar, que guardaria lo decretado por el pueblo, y á nada haria contradiccion. Fingió Mario en el Senado oponerse á esta parte de la ley, diciendo que no juraria, ni creia que jurase, quien estuviese en su juicio: por-

que no siendo la ley perjudicial, era una especie de insulto que al Senado se le hiciese prestarse por fuerza y no por persuasion y propia voluntad. Habló de este modo no porque pensase así, sino por armar á Metelo un lazo del que no pudiese escapar; pues que él por sí, teniendo por virtud y por gracia el contradecirse y el mentir, ningun caso haria de lo que hubiese asegurado en el Senado; pero sabiendo bien que Metelo, hombre entero, tenia á la verdad por el mejor principio de una gran virtud, segun expresion de Pindaro, queria antecogerlo con que se negase á jurar en el Senado, para que cayera despues con el pueblo en una irreconciliable enemistad, como efectivamente sucedió: porque, diciendo Metelo que no juraria, con esto se disolvió el Senado. Mas despues de pocos dias, llamando Saturnino á la tribuna á los senadores, y obligándolos á pronunciar el juramento, pareció Mario; y hecho silencio, fijándose los ojos de todos en él, envió muy noramala todo cuanto varonil y rectamente habia dicho en el Senado, y en vez de ello expresó, que no tenia el cuello bastante ancho para ser el primero que se pronunciase en negocio de tanta gravedad: así que juraria y obedecería á la ley, si acaso era ley: añadiendo esta sabia precaucion para dar algun color á tamaña desvergüenza. Y el pueblo, celebrando mucho que jurase, palmoteó é hizo aclamaciones; pero en los principales causó la mayor indignacion y odio esta inconsecuencia de Mario. Juraron todos despues en seguida por favor del pueblo hasta llegar á Metelo; pero este, á pesar de que sus amigos le persuadian y rogaban que jurase, y no se atrajese las insufribles penas que Saturnino habia propuesto contra los que no juraran, no se apartó de su propósito. Ni juró, sino que se mantuvo en su severidad de costumbres; y resuelto á sufrir toda clase de males por no ceder á nada que fuese injusto, se retiró de la plaza pública, diciendo á los que le acompañaban, que el hacer una cosa injusta era malo: el hacer lo justo cuando no hay peligro cosa muy común; pero lo propio de un hombre recto y bueno era el hacer lo justo á pesar de todo peligro. En seguida propuso Saturnino que decretasen los cónsules vedar á Metelo el uso del fuego, del agua y del cubierto; y

parecia que lo mas despreciable de la muchedumbre estaba dispuesto á quitarle la vida; pero mostrándose afligidos los principales ciudadanos, y pasando á hablarle, no dió lugar á que por su causa hubiese una sedicion, sino que salió de la ciudad haciendo este juiciosísimo racionio: ó las cosas mejorarán, y se arrepentirá el pueblo, en el cual caso volveré llamado; ó permaneceran del mismo modo, y entonces lo mejor es estar fuera. Mas de cuanto aprecio y honor gozó Metelo despues de su destierro, y como pasó su vida en Rodas dado á la filosofía, lo diremos mas oportunamente cuando tratámos de él.

Precisado Mario con estos servicios á disimular en Saturnino que se propasara á toda clase de abusos, no echó de ver que no era un mal pequeño el que causaba, sino tal y tan grande, que por medio de armas y de muertes iba á parar en la tiranía y en el trastorno del gobierno. Y con humillar á los principales y agasajar á la muchedumbre tuvo finalmente que abatirse á un hecho sumamente bajo y vergonzoso, porque habiendo ido á su casa de noche los varones principales á hablarle contra Saturnino, recibió á este por otra puerta sin noticia de aquellos; y tomando por pretexto para con unos y con otros una decomposicion de vientre, ya estaba en una parte ya en otra, con lo que solo consiguió indisponerlos é irritarlos mas entre sí. Y aun todavía pasó mas adelante, porque inquietados sublevados el Senado y los caballeros, introdujo armas en la plaza; y habiéndolos perseguido hasta el Capitolio, los tomó por sed, cortando los acueductos. Diéronse pues por vendidos, y le enviaron á llamar, entregándosele bajo lo que se llama fe pública; y aunque se desvivió por salvarlos, esto no sirvió de nada, porque al bajar á la plaza fueron asesinados. Este suceso le indispuso ya con los poderosos y con el pueblo: por lo que vacando la censura no se atrevió á pedirla á pesar de su grande autoridad; sino que por miedo de la repulsa dió lugar á que otros menos caracterizados que él fuesen elegidos: bien que pretextaba que no queria ganarse por enemigos á muchos, teniendo que notar severamente su vida y sus costumbres.

Hizose decreto para restituir á Metelo del destierro; y él

de palabra y de obra lo impugnó con vehemencia; pero en vano teniendo por último que ceder. Sancionóle pues el pueblo con muy decidida voluntad; y haciéndosele insufrible el presenciar la vuelta de Metelo, se embarcó para la Capadocia y la Galacia, aparentando que era para cumplir á la madre de los Dioses el voto que le habia hecho; pero teniendo en realidad otra cosa para aquel viaje ignorada de los demas; y era que, no habiendo recibido de la naturaleza las dotes de la paz y del gobierno, y debiendo su ensalzamiento á la guerra, como creyese que poco á poco se iban marchitando en el ocio y el reposo su gloria y su poder, se propuso buscar nuevos motivos de desazones y contiendas, porque esperaba que si inquietaba á los reyes, y provocaba y excitaba á la guerra á Mitridates, el mas poderoso y de mas fama, al punto se le nombraria general contra él, y tendria ocasion de adornar la ciudad con nuevos triunfos, y de llenar su casa con los despojos del Ponto y con las riquezas de su Rey. Por esta razon aunque Mitridates le trató con los mayores miramientos y el mayor respeto, no por eso se ablandó ni se mostró apacible, sino que le dijo: O hazte, ó Rey, mas poderoso que los Romanos, ó ejecuta sin rebullir lo que te se mande: dejándole asombrado, no el nombre Romano de que habia oido hablar muchas veces, sino aquel descaro de que entonces por lo primera vez tenia idea.

Vuelto á Roma edificó casa delante á la plaza; ó, como él decia, por no incomodar á sus oydientes teniendo que ir lejos; ó por creer que esta era la causa de ser menos obsequiado con visitas que otros; lo que no era así, sino que no igualándolos ni en el trato ni en las relaciones y usos políticos, como de instrumento de guerra, no se hacia caso de él en la paz. Y lo que es respecto de otros aun llevaba menos mal que se le desatendiese; pero le mortificaba sobre manera la preferencia de Sila, que habia sido fomentado contra él por envidia de los principales; y para quien las diferencias con el mismo Mario habian sido principio de fortuna. Sucedió luego que Boco el Numida, recibido por aliado de los Romanos, colocó en el Capitolio unas victorias portadoras de triunfos, y entre ellas en esfigie de oro á Yugurta, entregado

á Sila por el mismo Peco; y esto sacó á Mario fuera de sí de ira y de soberbia, por cuanto parecia que Sila se atribuía aquel hecho: así se proponía destruir por la fuerza aquellos votos, y por el contrario Sila defenderlos; pero esta contienda, que faltaba muy poco para que saliese al público, la cortó la guerra social, que repentinamente tuvo sobre sí la ciudad. Porque las naciones mas belicosas y de mayor poblacion de la Italia se sublevaron contra Roma, y estuvo en muy poco el que la hiciesen decaer del imperio, no solo fuertes en armas y en varones, sino asistidas de caudillos, que en el valor y en la pericia eran admirables, y competian con los de esta.

Esta guerra, varia en los efectos, y mas varia que ninguna otra en los sucesos, cuanto acrecentó en gloria y en poder á Sila, otro tanto menguó á Mario; porque fue tenido por tardado en el acometer, y nimiamente cuidadoso y menudo en todo; de manera que bien fuese porque la vejez hubiese apagado en él la antigua actividad y ardor, pues pasaba ya entonces de sesenta y cinco años; ó bien porque, como él decia, padeciendo de los nervios, y faltándole la agilidad del cuerpo, por pundonor se hubiese empeñado en aquella guerra á mas de lo que podia. Con todo salio vencedor en una gran batalla con muerte de seis mil enemigos; y nunca dió lugar á estos para que sacasen la menor ventaja; y sin embargo de que le cercaron en sus trincheras, y le insultaron y provocaron, no pudieron irritarle; y aun se acuerda que habiéndole dicho Popedio Silon, que era entre ellos el de mayor autoridad y poder: Si eres gran general, ó Mario, baja y pelea; le respondió: Pues tú, si eres gran general, ven y precísame á pelear aunque no quiera. En otra ocasion, habiendo dado los enemigos oportunidad para venir á las manos, como los Romanos hubiesen mostrado terror, luego que unos y otros se retiraron, convocó á junta á los soldados: Y no sé, les dijo, si tendré por mas cobardes á los enemigos ó á vosotros; porque ni aquellos han podido ver vuestra espalda, ni nosotros su colodrillo. Por fin dejó el mando del ejército, imposibilitado á continuar por su debilidad.

Estando ya entonces muy al cabo esta guerra de Italia, ha-

bia muchos que excitados por los demagogos solicitaban la guerra de Mitridates; y para ella fuera de toda esperanza presentó á Mario el tribuno de la plebe Sulpicio, hombre sumamente atrevido, nombrándole general contra Mitridates, con la calidad de procónsul. Mas el pueblo se dividió, tomando unos el partido de Mario, y otros proponiendo á Sila, y diciendo que Mario se fuera á Bayas á tomar baños termales y curarse de sus dolencias, teniendo el cuerpo debilitado, como él decia, con la vejez y con el reuma. Porque tenia Mario allí, cerca de los de Mesina, una magnífica casa con mas comodidades y regalos mujerieles de lo que correspondia á un varon que tales guerras y expediciones habia acabado. Dicese que esta casa la compró Cornelia en sesenta y cinco mil denarios (1); y que de allí á muy poco tiempo la volvió á comprar Lucio Luculo en quinientos mil y doscientos; tanta fue la celeridad con que se precipitó el lujo! ¡y tanto el aumento que tuvieron el regalo y la molecie! Mario, queriendo con tanta ansia como impropiedad, disimular la vejez y los achaques, bajaba todos los dias al campo, y ejercitándose con los jóvenes, hacia ostentacion de un cuerpo ágil para las armas y expedito para montar, aunque en realidad con los años su cuerpo por la mole se habia hecho poco manejable, hallándose sobrecargado de gordura y carne. Algunos habia á quienes satisfacía con esto; y bajando asimismo al campo, veian con gusto sus ejercicios y ocupaciones; pero los que mejor lo examinaban, miraban con desdeñosa compasion su avaricia y su soberbia; pues habiendo llegado á ser de pobre muy rico, y de pequeño muy grande, no discernia el término de la felicidad, y ni estaba contento con ser admirado, ni gozaba tranquilo de su dicha presente; sino que como si todo le faltase, sacando de los triunfos y de la gloria una vejez tan adelantada, iba á arrastrarla á la Capadocia y al Ponto Euxino, para combatir con Arquelao y Neoptolemo, satrapas de Mitridates. Las excusas que sobre esto daba Mario eran del todo ridiculas: porque decia ser su ánimo que su hijo á su presencia se ejercitase en la milicia.

Manifestaron estas cosas la oculta enfermedad de que lar-

(1) El denario venia á valer dos reales y medio de nuestra moneda.

go tiempo habia adolecia Roma, habiendo encontrado Mario el instrumento mas á propósito para la ruina comun en la osadía de Sulpicio; el cual, admirando y emulando por lo demas las malas artes de Saturnino, aun ponía la tacha de irresolucion y tardanza á sus disposiciones. Mas él por nada se acobardaba, teniendo para todo á sus órdenes seiscientos hombres de caballeria, como si fueran sus guardias, á los que llamaba el *contrasenario*. Marchó pues con armas contra los cónsules á tiempo de hallarse en junta pública; y habiendo podido el uno huir de la plaza, alcanzando á un hijo suyo, le quitó la vida. Sila, huyendo por delante de la casa de Mario, contra todo lo que podia esperarse se entró en ella sin que lo advirtiesen los que le perseguían, que se pasaron de largo; y se dice que habiéndole dado el mismo Mario salida segura por otra puerta, se marchó al ejército; pero el mismo Sila en sus comentarios no dice que se acogió á casa de Mario, sino que fué llevado á ella para deliberar sobre los objetos que Sulpicio le precisaba á decretar contra su voluntad, teniéndole rodeado de gentes con armas desnudas, y arrastrándole á casa de Mario, hasta que pasando de allí á la plaza, con ellos lo deseaban, alzó el entredicho (1). En este estado árbitro ya Sulpicio de todo confirió á Mario el mando; y este, preparándose á salir, envió á dos tribunos á entregarse del ejército de Sila. Mas inflamando Sila á sus soldados, que eran treinta mil infantes y unos cinco mil de caballeria, guió para la ciudad. Mario en tanto daba en Roma muerte á muchos de los amigos de Sila, y publicó libertad para los esclavos que se alistasen; pero se dijo que solo se presentaron tres. Hizo alguna resistencia á Sila á su llegada; pero como en breve fuese vencido, huyó. Los que estaban á su lado, apenas salió de la ciudad, se dispersaron siendo de noche; y él se acogió á una de sus quintas llamada Salcoia; desde donde envió á su hijo á los campos de Mucio su yerno, que no estaba lejos, á proveerse de lo necesario, y bajando á Ostia, como un amigo suyo llamado Numerio le hubiese aparejado un barco, sin esperar al hijo se embarcó, llevando consigo á Granio su en-

(1) Los dos cónsules habian mandado que nada se hiciese en aquella junta tumultuaria; levantó pues Sila este mandato.

tenado. El jóven, luego que llegó á los campos de Mucio, tomó y previno algunas cosas; pero cogiéndole el dia no pudo ocultarse del todo á los enemigos, pues que se dirigia á aquel sitio gente de á caballo corriendo, sin duda por sospecha. Habiéndolos visto con tiempo el granjero ocultó á Mario en un carro cargado de habas, y unciendo los bueyes se fué hácia los de á caballo, conduciendo á Roma su carro. Llevado de este modo Mario á la casa de su mujer, se hizo de las cosas que necesitaba, y por la noche se encaminó al mar, montó en un barco que pasaba al Africa, é hizo en él esta travesía.

El viejo Mario luego que dió la vela tuvo viento favorable, con el que se puso mas allá de la Italia; pero temiendo á un tal Geminio, persona poderosa en Terracina, que era su enemigo, previno á los marineros se apartasen de aquel puerto. Ellos bien querian complacerle; pero habiéndose levantado viento del mar, que causaba gran marejada, como pareciese que el barco no podia resistir á sus embates, y Mario se hallase sumamente indispuerto con el mareo, tuvieron que acercarse á tierra, y se acercaron no sin dificultad en la playa de Circeo. Como se arreciase la tempestad y les faltasen los víveres, hubieron de saltar en tierra, y se echaron á andar sin mira cierta, experimentando lo que sucede en los grandes apuros, que es huir de lo presente como mas intolerable, y tener la esperanza de lo que no se ve; pues que les era enemiga la tierra, enemigo el mar, terrible el tropezar con hombres, y terrible tambien el no tropezar, estando desprovistos de todo. Por fin ya tarde se encontraron con unos vaqueros, que aunque no tenian nada que darles, conociendo á Mario le advirtieron de que era preciso se retirase á toda priesa, porque poco antes se habian aparecido allí muchos hombres de á caballo corriendo en su busca. Constituido con esto en la mayor consternacion, tanto mas que los que le acompañaban estaban ya desfallecidos de hambre, por entonces se desvió del camino, y emboscándose en una selva espesa, allí pasó la noche con el mayor trabajo. Al dia siguiente, estrechado de la necesidad, y queriendo dar algun movimiento á su cuerpo antes que del todo se entor-

peciese, empezó á discurrir por la ribera, alentando á los que le seguian, y pidiéndoles que no destruyesen con desmayar antes de tiempo su última esperanza, para la que se guardaba confiado en un antiguo agüero. Porque siendo todavía muy muchacho, y jugando por el campo, recibió en su manto el nido de una águila arrojado por el viento, en el cual habia siete polluelos. Viéndolo sus padres, y teniéndolo á maravilla, consultaron á los agoreros, y estos respondieron que vendria á ser el mas ilustre entre los hombres, y no podria menos de ejercer siete veces el principal mando y magistratura. Unos dicen que efectivamente le sucedió esto á Mario; pero otros sostienen que los que se lo oyeron en aquella fuga, y le dieron crédito, escribieron una narracion del todo fabulosa, porque el águila no pone mas de dos huevos: por tanto que tambien se engañó Museo en decir de esta ave:

Pone tres, saca dos, y el uno cria.

Mas todos convienen en que en la fuga y en todos sus grandes conflictos se le oyó decir muchas veces á Mario que habia de llegar al sétimo consulado.

Estando ya como á unos veinte estadios de Minturnas, ciudad de la Italia, ven una partida de caballería que se dirigia hácia ellos, y casualmente dos barcos que pasaban. Dan pues á correr hácia el mar, segun á cada uno le ayudaban sus pies y sus fuerzas; y haciendo cuanto pueden, se acercan á las naves, de las cuales toma una Grano, y pasa á la isla que estaba en frente llamada Enaria. A Mario, pesado de cuerpo y difícil de manejar, llevaban dos esclavos, no sin gran dificultad y trabajo, y así llegaron hasta el mar, y le pusieron en la otra nave, á tiempo que ya los soldados estaban encima, é intimaban desde tierra á los marineros que atracasen ó les entregasen á Mario, yendo adonde bien visto les fuese. Rogábales Mario con lágrimas; y los dueños de la nave, como sucede en tal estrecho, tenian mil varios pensamientos sobre lo que harian: por fin respondieron que no entregarían á Mario. Enfurecidos aquellos se marcharon, y ellos, mudando otra vez de parecer, se encaminaron á tierra;

y junto á la embocadura del rio Liris, donde forma una ensenada pantanosa, allí echaron áncoras, proponiéndole que bajase á tierra á tomar alimento, y reparar las fuerzas que tenia decaidas hasta que hubiese viento: que le habia á la hora acostumbrada, calmándose el mar, y soplando de la laguna una brisa suave, la que era suficiente. Persuadido Mario se prestó á ejecutarlo, y sacándole los marineros á tierra reclinado sobre la yerba, estaba bien distante de lo que le iba á suceder; porque vueltos aquellos á la nave, y levantando áncoras huyeron, creyendo que ni era cosa honesta el entregar á Mario, ni segura el salvarle. Falto así de todo auxilio humano permaneció largo tiempo inmoble tendido en la ribera; mas al fin recobrándose con suma dificultad, empezó en medio de su afliccion á dar algunos pasos sin camino, y pasando por pantanos profundos y por zanjas llenas de agua y cieno, arribó á la cabaña de un anciano encargado de la laguna. Arrojóse á sus pies, y le rogaba que se hiciese el protector y salvador de un hombre, que si evitaba la calamidad presente, podria recompensarle mas allá de sus esperanzas. El anciano, ó porque ya le conociese, ó porque á su vista concebiese idea de que era un hombre extraordinario, le dijo que para tomar reposo podria bastar su chocilla; pero que si andaba errante por huir de algunos, él le ocultaria en lugar en que pudiese estar con la mayor tranquilidad. Rogóle Mario que así lo hiciese, y llevándole á la laguna, mandóle que se tendiese en una profundidad próxima al rio, y le echó encima muchas cañas y ramaje de las demas plantas, todo ligero, y puesto de manera que no pudiera ofenderle.

No se habia pasado largo rato cuando siente ruido y alboroto que venia de la choza; y era que Gemino habia enviado mucha gente en su persecucion, de la cual algunos habian llegado allí por casualidad, y atemorizaban y reñian al anciano, haciéndole cargo de haber amparado y haber ocultado á un enemigo de los Romanos. Levantándose pues Mario, y desnudándose se metió en la laguna que no tenia mas que agua sucia y cenagosa: así no pudo ocultarse á los que le buscaban, sino que le sacaron desnudo y cubierto de cieno

como estaba, y llevándole á Minturnas, le entregaron á los magistrados; porque se habia pregonado por toda la ciudad un edicto acerca de Mario, en que se prevenia que públicamente se le persiguiese y matase. Creyeron con todo los magistrados que debian tomarse algun tiempo para deliberar, y depositaron á Mario en casa de una mujer llamada Fania, que parecia no estar bien con él por causa anterior. Estaba casada Fania con Tinio, y separada de él pedia su dote, que era cuantiosa: acusábala este de adulterio, y fue juez en esta causa Mario en su sexto consulado. Celebrando el juicio se halló que Fania era de mala conducta; pero que el marido se casó con ella sabiéndolo, y habian vivido mucho tiempo juntos; por lo que Mario miró mal á ambos, y al marido le mandó que volviese la dote, y á ella para afrenta la condenó en la multa de cuatro ases. Pues con todo Fania no se portó como mujer á quien se hubiese hecho una injusticia, sino que luego que vió á Mario, muy distante de hacerle el menor mal, no miró sino á su situacion, y le dió ánimo. Celebróla Mario, y díjole que estaba confiado, porque habia visto una buena señal, que era la siguiente. Cuando le llevaban á casa de Fania, al estar junto á ella, abiertas las puertas, salió de adentro un borrico corriendo para ir á beber de una fuente que estaba inmediata: miró á Mario blanda y suavemente, paróse un poco delante de él, dió un gran rebuzno, y retozó á su lado con cierto engreimiento. Reuniendo estos hechos decia Mario que el prodigio indicaba haberle de venir la salud, mas bien del mar que de la tierra, pues que el borrico, no haciendo cuenta de la comida que tenia en el pesebre, la habia dejado, y se habia ido á buscar el agua. Dicho esto se fué á recojer solo, dando orden de que le cerraran la puerta del cuarto.

Reunidos á deliberar los magistrados y prohombres minturneses, resolvieron que sin mas detencion se le diera muerte, y de los ciudadanos ninguno quiso encargarse de la ejecucion; pero un soldado de á caballo, Galo ó Cimbro, pues se ha dicho uno y otro, tomando una espada marchó en su busca. La parte del cuarto en que dormia Mario no tenia muy clara luz, sino que mas bien estaba casi del todo os-

cura, y se dice haberle parecido al soldado que los ojos de Mario arrojaban mucha lumbre, y que de la oscuridad habia salido una gran voz que decia: ¿Y tú hombre, te atreves á dar muerte á Cayo Mario? por lo que habia salido huyendo, y arrojando la espada, se marchó de la casa, sin que se le oyese otra cosa sino: Yo no puedo matar á Mario. Cayó sobre todos grande admiracion, y á poco compasion y arrepentimiento del parecer que habian adoptado, reprendiéndose á sí mismos de una determinacion injusta é ingrata al mismo tiempo con un hombre que habia salvado la Italia, respecto del que aun era cosa abominable no darle favor. Huya pues adonde le convenga para cumplir en otra parte su hado; y roguemos nosotros á los Dioses no nos castiguen de echar de nuestra ciudad á Mario pobre y desnudo. Discurriendo de este modo encaminanse en tropel adonde estaba, rodeándole todos, y toman por su cuenta conducirle hasta el mar; pero mientras uno le regala una cosa y otro otra, afanándose todos por él, se da ocasion á haber de perderse tiempo; porque el bosque llamado Marico, al que tienen en veneracion, guardándole con cuidado, sin extraer jamas de él nada que se hubiese introducido, era un estorbo para el camino del mar, siendo preciso hacer un rodeo; hasta que un anciano exclamó que no habia camino ninguno inaccesible ó intransitable cuando se pensaba en salvar á Mario; y siendo el primero á tomar alguna cosa de las que habian de llevarse á la nave, marchó por el bosque.

Ademas de haberle socorrido con tanta largueza, un tal Belco le proveyó de barco, describiendo en una tabla la serie de estos sucesos, la colocó en el templo; desde donde montando Mario en la nave, dió vela con próspero viento. Casualmente aportó á la isla Enaria, donde encontró á Granio y los demas amigos, y con ellos navegó para el Africa. Faltóles la aguada, y les fue preciso tocar en la Sicilia cerca de Ericina, y hallándose por casualidad guarneciendo aquellos puntos un cuestor romano, estuvo en muy poco el que diese muerte á Mario al saltar en tierra: la dió sin embargo á unos diez y seis de los que salieron á tomar agua. Zarpando de allí Mario á toda priesa, y atravesando el mar por

la isla Meninge, allí fue donde primero tuvo noticia de que el hijo se había salvado con Cetego, y se había dirigido á Yamsal, Rey de los Numidas, en demanda de socorro. Respirando con estas nuevas, se alentó para pasar de la isla á Cartago. Mandaba á la sazón las armas en el Africa Sextilio, varon romano, que no había recibido de Mario ni injuria ni beneficio; pero de quien este esperaba algun favor por pura compasion. Mas apenas había bajado á tierra con unos cuantos, le salió al encuentro un lictor, y parándosele delante le dijo de este modo: Te intima, ó Mario, el pretor Sextilio que no pongas el pie en el Africa, y que de lo contrario sostendrá los decretos del Senado, tratándote como enemigo de los Romanos. Al oirlo Mario se quedó de aliccion y congoja sin palabras, y estuvo largo rato inmóble, mirando con indignacion al lictor. Preguntóle este, ¿ qué decia, y qué contestaba al general? entonces dando un profundo suspiro: Dice, le respondió, que has visto á Mario fugitivo sentado sobre las ruinas de Cartago: poniendo con razon en paralelo la suerte de esta ciudad y la mudanza de su fortuna para que sirvieran de ejemplo. En tanto Yamsal, Rey de los Numidas, estando en sus resoluciones á dos haces, trató con consideracion al jóven Mario; pero queriendo marchar, le detenía siempre con algun pretexto; y desde luego podía discurrirse que lo había un buen fin para esta detencion. Con todo por uno de aquellos sucesos que no son raros, pudo salvarse: porque siendo este mozo de muy recomendable figura, una de las amigas del Rey sentía mucho verle padecer sin motivo: y esta compasion era un principio y pretexto de amor. Mario en los primeros momentos la desairó; pero cuando ya vió que su suerte no tenía otra salida, y que aquella mujer obraba mas de veras que lo que correspondia á un mal deseo pasajero, condescendió con su buena voluntad, y facilitándole ella la evasion, y huyendo con sus amigos, se encaminó al punto donde su padre se hallaba. Luego que reciprocamente se saludaron, caminando por la orilla del mar, se ofrecieron á su vista unos escorpiones que entre sí peleaban, lo que á Mario pareció mala señal: subiéndole pues en un barco de pescador hicieron viaje á Cer-

cina, isla que no dista mucho del continente; habiendo sido tan poco lo que se adelantaron, que cuando daban la vela vieron venir soldados de á caballo de los del Rey, corriendo al mismo sitio donde se embarcaron; por lo que le pareció á Mario haberse librado de un peligro que en nada era inferior á los otros.

Decíase en Roma que Sila hacia la guerra en la Beocia á los generales de Mitridates; mas en tanto, desavenidos los cónsules, corrian á las armas, y librándose batalla, Octavio, que quedó vencedor, desterró á Cina, que queria ejercer un imperio tiránico, nombrando cónsul en su lugar á Cornelio Merula; pero Cina, reuniendo tropas del resto de la Italia, se declaraba en guerra contra ellos. Llegando Mario á entender estas cosas, parecióle que debía embarcarse cuanto antes; y tomando algunos hombres de á caballo de los moros de Africa, y algunos otros de los que se habían pasado de la Italia, que entre unos y otros no excedían de mil, con ellos se hizo al mar. Arribó á Telamon de Etruria, y saltando en tierra, ofreció por público pregon la libertad á los esclavos; y como de los labradores y pastores libres de la comarca acudiesen muchos al puerto, traídos de su fama, ganando á los que vió mas esforzados, en pocos dias unió una considerable fuerza de tierra, y tripuló cuarenta galeas. Como supiese que Octavio era hombre recto, que no queria mandar sino de un modo justo, y que por el contrario Cina, ademas de ser sospechoso á Sila, se había declarado contra el gobierno existente, determinó unirse á este con todas sus fuerzas: envióle pues á decir que reconociéndole por cónsul haria cuanto le ordenase. Admitió el partido Cina, y le nombró procónsul, remitiéndole las fascas y todas las demas insignias del mando; pero respondió que no decia bien el adorno con su presente fortuna: así es que desde el día de su destierro en la edad ya de más de setenta años no traía sino ropas desalinadas, con el cabello crecido, andandole siempre muy despacio para excitar compasion; pero con este aparato miserable iba siempre mezclado el ceño natural de su terrible semblante; y la clase de su abatimiento descubria bien que su soberbia no se había humilla-

do, sino mas bien irritado con las mudanzas de su suerte.

Despues que saludó á Cina, y se presentó á los soldados, puso al punto manos á la obra, y causó una gran mudanza en el estado de las cosas : porque en primer lugar, interceptando con las naves los víveres, y robando á los comerciantes, se hizo dueño de la provision; luego recorriendo las ciudades de la costa, las hizo rebelarse; y finalmente, tomando por traicion á Ostia, saqueó las casas, y dió muerte á gran número de los habitantes; y ademas echando un puente sobre el rio, enteramente cortó á los enemigos la posibilidad de proveerse por mar. Moviendo despues con el ejército, marchó contra Roma, y tomó el monte llamado Yanículo : contribuyendo mucho Octavio al mal éxito de los negocios, no tanto por impericia como por su nimia escrupulosidad acerca de lo justo, la que con daño público le impedia valerse de los recursos provechosos; así es que proponiéndole muchos llamara á la libertad á los esclavos, respondió, que no concederia á los esclavos la ciudad, quien expelia de ella á Mario para sostener las leyes. Vino á esta sazón á Roma Metelo, hijo del otro Metelo que mandó en Africa, y que fue desterrado por Mario, y como fuese tenido por mejor general que Octavio, abandonando á este los soldados, corrieron á aquel pidiéndole que tomase el mando y salvase la patria, porque combatiría denodadamente, y sin duda vencerian con un general experto y activo; pero recibiendo los mal Metelo, y mandándoles que volviesen al cónsul, se pasaron á los enemigos; y al mismo tiempo se marchó el mismo Metelo, dando por perfidia la ciudad. En el ánimo de Octavio influyeron unos Caldeos y algunos agoreros y sibilistas (1) para que permaneciese en Roma, porque todo saldria bien. Era Octavio por lo demas acaso el hombre de mejor modo de pensar entre los Romanos, y el que mas conservaba fuera de adulacion la magestad consular conforme á las costumbres y leyes patrias, como si estas fueran otras tantas fórmulas inalterables; pero sujeto á esta miseria, por la que mas tiempo gastaba con embaidores y adivinos que con los

(1) Intérpretes de los oráculos de las Sibilas, de los que cada uno deducia lo que le venia mas á cuento.

que le pudieran dirigir en el gobierno y en la guerra. Este pues antes que entrase Mario, fue arrancado de la tribuna, y muerto por un piquete que le precedió; y se dice que á su muerte se le halló en el seno una nómina caldea : siendo cosa extraña que de estos dos hombres ilustres, á Mario le diese poder el no despreciar los agüeros, y á Octavio le perdiere.

Hallándose las cosas en esta situacion, juntóse el Senado, y envió mensajeros á Cina y Mario, pidiéndoles que entrasen en la ciudad y tuviesen consideracion con los ciudadanos. Cina como cónsul los oyó sentado en la silla curul y les dió muy humana respuesta; pero Mario estaba separado de la silla sin responder palabra; mas se echaba claramente de ver en el ceño de su semblante y en la fiereza de su vista que iba bien presto á llenar la ciudad de carnicería y de muertes. Cuando ya se resolvieron á marchar, Cina entraba acompañado de su guardia; pero Mario quedándose á la puerta decia como por ironia lleno de coraje, que él era un desterrado arrojado de la patria conforme á una ley; y que si ahora hallándose presente hubiera quien hiciese proposición, con otro decreto se desataria el que le desterraba; como si él fuese hombre á quien hicieran fuerza las leyes, y como si entrase en una ciudad libre. Convocaba pues al pueblo á la plaza, y antes que tres ó cuatro curias hubiesen dado sus sufragios, dejando aquella simulacion y aquellas buenas palabras de desterrado comenzó á marchar acompañado de una guardia compuesta de los que habia escogido entre los esclavos que se le presentaron, á los que daba el nombre de *Bardeos*. Estos á su orden, unas veces comunicada en voz y otras por señas, daban muerte á muchos; llegando la cosa á punto que á Ancario, varon consular y gefe de la milicia, porque habiéndose encontrado con Mario, y saludándole, este no le volvió el saludo, le quitaron la vida á su vista pasándole con las espadas; y ya desde entonces cuando saludando algunos á Mario no los nombraba este, ó no les correspondia, aquello era señal de acabar con ellos en la misma calle : de manera que aun sus mismos amigos estaban en la mayor agonía y susto cuando se acercaban á saludar á Mario. Siendo ya muchos los que habian perecido,

Cina se mostraba cansado y fastidiado con tanta muerte; pero Mario, renovándose en él cada día la ira y la sed de sangre, no dejaba vivir á ninguno de cuantos se le hacian sospechosos: así todas las calles y toda la ciudad estaban llenas de perseguidores y de cazadores de todos los que huían ó se ocultaban, y era tenida por crimen la fe de la hospitalidad y de la amistad, sin que ya ofreciese seguridad alguna, porque eran muy pocos los que no hicieron traicion á los que á ellos se habian acogido. Por tanto deben ser tenidos en mucho y mirados con admiracion los criados de Cornuto, que ocultando á su amo en casa suspendieron por el cuello á uno de tantos muertos; y poniéndole un anillo en el dedo, lo mostraron á los de la guardia de Mario; y despues envolviéndole como si fuera aquel, le dieron sepultura. Nadie llegó á entenderlo; y habiéndose salvado Cornuto por este medio, por los mismos criados fue secretamente llevado á la Galia.

Cúpole tambien la suerte de un amigo honrado á Marco Antonio el orador, y sin embargo fue desgraciado, porque siendo aquel un hombre pobre y plebeyo, que hospedaba en su casa al primero de los Romanos, quiso portarse como el caso lo exigia, y envió á un esclavo para traer vino á casa de uno de los taberneros que vivian cerca. El esclavo lo tomó con cuidado, y dijo que le diera de lo mejor; con lo que le preguntó el tabernero, qué novedad habia para no tomarlo de lo nuevo y comun como acostumbraba, sino de lo mejor y de mas precio; y respondiéndole aquel con sencillez, como á un hombre conocido y familiar, que su amo tenia á comer á Marco Antonio al que ocultaba en su casa, el tabernero que era hombre cruel y malvado, no bien habia salido el esclavo, cuando marchó á casa de Mario que ya estaba comiendo, é introducido a donde se hallaba, le ofreció poner en sus manos á Antonio; oido lo cual por Mario, se dice que lo celebró mucho, dando palmadas de gozo, y que estuvo en muy poco el que por sí mismo no se trasladase á la casa; sino que conteniéndole los amigos, envió á Anio con algunos soldados, dándole órden de que sin delacion le trajese la cabeza de Antonio. Llegados á la casa,

Anio se quedó á la puerta, y los soldados, tomando la escalera, subieron al cuarto, y á la vista de Antonio, ninguno queria ejecutar el mal hecho, sino que unos á otros se incitaban y movian á él; y debia de ser tal el encanto y gracia de las palabras de este hombre insigne, que habiendo empezado á hablarles, rogándoles no le matasen, ninguno se atrevió á acercarse á él, ni aun á mirarle, sino que bajando los ojos, se echaron á llorar. Vista la tardanza, subió Anio, y hallando que Antonio estaba perorando y los soldados asombrados y compadecidos, reprendiendo á estos, se aproximó él mismo y le cortó la cabeza. Lutacio Cátulo, colega de Mario, y que triunfó con él de los Cimbros, cuando supo que este á los que intercedieron y rogaron por él no les respondió otra cosa, sino es preciso que muera, se cerró en su cuarto, y encendiendo mucho carbon, murió sofocado. Arrojadados los cadáveres sin cabeza y pitados por las calles, ya no era compasion la que excitaban, sino susto y terror en todos con semejante vista; pero lo que sobre todo indignó al pueblo, fue la brutalidad de los llamados Bardeos. Porque despues de dar muerte en sus casas á los amos, se burlaban de los hijos y violentaban á las mujeres, sin que hubiera quien los contuviese en los robos y matanzas, hasta que viniendo á mejor acuerdo Cina y Sertorio, los sorprendieron durmiendo en el campamento y á todos los pasaron por las armas.

En esto, como en una alteracion de vientos, llegaron por todas partes noticias de que Sila, habiendo dado fin á la guerra de Mitridates y tomado las provincias, se habia embarcado con muchas fuerzas; y esto produjo ya una breve intermision y corta pausa de tan indecibles males, por creer que la guerra venia sobre ellos. Fue pues nombrado Mario sétima vez cónsul, y tomando posesion en las mismas calendas de enero, en que principia el año, hizo precipitar á un tal Sexto Licinio, lo que pareció á todos presagio de nuevos males. Pero Mario, desalentado ya con los trabajos, y agotadas en cierta manera con tantos cuidados las fuerzas de su espíritu, al que acobardaba la experiencia de los infortunios pasados, no pudo sufrir la idea de una nueva guerra y nuc-

vos combates y temores : porque reflexionaba que la contienda no habia de ser con Octavio ó con Merula, que solo mandaron á una gente colecticia, y á una muchedumbre sediciosa, sino que el que ahora le amenazaba era aquel mismo Sila que ya antes lo habia arrojado de la patria, y en aquel punto acababa de confinar en el Ponto Euxino á Mitridates. Quebrantado con estos pensamientos, y teniendo fija la vista en su larga peregrinacion, en sus destierros y en tantos peligros como habia corrido por mar y por tierra, le fatigaban crueles dudas, terrores nocturnos y sueños inquietos, pareciéndole oír siempre una voz que le decia :

Terrible del leon es la guarida  
Aun para quien la ve cuando está ausente.

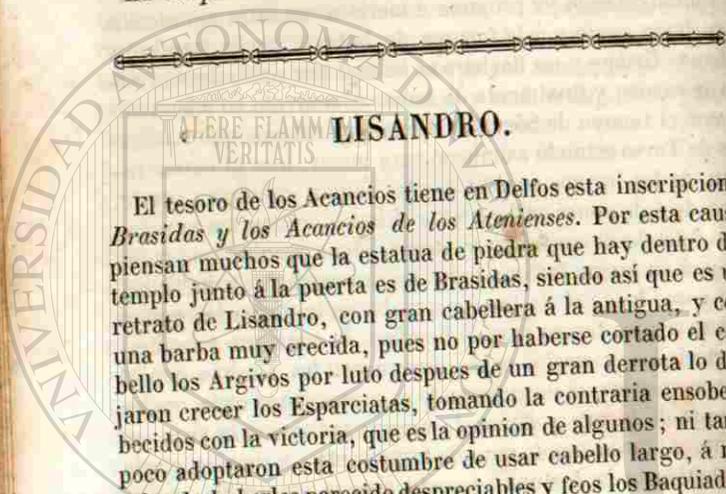
No pudiendo sobre todo llevar la falta de sueño, se entregó á francachelas y embriagueces muy fuera de sazón y de su edad, procurando por medios extraños conciliar el sueño con refugio de los cuidados. Finalmente, habiendo llegado noticias recientes del mar, y sobrevenidole con ellas nuevos cuidados, parte de miedo de lo futuro, y parte por el peso y cúmulo de los cuidados presentes, con muy ligero motivo que se agregase, contrajo una pleuresia segun refiere el filósofo Posidonio ; quien dice que él mismo entró á verle cuando ya estaba enfermo y que le habló sobre los objetos de su embajada. Pero el historiador Cayo Pison refiere, que paseándose Mario con sus amigos despues de comer, movió la conversacion de sus sucesos, tomándola de lejos, y despues de haber referido las muchas mudanzas de su suerte, habia concluido con que no era de hombre de juicio el volver otra vez á ponerse en manos de la fortuna ; y que en seguida, saludando á los que allí se hallaban, se habia puesto en cama, y manteniéndose en ella siete dias seguidos, habia muerto. Algunos dicen que en la enfermedad se manifestó del todo su ambicion, por el delirio extraño que tuvo. Figúrasele que se hallaba de general en la guerra de Mitridates, y tomaba todas las posturas y movimientos del cuerpo que son de costumbre en los combates, dando los mismos gritos y las mismas exhortaciones á los soldados : ¡ tan fuerte

y fijo era en él el amor á este ejercicio, por la emulacion y por el deseo de mandar ! Por esta causa con haber vivido setenta años y haber sido el primero de todos que fue siete veces nombrado cónsul, poseyendo casa y hacienda bastante para muchos Reyes, aun se lamentaba de su fortuna, como que moria antes de sazón sin haber satisfecho sus deseos.

Platon estando ya próximo á morir se muestra agradecido á su buen genio y á la fortuna de haberle hecho hombre y además Griego y no Bárbaro ni animal por naturaleza privado de razon; y finalmente de haber concurrido su nacimiento con el tiempo de Sócrates. Dicese igualmente que Antipatro de Tarso estando asimismo para morir, hizo la enumeracion de los buenos sucesos que le habian cabido en suerte, y no dejó de poner en la cuenta el haber tenido una navegacion feliz desde su patria á Atenas, como hombre que reconocia á su buena fortuna todos los presentes que le habia hecho y que hasta el fin los conservaba en la memoria; que es el mas seguro tesoro para el hombre. Al contrario á los desmemoriados y necios se les desvanecen los sucesos con el tiempo; por lo que no guardando ni conservando nada, vacios siempre de bienes y llenos de esperanzas tienen la vista en lo futuro, no haciendo caso de lo presente : y aquello puede arrebatárselo la fortuna, cuando esto es inamisible; y con todo desechan esto en que nada puede la fortuna, soñando con lo que es incierto, estándole muy bien lo que luego les sucede : porque antes que puedan dar asiento y solidez á los bienes externos con el buen uso de la razon y de la doctrina, se dan á acumularlos y amontonarlos, sin poder llenar los insaciables senos de la ambicion. Falleció pues Mario á los diez y siete dias de su sétimo consulado; y por lo pronto fue grande el gozo y la esperanza que ocupó á Roma, por haberse librado de una dura tiranía; pero dentro de bien breves dias conocieron que no habian hecho mas que cambiar un dueño viejo, por otro jóven y en la flor de la edad : ¡ tanta fue la crueldad y aspereza de que dió pruebas su hijo Mario, haciendo asesinar á muchos de los mejores y mas distinguidos ciudadanos ! Túvosele por valiente y arriscado, por lo que al principio se le llamó hijo de Marte; pero bien pron-

to, vituperado por sus obras, se le dió en lugar de aquel el nombre de hijo de Vénus. Al fin encerrado por Sila en Preneste, y haciendo en vano mil diligencias por alargar la vida, cuando vió que no le quedaba remedio perdida la ciudad, se dió á sí mismo la muerte.

*La comparacion de Pirro y Mario no existe.*



### LISANDRO.

El tesoro de los Acancios tiene en Delfos esta inscripcion: *Brasidas y los Acancios de los Atenenses*. Por esta causa piensan muchos que la estatua de piedra que hay dentro del templo junto á la puerta es de Brasidas, siendo así que es un retrato de Lisandro, con gran cabellera á la antigua, y con una barba muy crecida, pues no por haberse cortado el cabello los Argivos por luto despues de un gran derrota lo dejaron crecer los Esparciatas, tomando la contraria ensoberbecidos con la victoria, que es la opinion de algunos; ni tampoco adoptaron esta costumbre de usar cabello largo, á resulta de haberles parecido despreciables y feos los Baquiadas, que de Corinto se acogieron á Lacedemonia, por tener el cabello cortado; sino que esta fue tambien institucion de Licurgo; de quien se refiere haber dicho que el cabello á los hermosos les daba mas gracia, y á los feos los hacia mas terribles.

El padre de Lisandro Aristocrito se dice que aunque no era de casa real, era del linaje de los Heráclidas. Crióse Lisandro en la pobreza, y desde luego se mostró dócil, como el que mas, á las instituciones de Esparta, valiente y domador de todos los placeres, á excepcion solamente de aquel que resulta al hombre de vener, y de ser honrado por sus grandes hechos: porque no es en Esparta reprehensible el que los jóvenes se dejen dominar de este placer, sino que quieren que desde el principio se sientan inflamados del deseo de gloria, entristeciéndose con las reprehensiones, y engridiéndose

con las alabanzas; y al que lo ven impasible é inalterable en cuanto á estos sentimientos, teniéndole por indiferente á la virtud, y por desidioso, lo desprecian. Así lo que habia en él de ambicion y de emulacion le quedó de la educacion patria, sin que en ello pudiera atribuirse gran parte á la naturaleza. Fue sí por carácter mas obsequiador de los poderosos, y mas acomodado á sufrir el ceño de la autoridad, cuando lo exigia el caso, de lo que convenia á un Esparciata; lo que sin embargo dicen algunos ser una parte muy principal de la politica. Aristóteles cuando dice que los grandes ingenios son melancólicos, como el de Sócrates, el de Platon y el de Hércules, refiere que Lisandro no cayó en este afecto desde luego, sino cuando ya era anciano. Lo propio y peculiar de su indole fue el que supo llevar con gran espíritu la pobreza, no siendo nunca dominado ni corrompido por los intereses: así es que con haber llenado su patria de riqueza y de la codicia de ella, no siendo ya admirada como antes de que no la tenia en admiracion, y haber introducido gran copia de oro y plata despues de la guerra de Atenas, no reservó para sí ni una sola dracma. Enviándole Dionisio el Tirano para sus hijas unas tónicas de mucho precio, de las que se usaban en Sicilia, no las quiso recibir, temiendo, decia, que con ellas habian de parecer mas feas. Con todo de allí á poco, habiendo sido enviado por embajador de su ciudad cerca del mismo tirano, remitiéndole este dos esclavas para que escogiese y llevase á su hija la que mas le agradara, respondió, ser mejor, que ella misma eligiese, y se marchó llevándose las ambas.

Iba alargándose la guerra del Peloponeso, y despues de las derrotas de los Atenenses en Sicilia se preveia al principio que decaerian del imperio del mar, y al cabo de bien poco que perdieran del todo su poder; pero encargado Alcibiades de los negocios, revocado que fue su desfierno, causando en todo una gran mudanza, los puso en estado de poder hacer frente en los combates navales. Concibiendo pues miedo otra vez los Lacedemonios, é inflamados sin embargo del deseo de la guerra, necesitando un general hábil y poderosas prevenciones, confirieron á Lisandro el mando de la armada na-

val. Trasladado á Efeso, y hallando que la ciudad le era afeata, y sumamente adicta á la causa de los Lacedemonios, pero que se veía mortificada y en peligro de tornarse bárbara contrayendo las costumbres de los Persas, por las continuas mezclas de unos con otros, por la proximidad de la Lidia, y porque los generales del Rey por lo comun residian en ella; fijando él allí sus reales, y disponiendo que las naves de carga acudiesen de todas partes á aquel punto, llenó sus puertos de mercaderías, de negociaciones su plaza, y de riqueza sus casas y talleres: de manera que desde aquel tiempo tuvo ya por Lisandro la esperanza de la magnificencia y poder de que ahora disfruta.

Noticioso de que Ciro, hijo del Rey, venia á Sardis, subió á tratar con él, y á acusar á Tisafernes, de que aparentando dar auxilio á los Lacedemonios, y querer expeler del mar á los Atenienses, parecia sin embargo que ganado por Alcibiades habia perdido su actividad; y que con proveer á los gastos de la escuadra con escasez se proponia destruirla. Tenia deseo el mismo Ciro de encontrar en falta á Tisafernes, y de que se le hablara mal de él, porque le conceptuaba malo, y porque habia entre los dos particulares motivos de disgusto. Mirado Lisandro con aprecio por este motivo y por toda su conducta, principalmente se atrajo con su obsequioso trato el afecto de aquel jóven, al que confirmó en las ideas de guerra; y cuando ya estaba para retirarse, dándole Ciro un banquete, le encargó que de ningun modo desechara su disposicion á complacerle, sino que dijese y pidiese cuanto quisiera, porque en nada seria desatendido. Entonces Lisandro le salió al encuentro diciendo: Pues que tal es, ó Ciro, tu buena voluntad, te pido y te exhorto á que añadas un óbolo al prest de los marineros, de manera que perciban cuatro óbolos en lugar de tres. Complacido Ciro con esta honrosa peticion, le entregó diez mil daricos, con los que aventajando en el óbolo á los marineros, y mejorando su condiccion, en poco tiempo dejó vacias las naves de los enemigos; porque el mayor número se iba al que daba mas; y los que quedaban se volyian desidiosos é insubordinados, no dando sino disgustos á sus generales. Mas aun con haber

dejado tan solos á los enemigos, y haberles hecho tantos males, huia receloso de un combate naval, temiendo á Alcibiades, que sobre ser hombre activo, y tener mayores fuerzas, en cuantas batallas se habia encontrado hasta entonces por mar y por tierra en todas habia salido vencedor.

Sucedió á poco que haciendo Alcibiades viajes á Focaea desde Samos, y dejando con el mando de la armada á Antioco; este, como para insultar á Lisandro, se dirigió orgulloso con dos galeras al puerto de Efeso, pasando con arrogancia y con algazara y burla por delante de la escuadra; de lo que irritado Lisandro, desde luego no despachó sino unas cuantas galeras en su persecucion; pero viendo que los Atenienses le daban auxilio de su parte, envió luego otras, y al fin vino á trabarse un combate naval, en el que venció Lisandro, y tomando quince galeras erigió un trofeo. El pueblo de la capital de Atenas, disgustado con este suceso, quitó el mando á Alcibiades, y como tambien los soldados que habia en Samos le denostasen é improperasen, se retiró del campamento al Quersoneso. No fue esta batalla en sí misma de grande entidad; pero la fortuna le dió nombradía por causa de Alcibiades. Lisandro de su parte hizo concurrir á Efeso de las otras ciudades á aquellos sugetos que observó sobresalían en valor y prudencia; con lo que echó disimuladamente las primeras semillas de las innovaciones y mudanzas de gobierno, que introdujo mas adelante. Procuró pues excitarlos é inflamarlos á que formaran ligas y cofradías entre sí, y á que se aplicaran á los negocios, para que en el mismo momento de ser excluidos los Atenienses, quitaran el gobierno democrático, y mandaran ellos en su respectiva patria. Cumplió á su tiempo á cada uno de estos con obras la palabra que les habia dado, elevando á los que habia hecho sus amigos y huéspedes á los mayores honores, comisiones y mandos, sin reparar en ser él tambien injusto, y en cometer errores por servir á la codicia de ellos; de donde provino que todos le tenian consideracion, le obsequiaban y deseaban, con la esperanza de que podrian aspirar á las mayores cosas si él quedaba vencedor; por lo cual al principio vieron con que disgusto iba Calicrátidas á sucederle; y aun despues,

cuando ya este habia dado pruebas de ser el hombre más recto y justo, no estaban contentos con su modo de gobernar, que tenia mucho de la verdad y sencillez dorica; sino que admirando su virtud á la manera que la belleza de una estatua heróica, echaban menos la actividad de aquel, y buscaban su condescendencia con los amigos, y la utilidad que les provenia: así es que cuando partió se desconsolaron, y llegaron hasta derramar lágrimas.

Contribuia él tambien por su parte á indisponerlos todavia mas con Calicrátidas; y lo que restaba aun del dinero que Ciro le habia dado para la escuadra, lo volvió á remitir á Sardis, diciendo que el mismo Calicrátidas lo pidiese, ó viera de donde habia de sacar con que mantener á los soldados. Finalmente al estar para partir, tomó testigos de que entregaba la armada dueña del mar; mas queriendo aquel reprender su vana y presuntuosa ambicion, pues ¿Por qué, le dijo, dejando á la izquierda á Samos, y navegando á Mileto, no me hace allí la entrega de la armada? puesto que si somos dueños del mar, en él no tenemos por que temer á los enemigos que se hallan en Samos; pero respondiéndole Lisandro que ya no tenia mando, sino que él era quien estaba encargado de la escuadra, tomó la vuelta del Peloponeso, dejando á Calicrátidas en el mayor apuro. Porque ni á su venida habia traído fondos de Esparta, ni le sufría su corazon recogerlos por fuerza en las ciudades que estaban infelices. No le quedaba pues otro recurso que ir, como Lisandro, á tocar las puertas de los generales del Rey, y mendigarlos de ellos, para lo que era el menos á propósito del mundo; porque como hombre libre y de elevados pensamientos creia que cualquiera derrota de los Griegos era para la Grecia toda mas honrosa, que el adular y presentarse ante las puertas de unos bárbaros, que fuera de poseer mucho oro nada bueno tenían. Precisado sin embargo de la estrechez, subiendo á la Lidia, marchó en derechura á la casa de Ciro, y mandó decir que Calicrátidas, el comandante de la escuadra, estaba allí, y queria hablarle; pero como uno de los que servian á la puerta le diese la respuesta de que Ciro no estaba entonces de vagar, porque bebia: Pues nada malo hay

en eso, le contestó, porque yo me esperaré aquí hasta que haya bebido. Parecióles á aquellos bárbaros que era un hombre muy inurbano, y como observase que se reian de él, se marchó. Volvió segunda vez á la puerta; y no siendo admitido, incomodado de ello, marchó á Efeso, echando mil imprecaciones contra los primeros que fueron corrompidos con el lujo de los bárbaros, y que los enseñaron á ser insolentes á causa de su riqueza; y jurando ante los que se hallaban presentes, que apenas se viese en Esparta haria todo cuanto le fuese posible porque se reconciliaran entre sí los Griegos, y porque haciéndose temibles á los bárbaros, se dejaran de implorar la fuerza de estos unos contra otros.

Mas Calicrátidas, que pensaba de un modo digno de Esparta, y que competia en justicia, en magnanimidad y valor con los mas elevados varones de la Grecia, vencido al cabo de poco tiempo en el combate naval de Arginusas, perdió en él la vida; con lo que los negocios tomaron mal aspecto; y enviando los aliados embajadores á Esparta, pidieron por comandante de la armada á Lisandro, á causa de que mandando él concurririan con mejor voluntad á lo que fuese menester; y tambien Ciro les escribió con el propio objeto. Mas como hubiese una ley que no permitia que uno mismo mandase dos veces la armada, deseando los Lacedemonios dar gusto á los aliados, en la apariencia crearon general á un tal Araco; pero mandando á Lisandro de enviado en el nombre, en la realidad le hicieron el arbitro de todo; lo que se ejecutó así muy segun el deseo de los que gobernaban y tenían el principal influjo en las ciudades: porque esperaban que todavía habian de adelantarse por él en poder despues de disuelto el gobierno popular. Pero para los que gustaban mas de un modo de gobernar sencillo y generoso, comparado Lisandro con Calicrátidas, parecia astuto y solapado, usando en la guerra de diversas clases de engaños, y celebrando lo justo cuando iba unido con lo provechoso; mas sino, empleando lo útil como si fuera honesto; porque no creia que la verdad fuese por naturaleza preferible á la mentira, sino que por el provecho discernia el aprecio que habia de darse á una ú otra; y á los que le decian no ser digno de los des-

cendientes de Hércules el hacer con engaños la guerra, los mandaba á pasear ; diciendo que donde no alcanzaba la piel de leon, se habia de coser un poco de la zorra.

Que era este su carácter se confirme con lo que se dice haber hecho en Mileto : porque habiendo prometido á sus amigos y huéspedes que les ayudaria á desatar la democracia, y desterrar á los contrarios ; como aquellos hubiesen mudado de propósito, y reconciliádose con sus enemigos, lo que es públicamente, fingió que se holgaba mucho de ello, y tomaba parte en la reconciliacion ; pero en secreto los reprendia y vituperaba, excitándolos á sobreponerse á la muchedumbre. Cuando ya tuvo noticia de la insurreccion, partió inmediatamente á auxiliarla, y entrandó en la ciudad, á los primeros con quienes tropezó de los insurgentes los maltrató de palabra, y se les mostró irritado, como si hubiera de tomar venganza de ellos ; y á los otros les inspiraba confianza, dándoles á entender que nada desagradable temieran mientras él estuviese allí ; haciendo uso de estas ficciones y de estos diferentes papeles, con la mira de que no huyesen los demócratas y de mayor poder, sino que permaneciesen en la ciudad, para quitarles la vida, como efectivamente sucedió, porque perecieron todos cuantos se confiaron. Tambien nos ha conservado Andróclidas una expresion de Lisandro, que depone contra su indiferencia en materias de juramentos ; porque segun dice era su opinion que á los niños se les habia de engañar con dados, y á los hombres con juramentos : tomando malamente por modelo un general á un tirano, esto es Lisandro á Polícrates de Samos : fuera de que no era muy Espartano, sobre ser muy inicu, el haberse mal así con los Dioses como con los enemigos : porque el que abusa para engañar del juramento, reconoce que teme á su enemigo, y que insulta á Dios.

Llamó Giro á Sardis á Lisandro, y dándole diferentes cosas, le prometió otras, diciendo con ardor juvenil en su obsequio, que aun cuando nada diera su padre, pondria en mano de Lisandro cuanto á él le pertenecia ; y á falta de todo se desharia del trono en que daba audiencia, que era todo de oro y plata. Finalmente que subiendo á la Media

trataria con el padre de que aquel recogiese los tributos de las ciudades, para lo que le hacia entrega de su autoridad. Despidiéronse, y rogándole que no combatiera con los Atenienses antes que él volviese, porque volveria trayendo muchas naves de la Fenicia y la Cilicia, subió adonde estaba el padre. Lisandro no pudiendo combatir ni aun con iguales fuerzas, ni tampoco estarse sin hacer nada con tan gran número de naves, dando la vela, atrajo á algunas de las islas ; y á Egina y Salamina, penetrando en ellas, las taló. Subiendo despues al Atica, pasó á saludar á Agis, bajando para esto desde Decelia, é hizo ante el ejército de tierra, que allí se hallaba, ostencion de sus fuerzas navales, como que podia por mar aun mas de lo que queria ; y con todo como los Atenienses fuesen en su persecucion, huyó por medio de las islas apresuradamente al Asia ; donde hallando desamparado el Helesponto, acometió él mismo desde el mar con las naves á Lamsaco ; y Torax, acudiendo tambien con las tropas de tierra al mismo punto, combatió las murallas, con lo que tomó la ciudad á viva fuerza, permitiendo á los soldados que la saqueasen. Hacia vela á la sazón la armada de los Atenienses, fuerte de ciento y ochenta galeras, á Eleunte del Quersoneso ; pero con la noticia de haberse perdido Lamsaco, tomaron al punto rumbo para Sesto ; y provistos allí de viveres se dirigieron á Egosotamos enfrente de los enemigos, que todavia estaban sueltos en Lamsaco. Eran generales de los Atenienses varios otros, y Filocles, aquel que antes habia persuadido al pueblo que se hiciera ley para que se cortara el dedo pulgar de la mano derecha á los que se cautivasen en la guerra, á fin de que no pudieran llevar la lanza, pero sí manejar el remo.

Nada hicieron por entonces ni unos ni otros, esperando que al dia siguiente se combatirían las escuadras ; pero muy distinto era el pensamiento de Lisandro ; el cual sin embargo dió orden á los marineros y pilotos, como si al otro dia al amanecer se hubiera de pelear, de que montasen las galeras, y esperasen en formacion y con silencio la disposicion que se les comunicase ; y de la misma manera mandó que el ejército de tierra aguardara igualmente sin moverse. Al salir el

sol los Atenieses se presentaron de frente provocándolos con todas sus naves; y él con tener las suyas en órden y bien tripuladas desde la noche, no se hizo al mar; y antes por sus edecanes envió avisos á las naves principales para que permanecieran en su puesto, sin inquietarse ni salir contra los enemigos. Hubiéronse de retirar ya al oscurecer los Atenieses; y él sin embargo no permitió á los soldados desembarcarse sin haber despachado antes de exploradoras dos ó tres galeras, y haber vuelto estas con la noticia de que habían visto saltar en tierra á los enemigos. Ejecutóse enteramente lo mismo el dia siguiente, y el tercero y el cuarto: de manera que los Atenieses concibieron la mayor confianza, y empezaron á mirar con desprecio á los enemigos, como que les temian y les habian cobrado miedo. En tanto Alcibiades, que se hallaba todavía en el Quersoneso detenido en una de sus plazas, marchando á caballo al ejército de los Atenieses, increpó á los generales primeramente de haber anclado en una costa mal segura y abierta, y en segundo lugar de que hacian mal en ir lejos á tomar las provisiones de Sesto, cuando les convenia no apartarse mucho de esta ciudad y su puerto, manteniéndose á distancia de unos enemigos que estaban á las órdenes de un hombre solo, obedeciéndole en todo por miedo á la menor señal. Estas lecciones les daba; mas ellos no le prestaron oídos, y aun Tideo lo despidió con enfado, diciéndole que no era Alcibiades, sino otros los que mandaban.

Separóse pues de ellos Alcibiades, no sin alguna sospecha de que eran traidores á su patria. Hicieron los Atenieses al quinto dia su navegacion y retirada segun costumbre, con gran desden y desprecio; y Lisandro, al enviar las naves exploradoras, encargó á los capitanes que inmediatamente despues de haber visto desembarcarse á los Atenieses, se apresurasen á volver, y al estar en medio de la travesía levantasen en alto por la proa un escudo de bronce en señal de que debian hacerse á la vela. En tanto convocaba á los pilotos y capitanes y los exhortaba á que cada uno tuviese á bordo y en órden á todos los individuos de la marinería y tripulacion, y á la primera señal moviesen aceleradamente

contra los enemigos. Luego que de las naves se levantó en alto el escudo, y se dió de la capitana la señal con la trompeta, salieron al mar las naves, y el ejército de tierra marchó por la costa hácia el promontorio; y siendo la distancia que habia entre ambos continentes de quince estadios, con la diligencia y ardor de los remeros en breves instantes fue vencida. Conon fue el primero de los generales Atenieses que divisó en el mar la escuadra, é inmediatamente esforzó la voz para que se embarcaran; y sintiendo ya el mal que les habia sobrevenido, convocaba á unos, rogaba á otros, y á otros los obligaba á tripular las naves; pero toda su diligencia era en vano, estando la gente dispersa; pues luego que saltaron en tierra unos habian marchado á tomar víveres, otros andaban divertidos, y otros dormian en las tiendas muy distantes todos de aquel apuro y menester por impericia de sus generales. Cuando ya los enemigos estaban encima con grande griteria y alboroto, Conon se hizo á la vela con ocho naves, y se retiró á Chipre al amparo de Evagoras; pero cargando sobre las demas los del Peloponeso, de ellas tomaron unas enteramente vacias, y desbarataron otras que ya estaban tripuladas. De la gente unos murieron cerca de las naves cuando desarmados corrian á defenderlas, y otros recibieron la muerte mientras huian por tierra, desembarcándose al efecto los enemigos. Tomó Lisandro cautivos á tres mil hombres, incluso los generales y la armada entera, á excepcion de la galera de Caralo y las que Conon llevó consigo. Amarradas pues las naves y saqueado el campamento, navegó al son de las trompetas y entonando cancionnes triunfales la vuelta de Lamsaco; habiendo ejecutado con el menor trabajo la mayor hazaña, y abreviado en una hora sola un tiempo muy dilatado, por haber terminado en ella de un modo increíble la guerra mas encarnizada y de mas varios casos de fortuna entre cuantas la habian precedido; la cual, despues de una indecible alternativa de sucesos y de la pérdida de mas generales que los que fallecieron en todas las demas guerras de la Grecia, fue de este modo fenecida por el tino y habilidad de un hombre solo: asi es que esta hazaña fue calificada de divina.

Hubo algunos que dijeron haber visto, al punto mismo de salir contra los enemigos la nave de Lisandro brillar de una y otra parte sobre el timon de ella la constelacion de los Dióscuros con grandes resplandores; y otros afirman que la caída de la piedra fue señal de este acontecimiento, porque, como es opinion comun, cayó del cielo hácia Egospotamos una piedra de gran tamaño, la que muestran todavía en el dia de hoy, siendo tenida en veneracion por los del Quersoneso. Refiérese haber predicho Anaxágoras, que verificándose algun desnivel ó alguna conmoción de los cuerpos que estan sujetos en el cielo, habria rompimiento y caída de uno que se desprendiese, y que no está cada una de las estrellas en el lugar en que apareció; porque siendo por su naturaleza pedregosas y pesadas, resplandecen por reflejo y refraccion del aire, y son arrebatadas por el poder y fuerza de la esfera donde estan sujetas; como lo quedaron en un principio para no caerse acá, cuando lo frio y pesado se separó de los demas seres. Pero hay otra opinion mas probable de los que afirman que las estrellas que caen, no son corrimiento ó destruccion del fuego etéreo que se apaga en el aire al mismo encenderse; ni tampoco incendio y resplandor del aire, que inflamándose asciende por su gran copia á la region superior, sino desprendimiento y caída de los cuerpos celestes, como por ceder y perder su fuerza el movimiento de rotacion á causa de estremecimientos: los que no los llevan á puntos habitados de la tierra, sino que muchos van á caer al gran mar, por lo que despues no aparecen. Mas con el dicho de Anaxágoras conforma la relacion de Damaco, quien en su tratado de *la piedra* expresa que antes de caer la piedra por setenta y cinco dias continuos se observó en el cielo un cuerpo encendido de gran magnitud á manera de nube de fuego, no quieto, sino movido en diferentes giros y direcciones; el cual siendo llevado de una parte á otra, con la agitacion y el mismo movimiento se partió en pedazos tambien encendidos, y que centelleaban como las estrellas que caen. Luego que cayó en aquel punto, y que los naturales se recobraron del miedo y sobresalto, acudieron á él, y no encontraron de fuego ni una señal siquiera, sino una piedra tendida en el suelo,

grande sí, pero que no conservaba ni la mas pequeña parte de aquella circunferencia que apareció inflamada. Es bien claro que necesita Damaco lectores demasiado indulgentes; pero si su relacion es cierta, convence con bastante fuerza á los que sostienen haber sido aquella una piedra, que arrancada de alguna elevacion por los vientos y los huracanes, se mantuvo y fué llevada en el aire como los torbellinos, hasta que se desplomó y cayó en el momento que cedió y aflojó la fuerza que la tenia elevada: á no ser que realmente fuese fuego lo que se vió por muchos dias, y que de su extincion y destruccion resultasen vientos y agitaciones fuertes que despues hiciesen caer la piedra. Pero estos objetos son mas bien para tratados en otra especie de escritos.

Lisandro, despues que en consejo fueron condenados á muerte los tres mil Atenenses que habia tomado cautivos, hizo llamar al general Filocles, y le preguntó ¿qué sentencia pronunciaba contra sí mismo, que tales consejos habia dado á sus conciudadanos contra los Griegos? Mas este, sin mostrar abatimiento ninguno en aquel trance, le contestó era en vano acusar por cosas de que ninguno era juez competente; y que como vencedor mandara ejecutar lo que vencido habria tenido que sufrir. Lavóse despues, y vistiéndose un rico manto, se puso al frente de sus conciudadanos para ser llevado á la matanza segun escribe Teofrasto. Recorrió luego Lisandro las ciudades, y á cuantos Atenenses encontraba á todos les intimaba que marchasen á Atenas, porque no tendria indulgencia con ninguno, sino que haria dar la muerte á cuantos hallase fuera de la ciudad; lo que ejecutaba enviándolos á todos á la capital, porque era su ánimo que en ella hubiese una grande hambre y carestía, para que no le diesen mucho que hacer con el cerco, sufriendole en la abundancia. Disolvió pues las democracias y demas gobiernos, y en cada ciudad dejó un gobernador lacedemonio y diez magistrados tomados de las cofradías que á su órden se habian establecido; lo que ejecutó, igualmente que en las ciudades enemigas, en las aliadas; y libre con esto de cuidados, volvió al mar, habiendo adquirido para sí en cierta

manera la comandancia de toda la Grecia. Porque no tomaba los magistrados ni de la clase de los nobles, ni de la de los ricos; sino que todo lo hacia en obsequio de sus amigos y sus huéspedes, constituyéndolos árbitros de las recompensas y de los castigos; con lo que, y prestarse él mismo á los asesinatos que aquellos ejecutaban, y á desterrar á los contrarios de sus enemigos, no dió la mas favorable idea del mando de los Lacedemonios. Así debe entenderse que chocheaba el historiador Teopompo cuando comparó á los Lacedemonios con los taberneros, por cuanto habiendo dado á los Griegos, á probar la excelente bebida de la libertad, luego les habian echado vinagre; pues que desde luego fue muy desabrida y amarga su bebida, no permitiendo Lisandro que los pueblos fuesen independientes en sus negocios, y poniendo las ciudades en manos de unos cuantos, y estos los mas atrevidos ó insolentes.

Habiendo gastado bien corto tiempo en estas cosas y despachado á Lacedemonia quien anunciase que venia con doscientas naves, en las costas del Atica se juntó con los reyes Agis y Pausanias, con el propósito de tomar sin dilacion la ciudad; mas como los Atenieses se defendiesen, vuelto á las naves, pasó otra vez al Asia, y en todas las ciudades sin distincion anuló los gobiernos que tenian y estableció los decemviros, con muerte en cada una de muchos y con fuga de otros tantos. En la isla de Sestos, expeliendo á todos los naturales, dió las ciudades á los que antes habian sido desterrados, y posesionándose de Sestio, ocupada por los Atenieses, no permitió que la habitasen los Sestios; sino que la ciudad y el territorio los dió á los pilotos y á los cómitres de su armada para que se los repartiesen: aunque esto lo reprobaron los Lacedemonios, y restituyeron otra vez los Sestios á su tierra. Las disposiciones que con gusto vieron todos los Griegos fueron la de haber recobrado los Eginetas su ciudad al cabo de mucho tiempo, y la de haber sido restituidos por él los Melios y Escionios, expeliendo á los Atenieses, y obligándolos á reintegrar á aquellos en sus ciudades. Noticioso ya entonces de que la capital se hallaba en mal estado apretada del hambre, navegó al Pireo, y estre-

chó á la ciudad obligándola á admitir la paz con las condiciones que le prescribió. Algunos Lacedemonios dicen que Lisandro escribió á los eforos en estos términos: « Se ha tomado Atenas; » y que los eforos respondieron: « Basta con haberse tomado. » Pero esta relacion ha sido así compuesta por decoro: pues la verdadera resolucion de los eforos fue en esta forma: « Los magistrados de los Lacedemonios han decretado que derribando el Pireo y el murallon, y saliendo de todas las demas ciudades, conserveis vuestro territorio; y bajo las siguientes condiciones tendreis paz; dareis lo que fuere menester; entregareis los pasados, y acerca del número de naves hareis lo que allí se determine. » Este decreto le admitieron los Atenieses á persuasion de Teramenes, hijo de Agnon; y aun se dice que como Cleomedes, uno de los demagogos jóvenes, le replicase, ¿por qué se atrevia á obrar y proponer lo contrario que Temistocles, entregando á los Lacedemonios unas murallas que aquel contra la voluntad de estos habia levantado? le respondió: Nada de eso, ó joven: yo no obro en oposicion con Temistocles, pues si él para la salud de los ciudadanos levantó estas murallas, por la misma salud las derribamos nosotros; y si los muros hiciesen felices á las ciudades, Esparta seria la mas desdichada de todas, pues no está murada.

Lisandro en el momento en que se hizo dueño de todas las naves, á excepcion de doce, y de las murallas de los Atenieses, lo que se verificó el diez y seis del mes Muniquion, el mismo dia en que se ganó en Salamina la batalla naval contra los bárbaros; resolvió mudar tambien el gobierno, y como los Atenieses lo rehusasen y llevasen á mal, envió á decir al pueblo que estaban en el descubierto de haber quebrantado los tratados, porque subsistian los muros despues de pasados los dias en que debieron derribarse; por tanto que estaba en el caso de deliberar de nuevo acerca de ellos, pues que habian faltado á lo convenido. Algunos dicen que ante los aliados manifestó el dictámen de reducirlos á la esclavitud; y que Erianto de Tebas habia sido de parecer de que la ciudad fuese demolida y el territorio quedase para pasto del ganado. Mas tenida nueva junta, y cantando mientras

bebían uno de Focée aquella entrada del coro de la Electra de Eurípides, que empieza :

Hija de Agamenon, ó Electra, vengo  
Al atrio yermo de tu triste alcázar,

se conmovieron todos, y tuvieron por cosa muy dura y abominable el destruir y arrasar una ciudad tan afamada, y que tan ilustres hijos había producido. Lisandro pues, condescendiendo á todo los Ateníenses, mandó traer de la ciudad muchas tañedoras de flauta, y reuniéndolas todas en su campo, á son de flauta arrasó los muros é incendió las naves, coronando al mismo tiempo sus cabezas, y aplaudiendo con himnos los aliados, como que en aquel día empezaba su libertad. En seguida sin perder tiempo mudó asimismo el gobierno, estableciendo treinta tiranos en la ciudad, y diez en el Pireo. Puso también guarnición en la ciudadela, nombrado por gobernador á Calibio de Esparta. Sucedió con éste que habiendo levantado la vara para herir á Autólico el gladiador, que es el objeto del convite escrito por Jenofonte, cogiéndole este de las piernas, le levantó en alto y derribó en tierra; de lo que no solo no se incomodó Lisandro, sino que reprendió á Calibio, diciéndole que debía saber mandaba á hombres libres; pero con todo los treinta tiranos quitaron de allí á poco la vida á Autólico, precisamente por hacer obsequio á Calibio.

Hechas estas cosas se embarcó Lisandro para la Tracia, y todo lo que había quedado de los fondos públicos, con cuantos dones y coronas había recibido, siendo muchos los que, como era natural, hacían presentes á un varón de tanto poder y dueño en cierta manera de la Grecia, lo remitió á Lacedemonia por medio de Gilipo el que mandó en Sicilia. Este, según se dice, cortando por abajo las costuras de los sacos, y sacando de cada uno mucho dinero, los volvió á coser después, ignorante de que en cada uno había una factura que expresaba la cantidad. Llegado pues á Esparta, ocultó lo que había sustraído debajo del tejado de su casa, y entregó los sacos á los eforos mostrándoles los sellos; pero abiertos los sacos y contado el dinero, se notó la diferencia

entre la cantidad que resultaba y la de la factura, y hallándose los eforos con este motivo en grande confusión, un esclavo de Gilipo les dijo enigmáticamente que debajo del Cerámico (1) se recogían muchas lechuzas: pues, según parece, la marca de la moneda entre los Ateníenses era por lo común una lechuza.

Gilipo, convencido de una maldad tan fea é ignominiosa después de las grandes y brillantes hazañas que antes había ejecutado, voluntariamente se expatrió de Lacedemonia, y los más prudentes de los Esparciatas, temiendo por esto mismo con más vehemencia el poder del dinero, pues veían los efectos que producía en ciudadanos tan principales, increpaban á Lisandro y hacían denuncia á los eforos para que echaran fuera todo oro y toda plata como atractivos de corrupción. Propusieronlo los eforos al pueblo; y Esquirafidas, según Teopompo, ó Flogidas, según Eforo, fue de dictámen de que no debía admitirse dinero ni moneda alguna de oro ó plata en la ciudad, sino usarse solo de la moneda patria. Era esta de hierro apagado antes en vinagre, para que no pudiera otra vez forjarse, sino que por aquella inmersión quedase dura y nada maleable: á lo que se agregaba ser más pesada y de difícil conducción, de manera que en gran número y volumen se tenía poco valor. Y aun corre peligro que en lo antiguo en todas partes fuese lo mismo, usando unos por moneda de tarjas de hierro y otros de bronce; de donde ha quedado que á ciertas de estas tarjas, que corren en gran cantidad, se les llaman óbolos, y dracma á la cantidad de seis óbolos, porque esta era la que abarcaba la mano. Hicieron sin embargo oposición á aquella propuesta los amigos de Lisandro, formando empeño de que el dinero quedase en la ciudad, y lograron se decretase que para el público se introdujese aquella moneda; pero si se hallaba que en particular la poseyese alguno, la pena fuese la de muerte: como si Licurgo temiese al dinero, y no á la codicia de tenerlo; la que no tanto la corta el no poseerle los particulares, como la excita el que la república lo emplee,

(1) El Cerámico podía ser el tejado, y el término y sitio donde se hacían las tarjas, el cual tenía este nombre, así como nosotros le llamamos los tejares.

dándole el uso precio y estimacion : no siendo posible que lo que veian apreciado en público lo despreciasen como inútil en particular; y que creyesen no servir de nada para los negocios domésticos una cosa tan estimada y apetecida en comun : fuera de que con mas facilidad pasan á los particulares las inclinaciones y costumbres manifestadas por los gobiernos, que no los yerros y afectos de los particulares estragan y corrompen las costumbres públicas. Porque el que las partes se estraguen juntamente con el todo cuando este se inclina á lo peor, es muy natural y consiguiente; y los yerros de los miembros hallan respecto del todo mucha defensa y auxilio en los bien morigerados. Ademas, aquellos á las casas de los particulares, para que en ellas no penetrase el dinero, les pusieron por guarda el miedo y la ley; pero no conservaron los ánimos insensibles é inflexibles al atractivo del dinero, sino que antes encendieron en todos el deseo de enriquecer, como de una cosa grande y honorífica. Mas de este y otros institutos de los Lacedemonios hemos tratado en otro escrito.

De los despojos consagró Lisandro en Delfos su retrato, y el de cada uno de los capitanes de las naves, y puso de oro las estrellas de los Dióscuros, las que ya no existian antes de la batalla de Leuctras. En el tesoro de Brasidas y de los Acancios habia ademas una galera de dos codos hecha de oro y marfil, la que le habia enviado Ciro de regalo en parabien de la victoria. Alejandro de Delfos refiere que existió allí un depósito de Lisandro en dinero de un talento, cincuenta y dos minas, y ademas once pesos; diciendo cosas que estan en oposicion con lo que generalmente se halla recibido por todos acerca de su pobreza. Llegando entonces el poder de Lisandro al punto que no habia llegado antes ninguno de los Griegos, parece que su arrogancia y orgullo sobrepujó todavía á su poder; porque, segun escribe Duris, las ciudades de la Grecia le erigieron altares como á un Dios, y le ofrecieron sacrificios. Fue asimismo el primero en cuyo honor se cantaron himnos, conservándose todavía en memoria uno que empezaba así:

Io pean, de Esparta la extendida

Al inclito caudillo celebremos,  
Que es ornamento de la excelsa Grecia.

Los Samios decretaron que las fiestas llamadas entre ellos Junonias en adelante se llamasen Lisandrias. Tuvo siempre consigo á uno de los ciudadanos, llamado Cirilo, para que exornase con la poesia sus hazañas. A Antiloco, que hizo en su loor ciertos versos, le regaló un sombrero lleno de dinero; y de Antimaco Colofonio y Nicerato Heraeotea, que con sus poemas entablaron un combate, al que llamaron juego Lisandrio, dió á Nicerato la corona; de lo que sentido Antimaco, quemó su poema. Platon, que entonces era todavía jóven, y que tenia en mucho á Antimaco por su habilidad en la poesia, como viese que este llevaba mal el haber sido vencido, trató de alentarle y consolarle, diciendo que la ignorancia á quien dañaba era á los ignorantes, como la ceguera á los que no ven. Llegó á tanto, que Aristonoo el citarista, que habia vencido seis veces en los juegos píticos, dijo á Lisandro por adulacion, que si venciese otra vez se haria pregonar esclavo de Lisandro.

Mas la ambicion de Lisandro solo era incómoda á los grandes y á sus iguales; pero el orgullo y crueza que acompañaban á su ambicion, fomentados por el tropel de aduladores, hacian que ni en el premio ni en el castigo hubiese para él regla alguna; sino que los premios de la amistad y hospitalidad eran una autoridad ilimitada y una tiranía insufrible; y para el encono solo habia un modo de satisfacerlo, que era la muerte del que era de otro partido; pues ni huir se concedia. Así es que mas adelante, temiendo no huiesen los Milesios que servian las magistraturas, y queriendo atraer á los que se habian ocultado, juró que no los ofenderia; y como con esta confianza viniesen y se presentasen, los entregó á los oligarcas para que los degollasen, no bajando su número de ochocientos entre todos. En las demas ciudades eran igualmente innumerables las muertes de los demócratas, quitándoles la vida, no solo por causa particular que con él tuviesen, sino complaciendo y sirviendo con estos asesinatos á las enemistades y deseos de los amigos que tenia en todas partes. Por tanto con razon fue

aplaudido el Lacedemonio Eteocles, que dijo que la Grecia no podia sufrir dos Lisandros : aunque esto mismo refiere Teofrato haber dicho Arquitrato de Alcibiades. Sin embargo en este lo que principalmente se llevaba mal era la falta de decoro, y el lujo con un cierto engreimiento; pero en Lisandro la dureza de carácter hacia temible é insoportable su poder. Esto no obstante los Lacedemonios de todos los demas atentados suyos se desentendieron; y solo cuando Farnabazo, ofendido por él, les taló y asoló el campo, y envió á Esparta quien le acusase, se indignaron los eforos, quitando la vida á Torax, uno de sus amigos y colegas, porque averiguaron que en particular poseía dinero, y enviando al mismo Lisandro la *correa* con orden de que se presentase. La correa es en esta forma : cuando los eforos mandan á alguno de comandante de la armada ó de general, cortan dos trozos de madera redondos y enteramente iguales en el diámetro y en el grueso, de manera que los cortes se correspondan perfectamente entre sí. De estos guardan el uno, entregando el otro al nombrado; y á estos trozos les llaman correas. Cuando quieren pues comunicar una cosa secreta é importante, forman una como tira de papel larga y estrecha como un liston, y la acomodan al trozo ó correa que guardan, sin que sobre ni falte, sino que ocupan exactamente con el papel todo el hueco : hecho esto escriben en el papel lo que quieren estando arrollado en la correa. Luego que han escrito quitan el papel, y sin el trozo de madera lo envían al general. Recibido por éste, nada puede sacar de unas letras que no tienen union, sino que estan cada una por su parte; pero tomando su correa, extiende en ella la cortadura de papel, de modo que formándose en orden el círculo, y correspondiendo unas letras con otras, las segundas con las primeras, se presente todo lo escrito seguido á la vista. Llámase la tira *correa*, igualmente que el trozo de madera, al modo que lo medido suele llevar el nombre de la medida.

Habiendo recibido Lisandro la correa en el Helesponto, entró en algun cuidado; y como la acusacion que mas le hacia temer fuese la de Farnabazo, procuró avistarse y tratar con él para transigir aquella diferencia. Pasando pues á

verle, le rogó escribiese otra carta á los magistrados, en que dijese que no se hallaba ofendido, ni tenia queja de Lisandro; pero no sabia que un Cretense las habia con otro, segun dice el proverbio; porque habiéndole prometido Farnabazo que le complaceria, á su vista escribió una carta como Lisandro deseaba; pero reservadamente tenia escrita otra muy diversa, y despues al cerrarlas y sellarlas, cambiando los papeles, que en nada se diferenciaban á la vista, le entregó la que reservadamente habia escrito. Llegado Lisandro á Lacedemonia, y yendo á presentarse, segun costumbre, al palacio del gobierno, entregó á los eforos la carta de Farnabazo, en la inteligencia de que en ella se hallaba desvanecido el cargo que mas cuidado le daba : por cuanto tenia Farnabazo gran partido con los Lacedemonios, á causa de haber sido entre los generales del Rey el que mejor se habia portado en la guerra; pero cuando habiendo leído la carta los eforos se la mostraron, y entendió que

No solamente Ulises es doloso,

entonces, aumentándose su inquietud, se retiró sin hacer nada; pero volviendo al cabo de poco dias á presentarse á los magistrados, les propuso que tenia que pasar al templo de Amon, y ofrecerle los sacrificios de que le habia hecho voto antes de sus combates. Algunos son de opinion que efectivamente sitiando la ciudad de Afitis en la Tracia se le habia aparecido Amon entre sueños; y que por lo mismo levantando el sitio habia dado orden á los Afitios de que sacrificasen á Amon, como si el mismo Dios se lo hubiera encargado; y que pasando al Africa, habia procurado aplacarle; pero los mas entienden que esto del Dios fue un pretexto, y que lo que hubo en verdad fue haber temido á los eforos, y no poder aguantar el yugo de Esparta, ni sufrir el ser mandado; por lo que recurrió á este viaje y peregrinacion, como caballo que desde el prado y los pastos libres vuelve luego al pesebre y á los trabajos cotidianos : pues la otra causa que asigna Eforo á esta peregrinacion la referiremos mas adelante.

Con dificultad y trabajo recabó de los eforos que le de-

jasen partir, y se hizo á la vela. Los Reyes, estando él ausente, reflexionaron que mientras por medio de las cofradías dominase en las ciudades, seria el único árbitro y señor de la Grecia, por lo que pensaron en el modo de reintegrar á los demócratas en los negocios, excluyendo á sus amigos. Moviéronse pues alteraciones en este sentido, siendo los Atenienses los primeros que desde Fila marcharon contra los treinta tiranos, y los vencieron; pero volviendo á la sazón Lisandro, persuadió á los Lacedemonios que fuesen en auxilio de los oligarcas, y contuviesen con el castigo á los pueblos: así lo primero que hicieron fue enviar á los treinta cien talentos para la guerra, y nombrar á Lisandro por general. Viéronlo los Reyes con envidia, y temiendo no fuera que de nuevo tomase á Atenas, determinaron salir á la guerra uno de los dos. Salió Pausanias, en la apariencia en defensa de los tiranos contra el pueblo; pero en realidad con ánimo de terminar la guerra, para que Lisandro no tuviera ocasion de hacerse de nuevo dueño de Atenas por medio de sus amigos. Consiguíolo con facilidad, y hecha la paz con los Atenienses, sosegando sus alteraciones, se quitó todo asidero á la ambicion de Lisandro; pero como al cabo de poco se sublevasen otra vez los Atenienses, se culpó á Pausanias de que quitado el freno de la oligarquía el pueblo se había hecho atrevido é insolente; y Lisandro adquirió opinion de hombre que no gobernaba á voluntad de otros ni por ostentacion, sino derechamente, segun el provecho y utilidad de Esparta lo exigia.

En el decir era resuelto, y había dejar parados á los que le contradecian: así á los de Argos, que disputaban sobre el amojonamiento de su territorio, y parecia tener mas justicia que los Lacedemonios, enseñádoles la espada: El que manda con esta, les respondió, es el que alega mejor derecho sobre los mojones de su término. En cierta ocasion uno de Megara le habló con mucho desenfado, y él le contestó: O huésped, tus palabras han menester ciudad. Los Beocios no eran seguros en ninguno de los dos partidos, y les preguntó, ¿cómo pasaria por sus términos, si con las lanzas derechas ó inclinadas? Rebeláronse los Corintios, y al acer-

carse á sus murallas vió que los Lacedemonios se detenian en acometer, y al mismo tiempo advirtió que una liebre pasaba el foso; díjoles pues: ¿No os avergonzais de temer á unos enemigos, en cuyos muros por su flojedad hacen cama las liebres? Murió el Rey Agis dejando á su hermano Agesilao y á Leotuquidas, que pasaba por hijo suyo; y Lisandro, que habia sido amador de Agesilao, le incitó á que se apoderara del reino, por ser Heráclida legitimo: pues de Leotuquidas habia la sospecha de que era hijo de Alcibiades, con quien en secreto habia tenido trato Timea, mujer de Agis, mientras aquel residió en Esparta en calidad de desterrado; y Agis, segun se decia, habia echado la cuenta de que no podia haber concebido de él, por lo que no hacia caso de Leotuquidas, y era público que nunca lo habia reconocido. Con todo cuando le trajeron enfermo á Herea, condescendiendo con las súplicas del mismo jóven y las de sus amigos, declaró delante de muchos á Leotuquidas por su hijo; y rogando á los que se hallaban presentes que así lo manifestaran á los Lacedemonios, falleció. Depusieron pues estos en favor de Leotuquidas; y ademas á Agesilao, varon de excelentes calidades, y que tenia el patrocinio de Lisandro, le perjudicaba el que Diopetes, sugeto de grande opinion en la interpretacion de oráculos, acomodaba el siguiente vaticinio á la cojera de Agesilao:

Por mas, ó Esparta, que seas orgullosa

Y sana de tus pies, yo te prevengo

Que de un reinado cojo te precavas:

Pues te vendrán inesperados males,

Y de devastadora y larga guerra

Serás con fuertes olas combatida.

Eran muchos los que opinaban por el vaticinio, y se declaraban por Leotuquidas; pero Lisandro dijo que Diopetes no lo habia entendido bien: pues el Dios no se oponia á que un cojo mandara en Esparta; sino que manifestaba que entonces estaria cojo el reino cuando los bastardos y mal nacidos reinasen sobre los Heráclidas; con la cual interpretacion y su gran poder ganó la causa, y fue declarado Rey Agesilao.

Inclinóle desde luego Lisandro á formar una expedicion contra el Asia, lisonjeándole con la esperanza de acabar con los Persas y engrandecerse. Con esto objeto escribió á sus amigos de Asia, proponiéndoles que pidiesen á los Lacedemonios nombraran á Agesilao por general para la guerra contra los bárbaros. Vinieron estos en ello, y enviaron embajadores á Lacedemonia con aquella súplica; en lo que no hizo Lisandro á Agesilao menor beneficio que en alcanzarle el reino; pero los genios ambiciosos, aunque por otra parte no son malos para el mando, por la enviada que tienen á los que compiten con ellos en gloria, suelen ser de mucho estorbo para las grandes empresas, porque vienen á hacerse rivales, cuando convenia que fuesen cooperadores. Agesilao pues llevó consigo á Lisandro entre los treinta consejeros, con ánimo de valerse principalmente de su amistad; pero sucedió que llegados al Asia eran muy pocos los que se dirigian á tratar con aquel, no teniéndole conocido; cuando á Lisandro por el anterior trato los amigos le obsequiaban, y los sospechosos de miedo le buscaban tambien, y le hacian agasajos: de manera que así como en las tragedias acontece con los actores que el que hace el papel de un nuncio ó de un esclavo es aplaudido y ensalzado, y no se hace caso, ni siquiera se presta atencion, al que lleva la diadema y el cetro, del mismo modo aquí todo el obsequio y la autoridad era del consejero, no quedándole al Rey y mas que el nombre desnudo de todo poder. Era preciso por tanto hacer alguna rebaja en tan incómoda ambicion, y reducir á Lisandro al segundo lugar, ya que no le fuese dado á Agesilao el desechar y apartar de sí del todo á un hombre de tanta opinion, y su bienhechor y su amigo. Así lo primero que hizo fue no darle ocasion ninguna para intervenir en los negocios, ni encargarle comisiones relativas á la milicia; y despues si observaba que Lisandro tomaba interes y formaba empeño por algunos, estos eran los que menos alcanzaban, y cualesquiera otros salian mejor librados que ellos, debilitando así y entibiando poco á poco su poder: tanto que el mismo Lisandro, viéndose desairado en todo, y que su mediacion habia venido á ser perjudicial á sus amigos, se retiró de hacer por ellos; y

les rogaba que se dejasen de obsequiarle, y se dirigieran al Rey y á los que al presente podian hacer bien á sus protegidos. A estos ruegos muchos se abstuvieron de importunarle en sus negocios; pero no se retiraron de obsequiarle, sino que continuaron acompañándole en los paseos y en los gimnasios; con lo que Agesilao á causa de este honor se mostraba mas incomodado que antes, en términos que encargando á otros muchos del ejército diferentes comisiones de él, y el gobierno de las ciudades, á Lisandro le nombró distribuidor de la carne; y luego como para que mas se corriese decia á los Jonios: Id ahora á mi distribuidor de carne, y hacedle la corte. Parecióle pues preciso á Lisandro entrar ya en explicaciones con él, y el diálogo de ambos fue muy breve y muy lacónico: «¿Te parece puesto en razon, ó Agesilao, humillar á tus amigos? — Sí, si quieren hacerse mayores que yo: así como es muy justo que los que contribuyen á aumentar mi poder, participen de él.—Acaso en esto es más, ó Agesilao, lo que tú dices que lo que yo he hecho; pero te ruego, aunque no sea mas que por los que de afuera nos observan, que me pongas en el ejército en aquel lugar en que creas que he de incomodarte menos, y te he de ser mas útil.»

Enviósele de resultas de embajador al Helesponto; y aunque partió indignado contra Agesilao, no por eso descuidó el cumplir con su deber. Al Persa Mitridates, que estaba mal con Farnabazo, y que sobre ser varon de generosa indole, tenia un ejército á sus órdenes, le persuadió á la defeccion, y le hizo pasarse á Agesilao, el cual para nada se valió ya de él en aquella guerra; y como el tiempo se pasase en esta inaccion, regresó á Esparta humillado y lleno de encono contra Agesilao. Estaba por otra parte mas disgustado todavía que antes con todo aquel orden de gobierno; por lo cual resolvió el poner por obra sin mas dilacion lo que largo tiempo antes traia en el ánimo y tenia meditado para una mudanza y un trastorno, que era en el modo siguiente. El linaje de los Heráclidas, que unidos con los Dorios se habian trasladado al Peloponeso, era muy ilustre, y florecia sobremanera en Esparta; pero no todo él era admitido á participar de la

sucesion al trono, sino que reinaban solamente los de dos casas, los Eurutionidas y los Agiades; y los demas ninguna ventaja disfrutaban por su origen en el gobierno, sino que los honores que se alcanzan por virtud eran indistintamente para todos los que los mereciesen. Lisandro pues, que era uno de aquellos, despues que por sus hazañas se elevó á una gloria ilustre, y se adquirió muchos amigos y gran poder, veia con displicencia que la república le debiese sus aumentos, y que reinasen sobre ella otros que en nada eran mejores que él; y habia pensado trasladar el mando de solas estas dos casas, dándolo en comun á todos los Heráclidas; y segun algunos no á estos, sino á todos los Esparciatas: para que no fuera el premio de los Heráclidas, sino de los que se asemejasen á Hércules en la virtud, que fue la que á este le granjeó los honores divinos; con la esperanza de que adjudicándose de este modo la corona, ningun Esparciata le seria preferido en la eleccion.

El preparativo que excogitó al principio, y que trató de poner por obra, fue persuadir á sus conciudadanos, disponiendo al efecto un discurso trabajado con esmero por Cleon de Halicarnaso, pero reflexionando despues sobre lo extraordinario y grande de la novedad que intentaba, para la que eran necesarios superiores auxilios, usando de máquinas como en la tragedias, empleó é introdujo los vaticinios y los oráculos, desconfiando del efecto de la habilidad de Cleon, si al mismo tiempo no atraia á los ciudadanos á su propósito pasmándolos y sobrecogiéndolos en ánimo con la supersticion y el temor de los Dioses. Eforo dice que habiendo intentado sobornar á la Pitia, y despues ganar por medio de Ferecles á las Dodonidas, como hubiese salido mal en una y otra tentativa, partió al templo de Amon, y quiso tambien corromper con grandes dádivas á aquellos ciudadanos; los cuales, ofendidos de ello, enviaron á Esparta algunos que le acusasen, y que como fuese absuelto, dijeron los Africanos al tiempo de retirarse á su pais: Mejor juzgaremos nosotros, ó Esparciatas, cuando vengais á habitar entre nosotros en el Africa: porque se suponía haber un oráculo antiguo sobre que habian de trasladar su residencia al Africa los Lacedemonios.

Mas de todo este enredo y esta trama, que no deja de ser curiosa, ni tuvo un vulgar principio, sino que como un teorema matemático procedió de un punto á otro por medio de lemas difíciles y laboriosos hasta llegar á su complemento, daremos una puntual razon, siguiendo las huellas de un historiador y filósofo.

Habia en el Ponto una mozuela que decia haber sido fecundada por Apolo; lo que muchos, como es natural, se resistian á creer; pero otros pasaban por ello; y habiendo dado á luz un varon, fueron muchas y muy conocidas las personas que se encargaron de su crianza y educacion. Púsosele por nombre Sileno por causa particular que parece habia para ello. De aqui tomó Lisandro el principio, y por sí fue preparando y agregando lo demas, ayudándole en esta farsa no pocos ni despreciables actores, los cuales trataron de hacer creible y sin sospecha la voz del origen del niño, y ademas divulgaron y esparcieron por Esparta que en letras misteriosas guardaban los sacerdotes ciertos oráculos muy antiguos á que les estaba vedado llegar, y que no podian sin sacrilegio ser tocados si no venia al cabo de largo tiempo uno que fuera hijo de Apolo, y que dando á los que los custodiaban señales ciertas de su nacimiento, trajera consigo las tablas en que los oráculos estaban escritos. Sobre estos preparativos debia presentarse Sileno, y pedir los oráculos en calidad de hijo de Apolo; y los sacerdotes, que estaban en el misterio, examinar cada cosa y asegurarse del nacimiento: últimamente persuadidos ya de ello, habian de mostrarle, como á hijo de Apolo, las letras, y él delante de muchos habia de leer otros varios vaticinios, y tambien aquel por el que todo se fraguaba, relativo al Rey: á saber, que era mejor y mas conveniente para los Esparciatas elegir sus Reyes entre los hombres de probidad. Cuando ya Sileno era moeito, y el enredo iba á ponerse en ejecucion, se le desgració á Lisandro su farsa por cobardía de uno de los personajes de ella, temblando y apartándose del intento en el punto mismo de haber de llevarle al cabo. Mas en vida de Lisandro nada de esto se supo á la parte de afuera, sino solo despues de su muerte.

Murió antes que Agesilao volviese del Asia, habiéndose

metido en la guerra con los Beocios, ó habiendo metido por mejor decir á toda la Grecia : pues se dice de una y otra manera, y el motivo unos se lo achacan á él mismo, otros á los Tebanos, y otros dicen haber sido comun y dimanado de ambas partes. Atribúyese á los Tebanos la interrupcion de los sacrificios en Aulide, y el que sobornados Andróclidas y Anfiteo con el oro del Rey para suscitar á los Lacedemonios una guerra de toda la Grecia, acometieron á los de Focea y talaron sus términos. De Lisandro se dice haberse irritado contra los Tebanos porque ellos solos habian reclamado la décima de la guerra, cuando los demas aliados guardaban silencio; porque habian mostrado disgusto á causa de las riquezas que Lisandro habia enviado á Esparta; y mas principalmente por haber sido los que dieron á los Atenienses pie para libertase de los treinta tiranos que les puso Lisandro, y cuyo poder y terror aumentaron los Lacedemonios, estableciendo que los fugitivos de Atenas podrian ser reclamados y traídos de cualquiera parte y que quedarian fuera de los tratados los que se opusieran á ello. Pues contra esto dieron los Tebanos los decretos que correspondia, muy parecidos á las hazañas de Hércules y Baco : « Que todas las casas y todos los pueblos de la Beocia estarian abiertos á cualquiera Ateniese que en ellos buscara asilo : que el que no auxiliara á un Ateniese fugitivo que querian llevarsele, pagara de multa un talento ; y que si alguno conducia á Atenas por la Beocia armas contra los tiranos, ningun Tebano lo viera y lo entendiera. » Y no se contentaron con tomar estas disposiciones tan propias de los Griegos y tan llenas de humanidad, sin que correspondieran las obras á las palabras ; sino que Trasibulo, y los que le siguieron para tomar á File, salieron de Tebas, proporcionándoles los Tebanos armas, dinero, el no ser descubiertos y el dar principio á su obra. Estas son las causas que inflamaron á Lisandro contra los Tebanos.

Siendo ya inaguantable en su cólera por la melancolia exaltada con la vejez, acaloró á los eforos, persuadiéndoles que enviaran guarnicion contra ellos; y encargándose del mando, marchó con las tropas. Mas adelante enviaron tam-

bien á Pausanias con un ejército; y este rodeando el Citeron, se dirigia á invadir la Beocia; pero Lisandro se le adelantó por la Foecide con la mucha gente que tenia á sus órdenes; y tomando á Ocomene, que voluntariamente se le entregó, pasó por Lebadia y la taló. Envió de allí á Pausanias una carta, previniéndole que de Platea pasase á Haliarto, pues él al rayar el dia estaria ya sobre las murallas de los Haliartios. Esta carta vino á poder de los Tebanos, por haber tropezado con unos exploradores el que la llevaba. Los Tebanos habiendo acudido en su socorro los Atenienses, encomendaron á estos su ciudad, y ellos marchando al primer sueño, se anticiparon un poco á Lisandro en llegar á Haliarto, entrando alguna parte de la gente en la ciudad. Determinó aquel por lo pronto, acampando su ejército en un collado, esperar allí á Pausanias; pero ya muy entrado el dia, como no le fuese dado permanecer, tomando las armas y exhortando á los aliados, marchó en derecha por el camino con su tropa formada hácia las murallas. De los Tebanos los que habian quedado fuera, dejando la ciudad á la izquierda, se dirigieron contra la retaguardia de los enemigos junto á la fuente llamada Tifusa; en la que, segun la fábula, lavaron sus nodrizas á Baco recién nacido, pues su agua, brillando con un cierto color de vino, es sumamente trasparente y muy dulce de beber. Nacen no lejos de ella estoraques de Creta, lo que los Haliartios tienen por señal de haber residido allí Radamanto, cuyo sepulero muestran llamándole *Alea*. Hállase tambien cerca el sepulero de Alemena, porque dicen que fue allí enterrada habiendo casado con Radamanto despues de la muerte de Afitrion. Los Tebanos de la ciudad, que se hallaban formados con los Haliartios, hasta allí se habian estado quietos; pero cuando vieron que Lisandro entre los primeros avanzaba contra las murallas, abriendo de repente las puertas y saliendo con ímpetu, le dieron muerte juntamente con el agorero y con algunos pocos de los demas: porque la mayor parte huyeron precipitadamente á incorporarse con la hueste; mas como los Tebanos no se detuviesen, sino que fuesen en su seguimiento, todos se entregaron á la fuga por aquellas alturas, pereciendo unos mil de ellos. Pe-

reciéron tambien unos trescientos Tebanos que persiguieron á los enemigos por las mayores asperezas y derrumbaderos. Estaban estos notados de partidarios de los Lacedemonios, y para lavarse ante sus conciudadanos de esta mancha, habian tenido en la persecucion poco cuenta con sus personas; y esto fue lo que los condujo á su perdicion.

Fue anunciada á Pausanias esta derrota cuando estaba en camino desde Platea para Tespias, y formando su tropa se dirigió á Haliarto. Acudió tambien Trasibulo desde Tebas con los Atenieses, y queriendo Pausanias recobrar por capitulacion los muertos, llevándolo á mal los mas ancianos de los Esparciatas, altercaron primero entre sí, y yendo despues en busca del Rey, le expusieron que Lisandro no debia ser recobrado por capitulacion, sino con las armas; y que combatiendo cuerpo á cuerpo y venciendo, así era como se le habia de dar sepultura; y si fuesen vencidos, seria muy gloriosos yacer allí con su general. Así le hablaron los ancianos; pero viendo Pausanias que era obra mayor sobrepujar á los Tebanos cuando acababan de triunfar, y que habiendo perecido Lisandro muy cerca de las murallas, no habia otro medio para cobrarle que capitular ó vencer, envió un heraldo, y hecho el tratado retiró sus tropas. Los que traian á Lisandro, luego que estuvieron en los términos de la Beocia, le dieron tierra en el pais de los Panoecos, que era amigo y aliado, donde ahora está su sepulcro junto al camino que va á Queronea de la Delfos. Estando allí acampado el ejército, se dice que muriendo un Foense el combate á otro que no se halló presente, expresó haberles acometido los enemigos cuando Lisandro acababa de pasar el Hoplites, y que como este se maravillase, un Esparciata amigo de Lisandro preguntó, cuál era el que llamaba Hoplites, pues le era desconocido el nombre; y el otro habia respondido: Allí donde los enemigos dieron muerte á los primeros de los nuestros, porque al arroyo que corre junto á la ciudad le llaman Hoplites; lo que oido por el Esparciata se echó á llorar, y exclamó: ¡ Cuán inevitable es al hombre su hado! pues segun parece se habia entregado á Lisandro un oráculo que decia así:

Te prevengo que evites diligente  
El resonante Hoplites y el doloso  
Terrigena dragon que á traicion hiere.

Mas algunos dicen que el Hoplites no corre junto á Haliarto, sino que cerca de Coronea hay un torrente, que incorporado con el rio Fliaro, pasa junto á aquella ciudad, y que este llamándose antes Hoplita, ahora es nombrado Isomanto. El Haliarto que dió muerte á Lisandro, llamado Neocoro, llevaba por insignia en el escudo un dragon, y á esto se infiere que aludia el oráculo. Dicese asimismo que á los Tebanos en tiempo de la guerra del Peloponeso les vino un oráculo de Apolo Ismenio, que juntamente con la batalla de Delio precedia tambien esta de Haliarto, que fue treinta años despues de aquella: el oráculo era este:

Del lobo con el limite ten cuenta  
Cuando en acecho vayas; y te guarda  
Del Orcalide monte, que no es nunca  
De la astuta vulpeja abandonado.

Llamó limite al lugar de Delio por estar en el confin entre la Beocia y el Atica; y Orcalides al collado que ahora se llama *Alopeco* ó de la Zorra, sito en el territorio de Haliarto por la parte del Helicon.

Muerto de esta manera Lisandro, sintieron tanto por lo pronto los Esparciatas su falta que intentaron contra el Rey causa de muerte; y como este no se atreviese á sostenerla, huyó á Tegea, y allí vivió oculto en el bosque de Minerva; por cuanto descubierta con la muerte la pobreza de Lisandro, esta hizo mas patente su virtud; pues que entre tantos caudales, tanto poder, tanto séquito de las ciudades y tanto obsequio de los Reyes, en punto á riqueza en nada adelantó su casa, segun relacion de Teopompo, á quien mas fácilmente dará cualquiera crédito cuando alaba que no cuando vitupera; pues nos es mas sabroso reprehender que celebrar. Eforo dice que mas adelante, habiéndose promovido en Esparta cierta disputa relativa á los aliados, y siendo necesario acudir á los documentos que reservó en su poder Lisandro, pasó á su casa Agesilao, y que habiendo encontrado el cua-

ciente de lo que parecía justo : pues se refiere que jactándose él y haciendo ostentacion de sus haberes despues de la expedicion de Africa, le dijo uno de los ciudadanos honrados y austeros : ¿Cómo puedes ser hombre de bien tú que no habiéndote dejado nada tu padre, tienes ahora tanta hacienda? Pues no era esto de hombre que permaneciese en una conducta y en unas costumbres rectas y puras ; sino de quien hubiese declinado, y hubiese sido corrompido por la pasion del lujo y del regalo. Ponian por tanto en igual grado de menos valor al que disipaba su caudal, y al que no se mantenía en la pobreza paterna. A lo último, cuando apoderado ya de la república, quitada á muchos la vida, un hombre de condicion libertina, que se creía ocultaba á uno de los proscritos, y que por tanto habia de ser precipitado, insultó á Sila, diciéndole que por largo tiempo habian habitado en la misma casa en cuartos arrendados, llevando él mismo el de arriba en dos mil sestercios, y Sila el de abajo en tres mil ; de manera que la diferencia de fortunas entre uno y otro era la que correspondia á mil sestercios, que venian á hacer doscientas y cincuenta draemas áticas. Estas son las noticias que nos han quedado de su primera fortuna.

Cual fuese lo demas de su figura aparece de sus estatuas ; pero aquel mirar fiero y desapacible de sus ojos azules se hacia todavía mas terrible al que lo miraba, por el color de su semblante, haciéndose notar á trechos lo rubicundo y colorado mezclado con su blancura ; y aun se dice que de aquí tomó el nombre, viniendo á ser un mote que designaba su color : así un decidór de menudero de los de Atenas le zahirió con estos versos :

Si una mora amasares con harina,  
Tendras de Sila entonces el retrato.

De estas mismas señas no seria extraño colegir su genio, que se dice haber sido el de un hombre jovial y chancero : pues desde mozo, y cuando todavía no gozaba de opinion, gustaba de acompañarse y pasar el tiempo con histriones y gente baladí. Despues dueño ya de todo, solía reunir cada dia á los mas insolentes de la escena y el teatro, beber con ellos, y



contender en bufonadas y chistes, haciendo cosas muy impropias de su vejez, y que desdecian mucho de su autoridad, y abandonando en tanto negocios que exigian prontitud y diligencia: pues mientras Sila estaba en la mesa, no habia que irle con negocios serios, sino que con ser en las demas horas activo y solícito, era extraña la mudanza que con él se notaba cuando se entregaba á los festines y á beber; siendo en esta sazón muy benigno para cómicos y danzantes, y muy afable y manejable para todos cuantos se le acercaban. De esta misma relajacion pudo venirle el achaque de ser muy dado á amores y disoluto en cuanto á placeres, exceso en el que no se contuvo aun siendo viejo. De jóven tuvo amores con un tal Metrovio, hombre de la escena; y aun le vino algun fruto de esta pasion; porque habiéndose aficionado de una mujer pública, pero rica, llamada Nicopolis, como esta se hubiese enamorado realmente de él por el continuo trato y por su figura, á su fallecimiento le dejó por heredero. Heredó asimismo á su madrastra, que le amó como si fuera su hijo; y de aquí le vino ya el ser un hombre medianamente acomodado.

Nombrado cuestor, se embarcó para el Africa con Mario en su primer consulado cuando partió á hacer la guerra á Yugurta. Llegado al ejército, dió ventajosa idea de sí en muchas cosas, y aprovechando la ocasion, trabó amistad con Boco Rey de los Numidas: porque habiendo dado acogida y tratado con distincion á unos embajadores suyos en ocasion de huir una cuadrilla de saltadores que al modo numidico los acometieron, se los envió, haciéndoles regalos y dándoles escolta que los llevase con seguridad. Era Yugurta suegro de Boco, y hacia tiempo que este le temia y lo tenia en odio; y como entonces hubiese sido vencido, y se hubiese acogido á él, armándole asechanzas, envió á llamar á Sila, queriendo mas que la prision y entrega de Yugurta se hiciera por medio de este, que no directamente por su mano. Comunicándolo pues con Mario y tomando unos cuantos soldados, se arrojó Sila á un grave peligro, por cuanto confiando en un bárbaro infiel á los suyos para apoderarse de otro, hizo entrega de sí mismo. Hecho Boco dueño de ambos, y puesto

en la necesidad de faltar á la fe con el uno ú el otro, estuvo muy indeciso en el partido que tomaria; pero al fin se determinó por la primera traicion, y puso á Yugurta en manos de Sila. El que triunfó por este hecho fue Mario; pero la gloria del vencimiento, que la envidia contra Mario la atribuia á Sila, tácitamente ofendia sobremanera el ánimo de aquel, porque el mismo Sila, vanaglorioso por carácter, y que entonces por la primera vez, saliendo de la oscuridad y siendo tenido en algo, empezaba á tomar el gusto á los honores, llegó á tal punto de ambicion, que hizo gravar esta hazaña en un anillo, del que usó ya siempre en adelante. En él estaba Boco retratado en actitud de entregar, y Sila en la de recibir á Yugurta.

Habia esto incomodado á Mario; pero no teniendo todavia á Sila por hombre que pudiera ser envidiado, siguió valiéndose de él en sus mandos militares: en el consulado segundo para legado, y en el tercero para tribuno, y por su medio hizo cosas de gran importancia, porque siendo legado, dió muerte á Copilo, general de los Tectosagos; y de tribuno, persuadió á la grande y poderosa nacion de los Marsos que se hiciese amiga y aliada de los Romanos. Percibiendo ya entonces que Mario le miraba mal, y no fácilmente le daba ocasiones de acreditarse, sino que mas bien se oponia á sus aumentos, se arrimó al colega de Mario Cátulo, hombre recto, pero de poca disposicion para las cosas de la guerra; bajo el cual, encargado de los mas graves y arduos negocios, adelantó á un tiempo en poder y en opinion: pues la mayor parte de las cosas en la guerra tenida contra los bárbaros en los Alpes se hacian por su medio; y habiendo faltado los viveres, encargadó de la provision, proporcionó tal abundancia, que estando sobrados los soldados de Cátulo, tuvieron para dar á los de Mario; lo que dicen fue causa para que este se indispusiera cruelmente contra él; y una enemistad que nació de tan pequeña ocasion y tan débiles principios subió despues por los grados de la sangre civil y de insufribles convulsiones hasta la tiranía y el trastorno de toda la república, haciendo ver con cuanta sabiduria y conocimiento de los negocios políticos amonestaba el poeta

Eurípides, que se huyera de la ambicion como del genio mas maléfico y perjudicial para los que de él se dejan dominar.

Entendiendo ya entonces Sila que la gloria de sus hazañas militares podia servirle para entrar en las ocupaciones civiles, pasó desde el ejército á hacer obsequios y rendimientos al pueblo, y presentándose á pedir la pretura, fue desatendido, de lo que atribuye la causa á la muchedumbre: porque dice que aprobando esta su amistad con Boco, de la que tenia noticia, y creyendo que si en lugar de pretor se le hacia edil, daría magníficos juegos y combates de fieras africanas, nombró otros pretores, precisándole á servir el cargo de edil. Mas por sus mismos hechos se convence á Sila de que huye de reconocer la verdadera causa de su repulsa, pues que al año inmediato alcanzó ya la pretura, ora adulando al pueblo, y ora ganándole con dinero. Por eso, como sirviendo la pretura dijese á César con enfado que usaria contra él de su propia autoridad: Muy bien haces, le repuso este, en llamarla tuya propia, pues que la tienes por haberla comprado. Despues de la pretura fue enviado á la Capadocia, segun las órdenes públicas, para restituir á Ariobarzanes; mas el verdadero objeto era contener á Mitridates, nimiamente inquieto, y que iba recobrando una autoridad y un poder en nada inferior al que tenia. No llevó consigo muchas fuerzas; pero auxiliábanle los aliados de la mejor voluntad, con dar muerte á muchos de los de Capadocia y á mayor número de los de Armenia, que hacian causa con estos, lanzó del trono á Gordio, y dió á reconocer por Rey á Ariobarzanes. Mientras se detenia orillas del Eufrates, fué á hablarle el Parto Orobazo, embajador del Rey Arsaces, sin que antes hubiera habido comunicacion entre las dos naciones; y esto mismo se cuenta por uno de los mayores favores de la fortuna de Sila, haber sido el primero de los Romanos á quien se presentaron los Partos en demanda de amistad y alianza; y aun se dice que habiendo hecho poner tres sillas curules, una para Ariobarzanes, otra para Orobazo y la tercera para sí, dió audiencia sentado en medio de ambos; con cuya ocasion el Rey de los Partos dió des-

pues muerte á Orobazo; y de los Romanos unos aplaudieron á Sila por haber usado de magnificencia y aparato con los bárbaros, y otros le notaron de engreido y vanaglorioso. Dicese asimismo que uno de Calcis, que fue de la comitiva de Orobazo, habiendo reparado en el semblante de Sila, y estado atento á los movimientos de su ánimo y de su cuerpo, examinando por las reglas que él tenia cual debia ser su índole y carácter, habia exclamado, que necesariamente aquel hombre debia de ser muy grande; y aun se maravillaba cómo podia aguantar el no ser ya el primero de todos. A su vuelta intentó contra él Censorino causa de soborno, por haber recibido de un reino amigo y aliado mucho mas de lo que la ley permitia; pero aquel no se presentó al juicio, sino que dejó desierta la acusacion.

Su indisposicion con Mario tomó nuevas fuerzas de la ocasion que dió para ello Boco con haberse propuesto hacer un obsequio al pueblo romano, y juntamente manifestar su gratitud á Sila; pues con este objeto consagró en el Capitolio ciertas imágenes con diferentes trofeos, y entre ellas un Yugurta de oro en actitud de ser entregado por él á Sila. Irritóse con esto sobremanera Mario, y concibió el designio de acabar con la ofrenda; de parte de Sila habia muchos dispuestos á oponérsele, y faltaba muy poco para que la ciudad entera ardiese, cuando por entonces la guerra social, que mucho tiempo antes humeaba, vino á levantar llama, y contuvo la sedicion. En esta guerra larga, sumamente varia, y que trajo á los Romanos muchos males y gravísimos peligros, Mario, no habiendo podido ejecutar ningun hecho señalado, dió una clara prueba de que la virtud guerrera pide robustez y fuerzas corporales; cuando Sila, ejecutando muchos hechos insignes y dignos de memoria, se acreditó de gran general entre los propios; de mas grande todavía entre los aliados, y de muy afortunado entre los enemigos. Y no se condujo en esta parte como Timoteo, hijo de Conon, que como sus enemigos atribuyesen á la fortuna todos sus triunfos, y le hubiesen pintado durmiendo, mientras la fortuna cogia las ciudades con una red, disgustado é irritado contra los que así le trataban, por cuanto le privaban de la gloria

debida á sus hazañas, dijo al pueblo en ocasion de venir de una expedicion dirigida con acierto : Pues en esta expedicion, ó Atenienses, no ha tenido ninguna parte la fortuna ; y despues de haber usado de este language arrogante, parece que un mal genio se propuso burlarse de él, pues nada de provecho pudo hacer ya en adelante, sino que desgraciado en sus empresas, y despojado del favor del pueblo, por fin salió desterrado de la ciudad. Mas Sila no solo sacó constantemente partido de aquella felicidad suya y de la confianza en ella, sino que en alguna manera aumentó, y como divinizó sus hechos y sus sucesos con atribuirlos á la fortuna : bien fuera por ostentacion, ó bien por ser este su modo de pensar acerca de las cosas divinas ; puesto que él mismo escribe en sus comentarios que aun las empresas, acometidas al parecer temeraria é inoportunamente, solian salirle mejor que las mas detenidamente meditadas ; y con decir de sí mismo que le parecia haber sido mas bien formado por la naturaleza para las cosas de fortuna que para las de la guerra, se ve claro que mas valor daba á la fortuna que á la virtud. En general parece que todo él se tenia por posesion de la fortuna, cuando le atribuye hasta la concordia en que vivió con Metelo, varon igual á él en honores, y su suegro ; pues cuando ereia que siendo un hombre de tanta autoridad le daria mucho en que entender, le halló sumamente apacible en la comunion de mando. Mas, á Luculo en sus comentarios que le dedicó, le exhorta á que nada tenga por tan cierto y seguro como lo que por la noche le prescribia su genio. Enviado con ejército á la guerra social refiere que se abrió una gran sima cerca de Laverna, de la cual salió mucho fuego y una llama muy resplandeciente, que subió hacia el cielo ; y que acerca de ello habian dicho los agoreros que un insigne varon, de bella y excelente figura, haria cesar aquellas grandes agitacionés, y este da por supuesto no ser otro que él : pues en quanto á figura la suya tenia por peculiar el tener el cabello de color de oro ; y en quanto á virtud no se avergonzaba de atribuirselas, despues de haber ejecutado tantas y tan ilustres hazañas. Esto en punto á su felicidad tenida por divina : en sus costumbres por lo demas

podia ser reputado por inconsecuente y como diverso de sí mismo : arrebatava muchas cosas, y regalava muchas mas ; honrava con exceso, y deshonorava y afrentava de la misma manera : agasajava á los que habia menester, y dejabase obsequiar de los que le pedian : de manera que podia quedar en duda qué era lo que por naturaleza sobresalia en él, si la soberbia ó la bajeza. De su inconsecuencia en los castigos, alborotando el mundo por cualquiera leve motivo, y pasando blandamente por las mayores maldades : aplacándose benignamente en cosas que parecian insufribles, y por faltas pequeñas y despreciables propasándose á muertes y publicaciones de bienes, la razon que puede darse es que siendo por índole iracundo y pronto á castigar, sabia ceder de aquella dureza cuando contemplava que le convenia. En esta misma guerra social, habiendo hecho sus soldados perecer á palos y á pedradas á un oficial general que servia de legado, llamado Albino, dejó pasar sin castigo tan atroz delito ; y aun en tono de quien aprueba les dijo que con eso se portarian mas denodadamente en la guerra para desvanecer aquella falta con su valor. Si de esto se le reprendia, no se le daba nada ; y antes cuando ya habia concebido la idea de acabar con Mario, y cuando se veia que la guerra social iba prontamente á terminarse, para ser nombrado general contra Mitridates aduló y lisonjeó al ejército que mandava ; y trasladándose á Roma, fue nombrado cónsul con Quinto Pompeyo á la edad de cincuenta años. Entonces contrajo un enlace ilustre, casando con Cecilia, hija de Metelo, Pontífice máximo ; sobre lo que el vulgo le compuso muchos cantares, y los principales tuvieron mucho que hablar, no juzgando digno de una mujer al que juzgaban digno de ser cónsul, como observa Tito Livio. Ni estuvo casado con esta sola, sino que siendo jóven casó con Ilia, de quien tuvo una hija ; despues de esta con Elia ; y en terceras nupcias con Celia, á la que repudió por estéril, tratándola con honor y el mayor miramiento, y haciéndola presentes : mas como de allí á pocos dias se hubiese enlazado con Metela, se formó concepto de que no era cierto el defecto imputado á Celia. Tuvo siempre á Metela en grande estimacion, tanto que deseando el pueblo romano

la restitucion de los que por causa de Mario habian sido desterrados, como Sila lo negase, interpuso la mediacion y el nombre de Metela. Quanto tomó la ciudad de Atenas trató con dureza á los Atenienses, porque, á lo que se dice, insultaron con burla y sarcasmos á Metela desde la muralla; pero esto fue mas adelante.

Creiendo entonces que el consulado no podia servirle de mucho para lo que preveia venidero, dirigió todos sus conatos á la guerra contra Mitridates; pero le hacia oposicion Mario, por ansia loca de gloria y codicia de honores, enfermedades que no envejecen; y aunque pesado de cuerpo, é inhábil por la vejez para las empresas militares, como la habia mostrado la experiencia en las que acababan de preceder, aspiraba sin embargo á guerras lejanas y ultramarinas; y mientras Sila marchaba al ejército para ciertas cosas que tenia pendientes, estándose él en casa, meditaba y fraguaba aquella destructora sedicion, mas funesta para Roma que cuantas guerras la afligieron, como los Dioses se lo habian anunciado con prodigios. Porque por sí mismo se prendió fuego en las varas en que se llevan las insignias, y hubo gran dificultad para apagarlo; tres cuervos, juntando sus polluelos, se los comieron, y los restos los volvieron al nido; los ratones royeron el oro que habia en el templo; y habiendo cogido los custodios de él una hembra con ratonera, parió esta en la ratonera misma cinco ratoncillos, de los que se comió tres; y lo que es mas extraño, todavía, hallándose la atmósfera despejada y sin nubes, se oyó el sonido de una trompeta, que le dió muy agudo y doloroso; de manera que por lo penetrante los aturdió y asombró á todos. Los inteligentes de la Etruria dieron la explicacion de que aquel prodigio anunciaba la mudanza y venida de una nueva generacion; porque las generaciones habian de ser ocho, diferentes todas entre sí en el método de vida y en las costumbres, teniendo cada una prefinido por Dios el término de su duracion dentro del periodo del año grande; y cuando una concluye y ha de entrar otra, se manifiestan señales extraordinarias en la tierra ó en el cielo, en términos que los que se han dado á examinar estas cosas y las conocen, al punto advierten que vienen otros

hombres, diferentes en sus usos y en su tenor de vida, y de los que los Dioses tienen mayor ó menor cuidado que de los que les precedian. En todo háy gran novedad cuando se verifica este cambio en las generaciones, y tambien la ciencia adivinatoria ó aumenta en estimacion, acertando en sus pronósticos, porque el genio envia señales claras y seguras; ó decae en la otra generacion, dejada á sí misma, y no pudiendo emplear sino medios oscuros y sombríos para conjeturar lo futuro. Tales eran las fábulas que divulgaban los Etrurios, que se tienen por mas inteligentes y mas sabios en estos negocios que los otros pueblos.

En el acto mismo en que congregado el Senado gastaba su tiempo con los agoreros en el templo de Belona, cayó en él, á vista de todos, un pájaro, que llevaba en el pico una cigarra, y dejando caer allí una parte de ella, marchó llevándose la otra, y los explicadores de prodigios vieron en esto una sedicion y discordia entre los del campo y la gente ciudadana y placera: porque esta es gritadora como las cigarras, y los del campo solo dados á su agricultura (1).

Mario echa entonces mano de Sulpicio que no tenia segundo en las insignes maldades; de manera que no habia que preguntar si era mas perverso que alguno otro, sino qué cosa era aquella para la que sobresaldria en perversidad; porque su crueldad, su osadia y su codicia no habia infamia ni atrocidad por la que se detuviesen; siendo hombre que descaradamente vendia la ciudadanía de Roma á los de condicion libertina y á los forasteros, poniendo el precio en una mesa que tenia puesta en la plaza. Mantenia á su costa tres mil hombres armados, y le seguia una muchedumbre de jóvenes del orden ecuestre, dispuestos para todo, á los que llamaba su *Antisenado*. Hizo establecer por ley que ninguno del órden senatorio pudiera deber arriba de dos mil dracmas, y él dejó deudas á su muerte por mas de tres cuentos. Dióle pues suelta Mario para con el pueblo, y confundiéndolo todo con la fuerza y el hierro, propuso otras varias leyes perjudiciales, y con ellas la de que se diera á Mario el mando para la guer-

(1) Lugar muy oscuro, y que solo leyéndole como se indicaba en la traduccion hace algun sentido.

ra mitridática. Como los cónsules hubiesen publicado ferias con este motivo, hizo marchar á la muchedumbre contra ellos, hallándose en junta en el templo de los Dióscuros, y dió muerte, ademas de otros muchos, al hijo del cónsul Pompeyo en la plaza; y el mismo Pompeyo tuvo que liberarse con la huida. Sila se entró perseguido en la casa de Mario, y se vió en la precision de salir y abrogar las ferias; y por esta causa haciendo Sulpicio revocar el consulado de Pompeyo, no se le quitó á Sila, y solo trasladó á Mario el mando de las tropas destinadas contra Mitridates; enviando al punto á Nola tribunos que se encargaran del ejército, y se le trajeran á Mario.

Anticipóseles Sila, huyendo al ejército; y matando á pedradas los soldados á los tribunos, luego que fueron informados de lo sucedido, Mario y los suyos á su vez daban en Roma muerte á los amigos de Sila, y se apoderaban de sus bienes, siendo ademas continuas las traslaciones y fugas de unos á la ciudad desde el ejército, y de otros que desde la ciudad se dirigian á aquel. El Senado no era dueño de sí mismo, sino que se prestaba á las órdenes de Mario y de Sulpicio; y noticioso de que Sila movia para la ciudad, envió dos pretores, á Bruto y Sulpicio, con la orden de que se retirase. Como estos hubiesen hablado á Sila con arrogancia, los soldados quisieron acabar con ellos; mas solo les rompieron las fasces, y los despojaron de la púrpura, despachándolos con ignominia. Con su desmedida tristeza, y con vérselos despojados de las insignias pretorias, anunciaban bastante que la sedicion, lejos de estar apaciguada, no podía reprimirse. Mario pues hacia preparativos, y Sila venia desde Nola trayendo seis legiones completas; y aunque al ejército lo veia muy resuelto á marchar sin detencion contra Roma, él estaba indeciso en su ánimo, y temia el peligro. Mas como haciendo él sacrificio examinase las señales el agorero Postumio, tendiendo las manos hácia Sila, le pedia que lo aprisionase y custodiase hasta la batalla, y si todo no se terminaba pronto y favorablemente, tomara de él la última venganza á que se ofrecia. Dícese que á Sila se le apareció entre sueños la Diosa, cuyo culto aprendieron los Romanos de los

de Capadocia, llámese la Luna, ó Minerva, ó Belona: parecióle pues á Sila que colocada esta á su cabecera le puso en la mano un rayo, y nombrándole á cada uno de sus enemigos, le decia que tirase; y que tirando él, estos caian y se desvanecian. Alentado con esta aparicion, y dando al otro dia parte de ella á su colega, se dirigió á Roma. Alcanzóle ya en Pictas un mensaje, por el que se le rogaba suspendiese en aquel punto la marcha, pues el Senado decretaria á su favor cuanto fuese justo; mas aunque dió palabra á los embajadores de que asentaria el campo, llegando hasta comunicar la orden para el acantonamiento de las tropas, como acostumbraban hacerlo los generales, con lo que aquellos se retiraron confiados, apenas hubieron marchado envió á Lucio Basilo y Cayo Mumio, y por medio de ellos tomó la puerta y lienzo de muralla que está sobre el monte Esquilino; y en seguida se aproximó él mismo con la mayor prontitud. Acometieron los de Basilo á la ciudad, y se hacian dueños de ella; pero el pueblo en gran número, aunque desarmado, empezó á tirarles tejas y piedras, y los contuvo de ir adelante, obligándolos á recojerse á la muralla. En esto ya Sila habia llegado, y enterado de lo que pasaba, gritó que se acercasen á las casas, y tomando una hacha encendida corrió él el primero, y dió orden á los arqueros para que usasen de los portafuegos, dirigiéndolos contra los tejados, sin hacerse cargo de nada; sino que dejándose llevar de la cólera de que se hallaba poseido, y abandonando á ella la direccion de las operaciones, no vió en Roma mas que enemigos, y sin consideracion ni compasion alguna de amigos, de parientes y deudos, lo entregó todo al fuego, que no hace distincion entre los culpados y los que no lo son. Mientras esto pasaba, Mario corrió al templo de la Tierra, y publicó la libertad á todos los esclavos; pero no pudiendo sostenerse con la entrada de los enemigos, salió de la ciudad.

Congregó Sila el Senado, é hizo decretar pena de muerte contra Mario y algunos otros, entre ellos el tribuno de la plebe Sulpicio; y este fue efectivamente muerto por traicion de un esclavo, á quien Sila desde luego dió libertad; pero despues le hizo despenar. La cabeza de Mario la puso á precio

con notable ingratitud y falta de política respecto de un hombre que poco antes le habia dejado ir libre y seguro, habiéndose él mismo puesto en sus manos; y á fe que si Mario no hubiera dado entonces puerta franca á Sila, sino que le hubiera dejado á discrecion de Sulpicio, habria podido quedar dueño de todo; y sin embargo usó de indulgencia con él; cuando por el contrario al cabo de pocos dias, hallándose Mario en el mismo caso, no obtuvo igual consideracion: conducta con la que Sila afligió al Senado, aunque este no lo manifestó; pero el disgusto y venganza del pueblo pudo verse muy bien en sus obras, porque desatendiendo en cierta manera con ultraje á Nonio su sobrino, y á Servio que con su proteccion pedian las magistraturas, las confirieron á otros, por quanto con preferirlos le daban disgusto. Mas Sila aparentaba que se complacia con esto mismo, como que á él le debia el pueblo el gozar de la libertad de hacer lo que le pareciese; y poniéndose él mismo de parte del odio de la muchedumbre, hizo que del partido contrario fuese nombrado cónsul Lucio Cina, que con imprecaciones y juramentos se comprometió á abrazar sus intereses. Subió pues este al Capitolio, y teniendo una piedra en la mano, juró y se echó la maldicion de que si no guardaba concordia con él, fuese arrojado de la ciudad como aquella piedra era arrojada de la mano, y la tiró al suelo á presencia de muchos; mas á pesar de todo no bien se hubo posesionado de la dignidad, cuando al punto trató de tornar el orden establecido, y dispuso que se formara causa á Sila, presentando para que le acusase á Virginio uno de los tribunos; pero aquel, desentendiéndose del acusador y del tribunal, marchó contra Mitridates.

Refiérese que por aquellos mismos dias en que Sila movia de la Italia sus tropas le aconteció á Mitridates, que residia entonces en el Ponto, entre otros muchos prodigios el de que una Victoria coronada que los de Pérgamo habian suspendido desde arriba con ciertos instrumentos sobre su cabeza, quanto no tocar á ella, se rompió, y la corona, cayendo sobre el pavimento del teatro habia corrido por el suelo hecha pedazos, lo que habia causado terror en el pueblo y

gran desaliento en Mitridates, sin embargo de que sus negocios progresaban y prosperaban en aquella sazón aun mas allá de sus esperanzas. Porque él mismo, habiendo tomado el Asia de los Romanos, y de los Reyes la Bitinia y la Capadocia, se habia establecido en Pérgamo, repartiendo hacienda, provincias y reinos á sus amigos; y de sus hijos el uno conservaba su antigua dominacion en el Ponto y el Bósforo hasta las tierras no habitadas de la laguna Meotis sin ninguna contradiccion; y Ariarates discurria con numeroso ejército por la Tracia y la Macedonia. Sus generales ocupaban otros diferentes puntos con tropas que mandaban; y Arquelaos, el principal de ellos, hecho dueño con sus naves de todo el mar, habia sojuzgado las Cícladas y todas las demas islas que dentro de Malea estan situadas, ocupando tambien la Eubea; y marchando desde Atenas habia sublevado los pueblos de la Grecia hasta la Tesalia, tocando un poco en Queronea, porque allí le salió al encuentro el legado de Sencio, general de la Macedonia. Brucio Surra, varon eminente en valor y en prudencia. Haciendo pues este frente por la Beocia á Arquelaos, que lo corria todo á manera de torrente, y dándole tres batallas, lo arrojó de Queronea, y lo retiró otra vez hasta el mar. Mas previniéndole Lucio Luculo que diera lugar á Sila que se acercaba, y le dejara la guerra que se le habia decretado, abandonando al punto la Beocia, fué á unirse con Sencio, sin embargo de que todo le salia mas felizmente de lo que podia esperar, y de que la Grecia por sus excelentes producciones estaba muy bien dispuesta á una mudanza; y estos fueron los hechos mas brillantes y sobresalientes de Brucio.

Sila recobró muy pronto las demas ciudades, enviando á ellas heraldos y atrayéndolas; pero á Atenas, obligada á estar de parte del Rey por el tirano Aristion, tuvo que marchar con grandes fuerzas, y rodeando el Pireo, le puso cerco, asestando contra ella toda especie de máquinas, y empleando diferentes medios de combatir. Y si hubiera aguantado un poco de tiempo, se le habria venido á la mano tomar sin riesgo la ciudad de arriba, apurada ya del hambre hasta el último punto, por falta de los mas precisos alimentos; pero

teniendo puesta la vista en Roma, y temiendo las novedades allí intentadas, apresuró la guerra á costa de grandes peligros, de muchos combates y de inapreciables gastos: pues sobre todos los demas preparativos el aparato solo de las máquinas constaba de diez mil pares de mulas, prontos todos los dias para este servicio. Faltóle la madera, quebrantándose muchas de las piezas por su propio peso, y siendo frecuentemente incendiadas otras por los enemigos; y acudió por fin á los bosques sagrados, despojando la Academia, que de todos los alrededores de Atenas era el mas poblado de árboles, y el Liceo. Hacíale tambien falta para la guerra grandes caudales, y escudrinó los asilos de la Grecia, como el de Epidauro y el de Olimpia, enviando á pedir las alhajas mas ricas y preciosas entre todas las ofrendas. Escribió tambien á Delfos á los Anfituones, diciéndoles que era lo mejor le trajesen las riquezas del Dios, porque ó las guardaria con mas seguridad, ó si usaba de ellas, daria otras que no valiesen menos; y de entre sus amigos envió para este efecto á Cafis de Focea con orden de que lo recibiera todo por peso. Trasládose Cafis á Delfos, y rehuia el tocar á las cosas sagradas, manifestando ante los Anfituones la mayor afliccion por la precision en que se veia; y como algunos hubiesen dicho que habian oido resonar la citara del santuario, ó porque fuese su ánimo mover á Sila á la supersticion, se lo envió á decir. Mas este, tomándole á burla, respondió que se admiraba no supiese Cafis que el cantar era de los que estan alegres, y no de los enfadados; por lo que le mandó que tuviese ánimo y tomase las alhajas como que el Dios las daba contento. De las demas cosas traídas pudieron no tener noticia muchos de los Griegos; pero como la tinaja de plata, que era lo que quedaba de las alhajas del Rey, no pudiese acomodarse en una acémila, fue preciso hacerla pedazos; lo que excitó en los Anfituones la memoria ya de Flamio y Mario Acilio, y ya de Paulo Emilio, de los cuales aquel arrojó á Antioco de la Grecia, y estos vencieron en batalla á los Reyes de Macedonia; y con todo no solo no tocaron á los templos de los Griegos, sino que le hicieron grandes dones, y les prestaron el mayor honor y veneracion. Y es que aque-

llos mandaban conforme á las leyes á hombres sóbrios, y que sabian prestar en silencio sus manos á los gefes; y como estos fuesen regios en los ánimos, pero muy moderados en toda su conducta, no habian mas gastos que los precisos y que les estaban asignados, teniendo por mayor afrenta adular á sus soldados que temer á los enemigos. Mas los generales de esta era, habiendo adquirido la autoridad mas por la fuerza y la violencia que por la virtud, y teniendo necesidad de las armas, mas bien unos contra otros que contra los enemigos, se veian precisados á hacerse populares en el mismo mando de las armas, y á tener que gastar en regalos para los soldados, comprando sus trabajos militares, y haciendo vernal puede decirse que la patria toda, y á sí mismos esclavos de los mas ruines, á trueque de mandar á los mejores. Esto fue lo que arrojó de la ciudad á Mario, y lo que despues volvió á traerle contra Sila; y esto fue lo que respectivamente hizo á Cina matador de Octavio, y á Fimbria matador de Flaco. Pues á ninguno fue inferior Sila en estas males artes, disipando el dinero para corromper y atraer á los que estaban bajo el imperio de otros, y para contentar á los que él mandaba; con lo cual, habiendo de sobornar á los unos para que fuesen traidores, y dar cebo á los otros para sus vicios, tenia necesidad de grandes caudales, y sobre todo para aquel sitio.

Porque era grande é irreducible el ansia que tenia de tomar á Atenas, bien fuese por una cierta emulacion con una ciudad, cuya gloria parecia hacer sombra, ó bien por encono é irritacion, á causa de las burlas y denuestos con que para irritarle les insultaba cada dia á él mismo y á Metela desde las murallas el tirano Aristion, cuya alma era un compuesto de lascivia y crueldad, á las que habia reunido todos los vicios y pasiones de Mitridates; y este era el que estaba reduciendo á los mayores extremos, como á una enfermedad mortal, á una ciudad que habia podido salvarse hasta entonces de mil guerras y de muchas tiranias y sediciones. Porque el poco grano que habia en la ciudad se vendia á mil dracmas la fanega, manteniéndose los hombres con la parietaria que se criaba en la ciudadela, y comién-

dose los despojos de los zapatos y vasijas; y mientras él pasaba el tiempo en banquetes y comilonas, danzando y haciendo escarnio de los enemigos, ni siquiera cuidó de la lámpara sagrada de la Diosa que se había apagado por falta de aceite. A la hierofanta que le había pedido una hemina (1) de trigo, le envió pimienta; y á los senadores y sacerdotes que le rogaban se compadeciese de la ciudad, y pidiera la paz á Sila, los dispersó á flechazos. Al fin ya en el último apuro envió á tratar de paz á dos ó tres de sus camaradas; á los cuales, como nada dijese en órden á salvar la ciudad, sino que se vanagloriasen de Teseo, de Eumolpo y de sus hazañas contra los Medos, los despidió Sila diciéndoles: Retiraos de aquí, hombres dichosos, conservando esas grandes palabras: pues yo no he sido enviado á Atenas á aprender, sino á sujetar á unos rebeldes.

Refiérese que en este estado de cosas hubo quien oyó en el Cerámico la conversacion que entre sí tenían unos ancianos, en la que censuraban al tirano de haber descuidado la guarda de la muralla por la parte del Heptacalco, que era únicamente por donde los enemigos tenían un paso y entrada sumamente fácil; y que de esta conversacion se dió conocimiento á Sila; el cual no la despreció, sino que pasando á la noche al sitio, y hallando que era accesible y fácil de ocupar, lo puso al punto por obra. Dice el mismo Sila en sus comentarios, que el primero que subió á la muralla, llamado Marco Ateyo, como se le opusiese un enemigo, le dió un golpe en el casco, y con la gran fuerza que para él hizo se le rompió la espada, la que no salió del lugar de la herida sino que se quedó fija en él. Tomóse pues la ciudad por aquel punto que los ancianos Atenienses habían designado; y el mismo Sila, derribando hasta el suelo el lienzo de muralla entre las puertas Piraica y Sagrada, entró á la media noche, causando terror y espanto con el sonido de los clarines y de una infinidad de trompetas y con la gritería y algazara de los soldados; á los que dió entera libertad para el robo y la matanza: así corriendo por las calles con

(1) La hemina era la mitad de la mina ó libra griega, y equivalía á seis onzas y un cuarto de nuestro peso.

las espadas desenvainadas, es indecible cuanto fue el número de los muertos, aunque por la sangre que corrió se puede todavía computar á lo que debió ascender. Pues sin que entren en cuenta los que murieron por todo el resto de la ciudad, la matanza de sola la plaza inundó cuanto terreno cae dentro de la puerta Dipila; y aun hay muchos que dicen que llegó hasta la parte de afuera. Y con ser tantos los que así perecieron, no fueron menos los que se quitaron la vida de lástima y afliccion por su patria, que daban por deshecha y arruinada del todo, obligando á los mejores ciudadanos á desconfiar y temer por la salud de ella el que de Sila nada humano ni clemente se prometian. Con todo, parte por los ruegos y súplicas de Meidio y Califonte unos de los desterrados, y parte tambien por la intercesion de todos los senadores que eran de la expedicion, y le pidieron conservara la ciudad; como ademas se hallase satisfecho en su venganza, dijo, despues de haber hecho un elogio de los antiguos Atenienses, que hacia á los pocos el obsequio de los muchos, á los muertos de los vivos. Escribe en sus comentarios haber tomado á Atenas el dia primero de marzo, que viene á corresponder al principio tambien del mes Antisterion, en el que casualmente se hacen muchas ceremonias y fiestas de conmemoracion por la excesiva lluvia que causó tamaña ruina y estrago como fue el del diluvio, que vino á suceder en tales dias. Tomado lo que propiamente se llama la ciudad, como el tirano se hubiese retirado á la ciudadela, le puso cerco, encargando de él á Curion. Resistió aquel por bastante tiempo; pero al cabo se entregó estrechado de la sed; en lo que intervino una señal y prodigio del buen genio de Sila: porque en el mismo dia y en la misma hora en que Curion le recibió, habiendo la mayor serenidad, repentinamente se amontonaron muchas nubes, y la gran lluvia que cayó inundó la ciudadela. Tomó igualmente Sila el Pireo de allí á breves dias, y abrasó la mayor parte de sus obras, y entre ellas la armería de Filon, que era una de las mas admirables.

En esto Taxiles, general de Mitridates, bajando de la Tracia y la Macedonia con cien mil infantes, diez mil caballos y

noventa carros falcados, llamaba para que se le reuniese á Arquelao, que todavía se mantenía en la marina en la parte de Muniqvia, por no querer ni retirarse del mar, ni combatir con los Romanos, sino solo entretener la guerra, é interceptar á estos los víveres. Conociólo todavía mejor que él Sila, y así marchó precipitadamente hácia la Beocia, abandonando unos terrenos quebrados, y que aun en tiempo de paz no podían proveer á su subsistencia. Eran muchos los que creían que había errado su cálculo, por cuanto dejando el Atica que era país áspero y poco á propósito para la caballería, había bajado á los valles y á las dilatadas llanuras de la Beocia, no obstante ver que la fuerza principal de los bárbaros consistía en los carros y en la caballería; pero por huir, como hemos dicho, del hambre y la carestía, se vió precisado á preferir el peligro de una batalla. Dábale además cuidado Hortensio, buen caudillo y animoso guerrero, que trayendo de la Tesalia refuerzos al mismo Sila, era espiado y aguardado de los bárbaros en los desfiladeros. Estos fueron los motivos que tuvo Sila para marchar á la Beocia; y en cuanto á Hortensio, Cafis, que seguía nuestra causa, le condujo, engañando á los bárbaros, por caminos excusados á aquella misma Titorea, que no era entonces una ciudad grande como lo es hoy, sino solo un castillo clavado en una roca tajada, á la que ya en otro tiempo se acogieron, y en la que se salvaron aquellos Focenses que huyeron de Jerges en su venida. Allí se acampó Hortensio, y por el día se ocultó á los enemigos; mas á la noche bajó por los terrenos mas fragosos á Patronide, donde con su tropa se unió á Sila, que le salió al encuentro.

Luego que estuvieron reunidos tomaron una grande altura, que está en medio de los deliciosos campos de Elea, con agua abundante en su falda: llámase Filobeoto, y Sila celebra sobremanera sus cañadas y su posición. Acampáronse, y á los ojos de los enemigos parecieron muy pocos, pues de caballería no eran mas de mil y quinientos, y la infantería aun no llegaba á quince mil hombres: por lo cual, precisando los demas generales á Arquelao á que formase sus tropas, llenaron toda la llanura de caballos, de carros,

de escudos y de rodelas, no bastando el aire para referir la gritería y alboroto de tantas especies de gentes como allí se hallaban reunidas y ordenadas. No era tampoco pequeña parte para el espanto y el terror la riqueza y brillantez con que se presentaban, porque el resplandor de las armas guarnecidas graciosamente con plata y oro, y los colores de las túnicas de la Media y la Escitia, adornadas con el bronce y el hierro que brillaban á lo lejos, al moverse y sacudirse semejaban al fuego, y hacían una vista terrible; tanto que los Romanos se estaban retirados dentro del valladar, y no halló Sila modo alguno ni palabras que bastasen á desvanecer su asombro: viéndose precisado, por cuanto no quería tampoco violentar á los que así se resistían, á haber de estarse quieto y aguantar con el mayor desabrimiento la mofa y el escarnio de los bárbaros, que al cabo fue lo que le aprovechó. Porque despreciándole los enemigos se entregaron al mayor desorden; y como por otra parte no eran ya muy obedientes á sus generales, por ser tantos los que mandaban, eran muy pocos los que permanecían en el campamento; y antes habiéndose cebado la mayor parte en el saqueo y la rapiña, solían andar dispersos y separados de aquel jornadas enteras: de manera que se dice haber asolado la ciudad de los Panopeos, saqueado la de los Lebadios, y despojado su oráculo sin orden de ninguno de sus generales. Sentía Sila y se afligia extremadamente de que ante sus ojos fuesen destruidas las ciudades, y tomaba el partido de no dejar en reposo á los soldados, sino que sacándolos del campamento, les hizo trabajar en mudar el curso del Cefiso y en abrir fosos, no permitiendo descansar á ninguno, y castigando irremisiblemente á los que alojaban, para lo que estaba él mismo de sobrestante; todo con la mira de que aburridos con las obras, abrazaran el peligro por huir del trabajo, como así sucedió. Porque al cabo de los tres días de aquella fatiga sacándolos Sila, le pidieron á voces que los llevara contra los enemigos; á lo que les contestó, que aquel clamor no le significaba que quisiesen pelear, sino que deseaban huir del trabajo; mas con todo si se sentían con ánimo de combatir tomasen las armas, y viniesen á aquel sitio, señalándoles la que antes

habia sido ciudadela de los Parapotamios, y entonces destruida la ciudad, habia venido á quedar en ser un collado pedregoso y escarpado, que no estaba separado del monte Edulio, sino el espacio que con sus aguas ocupa el Aso; el cual, confundíendose en la misma falda con el Cefiso, y haciéndole de mas rápida corriente, contribuye á que la cumbre sea mas á propósito para establecer con seguridad un campamento. Así es que viendo Sila que de los enemigos los de bronceados escudos se dirigian á él, quiso anticipárseles; ocupando aquel puesto, y le ocupó; mostrándose con grande ánimo los soldados. Como arrojado de allí Arquelao moviese contra Queronea, los Queronenses, que militaban con Sila, le suplicaron que no abandonase su patria; por lo que envió en su defensa al tribuno Gabinio con una legion, dejando ir con ellos á los Queronenses, que aunque quisieron no pudieron llegar antes que aquel: de manera que el que iba á salvarlos, aun se mostró mas activo y pronto que los mismos que habian menester su auxilio. Tuba dice que el enviado no fue Gabinio, sino Ericio; mas como quiera, en esto consistió el que nuestra ciudad saliese de aquel peligro.

De Lebadia y de Trofonio les llegaban á los Romanos felices anuncios y faustos vaticinios; acerca de los cuales hacen los del pais diferentes relaciones; mas lo que escribe el mismo Sila en el libro décimo de sus comentarios es que despues de haber ganado ya la batalla de Queronea, vino á buscarle Quinto Tito, varon de pequeño crédito entre los que traficaban en la Grecia, y le participó que Trofonio le profetizaba allí mismo otra segun la batalla y victoria dentro de breve tiempo. Despues de este, otro de los que militaban en su ejército, llamado Salvinio, le anunció de parte del Dios cual era el término que habian de tener las cosas de Italia. Ambos hablaron por visiones que habian tenido, porque segun sus relaciones habian visto de una misma manera la hermosura y grandeza de Júpiter Olimpico. Luego que Sila pasó el Aso se dirigió al Edulio, acampándose al frente de Arquelao, que habia puesto su campo fortificado en medio del Aconcio y el Edulio, en los que llaman los Asios. El lugar en que puso las tiendas todavía de su nombre se llama

Arquelao en el dia de hoy. Habiendo tomado Sila un dia de reposo, al siguiente dejó allí á Murena, que mandaba una legion y dos cohortes, para que cargara sobre los enemigos cuando ya estuvieran en desórden; y él hizo á orilla del Cefiso un sacrificio, despues del cual marchó la vuelta de Queronea, para tomar la tropa que allí habia, y reconocer el monte llamado Turio, en cuya ocupacion se le habian adelantado los enemigos. Es este una eminencia muy pendiente y redonda, á la que damos el nombre de *Ortopago*: al pie pasa el rio Molo, y se halla el templo de Apolo Turio: tomando el Dios esta dominacion de Turo, madre de Quiron, que se dice haber sido el fundador de Queronea. Otros dicen que fue allí donde se apareció la vaca que para guia fue dada á Cadmo por Apolo, y que de ella tomó aquel nombre el sitio; porque los Fenicios al buey le llaman *Tor*. Estando Sila en marcha para Queronea salió á recibirle con su tropa ya armada el tribuno que tenia puesto de gobernador en aquella ciudad, trayéndole una corona de laurel. Luego que saludó con la mayor afabilidad á los soldados, se dispuso para el combate, y en este acto se le presentaron dos ciudadanos de Queronea, Homoloico y Anaxidamo, ofreciéndole destruir á los que ocupaban el Turio, solo con que les diese unos cuantos soldados; porque habia un atajo, ignorado de los bárbaros, que por el Museo conducia al Turio desde el llamado Petroco, hasta estar encima del puesto que estos tenían; y cayendo sobre ellos por aquel camino, con facilidad serian destruidos, ó se les desalojaria hácia la llanura. Aseguróle Gabinio del valor y lealtad de los que hacian la oferta; y dándoles Sila la orden de que la pusiesen en ejecucion, formó su ejército, distribuyendo la caballería en una y otra ala: tomó él mismo para sí el mando de la derecha, y dió á Murena el de la izquierda. Los legados Galba y Hortensio, que mandaban las cohortes de retaguardia, marcharon á ponerse en observacion sobre las alturas, para el caso de que se tratara de envolverlos, por cuanto se habia advertido que los enemigos ponian mucha caballería y tropa ligera en las alas, extendiéndolas demasiado, y haciéndolas delgadas y flexibles para cercar á los Romanos.

Habian los Queronenses tomado de Sila por caudillo á Eri-  
cio, y marchando por el Turio sin ser sentidos, cuando des-  
pues se mostraron fue grande la turbacion y fuga de los bár-  
baros, y mayor todavía la matanza de unos con otros; por-  
que no aguardaron en su puesto, sino que corriendo por los  
precipicios caian sobre sus propias lanzas, y con la priesa se  
despeñaban unos á otros, persiguiéndolos desde arriba los  
enemigos, hiriéndolos por la espalda; de manera que pere-  
cieron unos tres mil en el Turio; y de los que huyeron, á  
unos les cortó la retirada, y los destrozó Murena, que ya  
habia tomado posicion; y otros arrojados hácia el campamento  
amigo, como cayesen repentinamente y sin orden sobre  
la hueste ya formada, introdujeron en la mayor parte el  
terror y la confusion; y con retardar las órdenes de los ge-  
nerales no fue tampoco pequeño el mal que causaron. Porque  
Sila sobrevino prontamente cuando así estaban desordenados,  
y pasando con ligereza el espacio que los separaba, quitó á los  
carros falcados toda su actividad y fuerza, por cuanto esta  
la toman principalmente de lo largo de la carrera, que es la  
que les da impetu y pujanza: siendo por el contrario los golpes  
de cerca ineficaces y flojos, como los de los dardos, si el arco  
no ha podido tenderse; que fue lo que entonces sucedió á los  
bárbaros, porque apoderados los Romanos de los primeros  
carros, que no habian podido obrar ni chocar sino débil y  
remisamente, luego con risa y griteria pedian otros, como  
se acostumbra hacer en el circo en las carreras de caballos.  
En este estado vinieron á las manos una y otra infantería,  
presentando los bárbaros sus lanzas largas, y procurando  
con la union de los escudos conservar el orden de la forma-  
cion; mas los Romanos arrojando las picas, y echando mano  
á las espadas, retiraron las lanzas de aquellos tan pronto  
como con gran rabia se arrojaron sobre ellos; porque vieron  
que estaban formados en primera fila quince mil esclavos,  
que los generales del Rey habian proclamado libres de los  
tomados á los enemigos, y les habian dado lugar entre los  
primeros infantes: así se dice haber exclamado un centurion  
de los Romanos, que solo en los saturnales habia visto á los  
esclavos usar de libertad. A es-

tos pues como con dificultad los hiciesen huir los infantes  
romanos por el apiñamiento y espesor de la formacion, y  
tambien porque ellos mostraron mas desnudo del que podia  
esperarse; los desordenaron por fin, y obligaron á volver la  
espalda las piedras y dardos que con abundancia les tiraron  
los Romanos que se habian colocado á la espalda.

Extendia Arquelao su ala derecha en disposicion de en-  
volver á los Romanos, y Hortensio acudió á carrera con sus  
cohortes á acometerle por el flanco; pero como aquel enviase  
sin dilacion á su encuentro dos mil caballos que tenia á ma-  
no, oprimido de la muchedumbre se retiró hácia las alturas,  
perdiendo algun tanto la formacion, y cercado de los enemigos.  
Súpolo Sila, y marchó al punto en su auxilio desde el ala  
derecha que aun no habia entrado en accion. Arquelao, que  
por el polvo levantando con aquel movimiento conjeturó lo  
que era, dejó en paz á Hortensio, y se dirigió al sitio de  
donde partió Sila en su ala derecha para derrotarla, hallán-  
dola falta de caudillo. Al mismo tiempo Taxiles cargó á Mu-  
rena con sus *calcaspidas*, ó los de bronceados escudos; de  
manera que formándose griteria en dos partes, y repitiendo  
el eco de las montañas, lo entendió Sila, y quedó muy con-  
fuso sin saber adonde acudir. Resolvió volver á su puesto,  
mandando en socorro de Murena á Hortensio con cuatro  
cohortes; y dando orden á la quinta de que le siguiese, mar-  
chó al ala derecha, que por sí misma se habia sostenido  
dignamente contra Arquelao, y con su venida enteramente  
le rechazó. Victoriosos pues persiguieron á los enemigos há-  
cia el rio y el monte Aconco, adonde corrian en completa  
dispersion. Mas no por esto se descuidó Sila de Murena, que  
quedaba en riesgo, sino que partió á dar socorro á aquellas  
tropas; pero viéndolas tambien vencedoras, volvió á tomar  
parte en la persecucion. Murieron muchos de los bárbaros  
en aquella llanura; pero fueron muchos mas los que perecie-  
ron sobrecogidos en las inmediaciones del campamento  
adonde querian refugiarse: en términos que de tantos mi-  
llares solos diez mil llegaron á Calcis. Sila dice que de los  
suyos solo faltaron catorce, y de estos aun parecieron dos á  
la caída de la tarde. Así en los trofeos inscribió á Marte, la

Victoria y Vénus, como que había dado fin glorioso á aquella guerra, no menos por su buena dicha, que por la pericia y el valor; y este trofeo, por la victoria de la llanura, le colocó en el punto en donde primero cedió Arquelao junto al río Molo. El otro por la sorpresa de los bárbaros existe en la cima del Turio, y su inscripción en caracteres griegos da el prez de la victoria á Homoloico y Anaxidamo. Las fiestas por estas victorias las celebró en Tebas, erigiendo un altar junto á la fuente Edípode: los jueces eran Griegos, escogidos de las demas ciudades, habiéndose mostrado irreconciliable con los Tebanos, á quienes tomó la mitad de sus términos, consagrándola á Apulo Pitio y Júpiter Olimpico; y del dinero de las rentas de ellos mandó se diera tambien á los Dioses el que les habia tomado de sus templos.

Sabiendo á poco de ejecutadas estas cosas que Flaco, elegido cónsul de la faccion contraria, atravesaba con tropas el mar Jonio, segun se decia contra Mitridates, pero en realidad contra él mismo, movió hácia la Tesalia, como para salir á recibirle; pero habiendo llegado á Melitea, le vinieron avisos de muchas partes de que estaban talando el pais que dejaba á la espalda tropas del Rey en no menor número que antes. Porque Dorilao, que habia llegado á Calcis con grande aparato de naves, en las que traia ochenta mil hombres del ejército de Mitridates, ejercitados y muy en orden, sin detenerse habia pasado á la Beocia; y apoderado del pais, procuraba atraer á Sila á una batalla: desatendiendo los consejos de Arquelao, que trataba de contenerlo, y aun reconviene en cierta manera á éste sobre la anterior batalla, como que sin traicion no podian haber sido desechas tan considerables fuerzas. Mas Sila, que tuvo que retroceder á toda priesa, hizo conocer á Dorilao que Arquelao era hombre prudente, y tenia experiencia de lo que era el valor romano; pues con solo haber tenido con Sila unos ligeros encuentros cerca de Tilfosio, fue ya el primero en no tener por conveniente que la contienda se decidiera en una batalla, sino que la guerra se alargase y se fatigase á Sila á fuerza de tiempo y de gastos. Mas sin embargo de esto dió cierta confianza á Arquelao el pais de Orcomene, en que estaban

acampados, por ser muy ventajoso en caso de venir á las manos, para los que prevalecian en caballería; porque entre las llanuras de la Beocia es la mas bella y mas espaciosa la que empieza en la ciudad de Orcomene, porque ella sola se dilata anchamente, y está despejada de arboledas hasta las lagunas en que se pierde el río Melas; el cual, naciendo debajo de Orcomene, caudaloso y navegable desde su fuente, en lo que es único entre todos los rios de la Grecia, tiene ademas la particularidad de que crece como el Nilo en el solsticio del verano, y lleva plantas semejantes á las de aquel, sino que no dan fruto, ni llegan á la misma altura. No va tampoco muy lejos; sino que la mayor parte se pierde muy pronto en lagos ciegos y pantanosos; y despues la otra parte, que es bien escasa, se mezcla con el Cefiso en aquel punto donde la laguna produce la caña de flautas.

Estando acampados muy cerca unos de otros, Arquelao se mantenía en quietud; pero Sila se dedicó á abrir fosos de uno y otro lado, con el objeto de cortar á los enemigos, si le era posible, los lugares seguros y á propósito para la caballería, y estrecharlos hácia las lagunas. No lo sufrieron estos, sino que saliendo con ardor y en tropel luego que los generales se lo permitieron, no solo se dispersaron los que con Sila se hallaban en los trabajos, sino que tambien se conmovieron y dieron á huir parte de los que estaban sobre las armas. Entonces Sila, apeándose del caballo y tomando una insignia, corrió por entre los que huían contra los enemigos, diciendo á voces: A mí me es glorioso, ó Romanos, morir en este sitio: vosotros á los que os pregunten dónde abandonasteis á vuestro emperador, acordaos de responderles que en Orcomene. Esta voz los contuvo, y como dos cohortes de las del ala derecha se adelantasen á apoyarle, con ellas rechazó á los enemigos. Retrocedió luego con ellas un poco, y dándoles un refresco, volvió otra vez al trabajo de abrir foso delante del real de los enemigos. Volvieron estos tambien á acometer en mas orden que antes; y Diógenes, hijo de la mujer de Arquelao, peleando en el ala derecha, pereció con gloria. Los arqueros como oprimidos de los Romanos no tuviesen retirada, tomando muchos dardos en la mano, é hi-

riendo con ellos como con unas espadas, procuraban defenderse: al fin encerrados en su campo, á causa de las muertes y heridas, pasaron congojosamente la noche. Al día siguiente otra vez sacó Sila los soldados á la obra del foso, y como los enemigos saliesen en gran número como para batalla, arrojándose sobre ellos, los rechazó, y no quedando ninguno que hiciese frente, tomó á viva fuerza el campamento. Llenaron los muertos de sangre las lagunas y de cadáveres todo el terreno pantanoso, tanto que aun ahora se encuentran arcos del uso de los bárbaros, morriones, fragmentos de corazas de hierro y espadas sumergidos entre el cieno, sin embargo de haberse pasado doscientos años poco mas ó menos desde aquella batalla. Así es como se refiere lo ocurrido en las jornadas de Queronea y Oromene.

Como en Roma Cina y Carbon maltratasen con la mayor injusticia y violencia á los mas principales ciudadanos, muchos huyendo de la tiranía se acojian como á un puerto al ejército de Sila: así por cierto tiempo hubo cerea de él una especie de Senado; y Metela, habiendo podido con dificultad ocultarse á sí misma y á sus hijos, llegó trayéndole la noticia de que su casa y sus haciendas habian sido quemadas por sus enemigos, y pidiéndole diera auxilio á los que quedaban en Roma. Cuando se hallaba perplejo, por no poder resolverse ni á abandonar la patria molestanda y oprimida, ni á partir dejando imperfecta una obra tan importante como era la guerra mitridática, se le presentó un comerciante de Delos llamado Arquelao, enviado secretamente de parte del otro Arquelao á hacerle ciertas proposiciones y darle esperanzas. Oyóle Sila con tanto placer que se determinó á ir por sí mismo á conferenciar con Arquelao, y conferenciaron en efecto orilla del mar, cerca de Delio, donde está el templo de Apolo. Comenzó Arquelao la plática, procurando atraer á Sila á que abandonando el Asia y el Ponto partiese á la guerra que tenia que sostener en Roma, recibiendo para ella de parte del Rey intereses, galeras y tropa en la cantidad que quisiese; á lo que contestó Sila proponiéndole á su vez, que no hiciera cuenta del Rey, sino que reinase él mismo en su lugar, haciéndose aliado de los Romanos, y entregando

cierto número de naves. Repelió Arquelao con horror una traicion semejante; y entonces le dijo: Pues si tú, ó Arquelao, siendo Capadocio y esclavo, ó si quieres amigo de un Rey bárbaro, no sufres la infamia por bienes de tan gran tamaño, á mí que soy Romano y Sila; cómo te atreves á hablarme de traiciones, como si no fueras aquel mismo Arquelao, que huyendo en Queronea con muy poca gente, restos de ciento veinte mil hombres, te hubieste de esconder por dos días en las lagunas de Oromene, dejando intransitable la Beocia por la multitud de los cadáveres? A esto mudando ya de language Arquelao, y echándose á sus pies, le rogó que pusiera fin á la guerra haciendo paz con Mitridates. Admitió Sila la propuesta, y se hizo un tratado, por el que se convino en que Mitridates cederia el Asia y la Paflagonia; se pondria por Rey de Bitinia á Nicomedes, y de Capadocia á Ariobarzanes, y se entregarían á los Romanos dos mil talentos y setenta naves con espolones de bronce y todo su aparejo, con solo que Sila afianzase al Rey, y le diese por seguros todos sus demas dominios, y le declarase aliado del pueblo romano.

Hechos estos convenios, torciendo de camino, marchó por la Tesalia y la Macedonia al Helesponto teniendo á Arquelao con grande estimacion en su compañía; y habiendo caido este enfermo de peligro en Larisa, parando el viaje, hizo se le asistiera como á uno de los generales y caudillos que militaban en sus órdenes. Esto dio ocasion á que se pusiera tacha en la jordana de Queronea, como que no se habia obrado con limpieza; y tambien el que habiendo remitido Sila al Rey todos sus amigos que habian quedado cautivos, solo á Aristion el tirano le dió muerte con yerbas por estar enemistado con Arquelao. Sobre todo hizo sospechar el terreno de diez mil yugadas que se dió en la Eubea á un hombre de Capadocia, y el haberle declarado Sila amigo y socio de los Romanos; mas sin embargo, de todo esto hace Sila la apologia en sus comentarios. Viniéronle á esta sazón embajadores de Mitridates diciendo, que á todo lo demas estaba pronto; pero que en cuanto á la Paflagonia no venia en que se le despojase de ella, y en cuanto á las naves de ningun modo se

conformaba; de lo que indignado Sila: ¿Qué es lo que decis? les preguntó: ¿Mitridates se opone á lo de la Paflagonia, y del todo se niega en cuanto á las naves, cuando yo creia que me haria adoraciones si le dejaba aquella diestra, con la que á tantos Romanos ha dado muerte? bien pronto será otro su lenguaje en pasando yo al Asia: ¡está muy bien que ahora descansando en Pérgamo dirija una guerra que hasta el dia no ha presenciado! Intimidados los embajadores guardaron silencio; pero Arquelao hizo ruegos á Sila, y sosegó su enojo, tomándole la diestra y derramando lágrimas. Persuadióle finalmente á que le enviase á él mismo á Mitridates, porque ó haria la paz con las condiciones que queria, ó si no lo alcanzaba se daria á sí mismo la muerte. Mandándole pues bajo estos supuestos invadió la Media, y habiéndolo talado todo, dió la vuelta á la Macedonia, y en Filipos recibió á Arquelao, que le participó estar todo negociado á satisfaccion; pero que Mitridates deseaba con ansia venir á tratar con él: siendo de ello la principal causa Fimbria, que habiendo dado muerte á Flaco, cónsul del otro partido, y vencido á los generales del Rey, marchaba ya contra el mismo. Este temor era el que principalmente obligaba á Mitridates á preferir el hacerse amigo de Sila.

Juntáronse en Dardano de la Troade, teniendo consigo Mitridates doscientas naves armadas, cuarenta mil infantes, seis mil caballos y gran número de carros falcados; y Sila cuatro cohortes y doscientos caballos. Vinose hácia él Mitridates alargándole la mano; pero Sila le preguntó, ¿si daba por terminada la guerra bajo las condiciones convenidas con Arquelao? y como el Rey callase, pues de los que tienen que pedir, continuó Sila, es el hablar los primeros: los vencedores con callar hacen bastante. Comenzó entonces Mitridates á hacer su apologia, echando la culpa de la guerra ya á algun mal genio, y ya á los mismos Romanos; mas interrumpióle Sila diciendo, que ya antes habia oido á otros, y ahora habia conocido por sí mismo cuan diestro era Mitridates en la retórica, pues que no le habian faltado palabras que tenían algun color en hechos tan depravados é injustos. Reprendióle pues, y reconvínole por tantos males como habia causado, y

volvióle á preguntar ¿si pasaba por lo convenido con Arquelao? y como dijese que sí, entonces le saludó y le echó los brazos para abrazarle; presentándole á los Reyes Ariobarzanes y Nicomedes, y reconciliándolos con él. Dióle Mitridates las setenta naves y quinientos arqueros, é hizo vela para el Ponto. Habia observado Sila que se habian disgustado los soldados con aquellas paces, pareciéndoles cosa terrible que un Rey que habia sido el mayor enemigo de los Romanos, teniendo dispuesta la matanza en un dia de setenta mil de ellos de los que se hallaban en el Asia, se marchara con su riqueza y sus despojos de este mismo pais, que habia estado saqueando y poniendo á contribuciones por cuatro años seguidos; pero se exeuó con ellos, diciéndoles que no le habra sido posible hacer aun tiempo la guerra á Fimbria y Mitridates si se hubieran coligado contra él.

Partió de allí contra Fimbria, que estaba acampado junto á Tiro, y estableciendo muy cerca de él sus reales se puso á abrir un foso en derredor de ellos. Los soldados de Fimbria salieron de su campamento sin mas que las túnicas, y yéndose á saludar á los de aquel, se pusieron á ayudarles en su obra con el mayor calor; vista la cual mudanza por Fimbria, como considerase á Sila inflexible, se dió á sí mismo la muerte en su campo. Sila entonces multo al Asia en general en cien mil talentós; y luego en particular vino á arruinar las casas con la insolencia y el exquisito servicio de los alojados; porque mandó que el huésped diese al soldado raso cuatro tetradracmas (1) al dia, y ademas de comer á él y á cuantos amigos convidase; que el tributo no percibiria al dia cincuenta dracmas y una ropa para casa y otra para salir á la calle.

Habiendo dado á la vela de Efeso con todas las naves, entró al tercer dia en el Pireo: inicióse en los misterios, y se apropió para sí la biblioteca de Atelicon de Teyo, en la que se hallaban la mayor parte de los libros de Aristóteles y Teofrasto, poco conocidos entonces de los mas de los literatos. Dicese que traida á Roma, Turanion el gramático corrigió muchos lugares; y que habiendo alcanzado de él Andrónico

(1) La tetradracma era de cuatro dracmas, y la dracma venia á valer dos reales de vellón.

Rodio algunas copias, las publicó, siendo este tambien quien formó las tablas que ahora corren. Los mas antiguos de los Paripatéticos, aunque generalmente elegantes é instruidos, parece que no tuvieron la suerte de dar con muchas de las obras de Aristóteles y Teofrasto, ni de poder examinarlas con la debida diligencia, por culpa del heredero Nileo Eescpsio, á quien las dejó Teofrasto y de quien pasaron á hombres oseuros é ignorantes. Mientras Sila se detenia en Atenas le cargó en los pies un dolor sordo con pesadez, del que dice Estrabon que es el tartamudeo de la gota. Embárcose para Adeps, donde usó de aguas termales, entreteniéndose juntamente y pasando el tiempo con los artifices de Baco. Pasándole orilla del mar le presentaron unos pescadores ciertos peces muy hermosos, y holgándose mucho con el presente, como hubiese sabido que eran de Aleas preguntó, ¿pues qué todavía hay alguno de Aleas vivo? y es que cuando vencedor en la batalla de Orcomene persiguió á los enemigos, al paso asoló tres ciudades de la Beocia, Antedon, Larumna y Aleas. Quedáronse cortados de miedo los pescadores; pero sonriéndose les dijo, que fuesen en paz, pues no eran ruines ni despreciables los intercesores que habian traído; y alentados con esto los Aleenses es fama que volvieron otra vez á la ciudad.

Sila, bajando al mar por la Tesalia y la Macedonia, se disponia á marchar con mil y doscientas naves desde Dirraquio á Brindis; pero está á la cerca Apolonia, y á la inmediacion de esta Ninfeo, lugar sagrado, donde de un montecillo cubierto de yerba y de unos prados nacen diversas fuentes que de continuo manan fuego. Estando él allí durmiendo se dice que cogieron un sátiro, cual los escultores y los pintores los representan, y que traído ante Sila, se le preguntó por medio de diversos intérpretes quién era, y como nada articulase con sentido, ni despidiese mas que una voz áspera mezclada del relincho del caballo y del balido del macho cabrío, asustado Sila le hizo soltar conjurando el mal agüero. Estándose ya entendiendo en el embarque de los soldados, manifestó temor Sila de que luego que aportasen á la Italia se dispersarian acá y allá por las ciudades; y ellos juraron que se mantendrian unidos, y que voluntariamente ningún

daño causarían en Italia. Despues, considerando que habria menester cuantiosos fondos, le presentaron y ofrecieron todo lo que cada uno tenia ahorrado; mas Sila no admitió aquellas primicias, sino que aplaudiéndolos y confirmandolos en su adhesion á él, partió alentadamente, segun él mismo dice, contra quince generales contrarios que mandaban cuatrocientas y cincuenta cohortes, por significarle el Dios con la mayor claridad la ventura que le aguardaba. Porque sacrificando en Tarento inmediatamente despues de su arribo, se vió que la extremidad del hígado presentaba la figura de una corona con dos cintas que de ella pendian; y poco despues del desembarco en la Campania junto al monte Hefeo se vieron por el dia dos machos grandes de cabrio acometerse, y hacer y padecer todo lo que acontece á los hombres cuando pelean. Fue solo una apariencia; la que levantada un poco de la tierra se esparció por el aire en diversas partes parecidas á unas imágenes muy débiles, y luego se desvaneció enteramente. Despues, al cabo de poco tiempo, congregando en aquel mismo lugar Mario el jóven y el cónsul Norbano considerables fuerzas, Sila sin formar su tropa, ni distribuirla convenientemente, y sin mas que el vigor y el ímpetu que su misma decision dió á los soldados, desbarató á los enemigos, y encerró á Norbano en la ciudad de Capua, habiéndole muerto siete mil hombres. Esto dice haber sido causa de que no se disolviese su ejército, diseminándose por las ciudades, sino en que se mantuviese unido, mirando con desprecio á los enemigos, sin embargo de que eran en mucho mayor número. En Silvio dicen que por divina inspiracion se le presentó un esclavo de Poncio anunciándole de parte de Belona la superioridad en la guerra y la victoria, y que si no se daba prisa arderia el Capitolio; lo que así sucedió el mismo dia que habia predicho, que fue un dia antes de las nonas Quintiles, que ahora llamamos Julias. Ademas de esto, hallándose Marco Luculo, uno de los generales del partido de Sila, en las cercanias de Fidencia con solas once cohortes, al frente de cincuenta que tenian los enemigos, él bien confiaba en el valor de sus soldados; pero se detenia porque la mayor parte estaban desarmados. Hallándose pues perplejo

y pensativo trajo el viento de la llanura vecina en que habia unos prados muchas flores, y las arrojó y esparció sobre los escudos y cascos de los soldados, pareciéndoles á los enemigos que se habian puesto coronas; y ellos cobrando con esto nuevo ardor, se arrojaron al combate, del que salieron vencedores, dando muerte á diez y ocho mil hombres y tomando el campamento. Este Luculo era hermano del otro Luculo, que mas adelante derrotó y exterminó á Mitridates y á Tigranes.

Sila, viéndose todavía estrechado por todas partes de sus enemigos con muchos ejércitos y numerosas tropas, hizo por atraer á la paz, parte por la fuerza, y parte por engaño al otro consul Escipion. Habiéndole dado este entrada tenian conferencias y frecuentes juntas, buscando siempre Sila algun motivo de dilacion y algun pretexto; y en tanto ganó á los soldados de Escipion por medio de los suyos, ejercitados en toda falsedad y lagoteria como su general. Porque entrando dentro del campamento de los enemigos, y mezclándose en medio de ellos, al punto se atrajeron á unos con dinero, á otros con promesas, y á otros con lisonjas y halagos. Finalmente presentándose Sila allí cerca con veinte cohortes, saludándole se pasaron á él, y quedándose Escipion solo en su tienda, hubo de conformarse: mientras Sila, habiendo cazado con sus veinte cohortes, como con otras tantas aves mansas, las cuarenta de los enemigos, las condujo todas á su campamento: así se cuenta haber dicho Carbon que peleaba en Sila con un leon y una raposa alojados en su cama; pero la que mas le incomodaba era la raposa. A este tiempo Mario, que tenia en Signio ochenta y cinco cohortes, provocaba á Sila á una batalla; y este admitió gustoso el combatir en aquel mismo dia, porque habia tenido entre sueños esta vision. Parecióle que el viejo Mario, ya difunto tiempo antes, exhortaba á Mario su hijo á que se guardara del dia que entraba, porque le traía un grande infortunio: por tanto Sila estaba pronto para la batalla, y envió á llamar á Dolabela, que estaba acampado á alguna distancia; pero como los enemigos le tomasen los caminos y le cerrasen el paso, los soldados de Sila llegaron á cansarse de combatir y andar; y cayendo al

mismo tiempo mientras así trabajaban una gran lluvia, esto acabó de estropearlos. Dirigiéndose pues los tribunos á Sila le pedian que dilatase la batalla, mostrándole á los soldados quebrantados de la fatiga, y tendidos por el suelo reclinados sobre los escudos. Hubo de condescender muy contra su voluntad; y dada la señal de hacer alto, cuando empezaban á formar el valladar y abrir el foso, delante del campamento se presentó con arrogancia Mario, yendo el primero en su caballo, en el concepto de que los desbarataria hallándolos desordenados. Entonces su genio dió cumplida á Sila la palabra que le anunció en sueños, porque su colera pasó á los soldados, y suspendiendo las obras, dejadas las picas clavadas en el foso, desenvainaron las espadas, y con grandes algazara se trabaron con los enemigos; mas estos no aguantaron mucho tiempo, sino que dieron á huir, y se hizo en ellos una horrible carnicería. Mario huyó á Preneste; pero ya encontró cerradas las puertas; y echándole de arriba una cuerda, se la ciñó al cuerpo, y así lo subieron á la muralla. Algunos dicen, y de este número es Fenestela, que Mario ni siquiera tuvo la menor noticia de la batalla, sino que habiéndose recostado en tierra bajo una sombra, á causa de sus muchas vigiliyas y fatigas, al tiempo de hacerse la señal del combate le cogió el sueño, y apenas despertó cuando todos habian dado á huir. Dícese que Sila no perdió en esta batalla mas que veinte y tres hombres, habiendo muerto á cuarenta mil de los enemigos, y apresado vivos ochenta mil. Con igual felicidad le salió todo lo demas por medio de sus generales, Pompeyo, Craso, Metelo y Servilio, pues sin vacilar poco ó nada destrozaron fuerzas muy considerables de los enemigos; de manera que Carbon, que habia sido el principal apoyo de la faccion contraria, abandonando de noche su ejército se embarcó para el Africa.

En el último combate, como atleta que entra de refresco contra el que está cansado, estuvo en muy poco que el Samnite Telesino no lo derribase y destruyese á las mismas puertas de Roma; porque allegando mucha gente en union con Lamponio Luqués marchó con celeridad sobre Preneste, con el intento de sacar del cerco á Mario; pero habiéndose ente-

rado de que tenia á Sila por el frente y á Pompeyo por la espalda, dirigiéndose ambos á toda priesa contra él, encerrado de una y otra parte, como buen guerrero, ejercitado en muchos combates, levanta su campo por la noche, y marcha con todas sus fuerzas contra Roma. Faltó muy poco para que la sorprendiese sin ninguna guardia; y estando á diez estadios de la puerta Colina, allí se fijó, amenazando á la ciudad, lleno de presuncion y de esperanzas por haber burlado á tantos y tan acreditados generales. En la madrugada, habiendo salido contra él á caballo lo mas escogido de la juventud, dió muerte á muchos, y entre ellos á Apio Claudio, varon insigne en linaje y en virtud. Siendo grande como se deja conocer la confusion de la ciudad, y muchos los lamentos y las carreras, el primero que se alcanzó á ver fue Balbo, enviado por Sila á todo escape con setecientos caballos; y no dando mas tiempo que el preciso para que se les quitase el sudor, volvió á ensillar á toda priesa, y se fué en busca de los enemigos. En esto ya se descubrió Sila, y dando al punto orden á los principales para que se diese un rancho, formó en batalla. Rogáronle con instancia Dolabela y Torcuato que se detuviese y no aventurase el resto, teniendo la gente tan fatigada, pues los que ahora se le oponian no eran Carbon y Mario, sino los Samnites y Lucanos pueblos enemigos encarnizados de Roma y muy belicosos; pero apartándolos de sí mandó que las trompetas dieran la señal de investir, cuando veían ya á ser las diez del dia. Trabóse un combate como el que nunca otro; y la derecha mandaba por Craso alcanzó al punto la victoria; mas como la izquierda sufriese y llevase lo peor, fué Sila en su socorro en un caballo blanco que tenia muy alentado y ligero. Conociéndole por él dos de los enemigos tendieron sus lanzas para arrojárselas. El mismo Sila no lo advirtió; pero su asistente dió con el látigo al caballo, y este se adelantó lo preciso para que alcanzando las puntas á dar en la cola, cayesen y se clavasen en tierra. Dicese que teniendo Sila un idolo de Apolo tomado en Delfos, le traia siempre consigo en el seno en las batallas, y que en aquel trance le besó diciendo: « O Apolo Pitio, tú que de tantos combates sacaste

triumfante y glorioso á Cornelio Sila, el feliz, ¿lo habras traído ahora aquí á las puertas de la patria para arrojarle á que perezca vergonzosamente con sus conciudadanos? » Hecha esta plegaria se dice que exhortó á unos, amenazó á otros, y á otros los cogió del brazo; mas que finalmente mezclado con los que huian, se refugió al campamento, habiendo perdido á muchos de sus amigos y deudos. No pocos tambien de los que habian salido de la ciudad á ver la accion perecieron y fueron pisoteados; de modo que daban por perdida la patria, y estuvo en muy poco que no hiciesen alzar el cerco de Mario; porque los que de la revuelta fueron allá á parar excitaban á Lucrecio Ofela, encargado de estrechar el sitio, á que levantara sin dilacion el campo, teniendo por muerto á Sila, y á Roma por presa de los enemigos.

Siendo ya muy alta noche vinieron al campo de Sila de parte de Craso á pedir raciones para él y para sus soldados; porque luego que venció á los enemigos, persiguiéndolos hasta Antenna, puso allí cerca su campo. Sila con esta noticia, y con la de que habian perecido la mayor parte de los enemigos, pasó al amanecer á la misma Antenna; y presentándosele tres mil de estos en legacion, les ofreció darles inmunidad si volvian á él despues de haber causado algun daño á los otros enemigos. En esta confianza acometieron á los restantes, y murieron muchos á mano unos de otros; mas á aquellos mismos, y á los que pudo haber de los otros, en todo hasta unos seis mil, los encerró en el Hipódromo, y convocó el Senado para el templo de Bellona. Al mismo tiempo de llamar él la palabra para hablar al Senado los que tenian la orden dieron muerte á los seis mil. Levantóse una horrorosa gritería, como era natural, siendo asesinados tantos en un recinto estrecho; y como los senadores se asustasen, del mismo modo que estaba hablando, no alterándose ni mudándose el semblante, les mandó que atendiesen á lo que decia, sin meterse en las cosas de afuera; porque aquello no era mas que un aviso hecho de su orden á algunos perversos. Esto hizo conocer, aun al menos despierto de los Romanos, que habian mudado de forma de tiranía, pero no la habian sacudido: pues

al cabo Mario, habiendo mostrado dureza desde el principio, con el poder la aumentó, pero no mudó de carácter; y Sila, que habia empezado á usar suave y políticamente de su fortuna ganando concepto de un general popular y benigno, y que era ademas divertido desde jóven, y blandó á la compasion, pues lloraba con mucha facilidad, se pudo sospechar que recibió aquella tan extraña mudanza de la misma grandeza de su poder, que no le dejó permanecer en sus antiguas costumbres, sino que las convirtió en feroces, soberbias é inhumanas. Mas si esto fue variacion y mudanza causada en su indole por la fortuna, ó mas bien manifestacion que hizo el poder de la perversidad que antes abrigaba en su corazón, seria de otra investigacion el definirlo.

Dado ya Sila desenfrenadamente á la carnicería, en términos de llenar la ciudad de asesinatos que no tenian número ni fin, siendo muchos sacrificados á enemistades particulares que en nada le tocaban, solo por condescendencia y complacencia hacía los que le hacian la corte, uno de los jóvenes, Cayo Metelo, tuvo resolucion para preguntarle en el Senado; cuál seria el término de los males, y hasta dónde hacia ánimo de llegar, para poder esperar que cesarian tantas desgracias? « Porqué te pedimos, continuó, no que libres de la pena á aquellos con quienes te has propuesto acabar, sino de la incertidumbre á los que piensas queden salvos. » Respondiendo Sila que aun no sabia á quiénes dejaría; repuso Metelo: Pues declaranos á quiénes has de castigar; á lo que contestó Sila que así lo haria. Algunos son de opinion que no fue Metelo, sino un tal Aufidio de aquellos que por adulacion frecuentaban la casa de Sila el que dijo esto último. Sila pues proscribió al punto ochenta, sin tratarlo con ninguno de los que ejercian magistraturas; y como muchos se horrorizasen de ello, dejando pasar solo un dia, proscribió doscientos y veinte, y al tercer dia un número no menor; y hablando en público sobre esto mismo dijo que habia proscribio á aquellos que le habian venido á la memoria, y que para los olvidados habria otra proscripcion. Impuso ademas al que recibiese y salvase á uno de los proscritos, como pena de su humanidad, la de muerte, sin ha-

cer excepcion ni de hermano, ni de hijo, ni de padres; y al que los matase señaló el premio de dos talentos por tal asesinato, aunque el esclavo matase á su señor, y al padre el hijo; pero lo que pareció mas injusto que todo lo demas fue haber condenado á la infamia á los hijos y nietos de los proscritos, y haber publicado sus bienes. Proscribiase no solo en Roma, sino en todas las ciudades de Italia: no estando inmunes y puros de esta sangrienta matanza, ni los templos de los Dioses, ni los hogares de la hospitalidad, ni la casa paterna; sino que los maridos eran asesinados en los brazos de sus mujeres, y los hijos en los de sus madres. Y los entregados á la muerte por encono y enemistades eran un número muy pequeño respecto de los proscritos por sus riquezas: así hablándose de los que perecian, como cosa corriente se decia á este le perdió su magnífica casa, á aquel su huerta, al otro las aguas termales. Quinto Aurelio, hombre retirado de negocios, y á quien de aquellos males no cabia mas parte que la que por compasion pudiera tomar en los de algunos que sufrían, yendo á la plaza, leyó la tabla de los proscritos, y hallando su nombre: ¡ Miserable de mí! exclamó, lo que me persigue es mi campo del monte Albano; y á pocos pasos que habia andado fue muerto por uno que iba en su seguimiento.

En esto Mario, estando ya para caer prisionero, se dió á sí mismo muerte; y Sila, pasando á Preneste, al principio los juzgaba y castigaba de uno en uno; pero despues no estando de tanto vagar, los reunió en un punto á todos, que eran doce mil, y mandó que los pasaran á cuchillo, no perdonando á otro que á su huesped; pero este le respondió con grandeza de alma que por amor á la vida no sobreviviria á la ruina de la patria; y mezclándose voluntariamente con sus conciudadanos pereció con ellos. Lo que pareció cosa nueva y terrible fue el hecho de Lucio Catilina; porque este, habiendo dado muerte á su hermano cuando todavia los negocios públicos estaban indecisos, pidió despues á Sila que lo proscribiese como si estuviese vivo, y lo proscribió. Para mostrarse luego agradecido á este favor dió muerte á un Marco Mario de la faccion contraria, y llevando la cabeza á

presentársela á Sila, que despachaba en la plaza, marchó desde allí al purificadorio de Apolo, que estaba cerca, y se lavó las manos.

Aun fuera de tantas muertes ofendia por todo lo demas con su conducta; porque se nombró dictador á sí mismo, reproduciendo esta magistratura al cabo de ciento y veinte años; se decretó igualmente á sí mismo la inmunidad por todo lo hecho, y para en adelante el derecho de muerte, de confiscacion, de enviar colonias, de talar ciudades, y de dar y quitar reinos á quien quisiera. En las subastas de las casas confiscadas se condujo con tal insolencia y despotismo, aun despachando en el tribunal, que mas todavia que los despojos incomodaban las donaciones que de los bienes hacia: dando á mujeres bien parecidas, á guitarristas, á histriones, y á la mas inmundo de la gente de condicion libertina los campos de los pueblos enteros, las rentas de las ciudades, y aun á algunos el matrimonio violento de mujeres casadas. Así queriendo enlazar con Pompeyo Magno, le hizo dejar la mujer que tenia, y le unió con Emilia, hija de Escauro y de su propia mujer Metela, separándola de Manio Glabirion estando encinta; pero esta jóven murió de parto casada ya con Pompeyo. Aspiraba al consulado Lucrecio Ofela, el que tuvo sitiado á Mario, y se presentó á pedirlo; á lo cual desde luego se opuso Sila; pero como aquel bajase á la plaza asistido y protegido de muchos, enviando un centurion de los que tenia cerca de sí mandó quitarle la vida, sentado en el tribunal, y poniéndose desde arriba á ser espectador de aquel asesinato. Prendieron los ciudadanos al centurion, y le llevaron á presentar ante el tribunal; mas Sila les impuso silencio, diciendo que habia sido de su orden, y mandó que á aquel le dejaran libre.

Su triunfo fue ostentoso por la riqueza y novedad de los regios despojos; pero lo que dió mas magnificencia y realce á aquel espectáculo fueron los desterrados; porque los mas ilustres y autorizados de los ciudadanos precedian con coronas, apellidando á Sila salvador y padre, pues por él habian vuelto á la patria, y habian recobrado sus hijos y sus mujeres. Cuando todo se hubo concluido, haciendo en junta pú-

blica la apologia de sus sucesos, no enumeró con menor cuidado los que creia deber á la fortuna que los que eran obra de su valor; y al concluir, mandó que se le diera el sobrenombre de afortunado: porque esto es lo que principalmente quiere significar la voz latina *felix*. Cuando escribia á los Griegos ó despachaba sus negocios, se daba á sí mismo el título de Epafrodito ó venusto; y entre nosotros está su nombre escrito así en los trofeos: *Lucio Cornelio Sila Epafrodito*. Aun mas: habiendo dado á luz Metela dos gemelos varon y hembra, á aquel le puso el nombre de Fausto, y á esta el de Fausta; porque los Romanos llaman fausto á lo dichoso y plausible: y era tanto mayor la confianza que ponía en su feliz suerte, que en sus propias acciones, que con haber hecho morir á tantos, y haber causado en la ciudad tanto trastorno y mudanza, abdicó la dictadura, y dejó al pueblo árbitro y dueño de los comicios consulares, y no se puso al frente, sino que anduvo por la plaza como un particular, exponiendo su persona á los atropellamientos é insultos; sin embargo de que apenas podia dudarse iba á ser elegido contra su opinion Marco Lépedo, hombre resuelto y belicoso; no por aficion á él sino por miramiento del pueblo hácia Pompeyo que lo solicitaba, é intercedia en su favor. Por esta razon, viendo Sila que Pompeyo se retiraba de la plaza muy contento con esta victoria, llamándole aparte, le dijo: « ¡Bella eleccion has hecho, ó jóven! has ido á nombrar á Lépedo antes que á Césulo: al hombre mas necio, antes que al mas virtuoso de todos. Mira por tí no te duermas, despues de haber hecho mas poderoso que tú á tu antagonista; » en lo que parece que adivinó Sila; porque bien pronto, insolentándose Lépedo contra él, le hizo la guerra.

Consagró Sila á Hércules el diezmo de toda su hacienda, y daba al pueblo banquetes sumamente costosos, siendo tan excesivas las prevenciones, que todos los dias se arrojaba al rio gran cantidad de manjares, y se bebia vino de cuarenta años, y mas añejo todavia. En medio de uno de estos convites, que se prolongó por varios dias, murió de enfermedad Metela; y como los pontífices no permitiesen á Sila que entrase á verla, ni que la casa se contaminase con el funeral,

le envió por escrito el desistimiento de su matrimonio; y en vida todavía mandó que la trasladaran á otra casa, en lo que guardó escurpulosamente por supersticion lo prevenido en la ley; pero en cuanto á las impensas del entierro no se con- tuvo dentro de los términos de la que él mismo había esta- blecido, no perdonando gasto alguno. Traspasó tambien lo que había prescrito en otra ley acerca de la profusion en los banquetes, procurando templar el llanto con festines y fran- cachelas de mucho regalo y festejo. Hubo de allí á pocos meses espectáculo de gladiadores; y cuando no estaban toda- vía distribuidos los asientos, sino que hombres y mujeres se hallaban mezclados y confundidos en el teatro, casualmente le cupo estar sentada junto á Sila á una mujer al parecer decente y de casa principal. Era efectivamente hija de Me- sala, hermana de Hortensio el orador, de nombre Valeria, y hacia poco que se había separado de su marido. Al pasar por detras de Sila alargó hácia él la mano, y arrancando un hi- lacho de la toga, se dirigió á su puesto. Volviéndose Sila á mirarla con aire de extrañeza: Nada hay de malo, le dijo, ó general, sino que quiero yo tambien tener alguna partecita en tu dicha. Oyólo Sila con gusto, y aun se echó de ver cla- ramente que le había hecho impresion, porque al punto se informó reservadamente de su nombre, y averiguó su linaje y su conducta. Siguiéronse despues ojeadas de uno á otro, frecuente volver de cabeza, reciprocas sonrisas, y por fin pa- labra y conciertos matrimoniales, de parte de ella quizá no vituperables; pero Sila, aunque por lo demas se enlazó con una mujer de conducta é ilustre, el origen de este enlace no fue modesto ni decente, dando lugar á que se dijese que se había dejado enredar como un mozuelo de una mirada, y un cierto gracejo de que suelen originarse las pasiones mas de- sordenadas y vergonzosas.

Con tener á esta en casa, hacia mala vida con cómicas, con guitarristas y con hombres de la escena, bebiendo con ellos desde antes del anochecer, recostados en lechos; por- que estos eran entonces los que gozaban de todo su favor: Roseio el cómico, Sorix, gefe de los histriones, y el disoluto Metrobis, cuyos amores conservó siempre sin negarlos, aun

despues que este estuvo fuera de edad. De aqui fue el fomen- tar sin advertirlo una enfermedad que empezó de ligera causa, habiendo ignorado por largo tiempo que tenia daña- das las entrañas: enfermedad que habiendo viciado la carne, la convirtió toda en piojos; de manera que con ser muchos los que de dia y de noche se los quitaban, nada eran los qui- tados para los que de nuevo sobrevenian; sino que las ropas, el baño, lo que se empleaba para limpiarle y hasta la comi- da misma, todo se llenaba de aquella pobredumbre y cor- ruption; ; tanto era lo que cundia! Así muchas veces al dia se metia en el agua, lavando el cuerpo y limpiándolo; pero de nada servia, porque en prontitud ganaba la mudanza, y la muchedumbre vencia á toda diligencia. Dicese que entre los mas antiguos murió de piojos Acasto hijo de Pelias, y mas modernamente Alcman el poeta, Ferecides el teólogo y Calistenes de Olinto, estando en la cárcel, y ademas Mucio el jurisconsulto; y si se ha de hacer mencion de personas en sí ruines, pero que de algun modo se hicieron conocidas, re- fiérese igualmente que el fugitivo que empezó en Sicilia la guerra servil llamado Euno, traído á Roma despues de cau- tivo, murió tambien de piojos.

Sila no solo previó su muerte, sino que en cierta manera escribió acerca de ella; porque acabó de escribir el libro vi- gésimo segundo de sus comentarios dos dias antes de morir; y dice haberle predicho los Caldeas que despues de haber te- nido una vida ilustre y señalada, falleceria en el colmo de sus felicidades. Dice asimismo que un hijo suyo, muerto pocos dias antes de Metela, se le apareció entre sueños, presentán- dose con una vestidura pobre, y le rogó se dejara ya de cui- dados; sino que yendo con él adonde estaba su madre Me- tela, viviese con esta en quietud y sin afanes. Mas no por esto se abstuvo de intervenir en los negocios públicos; por- que diez dias antes de su fallecimiento reconcilió á los de Pu- teolos que andaban revueltos é inquietos entre sí, y les dió ley segun la que se gobernasen; y un dia antes, habiendo entendido que el empleado Granio, deudor á los caudales pú- blicos, no pagaba, sino que aguardaba á que él muriese, lo mandó llamar á su cuarto, y allí en su presencia hizo que

los ministros lo sofocasen; y rompiéndosele con las voces y el acaloramiento la apostema, arrojó cantidad de sangre. Faltáronle con esto las fuerzas; y pasando con gran fatiga la noche, murió dejando de Metela dos hijos pequeños; y Valeria despues de su muerte dió á luz una niña, á la que pusieron el nombre de Postumia: porque así llaman los Romanos á los hijos que nacen despues de la muerte de sus padres.

Uniéronse y confabuláronse muchos con Lépido para privar su cadáver del funeral establecido; pero Pompeyo, aunque resentido con Sila, porque de los amigos á él solo le olvidó en el testamento, apartando á unos con su presencia y sus ruegos, y con amenazas á otros de aquel intento, acompañó el cuerpo hasta Roma, y concilió á las exequias seguridad y respeto. Dicese haber traído á ellos las mujeres tal cantidad de aromas, que sin contar los que se llevaban en docientos y diez canastos se modelaron un retrato del mismo Sila bastante grande y otro de un licitor de un incienso y cinamomo muy preciosos. Fue el dia desde la mañana muy nubloso, y temiéndose que llevaría, no movió el entierro hasta las nueve; pero soplando un viento bastante fuerte en la hoguera y levantando mucha llama, apresuró el que el cuerpo se consumiese; y cuando ya la pira se apocaba, y el fuego iba á apagarse, cayó una copiosa lluvia que duró hasta la noche: de manera que parece haber querido la fortuna permanecer con su cuerpo hasta darle tierra. Su sepulcro está en el campo Marcio; y la inscripcion se dice haberla dejado él mismo: viniendo á relucirse, á que nadie le habria ganado ni en hacer bien á sus amigos ni mal á sus enemigos.

#### COMPARACION DE LISANDRO Y SILA.

Pues que hemos referido la vida de este, pasemos al juicio comparativo. El haberse debido á sí mismos sus adelantamientos, desde el principio hasta llegar á la mayor grandeza, fue comun á ambos; de Lisandro fue propio haber recibido quantos mandos tuvo de la espontánea voluntad de sus ciudadanos, estando bien constituida la república, sin haberlos vio-

lentado en nada, ni haber tenido poder fuera de la ley. Pero

En las revueltas suele al mas perverso  
Caber mas parte del injusto mando:

como en Roma entonces que viciado el pueblo y estragado el gobierno, se levantaban poderosos por diferentes medios y caminos, y nada tenia de extraño que Sila dominase, cuando los Glauquias y los Saturninos arrojaban de la ciudad á los Metelos; cuando los hijos de los cónsules eran asesinados en las juntas públicas; cuando se apoderaban de las armas los que al precio del oro y de la plata compraban los soldados; y cuando con el hierro y el fuego se dictaban las leyes, acabando con los que contradecian. No me quejo pues de que hubiese quien en tal estado proeurase arrebatarse el supremo poder; pero tampoco pongo por señal de haber sido el mejor el haberse hecho el primero, cuando tan oprimida se hallaba la ciudad. El que en Esparta, que entonces florecia en prudencia y buen gobierno, fue elevado á los mayores mandos, y empleado en los mas arduos negocios probablemente fue entre los mejores el mejor, y entre los primeros el primero. Por tanto el uno, restituyendo muchas veces la autoridad á sus ciudadanos, muchas veces la volvió á tomar, porque siempre el honor debido á la virtud conservó la preferencia; cuando el otro, nombrado una vez general de ejército, por diez años continuos, haciéndose á sí mismo ahora cónsul, ahora procónsul, ahora dictador, y siendo siempre tirano, mantuvo sin intermisión el mando de las armas.

Intentó Lisandro, como de años dieho, hacer mudanza en el gobierno; pero con otra blandura, y mas legitimamente que Sila; pues era por medio de la persuasion, no de las armas, ni trastornándolo todo de golpe como aquel; sino rectificando la misma institucion de los Reyes. Y á la verdad que en el orden natural parecía lo mas justo que el mejor de los mejores mandase en una ciudad de la Grecia, que debia su opinion á la virtud, y no al origen. Porque así como el cazador no busca lo que procede de un perro, sino perro, y el aficionado á caballos, caballo, y no lo que procede de un caballo: ¿pues no procede tambien de caballo el

mulo? de la misma manera el político cometeria un yerro si en lugar de inquirir qué tal es el que ha de mandar, inquiriese de quien procede. Asi estos mismos Esparciatas quitaron el mando á algunos Reyes, porque no eran de ánimo regio, sino inútiles y para nada. La maldad aun con nobleza es digna de desprecio; y si á la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma. Aun las injusticias, en el uno fueron por sus amigos, y en el otro se extendieron hasta estos mismos; pues se tiene por cierto que los mas de los yerrores de Lisandro fueron por sus partidarios, y si se ejecutaron muertes, fue en favor del poder y tiranía de aquellos; pero Sila por envidia privó á Pompeyo del mando del ejército; quitó á Dolabela el de la armada, que le habia dado él mismo; y á Luercio Ofela, que por muchos y grandes servicios aspiraba al consulado, lo hizo degollar ante sus ojos, llenando de horror y espanto á todos con la muerte de aquellos á quienes al parecer mas amaba.

Mas la afición á los deleites y á las riquezas es la que principalmente hace ver que la índole del uno era propia para el gobierno, y la del otro para la tiranía; porque no aparece que el uno manifestase la menor intemperancia, ni el mas juvenil desequilibrio en tan grande autoridad y poder; sino que evitó mas que cualquiera otro que pudiera aplicársele aquello del proverbio:

Leones en casa zorra en lo raso:

¡tan arreglada, tan contenida, y propiamente lacónica fue en todas partes su conducta y su tenor de vida! cuando el otro, ni de jóven puso freno á sus apetitos por su pobreza, ni de viejo por la edad, y mientras daba á sus ciudadanos excelentes leyes sobre el matrimonio y la continencia, él andaba derramado en amores y en liviandades, como dice Salustio. Asi es que dejó la ciudad tan pobre y escasa de numerario, que á las ciudades amigas y aliadas se les vendia por dinero la libertad y la independencia; y esto en medio de que todos los dias confiscaba y publicaba las casas mas ricas y acaudaladas; y es que no habia medida ninguna en lo que prodigaba y derramaba á sus aduladores. ¡Ni qué

cuenta y razon podia haber para sus profusiones y condescendencias entre el vino y los banquetes? cuando en público, y á presencia del pueblo vendiendo una grande hacienda, y ofreciendo muy poco por ella uno de sus amigos, mando que se cerrara la subasta; y porque otro dió mas y el pregonero publicó el aumento, se puso de mal humor, diciendo: « Es una crueldad y una tiranía, amados ciudadanos, que yo no haya de poder adjudicar mis despojos, que son míos, á quien me dé la gana. » Mas Lisandro hasta los presentes que se le hicieron, los remitió con todo lo demas á sus ciudadanos; y no es esto alabar su hecho, porque quizá causó este mas daño á Esparta con la riqueza que en ella introdujo, que aquel á Roma con la que le robó; sino que lo traigo para prueba de su desprendimiento. Una cosa hubo propia y peculiar de cada uno de los de respecto de su ciudad, y fue que Sila, con ser él mismo desarreglado y pródigo, hizo moderados á sus ciudadanos; y Lisandro llenó su ciudad de aquellas pasiones y afecto de que él estuvo mas distante. Erraron pues ambos, el uno siendo peor que sus leyes, y el otro haciendo peores que él á sus ciudadanos; porque enseñó á Esparta á tener en precio y apetecer aquello que él habia aprendido á no echar menos. Esto es por lo que hace al órden político.

En los combates y batallas, en los hechos de armas, en el número de los trofeos y en la grandeza de los peligros, Sila no admite comparacion. Es cierto que el otro alcanzó dos victorias en dos batallas y avales, y que puede agregarse á ellas el sitio de Atenas, en sí bien poca cosa, pero al que dió nombre la fama; mas sin embargo los sucesos de la Beocia y de Haliarto, que acaso serian una desgracia, mas parece que deben atribuirse á precipitacion de quien no pudo aguardar á que llegaran de Platea las grandes fuerzas del Rey; sino que llevado de la cólera y la ambicion se arrojó temerariamente á los muros, á que unos cualesquiera hombres tenidos en nada, haciendo una salida, le dieran muerte. Pues no pereció de una sola herida mortal, como Cleombroto en Leuctras, resistiendo á los enemigos que le oprimian; ni como Ciro y Epaminondas, persiguiendo á los que ya ce-

los ministros lo sofocasen; y rompiéndosele con las voces y el acaloramiento la apostema, arrojó cantidad de sangre. Faltáronle con esto las fuerzas; y pasando con gran fatiga la noche, murió dejando de Metela dos hijos pequeños; y Valeria despues de su muerte dió á luz una niña, á la que pusieron el nombre de Postumia: porque así llaman los Romanos á los hijos que nacen despues de la muerte de sus padres.

Uniéronse y confabuláronse muchos con Lépido para privar su cadáver del funeral establecido; pero Pompeyo, aunque resentido con Sila, porque de los amigos á él solo le olvidó en el testamento, apartando á unos con su presencia y sus ruegos, y con amenazas á otros de aquel intento, acompañó el cuerpo hasta Roma, y concilió á las exequias seguridad y respeto. Dicese haber traído á ellos las mujeres tal cantidad de aromas, que sin contar los que se llevaban en docientos y diez canastos se modelaron un retrato del mismo Sila bastante grande y otro de un licitor de un incienso y cinamomo muy preciosos. Fue el dia desde la mañana muy nubloso, y temiéndose que llevaría, no movió el entierro hasta las nueve; pero soplando un viento bastante fuerte en la hoguera y levantando mucha llama, apresuró el que el cuerpo se consumiese; y cuando ya la pira se apocaba, y el fuego iba á apagarse, cayó una copiosa lluvia que duró hasta la noche: de manera que parece haber querido la fortuna permanecer con su cuerpo hasta darle tierra. Su sepulcro está en el campo Marcio; y la inscripcion se dice haberla dejado él mismo: viniendo á relucirse, á que nadie le habria ganado ni en hacer bien á sus amigos ni mal á sus enemigos.

#### COMPARACION DE LISANDRO Y SILA.

Pues que hemos referido la vida de este, pasemos al juicio comparativo. El haberse debido á sí mismos sus adelantamientos, desde el principio hasta llegar á la mayor grandeza, fue comun á ambos; de Lisandro fue propio haber recibido quantos mandos tuvo de la espontánea voluntad de sus ciudadanos, estando bien constituida la república, sin haberlos vio-

lentado en nada, ni haber tenido poder fuera de la ley. Pero

En las revueltas suele al mas perverso  
Caber mas parte del injusto mando:

como en Roma entonces que viciado el pueblo y estragado el gobierno, se levantaban poderosos por diferentes medios y caminos, y nada tenia de extraño que Sila dominase, cuando los Glauquias y los Saturninos arrojaban de la ciudad á los Metelos; cuando los hijos de los cónsules eran asesinados en las juntas públicas; cuando se apoderaban de las armas los que al precio del oro y de la plata compraban los soldados; y cuando con el hierro y el fuego se dictaban las leyes, acabando con los que contradecian. No me quejo pues de que hubiese quien en tal estado proeurase arrebatarse el supremo poder; pero tampoco pongo por señal de haber sido el mejor el haberse hecho el primero, cuando tan oprimida se hallaba la ciudad. El que en Esparta, que entonces florecia en prudencia y buen gobierno, fue elevado á los mayores mandos, y empleado en los mas arduos negocios probablemente fue entre los mejores el mejor, y entre los primeros el primero. Por tanto el uno, restituyendo muchas veces la autoridad á sus ciudadanos, muchas veces la volvió á tomar, porque siempre el honor debido á la virtud conservó la preferencia; cuando el otro, nombrado una vez general de ejército, por diez años continuos, haciéndose á sí mismo ahora cónsul, ahora procónsul, ahora dictador, y siendo siempre tirano, mantuvo sin intermisión el mando de las armas.

Intentó Lisandro, como de años dieho, hacer mudanza en el gobierno; pero con otra blandura, y mas legitimamente que Sila; pues era por medio de la persuasion, no de las armas, ni trastornándolo todo de golpe como aquel; sino rectificando la misma institucion de los Reyes. Y á la verdad que en el orden natural parecía lo mas justo que el mejor de los mejores mandase en una ciudad de la Grecia, que debia su opinion á la virtud, y no al origen. Porque así como el cazador no busca lo que procede de un perro, sino perro, y el aficionado á caballos, caballo, y no lo que procede de un caballo: ¿pues no procede tambien de caballo el

mulo? de la misma manera el político cometeria un yerro si en lugar de inquirir qué tal es el que ha de mandar, inquiriese de quien procede. Asi estos mismos Esparciatas quitaron el mando á algunos Reyes, porque no eran de ánimo regio, sino inútiles y para nada. La maldad aun con nobleza es digna de desprecio; y si á la virtud se tributan honores, no es por su nobleza, sino por sí misma. Aun las injusticias, en el uno fueron por sus amigos, y en el otro se extendieron hasta estos mismos; pues se tiene por cierto que los mas de los yerrores de Lisandro fueron por sus partidarios, y si se ejecutaron muertes, fue en favor del poder y tiranía de aquellos; pero Sila por envidia privó á Pompeyo del mando del ejército; quitó á Dolabela el de la armada, que le habia dado él mismo; y á Luercio Ofela, que por muchos y grandes servicios aspiraba al consulado, lo hizo degollar ante sus ojos, llenando de horror y espanto á todos con la muerte de aquellos á quienes al parecer mas amaba.

Mas la afición á los deleites y á las riquezas es la que principalmente hace ver que la índole del uno era propia para el gobierno, y la del otro para la tiranía; porque no aparece que el uno manifestase la menor intemperancia, ni el mas juvenil deseuio en tan grande autoridad y poder; sino que evitó mas que cualquiera otro que pudiera aplicársele aquello del proverbio:

Leones en casa zorra en lo raso:

¡tan arreglada, tan contenida, y propiamente lacónica fue en todas partes su conducta y su tenor de vida! cuando el otro, ni de jóven puso freno á sus apetitos por su pobreza, ni de viejo por la edad, y mientras daba á sus ciudadanos excelentes leyes sobre el matrimonio y la continencia, él andaba derramado en amores y en liviandades, como dice Salustio. Asi es que dejó la ciudad tan pobre y escasa de numerario, que á las ciudades amigas y aliadas se les vendia por dinero la libertad y la independencía; y esto en medio de que todos los dias confiscaba y publicaba las casas mas ricas y acaudaladas; y es que no habia medida ninguna en lo que prodigaba y derramaba á sus aduladores. ¡Ni qué

cuenta y razon podia haber para sus profusiones y condescendencias entre el vino y los banquetes? cuando en público, y á presencia del pueblo vendiendo una grande hacienda, y ofreciendo muy poco por ella uno de sus amigos, mando que se cerrara la subasta; y porque otro dió mas y el pregonero publicó el aumento, se puso de mal humor, diciendo: « Es una crueldad y una tiranía, amados ciudadanos, que yo no haya de poder adjudicar mis despojos, que son míos, á quien me dé la gana. » Mas Lisandro hasta los presentes que se le hicieron, los remitió con todo lo demas á sus ciudadanos; y no es esto alabar su hecho, porque quizá causó este mas daño á Esparta con la riqueza que en ella introdujo, que aquel á Roma con la que le robó; sino que lo traigo para prueba de su desprendimiento. Una cosa hubo propia y peculiar de cada uno de los de respecto de su ciudad, y fue que Sila, con ser él mismo desarreglado y pródigo, hizo moderados á sus ciudadanos; y Lisandro llenó su ciudad de aquellas pasiones y afecto de que él estuvo mas distante. Erraron pues ambos, el uno siendo peor que sus leyes, y el otro haciendo peores que él á sus ciudadanos; porque enseñó á Esparta á tener en precio y apetecer aquello que él habia aprendido á no echar menos. Esto es por lo que hace al órden político.

En los combates y batallas, en los hechos de armas, en el número de los trofeos y en la grandeza de los peligros, Sila no admite comparacion. Es cierto que el otro alcanzó dos victorias en dos batallas y avales, y que puede agregarse á ellas el sitio de Atenas, en sí bien poca cosa, pero al que dió nombre la fama; mas sin embargo los sucesos de la Beocia y de Haliarto, que acaso serian una desgracia, mas parece que deben atribuirse á precipitacion de quien no pudo aguardar á que llegaran de Platea las grandes fuerzas del Rey; sino que llevado de la cólera y la ambicion se arrojó temerariamente á los muros, á que unos cualesquiera hombres tenidos en nada, haciendo una salida, le dieran muerte. Pues no pereció de una sola herida mortal, como Cleombroto en Leuctras, resistiendo á los enemigos que le oprimian; ni como Ciro y Epaminondas, persiguiendo á los que ya ce-

dian y asegurando la victoria, sino que estos murieron como á Reyes y generales correspondia; y Lisandro tuvo la muerte de un escudero ó de un correo con la nota de haberse sacrificado sin gloria: confirmando la opinion de los antiguos Esparciatas que con razon aborrecian los combates murales, en los que no solo de la mano de un hombre cualquiera, sino de la de un muchacho ó de una mujer acontece morir herido el mas esforzado: como se cuenta de Aquiles haber sido muerto por París en las puertas de Troya. Mas las victorias de Sila en batallas campales, los millares de enemigos con quienes acabó, ni siquiera es fácil numerarlos: dos veces tomó á la misma Roma; y el Pireo de Atenas no le conquistó por hambre como Lisandro, sino arrojando de la tierra al mar á Arquelaos en fuerza de repetidos y obstinados combates. Tambien entran por mucho en estas cosas los contrarios; pues tengo por juego y burlería el haber combatido en el mar con Antioco, pedagogo de Alcibiades; y haber engañado al demagogo de los Atenienses Filocles,

Hombre oscuro, sin mas que larga lengua;

á los cuales se desdeñaria Mitridates de que se les comparara con su palafranco y Mario con cualquiera de sus lictores; pero de los grandes que contendieron con Sila, cónsules, pretores, demagogos, para pasar en silencio á los demas, ¿quién entre los Romanos mas temible que Mario? ¿quién entre los Reyes mas poderoso que Mitridates? y entre las gentes de Italia ¿quiénes mas guerridos y mejores soldados que Lamponio y Telesino? pues de todos estos, al primero le obligó á huir; al segundo le sojuzgó, y á estos últimos les dió muerte.

Pero lo mas admirable entre todo lo que se ha dicho, á lo que yo entiendo, es que Lisandro obtuvo todos sus sucesos cooperando con él sus concudadanos; y Sila, estando desterrado y perseguido por la faccion contraria de sus enemigos, al mismo tiempo que su mujer andaba prófuga, que su casa habia sido asolada, y asesinados sus amigos, entonces, haciendo frente en la Beocia á innumerables millares de hombres, y exponiendo su persona por la patria, erigió



CIMON

un trofeo; y con Mitridates, que le daba auxilio y tropas contra sus enemigos, en nada cedió ni usó de blandura ó de humanidad alguna, sino que ni siquiera le volvió la palabra, ni le alargó la mano, antes de saber de él que se desistía del Asia, le entregaba las naves y admitía los Reyes de Bitinia y Capadocia : hazaña la mas gloriosa entre todas las de Sila, y conducida con la mayor prudencia; pues que antepuso el interes público al particular, y como los perros de casta no soltó el bocado y la presa hasta que el rival se dió por vencido, y entonces volvió el ánimo á vengar sus particulares ofensas. Tambien conduce para el juicio y comparacion de sus costumbres lo ejecutado con Atenas : pues Sila, habiendo tomado una ciudad que le habia hecho la guerra en defensa del poder y mando de Mitridates, le dejó la libertad y la independenciam ; y Lisandro no solo no tuvo compasion alguna de ella en consideracion al gran poder y dignidad de que habia decaido, sino que destruyendo la democracia, la entregó á los tiranos mas crueles é injustos. Veamos por fin si no nos acercaremos á la verdad de todo lo posible, manifestando que Sila alcanzó mas trofeos; pero Lisandro tuvo menos defectos; y atribuyendo al uno la palma de la templanza y la moderacion, y al otro la del valor y la pericia militar.

CIMON.

Peripoltas el adivino, acompañando desde la Tesalia á la Beocia al Rey Ofeltas, y á los pueblos á quien este mandaba, dejó una descendencia, que fue por largo tiempo tenida en estimacion; y lo principal de ella se estableció en Queronea, que fue la primera ciudad que ocuparon, lanzando de ella á los bárbaros. Los mas de este linaje, valientes y belicosos por naturaleza, perecieron en los encuentros con los Medos, y en los combates con los Galos, por arriesgar demasiado sus personas. De estos quedó un mozito, huérfano



CIMON

un trofeo; y con Mitridates, que le daba auxilio y tropas contra sus enemigos, en nada cedió ni usó de blandura ó de humanidad alguna, sino que ni siquiera le volvió la palabra, ni le alargó la mano, antes de saber de él que se desistía del Asia, le entregaba las naves y admitía los Reyes de Bitinia y Capadocia : hazaña la mas gloriosa entre todas las de Sila, y conducida con la mayor prudencia; pues que antepuso el interes público al particular, y como los perros de casta no soltó el bocado y la presa hasta que el rival se dió por vencido, y entonces volvió el ánimo á vengar sus particulares ofensas. Tambien conduce para el juicio y comparacion de sus costumbres lo ejecutado con Atenas : pues Sila, habiendo tomado una ciudad que le habia hecho la guerra en defensa del poder y mando de Mitridates, le dejó la libertad y la independenciam; y Lisandro no solo no tuvo compasion alguna de ella en consideracion al gran poder y dignidad de que habia decaido, sino que destruyendo la democracia, la entregó á los tiranos mas crueles é injustos. Veamos por fin si no nos acercaremos á la verdad de todo lo posible, manifestando que Sila alcanzó mas trofeos; pero Lisandro tuvo menos defectos; y atribuyendo al uno la palma de la templanza y la moderacion, y al otro la del valor y la pericia militar.

CIMON.

Peripoltas el adivino, acompañando desde la Tesalia á la Beocia al Rey Ofeltas, y á los pueblos á quien este mandaba, dejó una descendencia, que fue por largo tiempo tenida en estimacion; y lo principal de ella se estableció en Queronea, que fue la primera ciudad que ocuparon, lanzando de ella á los bárbaros. Los mas de este linaje, valientes y belicosos por naturaleza, perecieron en los encuentros con los Medos, y en los combates con los Galos, por arriesgar demasiado sus personas. De estos quedó un mozito, huérfano

de padres, llamado Damon, y de apellido Peripoltas, muy aventajado en belleza de cuerpo y disposicion de ánimo sobre todos los jóvenes de su edad, aunque por otra parte indócil y duro de condicion. Prendóse de él cuando acababa de salir de la puericia un Romano, gefe de una cohorte que invernaba en Queronea; y como no hubiese podido atraerle con persuasiones ni con dádivas, se tenia por cierto que no se abstendria de la violencia, mayormente hallándose abatida la ciudad, y reducida á pequenez y pobreza. Temiendo esto Damon, é incomodado ya con las solicitudes, trató de armarle una celada, para lo que se concertó con algunos de los de su edad, aunque no en grande número, para que no se descubriese: de modo que eran al todo diez y nueve. Tiznaronse los rostros con hollin, y habiendo bebido largamente, al mismo amanecer acometieron al Romano, que estaba haciendo un sacrificio junto á la plaza; y dándole muerte á él y á cuantos con él se hallaban, se salieron de la ciudad. Moviése grande alboroto, y congregándose el Senado de los Queronenses, los condenó á muerte; lo que era una apología en favor de la ciudad para con los Romanos. Juntáronse por la tarde á cenar los magistrados, como es de costumbre, y arrojándose Damon y sus camaradas sobre el consistorio, les dieron también muerte, y luego volvieron á marcharse huyendo de la ciudad. Quiso la casualidad que por aquellos días viniese Lucio Luculo á ciertos negocios trayendo tropas consigo; y deteniendo la marcha, hizo averiguacion de estos hechos, que estaban recientes, y halló que de nada habia tenido culpa la ciudad; y antes ella misma habia sido ofendida; por lo que recogiendo la tropa, marchó con ella. Damon en tanto infestaba la comarca con latrocinios y correrías, amenazando á la ciudad; y los ciudadanos procuraban con mensajes y decretos ambiguos atraerle á la poblacion. Vuelto á ella le hicieron prefecto del gimnasio; y luego estándose ungiendo acabaron con él en la estufa. Después de mucho tiempo se aparecian en aquel sitio diferentes fantasmas, y se oían gemidos, como nos lo refieren nuestros padres, y se tapió la puerta de la estufa; mas aun ahora les parece á los vecinos que discurren por allí visiones y voces

que causan miedo. A los de su linaje, que todavía se conservan algunos, especialmente junto á Estiris de la Focide, en dialecto eólico les llaman *asbolómenos*, que quiere decir jorguinados, por haberse tiznado Damon con hollin cuando salió á su mal hecho.

Eran vecinos los Orcomenios; y como estuviesen enemistados con los Queronenses, ganaron por precio á un calumniador romano, para que como si fuera contra uno solo intentara contra toda la ciudad causa capital sobre las muertes que Damon habia ejecutado. Conociase de la causa ante el pretor de la Macedonia, porque todavía los Romangs no enviaban entonces pretores á la Grecia; y los defensores de la ciudad imploraban el testimonio de Luculo. Escribióle pues el pretor, y aquel declaró la verdad; siendo de esta manera absuelta la ciudad de una causa por la que se la habia puesto en el mayor riesgo. Los ciudadanos que entonces se salvaron pusieron en la plaza una estatua de piedra de Luculo al lado de la de Baco; y nosotros, aunque posteriores en algunas edades, creemos que el agradecimiento debe extenderse también á los que ahora vivimos; y entendiendo al mismo tiempo que al retrato que solo imita el cuerpo y el semblante es preferible el que representa las costumbres y el tenor de vida en esta escritura de las vidas comparadas, tomamos á nuestro cargo referir los hechos de este ilustre varon, ateniéndonos á la verdad. Porque basta demos pruebas de que conservamos una memoria agradecida; y por un testimonio verdadero, ni á él le agradaria recibir en premio una narracion mentirosa y amañada, pues así como deseamos que los pintores que hacen con gracia y belleza los retratos, si hay en el rostro alguna imperfeccion ni la dejen del todo, ni la saquen exacta, porque esto lo haria feo, y aquello desemejante á la vista; de la misma manera siendo difícil, ó por mejor decir imposible, escribir una vida del todo irreprehensible y pura, en los hechos laudables se ha de dar exacta la verdad, como quien dice la semejanza; pero los defectos y como fatalidades que acompañan á las acciones, y proceden ó de algún afecto ó de inevitable precision, teniéndolos mas bien por remisiones de alguna virtud, que

por efectos de maldad, no los hemos de gravar en la historia con empeño y con detencion, sino como dando á entender nos compadecemos de la humana naturaleza, que no da nada absolutamente hermoso, ni costumbres decididas siempre y en todo por la virtud.

Parécenos, cuando bien lo examinamos, que Luculo puede ser comparado á Cimon; porque ambos fueron guerreros é insignes contra los bárbaros: suaves en su gobierno, y que dieron respectivamente á su patria alguna respiracion de las convulsiones civiles: uno y otro erigieron trofeos, y alcanzaron señaladas victorias; pues ninguno entre los Griegos llevó á países tan lejanos la guerra antes de Cimon, ni entre los Romanos antes de Luculo, si ponemos fuera de esta cuenta á Hércules y Baco, y lo que como cierto y digno de fe haya podido llegar desde aquellos tiempos á nuestra memoria de Perseo contra los Etiopes ó Medos y los Armenios, ó de las hazañas de Jason. Tambien pueden reputarse parecidos en haber dejado incompletas sus expediciones: pues uno y otro debilitaron y quebrantaron á su antagonista, mas no acabaron con él. Sobre todo lo que mas los asemeja y acerca uno á otro es aquella festividad y magnificencia para los convites y agasajos, y la jovialidad y esplendidez en todo su porte. Acaso omitiremos algunos otros puntos de semejanza; pero no será difícil recogerlos de la misma narracion.

Fue el padre de Cimon Milciades, y la madre Hegesipula, Tracia de origen, é hija del Rey Oloro, como se dice en los poemas de Arquelao y Melantio, compuestos en alabanza del mismo Cimon. Por esta razon Tucídides el historiador, que por linaje era deudo de Cimon, tuvo por padre á otro Oloro, representando á su ascendiente en el nombre, y poseyó en la Tracia unas minas de oro, diciéndose que murió en Escaptisula, territorio de la Tracia, donde fue asesinado. Su sepulcro, habiéndose traído sus restos al Atica, se muestra entre los de los Cimones, al lado del de Elpinice, hermana de Cimon; mas Tucídides, por razon de su curia, fue Alimusió; y los de la familia de Milciades eran Laciades. Milciades como debiese al erario la multa de cincuenta talentos,

para el pago fue puesto en la cárcel, y en ella murió. Quedó Cimon todavía muy niño con su hermana, mozita tambien y por casar, y al principio no tuvo en la ciudad el mejor concepto, sino que era notado de disipado y bebedor, siendo en su carácter parecido á su abuelo del propio nombre, al que por ser demasiado bondadoso se le dió el apellido de Coalemo, que viene á significar bobo. Estesimbrotasio, que poco mas ó menos fue contemporáneo de Cimon, dice que no aprendió ni la música ni ninguna otra de las artes liberales comunes entre los Griegos, ni participó tampoco de la elocuencia y salática: de manera que atendida su franqueza y sencillez parece que su alma tenia mas un temple Peloponés: siendo

Natural, franco, y en lo grande grande,

como el Hércules de Eurípides, porque esto es lo que puede añadirse á lo que Estesimbrotasio nos dejó escrito. De jóven todavía, fue infamado de tener trato con su hermana; y Elpinice por otra parte no se dice que fuese muy contenida, sino que anduvo extraviada con el pintor Polignoto; y que por lo mismo cuando este pintó las Troyanas en el pórtico, que antes se llamaba el Plesianacto, y ahora el Pecilo, delineó el rostro de Laodices por la imagen del Elpinice. Polignoto no era un menestral, ni pintó el pórtico para ganar la vida, sino gratuitamente, y para adquirir nombre en la ciudad, como lo refieren los historiadores de aquel tiempo, y lo dice el poeta Melantio por estas palabras:

De los Dioses los templos, generoso,  
Ornó á su costa, y la Cecropia plaza,  
De los héroes pintando los retratos.

Algunos dicen que no fue á escondidas, sino á vista del público el trato de Elpinice con Cimon, como casada con él, á causa de no encontrar, por su pobreza, un esposo proporcionado, y que despues cuando Calias, uno de los ricos de Atenas, se mostró enamorado y tomó de su cuenta el pagar al erario la condena del padre, convino ella misma, y Cimon tambien la entregó por mujer á Calias. Cimon parece

que tambien estuvo de sobra sujeto á la pasion amorosa ; pues el poeta Melantio, chanceándose con él en sus elegias, hace mencion de Asteria, natural de Salamina, y de una tal Mnestera, como que las visitaba y obsequiaba. Ademas es cosa averiguada que de Isódica, hija de Euruptolemo el de Megacles, aunque unida con él en legitimos lazos, estuvo apasionadamente enamorado, y que sintió amargamente su muerte, si pueden servir de argumento las elegias que se le dirigieron para consuelo en su llanto ; de las cuales dice el filósofo Panecio haber sido autor Arquelao el fisico, conjeturándolo muy bien por el tiempo.

En todo lo demas las costumbres de Cimon eran generosas y dignas de aprecio, porque ni en el valor era inferior á Milciades, ni en el seso y prudencia á Temistocles, siendo notoriamente mas justo que entrambos : y no cediendo á estos en nada en las virtudes militares, es indecible cuanto los aventajaba en las politicas ya desde jóven, y cuando todavía no se había ejercitado en la guerra. Porque cuando en la irrupcion de los Medos persuadió Temistocles al pueblo que abandonando la ciudad y desamparando el pais combatieran en las naves delante de Salamina, y pelearan en el mar ; como los demas se asombrasen de tan atrevida resolucion, Cimon fue el primero á quien se vió subir alegre por el Ceramico al alcázar juntamente con sus amigos, llevando en la mano un freno de caballo para ofrecerlo á Minervo : dando á entender que la patria entonces no necesitaba de fuertes caballos, sino de buenos marineros. Habiendo pues consagrado el freno, tomó uno de los escudos suspendidos en el templo ; y habiendo hecho oracion á la Diosa, bajó al mar inspirando á no pocos aliento y confianza. Tampoco era despreciable su figura, sino que era de buena talla, teniendo poblada la cabeza de espesa y ensortijada cabellera. Habiéndose mostrado en el combate denodado y valiente, al punto se ganó la opinion y amor de sus conciudadanos, reuniéndose muchos alrededor de él, y exhortándole á pensar y ejecutar cosas dignas de Maraton. Cuando ya aspiró al gobierno, el pueblo lo admitió con placer, y estando empalagado de Temistocles, le adelantó á los primeros honores y

magistraturas de la ciudad, viéndole afable y amado de todos por su mansedumbre y sencillez. Contribuyó tambien á sus adelantamientos Aristides el de Lisimaco, ya por ver la apacibilidad de sus costumbres, y ya tambien por hacerle como rival de la sagacidad é intrepidez de Temistocles.

Cuando despues de haberse retirado los Medos de la Grecia se le nombró general de la armada, á tiempo que los Atenienses no tenian todavía el imperio, sino que seguian aun la voz de Pausanias y los Lacedemonios, lo primero de que cuidó en sus expediciones fue de hacer observar á sus ciudadanos una admirable disciplina, y de que en el denuedo se aventajaran á los demas. Despues cuando Pausanias concertó aquella traicion con los bárbaros, escribiendo cartas al Rey y á los aliados empezó á tratarlos con aspereza y altanería, mortificándolos en muchas ocasiones con su modo insolente de mandar, y con su necio orgullo : Cimon hablaba con dulzura á los que habian sido ofendidos, mostrábaseles afable, y sin que se echara de ver iba ganando el imperio de la Grecia, no con las armas, sino con su genio y sus palabras. Así es que los mas de los aliados se arrimaron á él y á Aristides, no pudiendo sufrir la aspereza y soberbia de Pausanias. Estos no solo los admitieron benignamente, sino que escribieron á los eforos para que retiraran á Pausanias, por cuanto afrentaba á Esparta, é inquietaba toda la Grecia. Dicese que habiendo dado Pausanias orden con torpe propósito de que le trajesen á una doncella de Bizancio, hija de padres nobles, llamada Cleonice, los padres por el miedo y la necesidad la dejaron ir ; y como ella hubiese pedido que se quitase la luz de delante del dormitorio, entre las tinieblas y el silencio al encaminarse al lecho, tropezó sin querer con la lamparilla y la volcó ; y que él entonces, hallándose ya dormido, asustado con el estrépito, y echando mano á la espada como si se viese acometido por un enemigo, hirió y derribó al suelo á la doncella. Murió esta de la herida y no dejaba reposar á Pausanias, sino que su sombra se le aparecia de noche entre sueños, pronunciando con furor estos versos :

Ven á pagar la pena : que á los hombres  
No les trae la torpeza mas que males;

con lo que como se hubiesen irritado tambien los aliados juntamente con Cimon, le pusieron cerco. Huyóse sin embargo de Bizancio; y espantado de aquel espectro, se dirigió, segun se dice, al oráculo mortuorio de Heraclea, y evocando el alma de Cleonice le pidió que se aplacara en su enojo. Compareció ella al conjuro, y le dijo que se libertaria pronto de sus males luego que estuviese en Esparta : significándole, á lo que parece, por este medio la muerte que habia de tener : asi se halla escrito por diferentes historiadores.

Cimon, hechos ya del partido de Atenas los aliados, marchó por mar de general á la Tracia, por tener noticia de que algunos Persas distinguidos y del linaje del Rey ocupando á Hione, ciudad situada á las orillas del rio Estrimon, causaban vejaciones á los Griegos por allí establecidos. Ante todo pues venció en batalla á estos Persas y los encerró dentro de la ciudad; y despues sublevando á los Tracios del Estrimon, de donde les iban los víveres, y guardando con gran diligencia todo el pais, redujo á los sitiados á tal penuria, que Butes, general del Rey, traído á la última desesperacion, dió fuego á la ciudad, y se abrasó en ella con sus amigos y sus riquezas. De este modo la tomó, sin haber sacado otra ventaja alguna por haberse quemado casi cuanto aquel traia con los bárbaros; pero el territorio, que era muy fértil y muy delicioso, lo distribuyó á los Atenienses para establecer una colonia. Permittedle el pueblo que pusiera Mercurios de piedra, de los cuales grabó esta incripcion en el primero :

Harto eran de esforzados corazones  
Los que del Estrimon en la corriente  
Y en Hione á los hijos de los Medos  
Con hambre y cruda guerra molestaron :  
Siendo en sufrir trabajos los primeros.

En el segundo :

Los Atenienses este premio dieron  
A sus caudillos : justa recompensa

De sus servicios y sus altos hechos.  
De la posteridad el que tal viere,  
En pro comun se afanará zeloso,  
Sin esquivar las peligrosas lides.

Y en el tercero :

De esta insigne ciudad llevó Mnesteo  
Con los Atridas á los Frigios campos  
A un divino varon, loado de Homero  
Por su destreza en ordenar las huestes  
De los Argivos de bronceadas armas.  
¿Qué mucho pues que de marcial pericia,  
De denuedo y valor el justo lauro  
Se dé á los hijos de la culta Atenas?

Aunque en estas inscripciones no se descubre el nombre de Cimon, pareció sin embargo excesivo el honor que se le tributó á los de aquella edad : porque ni Temistocles ni Milciades alcanzaron otro tanto; y aun á este, habiendo solicitado una corona de olivo, Sofanes Decelense, levantándose en medio de la junta, le dió una respuesta no muy justa, pero agradable al pueblo, diciendo : « Cuando tú, ó Milciades, peleando solo contra los bárbaros los vencieres, entonces aspira á ser coronado tú solo. » ¿ Por qué pues tuvieron en tanto esta hazaña de Cimon? ¿ no seria acaso porque con los otros dos caudillos solo trataron de rechazar á los enemigos para no ser de ellos sojuzgados; y bajo el mando de este aun pudieron ofenderlos, haciéndoles la guerra en su propio pais, adquirieron posesiones en él, estableciendo colonias en Hione y en Anfipolis? Estableciéronse tambien en Esciro, tomándola Cimon con este motivo : habitaban aquella isla los Dolopes, malos labradores y dados á la piratería desde antiguo, en términos que ni siquiera usaban de hospitalidad con los navegantes que se dirigian á sus puertos, y por último, habiendo robado á unos mercaderes tesalios que navegaban á Cesio los habian puesto en prision. Pudieron estos huir de ella, y movieron pleito á la ciudad ante los Anfictuones. La muchedumbre se rehusaba á reintegrarlos del caudal robado, diciendo que lo devolvieran los que lo habian tomado y se lo habian repartido; mas con todo, in-

timidados escribieron á Cimon, exhortándole á que viniera con sus naves á ocupar la ciudad, porque ellos se la entregarían. Así fue como Cimon tomó la isla; de la que arrojó á los Dolopes, y dejó libre el mar Egeo. Sabedor de que el antiguo Teseo, hijo de Egeo, huyendo de Atenas había sido muerto allí alevosamente por el Rey Licomedes, hizo diligencias para descubrir su sepulcro, porque tenían los Atenieses un oráculo sobre que trajeran á la ciudad los restos de Teseo, y lo veneraran debidamente como á un héroe; pero ignoraban donde yacía, porque los Escirenses ni lo manifestaban, ni permitían que se averiguase. Encontrando pues entonces el hoyo en fuerza de la mas exquisita diligencia, puso Cimon los huesos en su nave, y adornándolos con esmero, los condujo á la ciudad al cabo de unos cuatrocientos años, con lo que todavía se le aficionó mas el pueblo. En memoria de este suceso se celebró una contienda de trágicos que se hizo célebre; porque habiendo presentado Sófoeles, que aun era jóven, su primer ensayo, como el arconte Afepsion, á causa de haberse movido disputa y altercado entre los espectadores no hubiese sorteado los jueces del combate, cuando Cimon se presentó con sus colegas en el teatro para hacer al Dios las libaciones prescritas por la ley, no los dejó salir, sino que tomándoles juramento los precisó á sentarse y á juzgar, siendo diez en número, uno por cada tribu: así esta contienda se hizo mucho mas importante por la misma dignidad de los jueces. Quedó vencedor Sófoeles: y se dice que Esquilo lo sintió tanto y lo llevó con tan poco sufrimiento, que ya no fue mucho el tiempo que vivió en Atenas, habiéndose trasladado por aquel disgusto á Sicilia, donde murió y fue enterrado en las inmediaciones de Gela.

Escribe Ion que siendo él todavía mozito, comió con Cimon, en ocasion de haber venido á Atenas desde Quio con Laomedonte; y que rogado aquel que cantase, como no lo hubiese ejecutado sin gracia, los presentes lo alabaron de mas urbano que Temístocles, por haber respondido en igual caso que no habia aprendido á cantar y tañer, y lo que él sabia era hacer una ciudad grande y rica. De aquí, como

era natural, recayó la conversacion sobre las hazañas de Cimon; y como se hiciese memoria de las mas señaladas, dijo que se les habia pasado referir el mas bien entendido de sus estratagemas: porque habiendo tomado los aliados muchos cautivos de los bárbaros en Sesto y en Bizancio, encargaron al mismo Cimon el repartimiento; y él habia puesto á un lado los cautivos, y á otro las preseas y adornos que tenían; de lo que los aliados se habian quejado, teniendo por desigual aquella division. Dijoles entonces que de los dos partes eligieran la que gustasen, porque los Atenieses con la que dejaran se darian por contentos. Acorrajándoles pues Herofuto de Samos que eligieran entre los arreos de los Persas, que los Persas mismos, tomaron los adornos de estos, dejándoles á los Atenieses los cautivos; y por entonces se rieron de Cimon como de un mal repartidor, por cuanto los aliados cargaron con cadenas, collares y manillas de oro, y con vestidos y ropas ricas de púrpura, no quedándoles á los Atenieses mas que los cuerpos malamente cubiertos para destinarlos al trabajo; pero al cabo de poco bajaron de la Frigia y la Lidia los amigos y deudos de los cautivos, y redimian á cada uno de estos por mucho dinero; de manera que Cimon proveyó de víveres las naves para cuatro meses, y aun le quedó de los rescates mucho dinero que llevar á Atenas.

Rico ya Cimon, los viáticos de la guerra, que se los hizo pagar muy bien de los enemigos, los gastaba mejor con sus conciudadanos, porque quitó las cereas de sus posesiones, para que los forasteros y los ciudadanos necesitados pudieran tomar libremente de los frutos lo que gustasen. En su casa habia mesa, frugal sí, pero que podia bastar para muchos cada dia; y de los pobres podia entrar á ella el que quisiese, encontrando comida sin tener que ganarla con su trabajo para atender solamente á los negocios públicos. Mas Aristoteles dice que la mesa no era franca para todos los Atenieses, sino solo para el que quisiera de sus compatriotas los Laciades. Acompañábanle algunos jóvenes bien vestidos, cada uno de los cuales, si se llegaba á Cimon algun Ateniense anciano con pobres ropas, cambiaba con él las

suyas : hecho que se tenia por muy fino y delicado. Los mismos llevaban igualmente dinero en abundancia, y acercándose en la plaza á los pobres menos mal portados, les introducian secretamente alguna moneda en la mano. A estos rasgos parece que alude Cratino el cómico en sus versos arquoquios cuando dice :

Yo Metrobio el gramático pedia  
Con instancia á los Dioses me otorgaran  
Pasar unido con Cimón mis días,  
Senectud regalona asegurando  
Con este hombre divino, el mas bondoso  
Y mas obsequiador entre los Griegos;  
Pero dejóme y se ausentó primero.

Gorgias Leontino dice además que Cimón adquirió riqueza para usar de ella ; y que usaba de ella para ser honrado. Cricias, que fue uno de los treinta tiranos, pide á los Dioses en sus elegías

Bienes los de Escopades ; mano franca  
La de Cimón, y triunfos y victorias  
Los del Lacedemonio Agesilao.

Y en verdad que el Esparciata Licas no es tan celebrado entre los Griegos, sino porque en la concurrencia á los juegos gímnicos daba de comer á los forasteros ; pero el uso que de su opulencia hacia Cimón excedia á la antigua hospitalidad y humanidad de los Atenieses : porque aquellos con quienes justamente se muestra ufana esta ciudad, dieron á los Griegos las semillas de los alimentos, y les enseñaron el uso del agua de las fuentes y el modo de encender el fuego para el servicio de los hombres ; y este erigiendo su casa en un prítaneo comun para los ciudadanos y poniendo francas las primicias de los frutos ya sazonados, y todo cuanto bueno llevan las estaciones en el país, para que los forasteros lo tomaran y disfrutaran, reprodujo en cierta manera aquella fabulosa comunión de bienes del tiempo de Saturno. Los que califican estos hechos de lisonja y adulación á la muchedumbre encuentran el desengaño en todo el tenor del gobierno de Cimón, que siempre inclinó á la aristocracia, co-

mo que con Aristides repugnó é hizo frente á Temístocles, que daba á la muchedumbre mas ensanches de lo que convenia ; y despues se opuso á Efiálfes, que para ganarse el pueblo queria debilitar el Senado del Areópago. En un tiempo en que se veia que todos los demas, á excepcion de Aristides y Efiálfes, estaban implicados en corrupciones y sobornos, él se conservó puro é intacto hasta el fin, de la tacha de recibir regalos, haciéndolo y diciéndolo todo gratuitamente y con limpieza. Dicese que vino á Atenas con grandes caudales un bárbaro llamado Resaces, que se habia rebelado al Rey, el cual, mortificado de calumniadores, acudió á Cimón, y le presentó en el recibimiento dos pichelos, lleno el uno de daricos de plata y el otro de oro ; y que Cimón al verlo se echó á reir, y le preguntó ¿ Qué era lo que preferia, que Cimón fuese su asalariado ó su amigo ? y como respondiese que amigo : Pues bien, le repuso, vete y llévate contigo esta riqueza, porque me servirá, si la hubiere menester, siendo tu amigo.

Pagaban los aliados sus contribuciones ; pero no daban los hombres y las naves que les correspondian, sino que dejados ya de expediciones y de milicia, no teniendo que hacer la guerra, aspiraban solo á cultivar sus campos y vivir en reposo, habiéndose hecho la paz con los bárbaros, y no siendo de estos molestados ; que era por lo que ni tripulaban las naves ni daban hombres de guerra. Los demas generales de los Atenieses los estrechaban á cumplir con estas cargas ; y usando de multas y castigos con los que estaban en descubierto, hacian áspero y aborrecible su imperio. Mas Cimón seguia en este punto un camino enteramente opuesto, no haciendo violencia á ninguno de los Griegos ; sino que de los que á ello se acomodaban tomaba el dinero y las naves vacías, y los dejaba que se acostumbraban al reposo y á estar quietos en casa, haciéndose labradores y negociantes pacíficos con el regalo y la inesperienza, de belicosos que antes eran. De este modo á los Atenieses, que todos á su vez servian en las naves y se ocupaban en las cosas de guerra, con los sueldos y á costa de los aliados los hizo en breve tiempo señores de los que contribuian : porque como

estaban siempre navegando, manejando las armas, mantenidos y ejercitados en las continuas expediciones, se acostumbraron aquellos á temerles y obsequiarlos, haciéndose insensiblemente sus tributarios y sus esclavos en lugar de compañeros.

Por de contado nadie abatió ni mortificó mas el orgullo del gran Rey que Cimon: porque no se contentó con verle fuera de la Grecia, sino que siguiéndole paso á paso, sin dejar respirar ni pararse á los bárbaros, ya talaba y assolaba un país, y ya en otra parte sublevaba á los naturales y los traía al partido de los Griegos; de manera que desde la Jonia á la Panfilia dejó el Asia enteramente libre de armas persianas. Noticioso de que los generales del Rey con un grande ejército y muchas naves se proponían sorprenderle hácia la Panfilia, y queriendo que estos por miedo no navegaran en adelante en el mar dentro de las Quelidonias, ni siquiera se acercasen á él, dió la vela desde Cnido y Triopio con doscientas naves. Teníanlas desde Temístocles muy bien aparejadas para la celeridad y para tomar prontamente la vuelta; pero Cimon las hizo entonces mas llanas, y dió ensanche á la cubierta, para que con mayor número de hombres armados se presentaran mas terribles á los enemigos. Navegando pues á la ciudad de Faselis, cuyos habitantes eran Griegos, pero ni admitían sus tropas ni habia forma de apartarlos del partido del Rey, taló su territorio, y empezó á combatir los muros. Iban en su compañía los de Quio; y siendo amigos antiguos de los Faselitas, por una parte procuraban templar á Cimon, y por otra arrojaban á las murallas ciertas esquelas clavadas en los astiles para advertir de todo á los Faselitas. Por fin lograron se hiciera la paz con ellos, bajo las condiciones de dar diez talentos y de unirse con Cimon para la guerra contra los bárbaros. Eforo dice que era Tiraustes el que mandaba la armada del Rey, y Ferendates el ejército; mas Calistenes es de opinion que Arimandes, el de Gobrias, tenia el mando de todas las fuerzas, y que con las naves marchó hácia el Eurimedonte, no estando dispuesto á pelear todavía con los Griegos, porque esperaba otras ochenta naves fenicias que habian salido de Chi-

pre. Quiso Cimon anticiparse á su llegada, para lo que movió con sus naves, dispuesto á obligar por fuerza á los enemigos, si voluntariamente no querían combatir. Al principio estos para no ser precisados se entraron rio adentro; pero siguiéndolos los Atenieses, hubieron de hacer frente, segun Fanademo con seiscientas naves, y segun Eforo con trescientas y cincuenta. Mas por mar nada hicieron digno de tan considerables fuerzas, sino que al punto se echaron á tierra; y los primeros pudieron escapar huyendo al ejército que estaba cerca; pero los demas fueron detenidos y muertos, y disuelta la armada. Ahora, la prueba de que las naves de los bárbaros habian sido en excesivo número, es que con haber huido muchas, como es natural, y haber sido otras muchas destruidas, todavía apresaron doscientas los Atenieses.

Bajaba el ejército hácia el mar, y le pareció á Cimon obra muy ardua contenerle en su marcha, y hacer que los Griegos acometieran á unos hombres que venían á refresco y eran en gran número: con todo viendo á estos muy alentados y resueltos con el ardor y engreimiento que da la victoria á arrojarse en union sobre los bárbaros; á la infantería, que todavía estaba caliente del combate naval, le hizo que cargase con ímpetu y algarazara; y resistiendo y defendiéndose por su parte los Persas no sin bizarría, se trabó una muy reñida batalla. De los Atenieses cayeron los hombres de mayor valor y de mayor opinion; pero al fin hicieron huir á los bárbaros con gran matanza de ellos, y despues tomaron prisioneros á otros, y les ocuparon las tiendas llenas de toda especie de preciosidades. Cimon, que como diestro atleta en un dia habia salido vencedor en dos combates, no obstante haber excedido con la batalla campal al triunfo de Platea, y con la naval al de Salamina, aun añadió otro trofeo á estas victorias: pues sabiendo que las ochenta galeras fenicias, que no tuvieron parte en el combate, habian aportado á Hidro, se dirigió allá sin detencion; y como sus comandantes no tuviesen noticia positiva de las principales fuerzas, sino que estuviesen en la duda y en la incertidumbre, siendo por lo mismo mayor su sorpresa, perdieron todas las naves, y la mayor parte de los soldados perecieron.

De tal modo abatieron estos sucesos el ánimo del Rey, que ajustó aquella paz tan afamada de no acercarse jamas al mar de la Grecia á la distancia de una carrera de caballo, y de no navegar dentro las Cianecas y Quelidonias con nave grande y de proa bronceada: aunque Calistenes sostiene que el bárbaro no hizo tal tratado; mas en las obras guardó lo que se ha dicho de miedo de aquella derrota, teniéndose á tanta distancia de la Grecia, que Pericles con cincuenta galeras y Esfaltes con solas treinta navegaron por aquella parte de las Quelidonias, sin que de los bárbaros se les ofreciera á la vista ni siquiera un barco. Pero Cratero en su coleccion de decretos insertó el tratado como hecho realmente: y aun se dice que los Atenienses erigieron con este motivo el ara de la paz, y que á Calias, que habia sido el embajador, le colmaron de distinciones. Vendidos los despojos que entonces se tomaron, tuvo el pueblo fondos para otras muchas cosas, y edificó en el alcázar el muro del mediodia; habiéndose hecho rico con esta expedicion. Añadese que las largas murallas llamadas piernas, aunque se acabaron despues, se empezaron entonces, y que el cimiento, como se hubiese dado con un terreno pantanoso y muelle, fue afirmado con toda seguridad por Cimon, que hizo descaer los pantanos con mucha arcilla y piedras muy pesadas, dando y aprontando para ello el caudal necesario. Fue el primero en hermostear la ciudad con aquellos lugares de recreo y entretenimiento, por los que hubo tanta pasion despues: porque plantó de plátanos la plaza; y á la Academia, que antes carecia de agua y era un lugar enteramente seco, le dió riego, convirtiéndola en un bosque, y la adornó con corredores espaciosos y desembarazadas, y con paseos en que se gozaba de sombra.

Como algunos Persas no quisiesen abandonar el Quersoneso, y aun llamasen de mas arriba á los Tracios con desprecio de Cimon, partió este de Atenas con poquisimas naves en busca de ellos; y con solas cuatro naves les tomó trece. Lanzando pues á los Persas y derrotando á los Tracios, puso bajo la obediencia de Atenas todo el Quersoneso. Despues, venciendo por mar á los Tasios, que se habian rebelado á

los Atenienses, les tomó treinta y tres naves, se apoderó por sitio de su ciudad, adquirió para Atenas las minas de oro que estaban al otro lado, y ocupó todo el terreno sobre que dominaban los Tasios. De allí pudiendo pasar á la Macedonia y ganar mucha parte de ella, como pareciese que lo habia dejado por no querer, se le atribuyó que por el Rey Alejandro habia sido sobornado con presentes; sobre lo que tuvo que defenderse, persiguiéndole con encarnizamiento sus enemigos. En su apologia ante los jueces dijo que no habia tenido hospedaje como otros entre los Jonios ó los Tesalios, que son ricos, para recibir honores y agasajos, sino entre los Lacedemonios, cuya moderacion y sobriedad habia procurado imitar y aplaudir, no teniendo en nada la riqueza, y sí preciándose de haber enriquecido su ciudad con la opulencia de los enemigos. Haciendo Estesimbrotos mencion de este juicio, refiere que Elpinice, rogada por Cimon, fué á llamar á la puerta de Pericles, porque este era el mas violento de los acusadores; y que él echándose á reir: Vieja estás, le dijo, vieja estás Elpinice para manejar tan arduos negocios; mas que con todo en la vista de la causa se mostró muy benigno con Cimon, no habiéndose levantado durante la acusacion mas que una sola vez como para cumplir.

Salió pues absuelto de esta causa; y en las cosas de gobierno, mientras estuvo presente, dominó y contuvo al pueblo, que acosaba á los principales ciudadanos, y procuraba atraer á sí toda la autoridad y el poder; pero cuando volvió á marchar á la armada, alborotándose los mas y trastornando el orden existente de gobierno y las instituciones patrias en que antes habian vivido, poniéndose al frente Esfaltes, quitaron al Senado del Arcópago el conocimiento de todos los juicios, á excepcion de muy pocos; y erigiéndose en árbitros de los tribunales, introdujeron una democracia absoluta, teniendo ya entonces Pericles bastante influjo, y habiéndose puesto de parte de los muchos. Por esta causa, como Cimon á su vuelta se hubiese indignado porque habian oscurecido la magestad del consejo, y hubiese intentado volver á llevar á él los juicios y restablecer la aristocracia de Clistenes, se jutaron muchos á gritar y á irritar al pueblo,

renovando lo de la hermana y acusándole de laconismo, acerca de lo cual son bien conocidos aquellos versos de Eupolis contra Cimon :

No era hombre malo ; un poco dado al vino,  
Descuidado, y que á veces en Esparta  
Noche solia hacer, aquí dejando  
Sola y sin compañía á su Elpinice.

Pues si faltó de atención y tomó del vino conquistó tantas ciudades y alcanzó tantas victorias, es claro que á haber estado cuerdo y atento, ninguno de los Griegos ni antes ni después de él hubiera igualado sus hechos.

Fue en efecto desde el principio Lacomano, y de dos hijos gemelos que tuvo de Clitoria, segun dice Estesimbrotó, al uno le puso por nombre Lacedemonio, y al otro Eleo; por lo que Pericles muchas veces les dió en cara con su origen materno; pero Diodoro Periegetes dice que así estos como Tesalo, hijo tercero de Cimon, fueron tenidos en Isodia, hija de Euruptolemo el de Megacles. Contribuyeron mucho á sus adelantamientos los Lacedemonios, que ya entonces estaban en contradicción con Pericles, y querian que fuese este jóven el que tuviese el mayor poder y autoridad en Atenas. Esto lo vieron al principio con gusto los Atenienses, no sacando poco partido de la benevolencia de los Lacedemonios hacia él: porque en el principio de su incremento, y cuando empezaban á tomar parte en los asuntos de los otros pueblos, aliados de unos ó otros, no les venian mal los honores y los obsequios hechos á Cimon; puesto que entre los Griegos todo se manejaba á su arbitrio, siendo afable con los aliados y muy acepto á los Lacedemonios. Mas después, cuando ya se hicieron los mas poderosos, vieron con malos ojos que Cimon permaneciese todavía no ligeramente apasionado de los Lacedemonios: porque él mismo tambien, celebrando para todo á los Lacedemonios ante los Atenienses, especialmente cuando tenia que reprender á estos, ó que excitarlos á alguna cosa, habia tomado la costumbre, segun refiere Estesimbrotó, de decirles « ¡ Qué poco son así los Lacedemonios! » con lo que se granjeó cierta envidia y displicencia de parte de sus conciudadanos. Pero de todas la

calumnia mas poderosa contra él tuvo esta origen: en el año cuarto del reinado de Arquidamo el de Zeuxidamo en Esparta por un terremoto, mayor que todos aquellos de que antes habia memoria, en todo el territorio de los Lacedemonios se abrieron muchas simas, y estremecidos los Taigetos, algunas de sus cumbres se aplanaron. La ciudad misma tembló toda, y fuera de cinco casas, todas las demas las derribó el terremoto. En el pórtico, en ocasion de estar lleno ejercitándose en él á un tiempo los mozos y los muchachos, se dice que poco antes del temblor se apareció una liebre, y que los muchachos, ungidos como estaban, por una muchachada se pusieron á correr tras ella y perseguirla, y en tanto cayó el gimnasio sobre los mozos que se habian quedado, muriendo allí todos; y á su sepulcro aun se le da el dia de hoy el nombre de *Seismacia*, tomado del terremoto. Previó al punto Arquidamo por lo presente lo que iba á suceder, y viendo que los ciudadanos se dedicaban á recoger en sus casas lo mas precioso cada uno, mandó que la trompeta hiciera señal de que venian enemigos, para que á toda priesa acudieran armados á su presencia; y este solo fue lo que entonces salvó á Esparta: porque de todos los campos sobrevinieron corriendo los Hilotos para acabar con los que se hubieran salvado de los Esparciatas; pero hallándolos en orden de batalla, se retiraron á sus poblaciones: siendo sin embargo bien claro que iban á hacerles la guerra, atrayendo á no pocos de los circunvecinos, y viniendo ya tambien sobre Esparta los Mesenios. Envian pues los Lacedemonios á Atenas de embajador para pedir auxilio, á Pericleidas, de quien dice el cómico Aristófanes que, « sentado ante los altares, todo pálido, con una ropa de púrpura, pedia por compasion un ejército. » Oponiase Efiates, y con el mayor empeño rogaba que se negase el socorro y no se restableciera una ciudad rival de Atenas; sino que se la dejase en el suelo para ser pisado su orgullo; pero dice Cricias que Cimon, anteponiendo el bien de los Lacedemonios al incremento de su patria, convenció al pueblo y salió á auxiliarlos con mucha infantería. Ion nos da cuenta de la principal razon con que movió á los Atenienses, que fue exhortarlos á que no dejasen

coja la Grecia, ni dieran lugar á que su ciudad quedara sin pareja.

Auxiliado que hubo á los Lacedemonios, volvía con su ejército por Corinto, y Lacarto le reconvinó por haber entrado con sus tropas sin anuencia de aquellos ciudadanos: porque decía que aun los que llaman en puerta ajena no entran sin que el dueño les mande pasar adelante, á lo que Cimon le replicó: Pues vosotros, ó Lacarto, no llamais á las puertas de los Cleoneos y Megarenses, sino que quebrantándolas, os introducís con las armas, creyendo que todo debe estar abierto á los que mas pueden: ¡ con esta arrogancia habló en tan oportuna ocasion! y pasó con su ejército. Volvieron los Lacedemonios á llamar en su socorro á los Atenienses contra los Mesenios ó Hilotes, que se hallaban en Itome; y cuando ya los tuvieron á su disposición, temiendo su denuedo y aire marcial, los despidieron á ellos solos de todos los aliados, bajo el pretexto de que intentaban novedades. Retiráronse con grande enojo, y además de exasperarse muy á las claras contra los que laconizaban, valiéndose de un leve pretexto, condenaron á Cimon al otracismo por diez años: porque este era el tiempo prefinido á todos los que sufrían esta pena. En esto hallándose los Lacedemonios acampados en Tanagra de vuelta de libertar á los de Delfos de los Focenses, les salieron los Atenienses al encuentro para darles batalla; y Cimon fué á colocarse con sus armas entre los de su tribu Oineide, dispuesto á batirse contra los Lacedemonios en compañía de sus ciudadanos; pero el consejo de los quinientos, sabedor de ello y temiéndole, intimó á los generales, á instigación de sus enemigos, que le imputaban ser su ánimo desordenar el ejército é introducir los Lacedemonios en la ciudad, que de ningún modo lo admitiesen. Retiróse pues, rogando encarecidamente á Eutipo el de Anafustio, y á los demás amigos que estaban más tildados de laconizar ó ser adictos á los Lacedemonios, que pelearan esforzadamente, á fin de lavar con las obras ante sus ciudadanos aquella infundada nota. Estos pues, tomando la armadura de Cimon y colocándola en su puesto, se juntaron todos en uno, los ciento que eran, y corrieron á la muerte con el

mayor arrojo, obligando á los Atenienses á que sintiesen su pérdida y á que se arrepentiesen de sus injustas sospechas. De aquí es que tampoco les duró mucho el enojo contra Cimon, ya porque trajeron á la memoria, como era debido, sus importantes servicios, y ya también porque así lo exigieron las circunstancias: porque vencidos en Tanagra en una reñida batalla, y esperando tener sobre sí para el verano un ejército de los del Peloponeso, llamaron de su destierro á Cimon, y tornó á su llamamiento, habiendo sido Pericles quien escribió el decreto: ¡ tan subordinadas eran entonces al orden político las rencillas! ¡ tan templados los enojos, y tan prontos á ceder á la comun utilidad! ¡ y hasta tal punto la ambición, que sobresale entre todas las demás pasiones, sabía acomodarse á las necesidades de la patria!

Luego que volvió Cimon, al punto puso fin á la guerra, y reconcilió las ciudades; pero como hecha la paz viese que los Atenienses no podían permanecer en reposo, sino que deseaban estar en acción y aumentar su poder por medio de expediciones, para que no incomodaran á los demás Griegos, ni dirigiéndose con muchas naves hacia las islas y el Peloponeso, diesen ocasion á guerras civiles, ú origen á quejas de parte de los aliados contra la ciudad, tripuló doscientas galeras, con muestras de marchar otra vez contra el Egipto y Chipre: llevando en esto la idea por una parte de que los Atenienses no se descuidaran nunca de la guerra contra los bárbaros; y por otra de que granjearan justamente riquezas, trasladando á la Grecia la opulencia de sus naturales enemigos. Cuando todo estaba dispuesto y las tropas ya embarcadas, tuvo Cimon un sueño. Parecióle que una perra muy furiosa le ladraba, y que del ladrido salía una mezcla de voz humana que le decía:

Acércate; porque has de ser amigo  
Mío y de estos mis tiernos cachorrillos.

Siendo tan difícil y oscura esta vision, Astufilo Posidionate, que era adivino y muy conocido de Cimon, dijo que aquello significaba su muerte, explicándolo de esta manera: el perro es enemigo de aquel á quien ladra; y de un enemigo nun-

ca se hace uno mejor amigo que á la muerte : y la mezcla de la voz designa un enemigo medo : porque el ejército de los Medos se compone de Griegos y bárbaros. Despues de este ensueño, estando el mismo sacrificando á Baco, dividió el sacerdote la victima, y la sangre ya cuajada la fueron llevando poco á poco unas hormigas, poniéndola pegada en el dedo grande del pie de Cimon, sin que esto se advirtiese por algun tiempo; pero cabalmente al mismo echarlo de ver, vino el sacerdote mostrándole el hígado sin cabeza. Mas con todo no pudiendo desentenderse de la expedicion, siguió adelante, y enviando sesenta naves al Egipto, navegó con todas las demás; y venciendo la armada del Rey compuesta de naves de la Sicilia y la Fenicia, ganó todas las ciudades de Chipre, amagando á las de Egipto, siendo su ánimo nada menos que de destruir todo el imperio del Rey : mayormente despues de haber entendido que era grande el poder y autoridad de Temístocles entre los bárbaros, y que habia ofrecido al Rey, al mover guerra á los Griegos, que él iria de general. Pero se dice que Temístocles, como desconfiase de poder salir bien en las cosas de los Griegos y mas todavía de superar la dicha y esfuerzo y destreza de Cimon, se quitó á sí mismo la vida. Preparados así por Cimon los principios de grandes combates y manteniéndose con su escuadra á la inmediacion de Chipre, envió mensajeros al templo de Amon á inquirir del Dios cierto oráculo oscuro : pues nadie sabe determinadamente á qué fueron enviados. Ni tampoco el Dios les dió oráculo alguno, sino que al tiempo mismo de acercarse mandó que regresaran los de la consulta, porque él tenia ya consigo á Cimon. Oyendo esto los mensajeros, bajaron al mar, y cuando llegaron al campo de los Griegos, que ya estaba en el Egipto, supieron que Cimon habia muerto; y computando los días que pasaron cerca del oráculo, reconocieron habérseles dado á entender la muerte del caudillo, con decirseles que ya estaba con los Dioses.

Murió teniendo sitiado á Cicio, de enfermedad segun los mas; aunque algunos dicen que fue de una herida que recibió combatiendo con los bárbaros. Al morir encargó á sus subalternos que al punto dieran la vuelta á casa, ocultando

su fallecimiento : así sucedió, que no habiéndolo entendido ni los enemigos ni los aliados, hicieron con seguridad su regreso, acaudillados, como dice Fanodemo, por Cimon, que hacia treinta días estaba muerto. Despues que él falleció ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes griegos; sino que armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiracion al Rey en sus negocios, y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya mas tarde Agesilao, llevando sus armas al Asia, dió algun paso en la guerra contra los generales del Rey; pero sin haber hecho nada grande ó de importancia. Llamado otra vez por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando á los exactores de los Persas en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se vió que ni un mal correo ni un caballo se acercara á aquel mar, ni á cuatrocientos estadios, durante el mando de Cimon. Haber sido sus despojos traídos al Atica lo atestiguan los sepulcros que aun hoy se llaman Cimoneos. Tambien los Citienses honran un sepulcro de Cimon, por haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad, segun dice el orador Nausirates, que no se olvidaran de Cimon, sino que le dieran culto y lo veneraran como un ser supremo. Tal fue el general griego.

---

 LUCULO.

El abuelo de Luculo habia obtenido la dignidad consular, y era tío suyo por parte de madre Metelo el llamado Numidico; pero su padre habia sido condenado en causa de soborno, y su madre Cecilia estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Luculo se dió á conocer antes de pedir magistratura ninguna, y antes de tomar par-

te en el gobierno, fue la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el agorero, que habia malversado los caudales públicos : accion que á todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general el hecho de acusar, aun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado ; sino que se complacian en ver á los jóvenes perseguir á los malos, como á las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caidas y algunos heridos ; pero Servilio fue absuelto. Habíase ejercitado Luculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina : así es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como á persona que sabia disponer y ordenar la historia con mayor perfeccion : porque su pronto y buen decir no se limitaba al uso preciso, á la manera de quien

El foro agita, cual atun las ondas,

y despues fuera de la plaza

En seco muere con trabada lengua ;

sino que siendo todavía joven, habia adquirido ya, atraido de su belleza, aquella educacion esmerada, que se llama liberal. De anciano enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado á la investigacion de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo á la ambicion, á causa de su desavenencia con Pompeyo. Acerca de su aficion á las letras se refiere ademas de lo dicho que siendo todavía mozo, con ocasion de cierta disputa que tuvo con el jurisconsulto Hortensio y el historiador Sisena, la que vino á hacerse un poco seria, se comprometió á escribir la guerra Marsica en verso ó en prosa en griego ó en latin, segun lo declarase la suerte ; y parece que esta determinó que fuera en prosa griega, pues que dura aun hoy una historia de la guerra marsica escrita en esta lengua. Son muchas las pruebas que hay del amor que tenia á su hermano Marco ; pero los Romanos conservan sobre todo la memoria de la primera ; y es que con ser

él de mas edad entre los dos, no quiso tomar parte solo en el gobierno ; sino que esperó á que este se hallara ya en sazón, y entonces ganó de tal manera la aficion del pueblo, que juntos fueron nombrados ediles, sin embargo de que él se hallaba ausente.

Era todavía joven al tiempo de la guerra marsica ; y dió ya en ella muchos ejemplos de valor y de prudencia ; pero las calidades que Sila apreciaba mas en él, eran su entereza y atabilidad : así le empleó desde el principio en los negocios que pedian grande diligencia, de los que fue uno el cuidado de la moneda. Por tanto él fue quien en la guerra mitridática acuñó la mayor parte ; la cual de su nombre se llamó Luculeya, y por mucho tiempo se empleó en los continuos cambios de los soldados para proveerse de lo necesario. Después de esto, vencedor Sila por tierra en Atenas, como los enemigos le tuviesen cortado por el mar, en el que dominaban, y le interceptasen los víveres, llamó á Luculo del Egipto y la Libia, mandándole venir de allí con sus naves. Era esto en el rigor del invierno, y con tres barcas griegas y otras tantas galeras rodias de dos bancos se arrojó al gran mar por entre las naves enemigas, que por lo mismo que dominaban, discurrían libremente por todas partes ; y sin embargo aportando á Creta, la agregó á la república ; y hallando á los de Cirene en estado de insurreccion, con motivo de sus continuas tiranías y guerras, los sosegó y arregló su gobierno, trayéndoles á la memoria aquella sentencia de Platon, que fue una especie de profecía. Porque rogándole, segun es fama, que les dictase leyes y diese á su pueblo una forma de prudente y justo gobierno, les respondió que era muy difícil dar leyes á los Cireneos mientras estuviesen en tanta prosperidad ; pues nada hay mas indomable que un hombre engreido con su dicha ; ni á la inversa nada mas dócil que el abatido por la fortuna : que fue lo que entonces hizo á los Cireneos sumisos á su legislador Luculo. De allí volviendo á hacerse á la vela para Egipto, perdió la mayor parte de sus barcos, tomándose los piratas ; mas él se salvó, y fue magníficamente recibido en Alejandría, porque le salió al encuentro toda la armada, adornada pri-

ca se hace uno mejor amigo que á la muerte : y la mezcla de la voz designa un enemigo medo : porque el ejército de los Medos se compone de Griegos y bárbaros. Despues de este ensueño, estando el mismo sacrificando á Baco, dividió el sacerdote la victima, y la sangre ya cuajada la fueron llevando poco á poco unas hormigas, poniéndola pegada en el dedo grande del pie de Cimon, sin que esto se advirtiese por algun tiempo; pero cabalmente al mismo echarlo de ver, vino el sacerdote mostrándole el hígado sin cabeza. Mas con todo no pudiendo desentenderse de la expedicion, siguió adelante, y enviando sesenta naves al Egipto, navegó con todas las demás; y venciendo la armada del Rey compuesta de naves de la Sicilia y la Fenicia, ganó todas las ciudades de Chipre, amagando á las de Egipto, siendo su ánimo nada menos que de destruir todo el imperio del Rey : mayormente despues de haber entendido que era grande el poder y autoridad de Temístocles entre los bárbaros, y que habia ofrecido al Rey, al mover guerra á los Griegos, que él iria de general. Pero se dice que Temístocles, como desconfiase de poder salir bien en las cosas de los Griegos y mas todavía de superar la dicha y esfuerzo y destreza de Cimon, se quitó á sí mismo la vida. Preparados así por Cimon los principios de grandes combates y manteniéndose con su escuadra á la inmediacion de Chipre, envió mensajeros al templo de Amon á inquirir del Dios cierto oráculo oscuro : pues nadie sabe determinadamente á qué fueron enviados. Ni tampoco el Dios les dió oráculo alguno, sino que al tiempo mismo de acercarse mandó que regresaran los de la consulta, porque él tenia ya consigo á Cimon. Oyendo esto los mensajeros, bajaron al mar, y cuando llegaron al campo de los Griegos, que ya estaba en el Egipto, supieron que Cimon habia muerto; y computando los días que pasaron cerca del oráculo, reconocieron haberseles dado á entender la muerte del caudillo, con decirseles que ya estaba con los Dioses.

Murió teniendo sitiado á Cicio, de enfermedad segun los mas; aunque algunos dicen que fue de una herida que recibió combatiendo con los bárbaros. Al morir encargó á sus subalternos que al punto dieran la vuelta á casa, ocultando

su fallecimiento : así sucedió, que no habiéndolo entendido ni los enemigos ni los aliados, hicieron con seguridad su regreso, acaudillados, como dice Fanodemo, por Cimon, que hacia treinta días estaba muerto. Despues que él falleció ya nada de entidad se hizo contra los bárbaros por ninguno de los capitanes griegos; sino que armados unos contra otros, por las instigaciones de los demagogos y de los fomentadores de discordias, sin que nadie se pusiera de por medio para contener sus manos, se despedazaron con guerras intestinas, dando respiracion al Rey en sus negocios, y causando una indecible ruina en el poder de los Griegos. Ya mas tarde Agesilao, llevando sus armas al Asia, dió algun paso en la guerra contra los generales del Rey; pero sin haber hecho nada grande ó de importancia. Llamado otra vez por disensiones y disturbios de los Griegos, que de nuevo sobrevinieron, se retiró, dejando á los exactores de los Persas en medio de las ciudades confederadas y amigas; cuando no se vió que ni un mal correo ni un caballo se acercara á aquel mar, ni á cuatrocientos estadios, durante el mando de Cimon. Haber sido sus despojos traídos al Atica lo atestiguan los sepulcros que aun hoy se llaman Cimoneos. Tambien los Citienses honran un sepulcro de Cimon, por haberles encargado el Dios en cierta hambre y esterilidad, segun dice el orador Nausierates, que no se olvidaran de Cimon, sino que le dieran culto y lo veneraran como un ser supremo. Tal fue el general griego.

---

 LUCULO.
 

---

El abuelo de Luculo habia obtenido la dignidad consular, y era tío suyo por parte de madre Metelo el llamado Numidico; pero su padre habia sido condenado en causa de soborno, y su madre Cecilia estaba notada de vivir con poco recato. La primera obra por donde Luculo se dió á conocer antes de pedir magistratura ninguna, y antes de tomar par-

te en el gobierno, fue la de hacer juzgar al acusador de su padre, Servilio el agorero, que habia malversado los caudales públicos : accion que á todos los Romanos les mereció elogios, teniendo siempre en la boca aquel juicio como una muestra de virtud. En general el hecho de acusar, aun sin particular motivo, no era entre ellos mal mirado ; sino que se complacian en ver á los jóvenes perseguir á los malos, como á las fieras los cachorros de buena casta. Excitó tanto la curiosidad aquella causa, que en fuerza del concurso hubo caidas y algunos heridos ; pero Servilio fue absuelto. Habíase ejercitado Luculo en hablar corrientemente ambas lenguas, griega y latina : así es que Sila, al escribir sus propios hechos, le dirigió la palabra, como á persona que sabia disponer y ordenar la historia con mayor perfeccion : porque su pronto y buen decir no se limitaba al uso preciso, á la manera de quien

El foro agita, cual atun las ondas,

y despues fuera de la plaza

En seco muere con trabada lengua ;

sino que siendo todavía joven, habia adquirido ya, atraído de su belleza, aquella educacion esmerada, que se llama liberal. De anciano enteramente dedicó su ánimo, fatigado de tantas contiendas, al ejercicio y recreo de la filosofía, entregado á la investigacion de la verdad, por haber dado de mano en oportuno tiempo á la ambicion, á causa de su desavenencia con Pompeyo. Acerca de su aficion á las letras se refiere ademas de lo dicho que siendo todavía mozo, con ocasion de cierta disputa que tuvo con el jurisconsulto Hortensio y el historiador Sisena, la que vino á hacerse un poco seria, se comprometió á escribir la guerra Marsica en verso ó en prosa en griego ó en latin, segun lo declarase la suerte ; y parece que esta determinó que fuera en prosa griega, pues que dura aun hoy una historia de la guerra marsica escrita en esta lengua. Son muchas las pruebas que hay del amor que tenia á su hermano Marco ; pero los Romanos conservan sobre todo la memoria de la primera ; y es que con ser

él de mas edad entre los dos, no quiso tomar parte solo en el gobierno ; sino que esperó á que este se hallara ya en sazón, y entonces ganó de tal manera la aficion del pueblo, que juntos fueron nombrados ediles, sin embargo de que él se hallaba ausente.

Era todavía joven al tiempo de la guerra marsica ; y dió ya en ella muchos ejemplos de valor y de prudencia ; pero las calidades que Sila apreciaba mas en él, eran su entereza y añabilidad : así le empleó desde el principio en los negocios que pedian grande diligencia, de los que fue uno el cuidado de la moneda. Por tanto él fue quien en la guerra mitridática acuñó la mayor parte ; la cual de su nombre se llamó Luculeya, y por mucho tiempo se empleó en los continuos cambios de los soldados para proveerse de lo necesario. Después de esto, vencedor Sila por tierra en Atenas, como los enemigos le tuviesen cortado por el mar, en el que dominaban, y le interceptasen los víveres, llamó á Luculo del Egipto y la Libia, mandándole venir de allí con sus naves. Era esto en el rigor del invierno, y con tres barcas griegas y otras tantas galeras rodias de dos bancos se arrojó al gran mar por entre las naves enemigas, que por lo mismo que dominaban, discurrían libremente por todas partes ; y sin embargo aportando á Creta, la agregó á la república ; y hallando á los de Cirene en estado de insurreccion, con motivo de sus continuas tiranías y guerras, los sosegó y arregló su gobierno, trayéndoles á la memoria aquella sentencia de Platon, que fue una especie de profecía. Porque rogándole, segun es fama, que les dictase leyes y diese á su pueblo una forma de prudente y justo gobierno, les respondió que era muy difícil dar leyes á los Cireneos mientras estuviesen en tanta prosperidad ; pues nada hay mas indomable que un hombre engreído con su dicha ; ni á la inversa nada mas dócil que el abatido por la fortuna : que fue lo que entonces hizo á los Cireneos sumisos á su legislador Luculo. De allí volviendo á hacerse á la vela para Egipto, perdió la mayor parte de sus barcos, tomándose los piratas ; mas él se salvó, y fue magníficamente recibido en Alejandría, porque le salió al encuentro toda la armada, adornada pri-

morosamente, como se ejecuta cuando navega el Rey; y Tolomeo, que era aun muy mozo, sobre manifestarle en todo el mayor aprecio, le dió habitacion y cumplido hospedage en su palacio, lo que nunca antes se habia hecho con otro general extranjero que allí hubiese arribado. En cuanto á la comida y demas gastos, no se le dió lo que á los demas, sino el cuádruplo; de lo que él sin embargo no consumió mas que lo preciso ni recibió los presentes que se le enviaron apreciados en ochenta talentos. Dicese que ni subió á Menfis, ni vió ninguno de los prodigios tan admirables y celebrados del Egipto, diciendo que estos eran espectáculos de gente desocupada y divertida; y no como él que habia dejado á su Emperador al raso, acampado en las mismas fortificaciones de los enemigos.

Retiróse Tolomeo de la alianza, temeroso de tener que hacer la guerra; y no obstante esto le dió naves que le acompañasen hasta Chipre; y saludándole y obsequiándole en el mismo puerto, le regaló una esmeralda engastada en oro de las mas raras y preciosas; y aunque al principio se negó á admitirla, haciéndole ver el Rey que estaba gravado en ella su retrato, temió rehusarla no se creyera que se retiraba enteramente enemistado y se le persiguiese en el mar. En la misma navegacion fue reuniendo gran número de naves de las ciudades litorales, á excepcion de las de aquellos que estaban dados á la pirateria; y dirigiéndose á Chipre, como allí se le asegurase que hechos al mar los enemigos le estaban esperando en los promontorios, retiró todas las lanchas, y escribió á las ciudades hablándoles de hibernaderos y de viveres, como que allí habia de pasar la estacion; mas luego que tuvo viento, levantando áncoras, se hizo de repente á la vela; y navegando de dia con los lienzos recogidos, y tendidos de noche, aportó salvo á Rodas. Proporcionándole naves los Rodios, persuadió á los de Coo y Gnido que abandonando el partido del Rey, se le reuniesen para militar contra los de Samos. De Quio arrojó por sí mismo á las tropas del Rey, y dió libertad á los Colofonios, apoderándose de Epigono su tirano. Ocurrió por aquel mismo tienpo el que Mitridates abandonase á Pérgamo reducido á

arrinconarse en Pitane: y como allí le tuviese encerrado y sitiado Fimbria, puso toda su atencion y consideracion en el mar, juntando y enviando á llamar las diferentes escuadras que por todas partes tenia, desconfiado enteramente de poder combatir y venir á las manos con Fimbria, hombre de suyo arrojado y que se hallaba vencedor. Previólo este, y hallándose sin armada, envió mensajeros á Luculo, rogándole que viniera con su escuadra y le ayudara á acabar con el mas contrario y mas guerrero de los Reyes: no fuera que de entre las manos se le escapase á Roma Mitridates, último premio de tantos combates y trabajos, ya que él mismo se habia venido á ellas y metido en el garlito; pues si se le cogiese, nadie tendria mas parte en esta gloria que el que hubiera impedido su fuga, y le hubiera echado mano al quererle escapar; y el vencimiento se atribuiria á entrambos, al uno por haberle lanzado de la tierra, y al otro por haberle vedado el paso del mar, sin lo cual los tan celebrados triunfos conseguidos por Sila en Orcomene y en Queronea no les merecerian á los Romanos consideracion ninguna. Y en verdad que estas reflexiones eran muy puestas en razon, no habiendo nadie á quien se oculte que si entonces Luculo, que no se hallaba lejos, se hubiera prestado á los ruegos de Fimbria, y acudiendo con sus naves hubiera cerrado el puerto con su escuadra, habria tenido término aquella guerra y todos se habrian puesto fuera del alcance de infinitos males; pero bien sea que antepusiese á todo bien privado y comun el mantenerse fiel á Sila, ó bien que no quisiese dar oídos á un hombre abominable como Fimbria, manchado por disputa de mando con la sangre de un general y amigo suyo; ó bien finalmente que por disposicion superior se hubiera reservado para sí á Mitridates, manteniendo en vida á este antagonista, lo cierto es que no condescendió. Asi le proporcionó á Mitridates el poder evadirse por mar, y burlarse de todo el poder de Fimbria; y él entonces lo primero que hizo fue batir y destrozar las naves del Rey que se habian aparecido en el promontorio Lecto de la Troade; y despues viendo que Neoptolemo navegaba con mayor aparato por la parte de Tenedos, se adelantó alla él solo, montando una galera ro-

dia de cinco órdenes, de la que era capitán Demágoras, hombre muy adicto á los Romanos, y muy ejercitado en los combates navales. Movi6 Neoptolemo con grande ímpetu, y como diese órden al timonero de que dirigiera para un fuerte choque, temiendo Demágoras el peso de la nave real y la punta de su bronceado espolon, no se atrevió á oponérsele de proa sino que dando prontamente la vuelta, maniobró para que el choque fuese por la popa, con lo que el golpe que por aquella parte recibió fue sin daño alguno, por haber recaído en la parte de la nave metida en el agua. Llegaron en esto los suyos, y dando órden Luculo para que su nave se volviese de frente, despues de haber ejecutado hazañas dignas de memoria, obligó á huir á los enemigos, y se puso en persecucion de Neoptolemo.

Uniéndose desde allí con Sila en el Quersoneso, cuando ya este se proponía regresar, le proporcionó un viaje seguro y trasportes para el ejército. Como despues de hechos los tratados y de retirado Mitridates al Ponto Euxino, hubiese Sila impuesto al Asia veinte mil talentos, parece que fue para las ciudades un alivio de la severidad y aspereza de Sila el que en un encargo tan duro y desagradable se les mostrase Luculo, no solamente integro y justo, sino tambien afable y benigno. A los de Mitilene que se habian pasado al otro partido, tenia determinado guardarles cierta consideracion, y que fuera suave el castigo por lo que habian hecho en favor de Mario; pero hallándolos irreducibles, marchó contra ellos, y vencéndolos en batalla, los encerró dentro de sus murallas. Habiales puesto sitio; pero de dia y muy á su vista navegó para Elea; y volviendo despues sin ser visto ni advertido, se puso cerca de la ciudad en asechanza; y como los Mitileneos saliesen sin órden y sumamente confiados á apoderarse de un campamento que suponian abandonado, cayendo sobre ellos, hizo prisioneros á la mayor parte, y de los que se defendieron mató unos quinientos, habiendo sido seis mil los cautivos, é inmenso el botin que les tomó. Así detenido en el Asia, por una disposicion al parecer divina, para desempeñar estos encargos, ninguna parte tuvo en los muchos y diversos males con que Sila y Mario

afligieron entonces á los habitantes de toda la Italia; y sin embargo no mereció á Sila menor aprecio que los demas de sus amigos; antes le dedicó por afecto, como hemos dicho, la obra de sus comentarios, y al morir le nombró tutor de su hijo, no haciendo cuenta de Pompeyo; lo que parece haber sido el primer motivo de desavenencia y de zelos entre estos dos jóvenes, inflamados igualmente del deseo de gloria.

Poco despues de la muerte de Sila en la Olimpiada ciento y setenta y seis fue nombrado cónsul con Marco Cota; y habiendo muchos que trataban de remover la guerra mitridática, dijo Marco que no estaba dormida, sino sondormida solamente; por lo cual como en el sorteo de las provincias le hubiese cabido á Luculo la Galia Cisalpina, lo sintió vivamente, porque no podia ofrecer ocasion para grandes empresas. Mortificábale sobre todo el que Pompeyo iba ganando en España una aventajada opinion, y podia tenerse por cierto que si daba glorioso término á la guerra española, al punto se le nombraria general contra Mitridates. De aquí es que pidiendo este caudales, y escribiendo que si no se le facilitaban, abandonaria á la España y á Sertorio, pasando á la Italia con todas sus fuerzas, Luculo contribuyó con el mayor empeño á que se le enviasen, para quitar aquel motivo de que volviese durante su consulado, no dudando de que en la ciudad todo estaria á su devocion si en ella se presentase con un ejército tan poderoso. Ademas de que Cetego, árbitro entonces del gobierno, no por otra causa sino porque en cuanto hacia y decia no llevaba otra mira que la de complacer, estaba particularmente enemistado con Luculo, por cuanto este habia desacreditado su conducta cubierta de amores inhonestos, de liviandad, y de toda especie de desórdenes. A este pues le hacia guerra abierta; á Lucio Quincio, otro de los demagogos declarado contra las providencias de Sila, y que estaba dispuesto á turbar todo el órden establecido, ora mitigándole en particular y ora advirtiéndole en público, logró apartarle de aquel propósito, y sosegó su ambicion manejando política y saludablemente el principio de un gravísimo mal.

Vino en esto la noticia de haber muerto Octavio, que gobernaba en la Cilicia; y siendo muchos los que aspiraban á aquella provincia y que por tanto hacian la corte á Cetego, como que era el que habia de tener el mayor influjo para conferirle, Luculo por la Cilicia misma no hubiera hecho gran diligencia; pero echando cuenta con que si la alcanzaba, hallándose cerca la Capadocia, ninguno otro seria enviado á la guerra contra Mitridates, no dejó piedra por mover para que no le fuese arrebatada por otro la provincia; y aun compelido de esta necesidad, pasó contra todo su genio por una cosa nada decente ni laudable, aunque sí muy útil para su objeto. Habia entonces una tal Precia de nombre, de las mas celebradas en la ciudad por su belleza y cierta gracia, sin que en lo demas se diferenciase mucho de las otras que ejercian su infame profesion. Solia valerse de los que la frecuentaban y tenian trato con ella para los negocios y sollicitudes de sus amigos; con lo que añadiendo á las demas dotes la de parecer buena y diligente amiga, alcanzó bastante influjo. Sobre todo cuando logró atraer y tener por su amante á Cetego, que era el de mas nombre y el que todo lo podia en la ciudad, entonces puede decirse que se pasó á ella todo el poder; porque nada se hacia en la república sin que Cetego lo dispusiese y sin que Precia lo obtuviera de Cetego. Ganándola pues Luculo con dádivas y agasajos (ademas de que para una mujer vana y orgullosa era ya grande premio el que la vieran interesada por Luculo), tuvo ya este á Cetego por su panegirista y por su agente para alcanzar la Cilicia. Una vez conseguida, ya no hubo menester para nada ni á Precia ni á Cetego, sino que todos á una pusieron en su mano la guerra mitridática, como que no habia otro que pudiera administrarla mejor: hallándose todavia Pompeyo enredado en la guerra con Sertorio, y no estando ya Metelo para tamaña empresa á casa de su edad, que eran los dos únicos que podia tener Luculo por dignos rivales para aquel mando. Con todo su cólega Cota obtuvo á fuerza de instancias del Senado que se le enviara con una escuadra á defender la Propóntide y proteger la Bitinia.

Luculo, teniendo consigo una legion ya formada, partió con

ella al Asia, donde se entregó de las demas tropas que allí existian; las cuales todas estaban corrompidas con el regalo y la codicia; y ademas las llamadas Fimbrianas, por la costumbre de la anarquía y el desórden, habian perdido enteramente la disciplina; porque estos mismos soldados eran los que con Fimbria habian dado muerte á Flaco, cónsul y general, y los que despues habian puesto á Fimbria en manos de Sila: hombres insubordinados y violentos, aunque por otra parte buenos militares, sufridos y ejercitados en la guerra. Con todo Luculo en muy breve tiempo supo contener la insolencia de estos, y traer á los otros al órden; pues segun parece hasta entonces no habian servido bajo el mando de un verdadero general, sino que se les habia lisonjeado y dejado hacer su gusto para mantenerlos en la milicia. Por lo que hace á los enemigos, su estado era el siguiente: Mitridates, á la manera de los sofistas, al principio ostentoso y hueco, se habia presentado contra los Romanos con unas tropas endeblen en sí, aunque brillantes y de grande pompa á la vista; pero despues de vencido y escarnecido, con este escarmiento cuando hubo de volver á la lid, ya ordenó y dispuso su ejército de manera que pudiera obrar y le fuese útil; porque removiendo de él la muchedumbre indisciplinada de gentes, aquellas amenazas de los bárbaros, hechas en diferentes lenguas, y el aparato de armas doradas y guarnecidas con piedras, mas propias para ser despojo del enemigo que para fortalecer al que las lleva, adoptó la espada romana; entretejió escudos espesos y fuertes; cuidó mas de que los caballos estuvieran ejercitados, que de presentarlos galanos; y de este modo formó en huéste romana ciento veinte mil infantes y diez y siete mil caballos, sin contar los cuatro de cada carro falcado; siendo estos en número de ciento; con lo cual, y con hacer que las naves no estuvieran adornadas de pabellones de oro y de baños y cámaras deliciosas para mujeres, sino pertrechadas mas bien de armas, de dardos y de toda especie de municiones, vino sobre la Bitinia, recibéndole otra vez con gozo las ciudades; y no solo estas, sino el Asia toda, que habia vuelto á experimentar los males pasados, por haberla tratado de un modo intolerable los exac-

tores y alcabaleros romanos; á los cuales Luculo echó de allí mas adelante como harpías que devoraban los mantenimientos; aunque por entonces se contentó con procurar hacerlos mas moderados á fuerza de amonestaciones, al mismo tiempo que sosegaba las inquietudes de los pueblos, pues para decirlo así, no habia uno que no anduviese agitado y revuelto.

El tiempo que Luculo dedicaba á estos objetos, túvole Cota por ocasion favorable para pelear con Mitridates, á lo que se preparó; y como por muchos se le anunciase que Luculo estaba ya de marcha con su ejército en la Frigia, pareciéndole que nada le faltaba para tener el triunfo entre las manos, á fin de que Luculo no participase de él, se apresuró á dar la batalla. Mas derrotado á un mismo tiempo por tierra y por mar, habiendo perdido sesenta naves con todas sus tripulaciones y cuatro mil infantes; encerrado y sitiado en Calcedonia, tuvo que poner ya en Luculo su esperanza. Habia quien incitaba á Luculo á que sin hacer cuenta de Cota, fuera mucho mas adelante para tomar el reino de Mitridates mientras estaba indefenso: este era sobre todo el lenguaje de los soldados, los cuales se indignaban de que Cota no solo se hubiera perdido á sí mismo por su mal consejo, sino que además les fuese á ellos un estorbo para vencer sin riesgo; pero arengándoles Luculo, les dijo, que mas queria salvar del poder de los enemigos á un Romano, que tomar todo cuanto pudieran tener aquellos. Asegurábale Arquelao, general en la Beocia de Mitridates, pero que despues se habia pasado á los Romanos y militaba con ellos, que con dejarse ver Luculo en el Ponto seria inmediatamente dueño de todo; mas respondióle que no haber de ser él mas tímido que los cazadores, para que teniendo las fieras á la vista se hubiera de ir á perseguir sus madrigueras; y en seguido movió contra Mitridates con treinta mil infantes y dos mil y quinientos caballos. Puesto ya á vista de los enemigos, admirado de su número, determinó evitar la batalla y ganar tiempo; pero presentándosele Mario, general que habia sido por Sertorio enviado desde España con tropas en auxilio de Mitridates, y provocándole, se mantuvo en orden como para dar batalla;

y cuando apenas faltaba nada para trabarse el combate, de repente, sin mutacion ninguna visible, se rasgó el aire, y se vió un cuerpo grande inflamado caer entre ambos ejércitos, siendo en su figura semejante á una tinaja y en su color á la plata candente; lo que puso miedo á unos y á otros, y los separó. Dicese que este suceso ocurrió en la Frigia, en el sitio llamado Otrias. Luculo, reflexionando que no podia haber prevenciones ni riquezas que bastasen á mantener por largo tiempo tantos millares de hombres como Mitridates tenia reunidos, mandó que le trajesen á uno de los cautivos, y lo primero que supo de él fue cuantos camaradas eran en su tienda; y despues cuantos víveres habia dejado en ella: luego que le respondió, hizo que se retirara, y del mismo modo mandó comparecer al segundo y tercero, etc. Multiplicando luego la cantidad de provisiones por el número de los que las consumian, halló que á los enemigos no les quedaban víveres mas que para tres ó cuatro dias; por lo cual resolvió con mas justa razon ir dando tiempo, y acopió en su campamento cuantos víveres pudo recoger para acchar, estando él sobrado, el momento de escasez en los enemigos.

En esto Mitridates armó lazos á los de Cicico, maltratados ya de la batalla de Calcedonia, en la que habian perdido trece mil hombres y diez naves; mas queriendo que no lo entendiese Luculo, movió desde la cena una noche oscura y lluviosa, y se apresuró á poner su campamento al mismo rayar el dia en frente de la ciudad, junto al monte de Adrastia. Habiéndolo llegado á saber Luculo fué en su seguimiento, y teniéndose por contento con no dar desapercibido en manos de los enemigos, fijó sus reales en un territorio llamado Tracia, y en sitio perfectamente puesto respecto de los caminos y pueblos por donde y de donde necesariamente habia de surtirse de víveres Mitridates. Por tanto comprendiendo ya en su ánimo lo que habia de suceder, no usó de reserva con sus soldados: sino que acabado de establecer el campamento, y fenecidas las obras, los reunió sin dilacion; y arengándoles, les anunció con grande recocijo que en breves dias, sin necesidad de derramar sangre, les daria la victoria. Mi-

tridates poniendo por tierra en derredor de Cicico diez campamentos, y cerrando por la mar con naves el estrecho que separa la ciudad del continente, sitiaba por una y otra parte á los habitantes; alentados y resueltos por todo lo demas á sufrir los mayores trabajos por amor de los Romanos; y solamente inquietos por no saber donde paraba Luculo; y eso que le tenian al frente y bien á la vista; pero los de Mitridates los engañaron: porque mostrándoles á los Romanos que tenian ocupadas las alturas, ¿Veis aquellos? les dijeron; pues es el ejército de los Armenios y los Medos, enviado por Tigranes á Mitridates para darle auxilio. Sobrecogieron entonces al ver sobre sí tan formidable aparato de guerra, perdiendo hasta la esperanza de que aun cuando sobreviniese Luculo le quedara lugar por donde socorrerlos. Con todo Arquelao les envió á Demonacte y este fue el primero que les anunció hallarse á la vista Luculo. No queriendo darle crédito, por parecerles que aquella noticia la habia inventado para no dejarlos sin algun consuelo, llegó oportunamente un jóven que estando cautivo habia podido fugarse. Preguntaronle donde estaba Luculo; y él se echó á reir, creyendo que se burlaban; mas cuando vió que iba de veras, les mostró con el dedo el campamento de los Romanos, con lo que nuevamente cobraron ánimo. Al mismo tiempo estando la laguna Dascilitide llena de lanchas bastante capaces, hizo Luculo traer una á la orilla, y tirándola despues con un carro hasta el mar, colocó en ella cuantos soldados cupieron; y haciendo estos la travesía de noche, entraron en la ciudad sin que lo entendiesen los enemigos.

Hasta con prodigios fueron los de Cicico alentados por los Dioses, como complaciéndose de su valor, habiendo ocurrido entre otros el de que venida la fiesta de Proserpina les faltaba para el sacrificio la vaca negra, y formando una de harina, la pusieron sobre el ara, pero la vaca sagrada, que se habia criado destinada para la Diosa, y que con los demas ganados de los de Cicico estaba pastando á la parte de afuera, en aquel mismo dia separándose de la manada se fué corriendo sola á la ciudad, y se presentó por sí misma al sacrificio. Aparecióse asimismo la Diosa entre sueños á

Aristágoras, maestro de niños del pueblo: « Y yo tambien vengo, le dijo, trayendo al flautista Africo contra el trompetero Pontico: di pues á los ciudadanos que tengan ánimo. » Maravilláronse los Cicicenos del aviso, y al amanecer se mostró ya el mar alterado, levantándose un viento incierto. A su primer soplo las máquinas del Rey, obras admirables del Tesaliano Nicónidas, arrimadas á los muros, con la agitación y el ruido anunciaron lo que iba á suceder; y luego dominando un austro de una fuerza increíble, en un momento destrozó todas las demas máquinas, y con el sacudimiento hizo tambien pedazos una torre que habia de madera. En Ilio se refiere haber sido Minerva vista por muchos entre sueños cubierta de sudor y rasgado el peplo, diciendo que entonces mismo venia de ayudar á los Cicicenos; y los Ilienses mostraban una columna que contenia los decretos é inscripciones relativas á este asunto.

A Mitridates, mientras que fascinado por sus generales no echó de ver el hambre que afligia á su ejército, le mortificaba el que los Cicicenos fuesen esquivando los efectos del sitio; pero despues repentinamente decayó de su ambicion y de su orgullo, cuando se enteró de las privaciones de sus soldados, que llegaban hasta el extremo de comer carne humana; porque Luculo no hacia la guerra galanamente y por ostentacion, sino como dice, el proverbio, encaminándola al vientre y poniendo el mayor esmero en que por ninguna via pudieran llegarles víveres. Hallábase este ocupado en sitiar una fortaleza; y como se apresurase Mitridates á aprovechar la ocasion, y enviase á la Bitinia casi todos los de caballería con los trenes, y de la infantería los inutilizados, llegándolo á entender Luculo, regresó en aquella misma noche al campamento; y á la mañana, sin embargo de hacer muy mal dia, llevando consigo diez cohortes y la caballería se puso en su persecucion, mojándose, y con gran incomodidad, tanto que muchos de los soldados cediendo al frio se le quedaron por el camino; pero con los otros alcanzó á los enemigos á las inmediaciones del rio Rundaco, y causó en ellos tal destroz, que las mujeres que habian acudido de Apolonia saquearon el bagaje, y despojaron á los muertos. Siendo

estos muchos, como se deja conocer, tomó seis mil caballos é innumerable muchedumbre de acémilas, cautivando todavía quince mil hombres, y á todos éstos los presentó delante del campamento de los enemigos. No puedo menos de maravillarme de que diga Salustio que entonces vieron los Romanos camellos por la primera vez, no considerando que ya antes los habian de haber visto los que con Escipion vencieron á Antioco, y los que recientemente habian combatido con Arquelao junto á Oreomene y Queronea. Teniendo además Mitridates determinado huir con precipitacion, procuraba poner á Luculo estorbos y dilaciones á la espalda; para lo que despachó al capitán de navio Aristónico al mar de Grecia; pero en el mismo momento de hacerse á la vela se apoderó de él Luculo, y de diez mil aureos (1) que llevaba consigo, con el objeto de sobornar alguna parte del ejército Romano. En tanto Mitridates huyó hácia el mar, y los generales conducian el ejército; mas sorprendiéndolos tambien Luculo junto al rio Granico, y cautivó á la mayor parte, habiendo dado muerte á unos veinte mil. Dicese pues que de tantos millares de hombres como habian venido, así de los de guerra como de las demas clases fueron muy cerca de trescientos mil los que perecieron.

Luculo lo primero que hizo fué dirigirse á Cicico, donde gozó del placer y buen recibimiento que era consiguiente; y despues para reforzar su armada recorrió el Helesponto. Llegado á la Troade, se albergó en el templo de Vénus y aquella noche despues de recogido le pareció tener presente á la Diosa, y que le decia:

Iracundo Leon, ¿tú estas dormido  
Cuando tan cerca tienes á los ciervos?

Levantándose pues y convocando á sus amigos todavía de noche, les refirió su ensueño. Al propio tiempo llegaron unos de Ilio dándole aviso de haberse dejado ver trece galeras de cinco órdenes de las del Rey hácia el puerto de los Griegos que se encaminaban á Lemnos. Hizose sin dilacion al mar y las tomó, dando muerte á Isidoro su comandante; y en se-

(1) El aureo romano era la cuarta parte de una onza de oro.

guido fué en persecucion de los demas gefes. Hallábanse sus naves ancladas, remolcándolas hácia tierra, peleaban desde cubierta, causando gran daño á las de Luculo, porque el lugar no permitia envolver á las de los enemigos, ni tampoco combatir las de cerca con naves á flote, mientras que estas estaban pegadas á tierra y bien aseguradas. Con todo por la única parte de la isla por donde habia paso, aunque difícil, destacó algunas tropas escogidas, las cuales cayendo por la espalda sobre los enemigos, á unos les dieron muerte, y á otros los precisaron á picar cables para huir de la tierra; pero chocando unas naves con otras, vinieron á meterse entre las de Luculo: así fueron muchos los que perecieron; y con los cautivos fue traído uno de los generales de Sertorio llamado Mario. Era tuerto, y se habia dado desde luego la orden á los que navegaban al mando de Luculo de que no quitaran la vida á ningun tuerto, á fin de que recibiera una muerte llena de ignominia y afrenta.

Desembarazado de este incidente, se apresuró á ir en persecucion del mismo Mitridates: porque esperaba encontrarlo en la Bitinia detenido por Boconio, á quien él habia enviado hácia Nicomedia con algunas naves para molestarle en su fuga; pero Boconio se habia retrasado en Samotracia, con motivo de iniciarse y celebrar los misterios; y á Mitridates, que navegaba con su armada, y se daba prisa por llegar al Ponto antes que volviese Luculo, le sobrecogió una terrible tormenta, con la que unas naves se le desaparecieron y otras se le fueron á pique. Toda la costa se vió por muchos dias cubierta de despojos de naves arrojadas á la orilla por las olas; y como el transporte en que él mismo navegaba no pudiese ser traído á tierra por los pilotos á causa de la gran borrasca, y de estar las olas tan enfurecidas, ni tampoco aguntar en el mar por ser muy pesado y hacer agua, trasladándose á un buque de los de corso, y poniendo su persona á merced de los piratas, por un modo increíble y extraño, aportó salvo á Heraaclea del Ponto. No le salió pues mal á Luculo la jaectancia de que usó ante el Senado: porque habiendo decretado este que con tres mil talentos se dispusiese la armada para aquella guerra, se opuso á ello,

mandando cartas en que se gloriaba de que sin tantos gastos y preparativos arrojaría del mar á Mitridates con solas las naves de los aliados; lo que así cumplió con el auxilio de los Dioses: porque se dice haber sido para los del Ponto aquella tormenta castigo de Diana Priapina, por haber saqueado su templo y robado su imágen.

Aconsejaban muchos á Luculo que dilatase la guerra; pero no dándoles oídos, marchó por la Bitinia y la Galacia hácia la tierra del Rey; tan desprovisto al principio de viveres que le seguían treinta mil Gálatas, llevando cada uno una fanega de trigo al hombro; mas yendo adelante, y apoderándose de todo el terreno, llegó á ser tal la abundancia, que en el campamento se compraba un buey por una dracma y un esclavo por cuatro; y no teniendo todo el demás botín en ningún precio, unos lo abandonaban y otros lo destruían; pues no podía haber permutas cuando todos estaban sobrados. Mas como ninguna otra cosa hiciesen que correr y devastar el país hasta Tesmiciras y las regiones del Termodonte, culpaban á Luculo de que se le iban entregando las ciudades; y no tomando ninguna á viva fuerza, los privaba de poder utilizarse con el saqueo: «Porque ahora, decían, haciéndonos pasar de largo de Amiso, ciudad opulenta y rica, que no era grande obra el tomarla si alguno le pusiera sitio, nos conduce á los desiertos de los Tibarenos y los Caldeos á hacer la guerra á Mitridates.» Pero en estas cosas no hacía alto Luculo ni le merecían atención, porque no creía que los soldados se propasasen al extremo de locura que despues se vió; y solo daba razon de su conducta á los que le acusaban de morosidad por detenerse tanto tiempo en ciudades y lugares de ninguna consideración, dejando que entre tanto se acrecentara el poder de Mitridates. «Juntamente, les decía, es esto lo que yo quiero, y de intento me detengo en este país dando lugar á que aquel se engrandezca de nuevo, y reúna una fuerza respetable, para que así aguarde y no huya á nuestra llegada. ¿Acaso no veis como ha dejado en pos de sí sin vestigio ninguno, unos vastísimos desiertos? Pues ya cerca de aquí está el Cáucaso y otros muchos montes espesísimos, capaces de contener y ocultar mi-

llares de Reyes que hagan la guerra de montaña. De los Cabiros son bien pocas las jornadas que hay hasta la Armenia, y en esta tiene su residencia Tigranes, Rey de Reyes, con tan poderosas fuerzas, que con ellas repele á los Partos del Asia, traslada ciudades griegas á la Media, y se deshace de los Reyes que vienen de Seleuco, llevándose robadas sus hijas y sus mujeres. Pues con este tiene deudo Mitridates, como que es su yerno: por tanto no es de creer que si le supplica, lo abandone; sino que nos moverá guerra; y si nos empeñamos en perseguir á Mitridates, corre peligro que traigamos sobre nosotros á Tigranes, que ya hace tiempo anda buscando motivos, y aprovechará este que se le presenta de verse en la precisión de auxiliar á uno que es Rey y su pariente. ¿Pues porque hemos de ser nosotros los que lo preparemos y los enseñemos á Mitridates, que no lo advierte quiénes son aquellos con quienes ha de venir á combatirnos? ¿Por qué cuando él no piensa en ello lo hemos de precisar á echarse en brazos de Tigranes? ¿No es mejor que le demos tiempo para que se robustezca y refuerce con los suyos, viniéndonos á hacer la guerra con los Colcos, Tibarenos y Capadocios, á quienes hemos vencido muchas veces, que no con los Medos y los Armenios.»

Discurriendo de esta manera Luculo, se detuvo á la vista de Amiso, poniéndole remisamente sitio; y despues de pasado el invierno, dejando á Murena para continuar aquel, marchó contra Mitridates, que habia situado en los Cabiros, y pensaba ser ya superior á los Romanos, por haber reunido bastantes fuerzas, consistentes en cuarenta mil infantes y cuatro mil caballos, que era en los que principalmente tenía su confianza: pasando pues el río Lico, provocaba á los Romanos á descender á la llanura. Trabóse un combate de caballería, en el que estos dieron á huir, habiendo quedado prisionero, á causa de hallarse herido. Pomponio, varon muy principal, que fué llevado ante Mitridates muy mal parado de sus heridas; y como le preguntase el Rey, si dejándole ir salvo seria su amigo: Sí, le respondió, como hagas la paz con los Romanos; pero sino, enemigo; de lo que admirado Mitridates, ningún daño le hizo. Llegó Luculo á temer del ter-

reno llano, por ser los enemigos superiores en caballería; y repugnando marchar por las alturas, á causa de que el camino era largo, montuoso y sumamente áspero, hizo la casualidad que fuesen cogidos prisioneros unos Griegos al tiempo de ir á refugiarse en una cueva; y el mas anciano de ellos, llamado Artemidoro, prometió á Luculo conducirle donde pusiera su campo en lugar seguro, guarnecido con una fortaleza puesta precisamente encima de los Cabiros. Dióle crédito Luculo y á la noche movió despues de encendidos los fuegos: pasó los desfiladeros sin riesgo y ocupó el puesto apareciéndose á la mañana siguiente sobre la cabeza de los enemigos, y colocando su ejército en un sitio que si queria pelear, le daba facilidad para ello; y si no queria, le ponía á cubierto de ser violentado. Ninguno de los dos estaba por entonces en ánimo de venir á las manos; pero se dice que yendó los del Rey en persecucion de un ciervo, les salieron al encuentro para cortarlos algunos Romanos, y que con esto trabaron pelea acudiendo continuamente muchos de una y otra parte. Vencieron por fin los del Rey, y viendo los Romanos desde las trincheras la fuga de los suyos, llenos de pesar, corrieron á dar parte á Luculo rogándole que los condujese y que los formase para batalla. Mas él queriendo hacerles ver de cuanta importancia es en medio de los combates y de los peligros la vista y la presencia de un general prudente, dándoles orden de que esperaran sin moverse, bajó á la llanura, y puesto ante los primeros que huian, les mandó detenerse y volver con él. Obedecieronle y deteniéndose asimismo é incorporándoseles los demas, con muy poco trabajo rechazaron á los enemigos, persiguiéndolos hasta su campamento. A la vuelta impuso Luculo á los fugitivos el afrentoso castigo establecido por ley, haciéndoles cabar con las túnicas desceñidas un foso de doce pies á la vista y presencia de todos sus camaradas.

Habia en el ejército de Mitridates un hombre de grande autoridad llamado Oltaco, perteneciente á la nacion bárbara de los Dándaros, una de las que habitan junto á la laguna Meotis. Era este Oltaco excelente para todo lo que en la guerra pide valor y determinacion; prudente y avisado en

los negocios árdulos, y ademas afable y complaciente en su trato. Como tuviese pues competencia y emulacion de privanza con otro de su misma gente, ofreció á Mitridates un servicio señalado, cual era el de dar muerte á Luculo. Aplaudióle el Rey, y como de intento le diese algunos motivos de fingido enojo y desabrimiento, partió para el campo de los Romanos, donde fue de Luculo benignamente recibido, porque habia de él grande noticia en el ejército, y haciéndose lugar casi desde su llegada en el ánimo de aquel con su diligencia y su esmero, continuamente lo tenia á su mesa y se valia de su consejo. Cuando le pareció al Dándaro que ya era llegada la ocasion, mandó á sus asistentes que le sacaran el caballo fuera del campamento, y él, siendo la hora del mediodia en que los soldados descansaban y hacian siesta, se dirigió á la tienda del general, bien persuadido de que nadie estorbaria el paso á un hombre de confianza que aparentaba tener que comunicarle un asunto de grande entidad y urgencia. La entrada fue sin tropiezo, y el lance hubiera sido cual podia desearle, si el sueño, que á tantos generales ha perdido, no hubiera salvado á Luculo: porque casualmente estaba durmiendo: y Menedemo, uno de los que hacian la guardia, que se hallaba en la misma puerta, anunció á Oltaco que llegaba á mal tiempo, pues hacia muy poco que Luculo, despues de tantas vigiliass y trabajos se habia entregado al descanso; y como no se retirase á su orden, sino que dijese serle forzoso entrar porque queria hablar de un negocio grave y urgente, enfadado Menedemo, y replicando que nada habia mas urgente que salvar á Luculo, le echó de allí á empujones. Entró con esto en miedo y saliendo del campamento, montó en su caballo y se volvió al ejército de Mitridates, sin poner por obra su designio: tan grande es el poder de la oportunidad para sanar y para dañar, no menos en los negocios, que en los medicamentos!

Fue despues de esto enviado Sornacio con diez cohortes á hacer acopio de viveres, y viéndose perseguido por Menandro, uno de los generales del Rey, le hizo frente, y trabando combate, ahuyentó á los enemigos causándoles grandísimo daño. Mandóse de allí á poco con el mismo objeto á Adriano,

llevando á su disposicion bastantes fuerzas, para que pudiese hacer abundante provision; y Mitridates, que no dejó de entenderlo, envió á Menemaco y á Miron comandantes de considerable número de infantes y caballos; y á excepcion de dos, todos, segun se dice, fueron muertos por los Romanos: pérdida que procuró ocultar Mitridates, dando á entender que no habia sido de tanta entidad, sino ligera y debida á la impericia de sus generales; pero Adriano pasó vanaglorioso por delante del campamento con muchos carros cargados de bastimentos y de despojos, lo que en aquel produjo desaliento, y en los soldados temor y confusion. Determinóse por tanto no aguardar allí mas tiempo; y los de la familia del Rey se adelantaron á querer enviar cómodamente sus efectos y equipajes, impidiéndoselo á los demas; pero inquietos estos los atropellaron en la misma salida y saquearon los equipajes dándoles á ellos muerte. Allí el general Dorialo, que no tenia sobre sí otra cosa de algun precio que la púrpura, pereció por quitársela; y el sacrificador Hermao fue pisoteado en el recinto de la puerta. El mismo Mitridates, no habiéndole quedado ni sirviente, ni palafrenero alguno, tuvo que salir del campamento mezclado con la muchedumbre, sin tener ni uno siquiera de sus caballos; y solo habiéndole visto al cabo de tiempo, cuando así era arrebatado por el torrente de aquel tropel, uno de sus eunucos llamado Tolomeo, que tenia caballo, echó pie á tierra y se lo cedió. Porque ya los Romanos le alcanzaban siguiéndole de cerca; y por la priesa no habrian dejado de cautivarle, yendo ya casi á echarle mano; sino que la codicia y el ansia propia de soldados, quitó á los Romanos una presa tras la que andaban largo tiempo habia, sufriendo por ella muchos combates y peligros; y á Luculo le privó del verdadero premio de su victoria; pues cuando ya tenian á la vista y estaban para llegar al caballo que le conducia, presentándoseles una de las acémilas que iban cargadas de oro, ó porque el Rey de intento la pusiese delante á los que le perseguian, ó porque la casualidad lo hiciese, detenidos á saquear y robar el oro, altercando unos con otros, con este incidente se atrasaron. Ni fue este solo el daño que en aquella ocasion se originó á Lu-

culo de la avaricia de los soldados; sino que habiendo sido apresado el secretario íntimo del Rey, Calistrato, les dió orden de que se le llevasen; y los que le llevaban, habiendo entendido que tenia en el ceñidor quinientos aureos, le quitaron la vida; y aun tuvo sin embargo que condescender con que saquearan el campamento.

Tomó los Cabiros y otros muchas fortalezas, habiendo descubierto grandes tesoros, y los calabozos donde estaban presos muchos Griegos y muchas personas de la familia real; á los que teniéndose por muertos, la magnanimidad de Luculo no les dió solo salud, sino resurreccion en cierta manera y un segundo nacimiento. Fue al mismo tiempo cautivada Nisa, hermana de Mitridates, habiendo estado su salvacion en su cautiverio; pues las otras hermanas, y las mujeres que parecia estar mas distantes del peligro y con seguridad en Farnacia, perecieron lastimosamente, enviando Mitridates contra ellas desde su fuga al eunuco Baquides. Entre otras muchas se hallaban dos hermanas del Rey, Rojana y Estatira, solteras en la edad de cuarenta años; y dos de sus mujeres, Jonias de origen, Berenice de Quio y Monima de Mileto. Era grande la fama de esta entre los Griegos, porque solicitándola el Rey y enviándole de regalo quince mil aureos, no se dejó vencer hasta que se hicieron los contratos matrimoniales, y remitiéndole este la diadema, la declaró Reina. Habia sin embargo pasado su vida en grande amargura; y se lamentaba de su belleza, porque en lugar de marido le habia ganado un déspota; y en lugar de matrimonio y casa, la fortaleza de un bárbaro; y llevada lejos de la Grecia, los bienes esperados no eran mas que un sueño; y de aquellos verdaderos estaba careciendo. Llegado pues Baquides, como les intimase la orden de morir del modo que á cada una le pareciese mas fácil y menos doloroso, quitándose la diadema de la cabeza, se la ató al cuello y se colgó de ella; pero habiéndosele roto inmediatamente: ¡Maldito arripiezo, dijo, que ni siquiera para esto me has valido! y despues de haberla escupido y arrojádola al suelo, alargó el cuello á Baquides. Berenice tomó en la mano una taza de veneno, y pidiéndole su madre, que se hallaba presente, la

partiese con ella, se la alargó y bebieron ambas. La fuerza del veneno fue bastante para el cuerpo mas flaco; pero no acabó con Berenice que para su constitucion no habia bebido bastante, y como luchase largo rato con las ansias de la muerte, tomó Baquides por su cuenta el ahogarla. De las hermanas solteras se dice que la una bebió el veneno despues de haber proferido mil imprecaciones y dictérios; y que la otra no pronunció ni una palabra injuriosa ni nada que desdijese de su origen; sino que mas bien elogió á su hermano, porque en medio de sus peligros propios no las habia olvidado y antes habia cuidado de que muriesen libres y sin sufrir afreatas. Todas estas cosas fueron de sumo disgusto á Luculo, que era de humana y benigna condicion.

Continuando en la persecucion llegó hasta Talauros; pero llevándole cuatro dias de ventaja Mitridates, que se retiraba á la Armenia, acogiéndose á Tigranes, hubo de retroceder; y habiendo vencido á los Caldeos y Tibarenos, tomó la Armenia menor; sometió otras fortalezas y ciudades, y enviando á Apio en legacion á Tigranes para reclamar á Mitridates, se encamino á Amiso que todavía permanecia cercada. Era la causa de esta dilacion el general Calimaco, que con sus conocimientos en la maquinaria y con todas las habilidades y estratagemas que admite un sitio, daba mucho en que entender á los Romanos, de lo que mas adelante tuvo su merecido. Por entonces burlado á su vez por Luculo, que en la hora en que los soldados solicitan retirarse y descansar, dió repentinamente el asalto y tomó alguna parte, aunque no grande de la muralla, salió de la ciudad poniéndole fuego: bien fuese con la mira de que no sacasen de ella utilidad alguna los Romanos, ó bien con la de facilitar mas su fuga; pues lo cierto es que nadie hizo alto en los que por el mar se retiraban. Cuando ya la llama se via discurrir en globos por el muro, y los soldados se aparejaban al saqueo, Luculo lamentándose de la ruina de la ciudad, clamaba desde afuera por auxilio contra el incendio, y exhortaba á que le apagasen; pero de nadie era escuchado, porque todos estaban entregados á buscar en que cebar la codicia, y agitaban las armas con grande vocería; tanto que violentado de

este modo, hubo de condescender con su deseo por si así libertaria á la ciudad del incendio; mas ellos hicieron todo lo contrario: pues mientras todo lo registran con hachas, llevando fuego por todas partes, quemaron las mas de las casas: de manera que entrando Luculo á la mañana siguiente, se echó á llorar, hablando así á sus amigos: « Muchas veces consideré la felicidad de Sila; pero hoy es cuando principalmente admiro su buena dicha: pues que queriendo salvar á Atenas, fue bastante poderoso para conseguirlo; y yo euando deseaba aquí imitarle, algun mal genio me ha hecho incurrir en la mala opinion de Mumio. » Esforzóse sin embargo á reparar la ciudad de aquella calamidad; y por descotado por un feliz aeaso una lluvia que sobrevino al tiempo mismo de ser tomada, apagó el incendio; y él sin salir de allí reedificó el mayor número de casas arruinadas; dió acogida á los Amisenos que habian huido, y establecimiento á los demas Griegos que quisieron acudir, señalándoles un término de ciento y veinte estadios. Era esta ciudad colonia de los Atenienses, fundada en aquellos felices tiempos en que floreció su poder, teniendo el dominio del mar; y aun por esto muchos, huyendo de la tiranía de Aristion, trasladándose allá por mar, fijaron en ella su residencia, sucediéndoles que por evitar los males propios tuvieron que sufrir los ajenos. De estos pues á los que quedaron salvos los vistió Luculo decentemente, y dando á cada uno doscientas draemas, los restituyó á su casa. Fue tambien cautivado en aquella ocasion Tiranion el gramático: pidióle Murena; y habiéndole sido entregado, le dió libertad, usando liberalmente de aquel don: pues no entraba en la idea ni en la voluntad de Luculo que un hombre, codiciado por su saber, fuese hecho esclavo primero y despues libre: porque realmente aquel no fue acto de darle la libertad, sino de quitar-sela. Bien que no es esta la única vez en que Murena se mostró muy distante de la delicadeza y pundonor de su general.

Dirigióse entonces Luculo á las ciudades del Asia, para hacer, mientras se hallaba desocupado de los negocios militares, que participasen de la justicia y de las leyes: benefi-

cios de los que los increíbles é inexplicables infortunios pasados habian privado por largo tiempo á la provincia; siendo saqueada y esclavizada por los alcabaleros y logreros, que reducian á los naturales al extremo de vender en particular los hijos de buena figura y las hijas doncellas; y en comun las ofrendas, las pinturas y las estatuas sagradas; y ellos al fin venian á sufrir la suerte de ser entregados por esclavos á los acreedores. Y lo que á esto precedia, los pies de amigo, los encierros, los potros, las estancias á la inclemencia, en el verano al sol y en el invierno al frio, entre el barro y el yelo, era todavia mas duro é insoportable; de manera que la esclavitud en su comparacion era paz y alivio de miserias. Observando pues Luculo estos males en las ciudades, en breve tiempo libertó de ellos á los que los experimentaban: porque en primer lugar mandó que ninguna usura pasase del uno por ciento; en segundo dió por acabadas las que habian llegado á exceder el capital; y en tercero, que fue lo mas importante, dispuso que el prestamista disfrutase la cuarta parte de las rentas del deudor; y á aquel que incorporaba las usuras con el principal, lo privó del todo: de manera que en el breve tiempo de cuatro años se extinguieron todos los créditos, y las posesiones quedaron libres á sus dueños. Eran estas deudas públicas, y provenian de los veinte mil talentos en que Sila multó al Asia: el duplo pues de esta cantidad fue el que se pagó á los acreedores, que con las usuras la habian ya hecho subir á la suma de ciento veinte mil talentos. Estos pues, como si les hubiese hecho el mayor agravio, clamaban en Roma contra Luculo, y con dinero concitaron contra él á muchos de los demagogos, siendo gente de gran poder, y que tenian á su devocion á muchos de los que mandaban; pero con todo Luculo no solamente se ganó el amor de los pueblos á quienes hizo beneficios, sino que era deseado de las demas provincias, que tenian por felices á aquellas á quienes habia cabido la suerte de tal gobernador.

Apio Claudio, el enviado en legacion á Tigranes, que era hermano de la mujer con quien entonces estaba casado Luculo, al principio fue de los guías del Rey conducido por la

tierra alta, siguiendo un camino de muchos días, que hacia grandes y no necesarios rodeos, hasta que mostrándole uno de sus libertos, Siro de nacion, otro camino derecho, se apartó de aquel primero largo y torcido, despidiendo á los conductores regios; con lo que en breves dias se puso al otro lado del Eufrates, y llegó á Antioquia la de Dafne. Mandósele que esperara á Tigranes, porque se hallaba ausente, ocupado en subyugar algunas ciudades de la Fenicia; y él en tanto ganó á algunos de los grandes, que de mala gana obedecian á un Armenio, siendo uno de ellos Zarbieno, Rey de la Gordiena; y á muchas ciudades de las sojuzgadas, que reservadamente le enviaron mensajeros, les ofreció el auxilio de Luculo, encargándoles que por entonces disimulasen y se estuviesen quedas. Porque á los Griegos no era tolerable, sino mas bien duro y molesto, el imperio de los Armenios, y sobre todo el del Rey, cuyo orgullo y altaneria no tenia limites, pareciéndole que todo cuanto bueno apeteccen y admiran los hombres, ó dimanaba de él, ó por consideracion suya lo disfrutaban: pues habiendo empezado por esperanzas muy pequeñas y de ningun momento, habia sujetado muchas gentes, habia humillado mas que otro alguno el poder de los Persas, y habia llenado de Griegos la Mesopotamia, sacando desterrados á muchos, ora de la Cilicia y ora de la Capadocia. Movió tambien de sus asientos á los Arabes Escenitas, trasplantándolos y estableciéndolos cerca de su residencia, para hacer por medio de ellos el comercio. Los Reyes que le servian eran muchos; y á cuatro los tenia siempre cerca de sí como pajes ó escuderos; los cuales cuando iba á caballo corrian á su lado á pie con solas las túnicas; y cuando se sentaba á dar audiencia, se colocaban junto á su trono, teniendo plegadas una con otra las manos: postura que entre todas parece ser la mas característica de la servidumbre, como de hombres que abdican la libertad, y se muestran mas dispuestos á sufrir, que á obrar. Mas á Apio nada le impuso, ni le causó admiracion aquella ostentacion teatral, sino que apenas fue admitido á la audiencia, le dijo sin rodeos que el objeto de su mision era reclamar á Mitridates debido á los triunfos de Luculo, ó intimar á Tigranes la

guerra : de manera que por mas que este afectó serenidad y sonrisa en el semblante para oír el mensaje, todos echaron de ver que le habia inmutado el desenfado de aquel jóven; quizá porque no habia escuchado otra palabra libre en veinticinco años, pues otros tantos llevaba de reinar, ó mas bien de tiranizar y oprimir. Respondióle pues que no entregaba á Mitridates, y se defenderia de los Romanos, autores de aquella guerra. Ofendido de Luculo porque en la carta le llamó Rey solamente, y no Rey de Reyes, en la respuesta no le dió tampoco el título de Emperador. Envió sin embargo á Apio presentes de gran valor; y como no los recibiese, le envió todavía otros mayores; de los cuales Apio, porque no pareciese que por enemistad los desdeñaba, tomó solamente una taza, volviéndole los demas, y á toda priesa partió en busca del general.

Tigranes al principio ni siquiera se dignó de ver á Mitridates, ni de admitirle á su audiencia, con ser un deudo suyo, despojado de tan poderoso reino; sino que le trató con ignominia y desprecio, teniéndole como en custodia en un pais pantanoso y mal sano; pero entonces le envió á llamar con aprecio y benevolencia; y teniendo ambos conferencias secretas en el palacio de los zelos y sospechas que mutuamente se habian dado el uno al otro, se descargaron sobre sus amigos, atribuyéndoles á estos la culpa. Era uno de ellos Metrodoro Escepsio, varon elocuente, de grande instruccion, y que habia llegado á tal grado de amistad, que comunmente se le daba el nombre de padre del Rey: y habiendo sido á lo que parece enviado de embajador por Mitridates para rogar á Tigranes le auxiliase contra los Romanos, preguntóle este: ¿Y tú, Metrodoro, qué es lo que en este punto me aconsejas? y entonces él, bien fuera porque solo atendiese al bien de Tigranes, ó bien porque no desease que Mitridates saliese á salvo, le respondió que como embajador se lo rogaba, y como su consejero se lo disuadia. Refirióselo Tigranes á Mitridates en el concepto de que no le vendria mal á Metrodoro; pero él al punto le dió muerte, tomando de ello gran pesar Tigranes, sin embargo de que no tuvo toda la culpa de esta desgracia de Metrodoro: pues realmente no hizo mas

que dar nuevo calor á la displicencia y encono con que ya le miraba Mitridates; lo que mas claramente se descubrió cuando ocupados sus papeles reservados, se halló en ellos la orden de hacer perecer á Metrodoro. Dió Tigranes honorífica sepultura á su cadáver, no excusando gasto alguno para con un muerto, á quien vivo habia hecho una traicion. Murió tambien en la corte de Tigranes el orador Anficrates; de quien si hacemos memoria, es solo por consideracion á Atenas. Dícese pues de él que huyó á Seleucia del Tigris, donde habiéndosele rogado que hiciese uso de su arte, los desdeñó con altanería, respondiéndole que un delfin no cala en un plato; que habiendo pasado de allí al palacio de Cleopatra, hija de Mitridates y mujer de Tigranes, se le levantó inmediatamente una calumnia; y como por ella se le prohibiese el trato con los Griegos, de hambre se quitó la vida; y finalmente que Cleopatra le sepultó con magnificencia, estando enterrado en Sasa, que es como se llama una de aquellas aldeas.

Luculo si procuró dar á las ciudades del Asia las mayores pruebas de benevolencia, y hacerlas gozar de las delicias de la paz, no por eso se olvidó de las cosas de placer y regocijo; sino que deteniéndose en Efeso, cuidó de ganarse su afecto con pompas y festejos de victoria, y con luchas y combates de gladiadores; y ellas en justo retorno celebraron juegos, que llamaron Luculeyo, y le correspondieron con un amor verdadero, mas satisfactorio que aquella honra. Mas luego que llegado Apio se enteró de que habia que entrar en guerra con Tigranes, marchó otra vez al Ponto con su ejército, y puso sitio á Sinope, ó por mejor decir á los Ciliceños súbditos del Rey, que entonces la ocupaban; los cuales dando muerte á muchos Sinopenses, y poniendo fuego á la ciudad, huyeron en aquella noche. Entró Luculo luego que lo supo y á unos ocho mil que habian quedado, los pasó al filo de la espada; adjudicando las casas á los demas que no eran de ellos, y tomando la ciudad bajo su especial amparo, á causa principalmente de una vision que tuvo, y fue en esta forma. Parecióle entre sueños que se le ponía uno al lado y le gritaba: Adelanta, Luculo, un poco, porque viene

Autólico que tiene que tratar contigo. Levantándose pues, no supo á qué referir aquella aparicion, ni qué significaba; pero tomando la ciudad en aquel mismo día, cuando perseguia á los Ciliceños que se embarcaban, vió en la ribera una estatua tendida en el suelo que los Ciliceños con la priesa no pudieron llevarse. Era una de las obras mas primorosas de Estenidas; y no faltó quien declarase que aquella estatua era de Autólico, fundador de Sinope. Dícese de este Autólico que fue hijo de Deímaco, y con Hércules partió de la Tesalia á hacer la guerra á las Amazonas; que navegando de allí despues con Demoleonte y Flogio, perdió su nave, por haberse estrellado en el promontorio del Quersoneso, llamado Pedalio; y que habiendo llegado salvo á Sinope con sus armas y sus amigos, arrebató á los Siros la ciudad: pues la poseyeron, segun se dice, los Siros descendientes de Siro, hijo de Apolo y de Sinope Asopide: oida la cual relacion, no pudo menos Luculo de traer á la memoria la advertencia de Sila; quien previene en sus comentarios que nada tenia por tan digno de fe y tan seguro como lo que se le significaba en los sueños. Al oír allí que Mitridates y Tigranes tocaban ya casi con su ejército en la Liciaonia y la Cilicia para ser los primeros en invadir el Asia, tuvo por muy extraña la conducta de aquel Armenio, que si pensaba en hacer frente á los Romanos, no se valió para la guerra de Mitridates todavía floreciente, ni juntó sus fuerzas con las de este en los días de su prosperidad; y ahora cuando habia dejado que fuese arruinado y desecho, sobre tibias y flacas esperanzas comenzaba la guerra, uniéndose con los que no podian volver en sí.

En esto Macares, hijo de Mitridates, que ocupaba el Bósforo, le envió una corona de valor de mil aureos, pidiéndole le tuviese por amigo y aliado de los Romanos; y entonces dando ya por fenecida la primera guerra, dejó á Sornacio en custodia de la region del Ponto con seis mil soldados; y él, conduciendo doce mil infantes y unos tres mil caballos, corrió á la segunda guerra, pareciendo que con un arrojado extraño, y en el que no entraba por nada la cuenta de su salud, se precipitaba entre naciones belicosas, entre muchos millares de caballos, y á un pais de interminable extension, cir-

cundado de rios profundos y de montañas cubiertas siempre de nieve: tanto que los soldados, que ya no observaban la mejor disciplina, le seguian con disgusto y violencia; y en Roma los tribunos de la plebe clamaban y se quejaban altamente de que Luculo pasaba de una guerra á otra, sin conveniencia de la república, no deponiendo nunca las armas por no quedar sin mando, y haciéndose rico y opulento con los peligros públicos; mas estos con el tiempo al cabo se salieron con su propósito. Luculo en tanto caminó á marchas forzadas al Eufrates, y encontrándole salido de madre y turbio con la lluvia, tuvo sumo disgusto por la detencion que habia de causarle en reunir barcos y construir lancas; pero habiendo empezado por la tarde á ceder la inundacion y bajado mucho por la noche, al amanecer ya el rio se mostró muy recogido. Los del pais, advirtiendo en medio del álveo unas isletas, y que la corriente se detenía plácidamente en ellas, se postraban ante Luculo, porque aquello no habia sucedido antes sino muy pocas veces, y porque el rio se le mostraba benigno y apacible, ofreciéndole un paso descansado y fácil. Aprovechando pues la ocasion, pasó el ejército; y en el acto mismo de pasar tuvo una señal muy fausta. Crianse vacas sagradas de Diana Pérsica, que es la Diosa de mayor veneracion para los bárbaros del otro lado del Eufrates. No hacen uso de estas vacas sino para los sacrificios: por lo demas yerran libres por los pastos, llevando impresa la señal de la Diosa, que es una antorcha; y cuando las han menester no es cosa fácil ni de pequeño trabajo el echarles mano. Una de estas, encaminándose mientras el ejército pasaba á una peña consagrada segun se cree á la Diosa, se paró en ella; y bajando la cabeza como las que son tiradas con cuerda, se ofreció así á Luculo para que la sacrificase; y hecho, sacrificó tambien un toro al Eufrates en reconocimiento del feliz tránsito. Descansó aquel día; pero al otro y demas siguientes continuó su marcha por la Sofena, sin causar perjuicio á los habitantes, que saliéndole al encuentro, hacian muy buena acogida al ejército; y aun queriendo los soldados ocupar un fuerte en que á su entender habia grandes riquezas: «Aquel, les dijo, es el fuerte de que nos hemos de

apoderar, mostrándoles al monte Tauro á lo lejos, que este otro reservado queda á los vencedores; » y apresurando aun mas la marcha, pasó el Tigris, y entró en la Armenia.

Tigranes al primero que le anunció la venida de Luculo, en lugar de mostrársele contento, le cortó la cabeza; con lo que ninguno otro volvió á hablarle palabra, sino que permaneció en la mayor ignorancia, quemándose ya en el fuego enemigo, y no escuchando sino el lenguaje de la lisonja, que le decía que aun se mostraria Luculo insigne general si aguardaba en Efeso á Tigranes, y no daba á huir inmediatamente del Asia al ver tantos millares de hombres. Asi, al modo que no es para cualquiera cuerpo el aguantar la immoderada bebida, en la propia forma no es de cualquiera juicio el no perder la prudencia y el tino en la excesiva prosperidad. Con todo el primero de sus amigos que se atrevió á decirle la verdad fue Mitrobarzanes; el cual no alcanzó tampoco el mas invidiable premio de su sinceridad: porque al punto se le mandó contra Luculo con tres mil caballos y mucha infantería, llevando la orden de traer vivo al general, y de deshacerse á puntillazos de todos los demas. El ejército de Luculo, parte se hallaba ya acampado, y parte estaba todavía en marcha: anunciándole pues sus avanzadas la venida del bárbaro, temió no los sorprendiese cuando se hallaban separados y fuera de orden. Quedóse por tanto disponiendo el campamento; y envió al legado Sextilio con mil y seiscientos caballos, y con pocos mas entre infantería y tropas ligeras, dándole orden de llegar hasta cerca de los enemigos y hacer allí alto, hasta saber que ya estaba acampada toda la tropa que con él quedaba. Sextilio bien queria atenerse á la orden; pero no pudo menos de venir á las manos, precisado de Mitrobarzanes que le cargó con el mayor arrojó. Trabado el combate, Mitrobarzanes murió peleando; y dando á huir los demas, perecieron asimismo todos á excepcion de muy pocos. Tigranes á consecuencia de este suceso, abandonó á Tigranocerta, ciudad populosa, fundada por él mismo; y se retiró al monte Tauro para reunir allí grandes fuerzas de todas partes. Mas Luculo no queriendo dar tiempo á estas disposiciones, envió á Murena para dispersar y cortar á los que

trataban de unirse con Tigranes; y á Sextilio para contener una gran muchedumbre de Arabes que se encaminaban tambien al campo del Rey; y á un mismo tiempo Sextilio, dando sobre los Arabes cuando iban á acamparse, acabó con la mayor parte de ellos; y Murena yendo en el alcance de Tigranes, al pasar un barranco estrecho con un ejército tan numeroso, le sorprendió en la mejor coyuntura. Tigranes pues huyó, abandonando todo aquel aparato; y de los Armenios muchos murieron, y otros en mayor número quedaron cautivos.

Suciéndole tan felizmente las cosas, movió Luculo para Tigranocerta, y acampándose en rededor, le puso sitio. Hallábanse en aquella ciudad muchos Griegos de los trasplantados de la Cilicia; muchos bárbaros que habian tenido la misma suerte Adiabenos, Asirios, Gordianos y Capadocios, á los que arruinando sus patrias, y arrancándolos de ellas, los habia obligado á fijar allí su residencia. Estaba la ciudad llena de caudales y de ofrendas, no habiendo particular ni poderoso que no se afanara por agasajar al Rey para el incremento y adorno de ella. Por esta misma causa Luculo estrechaba con vigor el sitio, teniendo por cierto que Tigranes no podria desentenderse, sino que con el enojo acudiría á dar batalla contra lo que tenia meditado; y ciertamente no se engañó. Retraíale sin embargo con empeño Mitridates, enviándole mensajeros y cartas para que no trabara batalla, bastándole el interceptar los viveres con su numerosa caballería, y rogábale tambien encarecidamente Taxiles, enviado con tropas de parte del mismo Mitridates, que se guardase y evitase como cosa invencible las armas romanas. Y al principio los escuchó benignamente; pero despues que con todo su poder se le reunieron los Armenios y Gordianos; que con todas sus fuerzas se presentaron asimismo sus respectivos reyes, trayendo á los Medos y Adiabenos; que vinieron muchos Arabes de la parte del mar de Babilonia, muchos Albaneses del Caspio é Iberos incorporados con los Albaneses; y que concurrieron no pocos de los que sin ser de nadie regidos apacientaban sus ganados en las orillas del Araxes, atraídos con halagos y con presentes: entonces ya en los banque-

tes del Rey y en sus consejos todo era esperanzas, osadía y aquellas amenazas propias de los bárbaros; habiendo estado Taxiles muy á pique de perecer por haber hecho alguna oposicion á la resolución de pelear; y aun se entró en sospechas de que Mitridates por envidia se oponia á aquella brillante victoria. Asi es que Tigranes no le aguardó para que no participase de la gloria; y poniéndose en marcha con todo su ejército, se lamentaba, segun se dice, con sus amigos, de que aquel combate hubiera de ser con solo Luculo y no con todos los generales romanos que se hallasen allí juntos. Y en verdad que aquella confianza no era loca ni vana, al ver tantas naciones y Reyes como le seguian, tan numerosa infanteria, y tantas millaradas de caballos: porque arqueros y honderos llevaba veinte mil, soldados de á caballo cincuenta y cinco mil, y de estos diez y siete mil con cotas y otras piezas de armadura de hierro, segun lo escribió Luculo al Senado; infantes, ya de los formados en cohortes, y ya de los que componian la batalla, ciento cincuenta mil; camineros, pontoneros, azequeros, leñadores y sirvientes para todos los demas ministerios treinta y cinco mil; los cuales formado á espalda de los que peleaban, no dejaban de contribuir á la visualidad y á la fuerza.

Cuando pasado el Tauro llegaron á descubrirse sus inmensas fuerzas, y él divisó el ejército de los Romanos acampado ante Tigranocerta, el tropel de bárbaros que habia dentro de la ciudad, recibió su aparecimiento con grande alboroto y griteria; y con amenazas mostraba á los Romanos desde la muralla las tropas armenias. Púsose Luculo á deliberar sobre el partido que deberia tomarse; y unos le aconsejaban que marchara contra Tigranes, abandonando el sitio, otros que no dejara á la espalda tantos enemigos ni levantara el cerco; mas él, diciéndoles que separados ni uno ni otro consejo daban en lo conveniente, y juntos sí, dividió sus fuerzas, dejando á Murena con seis mil hombres para continuar el asedio; y él tomando el resto, que eran veinticuatro cohortes con menos de diez mil infantes, toda la caballería y unos mil entre honderos y arqueros, marchó en busca de los enemigos; y poniendo sus reales junto al rio en una

gran llanura, se mostró á Tigranes objeto muy pequeño, siendo para sus aduladores materia de entretenimiento; porque unos lo ridiculizaban; otros echaban suertes sobre los despojos; y cada uno de aquellos Reyes y generales presentándose á Tigranes le rogaba que aquel negocio lo dejara á él solo, contentándose con ser espectador. Quiso tambien este hacer del gracioso y burlon, pronunciando aquel dicho ya tan vulgar: Para embajadores son muchos, para soldados muy pocos: así estuvieron burlándose y divirtiéndose por entonces. Al amanecer sacó Luculo su ejército armado: el de los enemigos se hallaba al oriente del rio. Daba allí este un rodeo hácia poniente, y era por aquella parte donde podia pasarse mejor; así conduciendo apresuradamente sus tropas en direccion opuesta, se le figuró á Tigranes que huia, y llamando á Taxiles le dijo, riendo á carcajadas: ¿No ves cómo huye esa invicta infanteria romana? y entonces Taxiles: ¡Ojalá hiciera vuestro buen genio, ó Rey, ese milagro! pero no se visten los hombres de limpio para las marchas, ni usan de escudos acicalados, ni de morriones desnudos como ahora, quitando sus fundas á las armas; sino que aquella brillantez es de soldados que buscan pelea, dirigiéndose de hecho contra los enemigos. Decia esto Taxiles cuando ya la primera águila, que era la de Luculo, habia dado la vuelta, y las cohortes ocupaban sus puestos para pasar el rio; y entonces Tigranes, como quien se recobra con pena de una profunda embriaguez, exclamó por dos ó tres veces: ¿Es posible que vienen contra nosotros? de manera que aquella muchedumbre se formó con grande atropellamiento en batalla, tomando el Rey para sí el centro, y dando de las alas la izquierda al Adiabeno y la derecha al Medo, en la que á vanguardia se hallaba la mayor parte de los coraceros. Cuando Luculo se disponia á pasar el rio, algunos de los otros caudillos le advirtieron que debia guardarse de aquel día, por ser unos de los nefastos, á los que llaman negros: por cuanto en él habia perecido el ejército de Cepion en lid con los Cimbrós; pero él les dió aquella tan celebrada respuesta: Pues yo haré este dia afortunado para los Romanos: era el que precedia á las nonas de octubre.

Dicho esto y mandando tener buen ánimo, pasó el río, marchando el primero contra los enemigos, vestido con una brillante cota de hierro con escamas, y una sobrevesta con rapacejos. Ostentaba ya desde allí la espada desenvainada, como que tenía que apresurarse á venir á las manos con hombres hechos á pelear de lejos, y le era preciso acortar el espacio propio para armas arrojadas con la celeridad de la acometida; y viendo á la caballería de coraceros con que se hacia tanto ruido, defendida de un collado, cuya cima era suave y llana, y cuya subida, que seria de cuatro estadios, no era difícil ni tenía cortaduras, dió orden á los soldados de caballería Tracios y Gálatas que tenía á su mandado, de que acometiéndolos en oblicuo desviarán con las espadas los cuantos de las lanzas; porque en ellos estaba el todo de la fortaleza de aquellas gentes; no pudiendo nada fuera de esto, ni contra los enemigos ni para sí, á causa de la pesadez é inflexibilidad de su armadura con la que parecían aprisionados. Tomó en seguida dos cohortes, y se dirigió al collado, siguiéndole alentadamente la tropa, al ver que él marchaba el primero á pie, armado y decidido á batirse. Luego que estuvo arriba, puesto en el sitio mas eminente: Vencimos, exclamó en vos alta, vencimos camaradas; y al punto cayó sobre los coraceros, mandando que no hiciesen uso de las picas, sino que tirándolas al suelo hirieran á los enemigos en las piernas y los muslos, que es lo único que los armados no tienen defendido. Mas estuvo de sobra esta prevención, porque no aguardaron la llegada de los Romanos; sino que al punto, levantando espantosos alaridos, dieron á huir con la mas vergonzosa cobardia, y ellos y sus caballos con sus pesadas armaduras cayeron sobre su misma infantería antes que esta hubiese entrado en acción: de modo que sin una herida, y sin haberse derramado una gota de sangre, quedaron vencidos tantos millares de miles de hombres; y si fue grande la matanza en los que huían, aun fue mayor en los que querían y no podían huir, impedidos entre sí por lo espeso y profundo de la formación. Tigranes, dando á correr desde el principio, escapó con algunos pocos, y viendo que á su hijo le cabía la misma suerte, quitándose la diadema de

la cabeza, se la entregó con lágrimas, mandándole que por otra via se salvara como pudiese. No se atrevió aquel jóven á ceñirse con ella las sienes; sino que la dió á guardar á uno de los mancebos de quien mas se fiaba; y como despues este por desgracia cayese cautivo, entre los demas que lo fueron lo fue tambien la diadema de Tigranes. Dicese que de los infantes murieron mas de cien mil hombres, y de los de á caballo se salvaron muy pocos: los Romanos tuvieron cien heridos y cinco muertos. Antioeo el filósofo, haciendo mencion de esta batalla en su obra sobre los Dioses, dice que el sol no vió otra semejante; Estrabon, otro filósofo, dice en sus memorias históricas que los mismos Romanos estaban avergonzados y se reían de sí mismos por haber tomado las armas contra semejantes esclavos; y Livio refiere que nunca los Romanos habian sido tan inferiores en número á los enemigos; porque apenas los vencedores eran la vigésima parte, sino menos todavía, de los vencidos. De los generales romanos los mas inteligentes, y que en mas acciones se habian hallado, lo que principalmente celebraban en Luculo era haber vencido á los Reyes mas poderosos y afamados con dos medios encontrados enteramente, cuales son la prontitud y la dilacion: porque á Mitridates, que se hallaba pujante, lo destruyó con el tiempo y la tardanza; y á Tigranes lo quebrantó con el aceleramiento: siendo muy pocos los generales que como él hayan tenido una precaucion activa y un arrojó seguro.

Por esto mismo Mitridates no se halló en la batalla; pues pensando que Luculo hacia la guerra con su acostumbrado sosiego y detencion, caminaba muy despacio á unirse con Tigranes; y desde luego encontrándose en el camino con algunos Armenios que marchaban precipitadamente dando indicios de miedo, conjeturó lo sucedido; pero despues tropezando ya con muchos desnudos y heridos, enterado de la derrota, se dirigió á buscar á Tigranes. Hallóle abandonado de todos y abatido; y lejos de añadirle afliccion, echó pie á tierra, y llorando las comunes desgracias, le cedió la familia que le acompañaba, dándole ánimo para lo futuro: así mas adelante volvieron á juntar nuevas fuerzas. En Tigranocerta

los Griegos se sublevaron contra los bárbaros, y trataban de abrir las puertas á Luculo, que aprovechando tan oportuna ocasion, tomó la ciudad. Apoderóse de los tesoros del Rey que en ella habia; pero entregó al saqueo de los soldados la ciudad misma; en la que sin la demas riqueza se encontraron ocho mil talentos en moneda acuñada; y sobre todo esto aun distribuyó del botin ochocientas dracmas á cada soldado. Habiéndosele dado cuenta de haberse cogido muchos farsantes y profesores de las artes de Baco, que Tigranes recogia por todas partes con el objeto de abrir un teatro que habia construido, se valió de ellos para los combates y juegos con que celebró su victoria. A los Griegos los remitió á su respectiva patria socorriéndolos con algun viático; y otro tanto ejecutó con los bárbaros, á quienes se habia obligado á emigrar; de lo que resultó que deshecha una ciudad, se repoblaron muchas, volviendo á recibir sus antiguos habitantes: beneficio por el que veneraron á Luculo como á su favorecedor y bienhechor. Sucedian tambien prósperamente todas las demas cosas á este insigne varon, que apetecia mas las alabanzas dadas á la justicia y á la humanidad, que no las que se tributaban á sus triunfos militares: porque en estos tiene no pequeña parte el ejército, y la mayor es de la fortuna; cuando los otros hechos son pruebas de un ánimo benigno y bien educado; con cuyo medio iba Luculo conquistando á los bárbaros sin armas. Porque los reyes de los Arabes vinieron á buscarle, haciéndole entrega de sus cosas; la nacion de los Sofenos se hizo de su partido; y la de los Gordianos llegó hasta el punto de querer abandonar sus ciudades y seguirle con sus mujeres con este motivo: Zarbieno, Rey de los Gordianos, trató secretamente con Luculo por medio de Apio, segun que ya dijimos, de hacer alianza con los Romanos, no pudiendo sufrir la tiranía de Tigranes; pero habiendo sido denunciado, perdió la vida y juntamente sus hijos y su mujer, antes que aquellos penetrasen en la Armenia. No los echó pues Luculo en olvido; sino que pasando al pais de los Gordianos, celebró las exequias de Zarbieno, y adornando la pira con aparato regio en ropas y en oro, con otras preseas de los despojos de Tigranes, él mismo

le prendió fuego, é infundió en ella las libaciones con los deudos y familiares del difunto, apellidándole amigo suyo y aliado de los Romanos. Dispuso tambien que á toda costa se le levantara un suntuoso y magnífico monumento; habiéndose encontrado muchas preciosidades y oro y plata en los palacios de Zarbieno; en los que habia ademas trescientas mil fanegas de trigo, de lo que se aprovecharon los soldados; y Luculo tuvo la gloria de que sin tomar ni una dracma del erario público, con la misma guerra sostenia los gastos de ella.

Allí tambien recibió embajada del Rey de los Partos, implorando su amistad y alianza, cosa muy grata á Luculo; quien á su vez envió otra embajada al Parto; pero los mensajeros le descubrieron que este queria estar á dos haces, y que secretamente pedia á Tigranes la Mesopotamia por precio de sus socorros. Luego que lo entendió Luculo, resolvió dejar por entonces á un lado á Tigranes y Mitridates como rivales ya humillados, y probar sus fuerzas con las de los Partos, marchando contra ellos: teniendo á gran gloria con el impetu de una sola guerra postrar uno tras otro, como un atleta, á tres reyes, y salir invicto y triunfante de los tres mas poderosos caudillos que habia debajo del sol. Envió pues cartas á Sornacio, que quedó en el Ponto, mandándole traer aquellas tropas para mover de la Gordiena; pero aquellos gefes que ya antes habian hecho alguna experiencia de la indocilidad é inobediencia de los soldados, entonces recibieron pruebas de su absoluta insubordinacion; pues no pudieron encontrar medio alguno, ni de blandura ni de violencia para hacerles marchar, y antes les gritaron y protestaron que ni allí querian permanecer, sino irse á casa, dejando aquel punto abandonado. Traidas á Luculo estas noticias, hasta los soldados que allí tenia le corrompieron; los cuales se habian vuelto con la riqueza perezosos y delicados para la guerra, clamando por el descanso; pues luego que el desenfado de los otros llegó á sus oidos, decian que aquellos eran hombres, y que era preciso imitarlos, habiendo ya ellos ejecutado bastantes hazañas, por las que merecian se les dejase salvos y descansados.

Sabedor Luculo de estas proposiciones y de otras todavía mas insolentes, tuvo que abandonar la expedicion contra los Partos, y marchó otra vez contra Tigranes en los mas fuerte del estío; y cuando llegó á pasar el monte Tauro se desanimó al ver los campos todavía verdes: ¡tanto es lo que allí se atrasan las estaciones por la frialdad de la atmósfera! Con todo pasó adelante, y habiendo desbaratado á dos ó tres gefes armenios que osaron oponérsele, impunemente corria y asolaba el pais; y habiendo logrado apoderarse de las subsistencias que estaban recogidas para Tigranes, hizo experimentar á los enemigos la carestía y escasez que él habia temido. Provocábalos á batalla abriéndoles fosos delante de sus mismas trincheras y talándoles á su vista el pais; y como ni aun así pudiese moverlos, por lo intimidados que habian quedado, levantó su campo y marchó contra Artaxata, corte de Tigranes, donde se hallaban sus hijos pequeños y sus mujeres legítimas, juzgando que Tigranes sin una batalla no abandonaria tan interesantes objetos. Dicese que el Cartagines Anibal, vencido que fue Antioco por los Romanos, se acogió á Artaxa, Rey de Armenia, para quien fue un adiestrador y maestro muy útil en otros diferentes ramos; y que habiendo observado un sitio ameno y delicioso, aunque hasta entonces desdeñado é inculto, concibió la idea de una ciudad, y llevando á él á Artaxa, se lo manifestó, exhortándole á su fundacion: en lo que el Rey vino gustoso, y rogándole que dirigiese la obra, habia resultado una magnífica y hermosa ciudad, la que tomó del Rey su dominacion, y fue declarada metrópoli de Armenia. Como Luculo pues se dirigiese contra ella, no pudo sufrirlo Tigranes, sino que haciendo marchar su ejército, al cuarto dia fijó su campo frente al de los Romanos, dejando en medio el rio Arsania, que precisamente tenian que pasar los Romanos para ir contra Artaxata. Hizo Luculo sacrificio á los Dioses; y como si ya tuviera la victoria en la mano pasó sus tropas en doce cohortes, que formó á vanguardia, y las otras doce á retaguardia, para evitar el ser cortado por los enemigos: porque era mucha la caballería y la gente escogida que tenia al frente, y aun delante de estos se hallaban colocados los

arqueros de á caballo de los Mardos y los lanceros de Iberia, en quienes tenia Tigranes la mayor confianza como en los mas belicosos; mas ellos sin embargo nada hicieron digno de atencion; pues habiendo tenido una ligera escaramuza con la caballería romana, no aguardaron á la infantería que los cargaba, y huyendo por uno y otro lado atrajeron á la caballería en su persecucion. Al mismo tiempo que estos desaparecieron, se presentó la caballería de Tigranes, y Luculo al ver su brillantez y su muchedumbre, concibió algun temor; por lo que hizo volver á la suya del seguimiento, y se opuso el primero á la gente de los sátrapas, que como la mejor formaba contra él, y con solo el miedo que le impuso, la rechazó antes de venir á las manos. Siendo tres los Reyes que se hallaron en aquella accion, el que hizo una fuga mas vergonzosa fue Mitridates, Rey del Ponto, que ni siquiera pudo sufrir la vocería de los Romanos. La persecucion fue muy dilatada y de toda la noche, de manera que los Romanos se cansaron de matar, de cautivar y de recoger botin. Livio dice que en la primera batalla pereció mas gente; pero que en esta murieron ó quedaron cautivos los mas ilustres y principales de los enemigos.

Engreido y alentado Luculo con estos sucesos, pensaba pasar adelante y acabar con Tigranes; pero en el equinocio de otoño, cuando menos lo esperaba, le sobrecogieron copiosas lluvias y nieves, á las que siguieron rigurosas escarchas y yelos, poniéndose los rios en estado de no poder beber en ellos los caballos por el exceso del frio, y de no poder pasarlos, porque rompiéndose el yelo, con lo agudo de la rotura les cortaba los nervios. La region por lo mas era sombría, de pasos estrechos y selvosa, lo que hacia que se mojasen sin cesar, llenándose de nieve en las marchas, y pasando muy mal la noche en lugares húmedos. No eran muchos los dias que llevaban de seguir á Luculo despues de la batalla, cuando ya se le resistieron primero con ruegos y enviando el mensaje con los tribunos, y despues ya con mayor tumulto y alborotando por las noches en las tiendas, que parece es la señal de un ejército sublevado. Hizo cuanto pudo Luculo para mitigarlos, tratando de inspirar en sus ánimos

aliento y confianza, hasta que tomando la Cartago de Armenia destruyesen la obra del mayor enemigo de los Romanos: queriendo significar á Anibal. Cuando vió que no pudo convencerlos, se resignó á retroceder, y repasando el Tauro por otras cumbres, bajó á la region llamada Migdonia, muy fértil y cálida, y se dirigió á una de sus ciudades grande y populosa, que los bárbaros dicen Nisibis, y los Griegos Antioquia Migdonica. Tenia el gobierno de esta en el título un hermano de Tigranes llamado Gouras; pero en la habilidad y direccion de la maquinaria Calimaco, el mismo que tanto dió que hacer á Luculo en el cerco de Amiso. Circunvalándola por su ejército, y empleando todos los medios de un sitio, en poco tiempo se apoderó de ella á viva fuerza; y á Gouras, que el mismo se rindió, le trató con humanidad; pero á Calimaco, aunque le ofreció revelarle depósitos secretos de grandes sumas de dinero, no le dió oídos, sino que mando se le echasen prisiones para que pagara la pena del incendio con que abrasó la ciudad de los Amisenos: frustrando su beneficencia y el deseo que tenia de dar á los Griegos pruebas de su aprecio.

Hasta aquí parece que la fortuna habia militado con Luculo en sus banderas; pero ya desde este punto, como aquel á quien le falla el viento, encontrando oposicion en todo cuanto intentaba, aunque mostró siempre el valor y magnanimidad de un gran general, sus hechos no encontraron ni aprecio ni gloria; y aun estuvo en muy poco el que no perdiese la antes adquirida, por mas que trabajaba y se afanaba en vano; de lo que no fue él mismo pequeña causa, por no ser condescendiente con la soldadesca, y por creer que todo lo que se hace en obsequio de los súbditos es ya un principio de desprecio, y una relajacion de la disciplina: aunque lo principal era no tener un carácter blando, ni aun para con los poderosos é iguales, sino que á todos los miraba con ceño, no creyendo que nadie valia tanto como él. Pues todos convienen en que entre otras muchas calidades buenas tenia esta mala: porque él era de gallarda estatura, de buena presencia y elegante en el decir, así en la plaza pública como en el ejército. Dice pues Salustio que los soldados estuvieron

descontentos con él muy desde luego, en el principio mismo de la guerra contra Cicico, y despues en la de Amiso, por haber tenido que pasar acampados dos inviernos seguidos. Mortificáronlos asimismo los otros inviernos, porque ó los pasaron en tierra enemiga ó en campamento tambien y al raso, aunque entre aliados: pues ni una sola vez entró Luculo con su ejército en una ciudad ó griega ó amiga. Estando ellos de suyo tan indispuestos, les dieron tambien calor desde Roma los tribunos y otros demagogos, que llevados de envidia acusaban á Luculo de que por ambicion y avaricia prolongaba la guerra, y de que sobre reunir él solo en su persona la Cilicia, el Asia, la Bitinia, la Paflagonia, la Galacia, el Ponto y la Armenia hasta el Fasis, ahora habia talado y asolado el reino de Tigranes, como si en lugar de someter á los Reyes hubiera sido enviado á despojarlos: que fue lo que dicen le imputó el tribuno Lucio Quinto, á cuya persuasion se decretó que se dieran á Luculo sucesores de su provincia: determinándose ademas licenciar á muchos de los que militaban en su ejército.

A este mal estado de los negocios de Luculo se agregó otra cosa que los acabó de echar á perder; y fueron las instigaciones de Publio Clodio, hombre violento, y el complejo de toda alevosia y temeridad. Era hermano de la mujer de Luculo, y corrian rumores de mal trato entre ambos, siendo ella muy disoluta. Militaba entonces con Luculo, sin ocupar el puesto á que se presumia acreedor: porque codiciaba tener el primer lugar; y por su conducta era precedido de muchos. Sedujo pues al ejército de Fimbria, y le acaloró contra Luculo, moviendo pláticas muy acomodadas al gusto de unos hombres, á quienes no faltaba ni la voluntad ni la costumbre de sublevarse: porque estos mismos eran los que antes habia concitado Fimbria, para que asesinando al consul Flaco, le eligieran general. Así oyeron con gran placer á Clodio; á quien llamaron amante del soldado, porque supo fingir que se compadecia de su suerte: «A causa, les decia, de no verse ningun término de tantas guerras y tantos trabajos, sino que peleando con todas las naciones y rodando por toda la tierra, en esto era en lo que habian de gastar su

vida; sin servirles de otra cosa estas expediciones que de escoltar los carros y acémilas de Luculo cargados de preciosas alhajas de oro y pedrería. No así los soldados de Pompeyo que restituidos ya á la clase de pacíficos ciudadanos gozaban de descanso con sus mujeres y sus hijos, en una tierra y en unas ciudades felices: no despues de haber arrojado á Mitridates y á Tigranes á unos desiertos inhabitables, ó de haber destruido las opulentas cortes del Asia, sino despues de haber hecho la guerra, en la España á unos desterrados, y en la Italia á unos fugitivos. ¿Por qué no habian de descansar ya de las fatigas de la milicia? ó á lo menos ¿por qué no reservar lo que les restaba de fuerza y de aliento para otra general, para quien el mejor adorno era la riqueza de sus soldados? » Seducido con tales especies el ejército de Luculo, no quiso seguirle contra Tigranes ni contra Mitridates, que inmediatamente regresó al Ponto, y recobró su imperio. Tomando por pretexto el invierno, se detuvieron en la Gordiena, dando tiempo de que llegara Pompeyo ó alguno otro de los generales sucesores de Luculo, que ya se esperaban.

Cuando llegó la noticia de que Mitridates, habiendo vencido á Fabio, marchaba contra Sornacio y Triario, entonces siguieron á Luculo. Triario, ansioso de arrebatar la victoria que le parecia segura, antes de que llegara Luculo, que ya estaba cerca, fue completamente derrotado en batalla campal: pues se dice que murieron mas de siete mil Romanos, y entre ellos ciento cincuenta centuriones y veinticuatro tribunos; habiéndoles Mitridates tomado el campamento. Llegó Luculo pocos dias despues, y sustrajo á Triario de la ira de los soldados que le andaban buscando; y como Mitridates rehusase venir á batalla por esperar á Tigranes que estaba ya en marcha con grandes fuerzas, resolvió antes que se verificara su reunion salir al encuentro á Tigranes, y pelear con él; pero sublevados los Fimbrianos cuando ya estaba en camino, abandonaron estos sus puestos bajo el pretexto de que ya estaban libres del juramento de la milicia, por no corresponder el mando á Luculo despues de conferidas á otros sus provincias. Entonces nada hubo que este no

sufriese muy fuera de lo que á su dignidad correspondia: bajándose á ir hablándoles de uno en uno y de tienda en tienda; presentándoseles abatido y lloroso, y aun alargándoles á algunos la mano; mas ellos desdeñaban estas demostraciones, y tirándole los bolsillos vacíos, le decian que peleara él solo con los enemigos, pues que él solo sabia hacerse rico: con todo á súplicas de los otros soldados condescendieron los Fimbrianos en permanecer por aquel estío; más en el concepto de que si en este tiempo no se presentaba alguno á pelear con ellos, se marcharian. Por tales condiciones le fue preciso pasar á Luculo, para no abandonar á los bárbaros el pais, si le dejaban desamparado. Retúvolos pues, aunque sin emplearlos en acciones ni conducirlos á batalla: dándose por contento con que se quedasen, y teniendo que sufrir ver asolada por Tigranes la Capadocia, y que impunemente le insultaba otra vez aquel mismo Mitridates, de quien él habia escrito al Senado que quedaba del todo destruido; por lo que habian ya llegado los enviados del mismo Senado para arreglar las cosas del Ponto como enteramente aseguradas; y lo que encontraron fue que ni de sí mismo era dueño, mofado y escarnecido por los soldados. Llegaron estos á tal extremo de insolencia, que al expirar el estío tomaron las armas, y desenvainando las espadas provocaban á unos enemigos que por ninguna parte se presentaban, hallándose muy escarmentados. Moviendo pues grande algazara y batiéndose con sus sombras, se salieron del campamento, protestando que habian cumplido el tiempo por el que á Luculo habian ofrecido quedarse. A los otros los enviaba á llamar Pompeyo, porque ya habia sido nombrado general para la guerra de Mitridates y Tigranes, por aficion del pueblo hácia él, y por adulacion y lisonja de los demagogos: mientras que el Senado y los buenos ciudadanos veian la injusticia que se hacia á Luculo dándole sucesor, no de la guerra, sino del triunfo; y obligándosele á dejar y ceder á otros, no el mando, sino el prez de la victoria.

Pues aun parecia esta situacion mas injusta á los que allí presenciaban los sucesos, porque no era Luculo dueño del premio y del castigo como es preciso en la guerra; ni per-

mitia Pompeyo que ninguno pasase á verle, ó que se estuviere á lo que disponia y determinaba con los diez enviados; sino que lo daba por nulo, publicando edictos, y haciéndose temible por sus mayores fuerzas. Creyeron sin embargo conveniente sus amigos el que tuviesen una conferencia; y habiéndose juntado en una aldea de la Galacia, se hablaron con agrado el uno al otro, y se dieron el parabien de sus respectivas victorias. Era Luculo de mas edad; pero era mayor la dignidad de Pompeyo por haber tenido mas mandos y por sus dos triunfos. Las fasces que á uno y á otro precedian estaban enramadas con laurel por sus victorias; pero habiendo sido muy larga la marcha de Pompeyo por lugares faltos de agua y de humedad, al ver los lictores de Luculo que el laurel de aquellas fasces estaba seco, alargaron con muy buena voluntad á los otros del suyo que estaba fresco y con verdor. Tomaron esto á buen agüero los amigos de Pompeyo; porque en realidad los prósperos sucesos de aquel contribuyeron á dar realce á la expedicion de este; pero de resulta de la conferencia en lugar de quedar mas amigos, se retiraron mas indispuestos entre sí; y Pompeyo, sobre anular todas las disposiciones tomadas por Luculo, se llevó consigo los demas soldados, no dejándole para que le acompañaran en el triunfo sino solos mil y seiscientos, y aun estos se quedaban con él de mala gana. ¡ Tan mal amañado, ó tan desgraciado era Luculo en lo que es lo primero y mas importante en un general! de manera que si le hubiera acompañado esta dote con las demas que tanto en él resplandecian, con su valor, su actividad, su prevision y su justicia, el mando de los Romanos en el Asia no habria tenido por limite el Eufrates, sino los últimos términos de la tierra, y el mar de Hircania: habiendo sido ya todas las demas naciones sojuzgadas con Tigranes, y no siendo las fuerzas de los Partos tan poderosas contra Luculo, cómo se mostraron despues contra Craso, por cuanto no tenian igual union; y antes por las guerras intestinas y de los pueblos inmediatos ni siquiera podian sostenerse con vigor contra los insultos de los Armenios. Mas ahora creo que el bien que por sí hizo á la patria, por otros se convirtió contra esta en mayor daño, á causa de

que los trofeos erigidos en la Armenia á la vista de los Partos, Tigranocerta, Nisibis, la inmensa riqueza conducida de ellas á Roma, y la misma diadema de Tigranes traída en cautiverio, impelieron á Craso contra el Asia, en el concepto de que aquellos bárbaros solo eran presa y despojos seguros y ninguna otra cosa; pero bien pronto puesto al tiro de las saetas de los Partos, dió á todos el desengaño de que Luculo, no por impericia ó flojedad de los enemigos, sino por inteligencia y valor propios alcanzó de ellos ventajas. Mas de esto se hablará en otro lugar (1).

Restituido Luculo á Roma, lo primero que se le anunció fue que su hermano Marco se hallaba acusado por Cayo Memio sobre el manejo que tuvo en la cuestura, prestándose á las órdenes de Sila. Como hubiese sido absuelto, se convirtió Memio contra el mismo Luculo, é inflamó al pueblo, haciéndole creer que se habia reservado cantidades, y habia de intento prolongado la guerra, á que le negara el triunfo. Tuvo por tanto que sufrir una grande contradiccion; y solo mezclándose los principales y de mayor autoridad entre las tribus pudieron conseguir del pueblo á fuerza de ruegos y de mucha diligencia que le permitiese triunfar. No fue su triunfo tan brillante y ostentoso como el de otros por lo dilatado de la pompa y por el gran número de los objetos que se conducian; sino que con las armas de los enemigos, que eran de muy diversas especies, y con las máquinas ocupadas á los Reyes, adornó el circo Flaminio; espectáculo que no dejaba de llamar la atencion. En la pompa iban unos cuantos de los soldados de caballería armados; de los carros falcados diez; de los amigos y generales de los reyes sesenta; naves de gran parte con espolones de bronce se habian traído ciento y diez; una estatua colosal de Mitridates de seis pies, hecha de oro, y un escudo guarnecido de piedras; veinte bandejas con vajilla de plata, y treinta y dos con vasos, armas y monedas de oro. Todas estas cosas eran llevadas por hombres: ocho acémilas conducian otros tantos lechos de oro; cincuenta y seis llevaban la plata en barras, y otras ciento y siete poco menos de dos cuentos y setecientas mil draemas en di-

(1) En la vida de Craso.

nero. En unas tablas estaban anotadas las sumas entregadas por él á Pompeyo, ó puestas en el tesoro para la guerra de los piratas; y separadamente que cada soldado habia recibido novecientas y cincuenta draemas. Ultimamente hubo banquete público y abundante para la ciudad y para los pueblos del contorno, á los que llaman vicos ó arrabales.

Habiendo repudiado á Clodia, que era disoluta y de malas costumbres, se casó con Servilia hermana de Caton; matrimonio tambien harto desgraciado: faltábale solamente una de las tachas del de Clodia, que era la infamia de que estaban notados los dos hermanos; en lo demas por respecto á Caton tuvo que sufrir á una mujer desvuelta y perdida, hasta que por fin no pudo mas. Habia fundado en él el Senado grandes esperanzas, pareciéndole que le serviría de escudo contra la tiranía de Pompeyo, y de salvaguardia de la aristocracia, en virtud de haber empezado con tanta gloria y poder; pero él se retiró y dió de mano al gobierno de la república; ó porque ya esta adolecia de vicios, y no era fácil de manejar; ó como dicen algunos, porque teniendo grande reputacion se acogió á una vida descansada y cómoda despues de tantos combates y trabajos, que no tuvieron el fin mas dichoso. Así algunos aplauden esta conducta, no sujeta á los reveses de Mario, que despues de sus victorias de los Cimbros, y de tantos y tan gloriosos triunfos, no se dió por contento con tan envidiables honores; sino que por desmedida ambicion de gloria y de mando, siendo ya anciano entró á rivalizar con hombres jóvenes, y se precipitó en hechos horribles y en trabajos mas horribles todavía; y á Ciceron le habria estado mucho mejor haber envejecido en el retiro de los negocios despues de sofocada la conjuracion de Catilina; y á Escipion entregarse al reposo despues que al triunfo de Cartago añadió el de Numancia: porque tambien la carrera política tiene su retiro: no necesitando menos de vigor y de cierta robustez los combates políticos que los atléticos. Mas con todo Craso y Pompeyo desacreditaban á Luculo por haberse entregado al lujo y á los placeres, como si estas cosas desdijesen mas de aquella edad, que el meterse en negocios y hacer la guerra.

Sucede con la vida de Luculo lo que con la comedia antigua, donde lo primero que se lee es de gobierno y de milicia; y á la postre de beber, de comer, y casi de francachelas, de banquetes prolongados por la noche y de todo género de frivolidad: porque yo cuento entre las frivolidades los edificios suntuosos, los grandes preparativos de paseos y baños, y todavía mas las pinturas y estatuas, y el demasiado lujo en las obras de las artes; de las que hizo colecciones á precio de cuantiosas sumas, consumiendo profusamente en estos objetos la inmensa riqueza que adquirió en la guerra: puesto que aun hoy, cuando el lujo ha llegado á tanto exceso, los huertos luculianos se cuentan entre los mas magníficos de los Emperadores. Así es que habiendo visto Tuberon el estoico sus grandes obras en la costa cerca de Nápoles, los collados suspendidos en el aire por medio de dilatadas minas, las cascadas en el mar, las canales con pescados de que rodeó su casa de campo y las otras diferentes habitaciones que allí dispuso, no pudo menos de llamarle Jerges con toga. Tenia en Tusculo diferentes habitaciones y miradores de hermosa vista; y ademas ciertos claustros abiertos y dispuestos para paseos: viólos Pompeyo, y censuró el que habiendo dispuesto aquella quinta con tanta comodidad para el verano, la hubiera hecho inhabitable para el invierno: á lo que sonriéndose le contestó: ¿Pues qué me haces de menos talento que las grullas y las cigüeñas para no haber proporcionado las viviendas á las estaciones? Quería un edil dar brillantes juegos; y habiéndole pedido para uno de los coros ciertos mantos de púrpura, dijo que miraría si los habia en casa, y se los daría: al dia siguiente le preguntó, ¿cuántos habia menester? y respondiéndole el edil, que habria bastantes con ciento, le dijo que tomara otros tantos mas; que fue lo que dió ocasion á Horacio para exclamar: No puede decirse que hay riquezas donde las cosas abandonadas, y de que no tiene noticia el dueño, no son mas que las que estan á la vista.

En las cenas cotidianas de Luculo se hacia grande aparato de su adquirida riqueza, no solo en paños de púrpura, en bajiilla con pedrería, en coros y representaciones, sino en la

muchedumbre de manjares, y en la diferencia de guisos, con lo que excitaba la admiracion de las gentes de menos valer. Por tanto fue celebrado aquel dicho de Pompeyo hallándose enfermo. Prescribióle el médico que comiera un tordo; y diciéndole los de su familia que siendo entonces el tiempo del estío no podría encontrarse sino engordado en casa de Luculo, no permitió que fueran allá á buscarlo; sino que dijo al médico: ¿Con que si Luculo no fuera un gloton, no podría vivir Pompeyo? y le pidió le mandase cosa mas fácil de encontrar. Caton era su amigo y su deudo; y con todo estaba tan mal con esta conducta suya y con su lujo, que habiendo hablado en el Senado un jóven larga é inoportunamente sobre la moderacion y la templanza, se levantó Caton, é interrumpiéndole le dijo: ¿No te cansaras de enriquecer como Craso, de vivir como Luculo, y de hablar como Caton? algunos bien convienen en que esto se dijo, mas no refieren que Caton lo hubiese dicho.

Que Luculo no solo se complacia en este tenor de vida que habia adoptado, sino que hacia gala de él, se deduce de ciertos rasgos que todavía se recuerdan. Dicese que vinieron á Roma unos Griegos, y les dió de comer bastantes dias. Sucedióles lo que era natural en gente de educacion, á saber, que tuvieron cierto empacho, y se excusaron del convite, para que por ellos no se hicieran cada dia semejantes gastos; lo que entendido por Luculo les dijo con sonrisa: Algun gasto bien se hace por vosotros; pero el principal se hace por Luculo. Cenaba un dia solo, y no se le puso sino una mesa y una cena moderada: incomodóse de ello, é hizo llamar al criado por quien corrian estas cosas; y como este le respondiese que no habiendo ningun convidado creyó no querria una cena mas abundante: ¿Pues cómo, le dijo, no sabias que hoy Luculo tenia á cenar á Luculo? Hablábase mucho de esto en Roma, como era regular; y viéndole un dia desocupado en la plaza, se le llegaron Ciceron y Pompeyo: aquel era uno de sus mayores y mas íntimos amigos; y aunque con Pompeyo habia tenido alguna desazon con motivo del mando del ejército, solian sin embargo hablarse y tratarse con afabilidad. Saludándole pues Ciceron, le pre-

guntó, ¿si podrian tener un rato de conversacion? y contestándole que sí con instancias para ello; Pues nosotros, le dijo, queremos cenar hoy en tu compañía, nada mas que con lo que tengas dispuestos. Procuró Luculo excusarse, rogándoles que fuese en otro dia; pero le dijeron que no venian en ello, ni le permitirian hablar á ninguno de sus criados para que no diera la órden de que se hiciera mayor prevencion; y solo á su ruego condescendieron con que dijese en su presencia á uno de aquellos: Hoy se ha de cenar en Apolo, que era el nombre de uno de los mas ricos salones de la casa; en lo que no echaron de ver que los chasqueaba: porque, segun parece, cada cenador tenia arreglado su particular gasto en manjares, en música y en todas las demas prevenciones; y así con solo oír los criados donde queria cenar, sabian ya qué era lo que habian de prevenir, y con qué órden y aparato se habia de disponer la cena; y en Apolo la tasa del gasto era cincuenta mil draemas. Concluida la cena se quedó pasmado Pompeyo de que en tan breve tiempo se hubiera podido disponer un banquete tan costoso. Ciertamente que gastando así en estas cosas Luculo, trataba su riqueza con el desprecio debido á una riqueza cautiva y bárbara.

Otro objeto habia digno verdaderamente de diligencia y de ser celebrado, en el que hacia tambien Luculo considerables gastos, que era el acopio de libros: porque habia reunido muchos y muy preciosos, y el uso era todavía mas digno de alabanza que la adquisicion, por cuanto la biblioteca estaba abierta á todos; y á los paseos y liceos inmediatos eran por consiguiente admitidos los Griegos como á un refugio de las musas, donde se juntaban y conferenciaban, recreándose de las demas ocupaciones. Muchas veces se entretenia allí él mismo, paseando y conversando con los literatos; y á los que tenian negocios públicos los auxiliaba en lo que habian menester; en una palabra su casa era un domicilio y un prítaneo griego para todos los que venian á Roma. Estaba familiarizado con toda filosofía, y á toda se mostraba tan benigno como era inteligente; pero fue particularmente adicto desde el principio á la academia, no á la que se llamaba nueva, sin embargo de que florecia entonces con los discursos de Car-

neades por medio de Filon, sino á la antigua, que tenia por maestro y caudillo en aquella era á Antioco Ascalonita, varon elocuente y de grande elegancia en el decir; y habiendo procurado Luculo hacerle su amigo y comensal, sostenia la oposicion contra los alumnos de Filon, siendo Ciceron uno de ellos; el cual escribió un tratado bellissimo en defensa de su secta; y en él para la mejor comprension hizo que Luculo tomara una parte en la disputa, y él al contrario; y aun el mismo libro se intitula *Luculo*. Eran entre si, como ya se ha dicho, intimos amigos, y seguian el mismo partido en las cosas de la república: pues no se habia separado Luculo enteramente del gobierno, y solo habia abandonado desde luego á Craso y á Caton la contienda y disputa sobre quien seria el mayor y tendria mas poder, como llena de riesgos y contradicciones: por quanto los que rezelaban de la grande autoridad de Pompeyo, habian tomado á estos por defensores del Senado, á causa de no haber querido Luculo tomar el primer lugar. Bajaba sin embargo á la plaza pública por servir á los amigos, y al Senado, si era necesario contrarestar en algo la ambicion y poder de Pompeyo: así invalidó las disposiciones tomadas por este despues de haber vencido á los dos Reyes; y como hubiese propuesto un repartimiento á los soldados, impidió que se diese, ayudado de Caton; de manera que Pompeyo tuvo que acudir á la amistad, ó por mejor decir á la conjuracion de Craso y César; y llenando la ciudad de armas y de soldados hizo que pasaran por fuerza sus decretos, expeliendo de la plaza á Caton y Luculo. Como los buenos ciudadanos se hubiesen indignado de este proceder, sacaron los Pompeyanos á plaza á un tal Veccio, suponiendo que le habian sorprendido estando en acecho contra Pompeyo. Cuando aquel fue interrogado sobre este hecho, en el Senado acusó á otros; pero ante el pueblo nombró á Luculo, diciendo ser quien le habia pagado para asesinar á Pompeyo; pero nadie le dió crédito, siendo á todos bien manifiesto que aquellos le habian sobornado para levantar semejante calumnia; lo que todavía se descubrió mas á las claras, cuando al cabo de muy pocos dias fue Veccio arrojado á la calle muerto desde la cárcel, diciéndose que él se habia

dado la muerte: pues viéndose en el cadáver señales del lazo y de heridas, se entendió haberle muerto los mismos que le sedujeron.

Con esto todavía se apartó mas Luculo de los negocios; y cuando despues Ciceron salió desterrado, y Caton fue enviado á Chipre, entonces les dió enteramente de mano. Dícese ademas que antes de morir se le perturbó la razon, desfalleciendo poco á poco; pero Cornelio Nepote refiere que no la perdió Luculo por la vejez ó por enfermedad, sino que fue alterada por una bebida que le propinó Calistenes uno de sus libertos; y que el habérsela propinado fue para que Luculo le amase mas, creyendo que la bebida tenia esta virtud; y por fin que con ella se le ofendió y alteró la razon en términos de haber sido preciso que viviendo él se encargase el hermano de la administracion de su hacienda. Con todo apenas murió, como si hubiera fallecido en lo mas floreciente de su mando y de su gobierno, sintió el pueblo su muerte concurriendo á sus exequias; y llevado el cadáver á la plaza por los jóvenes mas principales, queria por fuerza sepultarle en el campo Marcio, donde habia sepultado á Sila; pero como nadie estaba prevenido para esto, ni era fácil que se tomaran las convenientes disposiciones, alcanzó el hermano á fuerza de razones y de ruegos que permitiese se hiciera el entierro en el lugar preparado al intento cerca de Túsculo. No vivió él mismo despues largo tiempo, sino que así como habia seguido de cerca al hermano en edad y en gloria, le siguió tambien en el tiempo del fallecimiento, habiendo sido muy amante de su hermano.

## COMPARACION DE CIMON Y LUCULO. ®

En lo que mas debe ser tenido por feliz Luculo es en el tiempo de su fallecimiento; porque se verificó antes del trastorno de la república, que con las guerras civiles preparaba el hado: anticipándose á morir y terminar la vida cuando la patria, si bien estaba ya enferma, era todavía libre; y esto mismo es en lo que mas conviene y se conforma con

neades por medio de Filon, sino á la antigua, que tenia por maestro y caudillo en aquella era á Antioco Ascalonita, varon elocuente y de grande elegancia en el decir; y habiendo procurado Luculo hacerle su amigo y comensal, sostenia la oposicion contra los alumnos de Filon, siendo Ciceron uno de ellos; el cual escribió un tratado bellissimo en defensa de su secta; y en él para la mejor comprension hizo que Luculo tomara una parte en la disputa, y él al contrario; y aun el mismo libro se intitula *Luculo*. Eran entre si, como ya se ha dicho, intimos amigos, y seguian el mismo partido en las cosas de la república: pues no se habia separado Luculo enteramente del gobierno, y solo habia abandonado desde luego á Craso y á Caton la contienda y disputa sobre quien seria el mayor y tendria mas poder, como llena de riesgos y contradicciones: por quanto los que rezelaban de la grande autoridad de Pompeyo, habian tomado á estos por defensores del Senado, á causa de no haber querido Luculo tomar el primer lugar. Bajaba sin embargo á la plaza pública por servir á los amigos, y al Senado, si era necesario contrarestar en algo la ambicion y poder de Pompeyo: así invalidó las disposiciones tomadas por este despues de haber vencido á los dos Reyes; y como hubiese propuesto un repartimiento á los soldados, impidió que se diese, ayudado de Caton; de manera que Pompeyo tuvo que acudir á la amistad, ó por mejor decir á la conjuracion de Craso y César; y llenando la ciudad de armas y de soldados hizo que pasaran por fuerza sus decretos, expeliendo de la plaza á Caton y Luculo. Como los buenos ciudadanos se hubiesen indignado de este proceder, sacaron los Pompeyanos á plaza á un tal Veccio, suponiendo que le habian sorprendido estando en acecho contra Pompeyo. Cuando aquel fue interrogado sobre este hecho, en el Senado acusó á otros; pero ante el pueblo nombró á Luculo, diciendo ser quien le habia pagado para asesinar á Pompeyo; pero nadie le dió crédito, siendo á todos bien manifiesto que aquellos le habian sobornado para levantar semejante calumnia; lo que todavía se descubrió mas á las claras, cuando al cabo de muy pocos dias fue Veccio arrojado á la calle muerto desde la cárcel, diciéndose que él se habia

dado la muerte: pues viéndose en el cadáver señales del lazo y de heridas, se entendió haberle muerto los mismos que le sedujeron.

Con esto todavía se apartó mas Luculo de los negocios; y cuando despues Ciceron salió desterrado, y Caton fue enviado á Chipre, entonces les dió enteramente de mano. Dícese ademas que antes de morir se le perturbó la razon, desfalleciendo poco á poco; pero Cornelio Nepote refiere que no la perdió Luculo por la vejez ó por enfermedad, sino que fue alterada por una bebida que le propinó Calistenes uno de sus libertos; y que el habérsela propinado fue para que Luculo le amase mas, creyendo que la bebida tenia esta virtud; y por fin que con ella se le ofendió y alteró la razon en términos de haber sido preciso que viviendo él se encargase el hermano de la administracion de su hacienda. Con todo apenas murió, como si hubiera fallecido en lo mas floreciente de su mando y de su gobierno, sintió el pueblo su muerte concurriendo á sus exequias; y llevado el cadáver á la plaza por los jóvenes mas principales, queria por fuerza sepultarle en el campo Marcio, donde habia sepultado á Sila; pero como nadie estaba prevenido para esto, ni era fácil que se tomaran las convenientes disposiciones, alcanzó el hermano á fuerza de razones y de ruegos que permitiese se hiciera el entierro en el lugar preparado al intento cerca de Túsculo. No vivió él mismo despues largo tiempo, sino que así como habia seguido de cerca al hermano en edad y en gloria, le siguió tambien en el tiempo del fallecimiento, habiendo sido muy amante de su hermano.

## COMPARACION DE CIMON Y LUCULO. ®

En lo que mas debe ser tenido por feliz Luculo es en el tiempo de su fallecimiento; porque se verificó antes del trastorno de la república, que con las guerras civiles preparaba el hado: anticipándose á morir y terminar la vida cuando la patria, si bien estaba ya enferma, era todavía libre; y esto mismo es en lo que mas conviene y se conforma con

Cimon; que tambien murió cuando las cosas de los Griegos no habian decaido aun, sino que estaban en su auge: bien que este acabó sus dias en el ejército y con el mando, sin abandonar los negocios ni aflojar en ellos, y sin tomar por último premio de las armas, de las expediciones y de los trofeos los banquetes y las francachelas; que es en lo que Platon reprende á los de los misterios de Orfeo, atribuyéndoles haber dicho que el premio en la otra vida de los que se conducen bien en esta, es una embriaguez eterna. Pues si bien el ocio, el reposo y el tiempo pasado en los coloquios, que dan placer y enseñan, son entretenimiento muy propio y conveniente de un hombre anciano que quiere descansar de los afanes de la guerra y del gobierno; referir las acciones laudables al placer como al último fin, y pasar el resto de los dias, despues de las guerras y de los mandos, en los festejos de Venus, en divertirse y regalarse, esto no es digno ni de la academia tan justamente celebrada, ni de un imitador de Jenócrates, sino de uno que se inclina á la escuela de Epicuro. Cosa por cierto bien extraña, pues que por términos contrarios la juventud de Cimon parece haber sido reprehensible y suelta, y la de Luculo aplicada y sobria. De estas mudanzas la mas laudable es la que se hizo en mejor, porque tambien es índole mas apreciable aquella en que envejece y decae lo malo, y lo bueno florece y persevera. Con haberse hecho ricos ambos de un mismo modo, no del mismo modo usaron de la riqueza: porque no es razon comparar con la muralla austral de la ciudadela, concluida con los caudales que trajo Cimon, aquellas viviendas de Nápoles y aquellos miradores deliciosos que edificó Luculo con los despojos de los bárbaros; ni debe ponerse en cotejo con la mesa de Cimon la de Luculo: con la que era republicana y modesta, la que era regalada y propia de un sátrapa; pues la una con poco gasto mantenía diariamente á muchos; y la otra consumía grandes caudales con unos pocos dados á la glotonería: á no ser que el tiempo fuese la causa de esta diferencia, pues no sabemos, á haber caido Cimon despues de sus hazañas y de sus expediciones en una vejez distante de la guerra y de los negocios de la república, si habria llevado todavía

una vida mas muelle y mas entregada á los placeres: porque era aficionado á beber, amigo de reuniones y censurado, como hemos dicho, en punto á mujeres; y los triunfos y felices sucesos, así en lo político como en la guerra procurando otros placeres, no dejan lugar á los malos deseos, ni siquiera dejan que nazca la idea en los que son por carácter emprendedores y ambiciosos: por tanto si Luculo hubiera continuado hasta la muerte combatiendo y mandando ejércitos, me parece que ni el mas severo y rígido censor habia de haber encontrado que reprender en él. Esto por lo que toca al tenor de vida de ambos.

En las acciones de guerra es indudable que uno y otro se acreditaron por mar y por tierra de excelentes caudillos; mas así como entre los atletas los que en un solo dia y en una sola contienda alcanzan todas las coronas, por una loable costumbre llevan el nombre de periódico-vencedores, de la misma manera Cimon, habiendo coronado á la Grecia en un solo dia por un combate de tierra y otro de mar, es justo que tenga cierto lugar preferente entre los generales. Y á Luculo fue la patria quien le dió el mando; Cimon á la patria: aquel teniendo esta el mando para con los aliados, dominó á los enemigos; y Cimon habiéndose encargado del mando cuando su patria seguía el imperio ajeno, hizo que á un tiempo se sobrepusiera á los aliados y á los enemigos: obligando á los Persas con haberlos vencido á separarse del mar, y persuadiendo á los Lacedemonios que voluntariamente se desistieran del imperio de él. Y si la obra mayor de un general es ganarse las voluntades con la benevolencia, Luculo fue despreciado de sus propias tropas; y Cimon venerado y aplaudido de los aliados: aquel se vió abandonado de los suyos; y á este se le unieron los extraños: el uno salio mandando, y volvió solo y desamparado; y el otro regresó dando órdenes á aquellos mismos con quienes al ser enviado obedecia lo que se le mandaba: habiendo alcanzado á un mismo tiempo para su ciudad las tres cosas mas difíciles, con los enemigos la paz, sobre los aliados el imperio, y de los Lacedemonios el reconocimiento voluntario de superioridad. Habiendo tomado por su cuenta uno y otro acabar con esta-

dos de gran poder, y trastornar toda el Asia, no pudieron venir al cabo de sus empresas; pero el uno solo tuvo contra sí la fortuna, habiendo muerto en el ejército, cuando todo le sucedia prósperamente; y al otro nadie podia eximirle enteramente de culpa, bien ignorase las disensiones y quejas del ejército; ó bien no ácertase á cortarlas antes de que llegasen á una abierta rebelion; ¿ó quizá alcanzó tambien algo de esto á Cimon? porque los ciudadanos le suscitaron causas, y por fin le desterraron por medio del ostracismo, para no oír en diez años su voz, segun expresion de Platon; y es que los de carácter aristocrático conforman poco con la muchedumbre, y no saben el modo de agrada-la; sino que mas bien, usando de rigor para corregir, son molestos á los perturbadores, al modo que las ligaduras de los cirujanos, sin embargo de que con ellas ponen en su natural estado las articulaciones: así acaso será necesario disculpar en este punto á entrambos.

Luculo llevó la guerra mucho mas allá del Tauro con un ejército; pasó el Tigris; tomó é incendió las cortes de los Reyes, Tigranocerta, los Cabiros, Sinope y Nisibis, extendiendo la dominacion romana por el norte hasta el Fasis, por el oriente hasta la Media, y por el austro hasta el mar Rojo por medio de los Reyes de la Arabia. Desbarató y deshizo el poder de ambos monarcas, no habiéndole faltado mas que la materialidad de cojer las personas, á causa de que á manera de fieras huyeron á refugiarse en desiertos y bosques inaccesibles, y de nadie antes pisados. Porque los Persas, como que no habian recibido de Cimon considerable daño, muy luego volvieron contra los Griegos, y destrozaron sus fuerzas en el Egipto; pero despues de Luculo nada dieron ya que hacer Tigranes y Mitridates: pues que este enflaquecido y acquinado con los primeros combates, ni una sola vez se atrevió á sacar ante Pompeyo sus tropas del campamento, sino que bajó en huida al Bósforo, y allí falleció; y Tigranes él por sí mismo se presentó á Pompeyo, postrándose desnudo ante él, y quitándose la diadema de la cabeza la puso á sus pies, adulando á Pompeyo con una prenda, que mas bien que á él pertenecia al triunfo de Luculo; así se dió por muy

contento cuando recobró los símbolos del reino, reconociendo que ya antes los tenia perdidos; por tanto es mejor general como mejor atleta el que deja mas cansado y debilitado á su contrario. Ademas de esto Cimon encontró ya quebrantadas las fuerzas de los Persas, y abatido su orgullo con las grandes derrotas que les habian causado, y con las incessantes huidas á que los habian obligado Temístocles, Pausanias y Leotuquidas: acometiólos en este estado, y hallándolos ya decaidos y vencidos en los ánimos, le fue muy fácil triunfar de los cuerpos; pero Luculo postró á Tigranes cuando vencedor en muchos combates estaba todavía en el lleno de su poder. En el número no seria tampoco razon comparar los que por Cimon fueron vencidos con los que se reunieron contra Luculo; de manera que al que todo quisiera confrontarlo le habia de ser muy difícil el determinarse: pues aun la naturaleza superior parece haberse mostrado aficionado á entrambos, anunciando al uno aquello que le convenia ejecutar, y al otro aquello de que debia guardarse: habiendo tenido uno y otro en su favor el voto de los Dioses, como dotados de una índole generosa y casi divina.

## NICIAS.

Pues que nos parece que no vamos fuera de razon en comparar Nicias á Craso, y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportuno rogar y amonestar á los que lean estas vidas, no sospechen que en la narracion de los echos relativos á ellas, en la que Tucídides excediéndose á sí mismo en la vehemencia, en la energia y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo; el cual, lisonjeándose de superar á Tucídides en la facundia, y de hacer ver que Filisto era cansado y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por

dos de gran poder, y trastornar toda el Asia, no pudieron venir al cabo de sus empresas; pero el uno solo tuvo contra sí la fortuna, habiendo muerto en el ejército, cuando todo le sucedia prósperamente; y al otro nadie podia eximirle enteramente de culpa, bien ignorase las disensiones y quejas del ejército; ó bien no ácertase á cortarlas antes de que llegasen á una abierta rebelion; ¿ó quizá alcanzó tambien algo de esto á Cimon? porque los ciudadanos le suscitaron causas, y por fin le desterraron por medio del ostracismo, para no oír en diez años su voz, segun expresion de Platon; y es que los de carácter aristocrático conforman poco con la muchedumbre, y no saben el modo de agrada-la; sino que mas bien, usando de rigor para corregir, son molestos á los perturbadores, al modo que las ligaduras de los cirujanos, sin embargo de que con ellas ponen en su natural estado las articulaciones: así acaso será necesario disculpar en este punto á entrambos.

Luculo llevó la guerra mucho mas allá del Tauro con un ejército; pasó el Tigris; tomó é incendió las cortes de los Reyes, Tigranocerta, los Cabiros, Sinope y Nisibis, extendiendo la dominacion romana por el norte hasta el Fasis, por el oriente hasta la Media, y por el austro hasta el mar Rojo por medio de los Reyes de la Arabia. Desbarató y deshizo el poder de ambos monarcas, no habiéndole faltado mas que la materialidad de cojer las personas, á causa de que á manera de fieras huyeron á refugiarse en desiertos y bosques inaccesibles, y de nadie antes pisados. Porque los Persas, como que no habian recibido de Cimon considerable daño, muy luego volvieron contra los Griegos, y destrozaron sus fuerzas en el Egipto; pero despues de Luculo nada dieron ya que hacer Tigranes y Mitridates: pues que este enflaquecido y acoquinado con los primeros combates, ni una sola vez se atrevió á sacar ante Pompeyo sus tropas del campamento, sino que bajó en huida al Bósforo, y allí falleció; y Tigranes él por sí mismo se presentó á Pompeyo, postrándose desnudo ante él, y quitándose la diadema de la cabeza la puso á sus pies, adulando á Pompeyo con una prenda, que mas bien que á él pertenecia al triunfo de Luculo; así se dió por muy

contento cuando recobró los símbolos del reino, reconociendo que ya antes los tenia perdidos; por tanto es mejor general como mejor atleta el que deja mas cansado y debilitado á su contrario. Ademas de esto Cimon encontró ya quebrantadas las fuerzas de los Persas, y abatido su orgullo con las grandes derrotas que les habian causado, y con las incessantes huidas á que los habian obligado Temístocles, Pausanias y Leotuquidas: acometiólos en este estado, y hallándolos ya decaidos y vencidos en los ánimos, le fue muy fácil triunfar de los cuerpos; pero Luculo postró á Tigranes cuando vencedor en muchos combates estaba todavía en el lleno de su poder. En el número no seria tampoco razon comparar los que por Cimon fueron vencidos con los que se reunieron contra Luculo; de manera que al que todo quisiera confrontarlo le habia de ser muy difícil el determinarse: pues aun la naturaleza superior parece haberse mostrado aficionado á entrambos, anunciando al uno aquello que le convenia ejecutar, y al otro aquello de que debia guardarse: habiendo tenido uno y otro en su favor el voto de los Dioses, como dotados de una índole generosa y casi divina.

## NICIAS.

Pues que nos parece que no vamos fuera de razon en comparar Nicias á Craso, y las derrotas causadas por los Partos con las sucedidas en la Sicilia, juzgamos oportuno rogar y amonestar á los que lean estas vidas, no sospechen que en la narracion de los echos relativos á ellas, en la que Tucídides excediéndose á sí mismo en la vehemencia, en la energia y en la elegancia, se hizo verdaderamente inimitable, hemos de incurrir en el mismo defecto que Timeo; el cual, lisonjeándose de superar á Tucídides en la facundia, y de hacer ver que Filisto era cansado y vulgar, se mete con su historia por medio de los combates de tierra y de mar y por

las arengas, en cuya descripción aquellos sobresalieron, no siquiera

Al pie corriendo cabe el Lidio carro,

como se explica Píndaro; sino mostrándose del todo molesto, pueril, y según expresión de Difilo, torpe y obeso, engordado en la grasa siciliana, y por lo más arrimándose al modo de decir de Jenarco. Como cuando dice que debieron tener los Atenieses á mal agüero el que el general que tomaba su nombre de la victoria (1), repugnara aquella expedición, que en la mutilación de las estatuas de Mercurio les significaron los Dioses que les vendrían muchos males en aquella guerra de parte de Hermócrates hijo de Hermon; y también que era natural por una parte que Hércules diera auxilio á los Siracusanos por respeto á Proserpina, que le entregó el Cerbero; y que por otra mirara con odio á los Atenieses por haber salvado á los Egesteos, descendientes de los Troyanos, cuando él ofendido por Laomedonte asoló su ciudad. Mas quizá era propio de la elocuencia de este escritor, como el decir tales sandeces, querer mejorar la dición de Filisto, é insultar á Platon y á Aristóteles. En cuanto á mí la contienda y emulación con otros acerca del estilo en general me parece insulsa y repugnante; pero si es en cosas que no pueden imitarse, téngola por la última necesidad. Los hechos pues referidos por Tucídides y Filisto, ya que no es posible pasarlos del todo en silencio, especialmente los que dan á conocer la conducta y disposición de este hombre ilustre, escondidas entre sus muchas y grandes adversidades, los tocaré ligeramente y en solo lo preciso; pero los que por lo común no son conocidos, á causa de haber sido separadamente notados por diferentes autores, ó bien por haberse de tomar de presentallas y resoluciones antiguas, estos los recogeré con esmero, para no tejer una historia inútil, sino tal que presente bien la índole y las costumbres.

De Nicias lo primero que se ofrece decir es lo que escribió

(1) Nizza en griego significa la victoria; y de este nombre se deriva el de Nicias.

Aristóteles, á saber, que eran tres los que sobresalían entre los ciudadanos, y tenían benevolencia y amor patrio para con el pueblo, Nicias el de Nicerato, Tucídides el de Milesio, y Terámenes el de Agnon, en menor grado este que los otros: pues que en cuanto á linaje le motejaron de extranjero oriundo de Ceo; y en cuanto á gobierno, por no haberse mantenido firme en un partido, sino andar continuamente variando, fue llamado *Coturno*. De estos era Tucídides el de más edad, y puesto al frente de los mejores y más principales ciudadanos, contradijo en muchas cosas á Pericles, que afectaba popularidad. El más joven era Nicias; pero aun en vida de Pericles fue ya tenido en aprecio, hasta llegar á ser general con él, y tener por sí solo mando muchas veces. Muerto Pericles, al punto fue llamado á ocupar el primer lugar, principalmente por los ricos y los nobles, que lo contraponían á la insolencia y osadía de Cleon; y aun tuvo el favor del pueblo, que también contribuyó á su adelantamiento: porque si bien Cleon alcanzó grande autoridad con darse aire de anciano, y repartir algún dinero; aun de los mismos á quienes favorecía, al ver su codicia, su orgullo y su temeridad, los más se ponían de parte de Nicias; por cuanto, aunque tenía gravedad, no era esta severa y enfadosa, sino mezclada con cierta modestia que atraía á los más, por lo mismo que mostraba timidez; y es que siendo por naturaleza irresoluto y desconfiado, en la guerra su buena suerte ocultó su miedo, habiendo salido siempre vencedor en sus expediciones; mas para el gobierno su pusilanimidad y su temor á los calumniadores llegaban á parecer populares, y le ganaban el afecto de la plebe, que recela de los que hacen poca cuenta de ella, y adelanta á los que la temen: porque en general para la muchedumbre el mayor honor de parte de los más poderosos es el que no la desprecien.

Mientras Pericles manejó la ciudad, estando dotado de una virtud verdadera y de una poderosa elocuencia, no tuvo necesidad de otros amaños ni de ningún otro prestigio; pero Nicias, que no tenía aquellas prendas, abundando en bienes de fortuna, con ellos ganaba popularidad; y ya que le faltaba disposición para rivalizar con la flexibilidad y las lisonjas de

Cleon; con los coros, con los espectáculos y con otros medios de esta especie logró atraerse el favor del pueblo, aventajándose en magnificencia y gusto á todos los de su tiempo, y aun á cuantos le habian precedido. Subsisten todavia de las ofrendas que hizo, el paladion del alcázar, habiendo perdido el dorado; y el templete que se conserva en el templo de Baco entre los tripodes ofrecidos en iguales ocasiones: porque conduciendo coros, venció muchas veces, y en ninguna fue vencido. Dicese que en uno de estos coros compareció representando en el adorno á Baco un esclavo suyo de hermosa disposición y figura, todavia imberbe; y que habiéndose agrado los Atenienses de su presencia, y aplaudido y palmeado por largo rato, levantándose Nicias, habia expresado que tenia á sacrilegio estuviese en la esclavitud un cuerpo celebrado por su semejanza con el Dios, y habia dado la libertad á aquel mozo. Tambien se conservan en la memoria, como brillantes y dignos de tan alto objeto, los festejos que hizo en Delos: porque lo regular era que los coros enviados por las ciudades á cantar las alabanzas de Apolo, durante la navegacion fuesen como á cada uno le cogia, y que acudiendo mucha gente á la llegada de la nave, se les hiciera cantar sin ningun orden saltando en tierra en confusion, y tomando las coronas y los trajes de la misma manera; mas él cuando condujo la teoria, aportó á Rene con el coro, con las víctimas y todas las prevenciones, y llevando desde Atenas un puente construido con las dimensiones convenientes, y adornado magnificamente con dorados, con colores, con coronas y alfombras, por la noche le echó sobre el espacio que media entre Rene y Delos, que no es grande. Al dia siguiente al amanecer condujo la procesion que se hacia al Dios, y el coro adornado primorosamente y cantando, y los pasó por el puente. Despues del sacrificio, del combate y del festin presentó al Dios en ofrenda una palma de bronce, y habiendo comprado un terreno en diez mil dracmas, se lo consagró con destino á que de sus rentas tomaran los de Delos lo necesario para sacrificar y dar un banquete, rogando á los Dioses por la prosperidad de Nicias. Porque así lo hizo escribir en la columna que dejó en Delos como monumento de esta dádiva; y la pal-

ma, quebrantada de los vientos, vino á caer sobre la estatua grande de los de Najos, y la hizo pedazos.

En estas cosas suele haber mucho de ostentacion y vanagloria, como es bien sabido; pero atendiendo el carácter y las costumbres de Nicias para todo lo demas, podia no sin violencia colegirse que aquel esmero y toda aquella pompa era consecuencia de su religiosidad; porque le hacian demasiada impresion las cosas superiores, y era dado á la supersticion, segun nos lo dejó escrito Tucídides. Así se dice en uno de los diálogos de Posifonte, que todos los dias ofrecia sacrificios á los Dioses, y que teniendo en casa un agorero, fingia consultarle sobre las cosas públicas, cuando regularmente no era sino sobre las suyas propias, especialmente sobre sus minas de plata: porque poseia minas de este metal en Laurio, que le daban grandes utilidades, aunque el trabajo de ellas no carecia de peligro. Mautenia allí gran número de esclavos, y en esto consistia la mayor parte de su hacienda; por lo cual tenia siempre alrededor de sí muchos que le pedian, y á quienes socorria: pues no es menos dadivoso con los que podian hacer mal, que con los que eran dignos de sus liberalidades: en una palabra, con él era una renta para los malos su miedo, y para los buenos su beneficencia. Dan de esto testimonio los poetas cómicos: porque Teleclides escribia así contra un calumniador:

Ni una mina partida por el medio  
Le dió Caricles, porque le tapase  
Que entre los hijos que su madre tuvo  
El fue el primero que salió del saco.  
Nicias de Nicerato dióle cuatro;  
Mas aunque de este don yo sé la causa,  
No la diré, que Nicias es mi amigo,  
Y obra á mi juicio con notable acuerdo:

y aquel á quien zahiere Eupolides en su comedia intitulada *Maricas* sacando á la escena á uno de los holgazanes y mendigos, se explica así:

¿Cuánto ha que viste á Nicias?  
Nunca le habia visto; mas ahora

Ha poco que le ví estar en la plaza.  
 Notad que este confiesa claramente  
 Que en la plaza con Nicias se ha encontrado;  
 Y si de traicion no, ¿qué tratarian?  
 ¿No ois, camaradas, cómo Nicias  
 Fue en el delito mismo sorprendido?  
 Andad, menguados: no es para vosotros  
 En mal caso coger á hombre tan bueno:

y el Cleon de Aristófanes en tono de amenaza dice:

El cuello apretaré á los oradores,  
 Y á Nicias causaré miedo y espanto.

Tambien Frinico da idea de lo cobarde y espantadizo que era en los siguientes versos:

Era buen ciudadano, lo sé cierto,  
 Y no al modo de Nicias lo verian  
 Andar siempre con aire asustadizo.

Viviendo siempre con este temor de los calumniadores, no cenaba con ninguno de los ciudadanos, ni trataba con ellos, ni asistia á sus ordinarias recreaciones: en una palabra no gustaba de semejantes pasatiempos; sino que cuando era arconte permanecia en el consistorio hasta la noche; y del Senado salia el último, habiendo entrado el primero; y cuando no tenia negocio público alguno, no se dejaba ver ni admitia á nadie, quieto siempre y encerrado en casa. Sus amigos recibian á los que concurrían á hablarle, y les pedian que le disculparan, porque estaba ocupado en negocios públicos de grande urgencia é importancia. El que principalmente representaba esta farsa, y se desvivía para conciliarle autoridad y opinión, era Hieron, que se habia criado en su casa, y á quien el mismo Nicias habia ejercitado en las letras y en la música. Dábase por hijo de Dionisio, á quien apellidaron Calco, y de quien se conservan todavia algunas poesias; y enviado de comandante de una colonia mandada á Italia, fundó la ciudad de Turios. Este pues trataba con los agoreros de parte de Nicias en la interpretacion de los prodigios y los arcanos, y hacia correr en el pueblo la voz de que Nicias llevaba, por solo el bien de la república, una vida infeliz y

trabajosa, pues ni en el baño ni en la mesa dejaban de ocurrirle asuntos graves, teniendo abandonados sus intereses por cuidar de los del pueblo; tanto que nunca se acostaba sino cuando los demas habian dormido el primer sueño. De donde provenia estar tambien su salud quebrantada, y no tener gusto ni humor para conversar con sus amigos, habiendo llegado á perderlos por los negocios públicos juntamente con su hacienda; cuando los demas ganando amigos y enriqueciéndose con las magistraturas, lo pasan muy bien, y se divierten en el gobierno. Y en realidad de verdad tal venia á ser la vida de Nicias; por lo que él mismo se aplicó aquel epifonema de Agamemnon:

La magestad preside á nuestra vida;  
 Mas de la multitud somos esclavos.

Observando que el pueblo se valia á veces de la prudencia y experiencia de los insignes oradores y sobresalientes políticos; pero que siempre se recelaba y resguardaba de su habilidad, oponiéndose á su esplendor y su gloria, como se veia bien claro en la condenacion de Pericles, en el destierro de Damon, en la desconfianza que manifestó la muchedumbre de Antifon Ramnusio, y sobre todo en lo ocurrido con Paquetes el que tomó á Lesbos, que al dar las cuentas de su expedicion, sacando en el mismo tribunal la espada, allí se quitó la vida; procuraba huir de las expediciones arduas y difíciles; y cuando iba de general consultaba mucho á la seguridad, con lo que lograba vencer como era natural; mas con todo no referia estos sucesos ni á su inteligencia, ni á su poder, ni á su valor; sino que los atribuía á la fortuna, y se acogia á los Dioses, subtrayéndose á la envidia que sigue á la gloria. Conviene con esto los mismos hechos: pues que habiendo sufrido la república en aquel tiempo muchos y grandes descalabros, en ninguno absolutamente tuvo parte; sino que cuando en la Tracia fue vencido por los de Calcis, iban de generales Calíades y Jenofonte; la derrota de Etolia se verificó siendo arconte Demóstenes; en Delio perdieron mil hombres mandando Hipócrates; de la peste la culpa se echó principalmente á Pericles, por haber encerrado en el recinto

de la ciudad, á causa de la guerra, á todos los habitantes de la comarca, habiéndose aquella originado de la mudanza de aires y de género de vida. Nicias pues se conservó inculpa- ble en todas estas desgracias, y yendo de general, tomó á Citera, isla muy bien situada para hacer la guerra á la La- conia, y que estaba habitada de Lacedemonios. Recobró tam- bien y atrajo á muchos pueblos de la Tracia que se habian rebelado. Habiendo encerrado dentro de los muros á los de Megara, al punto se apoderó de la isla Minoa; y de allí á po- co partiendo de aquel punto, sujetó á Nisea. Bajó de allí á Corinto, y en batalla campal venció su numeroso ejército y á Licofro, su general. Sucedióle en esta ocasion haberse de- jado los cadáveres de dos de sus deudos, por no haberlos echado menos al tiempo de recoger los muertos. Luego que lo advirtió hizo alto con el ejército, y envió un heraldo á los enemigos para tratar de recobrarlos. Segun cierta ley y eos- tumbre con ella conforme, los que recogian los muertos en virtud de convenio se entendia que renunciaban á la victoria, y no les era permitido levantar trofeo : porque vencen los que quedan dueños, y no quedan dueños los que ruegan, co- mo que no está en su poder tomar lo que piden. Pues con todo mas quiso hacer el sacrificio del vencimiento y de su gloria, que dejar insepultos á dos ciudadanos. Taló pues to- do el pais litoral de la Laconia, y venciendo á los Lacedemo- nios que se le opusieron, tomó á Turea guarnecida por los Eginetas, y á estos los trajo cautivos á Atenas.

Como Demóstenes hubiese fortificado á Pilos, al punto acudieron por tierra y por mar los Lacedemonios, y trabada batalla, hubieron de dejar de los suyos en la isla Esfactoria hasta cuatrocientos hombres. Parciales á los Atenienses co- sa importante, como lo era en realidad, apoderarse de ellos ; pero el cerco se presentaba difícil y trabajoso en un pais que carecia de agua, y para el que el acopio de provisiones aun en verano tenia que hacerse con un rodeo muy largo, ha- llándose por lo mismo en el invierno enteramente falto de todo : tenialos esto disgustados, y estaban pesarosos de ha- ber despedido la legacion que los Lacedemonios les habian enviado para tratar de paz. Habianla despedido á instigacion

de Cleon, principalmente con la mira de mortificar á Nicias, porque era su enemigo ; y viendo que se habia puesto de par- te de los Lacedemonios, esto bastó para que inclinase al pue- blo á votar contra el tratado. Yendo pues largo el sitio, y recibíendose noticias de que el ejército padecia una escasez suma, se mostraban muy enconados contra Cleon, el cual se volvía contra Nicias, echándole la culpa, y acusándole de que por sus temores y su flojedad dejaba allí aquellos hom- bres, cuya rendicion no habria costado tiempo á haber él tenido el mando. Ofrecióseles al punto á los Atenienses de- cirle : « ¿ Pues por qué no te embarcas y marchas contra ellos ? » Levantóse tambien Nicias, y abdicó en él el mando sobre Pilos, proponiéndole que tomase la fuerza que quisie- se, y no anduviera echando baladronadas sobre seguro, en lugar de hacer cosa que fuera de importancia. El al principio calló turbado con tan inesperada salida ; pero como insistie- sen todavía los Atenienses, y Nicias esforzase la voz aca- lorado y picado de pundonor, tomó á su cargo la expedicion, y al dar la vela puso el término de veinte dias, diciendo que dentro de ellos ó habia de acabar alli con los Lacedemonios, ó los habia de traer vivos á Atenas ; de lo que los Atenienses se rieron mucho, bien lejos de creerlo : porque ya estaban acostumbrados á tomar á diversion y risa sus jaectancias y sus sandeces. Pues se cuenta que teniéndose un día junta pública, el pueblo sentado estuvo esperando largo rato, y ya bien tarde se presentó en la plaza con corona sobre las sien- nes, y pidió que la junta se dilatase hasta el dia siguiente : « Porque hoy, dijo, estoy ocupado teniendo á cenar á unos forasteros, despues que he hecho á los Dioses sacrificio ; » y que los Atenienses se levantaron y disolvieron la junta.

Favorecióle entonces la fortuna ; y habiéndose manejado bien en la expedicion al lado de Demóstenes, dentro del tér- mino que prefijó, á cuantos Espartiatas no murieron en el combate los trajo esclavos, habiéndosele rendido á discre- cion. Volvióse esto en gran descrédito de Nicias, pareciendo una cosa mas torpe y fea todavía que arrojar el escudo el abandonar por miedo espontáneamente el mando, y despo- jándose á si mismo de la autoridad proporcionar al enemigo

la ocasion de tan brillante triunfo. Motejóle de nuevo con este motivo Aristófanes en su comedia titulada *las Aves*, diciendo :

Pues no, no es tiempo de dormirnos este;  
Ni de dar largas imitando á Nicias.

Y en la de los *Labradores* dice asimismo :

Quiero labrar mis campos. ¿Quién te estorba?  
Vosotros, y mil dracmas os prometo  
Si exento me dejais de todo mando.  
Las aceptamos : pues dos mil tendremos  
Con las que ya de Nicias recibimos.

Y en verdad que hizo notable daño á la ciudad, dejando que adquiriera Cleon tanto crédito y poder : con el que tomando nuevo arrojo y una osadía inaguantable, entre otros males que acarreó á la república, de los que no le cupo á Nicias poca parte, le hizo el de destruir el decoro de la tribuna, siendo el primero que en las arengas gritó descompasadamente, se dejó abierto el manto, se golpeó los muslos, é introdujo el dar carreras estando hablando ; con lo que engendró en los que despues de él manejaron los negocios un absoluto olvido y desprecio de toda dignidad : causa principalísima del trastorno y confusion que de allí á poco sobrevino á la república.

Empezaba ya entonces á mostrarse en Atenas Alcibiades, otro orador no tan descompuesto ; pero de quien podia decirse lo que de la tierra de Egipto : pues como esta por su gran fertilidad produce

Muchas útiles plantas, y á su lado  
Otras muchas nocivas y funestas,

de la misma manera la índole de Alcibiades, propensa igualmente al bien que al mal, dió ocasion á grandes inovaciones. Por tanto aunque Nicias llegó á verse desembarazado de Cleon, no tuvo tiempo de tranquilizar y afianzar del todo la república ; sino que habiendo conseguido llevarla por el buen camino, le apartó de él la violencia y fogosidad de Alcibiades, impeliéndole otra vez á la guerra, lo que sucedió

de esta manera. Los que principalmente se oponian á la paz de la Grecia eran Cleon y Brasidas, aquel porque en la guerra no se descubria tanto su maldad, y este porque en ella resplandecia mas su virtud : como que al uno le dió ocasion para grandes injusticias, y al otro para gloriosos triunfos. Mas como ambos hubiesen muerto en la misma batalla, que fue la de Anfipolis, hallando Nicias á los Esparciatas deseosos muy de antemano de la paz, y á los Atenieses con poca confianza de sacar partido de la guerra, y á unos y á otros fatigados y en diposiciones de deponer con el mayor gusto las armas, trabajó por ver como conciliar amistad entre las ciudades, y aliviar y dar reposo á los demas Griegos de los males que sufrían, haciendo para en adelante seguro y estable el sabroso nombre de felicidad. Y lo que es á los ancianos, á los ricos y á las gentes del campo desde luego los encontró con disposiciones pacíficas : en cuanto á los demas hablando á cada uno en particular, y procurando convencerlos, logró tambien retraerlos de la guerra ; y cuando así lo hubo ejecutado, dando ya esperanzas á los Esparciatas, los excitó y movió á que se presentaran á pedir la paz. Fíáronse de él, ya por su conocida probidad, y ya tambien porque á los cautivos y á los rendidos de Pilos, cuidándolos y visitándolos con humanidad, les hacia mas llevadera su desgracia. Habian ya antes ajustado treguas por un año, durante las cuales, reuniéndose unos con otros, y gustando otra vez de sosiego y descanso y del trato con los propios y con los extrangeros, se les habia encendido un vivo deseo de aquella vida exenta de inquietudes y de riesgos : así oian con gusto á los coros cuando cantaban :

Quedate, ó lanza, á ser despojo inútil,  
Donde enreden su tela las arañas.

Erales tambien sabroso traer á la memoria aquel gracioso dicho de que á los que en la paz toman el sueño no los despiertan las trompetas, sino los gallos. Abominando pues y maldiciendo á los que suponian tener el hado dispuesto que aquella guerra se lidiara por tres veces nueve años, trataron y conferenciaron entre sí é hicieron la paz. Formóse enton-

ces generalmente la idea de que aquella reconciliacion era estable, y todos tenian siempre á Nicias en los labios diciendo que era un hombre amado de los Dioses, á quien su buen genio habia concedido por su piedad que del mayor y mas apreciable bien entre todos hubiera tomado el nombre: porque realmente así creian obra suya la paz, como de Pericles la guerra: pareciéndoles que este por muy pequeños motivos habia arrojado á los Griegos en grandes calamidades, y que aquel les habia hecho olvidar los mutuos agravios, volviéndolos amigos. Por tanto esta paz hasta el dia de hoy se llama Nicca.

Convinióse por los tratados en que se restituirian recíprocamente las tierras, las ciudades y los cautivos que tuviesen, sorteándose sobre quienes habian de ser los primeros á restituir: y Nicias compró con su dinero reservadamente la suerte para que fuesen los primeros los Lacedemonios: á lo menos así lo refiere Teofrasto. Viendo que los Corintios y Beocios oponian dificultades, y que con diferentes achaques y quejas procuraban encender otra vez la guerra, persuadió Nicias á los Atenienses y Lacedemonios á que á la paz añadiesen la alianza, como un refuerzo y nuevo vínculo con el que se hicieran mas temibles á los disidentes, y se estrecharan mas entre sí. Verificado esto, Alcibiades, que no tenia genio de estarse quieto, y que se hallaba resentido de los Lacedemonios, porque no haciendo cuenta de él, y mirándole con desden, se manifestaban adictos á Nicias, desde luego se propuso minar la paz; y aunque por entonces nada pudo adelantar, como de allí á poco no se mostrasen ya los Lacedemonios tan complacientes con los Atenienses, y antes pareciese que empezaban á hacerles agravios en haber formado alianza con los Beocios, y no haber entregado en pie las ciudades de Panacto y Anfipolis, aferrándose en estas causas, procuraba acalorar al pueblo haciéndoselas presentes á toda hora. Finalmente habiendo hecho venir una legacion de Argos para entablar alianza con los Atenienses, trabajaba para que lo consiguiese. Vinieron en esto embajadores de los Lacedemonios con plenos poderes, y como presentándose al Senado hubiesen dado idea de admitir toda condicion justa y

moderada, temeroso Alcibiades de que con sus proposiciones ganaran tambien al pueblo, desconcertó sus planes con una perfidia, ofreciéndoles bajo juramento que hallarian en él auxilio para cuanto quisiesen, con tal que no dijeran ni convinieran en que venian plenamente autorizados: porque así saldrian mejor con su intento. Habiéndole dado crédito y unídose á él, abandonando á Nicias, los hizo comparecer ante el pueblo, y les preguntó si habian venido con plenos poderes para todo; y como dijiesen que no, mudado repentinamente contra todo lo que podian esperar, llamó la atencion del Senado sobre lo que acababan de decir, y excitó al pueblo á que no diera oídos ni crédito á unos hombres que tan abiertamente mentian, y que ahora decian una cosa y luego la contraria. Quedaron tan pasmados como se deja conocer; y no teniendo el mismo Nicias nada que decir de sorprendido y disgustado, al punto se decidió el pueblo á llamar y hacer venir á los de Argos para concluir la alianza; pero se puso de parte de Nicias un terremoto que en esto sobrevino, siendo causa de que se disolviese la junta. Congregada otra vez al dia siguiente, ora con discursos y ora con ruegos, lo único que pudo alcanzar, y aun esto con dificultad, fue contener la negociacion de los Argivos, y que á él se le enviase en legacion á los Lacedemonios, con esperanza que dió de que todo se transigiria á satisfaccion. Pasando pues á Esparta, en todo lo demas le honraron como correspondia á un hombre de probidad y su apasionado; pero no habiendo podido concluir nada, suplantado por los del partido de los Beocios, hubo de volverse, no solo desairado y con descrédito, sino tambien temeroso de lo que determinarian los Atenienses, disgustados y enfadados de que á su persuasion hubiesen tenido que restituir unos cautivos de tanta calidad: porque los traídos de Pilos eran de las primeras casas de Esparta, y tenian amigos y parientes entre los de mayor poder. No tomaron sin embargo en medio de su enojo resolucion ninguna violenta contra él; sino que nombraron general á Alcibiades; hicieron alianza al mismo tiempo que con los Argivos con los de Mantinea y los de Elea, que se habian rebelado á los Lacedemonios, y enviaron piratas á Pilos para

molestar la Laconia ; con lo que volvieron otra vez á ponerse en guerra.

Estaban Nicias y Alcibiades en lo mas fuerte de su discordia cuando hubo de tratarse de desterrar por el ostracismo, segun costumbre recibida de que á cierto tiempo hiciera el pueblo mudar de pais por diez años á uno de los que le fuesen sospechosos, ó que le causaran envidia por su gran crédito ó por su riqueza. Estaban ambos en grande agitacion y peligro, como que no podia dejar de ser el que el uno ú el otro sufriera el destierro. Porque en Alcibiades vituperaban su abandonada conducta y temian de su arrojo ; y en Nicias, ademas de mirarle con envidia por su riqueza, culpaban aquel aire poco afable y popular, ó mas bien intratable y oligárquico, que le hacia parecer de otra especie ; y como repugnaba muchas veces á los deseos del pueblo, contradiciendo su modo de pensar, y violentándole en cierta manera hácia lo que creia conveniente, habia venido á hacérseles odioso. En una palabra la contienda era de los jóvenes y amigos de la guerra con los ancianos y amantes de la paz, queriendo los unos que la concha cayera sobre este, y los otros sobre aquel.

Mas si por dos sobre un honor se alterca,  
No es nuevo que recaiga en un perverso :

como en esta ocasion, dividido él pueblo entre los dos, dió motivo á que se presentaran en la palestra los hombres mas desvergonzados y corrompidos ; de cuyo número era Hipérbolo Peritoide, hombre á quien no fue el poder el que le dió atrevimiento ; sino que de ser atrevido pasó á tener poder, y de haber adquirido fama en la ciudad á ser su afrenta y su infamia. Este pues, considerándose entonces muy distante del castigo de las conchas, cuando lo que verdaderamente le correspondia era un potro, esperaba que cayendo cualquiera de aquellos dos, él iba á ser el rival del que quedase : así se veia bien á las claras que se alegraba de su division, y abiertamente acaloraba al pueblo contra ambos. Enterados Nicias y Alcibiades de esta maldad, se pusieron secretamente de acuerdo, y juntando en uno los dos partidos, lograron que el

ostracismo no recayese sobre ninguno de los dos, sino sobre Hipérbolo. Al principio fue este cambio materia de diversion y risa para el pueblo ; pero despues ya lo sintieron, pareciéndoles que aquel recurso se habia deshonrado, empleándose en un hombre indigno : teniendo al ostracismo por una pena que honraba ; y juzgando, que si bien era castigo para Tucídides, Aristides y otros semejantes, para Hipérbolo era una honra y motivo de jactancia el que fuese tratado por su maldad como lo habian sido los varones mas excelentes ; segun que ya lo dijo Platon el cómico, hablando de él en estos versos :

Por sus maldades mereció esta pena ;  
Mas por su calidad de ella era indigno :  
Porque no se inventó seguramente  
Para tan ruin canalla el ostracismo.

Así es que despues de Hipérbolo ya nadie sufrió esta forma de destierro, sino que él fue el último ; habiendo sido el primero Hiparco Colarqueo, pariente del tirano. Mas cuán cierto es que la fortuna está muy fuera del alcance del juicio humano, y que respecto de ella nada sirven nuestros raciocinios ! pues si Nicias, habiendo hecho caer sobre Alcibiades el peligro de las conchas, hubiera salido vencedor, arrojando á este de la ciudad, habria quedado en ella con toda tranquilidad ; y en caso de haber sido vencido, él habria tenido que salir antes de los últimos infortunios que le oprimieron, conservando la opinion del mejor general. No se me oculta haber dicho Teofrasto que cuando salió desterrado Hipérbolo era Feaco y no Nicias el que entraba en disputa con Alcibiades ; pero los mas lo refieren de aquella manera.

Vinieron en esto legados de los Segestanos y Leontinos con la pretension de que los Atenienses enviaran una expedicion contra la Sicilia ; mas sin embargo de que Nicias lo contradecia, aun antes de que sobre este objeto se celebrase junta pública, fue ya arrollado por las sugerencias, y sobre todo por la ambicion de Alcibiades, el cual con esperanzas habia ganado á la muchedumbre, y con sus discursos la ha-

bia alucinado : hasta tal punto que los jóvenes en las palestras, y los ancianos sentados en sus talleres ó en sus reuniones diseñaban el plan de la Sicilia, describían el mar que la rodea, y los puertos y sitios por donde mas se avecina al Africa. Porque no se contentaban con ganar la Sicilia en aquella guerra, sino que la miraban como escala para entrar desde allí en lid con los Cartagineses, y dominar en el Africa, y en todo aquel mar hasta las columnas de Hércules. Viéndolos pues con semejantes proyectos, hizo esfuerzos Nicias por disuadirlos ; pero halló muy pocos hombres de poder é influjo que se pusieran á su lado : porque la gente acomodaada, por no dar idea de que huían de servir, y de contribuir para el armamento de las galeras, nada hicieron ó dijeron. Con todo no desistió ó se dió por vencido ; sino que aun despues de resuelta la guerra, y de haber sido nombrado general juntamente con Alcibiades y Lamaco, todavía en otra junta habló y procuró hacer revocar el decreto, poniéndoles á la vista los inconvenientes ; y aun excitó sospechas contra Alcibiades, indicando que con miras de ambicion y de su utilidad particular trataba de envolver á la república en una guerra difícil y ultramarina ; pero estuvo tan lejos de adelantar nada, que antes teniéndole con esto por mas á propósito á causa de su inteligencia y de su nimia prevision, que contrastarian muy bien con la osadía de Alcibiades y la prontitud de Lamaco, dieron á su eleccion mayor firmeza : porque levantándose Demostrato, que era el orador que mas inflamaba á los Atenienses para aquella expedicion, dijo que él haria callar á Nicias ; y escribiendo un decreto, por el que se daban á los generales plenas facultades para resolver y ejecutar acá y allá cuanto les pareciera, hizo que el pueblo lo sancionase.

Dicese que por parte de los sacerdotes se propusieron tambien muchas cosas que contradecían aquella jornada ; pero teniendo Alcibiades otros agórerós, presentó de ciertos oráculos antiguos uno, en que se decia que les vendria á los Atenienses grande esplendor de parte de la Sicilia ; y ademas le vinieron ciertos adivinos de Júpiter Amonio, trayéndole un oráculo, por el que se prometia que los Atenienses se

apoderarian de todos los Siracusanos ; pero los que les eran contrarios los ocultaban, por temor de que se tomasen á mal agüero. Lo que no era mucho, cuando no los contenian las señales mas visibles y manifiestas, como la mutilacion de los Hermes, que á todos en una noche les fueron cortadas las partes prominentes del rostro, á excepcion de uno solo llamado de Andocides, ofrenda de la tribu Egeide, y que estaba junto á la casa en que Andocides habitaba entonces ; y como la atrocidad ejecutada en el ara de los doce Dioses, la cual consistió en que un hombre se subió repentinamente sobre ella, y habriendo las piernas, con una piedra se cortó las partes genitales. En Delfos habia una estatua de oro de la Diosa Palas, colocada sobre una palma de bronce, ofrenda de Atenas de los despojos tomados á los Medos : á esta pues la picotearon por varios dias unos cuervos que vinieron volando, y el fruto de la palma, que era de oro, lo arrancaron á picotazos y lo echaron al suelo ; pero ellos decían que esto era invencion de los de Delfos, ganados por los Siracusanos. Prescribióseles en aquella misma sazón por un oráculo que trajeran de Clazomene la sacerdotisa de Minerva ; y enviándola á buscar, se halló que su nombre era *Hesiquia*, que significa quietud ; y en esto parece que el buen genio de Atenas aconsejaba á aquellos ciudadanos que por entonces se estuviesen quietos. Bien fuera por temor de estos prodigios, ó bien porque lo alcanzara por su ciencia, el astrólogo Meton, á quien se habia dado entonces cierto mando, fingió dar fuego á su casa, como que estaba loco : aunque otros dicen que no fingió tal locura, sino que habiendo incendiado su casa por la noche, se presentó en la plaza muy afligido, y pidió á los ciudadanos que en atencion á tan grande desventura eximieran de la expedicion á su hijo, que estaba nombrado capitan de galera para pasar á Sicilia. A Sócrates el sabio le anunció su genio, por los medios que tenia de costumbre, que aquella expedicion se equipaba en ruina de la ciudad, lo que refirió á sus amigos y conocidos, habiendo corrido entre muchos esta especie. Para no pocos eran tambien motivo de inquietud los dias en que salió la armada, porque celebraban las mujeres las fiestas de Adonis ; y por

todas partes se veian tendidos por las calles sus simulacros, y junto á ellos exequias y llantos de mujeres; por lo cual los que dan importancia á estas cosas se mostraban disgustados, y temian no fuera que aquel aparato y aquella fuerza que se ostentaban entonces tan brillantes y florecientes, se marchitasen bien en breve.

El que Nicias se opusiese á la expedicion proyectada, sin dejarse seducir de lisonjeras esperanzas, y que no mudase de dictámen deslumbrado con la brillantez de tan ilustre mando, no puede menos de merecerle la alabanza de hombre recto y prudente; pero despues cuando habiéndolo intentado, no pudo apartar al pueblo de la guerra, ni lograr que lo exonerase de su encargo; sino que mas bien este, como que le cogió de la mano y por fuerza, le puso al frente de aquellas tropas; entonces ya no era tiempo de detenciones é irresoluciones; indisponiendo á sus colegas, y malogrando el objeto con volver como un niño los ojos atras desde la nave, y quejarse continuamente de que sus discursos no hubiesen sido atendidos; sino que lo que convenia era apresurarse y cargar prontamente sobre los enemigos á probar la suerte de los combates. Mas él lo que hizo fue contradecir al dictámen de Lamaco, que queria se marchara directamente á Siracusa, y que en sus inmediaciones se diera una batalla; y tambien al de Alcibiades, que tenia por lo mejor hacer que las ciudades abandonaran el partido de los Siracusanos; y logrado esto, encaminarse contra ellos; con lo que, y con dar la órden de que recorriendo con las naves la isla se hiciera ostension de las tropas y del número de galeas, y se volviesen despues á Atenas, dejando una pequeña guarnicion á los Segestanos, desconcertó desde un principio los proyectos de entrambos generales, y les infundió grande desaliento. Llamaron de allí á poco los Atenienses á Alcibiades para ser juzgado; y entonces, aunque fue designado segundo general, en el poder quedó de primero, y siempre continuó ó estándose quieto, ó teniendo en movimiento las naves, ó juntando consejos, dando lugar á que en su ejército se debilitase la esperanza, y los enemigos sacudiesen el asombro y terror que les causó la primera vista de tan pode-

rosas fuerzas. Cuando se hallaba allí todavía Alcibiades bien se dirigieron con sesenta naves contra Siracusa, pero contuvieron el mayor número de ellas, formándolas fuera á la vista del puerto, y solo con diez penetraron adentro con el objeto de hacer un reconocimiento; y mientras por medio de un heraldo llamaban para que volviesen á su casa á los Leontinos, cogieron una nave enemiga que conducia unas tablas, en las que los Siracusanos se habian inscrito á sí mismos cada uno en su tribu; y puestas lejos de la ciudad en el templo de Júpiter Olimpico, entonces las habian enviado á buscar para hacer el recuento de los que se hallaban en edad de hacer el servicio militar. Cogidas que fueron, las presentaron á los generales, y al ver aquel inmenso número de nombres, se sobrecogieron los adivinos, temiendo no fuese aquello lo significado por el oráculo cuando decia: « Los Atenienses se apoderarán de todos los Siracusanos: » aunque otros dicen que este oráculo habia tenido ya pleno cumplimiento en otro tiempo, cuando Calipo el Ateniense, dando muerte á Dion, se apoderó de Siracusa.

Despues que Alcibiades regresó de la Sicilia con unos pocos, toda la autoridad fue ya de Nicias; pues aunque Lamaco era hombre de valor y justificacion, y en las batallas peleaba denodadamente, se hallaba tan pobre y miserable, que en cada expedicion se veian precisados los Atenienses á admitirle en las cuentas una pequeña cantidad para su vestido y calzado; y así Nicias, ya por otras causas y ya tambien por su riqueza y por la gloria que habia adquirido, era grande la preferencia que se daba. Cuéntase por tanto que celebrando en una ocasion consejo de guerra, dió órden al poeta Sófoeles para que como el mas anciano de los generales diera el primero su dictámen; y este le respondió: Yo bien soy el mas viejo; pero tú eres el mas anciano. De esta manera teniendo bajo de sí á Lamaco, sin embargo de ser mejor general que él, y no usando de sus fuerzas sino con una nimia reserva y cuidado, primero con recorrer la Sicilia lejos siempre de los enemigos dió á estos mucho aliento; y despues con haber acometido á Hibla, aldea despreciable, y haberse retirado sin tomarla, incurrió en el mayor despre-

cio. Finalmente se retiró á Catana, sin haber hecho otra cosa que asolar á Hicara, aldea habitada por bárbaros, donde se dice haber caído cautiva la célebre ramera Lais todavía mocita, y que vendida con los demas esclavos fue llevada al Peloponeso.

Al fin del verano como entendiase que los Siracusanos, muy alentados ya, estaban resueltos á acometer los primeros, y la caballería se acercase con insolencia á su campamento, preguntando si habia venido á aumentar los habitantes de Catana, ó á restituir á sus casas á los Leontinos, determinóse Nicias no sin repugnancia á marchar á Siracusa. Quería entrar con seguridad y sosiego su campamento; y para ello envió cautelosamente desde Catana un hombre que avisara á los Siracusanos de que si querian encontrar desierto el campo de los Atenieses, y tomarle con cuanto contenia, acudieran con todas sus tropas á Catana el día que les prefijó; pues que no saliendo por lo regular los Atenieses de la ciudad, tenian pensado los amigos de los Siracusanos, cuando vieran que ellos venian, apoderarse de las puertas, y al mismo tiempo poner fuego á la escuadra: siendo muchos los que estaban en ello, no aguardando mas que su llegada. Este fue el golpe de maestro que Nicias dió en Sicilia: porque sacando con esta estratagemá todas las tropas de la ciudad, y dejándola en cierta manera vacía, pudo marchar de Catana, apoderarse de los puestos, y establecer el campo en sitio donde los enemigos no le incomodaran con aquello en que les era inferior, y desde donde esperaba hacerles libremente la guerra con lo que le daba ventajas. Despues quando al volver los Siracusanos de Catana se formaron delante de la ciudad, los acometió subitamente Nicias con sus fuerzas, y los venció; mas no se hizo gran matanza en los enemigos, porque la caballería impidió que se les siguiera el alcance. Compió entonces Nicias y derribó los puentes; lo que hizo decir á Hermócrates para dar ánimo á los Siracusanos: « ¡Ridículo general es este Nicias, que busca medios para no pelear, como si no hubiera sido enviada á pelear su expedicion! » Con todo fue tan grande la sorpresa y el miedo que causó á los Siracusanos, que en

lugar de los quince generales que entonces tenian, eligieron tres, asegurándoles el pueblo con juramento que les dejaria obrar con las mas plenas facultades. Hallábase cerca el templo de Júpiter Olimpico, y los Atenieses pensaban en tomarle, por haber en él muchas y muy ricas ofrendas de oro y plata; pero Nicias de intento lo fue dilatando y dejando para otro dia, no impidiendo que los Siracusanos introdujesen guarnicion, por pensar que si los soldados saqueaban aquellas preciosidades, ningun provecho habia de resultar de ello á la república, y sobre él vendria á recaer la nota de impiedad. Ningun partido sacó de una victoria tan celebrada; y pasados pocos dias se retiró á Najos, donde pasó el invierno, haciendo exorbitantes gastos para mantener tan numeroso ejército, y ejecutando cosas de muy poca entidad con algunos Sicilianos de los que habian abrazado su partido. Con esto los Siracusanos cobraron otra vez ánimo, y dirigiéndose á Catana, talaron el pais, é incendiaron el campamento de los Atenieses; y de esto todos ponian la culpa á Nicias, porque en conferenciar, en meditar y en precaverse se le iba el tiempo malogrando las ocasiones; pues lo que es sus hechos nadie los reprendia: siendo despues de determinarse activo y pronto; pero para decidirse muy detenido y cobarde.

Luego que resolvió mover de nuevo con su ejército para Siracusa, lo dispuso con tanto acierto, y fue tal la prontitud y seguridad con que se condujo, que no se tuvo el menor indicio de haberse dirigido á Tapso con la escuadra, y haber allí saltado en tierra la tripulacion; ni tampoco de que él mismo se habia adelantado hasta el punto de Epipolas, y le habia tomado; en seguida de lo cual venció á lo mas escogido de los auxiliares, cautivando unos trescientos, y rechazó la caballería de los enemigos, que era tenida por invencible. Pero lo que mas que todo admiró á los Siracusanos, y se hizo increíble á los Griegos, fue haber corrido en muy poco tiempo un muro alrededor de Siracusa, de no menor extension que Atenas, y que por la desigualdad de su terreno, por su inmediacion al mar, y por las lagunas que hay en su contorno, ofrece mayores dificultades para poder ser circunvalado con tan dilatada muralla. Pues con

todo faltó muy poco para que se acabase enteramente bajo el cuidado de un caudillo, que estaba muy distante de gozar de la salud correspondiente á tantas fatigas, padeciendo un violento dolor de riñones; al que debe con razon atribuirse que aquel trabajo no se hubiese concluido. No puedo pues admirarme bastante de la diligencia de tal caudillo, y del valor de tales soldados, por las victorias que consiguieron, puesto que Eurípides, despues de sus derrotas y de su trágico fin, les hizo este epicedio :

Ocho victorias los que aqui descansan  
De los Siracusanos alcanzaron,  
Mientras plugo á los dioses de ambos lados  
En igualdad perfecta mantenerse.

Y no ocho victorias solas, sino muchas mas todavía se hallará haber sido las que consiguieron de los Siracusanos, antes que, como es cierto, se hubiese hecho por los dioses y por la fortuna oposicion á los Atenienses, cuando habian llegado á la cumbre del poder.

Haciéndose pues violencia acudia Nicias á quanto se ofrecia; pero habiéndose agravado el mal, tuvo que quedarse dentro del muro con algunos asistentes; y en tanto mandando el ejército Lamaco hacia frente á los Siracusanos, que construian desde la ciudad otra muralla por delante de la de los Atenienses para impedir los efectos de su circunvalacion. Por lo mismo que los Atenienses estaban victoriosos, solian desordenarse al seguirles el alcance; y habiéndose quedado en una ocasion casi solo Lamaco, aguardó á la caballería de los Siracusanos que le cargaba. Era el primero en ella Calicrates, buen militar y de mucho aliento; y como provocase á Lamaco, fuese este para él, y pelearon en singular batalla; en la que fue primero herido Lamaco, y al herir despues este á Calicrates, cayó en el suelo, y ambos murieron juntos. Apoderáronse de su cadáver y de sus armas los Siracusanos, y en seguida dieron á correr hácia el muro de los Atenienses, en el que habia quedado Nicias sin tener casi á nadie en su ayuda. Sin embargo, movido de la neccsidad y de la presencia del peligro, mandó á los que te-

nia cerca de sí que á cuantos maderos se hallaban reunidos para las máquinas y á las máquinas mismas les pegaran fuego. Sirvió esto para contener á los Siracusanos, y salvó á Nicias con la muralla y los efectos que allí tenian guardados los Atenienses : porque viendo los Siracusanos á la mitad de la distancia aquel grande incendio, se retiraron. De resulta de estos sucesos quedó Nicias único general, y se formaron grandes esperanzas : porque se pasaban á su partido las ciudades, y eran muchos los barcos cargados de provisiones que de todas partes llegaban al campamento, acudiendo todos á aquel cuyos negocios iban tan prósperamente; de manera que aun le habian llegado de parte de los Siracusanos proposiciones de paz, desconfiando de poder sostener la ciudad. Así Gilipo, que de Lacedemonia venia en su auxilio, luego que en el curso de su navegacion supo como se hallaban cercados, y la escasez que padecian, continuó su viaje en la inteligencia de que la Sicilia estaba tomada, y que no le quedaba mas que hacer sino conservar en la alianza á los Italianos y sus ciudades, si aun para esto llegaba á tiempo. Porque las voces que corrian eran de que todo estaba ya por los Atenienses, y que tenian un general invencible por su dicha y su prudencia. El mismo Nicias pasó de repente con esta prosperidad á ser confiado contra lo que llevaba su natural; y teniendo por cierto, ya por su demasiado poder y ventura, y ya mas principalmente por los avisos que secretamente le llegaban de Siracusa, que para ser suya la ciudad apenas le faltaba mas que estar hechas las capitulaciones, ninguna cuenta hizo de la venida de Gilipo, ni puso las convenientes guardias para estar en observacion : así con desatenderle y despreciarle, dió lugar á que sin tener él la menor sospecha aportase en una lancha á la Sicilia, donde estableciéndose lejos de Siracusa, reclutó mucha gente sin que los Siracusanos lo supiesen, ni siquiera le esperasen. Por tanto ya se habia convocado para junta pública con el objeto de tratar de la capitulacion con Nicias; y algunos se encaminaban á ella, pareciéndoles que debia hacerse el tratado antes que del todo fuese circunvalada la ciudad : porque era muy poco lo que quedaba por hacer, y

aun para esto estaban ya arrimados todos los materiales.

Cuando se hallaban en este conflicto llegó Gonguilo de Corinto con una galera; y corriendo todos á él, como era natural, les dijo que Gilipo estaba para llegar de un momento á otro, y aun venian mas fuerzas en su socorro. Todavía dudaban de esta relacion de Gonguilo, cuando les llegó aviso de Gilipo, previniéndoles que marcharan á unirse con él. Cobraron pues ánimo, y tomando las armas apenas llegó Gilipo, sin detención marchó en orden de batalla contra los Atenieses. Formó tambien Nicias contra ellos, y entonces, bajando Gilipo las armas, envió un heraldo á los Atenieses diciéndoles, que les daria permiso para retirarse con seguridad de la Sicilia; á lo cual ni siquiera se dignó de contestar Nicias; pero algunos de los soldados, echándose á reir, le preguntaron, ¿si por haberse presentado una capa y una vara lacónicas habia de repente mejorado tanto el estado de los Siracusanos, que pudieran despreciar á los Atenieses, que á trescientos mas valientes que Gilipo y con mas cabellera, teniéndolos en prisiones, los habian vuelto á los Lacedemonios? Timeo refiere que los mismos Sicilianos miraron con el mayor desprecio á Gilipo: á la postre, por condenar en él su codicia y su avaricia sordida, y cuando al principio se presentó, porque hacian irrisión de su capa y de su cabellera. Dice ademas, que apenas se apareció Gilipo volaron muchos á él, como cuando se aparece la lechuza, dispuestos á hacer la guerra; lo que es mas cierto que lo que antes se deja dicho; porque acudieron en gran número, reconociendo en aquella capa y en aquella vara la señal distintiva y la dignidad de Esparta; y esto fue obra de solo Gilipo, como lo dice Tucídides, y tambien Filisto, natural de Siracusa, y testigo ocular de estos sucesos. En la primera batalla quedaron vencedores los Atenieses, habiendo dado muerte á algunos Siracusanos, y al Corintio Gonguilo; pero al dia siguiente hizo ver Gilipo cuanto puede la inteligencia y pericia militar; porque con las mismas armas, con los mismos caballos, en el mismo terreno, aunque no de la misma manera, sino variando la formacion, venció á los Atenieses, que en fuga se retiraron á su campamento; y ha-

biendo puesto á trabajar á los Siracusanos, con las piedras y materiales que aquellos habian allegado, continuaron sus obras comenzadas, con las que cortaron el murallon de los Atenieses; de modo que aun con vencer nada adelantarian. Alentados con esto extraordinariamente los Siracusanos tripularon sus galeras, y recorriendo el pais con su caballería y la de los aliados, atraieron á muchos. Dirigiéndose tambien Gilipo á las ciudades, movió alborotos y sediciones en todas ellas, consiguiendo que le obedeciesen y se le incorporasen. Nicias entonces volviendo á su primer modo de pensar, y reconociendo la mudanza que los negocios habian tenido, cayó de ánimo, y escribió á los Atenieses pidiendo que le enviaran otro ejército, ó retiraran aquel de la Sicilia; y en cuanto á si rogó que le exoneraran del mando á causa de su enfermedad.

Aun antes de esto habian intentado los Atenieses enviar nuevas fuerzas á Sicilia; pero por envidia de la prosperidad con que la fortuna habia hasta aquel punto lisonjeado á Nicias, lo habian ido dilatando; mas entonces se apresuraron á mandar los socorros. Estaba dispuesto que pasado el invierno marchara Demóstenes con un poderoso ejército; pero entraron en el rigor de aquella estacion dió la vela Eurumedonte, llevando caudales, y la designacion de los colegas de Nicias en el mando, tomados de los que allí hacian la guerra; los cuales eran Eutudemo y Menandro. A este tiempo tentó Nicias repentinamente por mar y por tierra la suerte de los combates; y aunque al principio tuvo en el mar algun descalabro, con todo rechazó y echó á pique muchas de las naves enemigas; pero por tierra, no habiendo podido por sí mismo adelantar sus socorros, cargó precipitadamente Gilipo, y tomó á Plemurio, donde hallándose los efectos de arsenal y otra infinidad de enseres, de todo se apoderó, dando muerte á no pocos, y haciendo á otros cautivos; pero lo mas fue haber quitado á Nicias la proporcion del acopio de víveres: porque este era sumamente seguro y pronto por Plemurio, ocupándole los Atenieses; pero desposeidos de él, ademas de ser difícil, no podia hacerse sino á fuerza de continuos combates con los enemigos, que tenian surta allí su

armada. Aun la victoria contra esta no pareció haberse conseguido de poder á poder, sino por haberse desordenado cuando seguía el alcance: así volvieron á presentarse en actitud de pelear mejor preparados que antes; pero Nicias no quería aventurar otro combate naval, diciendo que sería gran necedad estando aguardando tan brillantes tropas de refresco, como eran las que á toda priesa conducía Demóstenes, querer arriesgarse á una batalla con fuerzas inferiores y mal organizadas. Pero de Menandro y Eutumedo, que acababan de ser elevados al mando, se había apoderado cierta envidia y emulacion contra los otros dos generales, proponiéndose ejecutar algun echo notable antes que llegase Demóstenes y oscurecer si podian á Nicias. El pretexto sin embargo era el zelo por la gloria de la república, la que decian perecería y se anublaria del todo, si mostrasen temer á los Siracusanos, que los provocaban á batalla; con lo que le obligaron á combatir. Engañados con una estratagema por Ariston, piloto de Corinto, fue destrozada enteramente su ala izquierda, segun escribe Tucídides, con pérdida de mucha gente. Afligióse sobremanera Nicias con este infortunio; pues si mandando solo ya habia empezado á caer, ahora los colegas le habian precipitado.

Dejóse ver en esto Demóstenes en el puerto tan brillante con la pompa de su magnífica escuadra, como formidable á los enemigos, trayendo en estenta y tres galeras cinco mil infantes, y entre tiradores de armas arrojadizas, flecheros y honderos arriba de tres mil. El ornato de las armas, las insignias de las naves, y la muchedumbre de cantores y flautistas presentaba un aparato teatral, propio para infundir á aquellos terror. Volvieron por tanto los Siracusanos á concebir los mayores rezelos, viendo que sus trabajos no tenían término ni alivio, y que se estaban consumiendo y aniquilando en vano. No le duró de otra parte á Nicias largo tiempo el placer de la venida de aquellas fuerzas: pues apenas entró en conferencia con Demóstenes, cuando le vió resuelto á que al punto se acometiera á los enemigos; y sin perder momento se pusiera todo al tablero, para tomar á Siracusa y volverse á casa; de lo que concibió gran temor; y mara-

villado de aquella prontitud y temeridad, le rogaba que nada se hiciera por desesperacion y sin maduro consejo. Deciale que la dilacion era toda contra los enemigos, que se hallaban gastados en sus bienes, y no podian contar con que los auxiliares se mantuvieran á su lado largo tiempo, y que si de nueva sentian los apuros de la escasez y la hambre, acudirian á él como antes con proposiciones de paz. Porque habia no pocos en Siracusa que secretamente daban avisos á Nicias, y le inclinaban á permanecer, á causa de que aquellos habitantes padecian mucho con la guerra, y no podian aguantar á Gilipo: y á poco que la miseria se aumentase, enteramente habian de desmayar. Como muchas de estas cosas no hacia Nicias mas que indicirlas, no teniendo por conveniente decirlas á las claras, dió motivo á los colegas para que le trataran de irresoluto, diciéndole que ya volvía á sus precauciones, á sus dilaciones y nimiedades, con las que dejó perder el primer calor del ejército, no marchando al punto contra los enemigos, sino procrastinando y haciéndose despreciable; y como con esto los otros se adhiriesen al ditámen de Demóstenes, al cabo convino tambien Nicias, aunque no sin gran violencia. Hecho este acuerdo, tomó consigo Demóstenes por la noche las fuerzas terrestres, y marchando contra el punto de Epipolas á algunos de los enemigos, sorprendiéndoles sin ser sentido, les dió muerte; y á otros que se defendieron los desbarató; mas aunque le tomó por este medio, no se contuvo, sino que discurrió adelante hasta que dió con los Beocios: porque estos fueron los primeros que animándose unos á otros, y corriendo á los Atenenses con las lanzas en ristre, los rechazaron con grande gritería, dando muerte á muchos de ellos. Con esto se introdujo gran confusion y terror en todo el ejército, llenando de él el que huía al que todavía estaba vencedor; y dando la parte que avanzaba y acometía en la que se retiraba des-pavorida, trabaron unos con otros, creyendo que los que huían eran perseguidores, y tratando á los amigos como enemigos. Porque en aquella desordenada confusion, acompañada de miedo y de la falta de conocimiento; y en la inseguridad de la vista en una noche que ni era absolutamente

oscura, ni tenia una luz cierta, como era preciso estando ya para ponerse la luna, y moviéndose entre su luz muchos cuerpos y armas, sin que pudieran reconocerse los semblantes, con miedo del enemigo hasta el propio se hacia sospechoso, cayendo los Atenienses en la situacion y perplejidad mas terrible. Avinoles tambien el que tenian la luna por la espalda, con lo que enviando sus sombras delante de sí, ocultaban el número y brillo de sus armas; cuando en los contrarios el resplandor de la luna que daba en los escudos, hacia que parecieran en mayor número y con ventaja. Finalmente cayendo sobre ellos por todas partes los enemigos luego que cedieron, unos fueron muertos por estos en la fuga, otros perecieron á manos de sus camaradas, y otros se precipitaron por los derrumbaderos. A los que se dispersaron y perdieron el camino, venido el dia, los acabó la caballería: habiendo sido dos mil los que murieron; y de los que se presentaron en el campamento, muy pocos se salvaron con las armas.

Habiendo recibido Nicias este golpe muy contra su esperanza, se quejaba de la precipitacion de Demóstenes; y este, despues de haber pretendido excusarse, fue de parecer que debian retirarse cuanto antes, pues que ya no habian de venirles nuevas fuerzas, ni con aquellas podian vencer á los enemigos; y aun cuando los vencieran, siempre habia de ser preciso abandonar aquel terreno, contrario y enfermizo en todo tiempo segun se les informaba, para un campamento, y entonces mortífero, como lo estaban viendo: porque se hallaban á la entrada del otoño, tenian muchos enfermos, y todos estaban abatidos. Resistíase Nicias á la propuesta de la retirada y del embarque, no porque no temiese á los Siracusanos, sino porque temia mas á los Atenienses, sus juicios y sus calumnias: Porque aquí, añadió, no espero nada de muy adverso; y aun cuando sucediera, quiero mas recibir la muerte de los enemigos, que no de mis conciudadanos: al contrario de como pensó mas adelante Leon Bizantino, que dijo á los suyos: Mas quiero morir de vuestra mano, que con vosotros. En cuanto al punto y pais adonde trasladarian el campamento, dijo que ya delibera-

rian con mas sosiego. Dicho esto, Demóstenes, como le habia salido tan mal su primer dictámen, no insistió mas en el que proponia; y los otros colegas, pareciéndoles que Nicias por esperar y confiar en los de adentro resistia el embarque con tanto teson, convinieron al fin en su parecer. Mas como hubiesen recibido los Siracusanos otros refuerzos, y se encruelciese la enfermedad en los Atenienses, entonces aun Nicias condescendió en la retirada, y dió orden á los soldados de que estuvieran prontos para embarcarse.

Cuando todo estaba á punto sin que ninguno de los enemigos lo observase, como que tampoco lo esperaban, en aquella misma noche se eclipsó la luna: cosa de gran terror para Nicias, y para todos aquellos que por ignorancia y supersticion se asustan con tales acontecimientos: porque en cuanto á oscurecerse el sol hácia el dia trigésimo, y casi todos saben que aquel oscurecimiento lo causa la luna; pero en cuanto á esta, que es lo que se le opone, y como hallándose en su lleno de repente pierde su luz y cambia diferentes colores, esto no es fácil de comprender; sino que lo tenian por cosa muy extraordinaria y por anuncio que hacia la Diosa de grandes calamidades: pues el primero que con mas seguridad y confianza habia puesto por escrito sus ideas acerca del creciente y menguante de la luna habia sido Anaxágoras; y este no era antiguo, ni su escrito tenia celebridad; sino que se habia divulgado, y solo corria entre pocos con reserva y cautela. Porque todavía no eran bien recibidos los físicos y los llamados especuladores de los meteoros, achacándoseles que las cosas divinas las atribuian á causas destituidas de razon, á potencias incomprendibles, y á fuerzas que no pueden resistirse. Así es que Protágoras fue desterrado; Anaxágoras fue puesto en prision, de la que le costó mucho á Pericles sacarle salvo; y Sócrates, que no se metió en ninguna de estas cosas, sin embargo pereció por la filosofia. Ya mas adelante resplandeció la fama de Platon; y tanto por su conducta, como con haber subordinado las fuerzas físicas á principios divinos y superiores, desvaneció las calumnias que corrian contra estos estudios, y les abrió á todos camino para la instruccion. Así su amigo Dion,

aunque en el mismo punto en que estaba para dar la vela desde Zacinto contra Dionisio, sobrevino un eclipse de luna, no por eso se inquietó, ni dejó de partir, y apoderándose de Siracusa, expelió al tirano. Hizo además la casualidad que Nicias no tuviese á su lado un adivino diestro; porque Estilbides, su gran confidente, y que procuraba desimpresionarle de la supersticion, habia muerto poco antes. Y en verdad que aquella señal, como observa Filocoro, para los que querian huir no era adversa, sino muy favorable: porque las cosas que se hacen por miedo necesitan de reserva, y la luz les es contraria; y fuera de esto así en los eclipses de sol como en los de luna se estaba en observacion por tres dias, como en sus comentarios lo expuso Anticlides; y Nicias les persuadió que esperaran otro período de luna, como si no la hubiera visto al punto clara y limpia de manchas luego que salió de la oscuridad con que la tierra impedia su luz.

Olvidado casi de todo lo demás, se ocupaba en hacer sacrificios, hasta que vinieron sobre ellos los enemigos, sitiando con sus tropas de tierra la muralla y el campamento, y cercando enredador el puerto con sus naves; y no solo ellos, sino hasta los muchachos, conducidos en barquichuelos y en lanchas, provocaban é insultaban á los Atenieses. Uno de estos, hijo de padres distinguidos, llamado Heráclides, que se habia adelantado con su barquichuelo, fue cogido por una nave ática, que salió en su persecucion; y como temiese por él Polico su tío, corrió para librarle con diez galeras que mandaba; y los demás, temiendo por Polico, movieron igualmente. Tratóse una reñida batalla, en la que vencieron los Siracusanos con muerte de Eurumedonte y otros muchos. No pudieron ya aguantar mas los Atenieses, y empezaron á gritar contra los generales, clamando porque dispusieran la retirada por tierra; pues por otra parte los Siracusanos, luego que hubieron alcanzado la victoria, custodiaron y cerraron la salida del puerto. Rehusaba Nicias venir en semejante resolucion, porque le parecia cosa terrible abandonar un grandísimo número de trasportes y muy pocas menos de doscientas galeras: embarcando pues lo mas escogido de la infantería y los mas robustos entre los tiradores, ocupó con

ellos ciento y diez galeras; porque las restantes estaban desprovistas de remos. La demas tropa la situó á la orilla del mar, abandonando el gran campamento y la muralla que remataba en el templo de Hércules: de manera que no habiendo ofrecido los Siracusanos al Dios tiempo habia los acostumbrados sacrificios, entonces saltando en tierra cumplieron con este acto religioso los sacerdotes y los generales.

Cuando ya estaban listas las naves anunciaron los agoreros á los Siracusanos que las victimas les prometian prosperidad y victoria, si no eran los primeros á empezar el combate, y solamente se defendian; pues Hércules alcanzó todas sus victorias, poniéndose en defensa cuando se veia amenazado; y con esto movieron del puerto. En este combate naval, uno de los mas empeñados y terribles, y que no causó menores inquietudes y agitaciones en los espectadores que en los combatientes, por la vista de un encuentro que en breve tuvo muchas y muy inesperadas mudanzas, no vino menos daño á los Atenieses de su estado y disposicion que de mano de los enemigos. Porque peleaban con naves estrechamente unidas y cargadas, contra otras que estando vacías y ligeras, con facilidad discurrían por todas partes; siendo además ofendidos con piedras, que donde quiera que cayesen hacían gran daño, cuando ellos no lanzaban sino dardos y saetas, que con el oleage no tenían golpe seguro, ni siempre podían herir de punta. Esta fue leccion que dió á los Siracusanos Ariston, el piloto de Corinto, el cual habiendo peleado alentadamente en aquel combate, murió en él cuando ya habian vencido los Siracusanos. Habiendo sido grande la ruina y destrozo de los Atenieses, se les cortó toda esperanza de poder huir por mar; y como vieses tambien muy difícil el poderse salvar por tierra, ni estorbaron á los enemigos que remoleasen sus naves, no obstante estarlo presenciando, ni pidieron que se les permitiera recoger los muertos: teniendo todavia por mas triste y miserable el abandono que se veian precisados á hacer de los enfermos y heridos; y considerándose á sí mismos en un estado aun mas lastimoso, porque habian de llegar al mismo fin por entre mayores males.

Intentaban evadirse aquella noche; y Gilipo, viendo á los

Siracusanos entregados á sacrificios y banquetes en celebridad de la victoria y de la fiesta, desconfió de poder moverlos, ni con persuasiones ni con esfuerzo alguno, á que persiguieran á los enemigos, que no dudaba iban á retirarse; pero Hermócrates por movimiento propio excogió contra Nicias un engaño, enviando algunos de sus amigos que le dijese venir de parte de aquellos mismos que antes acostumbraban hablarle reservadamente, siendo su objeto avisarle que no marchara aquella noche, porque los Siracusanos les tenían armadas celadas, y les habían tomado los pasos. Burlado Nicias con este engaño, padeció despues con verdad de parte de los enemigos lo que entonces falsamente se le hizo temer: porque saliendo á la mañana siguiente al amanecer, ocuparon las gargantas de los caminos, levantaron cereas delante de los vados de los rios, cortaron los puentes, y en el terreno llano y sin tropiezos situaron la caballeria, para que por ninguna parte pudieran pasar los Atenienses sin tener un combate. Aguardaron estos todo aquel dia hasta la noche, en la que se pusieron en marcha, no sin grande afliccion y suspiros, como si salieran de su patria y no de tierra enemiga, sintiendo la estrechez y miseria en que se veian, y el abandono de los amigos y deudos; y sin embargo estos males les parecian mas ligeros que los que les aguardaban. Pues con todo de causar lástima el desconsuelo que reinaba en el campamento, ningun espectáculo era mas triste y miserable que el ver á Nicias, debilitado por sus males, y reducido en medio de su dignidad á lo mas preciso, sin poder usar de los alivios que por el mal estado de su salud le eran mas necesarios; y que con todo hacia y toleraba en aquella situacion lo que no sufrían muchos de los que se hallaban sanos: echándose bien de ver que no por sí mismo, ni por apego á la vida aguantaba aquellas penalidades, sino que era el amor á sus conciudadanos el que le hacia no dar por perdida toda esperanza. Así cuando los demas prorumpian en lágrimas y sollozos por el miedo y el dolor, si alguna vez se veia forzado á dar por el mismo término muestras de su afliccion, se advertia que era á causa de comparar la afrenta é ignominia de su ejército con la grandeza y gloria de los triunfos que ha-

bían esperado conseguir. Aun sin tenerle á la vista, con solo recordar sus discursos y las exhortaciones que habia hecho para impedir la expedicion, se les ofrecia que muy sin causa sufría aquellas calamidades; tanto que hasta su esperanza en los Dioses llegó á debilitarse en gran manera, al considerar que un hombre tan piadoso y en las cosas de la religion tan puntual y magnífico, no era mejor tratado de la fortuna que los mas perversos y ruines del ejército.

Esforzabase Nicias á mostrarle en la voz, en el semblante, y en el modo de saludar superior á tanta desgracia; y en los ocho dias de marcha, acometido y herido por los enemigos, conservó invencibles las fuerzas que tenia consigo, hasta que quedó cautivo Demóstenes con su division junto á la quinta llamada Polieele, peleando y siendo cercado de los enemigos. Desenvainó entonces Demóstenes su espada, y se hirió á sí mismo, aunque no acabó de quitarse la vida, porque se arrojaron sobre él los enemigos, y le echaron mano. Adelantáronse unos cuantos Siracusanos á enterar á Nicias del sucesso; y habiendo mandado algunos de los suyos de á caballo, cuando se cercioró de la pérdida de aquellos, manifestó deseo de tratar con Gilipo para que dejarán partir á los Atenienses de la Sicilia, recibiendo rehenes sobre que serian indemnizados los Siracusanos de todos los gastos que hubiesen hecho en aquella guerra; mas ellos no le dieron oídos, sino que tratándole con vilipendio, y haciéndole amenazas é insultos, le lanzaron tiros, no obstante que le veian reducido al último extremo de miseria. Con todo aun aguantó aquella noche, y al dia siguiente continuó su marcha, acosado por los enemigos hasta el rio Asinaro. Allí estos alcanzaron á algunos, y los arrojaron á la corriente; otros habian llegado ante, y compelidos de la sed se habian echado de brueces á beber; y fue grande el estrago y crueldad contra los que á un mismo tiempo bebían y recibían la muerte: hasta que Nicias, echándose á los pies de Gilipo le hizo este ruego: «Hallen compasion, ó Gilipo, en vosotros los vencedores, no yo, que de nadie la deseo, debiendo bastarme el nombre y la gloria que me dan tamañas desgracias, sino los demas Atenienses, haciéndoos cargo de que son comunes los infor-

tunios de la guerra, y que en ellos se hubieron con vosotros benignamente los Atenieses, cuando les fue favorable la fortuna. » Al proferir Nicias estas palabras, con ellas y con su vista no dejó de conmoverse Gilipo; pues sabia que los Lacedemonios habian sido de él favorecidos en el último tratado; y además echaba cuenta de que importaria mucho para su gloria el conducir prisioneros á los dos generales enemigos. Por tanto tomando de la mano á Nicias, procuró alentarle, y dió orden para que á los demas los hiciesen prisioneros; pero habiéndose tardado algo en hacer correr esta orden, fueron menos que los muertos los que se salvaron; de los cuales los soldados sustrajeron y robaron muchos. Reunido que hubieron todos los prisioneros que se manifestaron, suspendieron de los mas altos y hermosos árboles de la orilla del rio las armas ocupadas á los enemigos; pusieron coronas sobre sus sienas, y enjaezando vistosamente sus caballos, y cortando las cinchas á los de los enemigos, se dirigieron á la ciudad despues de haber terminado la mas celebrada contienda que Griegos contra Griegos tuvieron jamas, y de haber alcanzado la victoria mas completa con grande poder y teson, y con las mayores muestras de resolucion y de virtud.

Celebróse junta general de los Siracusanos y los aliados, en la que el orador Eurucles propuso primero que el dia en que habian hecho prisionero á Nicias seria sagrado y dedicado á hacer sacrificios, absteniéndose de todo trabajo; que esta festividad se llamaria Asinaria del nombre del rio: el dia fue el veintisiete del mes Carneo, al que los Atenieses dicen Metagitnion; que los esclavos de los Atenieses serian vendidos, y tambien sus aliados; pero los Atenieses mismos y los de la Sicilia hallados con ellos serian puestos en custodia, destinándolos á los trabajos de las minas, á excepcion de los generales; y que á estos se les daria muerte. Habiendo aplaudido los Siracusanos esta propuesta, quiso Hermócrates hacerles entender, que mas glorioso que el vencer es saber usar con moderacion de la victoria; pero se vió sumamente expuesto; y como Gilipo hubiese pedido que se le entregasen los generales de los Atenieses para conducirlos

á Esparta, ensoberbecidos los Siracusanos con la prosperidad, le respondieron desabridamente; y sin esto fuera de la guerra llevaban muy mal su aspereza y su modo de mandar verdaderamente lacónico; y segun dice Timeo, repugnaban y condenaban su mezquindad y su avaricia: enfermedad heredada, por la que su padre Cleandrides en causa de soborno fue desterrado; y él mismo, habiendo sustraído treinta talentos de los que Lisandro envió á Esparta, y escondiéndolos en el tejado de su casa, como hubiese sido denunciado, tuvo que huir con la mayor vergüenza; pero de esto hemos hablado con mas detencion en la vida de Lisandro. Timeo no dice que Demóstenes y Nicias hubiesen muerto apedreados como lo escriben Filisto y Tucídides, sino que habiéndoles avisado Hermócrates cuando todavía duraba la junta por medio de uno de la guardia que allí se hallaba, ellos mismos se quitaron la vida; y que los cadáveres se expusieron públicamente á la puerta, para que pudieran verlos cuantos quisiesen. Se me ha informado que todavía se muestra en Siracusa un escudo fijado en el templo, que se dice haber sido el de Nicias, y cuya cubierta es un tejido de oro y púrpura primorosamente entremezelados.

De los Atenieses los mas fallecieron en las minas de enfermedad y de mal alimentados, porque no se les daba por dia mas que dos cotilas (1) de cebada y una de agua. No pocos fueron vencidos, ó porque habian sido de los robados, ó porque no se les tuvo por ciudadanos atenienses; sino que pasaron por esclavos, y como tales los vendian imprimiéndoles en la frente un caballo: teniendo que sufrir esta miseria sobre la esclavitud. Fueron para estos de gran socorro su vergüenza y su educacion, porque ó alcanzaron luego la libertad, ó permanecieron siendo tratados con distincion en casa de sus amos. Debieron otros su salud á Eurípides; porque eran los Sicilianos, segun parece, entre los Griegos de afuera los que mas gustaban de su poesia; y aprendian de memoria las muestras, y digámoslo así, los bocados que les traian los que arribaban de todas partes, comunicándoselos

(1) La cotila griega hacia medio cuartillo y onza y media de la medida de líquidos de Castilla.

unos á otros. Dicese pues que de los que por fin pudieron volver salvos á sus casas muchos visitaron con el mayor reconocimiento á Eurípides; y le manifestaron, unos que hallándose esclavos habian conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesias, que tenian de memoria; y otros que dispersos y errantes despues de la batalla habian ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar, cuando se refiere que refugiado á uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacian salir: y que despues preguntando á los marineros si sabian los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con solo esto cedieron y les dieron puerto.

La noticia de aquella desgracia se dice habérseles hecho increíble á los Atenieses, por la persona y el modo en que fue anunciada: pues á lo que parece arribó un forastero al Pireo, y entrando en la tienda de un barbero, comenzó á hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debía saberse en Atenas. Oido que fue por el barbero, subió corriendo á la ciudad, antes que ninguno otro pudiera tener conocimiento; y dirigiéndose á los arcontes, al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habian contado. Siguióse la consternacion é inquietud que era natural; y convocando los arcontes á junta, le hicieron presentarse en ella; y como preguntado por quién lo sabia, no hubiese podido decir cosa que satisficiera, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron á una rueda, en la que fue atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como habia pasado. ; Tanto fue lo que les costó creer que á Nicias le habian sobrevenido los infortunios que tantas veces les habia pronosticado!

---

## MARCO CRASO.

Marco Craso, cuyo padre habia sido censor, y habia merecido los honores del triunfo, se crió sin embargo en una casita reducida con otros dos hermanos. Estaban estos casados cuando vivian aun los padres, y todos comian á una misma mesa; lo que parece pudo contribuir no poco á que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los hermanos, tomó en matrimonio á su mujer, y de ella tuvo hijos; habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que mas de los Romanos; y con todo cuando ya se hallaba adelantado en edad fue acusado de haber tratado inhonestamente con Licinia, una de las vírgenes vestales. Licinia fue absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenia esta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio; para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; y de aquí tuvo origen la indicada sospecha; la que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido tambien absuelto por los jueces; pero de la intimidación con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesion.

Dicen los Romanos que á las muchas virtudes de Craso solo un vicio hacia sombra, que era la codicia; pero á lo que parece no era solo, sino que siendo muy dominante, hacia que no apareciesen los demas. Las pruebas mas evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico, y lo excesivo de su caudal; porque no teniendo al principio sobre trescientos talentos, despues cuando ya fue admitido al gobierno ofreció á Hércules la décima, dió banquetes al pueblo, y á cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y sin embargo habiendo hecho para su conocimiento el avance de su hacienda antes de partir á la expedición contra los Partos, halló que ascendia á la suma de siete mil y cien talentos; y si aunque sea en oprobio suyo

unos á otros. Dicese pues que de los que por fin pudieron volver salvos á sus casas muchos visitaron con el mayor reconocimiento á Eurípides; y le manifestaron, unos que hallándose esclavos habian conseguido libertad enseñando los fragmentos de sus poesias, que tenian de memoria; y otros que dispersos y errantes despues de la batalla habian ganado el alimento cantando sus versos; lo que no es de admirar, cuando se refiere que refugiado á uno de aquellos puertos un barco de la ciudad de Cauno perseguido de piratas, al principio no lo recibieron, sino que le hacian salir: y que despues preguntando á los marineros si sabian los coros de Eurípides, y respondiendo ellos que sí, con solo esto cedieron y les dieron puerto.

La noticia de aquella desgracia se dice habérseles hecho increíble á los Atenieses, por la persona y el modo en que fue anunciada: pues á lo que parece arribó un forastero al Pireo, y entrando en la tienda de un barbero, comenzó á hablar de lo sucedido, como de cosa que ya debía saberse en Atenas. Oido que fue por el barbero, subió corriendo á la ciudad, antes que ninguno otro pudiera tener conocimiento; y dirigiéndose á los arcontes, al punto les dió en la misma plaza parte de lo que le habian contado. Siguióse la consternacion é inquietud que era natural; y convocando los arcontes á junta, le hicieron presentarse en ella; y como preguntado por quién lo sabia, no hubiese podido decir cosa que satisfaciese, teniéndole por un forjador de embustes, que trataba de afligir la ciudad, le ataron á una rueda, en la que fue atormentado por largo tiempo, hasta que llegaron personas que refirieron toda aquella tragedia como habia pasado. ; Tanto fue lo que les costó creer que á Nicias le habian sobrevenido los infortunios que tantas veces les habia pronosticado!

---

## MARCO CRASO.

Marco Craso, cuyo padre habia sido censor, y habia merecido los honores del triunfo, se crió sin embargo en una casita reducida con otros dos hermanos. Estaban estos casados cuando vivian aun los padres, y todos comian á una misma mesa; lo que parece pudo contribuir no poco á que fuese frugal y moderado en el comer y beber. Muerto uno de los hermanos, tomó en matrimonio á su mujer, y de ella tuvo hijos; habiendo sido en esta materia tan arreglado como el que mas de los Romanos; y con todo cuando ya se hallaba adelantado en edad fue acusado de haber tratado inhóonestamente con Licinia, una de las vírgenes vestales. Licinia fue absuelta de aquel cargo, habiendo sido su acusador un tal Plotino. Tenia esta una quinta deliciosa, y deseaba Craso adquirirla por un corto precio; para lo cual la visitaba y obsequiaba con grandísima frecuencia; y de aquí tuvo origen la indicada sospecha; la que en cierta manera desvaneció con su codicia, habiendo sido tambien absuelto por los jueces; pero de la intimidación con Licinia no se retiró hasta haberse hecho dueño de la posesion.

Dicen los Romanos que á las muchas virtudes de Craso solo un vicio hacia sombra, que era la codicia; pero á lo que parece no era solo, sino que siendo muy dominante, hacia que no apareciesen los demas. Las pruebas mas evidentes de su codicia son el modo con que se hizo rico, y lo excesivo de su caudal; porque no teniendo al principio sobre trescientos talentos, despues cuando ya fue admitido al gobierno ofreció á Hércules la décima, dió banquetes al pueblo, y á cada uno de los Romanos le acudió de su dinero con trigo para tres meses; y sin embargo habiendo hecho para su conocimiento el avance de su hacienda antes de partir á la expedición contra los Partos, halló que ascendia á la suma de siete mil y cien talentos; y si aunque sea en oprobio suyo

hemos de decir la verdad, la mayor parte la adquirió del fuego y de la guerra: siendo para él las miserias públicas de grandísimo producto. Porque cuando Sila, después de haber tomado la ciudad, puso en venta las haciendas de los que habia proscrito, reputándolas y llamándolas sus despojos; y quiso que la nota de esta rapacidad se extendiese á los mas que fuese posible y á los mas poderosos, no se vió que Craso rehusase ninguna donacion, ni ninguna subasta. Además de esto, teniéndose por continuas y con naturales pestes de Roma los incendios y hundimientos por el peso y el apiñamiento de los edificios, compró esclavos arquitectos y maestros de obras: luego que los tuvo, habiendo llegado á ser hasta quinientos, procuró hacerse con los edificios quemados y los contiguos á ellos, dándoselos los dueños, por el miedo y la incertidumbre de las cosas, en muy poco dinero; por cuyo medio la mayor parte de Roma vino á ser suya. Y sin embargo de poseer tantos artistas, nada edificó para sí, sino la casa de su habitacion; porque decia, que los amigos de obras ellos se arruinaban á sí mismos sin necesidad de otros enemigos. Eran muchas las minas de plata que tenia, posesiones de gran precio en sí, y por las muchas manos que las cultivaban; y á pesar de eso, todo era nada en comparacion del valor de sus esclavos; ¡tantos y tales eran los que tenia! lectores, amanuenses, plateros, administradores y mayordomos, y él era como el ayo de los que algo aprendian, cuidando de ellos y enseñándoles; porque llevaba la regla de que al amo era á quien le estaba mejor la vigilancia sobre los esclavos, como órganos animados del gobierno de la casa. ¡Excelente pensamiento! si Craso juzgaba, como lo decia, que las demás cosas debian administrarse por los esclavos, y él gobernar á estos: porque vemos que la economía en las cosas inanimadas no pasa de lucrosa, y en los hombres tiene que participar de la política. En lo que no tuvo razon fue en decir que no debia ser tenido por rico el que no pudiera mantener á sus expensas un ejército; porque *la guerra no se mantiene con lo tasado*, segun Arquidamo; sino que la riqueza respecto de la guerra y los guerreros tiene que ser indefinida: muy distante de la sentencia de Mario; porque

como habiendo distribuido catorce yugadas de tierra á cada soldado le hubiesen informado que todavia codiciaban mas: No quiera Dios, dijo, que ningun Romano tenga por poca la tierra que basta á mantenerlo.

Picábase sin embargo Craso de acoger bien á los forasteros, estando abierta su casa á todos ellos, y los amigos les daba prestado sin interes; pero vencido el plazo exigia con tanto rigor el pago, que la primera gracia venia á hacerse mas inaguantable que habrian sido las usuras. Para franquear su mesa era bastante generoso y popular; y aunque esta no era espléndida, el aseo y la amabilidad la hacia mas apetecible, que hubiera podido hacerla el ser mas exquisita y costosa. En cuanto á instruccion, se ejerció en la elocuencia, especialmente en la parte oratoria, que es de mayor y mas extensa utilidad; y habiendo llegado á sobresalir en esta arte entre los aventajados de Roma, en el trabajo y en el zelo excedió aun á los mas facundos; porque ninguna causa tuvo por tan pequeña y despreciable que no fuese preparado para hablar en ella; y muchas veces repugnando Pompeyo y César, y aun el mismo Ciceron, levantarse y tomar la palabra, él concluia la defensa; con lo que se ganó el afecto, como patrono solícito y diligente. Ganósele tambien con su humanidad y popularidad para con las gentes, pues nunca Craso saludado de un ciudadano romano, por miserable y oscuro que fuese, dejó de corresponderle por su nombre. Dícese que fue muy instruido en la historia, y aun algo dado á la filosofia, adoptando las opiniones de Aristóteles, en las que tuvo por maestro á Alejandro, varon dulce y apacible, como se ve en el modo en que permaneció al lado de Craso; pues que no es fácil demostrar si era mas pobre antes de ir á su compañía, ó después de estar en ella; y siendo el único entre sus amigos que le acompañaba en los viajes, para el camino se le daba una capa, la que se le recogia á la vuelta. ¡Esta sí que es paciencia! y se ve que este infeliz no solo no tenia por mala, mas ni aun por indiferente la pobreza; pero de esto hablaremos mas adelante.

Desde luego que Cina y Mario quedaron vencedores se echó de ver que iban á entrar en la ciudad, no para bien de

la patria, sino al contrario para destruccion y ruina de los buenos ciudadanos; y por decontado cuantos pudieron haber á las manos todos perecieron, de cuyo número fueron el padre de Craso y su hermano. El mismo Craso, que todavía era muy jóven, evitó el primer peligro; pero habiendo entendido que por todas partes le perseguian y andaban solícitos para cazarle los tiranos, acompañado de dos amigos y de diez criados huyó con extraordinaria celeridad á España, donde en otro tiempo había estado con su padre en ocasion de ser este pretor, y había granjeado amigos; pero habiendo observado que todos estaban llenos de rezelo temblando de la crueldad de Mario, como si lo tuvieran ya encima, no se atrevió á presentarse á ninguno; sino que dirigiéndose á unos campos que en la inmediacion del mar tenia Vibio Paciccio, donde había una gran cueva, allí se ocultó. A Vibio envió uno de sus esclavos para que le tanteara; y mas que ya empezaban á faltarle las provisiones. Alegróse Vibio de saber por la relación de este que se había salvado; y informado de cuantos eran los que tenía consigo y del sitio, aunque no pasó á verle, llamó al punto al administrador de aquella hacienda, y le dió orden de que haciendo todos los días aderezar una comida, la llevara y pusiera delante de la piedra, retirándose calladamente, sin meterse á examinar ni inquirir lo que había; y le anunció que el ser curioso le costaría la vida; y el desempeñar fielmente lo que se le mandaba, le valdria la libertad. La cueva está no lejos del mar; y las rocas que la circundan envian una aura delgada y apacible á los que se hallan dentro: si se quiere pasar adelante, aparece una elevacion maravillosa, y en el fondo tiene diferentes senos de gran capacidad, que se comunican unos con otros. No carece de agua ni de luz, sino que al lado de las rocas mana una fuente de abundante y delicioso caudal; y unas hendeduras naturales de las peñas, por donde entre sí se juntan, reciben de afuera la luz; de manera que el sitio está alumbrado por el día. El que se halla dentro se conserva limpio y enjuto, porque el grande espesor de la piedra no da paso á la humedad y á los vapores, haciéndoles dirigirse hacia la fuente.

Mientras allí se mantenía Craso, el administrador les llevaba todos los días el alimento, sin que los viese ni conociese; mas ellos le veian, sabedores de todo, y esperando que mudaran los tiempos; y la comida con que se les asistia no se limitaba á lo preciso, sino que era abundante y regalada. Porque Vibio sabia agasajar á Craso con toda delicadeza: tanto que hasta sus pocos años le ocurrieron; y viendo que era muy jóven, quiso obsequiarle con los placeres que pide tal edad: pues ceñirse á lo puramente necesario, mas es de quien solo tira á cumplir, que de quien sirve con voluntad. Encaminándose pues á la ribera con dos esclavas bien parecidas, luego que llegó cerca del sitio, mostrando á estas la puerta de la cueva, les dió orden de que entrasen en ella sin rezelo. Craso y los que con él estaban al ver que allá se dirigian, empezaron á temer no fuese que se hubiera descubierta, ó que se hubiera denunciado su retiro: preguntáronles pues qué querian, y quiénes eran; mas luego que respondieron, cómo se les había prevenido, que buscaban á su amo que se hallaba allí refugiado, comprendiendo Craso la finura y esmero de Vibio para con él, dió entrada á las esclavas; las cuales permanecieron en su compañía por todo el tiempo restante, dando parte á Vibio de lo que les hacia falta. Dicese que Fenestela alcanzó á ver á una de ellas ya muy anciana, y que muchas veces la oyó referir y traer á la memoria estas cosas con sumo placer.

Pasó allí Craso escondido ocho meses, y dejándose ver desde el punto en que se supo la muerte de Cina, como acudiesen á él muchos de los naturales, reclutando unos dos mil y quinientos, recorrió con ellos las ciudades; de las cuales solo saqueó á Málaga segun opinion de muchos; pero se dice que él lo negaba, y que impugnó á aquellos escritores. Recogió despues de esto algunas embarcaciones, y pasando al Africa se dirigió á Metelo Pio, varon de grande autoridad, y que había juntado un ejército respetable; pero con todo no permaneció largo tiempo á su lado, sino que habiéndose indispuerto con él, partió en busca de Sila, que le admitió y trató con la mayor distincion. Regresó Sila á Italia de allí á poco, y queriendo tener en actividad á todos los jó-

venes que con él servian, les fue dando diferentes encargos; y como enviase á Craso al pais de los Marsos á reclutar gente, este le pidió escolta, porque tenia que pasar entre los enemigos; pero diciéndole Sila con cólera: ¡Y tanto! pues te doy en escolta á tu padre, tu hermano, tus amigos y tus parientes, de cuyos injustos matadores voy á tomar venganza: corrido é inflamado con semejante expresion, partió sin detenerse; atravesó resueltamente por entre los enemigos; reunió considerables fuerzas, y en los combates dió pruebas á Sila de su valor. Desde este tiempo y estos sucesos se dice que comenzó su emulacion y contienda de gloria con Pompeyo; por que con ser este de menor edad, é hijo de un padre infamado en Roma, y aborrecido con el mas implacable odio de sus conciudadanos, brilló extraordinariamente, y compareció grande en estos reencuentros; tanto que Sila cuando entraba Pompeyo se levantaba, se descubria la cabeza, y le saludaba con el dictado de Emperador: distinciones de que no solia usar ni con varones mas ancianos que él, ni con sus colegas. Quemábase é irritábase Craso con estas cosas, sin embargo de que era justamente postergado, porque le faltaba pericia, y quitaban el valor á sus hazañas las ingénitas pestes que le acompañaban siempre, á saber, su ansia de adquirir y su sórdida codicia: así es que habiendo tomado en la Umbria la ciudad de Tuder, se creyó que se habia apropiado la mayor parte del botin, y de ello fue acusado ante Sila. Luego en la batalla de Roma, que fue la mas encarnizada y decisiva, Sila fue vencido, habiendo sido rechazado y deshechos no pocos de los que estaban á su lado; mas Craso, que mandaba el ala derecha, venció á los enemigos, y habiéndolos perseguido hasta entrada la noche, envió á pedir á Sila cena para sus soldados, y le anunció la victoria; pero en las proscripciones y subastas volvió á desacreditarse, comprando grandes rentas á precio muy bajo, y pidiendo dádivas. En la Calabria se dice que proseribió á uno, no de orden de Sila, sino por codicia; por lo que reprobando este su conducta, no volvió á valerse de él para ningun negocio público. Tenia la partida de ser tan diestro para ganarse las gentes con la adulacion, como sujeto á que

con la adulacion se le llevaran de calles. Era otra de sus propiedades, segun se dice, el que siendo el mas codicioso de los hombres, aborrecia y censuraba á los que adolecian del mismo vicio.

Mortificábale la felicidad y buena suerte de Pompeyo en sus empresas; el que hubiese triunfado antes de ser senador, y el que los ciudadanos le apellidaran *Magno*, que quiere decir grande; y como en una ocasion dijese uno: Ahí viene Pompeyo el grande, sonriéndose le preguntó: ¿Cómo qué es de grande? Desconfiando pues de poder igualarle por la milicia, recurrió á las artes del gobierno, llegando á conseguir con su zelo, sus defensas, sus empréstitos, con dar pareceres, y auxiliar en cuanto le pedian á los que tenian negocios públicos, un poder y una gloria que competian con los que habian granjeado á Pompeyo sus muchas y grandes victorias. Sucediales una cosa singular; y era que el nombre y la autoridad de Pompeyo en la ciudad eran mayores cuando estaba ausente, á causa de sus prósperos sucesos en la guerra; y presente quedaba muchas veces inferior á Craso por su entonamiento y por su método de vida, huyendo de la muchedumbre, retirándose de la plaza pública, y no tomando bajo su amparo, y aun esto no con gran empeño, sino á pocos de los que á él acudian: á fin de conservar mas vigente su autoridad, cuando para sí mismo la hubiera menester. Mas Craso, que conocia la importancia de ser útil á los demas, y que no se hacia desear, ni escaseaba su trato, sino que siempre estaba pronto para toda suerte de negocios, con hacerse popular y humano triunfaba de aquel ceño y magestad. Por lo que hace á la nobleza de la persona, á la facondia en el decir, y á la gracia en el semblante, es fama que uno y otro tenian bastante atractivo. Ni aquella emulacion de que hemos hablado producía en Craso enemistad ó malquerencia, sino que sintiendo ver que Pompeyo y César le eran antepuestos en los honores no por eso acompañaban á este ajamiento de su amor propio, ni mal humor ni enemiga; y sin embargo de esto César, cuando en el Asia fue cautivado y puesto en custodia por los piratas: « ¡Con cuanto gozo, exclamó, recibirás, ó Craso, la noticia de mi cauti-

vidad! » Ello es que mas adelante contrajeron entre sí cierta amistad; y teniendo en una ocasion César que pasar de pretor á España, como le faltasen fondos, y los banqueros le incomodasen, habiendo llegado hasta embargarle las preveniciones de la expedicion, Craso no se hizo el desentendido, sino que le sacó del apuro, constituyéndose su fiador por ochocientos y treinta talentos. Finalmente, dividida Roma en tres partidos, el de Pompeyo, el de César y el de Craso (porque en Catón era mas la gloria que la autoridad, y mas bien era admirado que tenido por poderoso); la parte juiciosa y sensata de la república cultivaba la amistad de Pompeyo; y la gente inquieta y fácil de mover se iba tras las esperanzas de César. Craso puesto entre ambos ya sacaba ventajas de una parte y ya de otra; y siguiendo las vicisitudes del gobierno, que se sucedian con frecuencia, ni era amigo seguro, ni enemigo irreconciliable, sino que con facilidad cedia en la gracia y en el odio segun la utilidad lo exigia, siendo muchas veces en poco tiempo defensor é impugnador de los mismos hombres y de las mismas leyes. Contribuian á darle poder el favor y el miedo; pero este mas todavía: así es que Sicinio, que tanto dió en que entender á todos los magistrados y hombres públicos de su tiempo, preguntándole uno por qué causa con solo Craso no se metia, sino que le dejaba en paz: « Este, le respondió, tiene heno en el cuerno, » aludiendo á la costumbre que tenian los Romanos, cuando habia un buey bravo, de ponerle un poco de heno en el cuerno, para que se guardasen los que le vieran.

La sedicion de los gladiadores, y la devastacion de la Italia, á la que muchos dan el nombre de guerra espartacense ó de Espartaco, tuvo entonces origen, con el motivo siguiente: un cierto Lentulo Baciato mantenía en Capua gladiadores, de los cuales muchos eran Galos y Traeces; y como para el objeto de combatir, no porque hubiesen hecho nada malo, sino por pura injusticia de su dueño, se les tuviese en un encierro, se confabularon hasta unos doscientos para fugarse: hubo quien los denunciara; mas con todo los que llegaron á traslucirlo y pudieron anticiparse, que eran hasta setenta y ocho, tomando en una cocina cuchillos y asadores,

lograron escaparse. Casualmente en el camino encontraron unos carros que conducian á otra ciudad armas de las que son propias de los gladiadores; robáronlos, y ya mejor armados tomando un sitio naturalmente fuerte, eligieron tres caudillos, de los cuales era el primero Espartaco, natural de Tracia, de un pueblo nomade; pero no solo de gran talento y extraordinarias fuerzas, sino aun en el juicio y en la dulzura muy superior á su suerte; y mas propiamente Griego que de semejante nacion. Se cuenta que cuando fue la primera vez traído á Roma para ponerle en venta, estando en una ocasion dormido, se halló que un dragon se le habia enroscado en el rostro; y su mujer, que era de su misma gente, dada á los agüeros é iniciada en los misterios orgícos de Baco, manifestó que aquello era señal para él de un poder grande y terrible, que habia de venir á un término feliz. Hallábase tambien entonces en su compañía, y huyó con él.

La primera ventaja que alcanzaron fue rechazar á los que contra ellos salieron de Capua; y tomádoles gran copia de armas de guerra, hicieron cambio con extraordinario placer, arrojando las otras armas bárbaras y afrentosas de los gladiadores. Vino despues de Roma en su persecucion el pretor Clodio con tres mil hombres, y cercándolos en un monte que no tenia sino una sola subida muy agria y difícil, estableció en ella las convenientes defensas. Por todas las demas partes, el sitio no tenia mas que rocas cortadas y grandes despeñaderos; pero como en la cima hubiese parrales nacidos espontáneamente, cortaron los que se hallaban cercados, los sarmientos mas fuertes y robustos, y formando con ellos escalas consistentes y de grande extension, tanto que suspendidas por arriba de las puntas de las rocas tocaban por el otro extremo en el suelo, bajaron por ellas todos con seguridad, á excepcion de uno solo, que fue preciso se quedara á causa de las armas. Mas este las descolgó luego que los otros bajaron, y despues tambien él se puso en salvo. De nada de esto tuvieron ni el menor indicio los Romanos; y al hallarse tan repentinamente envueltos, sobresaltados con este incidente, dieron á huir, y aquellos les tomaron el campamento. Reuniéronseles allí muchos vaqueros y otros pastores de

aquella comarca, gente de expeditas manos y de ligeros pies : así armaron á unos, y á otros los destinaron á comunicar avisos, ó á las tropas ligeras. El segundo pretor enviado contra ellos, fue Publio Voreno ; y en primer lugar derrotaron á su legado Turio, que los acometió con dos mil hombres que mandaba. Despues, habiendo Espartaco sobrecogido batiéndose junto á Salenas al consultor y colega de aquel, Cosinio, enviado con mas fuerzas, estuvo en muy poco que no le echase mano. Huyó al fin, aunque no sin gran dificultad y peligro : pero Espartaco le tomó el bagaje, y persiguiéndole sin reposo, causándole gran pérdida, se hizo dueño tambien del campamento ; y por último cayó en aquella refriega el mismo Cosinio. Venció igualmente al pretor en persona en diferentes encuentros ; y habiéndose apoderado de sus lictores y de su propio caballo, con esto adquirió ya gran fama, y se hizo temible. Con todo echó como hombre prudente sus cuentas, y conociendo serle imposible superar todo el poder de Roma, condujo su ejército á los Alpes, pareciéndole que debian ponerse al otro lado, y encaminarse todos á sus casas, unos á la Tracia y otros á la Galia ; mas ellos fuertes con el número y llenos de arrogancia, no le dieron oidos, sino que se entregaron á talar la Italia. En este estado no fue solo la humillacion y la vergüenza de aquella rebelion la que irritó al Senado, sino que por temor y por consideracion al peligro, como á una de las guerras mas arriesgadas y difíciles, hizo salir á aquella á los dos cónsules. De estos Gellio, á las gentes de Germania, que por orgullo y soberbia se habian separado de las de Espartaco, cayendo sobre ellas repentinamente, del todo las deshizo y desbarató. Propúsose Lentulo envolver á Espartaco con grandes divisiones ; pero él se decidió á hacerle frente, y dándole batalla, venció á sus legados, y se apoderó de todo el bagaje. Retirado á los Alpes, fué en su busca Casio, pretor de la Galia Cispadana, con diez mil hombres que tenia ; pero trabada batalla, fue igualmente vencido, perdiendo mucha gente, y salvándose él mismo con gran dificultad.

Cuando el Senado lo supo, mandó con enfado á los cónsules que nada emprendiesen, y se nombró á Craso general

para aquella guerra ; al cual por amistad y por su grande opinion acudieron muchos de los jóvenes mas principales para militar bajo sus órdenes. Entendió Craso que debía situarse en la region Picena, y esperar á Espartaco, que por allí habia de pasar ; pero envió para observarlo á su legado Mumio con dos legiones, dándole orden de que puesto á su espalda siguiera á los enemigos, sin que de ningun modo viniera á las manos con ellos, ni aun hiciera la guerra de avanzadas ; pero él apenas pudo concebir alguna esperanza, cuando trabó combate y fue vencido ; habiendo perecido muchos, y habiéndose otros muchos salvado, arrojando las armas en la fuga. Craso recibió á Mumio con la mayor aspereza ; y armando de nuevo á los soldados, les hizo dar fianzas de que conservarian mejor aquellas armas. A quinientos, los primeros en huir y los mas cobardes, los repartió en cincuenta décadas, y de cada una de ellas hizo quitar la vida á uno, á quien cupo por suerte, restableciendo este castigo antiguo de los soldados interrumpido tiempo habia ; el cual, ademas de ir acompañado de infamia, tiene no sé qué de terrible y de triste, por ejecutarse á la vista de todo el ejército. Despues de dado este ejemplo de severidad guió contra los enemigos ; mas en tanto Espartaco se encaminaba por la Lucania hácia el mar ; y encontrándose en el puerto con unos piratas Cilicianos intentó pasar á la Sicilia, é introducir dos mil hombres en aquella isla, con lo que habria vuelto á encender en ella la guerra servil, poco antes apagada, y que con pequeño cebo hubiera tenido bastante. Convinieron con él los de Cilicia, y recibieron algunas dádivas ; pero al cabo lo engañaron, haciéndose sin él á la vela. Movié otra vez del mar, y sentó sus reales en la península de Regio ; adonde acudió al punto Craso, y hecho cargo de la naturaleza del sitio que estaba indicando lo que habia de hacerse, se propuso correr una muralla por el istmo, sacando con esto del ocio á los soldados, y quitando la subsistencia al enemigo. La obra era grande y difícil ; pero contra toda esperanza la acabó y completó en muy poco tiempo, abriendo de mar á mar por medio del estrecho un foso, que tenia de largo trescientos estadios, y de ancho y profundo

quince pies; y sobre el foso construyó un muro de maravillosa altura y esperor. Espartaco al principio no hacia caso, y aun se burlaba de estos trabajos; pero llegando á faltarle el botin, y queriendo salir, entonces echó de ver que estaba cercado; y como de aquella estrecha península nada pudiese recoger, aguardando á que viniera una noche de nieve y ventisca, cegó una pequeña parte del foso con tierra, con leño y con ramage, y por allí pudo pasar el tercio de su ejército.

Temió Craso no fuera que Espartaco concibiera el designo de marchar sobre Roma; mas luego se tranquilizó, habiendo sabido que muchos le habian abandonado por discordias que con él tuvieron, y formando ejército aparte se habian acampado junto al lago Lucano; del que se cuenta que por tiempos se muda, teniendo unas veces el agua dulce, y otras salada, en términos de no poderse beber. Marchando Craso contra estos, los retiró de la laguna; pero le impidió que los destrozase y persiguiese el haberse aparecido de pronto Espartaco con disposiciones de retirarse precipitadamente. Tenia escrito al Senado que era preciso haer venir á Luculo de la Tracia, y á Pompeyo de la España; mas arrepentido entonces, se apresuró á dar concluida la guerra antes que aquellos llegasen; conociendo que la victoria se atribuiria al recien venido que habia dado socorros. Resolvió por tanto acometer primero á los que se habian separado de Espartaco, y que hacian campo á parte, siendo sus caudillos Cayo Canicio y Casto; y para ello envió á unos seis mil hombres con orden de que hicieran lo posible por tomar con el mayor recato cierta altura; pero aunque ellos procuraron evitar que los sintiesen, enramando los morriones, al cabo fueron vistos de dos mujeres que estaban haciendo sacrificios por la prosperidad de los enemigos; y hubieran corrido gran peligro, á no haber sobrevenido con la mayor celeridad Craso y empeñado una de las más recias batallas; en la que habiendo sido muertos doce mil y trescientos hombres, se halló que dos solos estaban heridos por la espalda, habiendo perecido los demas en sus mismos puestos, guardándolos y peleando con los Romanos. Retirábase

Espartaco despues de la derrota de estos hácia los montes Petelinos; y Quinto y Escrofas, legado el uno y cuestor el otro de Craso, le perseguian muy de cerca; mas volviendo contra ellos, fue grande la fuga de los Romanos, que con dificultad pudieron salvar mal herido al cuestor; y justamente este pequeño triunfo fue el que perdió á Espartaco, porque inspiró osadia á sus fugitivos; los cuales ya se desdñaban de batirse en retirada, y no querian obedecer á los gefes, sino que poniéndoles las armas al pecho cuando ya estaban en camino, los obligaron á volver atras y á conducirlos por la Lucania contra los Romanos, obrando en esto muy á medida de los deseos de Craso; porque ya habia noticias de que se acercaba Pompeyo, y no pocos hacian correr en los comicios la voz de que aquella victoria le estaba reservada; pues lo mismo seria llegar que dar una batalla, y poner fin á aquella guerra. Dándose por tanto priesa á combatir y á situarse para ello al lado de los enemigos, hizo abrir un foso, el que vinieron á asaltar los esclavos para pelear con los trabajadores; y como de una y otra parte acudiesen muchos á la defensa, viéndose Espartaco en tan preciso trance, puso en orden todo su ejército. Habiéndole traído el caballo, lo primero que hizo fue desenvainar la espada, y diciendo: Si venciere tendré muchos y hermosos caballos de los enemigos, mas si fuere vencido no lo habré menester, lo pasó con ella. Dirigióse en seguida contra el mismo Craso por entre muchas armas y heridas; y aunque no penetró hasta él, quitó la vida á dos centuriones que se opusieron á su paso. Finalmente dando á huir los que consigo tenia, él permaneció inmóvil; y cercado de muchos, se defendió hasta que lo hicieron pedazos. Tuvo Craso de su parte á la fortuna; llenó todos los deberes de un buen general, y no dejó de poner á riesgo su persona; y sin embargo aun sirvió esta victoria para aumentar las glorias de Pompeyo; porque los que de aquel huian dieron en las manos de este, y los deshizo. Así es que escribiendo al Senado le dijo, que Craso en batalla campal habia vencido á los fugitivos; pero él habia arrancado la raiz de la guerra. A Pompeyo se le decretó un magnífico triunfo por la guerra

de Sertorio y de la España; pero Craso lo que es el triunfo solemne ni siquiera se atrevió á pedirlo; mas ni aun el menos solemne, á que llaman ovacion, parecia propio y digno por una guerra de esclavos. En que se diferencie este del otro, y de donde le venga el nombre, lo tenemos ya declarado en la vida de Marcelo.

Naturalmente parecia despues de esto ser llamado al consulado Pompeyo; y aunque Craso tenia alguna esperanza de ser elegido con él, se resolvió no obstante á pedirle su intercesion. Tomó este con gusto el encargo, porque deseaba ocasion de dejar obligado con algun favor á Craso: así trabajó con eucacia, y por último llegó á decir en la junta pública que no sería menor su gratitud por el colega que por la dignidad misma. Mas una vez alcanzada esta, no se mantuvieron en los mismos sentimientos de union y concordia, sino que antes oponiéndose como quien dice en todos los negocios el uno al otro, y estando en continua pugna, hicieron infructuoso y casi nulo su consulado; sin otra cosa notable que haber hecho Craso un gran sacrificio á Hércules, dando con ocasion de él un banquete al pueblo en diez mil mesas, y repartiendo trigo para tres meses á los ciudadanos. Estando ya en el último término su magistratura celebraban junta pública; y un hombre poco visible, aunque del orden ecuestre, oscuro y retirado en su método de vida, llamado Onacio Aurelio, subiendo á la tribuna, y llamando la atencion, se puso á explicar este sueño que habia tenido: « Porque Júpiter, dijo, se me ha aparecido, y me ha mandado os diga en público, que no deis lugar á que los cónsules dejen el mando antes de haberse hecho amigos. » Dicho esto, clamó el pueblo que debian reconciliarse; á lo que Pompeyo se estuvo quedo; pero Craso le alargó el primero la mano, diciendo: No me parece, ó ciudadanos, que hago nada que me degrade, ó que pueda tenerse por indigno de mí si me adelanto á dar este paso de benevolencia y amistad con Pompeyo, á quien vosotros llamasteis *grande* cuando apenas tenia bozo, y á quien decretasteis el triunfo antes de ser admitido en el Senado.

Hemos dicho lo que el consulado de Craso ofreció digno de

alguna atencion: pues la censura todavía fue mas oscura é inactiva; porque ni hizo investigacion del Senado, ni pasó revista á los caballeros, ni impuso nota á ninguno de los ciudadanos, sin embargo de que tuvo por colega á Luctacio Cátulo, varon el mas dulce y apacible entre los Romanos. Ha quedado memoria de que intentando Craso reducir el Egipto á la obediencia del pueblo romano por un medio inieuo y violento, se le opuso Cátulo con el mayor esfuerzo; y que habiéndose ocasionado entre ambos con este motivo una fuerte discordia, espontáneamente abdicaron aquella dignidad. En las grandes agitaciones causadas por Catilina, que estuvo en muy poco no trastornasen del todo la república, hubo contra Craso alguna sospecha; y aun uno de los conjurados pronunció en público su nombre; pero nadie le dió crédito. Con todo Ciceron en una oracion claramente echó la culpa de aquel atentado á Craso y á César: bien es que este escrito no salió á luz hasta despues de la muerte de ambos. El mismo Ciceron en la oracion del consulado dice que Craso fué á su casa por la noche, y le presentó una carta en que se hablaba de Catilina, y con la que se confirmaba la sospechada conjuracion. Lo cierto es que Craso miró siempre con odio á Ciceron con este motivo; y si manifestamente no se vengó, fue precisamente por su hijo Publio; el cual, siendo muy dado á las buenas letras y á la filosofia, estaba siempre al lado de Ciceron: de manera que cuando se vió su causa, mudó con él de vestidura, é hizo que ejecutaran otro tanto los demas jóvenes; y al cabo recabó del padre que se le hiciera amigo.

César luego que regresó de la provincia, se disponia para pedir el consulado; pero viendo otra vez á Craso y á Pompeyo indispuestos entre sí, ni queria, valiéndose del favor del uno, ganarse por enemigo al otro, ni tampoco esperaba salir con su intento sin el auxilio de uno de los dos. Trató pues de reconciliarlos, no dejándolos de la mano, y haciéndoles ver que con sus discordias fomentaban á los Cicerones, á los Cátulos y Catones, de quienes nadie haria cuenta, si teniendo ellos á unos mismos por amigos y por enemigos gobernaban la república con una sola fuerza y un solo espí-

ritu. Convenciólos, y logró unirlos; con lo que formando y constituyendo de los tres un poder irresistible, que fue la ruina del Senado y la disolución del pueblo, no tanto hizo mayores á los otros, cuanto por medio de ellos mismos consiguió quedarles superior; pues que á virtud de los esfuerzos de ambos fue al punto elegido cónsul con el mayor aplauso. Durante su gobierno, en el que se conducía perfectamente, hicieron que se le decretase el mando de los ejércitos; y poniendo en sus manos la Galia, lo colocaron como en un alcázar, creídos de que todo lo demás se lo repartirían á su gusto entre sí con mantenerle á aquel firme y estable la provincia que le había cabido en suerte. Prestábase á todo esto Pompeyo por su ilimitada ambición; pero en Craso su enfermedad antigua, la avaricia, excitó un nuevo deseo y una nueva emulación con motivo de los trofeos y triunfos de César en los que no llevaba á bien ser inferior, cuando sobresalía en todo lo demás: de manera que no paró ni sosegó hasta causar á la patria las mayores calamidades, y precipitarse él mismo en una afrentosa perdición. Habiendo pues bajado César de la Galia hasta la ciudad de Luca, acudieron allá muchos desde Roma; y pasando también reservadamente Pompeyo y Craso, acordaron apoderarse de lleno de todos los negocios, y hacerse exclusivamente dueños de todo mando, manteniéndose con esta mira César sobre las armas, y repartiéndose Pompeyo y Craso otras provincias y ejércitos. Para esto no había mas que un camino, que era otra petición del consulado; y presentándose estos por candidatos, debía prestarles ayuda César, escribiendo á sus amigos y enviando á muchos de sus soldados para asistir á los comicios.

Vueltos á Roma Pompeyo y Craso después de este tratado, al punto se levantó contra ellos la sospecha, y corrió de boca en boca la voz de que en su entrevista no había sido para cosa buena. En el mismo Senado preguntaron Marcelino y Domicio á Pompeyo, ¿si pediría el consulado? á lo que respondió, que quizá lo pediría, y quizá no; y preguntado de nuevo, contestó que lo pediría para ciudadanos hombres de bien, mas no para ciudadanos injustos. Pareciendo nacidas de arrogancia y de soberbia estas respuestas,

Craso contestó con mas moderacion, diciendo que si había de ser para bien de la república pediría el consulado, y sino se abstendrían; por lo cual algunos se resolvieron á presentarse también candidatos, y entre ellos Domicio. Mas como al tiempo de las súplicas se mostrasen ya descubiertamente, todos los demás desistieron de la pretencion; pero Caton sostuvo á Domicio, que era su deudo, y lo alentó á que tuviera esperanza, y entrara en contienda por las libertades públicas: porque no era al consulado á lo que aspiraban Pompeyo y Craso, sino á la tiranía; ni aquello era petición de una magistratura, sino rapiña de las provincias y de los ejércitos. Como de este modo se explicase y pensase Caton, casi no le faltó mas que llevar á empujones á Domicio hasta la plaza, siendo por otra parte muchos los que se pusieron á su lado. Preguntábanse unos á otros con no pequeña admiracion, ¿para qué querrian estos un segundo consulado? ¿por qué otra vez juntos? ¿y por qué no con otros? Pues tenemos, decían, muchos hombres que pueden muy bien ser colegas de Craso y de Pompeyo. Cobraron miedo los del partido de este con tales voces, y no hubo vileza ni violencia á que no se propasasen; sino que armando asechanzas, sobre todo á Domicio, que todavía de noche bajaba á la plaza con otros, dieron muerte al criado que le precedía con el hacha, é hirieron á varios, entre ellos á Caton. Ahuyentando pues á estos y encerrándolos en casa, se hicieron declarar cónsules; y de allí á poco tiempo, rodeando de armas el Senado, echando á Caton de la plaza, y dando muerte á algunos que les hicieron oposicion, prorogaron á César su mando por otros cinco años, y para sí mismos se decretaron la Siria, y una y otra España: después echadas suertes, tocó á Craso la Siria, y las Españas á Pompeyo.

Habia salido la suerte puede decirse que á gusto de todos: porque había muchos que no querían que Pompeyo se alejase á gran distancia de la ciudad; y este, que amaba con exceso á su mujer, se veía que se detendría cuanto pudiese. A Craso desde el punto en que cayó la suerte se le conoció la gran satisfaccion que le produjo, y que lo tuvo por la mayor dicha que pudiera sobrevenirle: de manera que apenas

podia contenerse aun ante los extraños y la muchedumbre; pero lo que es con sus amigos no hablaba de otra cosa, profiriendo expresiones pueriles y vacias de sentido, contra lo que pedian su edad y su carácter, que nunca habia sido hueco y jactancioso; mas entonces acalorado y fuera de tino, no ponía por término á su ventura la Siria ó los Partos; sino que mirando como niñería los sucesos de Luculo con Tigranes, y los de Pompeyo con Mitridates, pasaba con sus esperanzas hasta la Bactriana, la India y el mar exterior. Nada en verdad se decia de guerra pártica en el decreto que se sancionó; pero todo el mundo sabia que esto era lo que ansiaba Craso; y César le escribió desde las Galias celebrando su designio, y dándole priesa para partir á la guerra. Mas luego se vió que el tribuno de la plebe Ateyo iba á oponérsele al tiempo de la salida, teniendo de su parte á muchos que no entraban bien en que se fuese á hacer la guerra á unos hombres que en nada habian faltado, y con quienes intercedian tratados de paz; de miedo de lo cual rogó á Pompeyo que se pusiera á su lado y le acompañara. Era ciertamente grande la autoridad de Pompeyo para con el pueblo; y aunque habia muchos que estaban dispuestos á impedir la marcha y levantar alboroto, los contuvo verle al lado de aquel con semblante risueño: de manera que sin el menor obstáculo los dejaron pasar. Ateyo con todo se les puso delante, y primero le dió en voz, tomando testigos, la orden de que no partiese, y despues mandó al ministro que le echara mano y lo detuviera. Impidieronlo los otros tribunos: así el ministro no llegó á asir á Craso; pero Ateyo corrió á la puerta, y puso en ella una escalfeta con lumbre; y cuando llegó Craso, echando aromas, y haciendo libaciones, prorumpió en las imprecaciones mas horrendas y espantosas, invocando y llamando por sus nombres á unos Dioses terribles tambien y extraños. Dicen los Romanos que estas imprecaciones detestables y antiguas, tienen tal poder, que no puede evitarlas ninguno de los comprendidos en ellas, y que alcanzan para mal aun al mismo que las emplea: por lo que ni son muchos los que las profieren, ni por ligeros motivos. Así entonces reconvenian á Ateyo de que hu-

biese atraído sobre la república, por cuya causa se habia manifestado contrario á Craso, semejantes maldiciones, y semejante ira de los dioses.

Marchó pues Craso, y llegó á Brindis; y sin embargo de que el mar estaba todavía agitado de tormenta, no se detuvo, sino que se hizo á la vela, perdiendo algunos buques. Recogió las fuerzas que le habian quedado, y por tierra siguió su viaje atravesando la Galacia. Allí vió al Rey Deyotaro, que siendo ya de edad avanzada, estaba fundando una ciudad nueva; sobre lo que se chanceó con él diciéndole: ¿Cómo es esto, ó Rey, despues de las doce del dia empiezas á edificar? y el Gálata sonriéndose, óla pues, le repuso: Tú tampoco, ó Emperador, has madrugado mucho para invadir á los Partos: porque Craso habia ya pasado de los sesenta años, y á la vista aun parecia mas viejo de lo que era. Al principio los negocios se le presentaron muy segun sus esperanzas, porque pasó con mucha facilidad el Eufrates; condujo sin tropiezo el ejército, y entró en muchas ciudades de la Mesopotamia, que voluntariamente se le entregaron. En una de ellas, de que era tirano uno llamado Apolonio, le mataron cien soldados, y marchando contra ella con su ejército, la rindió, la entregó al saqueo, y vendió los habitantes: los Griegos llamaban á esta ciudad Zenodocia. De resultas de haberla tomado, admitió el que el ejército le saludase Emperador; incurriendo en gran vergüenza, y apareciendo muy pequeño y de pecho muy angosto, pues que de tan insignificante triunfo se pagaba. Puso de guarnicion en las ciudades rendidas hasta siete mil hombres de infantería y mil caballos, y se retiró á la Siria á tomar cuarteles de invierno. Estando allí llegó el hijo que iba de la Galia de parte de César, mostrándose engalanado con premios, y llevándole mil soldados de á caballo escogidos. Y de los grandes yerros cometidos por Craso en esta expedicion, fuera de la expedicion misma, parece que este fue el primero: á saber, el que cuando era menester obrar con celeridad y apoderarse de Babilonia y Seleucia, ciudades mal avenidas siempre con los Partos, hubiese dado tiempo á los enemigos para prepararse. Reprendíanle asimismo de que su detencion en la Siria hu-

biese sido mas bien pecuniaria que militar, pues ni investigó el número de las armas, ni reunió las tropas para ejercitarlas; y solo se entretuvo en hacer el cálculo de las rentas, habiendo gastado muchos dias en poner en pesos y balanzas la riqueza de la Diosa que se veneraba en Hierapolis. Escribia á los pueblos y á las autoridades, señalándoles el número de soldados que habian de presentar; y como luego los relevase por dinero, incurrió en descrédito y en desprecio. La primera mala señal que tuvo, fue de parte de aquella Diosa, la cual piensan unos que fue Vénus, otros Juno, y otros la causa y naturaleza que de lo húmedo sacó los principios y semillas de todas las cosas, y mostró á los hombres el origen de todos los bienes: pues saliendo del templo, primero tropezó y cayó en la puerta Craso el jóven, y despues el padre cayó en pos de él.

Quando ya estaba para mover las tropas de los cuarteles de invierno le llegaron embajadores del Rey Arsaces, trayéndole un mensaje muy breve, porque le dijeron: que si aquel ejército era enviado por los Romanos, la guerra seria perpetua é irreconciliable; pero que si Craso habia llevado contra ellos las armas y ocupado sus ciudades sin el permiso de la patria y por sus intereses particulares, que era lo que se les habia informado, Arsaces estaba dispuesto á usar de moderacion, compadeciéndose de la ancianidad de Craso; y que le restituiria los soldados, que mas bien se hallaban en custodia que en guarnicion. Díjoles Craso con altanería que en Seleucia les daria la respuesta; y el mas anciano de los embajadores llamado Vagises, echándose á reir, y mostrando la palma de la mano: Aquí, ó Craso, le dijo, nacerá pelo antes que tú veas á Seleucia. Retiráronse pues cerca de su Rey Hirodes, anunciándole ser inevitable la guerra. De las ciudades de Mesopotamia que guarnecian los Romanos pudieron escapar algunos contra toda esperanza, y trajeron nuevas propias para inspirar cuidado, habiendo sido testigos oculares del gran número de los enemigos, y de los combates que habian sostenido en las ciudades; y como suele suceder, todo lo pintaban del modo mas terrible: que eran hombres, de quienes si perseguian, no habia como librarse,

y si huian, no habia como alcanzarlos; que sus saetas eran voladeras y mas prontas que la vista, y el que las lanzaba antes de ser observado habia penetrado por do quiera; y finalmente que de las armas de los coraceros, las ofensivas estaban fabricadas de manera que todo lo pasaban, y las defensivas á todo resistian sin abollarse. Los soldados al oir esta relacion cayeron de ánimo: pues quando creian que los Partos serian como los Armenios y Capadocios, á los que Luculo llevó como quiso hasta cansarse, y que lo mas difícil de aquella guerra seria lo mucho que habria que andar en persecucion de unos hombres que nunca venian á las manos, se encontraban contra lo que se habian prometido, con que los esperaban grandes combates y peligros: así es que aun algunos de los primeros del ejército creyeron que Craso debia contenerse, y deliberar de nuevo sobre el partido que convendria tomar, de cuyo número era el cuestor Casio. Anunciábanle tambien reservadamente los agoreros que las víctimas le daban siempre funestas y repugnantes señales; mas ni á estos quiso dar oidos, ni á ninguno que no le hablase de ir adelante.

Vino en esto á confirmarle maravillosamente en su propósito Artabaces, Rey de Armenia, porque pasó á su campo con seis mil soldados de á caballo, que dijo constituian su guardia y su defensa, prometiendo otros diez mil armados de corazas, y treinta mil infantes que mantendria á su costa. Aconsejaba á Craso que se dirigiera por la Armenia á la Partia, pues no solo tendria su ejército abundantemente provisto por su cuidado, sino que caminaria con toda seguridad, haciendo la marcha por montes y collados de continuos, y por sitios ásperos, inaccesibles á la caballería, que era toda la fuerza de los Partos. Apreció mucho su buena voluntad y sus cuantiosos socorros; mas díjole que le era preciso marchar por la Mesopotamia, donde habia dejado muchos y buenos soldados romanos; y el Armenio á esto cedió, y se retiró. Quando Craso conducia su ejército cerca de Zeugma se degajaron frecuentes y terribles truenos, y se fulminaron muchos rayos en frente del ejército; y un huracan violento con nubes y torbellino, hiriendo en el ponton

que preparaba, derribó y destrozó la mayor parte. Fue tambien dos veces tocado del rayo el lugar adonde iba á establecer su campamento. El caballo de uno de los gefes, visiblemente enjaezado, derribó al ginete, y arrojándose al rio, se sumergió, y desapareció. Dícese que levantada para marchar la primera águila, por sí misma se volvió lo de adelante atras. Quiso tambien la casualidad que al repartir á los soldados sus raciones despues de haber pasado el rio, lo primero que se les dió fueron lentejas y sal, cosas que son entre los Romanos de luto, y se ponen á los muertos. Habló Craso á las tropas, y en el discurso se dejó caer una expresion, que en gran manera disgustó al ejército: porque dijo que rompería el puente para que ninguno pudiese volver; y cuando convenia, luego que conoció el mal efecto que habia producido, recojerla y alentar á los tímidos, se desdeñó de hacerlo por orgullo. Finalmente haciendo la acostumbrada expiacion del ejército, y presentándole el agorero las entrañas de la victima, se le cayeron de las manos, con lo que se mostraron inquietos los que se hallaban presentes; mas él, sonriéndose: Estas son cosas de la vejez, les dijo; pero á bien que las armas no se me caerán de la mano.

Movió de allí por la orilla del rio, llevando siete legiones de infanteria, cerca de cuatro mil caballos, é igual número de tropas ligeras. En esto vinieron á darle parte algunos de los exploradores de que el país estaba desierto de hombres; pero se advertian huellas de gran número de caballos, que mudando de direccion, se habian vuelto atras; con lo que se encendieron mas las esperanzas en Craso, y los soldados empezaron tambien á mirar con desprecio á los Partos, como que no eran hombres para venir con ellos á las manos; pero Casio volvió sin embargo á representar á Craso que seria bueno recoger las tropas y darles descanso en una ciudad fortificada hasta tener noticias mas ciertas de los enemigos; ó cuando no, marchar á Seleucia constantemente por la margen del rio, pues con esto los trasportes que no se apartarian nunca de la vista del campamento, los surtirian abundantemente de provisiones; y sirviéndoles el rio mismo de defensa para no ser cortados, podrian

pelear siempre con igual ventaja contra los enemigos.

Cuando Craso estaba reflexionando y consultando acerca de estas cosas sobrevino un príncipe arabe llamado Acbaro, hombre doloso y astuto, y que entonces fue para ellos el mayor y mas consumado mal de cuantos para su perdicion amontonó la fortuna. Acordábanse algunos de los que habian servido con Pompeyo de que habia disfrutado de su favor, y tenia concepto de ser amante de los Romanos. Arrimóse entonces á Craso por dictámen de los generales del Rey, para que viera si acompañándolo podria llevarlo lejos del rio y de los barrancos, introduciéndolo en una vasta llanura, donde pudiera ser envuelto; porque á todo se determinaban, menos á combatir de frente con los Romanos. Venido pues Acbaro á la presencia de Craso, como elocuente que tambien era, empezó á celebrar á Pompeyo que habia sido su bienhechor; y dando á Craso el parabien de mandar tales fuerzas, culpó su detencion en examinar y tomar disposiciones, como si le faltaran armas y manos, y no tuviera mas bien necesidad de pies ligeros contra unos hombres, que lo que buceaban tiempo habia era robar lo mas precioso que pudieran en riquezas y en personas, y retirarse á la Escitia ó la Hircania; «Y si vuestro ánimo, decia, es pelear, lo que conviene es usar de celeridad y prontitud, antes que el Rey cobre aliento, y reuna en un punto todas sus fuerzas; cuando ahora no tenemos contra nosotros mas que á Surena y Silaces, que han tomado á su cargo el resistirnos; y aquel no sabe dónde para.» Todo esto era falso, porque Hirodes habia hecho desde luego dos divisiones de sus tropas; y talando él la Armenia, para vengarse de Artabaces, habia opuesto á Surena contra los Romanos; no por desprecio, como han querido decir algunos, pues no podia desdeñarse de tener por antagonista á Craso, varon muy principal entre los Romanos, é irse á pelear con Artabaces, haciendo correrias por el país de los Armenios; sino que lo que se conjetura es que temeroso del peligro se propuso estar en celada y esperar el éxito, y que Surena se adelantara á tentar la batalla y detener á los enemigos. Porque tampoco Surena era un hombre plebeyo, sino en riqueza, en linaje y en opinion el segundo des-

pues del Rey; en valor y en pericia el primero entre los Partos de su edad; y además en la talla y belleza de cuerpo no había nadie que le igualara. Marchaba siempre solo, llevando su equipaje en mil camellos, y en doscientos carros conducía sus concubinas, acompañándole mil soldados de á caballo armados, y de los no armados mucho mayor número, como que entre dependientes y esclavos suyos podría reunir hasta unos diez mil. Tocábale por derecho de familia ser quien pusiese la diadema al que era nombrado Rey de los Partos; y él mismo había vuelto á colocar en el trono á Hirodes, arrojado de él, y le había reconquistado á Seleucia, siendo el primero que escaló el muro, y quien rechazó con su propia mano á los que se le opusieron. No tenía entonces todavía treinta años, y con todo gozaba de una grande opinion de juicio y de prudencia: dotes que no fueron las que contribuyeron menos á la ruina de Craso, mas expuesto á engaños que otro alguno; primero, por su confianza y orgullo; y despues por el terror y por los mismos infortunios que sobre él cargaron.

Luego que Acbaro le hubo seducido apartándole del rio, le llevó por medio de la llanura, al principio por un camino abierto y cómodo; pero molesto despues á causa de los montones de arena, y por ser el terreno escueto, falto de agua, y tal que no ofrecía término ninguno donde los sentidos reposasen; de manera que no solo se fatigaban con la sed y la dificultad de la marcha, sino que lo desconsolado de aquel aspecto causaba afliccion á unos hombres que no veían ni una planta, ni un arroyuelo, ni la falda de un monte, ni yerba que empezase á brotar; sino una vasta planicie, que á manera de la del mar envolvía al ejército entre arena, con lo que ya empezaron á sospechar del engaño. Presentáronse á este tiempo mensajeros de Artabaces, Rey de Armenia, avisando que se veía oprimido de una violenta guerra, por haber caído sobre él Hirodes, lo que le imposibilitaba de enviarles auxilios; pero aconsejaba á Craso que retrocediera, pues trasladándose á la Armenia combatirían juntos contra Hirodes; mas que cuando á esto no se determinase, caminará con cuidado y procurará acamparse retirándose de todo

terreno á propósito para obrar la caballería, y buscando siempre las montañas. Craso nada le contestó por escrito, pero de palabra respondió, que por entonces no estaba para pensar en los Armenios; pero que luego volvería á tomar venganza de la traicion de Artabaces. Casio, aunque de nuevo se incomodaba con estas cosas, nada proponía ó advertía ya á Craso por verle irritado; pero fuera de su vista llenaba de improperios á Acbaro, á quien decía: «¿Qué mal genio, ó el mas malvado de todos los hombres, es el que te ha traído entre nosotros? ¿con qué yerbas ó con qué hechizos pudiste mover á Craso á que arrojara el ejército en una soledad vasta y profunda, haciéndole andar un camino mas propio de un nomade, capitan de bandoleros, que de un Emperador romano?» El bárbaro que sabia plegarse á todo, con este usaba de blandura, animándole y exhortándole á que tuviera todavía un poco de paciencia; pero á los soldados con quienes se juntaba como para darles algun alivio, los insultaba, diciéndoles con risa y escarnio: ¿Pues qué creéis que esto es caminar por la Campania, y echais menos sus fuentes, sus arroyos, sus deliciosos sombríos, sus baños y sus posadas? ¿no os acordais de que nuestra marcha es por los linderos de los Arabes y los Asirios? De esta manera se burlaba de los Romanos aquel bárbaro; el cual antes que mas á las claras se conociera el engaño, se ausentó, no sin noticia de Craso, á quien todavía hizo creer que iba á introducir la confusion y el desórden en el ejército enemigo.

Dícese que Craso no se vistió de púrpura aquel dia, como es costumbre entre los Romanos, sino de una ropa negra, la que mudó luego que se lo advirtieron. Corre asimismo que algunas de las insignias no pudieron ser movidas sino con gran dificultad por los que las llevaban, como si estuvieran clavadas, de lo que se rió Craso y avivó la marcha, haciendo que los infantes siguieran el paso de la caballería, hasta que vinieron algunos de los enviados en descubierta, anunciando que todos los demas habrían perecido á manos de los enemigos, y ellos solos habían podido huir, no sin gran trabajo; y que aquellos en gran número y con el mas decidido arrojo venían en disposicion de dar batalla. Turbáronse todos; y

Craso, que tambien se sobrecogió enteramente, á toda priesa sin detenerse, puso en órden el ejército: primero como lo deseaba Casio, que era formando muy clara la infantería para evitar, estendiéndola lo posible por el llano, el ser envueltos, y distribuyendo la caballería en ambos flancos; pero despues mudó de propósito, y apiñando las tropas, formó un cuadro de igual fondo por todas partes, componiéndose cada lado de doce cohortes, y á cada cohorte le agregó una partida proporcional de caballería, para que no hubiera parte que careciese de este auxilio, sino que por todos lados se presentara igualmente defendido. De las alas dió una á mandar á Casio, y la otra á Craso el jóven, reservando para sí el centro. Caminando en este órden llegaron á un arroyo llamado Baliso, no muy caudaloso y abundante; cuya vista causó el mayor placer á los soldados fatigados, y abrasados de calor en una marcha tan trabajosa y tan falta de refrigerio. Los mas de los gefes eran de opinion que debian allí hacer alto y pasar la noche, informándose en tanto del número, calidad y órden de los enemigos, y al dia siguiente al amanecer marchar contra ellos; mas Craso, envalentonado con que su hijo y los de caballería que tenia cerca de sí, le inclinaban á seguir adelante y trabar combate, dió órden de que los que quisiesen comieran y bebieran manteniéndose en formacion. Y aun antes que esto pudiera tener cumplidamente efecto, volvió á ponerse en marcha, no poco á poco ni con la pausa que conviene cuando se va á dar batalla, sino con un paso seguido y acelerado, hasta que impensadamente se descubrieron los enemigos, á la vista no en gran número ni en disposicion de inspirar terror; y es que Surena habia cubierto la muchedumbre de ellos con la vanguardia, y habia ocultado el resplandor de las armas, haciendo que los soldados se pusieran sobreropas y zamarras; mas luego que estuvieron cerca, y el general dió la señal, al punto se llenó aquel vasto campo de un gran ruido y de una espantosa vocería. Porque los Partos no se incitan á la pelea con trompas ó clarines, sino que sobre unos bastones huecos de pieles ponen piezas sonoras de bronce con las que mueven ruido; y el que causan tiené no sé qué de ronco y terrible, como si

fuera una mezcla del rugido de las fieras y del estampido del trueno: sabiendo bien que de todos los sentidos el oido es el que influye mas en el terror del ánimo, y que sus sensaciones son las que mas pronto conmueven y perturban la razon.

Cuando los Romanos estaban aterrados con aquella algazara, quitando repentinamente las sobreropas que cubrian las armas, aparecieron brillantes los enemigos con yelmos y corazas de hierro margiano de un extraordinario resplandor, y guarnecidos los caballos armados con jacees de bronce y de acero. Apareció asimismo Surena alto y hermoso sobre todos, aunque no correspondia lo femenino de su belleza á la opinion que tenia de valor, por usar á estilo de los Medos de afeites para el rostro, y llevar arreglado el cabello; cuando los demas Partos para hacerse mas terribles dejan que este crezca á lo Escita desordenadamente. Su primera intencion era acometer con las lanzas, y poner en desórden las primeras filas; pero cuando vieron el fondo de la formacion y la firmeza é inmovilidad de los soldados romanos retrocedieron; y pareciendo que aquello era desbandarse y perder el órden, no se echó de ver que de lo que trataban era de envolver el cuadro. Así Craso mandó á las tropas ligeras que corriesen en pos de ellos; pero estas no fue mucho lo que se retiraron, sino que acosadas y molestadas de las saetas, volvieron á ponerse bajo la proteccion de la infantería de línea, siendo las primeras que causaron alguna conmocion y miedo en los que ya habian visto el temple y fuerza de unas saetas que destrozaban las armas, y que pasaban todas las defensas, por mas resistencia que tuviesen. Los Partos, separándose algun tanto, empezaron á tirarles por todas partes sin cuidadosa puntería, porque la union y apiñamiento de los Romanos no les dejaban errar, aun cuando quisiesen, causando heridas graves y profundas; como que aquellos tiros partian de arcos grandes y fuertes, que por lo vuelto de su curvatura despedian la saeta con la mayor fuerza. Era por tanto terrible la suerte de los Romanos, pues si permanecian en aquella formacion, recibian crueles heridas, y si intentaban moverse unidos, perdian el poder hacer lo que hacian en su

defensa, y padecian lo mismo : por cuanto los Partos se retiraban delante de ellos, tirando siempre ; lo que despues de los Escitas ejecutan con suma destreza. Y en esto obran con la mayor sabiduría, pues que con defender su vida huyendo, quitan á la fuga lo que tiene de vergonzosa.

Mientras esperaron que agotadas las saetas desistirian de aquel modo de pelear, ó vendrian á las manos, tuvieron constancia ; pero cuando supieron que habia infinidad de camellos cargados de ellas, á los que corrian los que estaban mas cerca, y las tomaban para repartir, entonces Craso, no viendo el término de aquel triste estado, llegó á acobardarse ; y enviando ayudantes á su hijo, le dió orden de que viera cómo precisar á los enemigos á entrar en combate antes de ser envuelto ; porque una de las partidas enemigas principalmente cargaba sobre este, y le andaba alrededor, como para ponerse á la espalda. Tomando pues aquel jóven mil y trescientos arqueros y ocho cohortes de infantería de las que tenia mas á la mano, acometió impetuosamente con estas fuerzas. Los Partos que mas se habian adelantado, ó porque los hubiesen alcanzado estas tropas como dicen algunos, ó porque quisiesen llevar con maña al jóven Craso lejos del padre, volvieron grupa, y dieron á huir. Entonces alzando aquel el grito exclamó : Los enemigos huyen, y aceleró el paso y con él Censorino y Megabaco (1), sobresaliente este en grandeza de ánimo y en fuerzas corporales, y adornado aquel con la dignidad senatoria y con el dote de la elocuencia, amigos ambos de Craso y de su misma edad. Como hubiesen pues movido en la forma dicha los de á caballo, resplandeció tambien en la infantería la decision y gozo de la esperanza ; porque creian haber vencido, y que iban en persecucion de los enemigos ; hasta que á pocos pasos salieron de su engaño, por haber dado la vuelta los que pareció antes que huian, y con ellos mucho mayor número que se les habia reunido. Entonces se pararon creyendo que los enemigos les acometerian, al ver que eran tan pocos ; pero estos lo que hicieron

(1) Aquí conocidamente hay yerro, porque este nombre no es romano ; pero se ignora cual fuese el de este jóven.

fue formar al frente de los Romanos á los coraceros ; y corriendo con la demas caballería alrededor de ellos moviendo grande alboroto, revolvieron los montones de arena, y levantaron una densa polvareda, de manera que los Romanos no podian verse ni articular palabra ; y encerrados en estrecho recinto, apiñados unos sobre otros, recibian crudas heridas y una muerte no suave y pronta, sino entre convulsiones y acerbos dolores, revolcándose con las saetas, y encrudeciendo las heridas, ó despedazándose y destruyéndose á sí mismos, si querian sacar las puntas con anzuelo, que habian dilacerado las venas y los nervios. Recibiendo muchos de esta manera la muerte, aun los que quedaban con vida estaban sin accion para nada : así es que animándolos Publio para que acometiesen á los coraceros, le mostraron las manos pegadas á los escudos y los pies clavados en tierra, en términos que estaban del todo imposibilitados, tanto para huir como para defenderse. Entonces dirigiéndose á los de caballería, acometió con vigor y trabó pelea con los enemigos ; mas esta era desigual en el herir y en el protegerse, hiriendo con azonas cortas y débiles en corazas de piel y de hierro ; y siendo heridos con lanzas robustas los cuerpos ligeros y desnudos de los Galos. Porque en estos confiaba principalmente, y con ellos obró maravillas ; pues agarraban con las manos los astiles de las lanzas y trabando de los ginetes, los arrojaban de los caballos, dejándolos, por lo pesado de la armadura, sin poder moverse. Muchos saltando de sus caballos se metian debajo de los caballos enemigos, y los atravesaban por los ijares : tiraban estos botes en fuerza del dolor, y pisoteando á un tiempo á los ginetes y á sus contrarios, unos y otros morian juntos cubiertos de tierra y de basura. Lo que principalmente quebrantó á los Galos fue el calor y la sed, á que no estaban acostumbrados ; y ademas habian perdido la mayor parte de los caballos, á causa de que ellos mismos se metian por las lanzas enemigas. Viéronse por tanto en la precision de haber de acogerse á la infantería, teniendo ya á Publio por sus muchas heridas en el mas deplorable estado ; y como advirtiesen cerca un alto monton de arena, corrieron á él, colocaron en medio los caballos, y cubrién-

dose con los escudos como en una trinchera, creyeron que podrian así defenderse mejor de los bárbaros; mas sucedióles lo contrario. Porque en el terreno llano, los primeros protegen á los que estan á la espalda; pero allí por la desigualdad del sitio los unos estaban mas altos que los otros, y quedando todos al descubierto, no podian evitar los tiros, sino que á todos se dirigian del mismo modo, lamentándose de una muerte sin gloria y sin desquite alguno. Hallábanse con Publio dos Griegos establecidos en aquel país en la ciudad de Carras, llamados Geronico y Nicomaco: persuadianle que se retirara con ellos y huyera á Iena, ciudad que seguia el partido de los Romanos, y estaba de allí á corta distancia; mas respondiéndoles que ninguna muerte por mas cruel que fuese podria hacer que Publio abandonara á los que morian por él, les rogó que se salvaran, y alargándoles la diestra, los despidió. Entonces no pudiendo valerse de su propia mano, porque la tenia atravesada con una flecha, mandó á su escudero que lo pasara con la espada, presentándole el costado. Dícese que Censorino murió de la misma manera; pero Megabaco se dió á sí mismo la muerte, y otro tanto ejecutaron los mas principales y esforzados. A los demas que quedaron, subiendo los Partos al terreno, los pasaron en pelea con las lanzas: no habiendo tomado vivos, segun se dice, arriba de quinientos. Cortáronle á Publio la cabeza y marcharon al punto en busca de Craso.

El estado de este era el siguiente. Luego que dió al hijo la orden de acometer á los Partos, como alguno le anunciase que estos iban en derrota, y que se les perseguia con tison, y viese que los que contra si tenia no obraban como antes, porque la mayor parte habia marchado con los que huyeron, se alentó algun tanto, y reuniendo sus tropas, las situó en puesto ventajosos, esperando allí que el hijo volviese de seguir el alcance. Publio luego que se vió en peligro envió quien avisase al padre; pero los primeros mensajeros perecieron. De los últimos algunos que con dificultad escaparon, le trajeron la nueva de que Publio era perdido si no se le daba pronto y grande socorro. Combatieron á un tiempo muchos afectos el corazon de Craso: así ya no obró en

él la razon, é impelido ora del miedo, ora del deseo del hijo para darle el socorro que pedia, se resolvió por fin á mover el ejército. En esto aparecieron los enemigos mucho mas terribles en su griteria y en sus cantos, aturdiendo otra vez con el ruido de sus tímpanos á los Romanos, que esperaron con esto el principio de otra batalla. Los que traian la cabeza de Publio clavada en la punta de una pica, acercándose mas que los otros, la mostraban preguntando con escarnio por sus padres y su linaje; pues no parecia posible que Craso, hombre el mas cobarde y el mas perverso, fuera padre de un jóven tan valiente y de tan acendrada virtud. Este espectáculo fue el que mas que cuantos males habian pasado quebrantó y desconcertó los ánimos de los Romanos, concibiendo todos, no ira y deseo de venganza, que era lo que el caso pedia, sino un indecible terror y espanto. Dícese que entonces Craso, en medio de tan vehemente dolor, se mostró muy superior á sí mismo: porque corriendo las filas habló de este modo á los soldados: « Este luto, ó Romanos, es privadamente mio; pero la eminente fortuna y gloria de Roma intacta é ilesa permanece en vosotros, á quienes veo salvos. Si alguna compasion teneis de mí por la pérdida de mi virtuoso hijo, manifestadla en vuestro enojo contra los enemigos. Arrebatadles de las manos ese gozo, vengaos de su crueldad. No os abata lo sucedido: porque no puede ser que dejen de tener que sufrir y padecer los que acometen grandes empresas. Ni Luculo derrotó sin sangre á Tigranes, ni Escipion á Antioco. Nuestros antepasados perdieron en Sicilia mil naves, y en la Italia muchos Emperadores y pretores; pero no impidieron las derrotas de estos, que al cabo triunfassen de los vencedores: pues que la brillante prosperidad de Roma no ha llegado á tanta altura por su buena suerte, sino por la constancia y virtud de los que no rehusaron los peligros. »

Este fue el language que les tuvo Craso, y de este modo procuró alentarlos; pero vió que pocos le escuchaban con buen semblante; y habiéndoles mandado dar el grito de guerra, se desengañó aun mas acerca de su abatimiento: porque aquel fue débil, apocado y desigual; cuando el de

los bárbaros fue claro y esforzado. Venidos á la contienda, la caballería de estos, haciendo un movimiento oblicuo, comenzó á lanzar saetas; y los coraceros, usando de las lanzas, redujeron á los Romanos á un recinto estrecho, á excepcion de aquellos que por huir de la muerte que los tiros causaban, prefieron arrojarse desesperadamente sobre estos, haciendo á la verdad poco daño; pero encontrando una muerte pronta por medio de heridas grandes y profundas, dadas por hombres que con el empuje de sus robustos astiles, pasaban con el hierro á los que se les ponian delante, y aun muchas veces atravesaban á dos de un golpe. Peleando de esta manera sobrevino la noche, y se retiraron, diciendo que de gracia concedian á Craso una noche para llorar á su hijo; á no que lo pensara mejor, y por sí mismo se fuera á presentar á Arsaces, en lugar de ser llevado. Pusieron allí cerca su campo, alentados de grandes esperanzas; pero para los Romanos la noche fue terrible, no haciendo cuenta de dar sepultura á los muertos, ni de prestar auxilios á los heridos y moribundos; sino que cada uno se lamentaba por sí mismo, teniéndose por perdidos, bien esperaran allí el dia, ó bien se lanzaran por la noche en aquel vasto desierto. Eranles gran motivo de irresolucion los heridos; pues si determinaban llevarlos, serian un estorbo para la prontitud de la marcha, y si los dejaban, con sus gritos darian indicio de la partida; y aunque conoçian que Craso era la causa de todo, sin embargo deseaban verle y oír su voz. Mas él se habia retirado solo, y yacia en las tinieblas, cubierta la cabeza con su ropa: ejemplo para los mas de las mudanzas de fortuna; pero para los hombres prudentes de temeridad y de ambicion, por las que no estaba contento con no ser el primero y el mayor entre tantos millones de hombres, sino que le parecia que todo le faltaba, porque tenia el último lugar respecto de dos solos. Entonces el legado Octavio y Casio trataron de consolarle y darle aliento; pero cuando vieron que del todo estaba desanimado, reunieron á los tribunos y centuriones, y habiendo convenido en que no debian quedar allí, movieron el ejército sin toque de trompetas, y con mucho silencio al principio; pero cuando los imposibilitados

de seguir percibieron que se les abandonaba, fue terrible el desórden y la confusion que entre sollozos y lamentos se apoderó del campo. Despues cuando ya estaban en marcha les sobrevino nueva turbacion y terror, creyendo que se acercaban los enemigos: muchas veces retrocedian; otras muchas tomaban el órden de formacion; y de los heridos que los seguian, ya poniendo en los bagajes á unos y ya bajando á otros, fue larga la detencion que tuvieron, á excepcion de trescientos de caballería mandados por Gnacio, que arribaron á Carras como á la media noche. Habló este á los centinelas en lengua romana; y como le hubiesen entendido, les encargó dijieran á su comandante Coponio que Craso habia tenido una grande batalla con los Partos; y sin decir mas, ni descubrir quién era, se apresuró á llegar al puente, y salvó aquella tropa; mas fue muy vituperado por haber abandonado á su general. Con todo aprovechó á Craso aquella ligera expresion suya referida á Coponio; porque conjeturando este que lo breve y cortado del anuncio no era de quien traia buenas nuevas, mandó inmediatamente á los soldados tomar las armas; y luego que se informó de que Craso estaba en camino, salió á recibirle, y acompañó á su ejército hasta la ciudad.

Los Partos, aunque por la noche sintieron su partida, no los persiguieron; pero á la mañana, pasando al campamento, acabaron con los que en él habian quedado, que no bajarían de cuatro mil; y á muchos que se habian perdido por aquellas llanuras, les dieron alcance partidas de caballería. A cuatro cohortes que el legado Vargunteyo habia separado del cuerpo del ejército, y que habian errado el camino, las sorprendieron en un collado; y sin embargo de que se defendieron con valor, no pudieron evitar el ser pasadas á cuchillo, á excepcion solamente de veinte hombres: pues maravillados de que estos con sus espadas trataran de abrirse camino entre ellos, se abstuvieron de herirlos, y les permitieron que sin ofensa se retiraran á Carras. Diósele á Surena un aviso falso, diciéndosele que Craso habia huido con los principales, y que la muchedumbre que se habia refugiado á Carras, era una mezcla de hombres de quienes no

se debía hacer ninguna cuenta. Creyó pues haber perdido el blanco principal de su victoria; mas dudoso todavía, y deseando informarse de lo cierto para sitiar á Craso si allí estaba, ó perseguirle en otro caso sin detenerse con los de Carras, envió á esta ciudad uno de los que estaban con él que sabia ambos idiomas, dándole orden de que en lengua romana llamara al mismo Craso ó á Casio, manifestando que Surena venia á tratar con ellos. Dijolo este como se le había mandado, y luego que se dió parte á Craso, aceptó la convocacion. Al cabo de poco vinieron asimismo de parte de los bárbaros unos Arabes, que conocian de vista á Craso y á Casio, por haber estado con ellos en el campamento antes de la batalla; y estos viendo á Casio sobre la muralla, le dijeron que Surena estaba dispuesto á tratar de paz, y les concedia ir salvos, con tal que admitieran la amistad del Rey y abandonaran la Mesopotamia; porque consideraba que esto era lo que á unos y á otros convenia mas que llegar á los últimos extremos. Admitiendo la proposicion Casio, y diciéndoles que deseaba se determinara el lugar y tiempo en que Craso y Surena tendrían su entrevista, prometieron que así lo harían, y marcharon.

Contento Surena con tenerlos sujetos á un sitio, al dia siguiente condujo allá sus tropas, las que desmandándose en injurias contra los Romanos, llegaron á proponerles que si querian alcanzar capitulacion, les habian de entregar atados á Craso y á Casio. Indignáronse de verse así engañados, y diciendo á Craso que era necesario dar de mano á las vanas y largas esperanzas de los Armenios, se decidieron por la fuga. Era muy importante que ninguno de los carreños lo supiese antes de tiempo; pero justamente lo supo Andromaco, hombre entre todos el mas infiel y desleal, á quien Craso confió este secreto, valiéndose de él para que los guiase. Así nada ignoraron los Partos, porque Andromaco se lo refirió todo punto por punto. Mas como sus costumbres patrias se opusiesen á que pelearan de noche, ni esto ademas les fuese fácil, habiendo de partir Craso de noche, para que aquellos no se atrasaran mucho en su persecucion, discurrió Andromaco la traza de tomar ahora un camino y luego otro, has-

ta que por último los condujo á un terreno pantanoso y cortado con frecuentes acequias, que hacian la marcha penosa y tarda para los que aun se dejaban guiar de él: pues hubo algunos que conociendo que Andromaco no podia hacerles dar aquellos rodeos y vueltas con buen fin, no quisieron seguirle; sino que Casio se volvió otra vez á Carras, y diciéndole sus guías, que eran unos Arabes, ser conveniente esperar á que la luna pasara del escorpion: Pues yo, les respondió, mas temo al sagitario; y se encaminó á la Siria con unos quinientos caballos. Otros, que tambien tuvieron fieles conductores, arribaron á las montañas llamadas Sinacas, y se pusieron en seguridad antes del dia. Eran estos cerca de cinco mil, y estaba al frente de ellos Octavio, varón de singular probidad. A Craso le cogió el dia engañado todavía de Andromaco y detenido entre acequias y pantanos. Tenia consigo cuatro cohortes de legionarios, muy pocos caballos y cinco liectores; con los cuales salió al fin con mil trabajos al buen camino cuando ya tenia encima á los enemigos. Faltábanle solo doce estadios para unirse con las tropas de Octavio; pero tuvo que refugiarse á otro montecillo no tan inaccesible á la caballeria ni tan seguro, aunque enlazado con las mismas montañas Sinacas, de las que solo le dividia una serie de collados, que desde la llanura se extendian hasta aquellas: así las tropas de Octavio podian muy bien observar el peligro en que se hallaba. Octavio fue el primero que bajó con unos pocos á darle auxilio: despues partieron los demas avergonzados de su detencion; y cargando á los enemigos, los rechazaron del montecillo. Cogieron luego en medio á Craso, y protegiéndole con sus escudos, dijeron con firmeza y resolucion que no tendrían los Partos saeta ninguna que penetrase hasta su Emperador, sin que primero murieran todos peleando por defenderle.

Viendo pues Surena que los Partos se batian ya con menos ardor, y que si venia la noche y los Romanos se metian mas en los montes, le seria imposible darles alcance, armó á Craso otro engaño. Dejó ir libres á algunos cautivos, ante quienes hizo de intento que unos bárbaros se dijeran á otros en el campamento que el Rey no queria que la guerra con los

Romanos fuese perpetua; y daria pruebas de estar pronto á restablecer la amistad con el obsequio de tratar humanamente á Craso. Abstuvieron por tanto los Partos de combatir, y marchando sosegadamente Surena hácia el collado con los principales de su ejército, quitó la cuerda al arco y alargó la diestra, llamando á Craso á conferenciar con él, y diciendo en alta voz que el Rey habia hecho muestra muy contra su voluntad de su valor y su poder; pero que deseando manifestarles tambien su dulzura y benevolencia, les dejaria ir libres y salvos por medio de un tratado. Al decir esto Surena, los demas le escucharon muy placenteros, y se mostraban sumamente contentos; pero Craso, que no habia habido nada en que no hubiese sido engañado, y que extrañaba mucho tan repentina mudanza, no se prestó á esta invitacion, sino que se paró á reflexionar. Mas como los soldados empezasen á gritar y á decirle que fuese, y despues pasasen á insultarle y echarle en cara que á ellos los ponía á pelear con unos hombres con quienes ni aun desarmados queria tener una conferencia, tentó primero el medio del ruego, diciéndoles que aguantaran lo que restaba del dia, y por la noche podrian libremente marchar por aquellas montañas y aquellas asperezas, mostrándoles el camino, y exhortándolos á que no perdieran la esperanza de una salud que tenian tan cerca; pero viendo que todavía se le oponian, y que blandiendo las armas le amenazaban, por miedo hubo de partir sin decir mas que estas palabras: « Vosotros Octavio, Petronio y todos los caudillos romanos que estais presentes, sois testigos de la necesidad de esta partida, y sabeis por qué cosas tan violentas y afrentosas se me hace pasar; mas con todo, si llegáis á salvaros, decid ante todos los hombres que Craso pereció engañado de los enemigos, no entregado á la muerte por sus ciudadanos. »

No pudo contenerse Octavio; sino que bajó del collado con Craso; quien despidió á los lictores que tambien le seguian. De los bárbaros los primeros que salieron á recibirle fueron dos Griegos mestizos, que le hicieron acatamiento apeándose de los caballos; y saludándole en lengua griega, le propusieron que enviara personas que vieran como Surena y los que

traia consigo venian sin armas de ninguna especie; mas Craso les respondió que si tuviera en algo la vida, no habria venido á ponerse en sus manos. Con todo envió á dos hermanos llamados Roscios á informarse de cuántos eran los que venian, y con qué objeto. Surena al punto les echó mano y los detuvo, siguiendo á caballo con los principales de los suyos; y ¿Cómo es esto, gritó, un Emperador de los Romanos viene á pie y nosotros montados? mandando que sin dilacion le trajesen un caballo. Contestándole Craso que ni uno ni otro faltaban, concurriendo cada uno segun la costumbre de su patria, dijo entonces Surena que ya estaba hecho el tratado y la paz entre el Rey Hirodes y los Romanos; pero que habian de escribirse las condiciones, llegando para ello hasta el río: Porque vosotros los Romanos, dijo, no soleis acordaros de los convenios; y le alargó la mano. Mandó entonces Craso que le trajeran un caballo; á lo que repuso: No es menester, porque el Rey te da este; y al mismo tiempo le presentaron un caballo con jaez de oro, en el que cogiéndole en volandas, le pusieron los palafreneros, y empezaron á dar latigazos al caballo para hacerle marchar precipitadamente. Octavio fue el primero que asió del freno, y despues de él Petronio, uno de los tribunos, cercándole en seguida los demas y procurando todos contener el caballo, y retirar á los que por uno y otro lado querian á fuerza llevarse á Craso. Suscitándose con esto confusion y alboroto, vino al fin á los golpes, y desenvainando Octavio su espada, atravesó á uno de aquellos palafreneros; haciendo otro tanto con Octavio uno de ellos que se hallaba á su espalda. Petronio no se encontró con armas; y habiendo recibido un golpe que no pasó de la coraza, saltó ileso del caballo. A Craso le quitó la vida un Parto llamado Pomaxitres; aunque algunos dicen haber sido otro el que le mató, y que este fue el que despues de caido le cortó la cabeza y la mano derecha; cosas que pueden muy bien conjeturarse, pero no saberse de cierto, porque de los que se hallaron presentes y pelearon en defensa de Craso, los unos murieron allí, y los otros á toda priesa se retiraron al collado. Pasaron allá los Partos, y diciendo que Craso ya habia sufrido su castigo; pero respecto

de los demas manifestaba Surena que podian bajar con seguridad : unos bajaron efectivamente y se entregaron; y otros se dispersaron por la noche; de los cuales fueron muy pocos los que se salvaron, y á los restantes salieron á cazarlos los Arabes, y alcanzándolos, les dieron muerte. De todas aquellas tropas veinte mil hombres se dice que murieron, y que diez mil fueron tomados cautivos.

Surena envió al Rey Hirodes, que se hallaba en la Armenia, la cabeza y la mano de Craso; y haciendo correr en Seleucia la voz por medio de mensajeros de que conducia vivo á Craso, dispuso una pompa ridicula, á la que dió el nombre de triunfo. Porque al mas parecido á Craso de los cautivos, que era Gayo Paciano, le hizo vestir como aquellos bárbaros, y habiéndole ensayado el que respondiese cuando le llamaran Craso ó Emperador; de este modo le llevaban á caballo, precediéndole trompeteros y lictores montados en camellos. De las varas pendian ceñidores, y entre las hachas se veian cabezas de Romanos recién cortadas. Seguian despues rameras Seleucienses entonando canciones insultantes y ridiculas contra la cobardía y afeminacion de Craso, y de este espectáculo gozaron todos. Mas reuniendo el Senado de los Seleucienses, les presentó los libros obscenos de Aristides llamados Milesiacos; y esto ya no fue inventado, porque se encontraron realmente en el equipaje de Roscio, y dieron ocasion á Surena para motejar é infamar á los Romanos de que ni en la guerra podian estar sin entretenerse con tales objetos y tal leyenda. Mas el concepto que los Seleucienses formaron fue que Esopo habia sido un sabio: viendo que Surena presentaba por delante el cabo de alforja en que se contenian las disoluciones Milesiacas, cuando en pos de sí traia una Sibaris Partica en tanto número de concubinas como las que conducia en sus carros; siendo su ejército al parecer como las viboras y las escitalas, porque las partes anteriores y que primero aparecian eran feroces y terribles, estando cercadas de lanzas, de arcos y de caballos; y luego la cola remataba en rameras, en crotalos, en cantos y en nocturnas disoluciones con infames mujercillas. No merecia ciertamente disculpa Roscio; pero no estaba bien á los Partos

vituperar en los Romanos la pasion por los libros Milesiacos, cuando muchos de los Arsacidas que reinaban sobre ellos, habian sido descendientes de rameras de la Jonia y de Mileto.

Entre tanto que esto pasaba, Hirodes habia ya hecho la paz con el Rey de Armenia Artabaces, y habia convenido en tomar la hermana de este para mujer de su hijo Pacoro. Con este motivo eran frecuentes los reciprocos banquetes y festines de uno á otro, y se entretenian con las representaciones teatrales de la Grecia; porque Hirodes no ignoraba ni la lengua ni las letras griegas: y Artabaces componia tragedias, y habia escrito oraciones é historias, de las cuales algunas todavia se conservan. Cuando la cabeza de Craso fue conducida á las puertas del palacio, no se habian levantado las mesas, y un representante de tragedias, llamado Jason, natural de Traillis, estaba cantando el pasaje de Agave de la tragedia de Eurípides *las Bacantes*. En medio de los aplausos que se le daban, se presentó Silaces ante el Rey, y adorándole, arrojó en medio la cabeza de Craso. Grande fue con esto la algazara de los Partos, su alegría y su júbilo; y habiendo hecho los sirvientes tomar asiento á Silaces de orden del Rey, Jason dió las ropas y ornato de Penteo á uno de los del coro, y tomando él la cabeza de Craso en la mano, se puso á hacer el bacante, y recitó con entusiasmo y con canto aquellos versos:

Del monte á nuestro techo  
Esta dichosa caza  
Traemos ahora mismo  
De flecha traspasada.

Esto fue de diversion para todos; pero cantándose en seguida los otros versos alternados con el coro:

¿Quién le tiró primero?  
Mio, mio es el premio:

entonces levantándose Pomaxitres, que tambien asistia á la cena, echó mano á la cabeza, diciendo que aquello mas le tocaba á él que al actor; lo que cayó muy en gracia al Rey; y habiéndole remunerado segun la costumbre patria,

dió á Jason un talento. Este término se dice haber tenido la expedicion de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surena experimentaron al fin castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perjurio : porque á Surena de allí á poco le quitó la vida Hirodes envidioso de su gloria; y á este despues de haber perdido á Pacoro, muerto en una batalla en que fue vencido de los Romanos, en ocasion de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesia, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dió acónito; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquel el camino mas corto, y entrando en su cuarto, le ahogó.



#### COMPARACION DE NICIAS Y CRASO.

Viniendo á la comparacion, la riqueza de Nicias puesta en paralelo con la de Craso tiene una adquisicion y un origen menos culpable : pues aunque nadie tenga por irreprehensible la que procede del beneficio de las minas, que en gran parte se hace por medio de hombres criminales ó de bárbaros, de los cuales algunos estan allí aprisionados, y otros fallecen en aquellos lugares perniciosos é insalubres : con todo es mas tolerable que la que se granjeó con las confiscaciones de Sila, y con los destrozos del fuego : porque de estos dos medios se valió Craso, como pudiera haberse valido de cultivar el campo ó de ejercer el cambio. Por decontado de los graves cargos que á este se hacian, aunque él los negaba, de que por dinero defendia causas en el Senado, de que era injusto con los aliados, de que adulaba á mujercillas, y finalmente de que era encubridor de gente mala, ninguno ni aun con falsedad se hizo jamas á Nicias. Burlábanse sí de él, porque malgastaba su dinero, dándolo por miedo á los calumniadores; pero en esto hacia una cosa que quizá no habria estado bien á Pericles y á Aristides; pero que en él era

necesaria, por no tener carácter para sostenerse con firmeza; sobre lo que posteriormente habló á las claras al pueblo Licurgo el orador en causa que se le hizo sobre haber ganado con dinero á uno de los calumniadores : pues se refiere haber usado de estas palabras : « Me alegro de que habiendo tenido por tanto tiempo parte en vuestro gobierno, se me acuse de haber dado, y no de que he recibido. » En sus gastos fue mas ceñido Nicias, empleando su caudal en ofrendas, en dar espectáculos y en instruir coros; cuando todo lo que Nicias tuvo fue muy pequeña parte de lo que impidió Craso en dar un banquete á tantos millares de hombres, y en abastecerlos despues; mas esto no debe parecer extraño, cuando nadie ignora que el vicio es una anomalía y desarreglo en las costumbres : y así se ve que los que allegan por malos medios, suelen despues invertirlo en buenos usos; y por lo que hace á la riqueza de ambos baste lo dicho.

En cuanto á gobierno nada se advirtió en Nicias que no fuese sencillo, nada injusto, nada violento ó arrebatado, sino que mas bien fue engañado por Alcibiades; y con el pueblo se condujo siempre con el mayor miramiento; cuando á Craso en sus continuos tránsitos del odio al amor se le acusa de falta de lealtad y hombría de bien; no negando él mismo que por la fuerza se abrió el camino al consulado, asalariando hombres que se atrevieran á poner las manos en Caton y en Domicio. En la distribucion de las provincias fueron heridos muchos de la plebe, y muertos cuatro; y él mismo, lo que se nos olvidó advertir en el discurso de la vida, expelió de la plaza bañado en sangre al senador Lucio Anilio, que se le opuso, dándole una puñada en el rostro. Mas así como en esta parte es Craso motejado de ser violento y tiránico, en igual grado es digna en Nicias de reprehension su irresolucion y atamamiento en el gobierno, y su condescendencia con los malos. Y Craso fue de grande y elevado ánimo, no en contraposicion con los Cleones ó los Hipérbolos, no á femia, sino con la gran nombradía de César y con los triunfos de Pompeyo; no cediendo sin embargo, sino compitiendo con uno y otro en poder, y aun excediendo á Pompeyo en la dignidad de la magistratura censoria : porque en las gran-

dió á Jason un talento. Este término se dice haber tenido la expedicion de Craso, acabando verdaderamente como una tragedia. Hirodes y Surena experimentaron al fin castigos dignos, el uno de su crueldad y el otro de su perjurio : porque á Surena de allí á poco le quitó la vida Hirodes envidioso de su gloria; y á este despues de haber perdido á Pacoro, muerto en una batalla en que fue vencido de los Romanos, en ocasion de hallarse doliente de una enfermedad que declinaba en hidropesia, su otro hijo Fraates, atentando contra su vida, le dió acónito; mas como la enfermedad recibiese bien el veneno, de manera que con él terminó, habiéndose quedado Hirodes enteramente enjuto, tomó aquel el camino mas corto, y entrando en su cuarto, le ahogó.



#### COMPARACION DE NICIAS Y CRASO.

Viniendo á la comparacion, la riqueza de Nicias puesta en paralelo con la de Craso tiene una adquisicion y un origen menos culpable : pues aunque nadie tenga por irreprehensible la que procede del beneficio de las minas, que en gran parte se hace por medio de hombres criminales ó de bárbaros, de los cuales algunos estan allí aprisionados, y otros fallecen en aquellos lugares perniciosos é insalubres : con todo es mas tolerable que la que se granjeó con las confiscaciones de Sila, y con los destrozos del fuego : porque de estos dos medios se valió Craso, como pudiera haberse valido de cultivar el campo ó de ejercer el cambio. Por decontado de los graves cargos que á este se hacian, aunque él los negaba, de que por dinero defendia causas en el Senado, de que era injusto con los aliados, de que adulaba á mujercillas, y finalmente de que era encubridor de gente mala, ninguno ni aun con falsedad se hizo jamas á Nicias. Burlábanse sí de él, porque malgastaba su dinero, dándolo por miedo á los calumniadores; pero en esto hacia una cosa que quizá no habria estado bien á Pericles y á Aristides; pero que en él era

necesaria, por no tener carácter para sostenerse con firmeza; sobre lo que posteriormente habló á las claras al pueblo Licurgo el orador en causa que se le hizo sobre haber ganado con dinero á uno de los calumniadores : pues se refiere haber usado de estas palabras : « Me alegro de que habiendo tenido por tanto tiempo parte en vuestro gobierno, se me acuse de haber dado, y no de que he recibido. » En sus gastos fue mas ceñido Nicias, empleando su caudal en ofrendas, en dar espectáculos y en instruir coros; cuando todo lo que Nicias tuvo fue muy pequeña parte de lo que impidió Craso en dar un banquete á tantos millares de hombres, y en abastecerlos despues; mas esto no debe parecer extraño, cuando nadie ignora que el vicio es una anomalía y desarreglo en las costumbres : y así se ve que los que allegan por malos medios, suelen despues invertirlo en buenos usos; y por lo que hace á la riqueza de ambos baste lo dicho.

En cuanto á gobierno nada se advirtió en Nicias que no fuese sencillo, nada injusto, nada violento ó arrebatado, sino que mas bien fue engañado por Alcibiades; y con el pueblo se condujo siempre con el mayor miramiento; cuando á Craso en sus continuos tránsitos del odio al amor se le acusa de falta de lealtad y hombría de bien; no negando él mismo que por la fuerza se abrió el camino al consulado, asalariando hombres que se atrevieran á poner las manos en Caton y en Domicio. En la distribucion de las provincias fueron heridos muchos de la plebe, y muertos cuatro; y él mismo, lo que se nos olvidó advertir en el discurso de la vida, expelió de la plaza bañado en sangre al senador Lucio Anilio, que se le opuso, dándole una puñada en el rostro. Mas así como en esta parte es Craso motejado de ser violento y tiránico, en igual grado es digna en Nicias de reprehension su irresolucion y atamamiento en el gobierno, y su condescendencia con los malos. Y Craso fue de grande y elevado ánimo, no en contraposicion con los Cleones ó los Hipérbolos, no á femia, sino con la gran nombradía de César y con los triunfos de Pompeyo; no cediendo sin embargo, sino compitiendo con uno y otro en poder, y aun excediendo á Pompeyo en la dignidad de la magistratura censoria : porque en las gran-

des cosas no se ha de atender á que hacen envidiosos, sino á la gloria que acarrear, anublado la envidia. Y si sobre todo te hallas bien con la seguridad y el reposo, y temes á Alcibiades en la tribuna, en Píloş á los Lacedemonios y en la Tracia á Perdicas, la ciudad deja un ancho campo á la vacacion de todo negocio, en medio del cual te puedes sentar, y tejer para tu frente la corona de la imperturbabilidad, como se explican algunos sofistas. Porque el amor de la paz es verdaderamente divino, y el hacer cesar la guerra el mayor servicio que podía hacerse á la Grecia: así en este punto no podría con Nicias competir dignamente Craso, aunque hubiera púesto al mar Caspio ó al Océano Indico por término de la dominacion romana.

El que mandaba en una ciudad que tenia ideas de virtud, y era el primero en poder, no debió dar lugar á los malos, ni poner la autoridad en manos no ejercitadas, ni confiar en quien no merecia confianza, que fue lo que Nicias ejecutó, colocando él mismo al frente del ejército á Cleon, que fuera de su gritería y desvergüenza en la tribuna, por lo demas en nada era tenido en la ciudad. No alabo en Craso el que en la guerra de Espartaco hubiese consultado mas á la prontitud que á la seguridad para dar la batalla; sin embargo de que interesaba su ambicion en que no llegara Pompeyo y le arrebatara su gloria, como Mumio quitó á Metelo de las manos á Corinto; pero lo que hemos dicho de Nicias fue del todo extraño é indisciplable. Porque no cedió al enemigo una ambicion y un mando rodeados de esperanzas y de facilidad; sino que viendo el gran peligro de aquella expedicion, por ponerse á sí mismo en seguridad miró con abandono los intereses de la república. No así Temistocles, que para que en la guerra médica no mandase un hombre ruín y sin talentos y perdiese la ciudad, á costa de su dinero le hizo desistir de la empresa; ni Caton, que previendo que el tribunado de la plebe habia de dar mucho en que entender y acarrear peligros, por lo mismo, en servicio de la república se presentó á pedirlo. Mas Nicias, conservando el generalato mientras se trató de Minoa, de Citera y de los infelices Melios; cuando tuvo rezelo de haber de contender con los Lacedemonios,

desnudándose de la púrpura, y entregando á la impericia y temeridad de Cleon las naves, el ejército, las armas y un mando que requeria una consumada inteligencia, no fue de su gloria de lo que hizo entrega, sino de la seguridad y salud de la patria. Por lo mismo cuando despues se le precisó á hacer guerra á los Siracusanos contra toda su voluntad y sus deseos, pareció que queria privar á la ciudad de la adquisicion de la Sicilia; no por reflexion de lo que convenia y debia hacerse, sino por desidia y flojedad suya. Lo que en él arguye mucha rectitud es el que nunca dejasen de nombrarle general como el mas inteligente y mas capaz, á pesar de la oposicion y resistencia que oponia; cuando Craso que siempre se andaba presentando para aspirar al generalato, no tuvo la dicha de alcanzarle sino para la guerra servil; y eso por necesidad, á causa de estar ausentes Pompeyo, Metelo y los dos Luculos: sin embargo de que aquella era la época de su mayor autoridad y poder: y es que, segun parece, aun sus mas apasionados le reputaban segun el cómico,

Hombre útil y apto para todo  
Fuera del ejercicio de las armas:

cosa que no les estuvo bien á los Romanos, á quienes hicieron violencia su avaricia y su ambicion. Porque los Atenien-ses enviaron á la guerra contra su voluntad á Nicias; y Craso llevó forzados á los Romanos; viniendo por este la república á grandes infortunios, y por la república aquel.

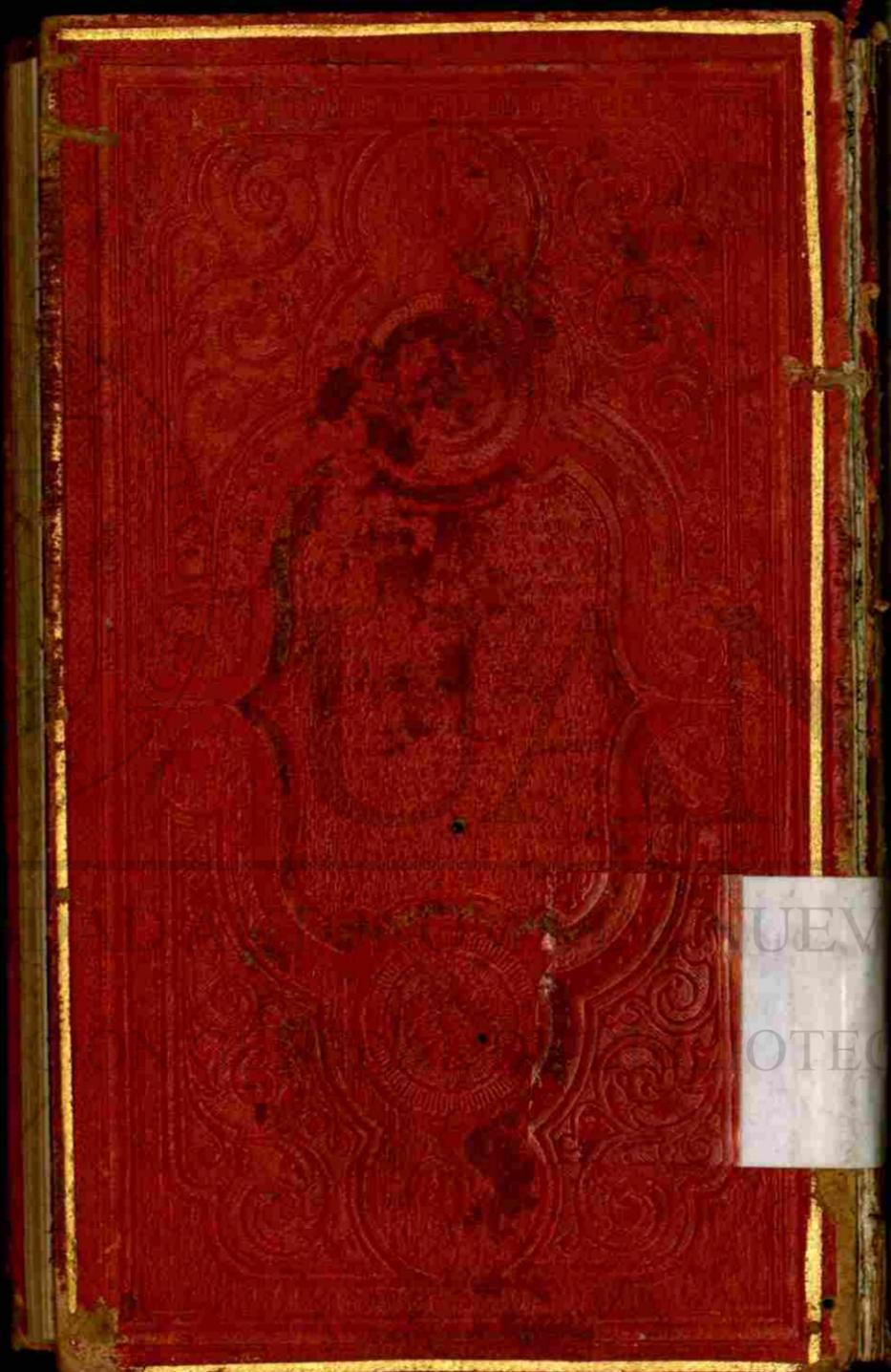
Mas acerca de estos sucesos, si bien Nicias merece alabanzas, no hay razon para reprender á Craso: porque aquel haciendo uso de su experiencia, y acreditándose de general prudente, no se dejó seducir de las esperanzas de sus ciudadanos, sino que conoció la imposibilidad, y desconfió de que se tomara la Sicilia; y este padeció equivocacion en tomar sobre sí, como una cosa fácil, la guerra pártica; pero sus miras eran grandes; y habiendo César sujetado las naciones de Occidente, los Galos, los Germanos y la Bretaña, él concibió el proyecto de encaminarse al Oriente y al mar de la India y sojuzgar el Asia; en lo que ya habia puesto mano

Pompeyo, y habia trabajado Luculo, hombres para todos apreciables y de gran juicio, sin embargo de que habian intentado lo mismo que Craso, y se habian propuesto los mismos fines. Y sin embargo de que dado el mando á Pompeyo, el Senado lo repugnó; y de que habiendo César derrotado á trescientos mil Germanos, fue Caton de dictámen de que aquel, fuera entregado á los vencidos para que recayera sobre él la ira del cielo por el quebrantamiento de la paz, el pueblo no haciendo cuenta de Caton, ofreció sacrificios de victoria por quince dias seguidos, y se mostró muy contento. ¿Pues qué habria hecho, y por cuántos dias habria sacrificado, si Craso hubiera escrito desde Babilonia que era vencedor, y yendo de alli mas adelante, hubiera puesto la Media, la Perside, la Hircania, á Susa y á Bactra en el número de las provincias romanas? Porque si, segun Eurípides, tienen que ser injustos los que no pueden estarse quietos, ni saben gozar de lo presente, no ha de ser para arrasar á Escandia o á Mendes, ni para cazar á los Eginetas, que como las aves abandonan su territorio, y se refugian en otro pais; sino que se ha de tener en mucho el ser injustos, y no con ligero motivo se ha de faltar á la justicia como si fuera una cosa pequeña y despreciable; y los que celebran la expedicion de Alejandro, y reprenden la de Craso, juzgan desacertadamente, mirando solo al éxito que tuvieron.

En las expediciones mismas hubo de Nicias hazañas y rasgos muy generosos: porque en muchas batallas venció á los enemigos, y estuvo en muy poco el que tomase á Siracusa; y si hubo faltas, no fueron suyas, sino que provinieron de su enfermedad y de los enemigos que en Atenas tenia; siendo así que Craso por el gran número de sus yerros ni siquiera dió lugar á que pudiera mostrarse en su favor la fortuna; de manera que es preciso admirarse de que fuese tal su torpeza, que ella sola venciera la buena suerte de Roma, y no el poder de los Partos. En órden á que no despreciando el uno nada de cuanto pertenece á la adivinacion, y mirándolo todo el otro con indiferencia, ambos sin embargo hubiesen tenido desgraciado fin, en esto el juicio es aventurado y difícil: bien que merece mas disculpa el que peca por sobra de precau-

cion, siguiendo la costumbre y la opinion recibida, que no el que por temeridad se aparta de la ley. En el modo de acabar sus dias hay menos que vituperar en Craso, que no se entregó, no sufrió prisiones ni afrentas; sino que se resignó con los ruegos de los suyos, y fue victima de la traicion de los enemigos; cuando Nicias con la esperanza de una salud torpe y vergonzosa sufrió caer en manos de los enemigos, haciendo así mas ignominiosa su muerte.

FIN DEL TOMO SEGUNDO.



NUEV  
OTEC